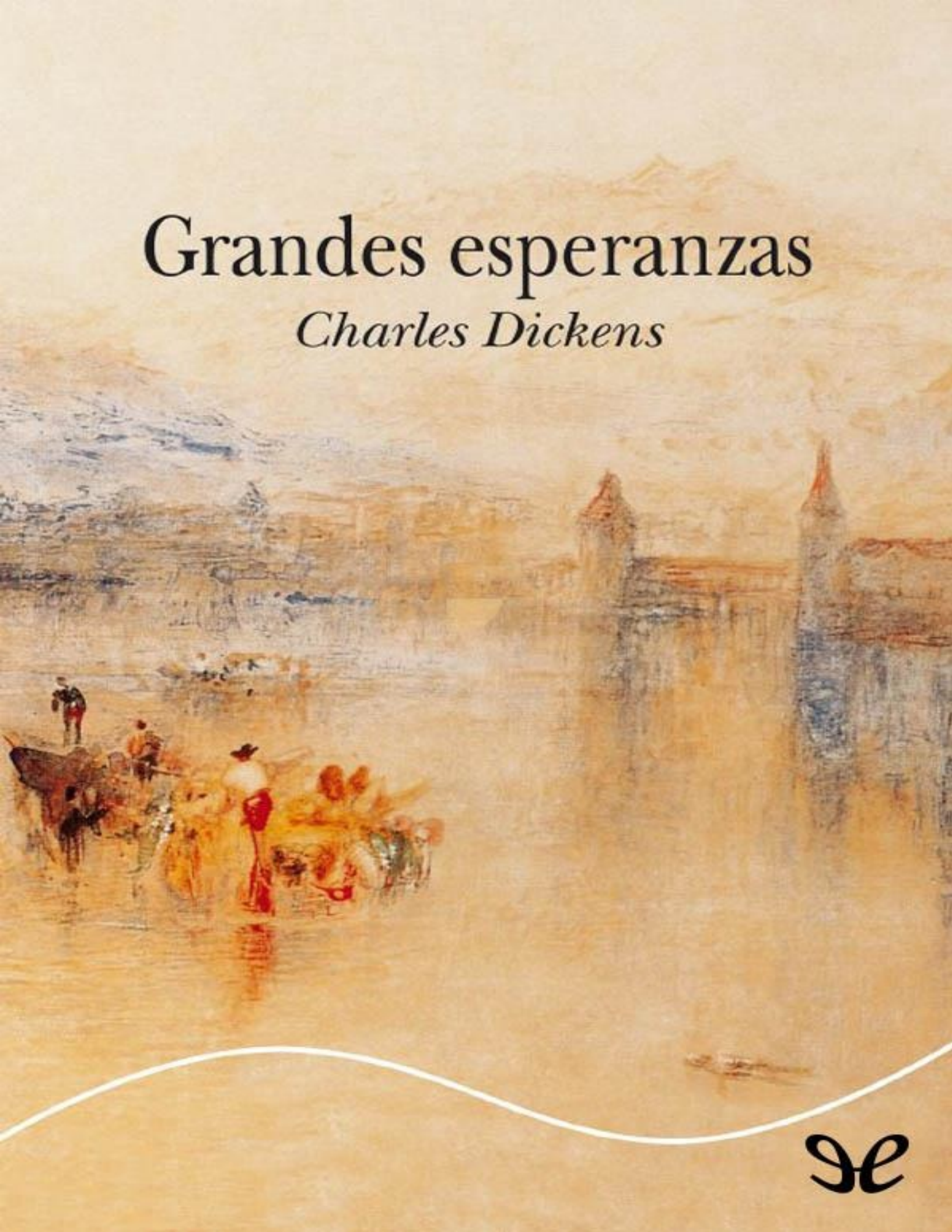
Grandes esperanzas

Charles Dickens



El personaje central de *Grandes Esperanzas* es un muchacho humilde, de una pequeña aldea, cuya vida cambia bajo la influencia de un misterioso bienhechor y la pasión desatada por unos dramáticos amores. El mundo extraordinariamente humano, detallista, de Dickens y la psicología de sus personajes revelan la maestría del novelista. La realidad de la vida cotidiana y la fantasía, se dan la mano en esta obra capital del autor, una de las más atractivas de la literatura inglesa del siglo XIX.



Charles Dickens

Grandes esperanzas

ePub r2.2
Titivillus 17.02.2021

Título original: *Great Expectations*
Charles Dickens, 1862
Traducción: R. Berenguer

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Afectuosamente dedicada
a Chauncy Hare Townshend

NOTA AL TEXTO

Grandes esperanzas se publicó por entregas semanales en la revista de Dickens *All the Year Round* del 1 de diciembre de 1860 al 3 de agosto de 1861. En julio de ese último año apareció en forma de libro, en tres volúmenes, y en uno solo —con algunos cambios menores— en noviembre de 1862. A pesar de que el texto de esta edición en un solo volumen ha sido la base para la gran mayoría de las ediciones posteriores, hoy ya no se considera acreditativo. La traducción que aquí presentamos parte de la primera edición en tres volúmenes de 1861, con la salvedad de que los capítulos se han numerado correlativamente.

CAPÍTULO I

Siendo Pirrip el apellido de mi padre, y Philip mi nombre de pila, mi lengua infantil no alcanzó a hacer de ambas palabras nada más largo ni más explícito que Pip. Así, yo me llamé a mí mismo Pip, y por Pip vine a ser conocido de los demás.

Digo que Pirrip era el apellido de mi padre, fundándome en la autoridad de su losa sepulcral y en la de mi hermana, la señora Joe Gargery, casada con el herrero. Como nunca vi a mi padre ni a mi madre, ni retrato alguno suyo (pues vivieron mucho antes de inventarse la fotografía), mis primeras imaginaciones acerca de cómo habrían sido ellos nacieron, yo no sé por qué, de la contemplación de sus lápidas sepulcrales. La forma de las letras en la de mi padre me dio la extraña idea de que había sido un hombre recio, cuadrado, moreno, con el pelo negro y rizado. De los caracteres y estilo de la inscripción «Y Georgiana, esposa del arriba dicho», saqué la pueril deducción de que mi madre había sido pecosa y enfermiza. A las cinco pequeñas losas, de pie y medio de largo cada una, dispuestas en ordenada fila al lado de la sepultura y consagradas a la memoria de cinco hermanos míos (que abandonaron prematuramente la lucha por la vida), debo la creencia, que he conservado religiosamente, de que todos ellos habían nacido tumbados de espaldas con las manos en los bolsillos, y jamás, mientras estuvieron en este mundo, las habían sacado de allí.

Era la nuestra una región de marjales, cruzada por el río y distante unas veinte millas del mar. Creo que mi primera impresión vívida y clara de la identidad de las cosas data de un desapacible y memorable atardecer. Fue entonces cuando adquirí la certidumbre de que aquel erial cubierto de ortigas era

el cementerio; de que Philip Pirrip, de esta parroquia, y también Georgiana, mujer del arriba dicho, estaban muertos y enterrados; de que Alexander, Bartholomew, Abraham, Tobias y Roger, niños hijos de los antedichos, estaban también muertos y enterrados; de que la llanura yerma y sombría del otro lado del cementerio, entrecortada por diques y zanjas y barreras, y donde se veía algún ganado paciendo, eran los marjales; de que el cubil salvaje y lejano de donde salía furioso el viento era el mar; y de que el pequeño montón de escalofríos que se iba asustando de todo ello y se echaba a llorar, era Pip.

—¡Cállate! —gritó una voz terrible, al tiempo que un hombre salía de pronto por entre las sepulturas junto al porche de la iglesia—. ¡Estáte quieto, pequeño demonio, o te degüello!

Era un hombre espantoso, vestido de burdo paño gris, que llevaba un gran hierro en la pierna. Un hombre sin sombrero, con los zapatos rotos y un trapo viejo atado a la cabeza. Un hombre empapado en agua y cubierto de lodo, con los pies lastimados por las piedras, herido por los pedernales, punzado por las ortigas y desgarrado por las zarzas; que cojeaba y tiritaba y gruñía y echaba lumbre por los ojos; y cuyos dientes entrechocaban cuando me agarró por la barbilla.

—Oh, no me degüelle, señor —supliqué, aterrorizado—. ¡Por Dios, no lo haga!

—¿Cómo te llamas? —dijo el hombre—. ¡Pronto!

—Pip, señor.

—Otra vez —dijo el hombre, mirándome fijamente—. ¡Repítelo!

—Pip, Pip, señor.

—Muéstrame dónde vives —ordenó el hombre—. Indícame el lugar.

Señalé donde estaba nuestro pueblo, en la ribera baja, entre alisos y árboles desmochados, a una milla o más de la iglesia.

El hombre, tras contemplarme un momento, me volvió boca abajo y me vació los bolsillos. No había otra cosa en ellos que un pedazo de pan. Cuando la iglesia volvió a estar derecha —pues la cosa fue tan brusca y violenta que el paisaje dio una vuelta completa ante mis ojos y llegué a ver el campanario debajo de mis piernas—, cuando la iglesia volvió a estar derecha, digo, yo estaba sentado sobre una alta losa sepulcral, temblando, mientras él comía vorazmente el pan.

—Perro —dijo el hombre, lamiéndose los labios—, qué gordas tienes las mejillas.

Creo que, en efecto, las tenía así, aunque en aquel tiempo era pequeño para mi edad, y no muy fuerte.

—Que me condene si no sería capaz de comérmelas —dijo el hombre meneando la cabeza de un modo amenazador—, y si no me siento con ganas de hacerlo.

Le expresé ansiosamente mi esperanza de que no lo hiciera, y me agarré fuerte a la piedra en que él me había subido; en parte para no caer, y en parte para contener mi llanto.

—¡Y ahora, óyeme! —dijo el hombre—. ¿Dónde está tu madre?

—Aquí, señor —respondí.

Él se sobresaltó, echó a correr y luego se detuvo, mirando por encima del hombro.

—¡Aquí, señor! —expliqué medrosamente—. «Y también Georgiana». Ésta es mi madre.

—¡Oh! —dijo él, volviendo—. Y ¿está tu padre aquí con tu madre?

—Sí, señor —dije yo—; él también; «de esta parroquia».

—¡Ah! —murmuró entonces, con aire reflexivo—. ¿Con quién vives?… suponiendo que quiera dejarte con vida, ¡que aún no sé si lo haré!

—Con mi hermana, señor; la señora Joe Gargery, la mujer de Joe Gargery, el herrero, señor.

—Herrero, ¿eh? —dijo, y se miró a la pierna. Después de mirarse la pierna y de mirarme a mí, una y otra vez, se acercó más a mi losa sepulcral, me cogió por ambos brazos y me echó hacia atrás todo lo que pudo sin soltarme, de manera que sus ojos se clavaban poderosamente en los míos desde arriba y los míos se levantaban hacia los suyos con el mayor desaliento.

—Ahora atiende —dijo—, pues se trata de saber si voy a dejarte o no con vida. ¿Tú sabes lo que es una lima?

—Sí, señor.

—¿Y sabes lo que es comida?

—Sí, señor.

Después de cada pregunta me empujaba un poco más hacia atrás, como para darme una mayor sensación de impotencia y peligro.

—Vas a procurarme una lima. —Me empujó un poco más—. Y me vas a procurar comida. —Me empujó un poco más—. De lo contrario te arrancaré el hígado y el corazón. —Y me empujó un poco más.

Yo estaba terriblemente asustado, y la cabeza se me iba, se me iba de tal

modo que me agarré a él con ambas manos y dije:

—Si tuviera la bondad de dejarme poner derecho, señor, quizá no me sentiría tan mareado y podría atender mejor.

Me hizo dar otra voltereta y me zarandeó de un modo tan tremendo que la iglesia saltó sobre su propia veleta. Después me sostuvo por los brazos de pie sobre la losa y continuó en estos horrendos términos:

—Mañana por la mañana, temprano, me vas a traer la lima y la comida. Me lo traerás todo a aquella vieja batería de allí abajo. Si lo haces sin atreverte a decir jamás una palabra o hacer un signo que pueda dar a entender que me has visto o que has visto a nadie, se te dejará con vida. Pero no lo hagas o apártate de mis instrucciones en algún detalle por pequeño que sea, y verás cómo alguien te arranca el hígado y el corazón, los asa y se los come. Te advierto que no estoy solo, como podrías figurarte. Hay un joven escondido conmigo; comparado con él yo soy un ángel. Este joven está oyendo ahora lo que digo. Este joven tiene una manera secreta, que sólo él conoce, de llegar hasta un niño y arrancarle el hígado y el corazón. Es inútil que un niño pretenda esconderse de este joven. Un niño puede haber cerrado su puerta con llave, puede estar metido en su cama, puede arroparse bien, puede subirse el embozo hasta la cabeza, pero aquel joven hallará manera de irse acercando hasta él y abrirle en canal. Ahora mismo, me cuesta gran trabajo contener a este joven para que no te haga daño. Me cuesta mucho impedir que te llegue a las entrañas. Bien, ¿qué me dices?

Le dije que le procuraría la lima y las cosas de comer que pudiera encontrar, y que se lo traería todo a la batería por la mañana temprano.

—¡Di que Dios te mate si no lo haces! —dijo el hombre.

Lo dije, y él me bajó de la losa.

—¡Ahora —prosiguió—, recuerda lo que has prometido, piensa en este joven y vete a casa!

—Buenas noches, señor —balbucí yo.

—¡Y tan buenas! —dijo él volviéndose a mirar la fría y mojada llanura—. ¡Si al menos fuese yo una rana! ¡O una anguila!

Al mismo tiempo ciñó con ambos brazos su propio cuerpo estremecido —como si se estrechase a sí mismo para no caerse a pedazos— y se fue cojeando hasta el bajo muro de la iglesia. Mientras se alejaba buscando su camino por entre las zarzas y las ortigas verdes, les parecía a mis ojos infantiles que tratase de evitar que las manos de los muertos, saliendo cautelosamente de sus tumbas, le agarraran por los tobillos y lo arrastrasen hacia dentro.

Al llegar al muro bajo de la iglesia, lo saltó, como el que tiene las piernas yertas y ateridas, y después se volvió a mirarme. Cuando le vi volverse tomé el camino de mi casa, corriendo todo lo que mis piernas me permitían. Pero al poco rato miré por encima del hombro y le vi andando otra vez hacia el río, abrigándose todavía con los brazos, y tentando con los lastimados pies el camino entre las grandes piedras diseminadas por los marjales para servir de pasaderas cuando llovía demasiado o cuando subía la marea.

Los marjales no eran más que una larga y negra línea horizontal cuando me detuve a mirar si aún le veía, y el río no era más que otra línea horizontal, no tan ancha pero igualmente negra, y el cielo no era más que un amasijo de encendidas líneas rojas y densas líneas negras entremezcladas. A la orilla del río, podía vagamente distinguir las dos únicas cosas que en todo aquel paisaje parecían estar derechas; una de ellas era el faro por el que se guiaban los marineros —parecido a un tonel sin aros sobre un poste—, muy feo visto de cerca; la otra, una horca de la cual colgaban unas cadenas que una vez habían tenido suspendido el cuerpo de un pirata. El hombre se dirigía cojeando hacia esta última, como si fuese el mismo pirata resucitado, que se hubiera descolgado, y volviera para ahorcarse de nuevo. Se me heló la sangre al ocurrírseme esto; y al ver cómo las vacas levantaban la cabeza para mirarle, me pregunté si ellas pensaban lo mismo. Traté de descubrir al joven sin que viese señal alguna de él. Pero ahora volvía a estar aterrorizado y corrí hacia casa sin detenerme.

CAPÍTULO II

Mi hermana, la señora de Joe Gargery, tenía veinte años más que yo, y se había ganado gran fama entre los vecinos porque me había criado «a fuerza de mano». Habiendo tenido que descubrir por mí mismo el significado de esta expresión, y hallando que mi hermana tenía la mano dura y pesada, y acostumbraba descargarla sobre su marido tanto como sobre mí, vine a deducir que tanto Joe como yo habíamos sido criados a fuerza de mano.

Mi hermana no era ninguna belleza; y yo tenía la impresión general de que debía de haber conducido a Joe al matrimonio a fuerza de mano. Joe era un hombre guapo, con el plácido rostro oreado con rizos rubios y los ojos de un azul tan desvaído que parecía que las pupilas se le hubieran mezclado con el blanco. Era un muchacho pacífico, complaciente, acomodadizo, algo simple: una especie de Hércules por la fuerza, y también por la debilidad.

Mi hermana, la señora Joe, con el cabello y los ojos negros, tenía en el cutis una rojez tan dominante que yo a veces me preguntaba si no sería posible que usara para lavarse, en vez de jabón, un rallador. Era alta y huesuda, y siempre llevaba puesto un tosco delantal sujeto por detrás con dos presillas y provisto por delante de un pechero cuadrado inexpugnable, erizado de agujas y alfileres. De llevar siempre este delantal, hacía ella un gran mérito para sí y un fuerte reproche para Joe. Aunque yo no veo en realidad para qué tenía que llevarlo, y si lo llevaba, por qué no podía quitárselo cada día de su vida.

La herrería de Joe estaba contigua a nuestra casa, que era de madera, como lo eran muchas viviendas de nuestro país —la mayor parte, en aquel tiempo—. Cuando llegué corriendo del cementerio, la herrería estaba cerrada. Y Joe estaba sentado, solo, en la cocina. Como Joe y yo éramos compañeros de fatigas y,

como tales, teníamos nuestras confidencias, Joe me hizo una tan pronto levanté el picaporte y atisbé por la abertura de la puerta, frente a la cual estaba él sentado, en el rincón de la chimenea.

—La señora Joe ha salido a buscarte, Pip, una docena de veces, y ahora ha vuelto a salir a hacer la del fraile.

—¿De veras?

—Sí, Pip —dijo Joe—; y lo que es peor, se ha llevado a *Tickler*[1].

Al oír esta aciaga noticia me quedé muy abatido mirando al fuego y dando vueltas al único botón de mi chaleco. Tickler era un trozo de caña encerado y bruñido por sus frecuentes colisiones con mi cuerpo.

—Estaba sentada —dijo Joe— y de pronto se levantó, agarró a Tickler y salió alborotada. Esto es lo que hizo —repitió Joe, escarbando lentamente el fuego con el hurgón y contemplando las brasas—. Salió alborotada, Pip.

—¿Hace mucho que salió, Joe? —Siempre le trataba como una especie de niño grande, que no dejaba de ser un igual mío.

—Bueno —respondió Joe, mirando el reloj—, esta última vez debe de hacer cinco minutos que está alborotando, Pip. ¡Ahora vuelve! Ponte detrás de la puerta, muchacho, y resguárdate con el toallero.

Seguí su consejo. Mi hermana, la señora Joe, abriendo la puerta de un empujón y encontrando un obstáculo detrás, inmediatamente adivinó la causa, y mandó a Tickler a completar la investigación. Terminó por arrojarme —yo le servía a menudo de proyectil conyugal— sobre Joe, quien, contento de apoderarse de mí de cualquier modo que fuese, me hizo pasar al lado de la chimenea y disimuladamente me hizo una barrera con su enorme pierna.

—¿Dónde has estado tú, mico? —dijo la señora Joe pataleando—. O me dices en seguida lo que has estado haciendo para que yo me consumiese de enojo y de susto y de ansiedad, o te he de arrancar de este rincón aunque fueses tú cincuenta Pips y éste cien Gargerys.

—No he ido más que al cementerio —dije desde mi taburete, llorando y restregándome las ronchas.

—¡Al cementerio! —repitió mi hermana—. De no ser por mí, tiempo hace que estarías tú en el cementerio, y para siempre. ¿Quién te crió a fuerza de mano?

—Tú —dije yo.

—¿Y por qué lo hice? ¡Eso quisiera saber! —exclamó mi hermana.

—No lo sé —gemí.

—¡Yo soy quien no lo sabe! —dijo mi hermana—. ¡Pero no me cogerán en otra! Eso sí que lo sé. Puedo decir en verdad que no me he quitado este delantal desde que naciste. No me basta con ser la mujer de un herrero (y de un Gargery, además) que aún tengo que ser tu madre.

Mis pensamientos se desviaron de esta cuestión mientras contemplaba el fuego desconsoladamente. Porque el fugitivo de los marjales con su hierro en la pierna, el joven misterioso, la lima, la comida, el terrible compromiso en que me hallaba de cometer un latrocinio bajo aquel techo protector, todo se levantaba contra mí de entre las brasas vengadoras.

—¡Ah! —dijo la señora Joe, volviendo a Tickler a su lugar—. ¿Al cementerio, decís? Podéis hablar del cementerio, vosotros dos. —Por cierto que uno de nosotros no había dicho nada—. Es a mí a quien llevaréis al cementerio entre ambos, un día de éstos; y bonita pareja haréis cuando no me tengáis.

Mientras ella se aplicaba a disponer las cosas para el té, Joe me miró por encima de su pierna como si estuviese comparando nuestras tallas y calculando qué clase de pareja haríamos en las aflictivas circunstancias pronosticadas. Luego empezó a acariciarse las rubias patillas y los rizos del lado derecho, mientras seguía con sus ojos azules los movimientos de la señora Joe, como tenía por costumbre cuando había borrasca.

Mi hermana tenía una manera brusca de prepararnos nuestro pan con mantequilla que nunca variaba. Primero con la mano izquierda sujetaba fuertemente el pan contra su pechero… donde a veces se clavaba un alfiler o una aguja que luego nos encontrábamos en la boca. Después, tomaba algo de mantequilla (no mucha) con un cuchillo, y la extendía sobre el pan a la manera de un boticario cuando hace un emplasto, usando ambas caras del cuchillo con prodigiosa destreza, y ajustando y moldeando la mantequilla alrededor de la corteza. Después, daba al cuchillo un enérgico restregón final en el canto del emplasto y aserraba una gruesa rodaja de pan que, finalmente, antes de separarla del todo, dividía en dos mitades: una para Joe y otra para mí.

En aquella ocasión, aunque me acuciaba el apetito, no osaba comer mi pedazo. Comprendía que debía tener algo reservado para mi temible conocido y su compañero, el todavía más temible joven. Sabía que la señora Joe era una administradora de las más rígidas, y que podía muy bien ocurrir que mis culpables pesquisas no hallasen nada de provecho en la despensa. En

consecuencia, resolví guardar mi pedazo de pan con mantequilla en una pernera del pantalón.

El esfuerzo que tuve que hacer para mantener y cumplir esta resolución resultó tremendo. Fue como si me hubiese decidido a arrojarme desde el tejado de una casa muy alta o a zambullirme en unas aguas profundas. Y Joe, inconsciente, me lo hacía más difícil. En nuestra ya mencionada masonería de compañeros de fatigas, y en su bondadosa camaradería para conmigo, habíamos tomado la costumbre de comparar todas las noches la manera en que hacíamos desaparecer nuestros pedazos de pan, ofreciéndolos silenciosamente de vez en cuando, a nuestra mutua admiración, lo cual estimulaba nuestros esfuerzos. Aquella noche, Joe me invitó varias veces con la exhibición de su pedazo de pan, que disminuía rápidamente, a entrar en la amistosa competencia de costumbre; pero cada vez me encontró con mi taza de té sobre una de las rodillas y mi pan intacto sobre la otra. Al cabo consideré, con desesperación, que no tenía más remedio que hacer lo que me proponía y que sería mejor hacerlo de la manera menos improbable que permitían las circunstancias. Aproveché un momento en que Joe acababa de mirarme, y me metí el pan en la pernera del pantalón.

Joe estaba evidentemente inquieto por lo que suponía mi falta de apetito y dio a su pedazo de pan un mordisco distraído que no pareció proporcionarle ninguna satisfacción. Lo revolvió en la boca, más tiempo que de costumbre y, después de cavilar un buen rato, lo engulló todo como si fuese una píldora. Iba a tomar otro bocado y acababa de ladear la cabeza para abarcar un buen trozo, cuando sus ojos dieron conmigo y vio que todo mi pan había desaparecido.

El pasmo y la consternación con que Joe se detuvo en medio de su acción y se quedó mirándome fueron demasiado manifiestos para escapar a la observación de mi hermana.

—¿Qué ocurre ahora? —dijo con acritud, dejando su taza sobre la mesa.

—¡Pero criatura! —murmuró Joe, moviendo la cabeza con aire de seria reconvención—. ¡Pip! Te va a hacer daño. Se te atascará en algún sitio. Es imposible que lo hayas masticado, Pip.

—Bueno, ¿qué pasa? —repitió mi hermana con más acritud que antes.

—Si puedes devolver una parte tosiendo, te aconsejo que lo hagas —dijo Joe —; los modales son los modales, pero la salud es lo primero.

En ese momento, mi hermana, completamente desesperada, se arrojó sobre Joe, y asiéndole por las patillas estuvo un rato haciéndole chocar de cabeza

contra la pared; mientras tanto yo permanecía sentado en mi rincón mirando con expresión culpable.

—Bueno, tal vez ahora me dirás lo que pasa —dijo mi hermana, jadeante—, cabeza de cerdo embobado.

Joe levantó los ojos hacia ella con desaliento; con el mismo desaliento tomó otro bocado y se volvió hacia mí.

—¿Sabes, Pip? —dijo solemnemente Joe, con su último bocado en un carrillo y hablando en tono confidencial, como si estuviéramos completamente solos—, tú y yo siempre seremos amigos, y yo sería el último en delatarte. ¡Pero una… —movió su silla, miró el espacio de suelo que mediaba entre nosotros y luego a mí otra vez— una engullida tan extraordinaria como ésta!

—¿Ha estado engullendo el pan? —exclamó mi hermana.

—¿Sabes, querido? —dijo Joe, mirándome a mí y no a la señora Joe, con el bocado todavía en el carrillo—, yo mismo engullía cuando tenía tu edad (muy a menudo) y de muchacho he sido de los mayores engullidores; pero jamás había visto una engullida como la tuya, Pip, y ha sido un favor de Dios que no hayas caído muerto.

Mi hermana se echó sobre mí y me pescó por los cabellos; sin decir nada más que estas horrendas palabras:

—Ven a que te dé la medicina.

Algún bestia de médico había resucitado en aquellos días el agua de alquitrán como un magnífico remedio, y la señora Joe guardaba siempre una provisión de ella en la alacena, pues tenía fe en sus virtudes, proporcionada a lo horrible de su sabor. Había veces en que se me administraba tal cantidad de aquel elixir, como reconstituyente de primer orden, que yo tenía conciencia de ir por el mundo oliendo como una valla nueva. Aquella noche la urgencia del caso requería un cuartillo de aquel brebaje, que me echaron al gaznate, mientras, para mayor comodidad mía, la señora Joe me tenía sujeta la cabeza debajo de su brazo, igual que una bota puesta en un sacabotas. Joe escapó con medio cuartillo, y lo tuvo que tomar (con gran disgusto suyo y mientras estaba sentado mascullando y meditando ante el fuego) porque se le había revuelto el estómago. A juzgar por lo que a mí me ocurría, se le revolvió con toda certeza después, si no se le había revuelto antes.

La conciencia es una cosa terrible cuando acusa a quienquiera que sea: hombre o niño. Pero cuando, en el caso de un niño, aquel peso secreto coopera con otro peso secreto en la pernera de sus pantalones, es, como puedo

atestiguarlo, un gran castigo. El culpable convencimiento de que iba a robar a la señora Joe —nunca pensé que fuera a robar a Joe, porque nunca pensé que nada de la casa fuese suyo—, unido a la necesidad de mantener siempre una mano sobre mi pan cuando estaba sentado o cuando andaba por la cocina en cumplimiento de algo que se me ordenase, casi me volvió loco. Luego, cuando el viento de los marjales reanimó el fuego y avivó las llamas, creí oír afuera la voz del hombre del grillete en la pierna que me había hecho jurar el secreto, declarando que no podía ni quería estar hambriento hasta mañana y que tenía que comer en seguida. Otras veces pensaba: ¡Y si el joven a quien él con tanta dificultad mantuvo alejado de mí, cedía a la impaciencia de la naturaleza o equivocaba el tiempo, y se creía con derecho a mi hígado y mi corazón esta noche en vez de mañana! Si alguna vez el terror hizo erizar el cabello de alguien, el mío debió erizarse entonces. Pero tal vez esto no sucede nunca.

Era la víspera de Navidad, y yo tenía que menear con la varita de cobre el pudín del día siguiente, desde las siete hasta las ocho en punto. Traté de hacerlo llevando mi peso en la pierna (y esto me hizo pensar de nuevo en el peso de *su* pierna) y me di cuenta de que no había manera de dominar la tendencia de aquel ejercicio a hacer asomar el pan por encima de mi tobillo. Afortunadamente, pude escurrirme y depositar aquella parte de mi conciencia en mi cuartito del ático.

—¡Oye! —dije, cuando hube terminado mi tarea, y mientras me calentaba en el rincón de la chimenea, antes de que me mandasen a la cama—. ¿Son cañonazos esto, Joe?

—¡Ah! —dijo Joe—. Otro forzado que anda suelto.

—¿Qué quiere decir esto, Joe? —pregunté.

La señora Joe, que siempre tomaba a su cargo las explicaciones, dijo, en tono regañón: «¡Escapado, escapado!», administrando la definición como si fuese agua de alquitrán.

Mientras la señora Joe tenía la cabeza inclinada sobre su costura, yo hice con la boca los movimientos de preguntar:

—¿Qué es un forzado?

Joe hizo con la suya señales de darme una respuesta tan complicada, que sólo pude entender una sola palabra: «Pip».

—Anoche se escapó un forzado —dijo Joe en voz alta— después del cañonazo de la puesta de sol. Y dispararon para dar aviso de ello. Y parece que hoy están disparando por otro.

—¿Y quién dispara? —pregunté.

—¡Demonio de chico! —interpuso mi hermana, mirándome ceñuda por encima de su labor—. ¡Qué preguntón es! No hagas preguntas, y no te dirán mentiras.

No me pareció muy cortés para consigo misma, el suponer que había de decir mentiras, aunque fuera yo quien preguntase. Pero ella nunca se mostraba cortés, a no ser que hubiera visitas.

En este punto, Joe aumentó grandemente mi curiosidad, abriendo la boca como para decir una palabra que me pareció «mal humor». Así es que moví la mía como diciendo: «Ella». Pero Joe hizo como si no lo viera, y volvió a abrir toda la boca y trató de imitar muy distintamente la pronunciación de la palabra, a pesar de lo cual no entendí nada.

—Señora Joe —dije yo, como último recurso—, me gustaría saber, si no le importa mucho, ¿de dónde vienen los cañonazos?

—¡Bendito sea el niño! —exclamó mi hermana, como si no quisiera decir esto, sino todo lo contrario—. De los pontones.

—¡Oh! —dije, mirando a Joe—. ¡Pontones!

Joe tosió en tono de reproche, como diciendo: «Bien, ya te lo había dicho»[2].

—Y, por favor, ¿qué son los pontones? —pregunté.

—¡Así es él! —exclamó mi hermana, apuntándome con la aguja enhebrada y amenazándome con la cabeza—. Respóndele a una pregunta y enseguida os hará otras doce. Los pontones son unos barcos que sirven de prisión al otro lado de los marjales.

—No sé a quiénes meten en esos barcos y por qué los meten allí —dije yo, como hablando en general, y con serena desesperación.

Esto era ya demasiado para la señora Joe, quien inmediatamente se levantó:

—¡Te lo voy a decir, jovencito! —dijo—. No te he criado a fuerza de mano para que fastidies a todo el mundo. Si lo hubiese hecho, sería en mí una falta y no un mérito. Meten a las personas en los pontones porque asesinan, y porque roban, y porque falsifican, y hacen toda clase de cosas malas; y siempre empiezan haciendo preguntas. Y ahora, ¡vete a la cama!

Nunca se me concedía una vela para irme a la cama, y mientras subía a oscuras la escalera, con un hormigueo en la cabeza —debido a que el dedal de la señora Joe había estado tamborileando en ella, para acompañar sus últimas palabras—, caí despavorido en la cuenta de la gran conveniencia de tener los

pontones tan a mano. Yo estaba, evidentemente, en el camino que a ellos conducía. Había empezado haciendo preguntas, e iba a robar a la señora Joe.

Desde aquel momento, tan lejano ahora, he pensado a menudo que pocos conocen cuánta reserva puede caber en un niño sometido al terror. Por irracional que sea su terror, mientras sea terror. Yo sentía un miedo mortal de aquel joven que quería comérseme las entrañas; sentía un miedo mortal de mi interlocutor del grillete en la pierna; sentía un miedo mortal de mí mismo a causa de la terrible promesa que me habían arrancado; no tenía esperanza de socorro por parte de mi todopoderosa hermana, que me rechazaba a cada punto; me horroriza pensar lo que habría sido capaz de hacer, si me lo hubiesen exigido, en mi secreto terror.

Si llegué a dormir aquella noche, fue sólo para imaginarme flotando en el río, arrastrado hacia los pontones por una fuerte marea; y que, al pasar por el patíbulo, un pirata fantasma me gritaba con una bocina que más me valía salir a la orilla y que me ahorcasen ya, antes que aplazarlo más. Tenía miedo de dormir porque, aunque hubiera tenido sueño, sabía que, al primer resplandor del alba, tenía que robar la despensa. Nada podía hacer durante la noche, porque en aquel tiempo no se podía obtener luz con sólo frotar un fósforo; para tener luz, habría tenido que golpear el pedernal con un eslabón, y habría hecho un ruido como el del mismo pirata cuando hacía rechinar sus cadenas.

Tan pronto como la aterciopelada negrura que se percibía a través de mi ventana empezó a rayarse de gris, me levanté y bajé a la cocina, en tanto que cada tabla de la escalera y cada grieta en cada tabla gritaban tras de mí: «¡Al ladrón!» y «levántese, señora Joe». En la despensa, que estaba mejor provista que de costumbre, debido a la época del año, me llevé un gran susto por culpa de una liebre colgada por las patas, a la cual me pareció sorprender guiñándome un ojo, mientras estaba medio vuelto de espaldas. No tuve tiempo para cerciorarme de lo que había, ni para escoger, ni para nada, porque se me hacía tarde. Robé un poco de pan, unas cortezas de queso, medio tarro de carne picada (que envolví en mi pañuelo junto con mi pan de la víspera), algo de brandy de una botella de barro (que vertí en un frasco de vidrio que había usado en secreto para hacer, arriba en mi cuarto, aquel fluido embriagador que llamamos agua de regaliz, cuidando después de rellenar la botella de barro con el contenido de un jarro que hallé en la alacena), y cogí, además, un hueso de jamón con muy poca carne y un hermoso y compacto pastel de cerdo. Estuve a punto de irme sin el pastel, pero me sentí tentado de encaramarme a un anaquel para ver qué era lo que tan

cuidadosamente estaba guardado en una cazuela tapada que había en un rincón y, viendo que era el pastel, me lo llevé con la esperanza de que no estuviera previsto que nos lo comiéramos en seguida y de que no se echara en falta hasta pasado algún tiempo.

Había en la cocina una puerta que comunicaba con la herrería; di vuelta a la llave, descorrí el cerrojo y cogí una lima de entre las herramientas de Joe. Después volví a dejar los cerrojos como los había encontrado y, abriendo la puerta por donde había entrado la víspera al volver a casa, la cerré y eché a correr hacia los brumosos marjales.

CAPÍTULO III

Era una mañana fría y muy húmeda. Había visto chorrear la humedad por el exterior de mi ventanilla como si un duende hubiese estado llorando allí toda la noche y usado mis cristales como pañuelo. Ahora veía la humedad extendida sobre los setos desnudos y la mezquina hierba, formando unas a modo de gruesas telarañas que colgaban de brizna en brizna y de rama en rama. En cada barrera y en cada portillo el agua se hacía pegajosa, y la niebla de los marjales era tan espesa que el brazo de madera del poste que indicaba a los forasteros la dirección de nuestro lugar —dirección que nunca seguían, porque no venía allí nadie— permaneció invisible para mí hasta que casi estuve debajo de él. Y entonces, al levantar los ojos y verlo gotear, parecióle a mi conciencia oprimida un fantasma que me condenase a los pontones.

La niebla era aún más espesa cuando salí a los marjales, de manera que, en vez de correr yo hacia las cosas, parecía que las cosas corrieran hacia mí. Esto era muy enojoso para un espíritu culpable. Los portillos, las zanjas y los ribazos me salían bruscamente al paso como si gritasen con toda claridad: «¡Un muchacho que ha robado un pastel de cerdo! ¡Detenedle!». Las vacas se me echaban encima con parecida precipitación, como si me dijeran con su mirada muy fija y sus narices humeantes: «¡Eh! ¡Ladroncillo!». Un buey negro, con corbata blanca —que hasta tenía para mi conciencia excitada cierto aire curialesco—, me clavó tan obstinadamente la vista y volvió su maciza cabeza de una manera tan acusadora al pasar yo, que le dije gimoteando:

—¡No he podido evitarlo, señor! ¡No lo he cogido para mí! —Y entonces él bajó la cabeza, resopló, arrojando una nube de vapor por sus narices y desapareció dando una coz y meneando la cola.

Mientras tanto, yo me iba acercando al río; pero por deprisa que fuese, no podía calentarme los pies, a los cuales la fría humedad parecía remachada como estaba remachado el hierro a la pierna del hombre a cuyo encuentro corría. Conocía bastante bien el camino de la batería, porque había estado allí un domingo con Joe, y Joe, sentado sobre un viejo cañón, me había dicho que cuando yo fuese su aprendiz con todas las de la ley, tendríamos allí nuestros holgorios. Sin embargo, confundido con la niebla, acabé por encontrarme desviado a la derecha y tuve que buscar el camino retrocediendo a lo largo de la orilla del río, entre las piedras sueltas sobre el lodo y las estacas que servían para señalar la marea. Andando por allí a toda prisa, acababa de cruzar una zanja que sabía muy cercana a la batería, y de trepar a un montículo inmediato, cuando vi al hombre sentado ante mí. Estaba vuelto de espaldas, tenía los brazos cruzados y daba cabezadas, agobiado por el sueño.

Pensé que estaría más contento si aparecía ante él con su almuerzo de aquella manera inesperada; así pues, me llegué a él de puntillas y le toqué el hombro. Se levantó de un salto, ¡y no era el mismo hombre, sino otro!

Y, no obstante, este hombre iba también vestido de burdo paño gris, y llevaba un gran hierro en la pierna, y cojeaba y estaba ronco y temblaba de frío, y era en todo igual al otro; sólo que no tenía el mismo rostro y llevaba un sombrero de fieltro bajo de copa y ancho de alas. Vi todo esto en un momento, porque tuve un momento para verle; me lanzó un juramento, me lanzó un golpe —fue un golpe vago y débil que no me alcanzó y que casi le echó de bruces, pues le hizo tropezar— y luego corrió a zambullirse en la niebla, tropezando dos veces mientras corría, y desapareció.

«Es el joven», pensé, sintiendo, al identificarle, una punzada en el corazón. Con toda seguridad, habría sentido también una punzada en el hígado, si hubiese sabido dónde lo tenía.

Pronto, sin embargo, llegué a la batería, y allí encontré al hombre que buscaba, abrazándose a sí mismo y cojeando de un lado a otro como si toda la noche no hubiera dejado de abrazarse y cojear. Me esperaba. Debía de estar terriblemente helado. Casi temí verle caer ante mí muerto de frío. Sus ojos, además, delataban un hambre tan espantosa, que cuando le entregué la lima, pensé que habría tratado de comérsela, si no hubiese visto mi lío. No me volvió boca abajo esta vez para quitarme lo que llevaba, sino que me dejó de pie mientras yo abría el hatillo y vaciaba mis bolsillos.

—¿Qué hay en la botella, muchacho? —preguntó.

—Brandy —respondí.

Ya estaba echándose la carne picada al gaznate de una manera muy curiosa —más como si la estuviese guardando presuroso en algún sitio, que como si la estuviese comiendo—, pero la dejó para beber del licor. Y todo el rato temblaba tan violentamente que tenía dificultad en conservar el gollete de la botella entre los dientes sin romperlo.

—Me parece que ha cogido usted calentura —dije.

—Lo mismo creo yo, muchacho —respondió.

—Es mala cosa estar ahí —le dije—. Ha pasado usted la noche en los marjales y éstos son el demonio para dar las fiebres. Y para pescar un reuma.

—Pues antes de que me maten, voy a desayunar —dijo él—. Lo haría aunque después tuvieran que colgarme de aquella horca de allí abajo. Ya venceré los temblores, te lo aseguro.

Engullía carne picada, jamón, pan, queso y pastel de cerdo, todo a la vez, mirando entretanto recelosamente la niebla que nos rodeaba e interrumpiéndose —interrumpiendo hasta el movimiento de sus quijadas— para escuchar. Algún sonido real o imaginario, algún ruido en el río o el resoplido de una res en los marjales, le sobresaltó y le hizo decir, de pronto:

—¿No eres un diablillo traidor? ¿No has traído a nadie contigo?

—¡No, señor! ¡No!

—¿Ni le has dicho a nadie que te siguiera?

—¡No!

—Bien —dijo—. Te creo. Serías un sabueso bien feroz, si a tus años fueses capaz de ayudar a la caza de un pobre bicho acorralado, tan cercano como yo a la muerte y al muladar.

Algo sonó en su garganta, como si tuviera dentro una máquina de reloj que fuese a dar la hora, y el hombre se pasó la andrajosa manga por los ojos.

Compadecido de su desolación y, viendo cómo gradualmente iba haciendo desaparecer el pastel, me atreví a decir:

—Me alegra que sea de su gusto.

—¿Has dicho algo?

—Decía que me alegra que sea de su gusto.

—Sí, lo es. ¡Gracias, muchacho!

A menudo me había entretenido viendo comer a un perrazo que teníamos, y ahora notaba una marcada semejanza entre la manera de comer del perro y la del hombre. El hombre daba fuertes y repentinos mordiscos, igual que el perro.

Tragaba, o mejor dicho, arrebataba cada bocado, demasiado pronto y demasiado de prisa; y miraba de través a uno y otro lado mientras comía, como si creyera que había peligro, en todas direcciones, de que alguien viniera a quitárselo. Estaba demasiado inquieto para saborearlo con tranquilidad o para que nadie pudiese acercársele, pensé yo, sin que él le diera un mordisco. En todo lo cual se parecía mucho al perro.

—Temo que no deje usted nada para él —dije tímidamente, después de un silencio durante el cual había estado dudando si sería o no cortés hacer la observación—. No queda ya nada que yo pueda sacar de donde he cogido esto. —Era la certidumbre de este hecho lo que me impulsaba a hacer la insinuación.

—¿Dejar nada para él? ¿Quién es él? —dijo mi amigo, dejando de morder el pastel.

—El joven. Aquel de quien me habló usted. El que estaba escondido con usted.

—¡Ah, ya! —replicó, con bronca risa—. ¿Él? Sí, sí. Él no necesita comida.

—Pensé que tenía cara de necesitarla —dije yo.

El hombre dejó de comer y, con expresión sorprendida, me lanzó una mirada escrutadora.

—¿Que tenía cara de necesitarlo? ¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Dónde?

—Allí —dije, señalándolo—; allí abajo, donde le encontré dando cabezadas y le tomé por usted.

El hombre me agarró por el cuello y me miró de tal modo que empecé a pensar que había vuelto a acometerle su primera idea de cortarme el pescuezo.

—Vestido como usted, ¿sabe?, pero con un sombrero —expliqué, temblando —; y… y… —quería decirlo con delicadeza—, y con… la misma razón para desear una lima. ¿No oyó usted el cañón anoche?

—Entonces, ¡era el cañón! —dijo, para consigo mismo.

—Me extraña que no estuviese usted seguro de ello —respondí—, porque lo oímos desde casa, que está más lejos y además teníamos cerradas las puertas y ventanas.

—¡Oh, verás! —dijo—. Cuando un hombre anda solo por estos llanos, con la cabeza débil y el estómago vacío, muerto de frío y de necesidad, no oye más que disparos de cañón y voces que gritan. Y no solamente oye. Ve a los soldados, con sus casacas rojas, alumbrados por las antorchas, que le rodean. Oye gritar su

número, oye cómo le llaman, oye el ruido de los fusiles, las voces de mando: «¡Prepárense! ¡Ahora! ¡Apuntadle bien!», y siente que le ponen la mano encima… ¡y no hay nada! Y no ha sido sólo un destacamento de perseguidores lo que he visto anoche, avanzando en formación, malditos sean, con su tram tram. Un centenar he visto. ¡Y en lo que a cañonazos se refiere!, hasta después de clarear el día, he visto la niebla agitada por los disparos… Pero este hombre —había dicho todo lo anterior como si hubiese olvidado mi presencia—, ¿has notado algo en él?

—Tenía el rostro lleno de magulladuras —dije, recordando lo que apenas sabía que supiese.

—¿No aquí? —exclamó el hombre, golpeándose sin compasión la mejilla izquierda con la mano abierta.

—¡Sí! ¡Ahí!

—¿Dónde está? —Se embutió lo que quedaba de comida en el pecho, bajo su chaqueta gris—. Muéstrame por dónde iba. Voy a cazarle como a un perro. ¡Maldito sea este hierro que me lastima la pierna! Dame la lima, muchacho.

Le indiqué en qué dirección la niebla había ocultado al otro hombre, y él levantó hacia allí los ojos por un instante. Luego se arrojó sobre la hierba espesa y mojada y se puso a limar su hierro como un loco, sin preocuparse de mí ni de su pierna, que tenía una antigua rozadura y sangraba, pero que él trataba tan rudamente como si no tuviese más sensibilidad que la lima misma. Me daba mucho miedo, ahora que se había excitado de aquel modo, y al mismo tiempo temía estar demasiado tiempo fuera de mi casa. Le dije que debía irme, pero no me hizo ningún caso, de manera que pensé que lo mejor que podía hacer era escabullirme de allí. La última vez que le vi, tenía la cabeza inclinada sobre la rodilla y trabajaba furiosamente en su grillete, murmurando impacientes imprecaciones contra él y contra su pierna. Lo último que oí fue, al detenerme en medio de la niebla para escuchar, la lima que aún chirriaba.

CAPÍTULO IV

Estaba seguro de encontrar un guardia en la cocina esperando para prenderme. Pero no solamente no había guardia alguno, sino que aún no se había descubierto el robo. La señora Joe estaba prodigiosamente atareada arreglando la casa para las solemnidades del día y Joe había sido relegado al umbral de la cocina para que estuviera lejos del cogedor, un utensilio con el cual, tarde o temprano, el destino le hacía topar siempre que mi hermana estaba limpiando rigurosamente los suelos de la vivienda.

—¿Dónde diablos has estado? —fue el saludo navideño de la señora Joe cuando yo y mi conciencia hicimos nuestra aparición.

Respondí que había ido a oír los villancicos.

—¡Ah! ¡Bien! —observó la señora Joe—. Cosas peores podías haber hecho.

«No hay duda», pensé.

—Tal vez si no fuese la mujer de un herrero y, lo que es igual, una esclava que no puede quitarse nunca el delantal, también yo habría ido a oír los villancicos —dijo la señora Joe—. Me gustan los villancicos y ésta es la mejor razón para que no pueda oírlos nunca.

Joe, que se había arriesgado a entrar en la cocina detrás de mí, a medida que el cogedor se había ido retirando ante nosotros, se pasó el revés de la mano por la nariz en respuesta a una mirada que le asestó la señora Joe con aire conciliatorio, y cuando ésta desvió los ojos, disimuladamente, puso en cruz sus dedos índices y me los mostró como señal convenida de que la señora Joe estaba de mal humor. Éste era en ella un estado tan normal que Joe y yo, durante semanas enteras, éramos, por lo que toca a nuestros dedos, como monumentales cruzados por lo que toca a sus piernas[3].

Íbamos a tener una comida soberbia, consistente en una pierna de cerdo en adobo con verduras y un par de pollos asados. Un magnífico pastel de carne había sido hecho el día antes (lo cual explicaba que no se hubiese echado de menos la carne picada) y el pudín, que estaba ya a punto de hervir. Estos vastos preparativos fueron causa de que nos despacharan sin contemplaciones en lo tocante al desayuno.

—Porque no estoy —dijo la señora Joe—, porque no estoy a estas horas para comilonas y fregoteos de platos. Con el trabajo que me aguarda, ¡os lo prometo!

Así pues, recibimos nuestras raciones de pan con mantequilla en la mano como si fuésemos dos mil soldados en una marcha forzada y no un niño y un hombre en su casa, y tomamos sorbos de leche y agua, con cara de disculparnos por ello, de un jarro del aparador. Entretanto, la señora Joe mudaba las cortinillas blancas y ponía un nuevo volante floreado a la repisa de la ancha chimenea, en sustitución del viejo, y desenfundaba los muebles de la sala al otro lado del pasillo; éstos no se descubrían en ninguna otra ocasión, antes pasaban el resto del año envueltos en una bruma de papel blanco, que se hacía extensiva a los cuatro perritos de loza blanca de encima de la chimenea, cada uno con la nariz negra y una cestita de flores en la boca, y cada uno reproducción exacta de los demás. La señora Joe era una mujer muy limpia, pero poseía el arte exquisito de hacer su limpieza más incómoda y desagradable para los demás que la misma suciedad. La limpieza vale casi tanto como la piedad, y hay personas que hacen lo mismo con su religión.

Como mi hermana tenía tanto que hacer, iba a ir a la iglesia por delegación; es decir, íbamos a ir Joe y yo. Con sus ropas de trabajo, Joe era un herrero fornido, con el aire característico de los de su oficio; con su atuendo de las fiestas, parecía más que nada un espantajo bien acomodado. Nada de lo que llevaba entonces le sentaba bien o parecía pertenecerle, y todo lo que llevaba entonces le picaba. En aquella ocasión, salió de su cuarto, al gozoso repiqueteo de las campanas, hecho una estampa de la desdicha, con su terno completo de penitente dominical. En cuanto a mí, me figuro que mi hermana debía tener, en general, la idea de que yo era un joven delincuente a quien un policía comadrón había pescado (el día de mi nacimiento) y se lo había entregado a ella para que lo castigara de acuerdo con la ultrajada majestad de la ley. Siempre se me había tratado como si me hubiese empeñado en nacer contra todos los dictados de la razón, la religión y la moral, y a pesar de los argumentos disuasivos de mis mejores amigos. Hasta cuando me llevaban a que me hicieran un traje nuevo, el

sastre recibía instrucciones para hacer de él una especie de reformatorio, sin dejarme gozar, bajo ningún concepto, del libre uso de mis miembros.

En consecuencia, Joe y yo, al dirigirnos a la iglesia, debíamos de resultar un espectáculo conmovedor para cualquier espíritu compasivo. Sin embargo, lo que yo padecía por fuera no era nada comparado con lo que sufría por dentro. Los terrores que me habían invadido cada vez que la señora Joe se había acercado a la despensa o había salido de la estancia, sólo podían igualarse con el remordimiento con que mi espíritu meditaba sobre lo que yo había hecho. Bajo el peso de mi inicuo secreto, me preguntaba si la Iglesia sería lo bastante poderosa para salvarme de la venganza del terrible joven, en caso de que yo lo divulgase a aquella institución. Concebía la idea de que el momento en que, habiendo leído las amonestaciones, el clérigo decía: «¡Ahora declaradlo!», sería para mí el momento de levantarme y pedir una conferencia reservada en la sacristía. No estoy muy seguro de que no hubiese asombrado a nuestra pequeña congregación recurriendo a esta medida extrema, de no haber sido porque estábamos en el día de Navidad, y no en domingo.

El señor Wopsle, el sacristán, iba a comer con nosotros, y con el señor Hubble, el carretero, y la señora Hubble, y el tío Pumblechook (era tío de Joe, pero su mujer se lo había apropiado), que era un rico tratante en granos de la vecina ciudad y tenía carruaje propio. La hora de la comida era la una y media. Cuando Joe y yo llegamos a casa, encontramos la mesa puesta, a la señora Joe vestida, la comida a punto y la puerta principal con el cerrojo descorrido (nunca en ninguna otra ocasión lo tenía) para que los invitados entrasen por ella; todo magnífico y resplandeciente. Y todavía ni una palabra del robo.

Llegó la hora, sin traer ningún alivio a mis angustias, y llegaron los invitados. El señor Wopsle, junto con una nariz romana y una gran frente calva y brillante, tenía una voz profunda de la cual estaba muy orgulloso; de hecho era cosa entendida entre sus amistades que, si le daban pie para ello, sería capaz de dar lecciones al clérigo en persona; él mismo confesaba que si la iglesia estuviese «abierta», es decir, abierta a la competencia, no desesperaría de distinguirse en ella. Como la iglesia no estaba «abierta», él no era otra cosa, como he dicho, que nuestro sacristán. Pero castigaba tremendamente los amén y cuando iniciaba el salmo —siempre recitando el versículo entero—, primero se volvía a mirar a toda la congregación, como diciendo: «¡Ya habéis oído a mi amigo de arriba; tened la bondad de decirme ahora qué os parece este estilo!».

Yo abría la puerta a los invitados —dando a entender que teníamos

costumbre de hacerlo— y primero abrí al señor Wopsle, después al señor y la señora Hubble, y, por fin, al tío Pumblechook. N. B. No se me permitía llamarle tío, so pena de los más severos castigos.

—Señora Joe —dijo el tío Pumblechook, un hombrón de media edad, asmático, cachazudo, con una boca como la de un pez, la mirada fija y apagada y el cabello rojo, erizado de tal modo que parecía que se hubiera medio ahogado y acabase de volver en sí en aquel momento—, le traigo, como obsequio del día, señora, una botella de jerez. Y le traigo, señora, una botella de oporto.

Cada Navidad se presentaba, como una gran novedad, exactamente con las mismas palabras, y llevando las dos botellas como si fuesen pesas de gimnasta. Cada Navidad, la señora Joe respondía como respondió entonces:

—¡Oh! ¡Tí-o Pum-ble-chook! ¡Qué amable!

Cada Navidad, él replicaba como entonces:

—No es más de lo que mereces. Y ahora que os he visto a todos tan campantes, ¿cómo anda este medio chelín en calderilla? —con lo cual se refería a mí.

En estas ocasiones comíamos en la cocina y pasábamos después a la sala para tomar las nueces, naranjas y manzanas, lo cual era un cambio parecido al de Joe cuando mudaba su ropa de trabajo por la de las fiestas. Mi hermana estaba extraordinariamente animada en esta ocasión, y, de hecho, estaba siempre más amable en compañía de la señora Hubble que en otra cualquiera. Recuerdo a la señora Hubble como una personilla rizada y angulosa que adoptaba un aire convencionalmente juvenil, porque se había casado con el señor Hubble —en no sé qué remoto período— cuando ella era mucho más joven que él. Recuerdo al señor Hubble como un hombre rudo, cargado de espaldas, que olía a serrín y andaba con las piernas extraordinariamente separadas, de modo que en aquellos días de mi infancia, cuando lo encontraba por la vereda, veía siempre muchas millas de campo entre ellas.

Con tan buena compañía yo tenía que haberme sentido, aunque no hubiese saqueado la despensa, en una falsa posición. Y no era porque me encontrara estrujado en un ángulo de los manteles, con la mesa contra el pecho y un codo Pumblechookiano en el ojo; ni porque no se me permitiera hablar (no tenía deseo alguno de hacerlo), ni porque se me obsequiara con las puntas escamosas de las patas de los pollos, y con aquellos negros retazos de cerdo de que el animal, cuando estaba vivo, había tenido menos motivo para envanecerse. No; todo esto no me habría importado mientras me hubieran dejado tranquilo. Pero no me

dejaban tranquilo. Parecían creer que desperdiciaban la ocasión si dejaban de tomarme de vez en cuando como tema de sus conversaciones y aplicarme su moraleja. Se habría dicho que yo era un malhadado novillo en una plaza española; tan duramente me pinchaban estos puyazos morales.

Empezó tan pronto como nos sentamos a comer. El señor Wopsle recitó la acción de gracias en un tono teatral —algo, según se me parece ahora, como una religiosa combinación del fantasma de Hamlet con Ricardo III— y acabó expresando el deseo, muy oportuno, de que todos fuéramos sinceramente agradecidos. Oyendo lo cual, mi hermana me clavó los ojos y me dijo a media voz, en tono de reproche:

—¿Oyes esto? Tienes que ser agradecido.

—Especialmente —dijo el señor Pumblechook— sé agradecido, muchacho, con los que te han criado a fuerza de mano.

La señora Hubble meneó la cabeza y, contemplándome como si tuviese el lúgubre presentimiento de que yo no pararía en cosa buena, preguntó:

—¿Cómo es que los jóvenes nunca son agradecidos?

Este misterio moral pareció indescifrable para todos los reunidos, hasta que el señor Hubble lo resolvió concisamente, diciendo:

—Perversidad natural.

Todos murmuraron entonces:

—¡Es verdad! —Y me miraron de un modo especialmente personal y desagradable.

La autoridad e influencia de Joe eran algo más débiles, si cabe, cuando había visitas que cuando estábamos solos. Pero me ayudaba y consolaba, a su manera, siempre que podía, y en las comidas solía hacerlo dándome salsa, cuando la había. Habiendo salsa aquel día en abundancia, Joe, en este punto, me echó en el plato como un medio cuartillo de ella.

Algo más avanzada la comida, el señor Wopsle criticó el sermón con cierta dureza, indicando qué clase de sermón habría hecho él en la usual hipótesis de que la iglesia estuviese «abierta». Después de obsequiarnos con algunas muestras del discurso, observó que consideraba mal elegido el tema de la homilía de aquel día; lo cual, añadió, era menos excusable cuando había tal abundancia de temas por todas partes.

—Es mucha verdad —dijo el tío Pumblechook—. Ha dado usted en el clavo. Abundancia de temas por todas partes, para los que saben ponerles la sal. Uno no necesita ir muy lejos para encontrar un tema, con tal que tenga el salero a mano.

El señor Pumblechook, después de un breve intervalo de meditación, añadió:

—Vean ustedes el cerdo, por no hablar de otra cosa. ¡Esto es un tema! Si buscan ustedes un tema, ¡ahí tienen el cerdo!

—Es cierto, señor. Muchas lecciones morales para la juventud —repuso el señor Wopsle, y antes de que lo dijera ya vi que me iba a meter en ello— se podrían deducir de este texto.

—Escucha esto —me dijo mi hermana, en un severo paréntesis.

—Cerdos —prosiguió el señor Wopsle, con su voz más profunda y apuntando con su tenedor a mi encendido rostro como si pronunciara mi nombre de pila—. Cerdos eran los compañeros del hijo pródigo. La glotonería del cerdo se nos ofrece como un ejemplo para los jóvenes. —Pensé que no estaba mal viniendo de él, que acababa de alabar el cerdo porque estaba tan gordo y jugoso —. Lo que es detestable en un cerdo es aún más detestable en un niño.

—O en una niña —sugirió el señor Hubble.

—O en una niña, claro está, señor Hubble —asintió, algo picado, el señor Wopsle—; pero aquí no hay ninguna niña.

—Además —dijo el señor Pumblechook, volviéndose vivamente hacia mí—, piensa en lo que tienes que agradecer. Si hubieses nacido chillón…

—Pues no lo era poco: como el que más —dijo mi hermana con gran energía[4].

Joe me dio más salsa.

—Bueno, quería decir un chillón de cuatro patas —dijo el señor Pumblechook—. Si hubieras nacido así, ¿estarías aquí ahora? No.

—A no ser que fuese en esta forma —dijo el señor Wopsle señalando la fuente con la cabeza.

—Pero no quiero decir en esta forma, señor —replicó el señor Pumblechook, a quien no le gustaba que le interrumpieran—. Quiero decir deleitándose con personas mayores y de mejor conocimiento, instruyéndose con su conversación y regalándose en la abundancia y la comodidad. ¿Estaría él así? No, no estaría así. ¿Y cuál habría sido tu destino? —volviéndose de nuevo hacia mí—. Te habrían vendido por más o menos chelines, según fuera el precio del artículo en el mercado, y Dunstable, el carnicero, se te hubiera acercado mientras estabas acostado en tu paja, te hubiera sujetado con el brazo izquierdo y con el derecho se hubiera remangado la blusa, para sacar un cuchillo del bolsillo de su chaleco,

hubiera vertido tu sangre y te hubiera quitado la vida. No se habría hablado de criarte a fuerza de mano entonces. ¡Ni pizca!

Joe me ofreció más salsa, que yo tuve miedo de aceptar.

—Le habrá dado a usted muchas molestias, señora —comentó la señora Hubble, compadeciendo a mi hermana.

—¿Molestias? —repitió ésta—, ¿molestias? —Y se puso a enumerar un pavoroso catálogo de todas las enfermedades de las que yo había sido culpable, y de todos los actos de insomnio que había cometido, y de todos los sitios altos y bajos desde los cuales o a los cuales me había caído, y de todos los chichones que me había hecho, y de todas las veces que me habría querido ver en la tumba, donde yo contumazmente me había negado a ir.

Me figuro que los romanos debían de irritarse unos a otros con sus narices. Tal vez fue por esto por lo que resultaron un pueblo tan inquieto. Sea como fuese, la nariz romana del señor Wopsle me irritó tanto, durante la relación de mis fechorías, que habría querido tirar de ella hasta hacerle aullar. Pero todo lo que había sufrido hasta aquel momento no fue nada comparado con los terribles sentimientos que me dominaron cuando se rompió el silencio que había seguido a la enumeración de mi hermana, durante el cual todos me miraron (como yo percibía dolorosamente) con indignación y aborrecimiento.

—Sin embargo —dijo el señor Pumblechook, volviendo delicadamente la atención de la concurrencia al tema del que se había desviado—, el cerdo, considerado como un guiso, no deja de ser suculento, ¿no es cierto?

—Va usted a tomar un poco de brandy, tío —dijo mi hermana.

¡Dios del cielo, por fin había llegado la cosa! Le parecería flojo, diría que era flojo y yo estaría perdido. Me agarré con ambas manos a la pata de la mesa, por debajo del mantel, y aguardé mi suerte.

Mi hermana fue a por la botella de barro, volvió con el frasco y sirvió el brandy a su tío; ninguno de nosotros lo tomaba. El miserable se entretenía con su vaso —lo tomaba, lo miraba al contraluz, lo volvía a dejar—, prolongaba mi sufrimiento. Mientras tanto, el señor y la señora Joe desembarazaban activamente la mesa para hacer sitio al pastel y al pudín.

Yo no podía apartar la mirada del tío Pumblechook. Sin dejar de agarrarme fuertemente con pies y manos a la pata de la mesa, vi a la miserable criatura jugar con su vaso, levantarlo, sonreír, inclinar la cabeza atrás y echarse el brandy al gaznate. Un instante después, todos los reunidos eran presa de una indecible consternación, al ver que se levantaba bruscamente, daba varias vueltas bailando

y tosiendo de un modo aterrador, y corría desolado a la puerta; luego se le vio por la ventana, convulsionado, expectorando violentamente, haciendo los más horribles visajes, y, al parecer, fuera de sí.

Yo continuaba fuertemente cogido, mientras la señora Joe y Joe corrían a auxiliarle. No sabía de qué manera lo había hecho, pero no tenía duda de haberle matado. En mi espantosa situación, sentí una especie de alivio cuando le llevaron de nuevo dentro, y él, mirando, uno después de otro, a todos los reunidos, como si fuesen ellos los que le habían sentado mal, se dejó caer en la silla pronunciando, entre jadeos, esta sola y significativa palabra:

—¡Alquitrán!

¡Yo había acabado de llenar la botella con el jarro de agua de alquitrán! Sabía que no tardaría en sentirse peor. Como un médium de nuestros días, llegué a mover la mesa gracias a la fuerza con que invisiblemente me agarraba a ella.

—¡Alquitrán! —exclamó mi hermana llena de asombro—. Pero ¿cómo podía haber alquitrán en el brandy?

Pero el tío Pumblechook, que era omnipotente en aquella cocina, no quiso ni oír una sola palabra, no quiso que se hablase más del asunto, lo relegó al olvido con un ademán imperioso y pidió ginebra con agua caliente. Mi hermana, que se había puesto a reflexionar de un modo alarmante, tuvo que ocuparse activamente en sacar la ginebra, el agua caliente, el azúcar, la corteza de limón y mezclarlo todo. Por el momento, al menos, me había salvado. Continuaba agarrado a la pata de la mesa, pero ahora era con el fervor de la gratitud.

Poco a poco fui tranquilizándome hasta poder soltarme y participar del pudín. El señor Pumblechook comió también de él. Todos participaron del pudín. Ya se estaba terminando y el señor Pumblechook se iba reanimando bajo el estimulante influjo de la ginebra. Yo empezaba a creer que mi día iba a pasar sin tropiezo, cuando mi hermana le dijo a Joe:

—Platos limpios, fríos.

En el acto volví a agarrarme a la pata de la mesa y la apreté contra mi pecho como si hubiese sido el compañero de mi infancia y el amigo de mi corazón. Adiviné lo que venía y sentí que esta vez estaba perdido de veras.

—Para terminar —dijo mi hermana dirigiéndose a sus invitados, llena de amabilidad— van a probar ustedes un obsequio exquisito y delicioso del tío Pumblechook.

¡Iban a probarlo! ¡Que no lo esperasen!

—Sepan ustedes —dijo mi hermana levantándose— que se trata de un

pastel; un apetitoso pastel de cerdo.

Los circunstantes murmuraron unas palabras de cumplido. El tío Pumblechook, consciente de haber merecido bien de sus semejantes, dijo, con bastante animación, después de todo:

—Bien, señora Joe; haremos todos un esfuerzo. ¡Venga el pastel que lo cortaremos!

Mi hermana salió a buscarlo. Oí sus pasos dirigiéndose a la despensa. Vi al señor Pumblechook balanceando su cuchillo; vi renacer el apetito en las narices del señor Wopsle. Oí cómo el señor Hubble observaba que un poco de sabroso pastel de cerdo podía ponerse, sin causar daño, encima de todo lo que uno pudiera imaginar, y oí decir a Joe:

—Tú también comerás, Pip.

Nunca he estado seguro de si proferí un alarido de terror solamente en espíritu o de una manera materialmente audible para los demás. Sentí que no podía resistir más y que debía escapar. Solté la pata de la mesa y eché a correr como un loco.

Pero no pasé de la puerta de la calle, porque allí fui a dar de cabeza con un destacamento de soldados con sus fusiles, uno de los cuales me mostró un par de esposas, diciendo:

—¡A punto vienes! ¡Vamos, adelante!

CAPÍTULO V

La aparición de una fila de soldados haciendo sonar las culatas de sus fusiles en el umbral de nuestra puerta hizo que todos los invitados se levantasen atropelladamente y motivó que la señora Joe, que volvía de la cocina con las manos vacías, se detuviese con los ojos muy abiertos en mitad de una asombrada exclamación:

—¡Válgame el cielo y válgame Dios! ¿Qué ha pasado con el pastel?

El sargento y yo entramos en la cocina, mientras la señora Joe se quedaba mirando, y en esta crisis yo recobré en parte el uso de mis sentidos. El sargento era el que me había hablado antes, y ahora paseaba la mirada por los circunstantes, mientras con la mano derecha extendida parecía que les ofreciese las esposas, y con la izquierda se apoyaba en mi hombro.

—Ustedes perdonen, señoras y caballeros —dijo el sargento—; pero como le he dicho en la puerta a este lindo rapaz —cosa que no había hecho—, estoy dando una batida en nombre del rey y necesito al herrero.

—¿Y para qué puede usted necesitarlo? —preguntó la señora Joe, pronta en resentirse de que él fuese necesario para algo.

—Señora —respondió el galante sargento—, hablando por mi cuenta respondería que para tener el honor y el gusto de conocer a su agraciada esposa; hablando en nombre del rey, respondo que para un pequeño trabajo.

Estas palabras fueron acogidas como una muestra de finura y cortesía, hasta el punto de que el señor Pumblechook exclamó de modo que le pudiesen oír:

—¡Bien dicho!

—Vea usted, herrero —dijo el sargento, que ya había adivinado que éste era Joe—, hemos tenido un accidente con estas esposas y nos encontramos con que

el cierre de una de ellas no encaja y el juego no funciona. Y como las necesitamos para emplearlas inmediatamente, ¿quiere usted echarles un vistazo?

Joe las examinó y declaró que el arreglo requería que se encendiese la fragua y probablemente unas dos horas de trabajo.

—¿Sí? Entonces será mejor que se ponga usted a ello en seguida, herrero —dijo el expeditivo sargento—, puesto que se trata del servicio de *Su Majestad*. Y si mis hombres pueden echar una mano, cuente usted con su ayuda.

Con lo cual llamó a sus hombres, que fueron entrando en la cocina uno tras otro, apilando sus armas en un rincón. Y luego se quedaron formando corro, como acostumbran hacerlo los soldados, ora con las manos cruzadas delante, ora descansando una rodilla o un hombro, ora aflojando un cinto o una mochila, ora abriendo la puerta para escupir envarados al patio por encima de sus tiesos corbatines.

Yo veía todas estas cosas sin darme cuenta de que las veía, porque me hallaba en un paroxismo de miedo. Pero, empezando a percibir que las esposas no eran para mí y que los militares habían hecho olvidar lo del pastel, hasta el punto de hacerlo pasar a segundo término, recobré un poco de mi perdida serenidad.

—¿Tiene usted la bondad de decirme qué hora es? —dijo el sargento, dirigiéndose al señor Pumblechook, como a un hombre cuyas apreciativas facultades justificaban la suposición de que llevaba la hora exacta.

—Son las dos y media en punto.

—No está mal —dijo el sargento reflexionando—; aunque me viese obligado a detenerme aquí cerca de dos horas, no importaría. ¿Qué distancia cuentan ustedes que hay de aquí a los marjales? No será más de una milla, me figuro.

—Una milla exacta —dijo la señora Joe.

—Está bien. Empezaremos a rodearlos a la caída de la tarde. Un poco antes de oscurecer. Éstas son mis órdenes.

—¿Forzados, sargento? —preguntó el señor Wopsle con aire de enterado.

—Sí —respondió el sargento—. Dos. Es cosa sabida que aún corren por los marjales, y no tratarán de escapar de ellos antes de oscurecer. ¿Nadie ha visto alguno de estos pájaros?

Todos, excepto yo, respondieron negativamente. Nadie pensó en mí.

—¡Bien! —dijo el sargento—. Espero que se van a encontrar cercados más pronto de lo que se figuran. ¡Vamos, herrero! Si usted está dispuesto, *Su Majestad el Rey* también lo está.

Joe se había quitado la chaqueta, el chaleco y la corbata, se había puesto el mandil de cuero y había pasado a la herrería. Uno de los soldados abrió las contraventanas, otro encendió el fuego, otro acudió al fuelle, el resto se agrupó alrededor de las llamas, que pronto empezaron a rugir. Entonces Joe empezó a martillear y a hacer sonar el hierro y todos los demás lo contemplamos.

El interés de la inminente persecución no sólo absorbió la atención general, sino que hasta hizo que mi hermana se sintiese generosa. Llenó un jarro de cerveza del barril, para los soldados, e invitó al sargento a tomar una copa de brandy. Pero entonces el señor Pumblechook exclamó vivamente:

—Dele usted vino, señora. Puedo garantizar que no hay alquitrán en él.

Así el sargento le dio las gracias y dijo que, como prefería la bebida sin alquitrán, tomaría el vino, si les era igual. Cuando se lo dieron, brindó por Su Majestad, formulando los votos propios de aquellas festividades, se lo bebió de un trago y se chupó los labios.

—Buen caldo, ¿eh, sargento? —dijo el señor Pumblechook.

—Le voy a decir una cosa —replicó el sargento—; sospecho que esta botella la ha traído usted.

El señor Pumblechook, con una risa satisfecha, dijo:

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Porque —repuso el sargento dándole una palmada amistosa en el hombro — usted es un hombre que sabe distinguir.

—¿Usted cree? —dijo el señor Pumblechook con su risa de antes—. Tome otro vaso.

—Con usted. Vamos a brindar —replicó el sargento—. Lo alto de mi vaso con el pie del suyo, el pie del suyo con lo alto del mío, que choquen una vez, que choquen dos veces, no hay canción mejor en los vasos musicales. A su salud. ¡Que viva usted mil años y no sea nunca peor juez de las cosas de lo que lo es en este momento!

El sargento volvió a vaciar el vaso y parecía dispuesto a aceptar otro. Noté que el señor Pumblechook, en su hospitalidad, parecía olvidar que había regalado el vino, pues tomó la botella de manos de la señora Joe y se apropió todo el mérito de hacerla circular en su rapto de cordialidad. Hasta yo bebí un poco. Y tan generoso se sintió, que pidió la otra botella y la hizo circular con la misma largueza en cuanto se hubo terminado la primera.

Contemplándolos así agrupados alrededor de la fragua y viendo lo que se divertían, pensé en qué terrible y sabrosa salsa, para una comida, había resultado

mi fugitivo amigo de los marjales. Nuestros invitados no habían disfrutado ni la cuarta parte de lo que disfrutaban ahora, antes de que la fiesta se viese animada por la excitación que él proporcionaba. Y ahora, mientras todos se prometían alegremente que «los dos rufianes» serían atrapados, mientras el fuelle parecía rugir contra los fugitivos, el fuego llamear para ellos, el humo correr en su persecución, Joe martillear para ellos y todas las lóbregas sombras de la pared moverse amenazándolos, según la llama crecía o se apagaba, mi joven y compasiva fantasía me llevó a imaginar que la pálida tarde, ahí fuera, había palidecido por su culpa, pobres desgraciados.

Por fin, Joe terminó su trabajo y cesaron el martilleo y los rugidos. Mientras se ponía la chaqueta, Joe encontró el valor suficiente para proponer que algunos de nosotros fuésemos con los soldados para ver qué resultado daba la batida. El señor Pumblechook y el señor Hubble rehusaron con el pretexto de fumar una pipa y gozar de la compañía de las señoras, pero el señor Wopsle dijo que iría si iba Joe. Joe dijo que contara con él y que me llevaría a mí, si la señora Joe no veía inconveniente. Estoy seguro de que no habríamos obtenido el permiso para ir, de no haber sido por la curiosidad que sentía la señora Joe por conocer los detalles y enterarse de cómo terminaba la cosa. De todos modos, lo único que especificó fue:

—Si me traes al chico con la cabeza rota por un balazo, no me vengas a que yo se la componga.

El sargento se despidió muy finamente de las damas y se separó del señor Pumblechook como un camarada, aunque dudo que fuese tan sensible a los méritos de aquel caballero, en estado seco, como después de mojarse el gaznate. Sus hombres volvieron a tomar los fusiles y se alinearon. El señor Wopsle, Joe y yo recibimos orden rigurosa de mantenernos en la retaguardia y de no pronunciar una sola palabra una vez estuviésemos en los marjales. Cuando nos encontramos al aire libre y mientras seguíamos decididamente la marcha hacia el objeto de la expedición, murmuré traidoramente al oído de Joe: «Espero, Joe, que no los encontremos». Y Joe me respondió del mismo modo: «Daría un chelín por que hubiesen escapado».

No se nos unió ningún curioso del lugar, porque el tiempo estaba frío y amenazador, el camino era fatigoso y de mal andar, iba oscureciendo y todos tenían buenos fuegos en sus casas y celebraban la fiesta. Algunos rostros se asomaron a las ventanas iluminadas siguiéndonos con la vista, pero nadie salió. Pasamos junto al poste indicador y tomamos la dirección del cementerio. Allí

nos detuvimos unos minutos, obedeciendo a un ademán del sargento, mientras dos o tres de sus hombres se dispersaban entre las tumbas y examinaban de paso el porche. Volvieron sin haber encontrado nada, y luego salimos a los marjales abiertos por la puerta lateral del cementerio. Allí nos azotó el rostro una fría cellisca impulsada por el viento del este, y Joe me tomó a cuestas.

Ahora nos hallábamos en la melancólica llanura donde poco se figuraban todos que ocho o nueve horas antes hubiese estado yo viendo a los dos hombres escondidos. Empecé a pensar con gran temor si, en caso de que diéramos con ellos, se figuraría mi forzado particular que era yo quien había traído a los soldados. Él me había preguntado si no sería yo un diablejo traidor, y había añadido que tenía que ser un pequeño sabueso bien feroz si facilitaba su persecución.

¿Creería ahora que yo era de veras un diablejo traidor y un pérfido sabueso que le había vendido?

De nada valía hacerse ahora esta pregunta. Allí estaba yo, sobre los hombros de Joe, y allí estaba Joe, debajo de mí, saltando las zanjas como un cazador y exhortando al señor Wopsle para que no se rompiera las romanas narices y no se quedara atrás. Los soldados iban delante de nosotros, desplegados en una ancha línea con un intervalo de hombre a hombre. Íbamos siguiendo la dirección que yo había tomado por la mañana y de la cual me había desviado a causa de la niebla. O la niebla no se había extendido aún, o el viento la había dispersado. A los mortecinos resplandores de la puesta del sol, el faro, la horca y el montículo de la batería, así como la orilla opuesta del río, se distinguían claramente, aunque todo se veía de un color de plomo.

Con el corazón martilleando como un herrero sobre los anchos hombros de Joe, miré a mi alrededor buscando algún indicio de la presencia de los forzados. No pude ver ninguno, no pude oír ninguno. Más de una vez, el señor Wopsle me había alarmado enormemente con sus resoplidos y sus jadeos; pero ahora ya conocía estos sonidos y podía distinguirlos del objeto de nuestra persecución. Tuve un susto terrible cuando creí oír aún el ruido de la lima; pero sólo era la esquila de un cordero. Las ovejas dejaban de pacer y nos miraban tímidamente; y las vacas, con la cabeza vuelta, de espaldas al viento y la cellisca, nos miraban airadas, como si nos hicieran responsables de ambas molestias; pero aparte de esto, y del temblor que la muerte del día suscitaba en cada brizna de hierba, nada rompía el desolado silencio de los marjales.

Los soldados avanzaban hacia la vieja batería, y nosotros seguíamos algo

rezagados, cuando, de pronto, nos detuvimos todos. Porque en alas del viento y de la lluvia había llegado hasta nosotros un grito prolongado. El grito se repitió. Venía de lejos, de la parte del este, pero era sostenido y fuerte. Aún más, parecía haber dos o más gritos dados a la vez, a juzgar por la confusión del sonido.

De esto estaban hablando en voz baja el sargento y los más próximos de sus hombres cuando Joe y yo los alcanzamos. Después de escuchar un rato, Joe, que era un buen juez, se mostró de acuerdo en que eran dos, y el señor Wopsle, que era un mal juez, se mostró también de acuerdo. El sargento, un hombre resuelto, ordenó que no se respondiera al grito, pero que se cambiara el rumbo y que sus hombres se dirigieran al sitio de donde venía, dando un rodeo. Torcimos hacia la derecha, donde estaba el este, y Joe se puso a dar unas zancadas tan prodigiosas que tuve que agarrarme fuerte para no caer.

Era ya ahora una franca carrera, lo que Joe llamó, en las dos únicas palabras que pronunció en todo aquel tiempo, «una ventolera». Bajábamos y subíamos taludes, saltábamos barreras, chapoteábamos en las zanjas, y nos abríamos paso entre ásperos juncos: nadie miraba dónde ponía los pies. Al acercarnos a los gritos, se hizo cada vez más evidente que había más de una voz. A veces los gritos parecían cesar por completo, y entonces los soldados se detenían. Cuando volvían a oírse, los soldados corrían hacia ellos más rápidos que nunca, y nosotros, a la zaga. Al cabo de un rato habíamos corrido así tanto, que pudimos oír una voz que gritaba: «¡Asesino!», y otra que decía: «¡Forzados! ¡Escapados! ¡Guardias! ¡Por aquí!». Después ambas voces parecieron ahogadas por una lucha, y más tarde volvieron a gritar. Llegando a este punto, los soldados corrieron como gamos, y Joe a la par de ellos.

El sargento fue el primero en adelantarse cuando alcanzamos el lugar de donde partían los gritos, y dos de sus hombres corrieron junto a él. Tenían los fusiles armados y apuntando cuando llegamos los demás.

—¡Aquí están los dos! —jadeó el sargento, bregando en el fondo de una zanja—. ¡Rendíos! ¡Malditos seáis! ¡Parecéis dos bestias salvajes! ¡Separaos!

Chapoteaba el agua, salpicaba el barro, llovían los golpes y los juramentos cuando algunos hombres más bajaron al fondo de la zanja para ayudar al sargento y sacaron, a rastras y por separado, a mi forzado y al otro. Ambos sangraban y jadeaban y maldecían y se agitaban; pero, desde luego, los reconocí en el acto.

—¡Recuerden! —dijo mi forzado, limpiándose la sangre del rostro con las mangas rotas y sacudiéndose de los dedos unos mechones de pelo— que fui yo

quien le cogí. ¡Yo se lo entregué a ustedes! ¡Recuérdenlo!

—No es cosa en que valga mucho la pena insistir —dijo el sargento—, y de poco le servirá estando como está usted en el mismo aprieto. ¡Vengan las esposas!

—No espero que me sirva de nada. Ni deseo que me sirva de más de lo que me sirve ahora —dijo mi forzado con una nerviosa carcajada—. Yo lo he cogido y él lo sabe. Esto me basta.

El otro forzado estaba lívido y por añadidura la antigua señal que tenía en la mejilla izquierda parecía llena de magulladuras y rasguños por todas partes. Jadeaba de tal modo que no pudo hablar hasta que le hubieron esposado, y tuvo que apoyarse en un soldado para no caerse.

—Tengan cuidado, guardias, ha querido matarme —fueron sus primeras palabras.

—¿Que he querido matarle? —dijo mi forzado desdeñosamente—. ¿He querido, y no lo he hecho? Le he cogido y lo he entregado; esto es lo que he hecho. No sólo he impedido que huyera de los marjales, sino que le he traído a rastras hasta aquí. Este bandido, señores, se las da de caballero. Ahora los pontones, gracias a mí, recobran a su caballero. ¿Matarle yo? No valía la pena matarle, cuando podía hacer algo peor, arrastrándole para que lo devuelvan a donde estaba.

El otro aún jadeaba:

—Ha querido… ha querido… matarme. Ustedes… ustedes son testigos.

—¡Oiga! —dijo mi forzado al sargento—. Sin ayuda de nadie me escapé del barco. Lo mismo me habría escapado de estas llanuras heladas… (mire mi pierna: no encontrará usted el grillete), si no hubiese descubierto que él estaba aquí. ¿Dejarle en libertad? ¿Dejarle que se aprovechase del medio que yo descubrí? ¿Dejar que volviese a hacer de mí su instrumento? ¿Otra vez? No, no y no. Aunque hubiese tenido que morir en el fondo de esta zanja —e hizo un enérgico ademán con sus manos esposadas—, le hubiera tenido agarrotado entre mis manos hasta que ustedes hubiesen venido a quitármelo.

El otro fugitivo, que evidentemente tenía un miedo horroroso de su compañero, repitió:

—Ha querido matarme. De no haber llegado ustedes ya estaría muerto.

—¡Miente! —dijo mi forzado, con terrible energía—. Ha nacido embustero y morirá embustero. Mírenle la cara. ¿No lo lleva escrito en ella? Que me mire a los ojos. Le desafío a que lo haga.

El otro, haciendo un esfuerzo para sonreír desdeñosamente —que no pudo, sin embargo, fijar el nervioso movimiento de su boca en ninguna expresión determinada—, miró a los soldados, miró a los marjales que nos rodeaban, miró al cielo, pero no miró al que acababa de hablar.

—¿Lo ven ustedes? —prosiguió mi forzado—. ¿No ven cuán ruin es? ¿No ven esta mirada baja y huidiza? Así estaba cuando nos juzgaron. Nunca me miró.

El otro, sin dejar de mover los labios resecos y volviendo inquietamente los ojos a su alrededor, acabó por posarlos un momento en su compañero, diciendo: «No hay mucho que mirar en ti»; y lanzó una provocativa mirada a las manos amanilladas del otro. Entonces mi forzado se exasperó de tal modo, que se le habría arrojado encima de no haberse interpuesto los soldados.

—¿No les decía yo —dijo entonces el otro forzado— que me mataría si podía? —Y cualquiera podía ver que se estremecía de miedo y que le brotaban de los labios unos curiosos copos blancos que parecían nieve fina.

—Basta ya de esta charla —dijo el sargento—. Enciendan las antorchas.

Mientras uno de los soldados, que llevaba una cesta en vez de fusil, se ponía de rodillas para abrirla, mi forzado se volvió por primera vez y me vio. Yo me había bajado de los hombros de Joe al llegar al borde de la zanja y no me había movido desde entonces. Le miré ansiosamente cuando él me miró e hice un leve ademán con las manos y la cabeza. Había estado aguardando a que me viese para tratar de asegurarle mi inocencia. No supe si llegó siquiera a comprender mi intención, pues me dirigió una mirada que no entendí, y todo fue cosa de un momento. Pero, aunque me hubiese estado mirando una hora o un día entero, no habría podido recordar en adelante una expresión más atenta en su rostro que la que entonces le vi.

El soldado que llevaba la cesta pronto hizo lumbre y encendió tres o cuatro antorchas, tomando una para sí y distribuyendo las otras. Había estado casi oscuro antes, pero ahora acababa de oscurecer y, al cabo de poco, hubo cerrado la noche. Antes de dejar aquel sitio, cuatro soldados puestos en corro dispararon dos veces al aire. En seguida vimos otras antorchas encendidas a alguna distancia detrás de nosotros, y otras en los marjales del otro lado del río.

—Perfectamente —dijo el sargento—. ¡En marcha!

No habíamos andado mucho, cuando enfrente de nosotros oí estallar algo en mi oído.

—Le esperan a bordo —dijo el sargento a mi forzado—; saben que llegan ustedes; no se quede atrás, amigo. ¡Acérquese!

Los dos hombres iban separados, cada uno rodeado de su guardia. Yo me había cogido de la mano de Joe y Joe llevaba una de las antorchas. El señor Wopsle era partidario de volverse a casa, pero Joe estaba resuelto a ver el final y así todos continuamos con el destacamento. Había ahora un camino bastante aceptable, la mayor parte de él a la orilla del río, excepto cuando alguna represa, con un molino en miniatura y una fangosa compuerta más allá, le obligaba a desviarse. Cuando me volvía a mirar, no podía ver otras luces que las de los que nos seguían. Las antorchas que llevábamos dejaban caer grandes manchas de fuego en el camino, y yo podía verlas en el suelo humeando y chisporroteando. No podía ver nada más, excepto una negra oscuridad. Nuestras luces calentaban el aire con su llama resinosa, y los dos prisioneros parecían disfrutar con ello mientras andaban cojeando en medio de los fusiles. No podíamos ir deprisa a causa de su cojera, y estaban tan agotados que dos o tres veces tuvimos que detenernos para que descansasen.

Después de andar así cosa de una hora, llegamos a una tosca cabaña de madera junto a un embarcadero. Había un guardia en la cabaña, y nos dio el alto y el sargento hizo una especie de atestado, anotó algo en un libro, y luego el forzado a quien yo llamo el otro forzado fue conducido afuera con su guardia para ser llevado el primero a bordo.

Mi forzado no me miró nunca, excepto una vez. Desde que entramos en la cabaña, permanecía ante el fuego, absorto en sus reflexiones o calentándose ora un pie, ora el otro, y mirándolos pensativo como si los compadeciera por sus recientes aventuras. De pronto, se volvió al sargento y observó:

—Quisiera decir algo referente a esta huida. He de evitar que se sospeche de otras personas por mi culpa.

—Puede usted decir lo que guste —respondió el sargento mirándole fríamente con los brazos cruzados—, pero no es aquí donde debe decirlo. Oportunidad tendrá de hablar de ello y de oír hablar de ello, ¿comprende?, antes de que se dé el asunto por terminado.

—Ya lo sé, pero esto es otra cosa, un asunto aparte. Un hombre no puede dejarse morir de hambre, al menos yo no puedo. Tomé unas vituallas en aquel pueblecito que tiene la iglesia casi en medio de los marjales.

—Quiere usted decir que los robó —dijo el sargento.

—Y les diré de dónde. De la casa del herrero.

—¡Vaya! —dijo el sargento, mirando a Joe.

—¡Vaya, Pip! —dijo Joe mirándome a mí.

—No eran más que unos restos de viandas… y un trago de licor y un pastel.

—¿Por casualidad ha echado usted de menos un pastel, herrero? —preguntó en tono confidencial el sargento.

—Mi mujer acababa de echarlo de menos en el instante preciso de entrar usted. ¿No lo sabes, Pip?

—Entonces —dijo mi forzado, volviéndose hacia Joe con expresión taciturna y sin mirarme—, entonces, ¿usted es el herrero? Siento decirle que me he comido su pastel.

—Dios sabe que sólo deseo que le aproveche, es decir, por lo que a mí me toca —respondió Joe, haciendo una salvedad a cuenta de la señora Joe—. No sabemos lo que ha hecho usted, pero no habríamos querido que por ello tuviese que morir de hambre, pobre hombre. ¿No es cierto, Pip?

Aquel algo que ya había notado antes hizo tic-tac en la garganta del hombre, y éste se volvió de espaldas. El bote había vuelto, y su guardia estaba dispuesta; así pues, le seguimos al embarcadero, hecho de toscas piedras y pilotes, y vimos cómo le hacían entrar en el bote donde remaban otros forzados como él. Nadie pareció sorprendido de verle, o interesado por verle, o contento de verle o pesaroso de verle, ni dijo una palabra, a excepción de alguien que gruñó como si se dirigiese a unos perros: «¡Aflojad!», que era la señal para mojar el remo. A la luz de las antorchas, vimos el negro pontón anclado a cierta distancia del fango de la orilla, como una negra arca de Noé. Enjaulado y rodeado y amarrado por gruesas cadenas de mohoso hierro, el barco prisión le pareció a mis ojos infantiles estar encadenado como los mismos prisioneros. Vimos el bote llegar al costado del buque, vimos al hombre subir por la borda y desaparecer. Luego los cabos de las antorchas fueron echados al agua, donde silbaron y se apagaron, como si todo hubiese terminado con ellos.

CAPÍTULO VI

El estado de mi espíritu con respecto al hurto del que tan inesperadamente se me había exculpado, no me impelía hacia una franca confesión; pero confío en que, no obstante, quedara en su fondo un resto de honradez.

No recuerdo que sintiese ningún dolor de conciencia, por lo que a la señora Joe se refería, cuando me vi libre del temor de ser descubierto. Pero quería a Joe —quizás por ninguna razón mejor, en aquellos días, que la de que el excelente muchacho dejaba que le quisiera— y, por lo que a él se refería, mi conciencia no se tranquilizaba fácilmente. Me oprimía el pensamiento (sobre todo al ver que empezaba a buscar su lima) de que debía contarle toda la verdad. Y sin embargo, no lo hice, por la razón de que temía que, de hacerlo, me creería todavía peor de lo que era. El miedo de perder la confianza de Joe y de tener que pasar en adelante mis veladas sentado en el rincón de la chimenea mirando tristemente a mi compañero y amigo perdido para siempre, me ataba la lengua. Morbosamente, me imaginaba que si Joe lo sabía, nunca más podría verle junto al fuego acariciándose las patillas, sin figurarme que estaba pensando en ello. Que si Joe lo sabía, nunca más le podría ver echar una mirada, aunque fuese casual, a la comida o al pudín del día antes cuando éstos salían a la mesa, sin figurarme que estaba tratando de adivinar si yo había andado en la despensa. Que si Joe lo sabía, y, en cualquier período posterior de nuestra común vida doméstica, observaba que su cerveza era floja o espesa, la convicción de que sospechaba que había alquitrán en ella me haría afluir la sangre al rostro. En una palabra, era demasiado cobarde para hacer lo que conocía como cosa buena, como había sido demasiado cobarde para evitar hacer lo que conocía como cosa mala. Aún no había tenido tratos con el mundo entonces, y no imitaba a ninguno

de sus muchos habitantes que suelen obrar de este modo. Genio completamente espontáneo, hice por mí mismo el descubrimiento de esta línea de conducta.

Como me acometiera el sueño antes de encontrarnos muy lejos del barco prisión, Joe volvió a tomarme a cuestas y me llevó así a casa. Debió de ser para él una jornada fatigosa, porque el señor Wopsle, cansado y magullado, estaba de tan mal humor que, si la iglesia hubiera estado abierta, probablemente habría excomulgado a toda la expedición, empezando por Joe y por mí. En su condición de laico, insistió en estar sentado sobre la tierra húmeda por un espacio de tiempo tan imprudente que, cuando se quitó el frac para ponerlo a secar al fuego de la cocina, las huellas dejadas en sus pantalones habrían bastado para hacerle ahorcar si eso hubiera sido un delito capital.

En aquellos momentos, yo me tambaleaba sobre el suelo de la cocina como un pequeño beodo, a causa de que me habían vuelto a poner de pie, y de haber estado durmiendo, y de haber despertado entre el calor, las luces y la algarabía de la conversación. Cuando me despabilé, con la ayuda de un fuerte batacazo entre los hombros, y la fortaleciente exclamación de «¡Uf! ¡Dónde se ha visto un muchacho como éste!…», por parte de mi hermana, encontré a Joe refiriendo la confesión del forzado, y a cada uno de los invitados sugiriendo hipótesis diferentes acerca de los medios que el fugitivo podía haber empleado para llegar a la despensa. El señor Pumblechook descubrió, después de una detenida inspección de la casa, que primero se había encaramado al tejado de la herrería, que de allí había pasado al de la casa y que después se había descolgado por la chimenea de la cocina con una cuerda hecha de tiras cortadas de su propia sábana; y como el señor Pumblechook era muy categórico y tenía carruaje propio, lo cual parecía darle derecho a atropellar a todo el mundo, se acordó que la cosa debía haber ocurrido como él decía. Es cierto que el señor Wopsle gritó desatinadamente: «¡No!», con la débil malicia de un hombre cansado: pero fue unánimemente desoído, puesto que no tenía teoría alguna que ofrecer y, además, estaba en mangas de camisa; eso sin contar con que, habiéndose vuelto de espaldas al fuego para secarse los pantalones, echaba mucho humo por detrás, lo cual no era, que digamos, muy a propósito para inspirar confianza.

Esto es todo lo que oí aquella noche antes de que mi hermana me cogiera, cual si mi presencia fuera una ofensa para la vista de los visitantes, y me ayudara a subir a mi cuarto con mano tan fuerte que me pareció llevar puestas cincuenta botas, todas chocando contra los cantos de los escalones. El estado de mi espíritu, del que he dado cuenta al principio, empezó antes de que me levantase a

la mañana siguiente, y duró hasta mucho tiempo después de que el asunto perdiera su actualidad y dejara de ser mencionado, salvo en ocasiones excepcionales.

CAPÍTULO VII

En la época en que estuve en el cementerio, leyendo las inscripciones en las lápidas de la familia, tenía apenas los conocimientos justos para poder deletrearlas. A pesar de la sencillez de su significado, mi interpretación no era demasiado correcta, porque leía «esposa del arriba dicho», como una elogiosa referencia a la exaltación de mi padre a un mundo mejor; y si alguno de mis difuntos parientes hubiera sido aludido con el vocablo «abajo», no dudo de que me hubiera formado el peor concepto de aquel miembro de mi familia. Tampoco eran muy exactas las ideas que tenía de las posiciones teológicas a que mi *catecismo* me obligaba; porque recuerdo claramente haber supuesto que mi declaración de que «no me apartaría del mismo camino en todos los días de mi vida», me ponía en el deber de atravesar el pueblo desde nuestra casa siempre en una dirección determinada, sin variarla nunca, torciendo, a la ida, por la casa del carretero, o a la vuelta, por el molino.

Estaba previsto que, cuando fuese mayor, se me pusiera de aprendiz con Joe y, mientras esperaba alcanzar esta dignidad no era cuestión de convertirme en lo que la señora Joe llamaba «un miniado», es decir, según lo interpreto, en un minado. En consecuencia, no sólo se me ocupaba en menesteres de la herrería, sino que, siempre que algún vecino necesitaba un muchacho para espantar pájaros, recoger piedras, o hacer algún trabajo por el estilo, me veía favorecido con el empleo. Sin embargo, para evitar que nuestra posición social se viera comprometida por ello, se puso una hucha en la repisa de la chimenea donde era público y notorio que iban a parar todas mis ganancias. Tengo la impresión de que la liquidación se destinaba a contribuir, con el tiempo, a la Deuda Nacional,

pero sé que yo no abrigaba esperanza alguna de participar personalmente de aquel tesoro.

La tía abuela del señor Wopsle tenía una escuela nocturna en el pueblo; es decir, era una vieja ridícula de medios limitados e ilimitados achaques que acostumbraba adormilarse cada tarde de seis a siete, ante los alumnos, que pagaban cada uno dos peniques a la semana por la instructiva oportunidad de vérselo hacer. Tenía alquilada una casita, y el señor Wopsle ocupaba el cuarto de arriba, donde los escolares solíamos oírle leer en voz alta de la manera más solemne y terrorífica, y, dar, de vez en cuando, un porrazo en el techo. Existía la ficción de que el señor Wopsle «examinaba» a los alumnos cada trimestre. Lo que hacía en estas ocasiones era remangarse los puños, alborotarse el cabello y recitarnos la oración de Marco Antonio ante el cadáver de César. A esto seguía siempre la Oda de Collins sobre las pasiones, en la cual yo reverenciaba especialmente al señor Wopsle, cuando, personificando la Venganza, arrojaba como un rayo la sangrienta espada y tomaba con mirada fulminante la trompa de la guerra. No me ocurría entonces lo que más tarde, cuando empecé a tener trato con las pasiones y las comparé con Collins y Wopsle, con desventaja para ambos caballeros.

La tía abuela del señor Wopsle, además de regir esta institución docente, tenía —en la misma pieza— un pequeño comercio de artículos varios. No tenía idea alguna de los géneros en existencia ni de cuál era el precio de cada cosa; pero guardaba en un cajón una libreta grasienta que servía como catálogo de precios y, guiada por este oráculo, Biddy ajustaba todas las transacciones de la tienda. Biddy era la nieta de la tía abuela del señor Wopsle; me confieso incapaz de resolver el problema de cuál era su parentesco con el señor Wopsle. Era huérfana como yo, y también como yo había sido criada a fuerza de mano. Era muy notable, pensaba yo, por lo que se refería a las partes extremas de su persona; porque su cabello siempre estaba necesitando que lo peinasen; sus manos, que las lavasen, y sus zapatos que los remendasen y que los ajustasen del tacón. A esta descripción hay que hacer la salvedad de un día por semana. Los domingos iba a la iglesia muy compuesta.

En buena parte sin ayuda de nadie y más con la ayuda de Biddy que de la tía abuela del señor Wopsle, pasé por el abecedario como por un zarzal, pinchándome y arañándome de lo lindo en cada letra. Luego fui a caer entre aquellos ladrones[5], las nueve cifras, que cada noche parecían hacer algo nuevo

para disfrazarse e impedir que las reconociera. Pero al cabo, como si dijéramos a tientas y a ciegas, empecé a leer, escribir y contar en muy pequeña escala.

Una noche, estaba sentado en el rincón de la chimenea con mi pizarra, poniendo todo mi esfuerzo en la redacción de una carta para Joe. Creo que debía de ser como un año después de nuestra expedición a los marjales, porque había pasado mucho tiempo y estábamos en invierno y caía una fuerte helada. Con un abecedario a mis pies, sobre el hogar para poderlo consultar, logré garrapatear esta epístola:

> CERI Do JOe ESpeRo CE stAS BieN i Espero ce pRontO Po Dre eNseñA rte i JOe entonCes ce cOnTEnTos i CUanDO seA tua Prendiz CoMoNos Di BertiREMoS Tu serBi Dor Pip.

Nada hacía indispensable que me comunicara por carta con Joe, puesto que lo tenía junto a mí y estábamos solos. Pero yo le entregué esta misiva (con pizarra y todo) por mi propia mano y él la recibió como un milagro de erudición.

—¡Caramba, Pip! —exclamó Joe, abriendo mucho sus ojos azules—. ¡Qué sabio eres! ¿No es cierto?

—Querría serlo —dije yo, mirando la pizarra, mientras él la sostenía, con la aprensión de que la escritura resultase un poco desigual.

—¡Oh, aquí hay una J —dijo Joe— y una O de las mejores! Aquí sin duda dice Joe.

Nunca había oído a Joe leer en voz alta nada más largo que este monosílabo, y el último domingo en la iglesia, un momento en que yo tenía distraídamente vuelto al revés nuestro libro de preces, creí observar que parecía prestarle el mismo servicio así que si lo tuviese derecho. Deseando aprovechar la ocasión para averiguar si para enseñar a Joe tendría que empezar por el principio de todo, dije:

—¡Ah! Pero lee lo demás, Joe.

—Lo demás ¡eh Pip! —dijo Joe estudiando el escrito con mirada lenta y escrutadora—. Una, dos. ¡Mira! ¡Aquí hay dos jotas y dos os y dos jotas… o, Joes, Pip!

Me incliné hacia Joe y con la ayuda de mi índice le leí toda la carta.

—¡Asombroso! —dijo Joe, en cuanto hube terminado—. ¡Eres un sabio!

—¿Cómo deletreas Gargery, Joe? —le pregunté con modesto aire de protección.

—No lo deletreo de ningún modo —dijo Joe.

—Pero suponiendo que lo hicieras…

—No se puede suponer —dijo Joe—. Y eso que me gusta mucho leer.

—¿De veras, Joe?

—Mucho. Dame —dijo Joe— un buen libro o un buen periódico, y ponme sentado junto a un buen fuego, y no deseo nada mejor. ¡Válgame Dios! —continuó después de frotarse un rato las rodillas—, cuando uno llega a una J y una O y se dice «aquí, por fin, hay un J, O: Joe», ¡qué interesante es leer!

De esto deduje que la educación de Joe, como el vapor, se hallaba aún en su infancia. Continuando con el mismo tema, inquirí:

—¿Nunca fuiste a la escuela, Joe, cuando eras pequeño como yo?

—No, Pip.

—¿Por qué no fuiste nunca a la escuela, Joe, cuando tenías mi edad?

—Verás, Pip —dijo Joe cogiendo el hurgón y entregándose, como tenía por costumbre cuando estaba pensativo, a la ocupación de atizar lentamente el fuego —. Voy a decírtelo. Mi padre, Pip, era un poco dado a la bebida, y cuando estaba bebido, pegaba despiadadamente a mi madre con el martillo. Eran casi los únicos martillazos que daba, si exceptuamos los que me daba a mí. Y me martilleaba con una energía igualada solamente por la energía con que no martilleaba su yunque. ¿Me oyes y me entiendes, Pip?

—Sí, Joe.

—En consecuencia, mi madre y yo nos escapamos varias veces de casa; y entonces mi madre salía a trabajar, y me decía: «Joe, ahora, si Dios quiere, vas a tener instrucción, hijo mío», y me ponía en la escuela. Pero lo que mi padre tenía de bueno era que no podía vivir sin nosotros. Así es que venía acompañado de mucha gente y armaba tal escándalo a las puertas de las casas donde nos habíamos refugiado, que se veían obligados a deshacerse de nosotros y a abandonarnos a él. Y entonces se nos llevaba a casa y nos daba de martillazos. Y esto, ¿comprendes, Pip? —dejando de atizar pensativo el fuego y mirándome—, era un serio estorbo para mis estudios.

—Cierto que sí, ¡pobre Joe!

—Aunque, considera, Pip —dijo Joe con uno o dos golpes judiciales del hurgón en la barra de arriba—, dando a cada cual lo suyo y haciendo justicia igual, entre hombre y hombre, mi padre tenía esto de bueno, ¿lo ves?

No lo veía, pero no se lo dije.

—¡Bien! —prosiguió Joe—. Alguien tiene que encargarse de que hierva el

puchero, Pip, de lo contrario no hierve, ¿entiendes?

Lo entendía y se lo dije.

—Consecuencia: mi padre no se opuso a que yo empezase a trabajar; y me llevó a trabajar del oficio que tengo ahora, que era también el suyo, si hubiese querido seguirlo, y trabajé de firme, Pip, te lo aseguro. Con el tiempo pude mantenerle a él, y le mantuve hasta que se lo llevó una parálisis. Y tuve intención de hacer poner sobre su tumba: «Por defectos que haya tenido, piensa sólo, lector, lo bueno que ha sido».

Joe recitó este pareado con un orgullo tan manifiesto y con tal precisión, que le pregunté si lo había hecho él.

—Yo lo hice —dijo Joe—, yo solito. Lo hice en un momento. Fue como hacer saltar una herradura de un solo golpe. Nunca en mi vida estuve más sorprendido: no podía creer que hubiese salido de mi cabeza. Como decía, Pip, mi intención era hacerlo grabar en una lápida; pero la poesía cuesta dinero, lo mismo si se graba en letras pequeñas que en letras grandes, y no se hizo. Había que pagar el entierro, y lo poco que quedó después lo necesitaba mi madre. Tenía perdida la salud y no le quedaban fuerzas. No tardó mucho en seguirle, la pobre. Por fin le llegó el descanso.

Los ojos azules de Joe se llenaron de lágrimas. Se los enjugó de una manera inadecuada e incómoda, con el mango del hurgón.

—Se me hizo muy triste entonces —dijo Joe— el vivir solo, y me puse en relaciones con tu hermana. Y oye, Pip —dijo Joe mirándome con firmeza, como si supiese que iba a disentir de él—, tu hermana tiene una hermosa figura.

No pude menos de quedarme mirando el fuego en un manifiesto estado de duda.

—Cualquiera que sea la opinión de la familia o la opinión del mundo sobre este asunto, Pip, tu hermana tiene —aquí acompañó cada sílaba de las que seguían con un golpe de hurgón sobre las barras del hogar— una her-mo-sa fi-gu-ra.

No se me ocurrió nada mejor que decir:

—Me alegro de que lo pienses así, Joe.

—Y yo también —repuso—. Estoy contento de pensarlo, Pip. Una pequeña rojez o un hueso de más o de menos, ¿qué me importan?

Observé sagazmente que, si no le importaban a él, ¿a quién podían importar?

—¡Claro! —asintió Joe—. Esto es. Tienes razón, muchacho. Cuando conocí a tu hermana se hablaba de cómo te estaba criando a fuerza de mano. Todos

decían que era mucha bondad de su parte, y yo lo decía como los demás. En cuanto a ti —continuó, con cara de estar mirando algo muy feo—, si hubieses podido ver lo pequeño y flojo y esmirriado que eras, ¡válgame Dios!, te habrías formado un mezquino concepto de ti mismo.

No encontrando esto demasiado agradable, dije:

—No te preocupes por mí, Joe.

—Pero me preocupé, Pip —replicó con tierna simplicidad—. Cuando pedí relaciones a tu hermana y le ofrecí llevarla al altar cuando le placiera y estuviese dispuesta a venir a la herrería, le dije: «Y trae a la pobre criatura, ¡Dios le bendiga! ¡No faltará sitio para *él* en la herrería!».

Me puse a llorar pidiéndole perdón, y le eché los brazos al cuello; él dejó el hurgón para estrecharme, diciendo:

—Somos los mejores amigos, ¿no es verdad, Pip? ¡No llores, criatura!

Después de esta pequeña interrupción, Joe continuó:

—¡Bien; ya lo ves, Pip, y aquí estamos! ¡Esto es más o menos a lo que íbamos, aquí estamos! Ahora, cuando emprendas mi instrucción, Pip, y te he de advertir que soy muy duro de mollera, terriblemente duro, la señora Joe no ha de enterarse de lo que traemos entre manos. Hay que hacerlo como si dijéramos a hurtadillas.

—Y ¿por qué a hurtadillas?

—Te diré por qué, Pip. —Había vuelto a coger el hurgón, sin lo cual dudo que hubiese podido proseguir su explicación—. Tu hermana es muy dada al gobierno.

—¿Dada al gobierno, Joe? —me sobresaltó porque me formé una vaga idea, y temo que debo añadir esperanza, de que Joe se había divorciado de ella en favor de los lores del Almirantazgo o de la Tesorería.

—Dada al gobierno —dijo Joe—. O sea, quiero decir, al gobierno tuyo y mío.

—¡Oh!

—Y no le gusta tener sabios en casa —continuó Joe—, y en particular no le gustaría mucho que supiese demasiado, por miedo a que me sublevase. Como una especie de rebelde, ¿comprendes?

Iba a responder con una pregunta, y había llegado hasta decir «¿Por qué…?» cuando me detuvo.

—Aguarda un momento. Ya sé lo que ibas a decir, Pip; ¡aguarda un momento! No niego que tu hermana a veces es para nosotros como una especie

de Gran Mogol. No niego que nos tumba de espaldas y nos apabulla con todo su peso. Cuando tu hermana está alborotada, Pip —Joe bajó la voz hasta convertirla en un susurro y miró a la puerta—, la franqueza obliga a confesar que es un terremoto.

Joe pronunció esta palabra como si empezase con no menos de doce «tes» mayúsculas.

—¿Por qué no me sublevo? ¿Era esto lo que ibas a decir cuando te interrumpí?

—Sí, Joe.

—Bueno —dijo, pasándose el hurgón a la mano izquierda para poder acariciarse las patillas, y yo perdía toda esperanza en él cada vez que se entregaba a esta plácida ocupación—, tu hermana es una gran cabeza. Una gran cabeza.

—¿Y eso qué es? —pregunté con cierta esperanza de detenerle. Pero Joe tenía su definición más a punto de lo que me figuraba y me contuvo mirándome fijamente y respondiendo, en una especie de círculo vicioso:

—La suya. Y yo no soy una gran cabeza —prosiguió Joe, después de apartar su mirada y volviéndose a acariciar la patilla—, y además, Pip, y esto te lo digo muy en serio, muchacho, recuerdo tanto en mi pobre madre a la mujer que se pasó la vida como una esclava, sufriendo y trabajando, sin tener nunca un momento de tranquilidad, que tengo un miedo mortal de descarriarme y no cumplir como es debido con una mujer; y prefiero descarriarme por el lado contrario, sufriendo yo alguna incomodidad. Quisiera ser yo solo el incomodado, Pip; quisiera que no hubiese Tickler para ti, querido; quisiera recibirlo todo sobre mis costillas; pero las cosas son como son, y espero que perdonarás los defectos.

A pesar de mis pocos años, creo que aquella noche empecé a sentir una nueva admiración por Joe. Continuamos siendo iguales como habíamos sido antes; pero en adelante, cuando en horas de reposo estaba yo sentado mirándole y pensando en él, tenía la conciencia de que en el fondo de mi corazón me sentía muy inferior a él.

—En fin —dijo Joe, levantándose para volver a llenar el fuego—, ahí tenemos el reloj preparándose para tocar las ocho, ¡y ella aún no está en casa! Espero que la yegua del tío Pumblechook no haya puesto una pata sobre un trozo de hielo y se haya caído.

La señora Joe hacía de vez en cuando un corto viaje con el tío Pumblechook en días de mercado, para ayudarle en la compra de cachivaches y objetos de uso

casero que requerían el dictamen de una mujer; pues el tío Pumblechook era soltero y no tenía confianza en su criada. Aquél era día de mercado, y la señora Joe había salido en una de estas expediciones.

Joe reavivó el fuego, barrió el hogar, y luego nos acercamos a la puerta a escuchar si se oía el carruaje. La noche era fría y seca, y el viento soplaba intensamente, y la helada era blanca y dura. Pensé que el hombre que se quedara a dormir en los marjales esa noche, de fijo moriría. Y después miré a las estrellas, y consideré lo terrible que sería para un hombre volver el rostro a ellas al sentir que se iba helando y no encontrar ayuda ni compasión en toda aquella brillante multitud.

—¡Aquí está la yegua —dijo Joe—, sonando como un repique de campanas!

El sonar de las herraduras sobre el suelo endurecido se hacía musical a medida que la yegua iba acercándose a un trote más vivo que de costumbre. Sacamos una silla para que pudiera apearse la señora Joe, atizamos el fuego para que viese la ventana iluminada y dimos un repaso final a la cocina para que nada estuviese fuera de su sitio. En cuanto hubimos terminado estos preparativos, llegaron ellos embozados hasta los ojos. La señora Joe se apeó la primera y detrás de ella el señor Pumblechook, quien cubrió la yegua con una manta, y pronto estuvimos todos en la cocina reunidos, llevando con nosotros tal cantidad de aire frío que parecía contrarrestar todo el calor del fuego.

—Ahora —dijo la señora Joe, desabrigándose presurosa y excitada y echándose el gorro a la espalda, donde quedó pendiente de unos cordones—, ¡si este muchacho no está agradecido esta noche, no lo estará nunca!

Puse la expresión de agradecimiento que podía poner un muchacho completamente ignorante de los motivos por los cuales debía adoptar esta expresión.

—Hay que confiar —dijo mi hermana— en que no le vayan a viciar. Pero tengo mis temores.

—Ella no es de ésas, señora —dijo el señor Pumblechook—. Sabe lo que hace.

—¿Ella? —Miré a Joe, haciendo el movimiento con mis labios y cejas—. ¿Ella? —Joe me miró haciendo el movimiento con sus labios y cejas—. ¿Ella? —Habiéndole sorprendido mi hermana en este acto, se pasó la mano por la nariz con el aire conciliatorio que acostumbraba adoptar en estas condiciones y se quedó mirándola.

—Bueno —dijo mi hermana, con su tono regañón—, ¿por qué me miras así?

¿Se ha pegado fuego a la casa?

—Como alguien —indicó cortésmente Joe— dijo… «ella»…

—Y ella es «ella», supongo yo —dijo mi hermana—. A menos que llames a la señorita Havisham «él». A lo mejor, serías capaz de hacerlo.

—¿La señorita Havisham, la de la ciudad? —preguntó Joe.

—¿Es que conoces otra señorita Havisham? —respondió mi hermana—. Quiere que el chico vaya a jugar a su casa. Y, naturalmente, tendrá que ir. Y tendrá que jugar —dijo mi hermana amenazándome con la cabeza, como un medio de infundirme ánimos para que me mostrase muy alegre y juguetón—, si no quiere que le zurre la badana.

Yo había oído hablar de la señorita Havisham —todo el mundo en muchas millas alrededor había oído hablar de la señorita Havisham— como de una señora huraña e inmensamente rica, que vivía en una casa grande y lúgubre, fortificada contra los ladrones, llevando una vida de absoluta reclusión.

—¡Vaya, vaya! —dijo Joe, asombrado—. ¡Me extraña que conozca a Pip!

—¡Simplote! —exclamó mi hermana—. ¿Quién te ha dicho que le conoce?

—Alguien —volvió a insinuar delicadamente Joe— ha mencionado su deseo de que él fuese a jugar a su casa.

—¿Y no podía ella haber preguntado al tío Pumblechook si conocía algún niño para mandarlo a jugar allí? ¿No es muy posible que el tío Pumblechook sea uno de sus arrendatarios y que alguna vez (no diremos cada tres meses o cada medio año, porque esto sería pedir demasiado, sino alguna vez) vaya allí a pagar su renta? Y ¿no podía ella entonces preguntar al tío Pumblechook si conocía a un muchacho que pudiera ir a jugar allí? ¿Y no podía el tío Pumblechook, apreciándonos como nos aprecia y mirando como mira siempre por nosotros, aunque tú no te lo creas, Joe —dijo en un tono de severo reproche, como si Joe fuese el más desnaturalizado de los sobrinos—, mencionar entonces a este chico que está dando brincos por ahí, lo cual puedo declarar solemnemente que yo no hacía en modo alguno, y de quien he sido siempre una esclava voluntaria?

—¡Bravo! —exclamó el tío Pumblechook—. ¡Muy bien dicho! Te explicas como un libro. ¡Bravo! Ahora, Joe, ya conoces el caso.

—No, Joe —dijo mi hermana, todavía en tono de reproche, mientras Joe, conciliadoramente, se pasaba una y otra vez el revés de la mano por la nariz—, aunque te figures lo contrario, aún no conoces el caso. Puedes creer que lo conoces, pero no lo conoces, Joe. Porque tú no sabes que el tío Pumblechook, dándose cuenta de que podría muy bien ocurrir que la ida del muchacho a casa

de la señorita Havisham fuese el principio de su fortuna, se ha ofrecido a llevárselo a la ciudad esta misma noche en su carruaje, y a tenerle en su casa y a llevarle de su propia mano a casa de la señorita Havisham mañana por la mañana. Y, ¡válgame Dios! —exclamó mi hermana, arrojando su gorro con súbita desesperación—, aquí estoy hablando a dos completos idiotas, sin reparar en que el tío Pumblechook aguarda y la yegua se está enfriando en la puerta y el chico está cubierto de hollín y suciedad desde la punta de los cabellos a la planta de los pies.

Diciendo esto se arrojó sobre mí, como un águila sobre un cordero, y me apretó la cara contra los barreños del fregadero, me puso la cabeza bajo un diluvio de agua, me enjabonó, sobó, restregó, aporreó, rastrilló y rascó hasta que casi llegué a perder el sentido. (Puedo observar aquí que me tengo por mejor conocedor que cualquier otra autoridad viviente del efecto desgarrante de una sortija de boda cuando roza brutalmente un rostro humano).

Una vez terminadas mis abluciones, me pusieron ropa interior limpia de lo más almidonado, como si metiesen a un joven penitente en una tela de saco, y me empaquetaron dentro del más terrible y ajustado de mis trajes. Entonces fui entregado al señor Pumblechook, quien me recibió con tanta solemnidad como si fuese el alguacil y me soltó el discursito que desde hacía rato se moría por pronunciar:

—Tienes que estar siempre agradecido, muchacho, a todos tus amigos, pero, especialmente, a los que te han criado a fuerza de mano.

—¡Adiós, Joe!

—¡Dios te bendiga, Pip querido!

Nunca hasta entonces me había separado de él, y entre las lágrimas que asomaban a mis ojos y los restos de la jabonadura que quedaba en ellos, al principio no pude ver las estrellas desde el carruaje. Pero éstas fueron parpadeando, una tras otra, sin arrojar ninguna luz sobre el enigma de por qué diablos tenía que ir yo a jugar a casa de la señorita Havisham y a qué diablos querían que jugase.

CAPÍTULO VIII

La vivienda del señor Pumblechook, en la *calle Mayor* de la ciudad, era de un carácter pimentoso y farináceo como debía ser la casa de un tratante en granos y semillas. Pensé que debía de ser verdaderamente un hombre muy feliz por el hecho de tener tantos cajoncitos en su tienda; y al echar un vistazo en uno o dos de los de la primera fila, y ver dentro los paquetitos de papel de estraza, pensé si las semillas y los bulbos no necesitarían nunca de un buen día para escaparse de estas prisiones y florecer.

Era a primeras horas de la mañana siguiente a mi llegada cuando yo me entregaba a estas reflexiones. La noche antes se me había mandado directamente a dormir en un desván de techo inclinado, tan bajo, en el rincón donde estaba la cama, que yo calculé que las tejas debían de quedar a un pie de mis cejas. Aquella misma mañana descubrí una singular afinidad entre las semillas y las panas. El señor Pumblechook llevaba un vestido de pana y lo mismo hacía su dependiente, y el aspecto general y el olor de la pana participaban tanto de los de las semillas, y el aspecto general y el olor de las semillas participaban tanto de los de la pana, que yo apenas sabía distinguir una cosa de otra. La misma oportunidad me sirvió para observar que el señor Pumblechook parecía dirigir su negocio mirando a través de la calle al guarnicionero, quien parecía llevar el suyo no perdiendo de vista al carretero, quien parecía prosperar metiéndose las manos en los bolsillos y contemplando al panadero, quien, a su vez, se cruzaba de brazos y clavaba los ojos en el abacero, quien permanecía en su puerta bostezando sin dejar de mirar al boticario. El relojero, inclinado siempre sobre un pequeño pupitre, con una lupa en el ojo, y siempre contemplado a través del

escaparate por un grupo de gente con delantal, parecía la única persona en toda la calle Mayor cuyo trabajo absorbía su atención.

El señor Pumblechook y yo desayunamos a las ocho en la trastienda, mientras el dependiente tomaba su taza de té y un pedazo de pan con mantequilla, sobre un saco de guisantes, en la parte delantera. La compañía del señor Pumblechook resultó para mí una desdicha. Además de estar imbuido de la idea de mi hermana de que había de imprimir un carácter de penitencia y mortificación a mi dieta —además de darme toda la corteza que podía en combinación con la menor cantidad de mantequilla posible y de poner tal cantidad de agua caliente en la leche, que hubiese sido más sincero no poner leche—, su conversación no versó más que sobre aritmética. Al darle yo cortésmente los buenos días, dijo pomposamente: «¡Siete veces nueve, muchacho!». ¿Y cómo iba a poder responder yo, acuciado de aquel modo, en un lugar extraño y con el estómago vacío? Me sentía hambriento, pero antes de engullir el primer bocado, él empezó una suma continua que duró todo el desayuno. ¿Siete y cuatro? ¿Y ocho? ¿Y seis? ¿Y dos? ¿Y diez? Y así por el estilo. Y después de responder a una pregunta, apenas podía tomar un bocado o beber un sorbo sin tener otra encima; en tanto que él se estaba sentado a sus anchas sin calcular nada, y atiborrándose glotonamente (si se me permite la expresión) de jamón y panecillos calientes.

Por estas razones me alegré mucho cuando dieron las diez y salimos para la casa de la señorita Havisham, aunque no estaba del todo tranquilo respecto a la manera en que desempeñaría mi cometido bajo el techo de aquella casa. Al cabo de un cuarto de hora llegamos a la casa, que era de ladrillo viejo, de aspecto muy triste, con muchas rejas de hierro… Algunas de las ventanas habían sido tapiadas; de las que quedaban, todas las bajas estaban defendidas por mohosos barrotes. Había un patio delante y estaba cerrado por una verja, de modo que tuvimos que aguardar, después de hacer sonar la campanilla, a que alguien viniese a abrir. Mientras esperábamos, atisbé por la verja; hasta en aquel momento el señor Pumblechook dijo: «¿Y catorce?», pero fingí no oírle, y vi que a un lado de la casa había una gran fábrica de cerveza. Nadie la fabricaba ahora, y no parecía que nadie lo hubiese hecho desde hacía mucho tiempo.

Se abrió una ventana, y una voz clara preguntó: «¿Quién?». A lo cual mi acompañante respondió: «Pumblechook». La voz repuso: «Está bien», volvió a cerrarse la ventana y una señorita vino atravesando el patio con unas llaves en la mano.

—Éste —dijo el señor Pumblechook— es Pip.

—¿Éste es Pip? —preguntó la joven, que era muy bonita y parecía muy orgullosa—. Entra, Pip.

El señor Pumblechook iba a entrar también, cuando ella se lo impidió, cerrando la verja.

—¡Oh! —dijo ella—. ¿Desea usted ver a la señorita Havisham?

—Sí, la señorita Havisham desea verme —respondió el señor Pumblechook, desconcertado.

—¡Ah! —dijo la joven—. Pero el caso es que no lo desea.

Lo dijo de una manera tan categórica, y en un tono tan concluyente, que el señor Pumblechook, aunque herido en su dignidad, no se atrevió a protestar. Pero me miró con dureza —¡como si yo le hubiese hecho algo!— y se despidió con estas palabras, dichas en tono de reproche:

—¡Muchacho! ¡Procura que tu manera de conducirte aquí haga honor a los que te han criado a fuerza de mano!

Yo no estaba muy seguro de que no volviese para preguntarme a través de la verja: «¿Y dieciséis?». Pero no lo hizo.

Mi joven guía cerró la verja y ambos cruzamos el patio. Estaba embaldosado y limpio, pero la hierba crecía en todas las grietas. El edificio de la fábrica comunicaba con él por un pequeño callejón y las puertas de madera de este pasadizo y todas las de la fábrica estaban abiertas, dejando ver el alto muro que la rodeaba, pero todo estaba desocupado y en desuso.

El frío viento parecía más frío allí dentro que afuera en la calle, y hacía un ruido estridente al entrar y salir, aullando por los costados abiertos de la fábrica, semejante al que hace en alta mar entre el aparejo de una nave.

La joven me vio mirar en aquella dirección y dijo:

—Poco daño te haría, muchacho, toda la cerveza que se fabrica ahora aquí.

—Eso pienso yo, señorita —le dije con timidez.

—Y mejor será que no intenten hacer cerveza aquí, ahora, porque se volvería agria, ¿no te parece, muchacho?

—Así lo creo, señorita.

—No es que nadie lo intente —añadió ella—, porque esto se acabó ya, y este lugar quedará como está hasta que se caiga de viejo. En cuanto a cerveza, hay bastante en las bodegas para inundar Manor House.

—¿Es éste el nombre de esta casa, señorita?

—Uno de sus varios nombres, muchacho.

—¿Tiene más de uno entonces, señorita?

—Otro. Su nombre era Satis, que en griego o latín o hebreo o en los tres idiomas juntos, que los tres son lo mismo para mí, quiere decir bastante.

—Bastante casa —dije yo—; es un nombre curioso, señorita.

—Sí —respondió ella—; pero significa más de lo que dice. Quería decir, cuando se lo dieron, que aquel que la poseyera no necesitaría nada más. La gente debía de ser fácil de contentar en aquellos días, pienso yo. Pero no te entretengas, muchacho.

Aunque me llamaba «muchacho» tan a menudo, y con una despreocupación que no tenía nada de lisonjera, era casi de mi edad o poco más. Parecía mayor que yo, desde luego, pues era una muchacha hermosa y muy dueña de sí misma, y me trataba con el mismo desdén que si tuviese veintiún años y fuese una reina.

Entramos en la casa por una puerta lateral —la gran entrada delantera tenía atravesadas dos cadenas—, y lo primero que noté fue que los pasillos estaban a oscuras, y que la muchacha había dejado allí una vela encendida. La cogió, recorrimos otros, subimos por una escalera y todo seguía oscuro y sólo la vela nos alumbraba.

Por fin llegamos a la puerta de una habitación, y me dijo:

—Entra.

Yo respondí, más por timidez que por cortesía:

—Después de usted, señorita.

A esto respondió:

—No seas ridículo, muchacho; yo no tengo que entrar. —Y se alejó desdeñosamente, y, lo que es peor aún, se llevó la vela consigo.

Esto era muy desagradable y yo estaba medio asustado. Sin embargo, sólo podía hacer una cosa, que era llamar. Llamé, y desde dentro me ordenaron que entrase. Entré, pues, y me encontré en una estancia espaciosa, iluminada con velas de cera. No entraba allí ni un rayo de luz diurna. Era un cuarto tocador, según juzgué por el mobiliario, aunque buena parte de éste tenía formas y usos entonces desconocidos para mí. Pero lo más notable en él era una mesa con faldas y un espejo dorado encima; y a primera vista comprendí que se trataba de una mesa tocador.

No sé si habría identificado tan pronto este objeto si no hubiera estado sentada junto a él una elegante señora. En un sillón, con el codo descansando en la mesa y la cabeza apoyada en la mano, estaba la dama más extraña que jamás he visto o veré.

Iba vestida con ricas ropas —satenes, encajes y sedas—, todas blancas. Sus zapatos eran blancos. Llevaba un largo velo blanco colgando de la cabeza, y en el cabello, flores de desposada. Su cabello también era blanco. Hermosas joyas resplandecían en su garganta y en sus manos, y otras centelleaban sobre la mesa. Esparcidos por la habitación había vestidos, menos espléndidos que el que llevaba puesto, y baúles a medio hacer. No había acabado de vestirse, porque no tenía puesto más que un zapato —el otro estaba sobre la mesa, cerca de su mano —, su velo se hallaba a medio arreglar, su reloj con cadena aguardaba que se lo pusiese y unos encajes para su pecho yacían con estas joyas, su pañuelo, sus guantes, algunas flores y un libro de oraciones, todo confusamente amontonado junto al espejo.

No vi todo esto al primer momento, aunque vi más de lo que se podía suponer. Pero vi que todo lo que tenía ante mí que debía ser blanco, hacía mucho tiempo que había sido blanco y había perdido su brillo y estaba mustio y amarillento. Vi que la novia que había dentro del traje de novia se había ajado como el traje y como las flores, y no le quedaba otro brillo que el de sus ojos hundidos. Vi que el vestido había sido puesto en la redondeada figura de una mujer joven, y que la figura sobre la cual colgaba fláccido ahora, había quedado reducida a la piel y a los huesos. Una vez me habían llevado a ver unas horribles figuras de cera en una feria que representaban no sé qué imposible personaje en su capilla ardiente. Otra vez me llevaron a una de nuestras iglesias de los marjales a ver un esqueleto vestido con los restos de un rico traje, que había sido desenterrado de una cripta. Ahora la figura de cera y el esqueleto parecían tener unos ojos oscuros que se movían y me miraban. Si hubiera podido, habría gritado.

—¿Quién es? —dijo la dama que estaba junto a la mesa.

—Pip, señora.

—¿Pip?

—El muchacho que ha venido con el señor Pumblechook, señora. Ha venido… a jugar.

—Acércate más. Deja que te vea. Ven acá.

Fue al encontrarme ante ella, rehuyendo su mirada, cuando observé con detalle los objetos que nos rodeaban, y vi que el reloj que había encima de la mesa estaba parado a las nueve menos veinte minutos, y que el que había en la pared también estaba parado a la misma hora.

—Mírame —dijo la señorita Havisham—. ¿No tienes miedo de una mujer

que no ha visto el sol desde que tú naciste?

Siento tener que confesar que no temí decir la enorme mentira comprendida en la respuesta: «No».

—¿Sabes qué toco aquí? —dijo ella, llevándose las manos, una sobre otra, al costado izquierdo.

—Sí, señora. (Me hizo pensar en el joven).

—¿Qué toco?

—Su corazón.

—¡Destrozado!

Pronunció esta palabra con mucho énfasis, acompañándola de una mirada ansiosa y una sonrisa espectral en la que se advertía una especie de vanagloria. Luego mantuvo sus manos allí durante un momento y las fue separando poco a poco como si pesasen mucho.

—Estoy cansada —dijo la señorita Havisham—. Necesito diversión y ya he terminado con los hombres y las mujeres. Juega.

Pienso que el lector más exigente me concederá que no se podía pedir a un desdichado muchacho que hiciera nada más difícil de hacer en aquellas circunstancias.

—Tengo a veces caprichos de enferma —prosiguió ella—. Y ahora tengo el capricho de ver jugar a alguien. ¡Vamos, vamos! —dijo, moviendo con impaciencia los dedos de la mano derecha—. ¡Juega, juega, juega!

Por un instante y acuciado por el miedo a las palizas de mi hermana, tuve la desesperada idea de ponerme a correr por la estancia imitando el carruaje del señor Pumblechook, pero me sentí tan incapaz de hacerlo, que desistí de ello y me quedé mirando a la señorita Havisham con una expresión que le debió de parecer de testarudez, pues, después de mirarnos unos instantes, preguntó:

—¿Acaso eres adusto y obstinado?

—No, señora; me da usted mucha pena y siento mucho no saber jugar en este momento. Si usted se queja de mí, mi hermana me castigará; así pues, lo haría si pudiese; pero todo esto me resulta tan nuevo y tan extraño… y tan hermoso… y tan triste… —Me detuve, temiendo decir demasiado o haberlo dicho ya, y volvieron a cruzarse nuestras miradas.

Antes de volver a hablar, ella apartó los ojos de mí, miró el vestido que llevaba, la mesa tocador y, finalmente, su propia imagen en el espejo.

—¡Tan nuevo para él —musitó—, tan viejo para mí; tan extraño para él, tan familiar para mí; tan melancólico para los dos! Llama a Estella.

Como aún estaba mirando su imagen en el espejo, creí que aún hablaba consigo misma, y permanecí callado.

—Llama a Estella —repitió lanzándome una mirada—. Esto bien puedes hacerlo. Llama a Estella. Ve a la puerta.

Permanecer a oscuras en un misterioso corredor de una casa desconocida, llamando a voces a una joven desdeñosa que ni se dejaba ver ni respondía, y sintiendo que me tomaba una terrible libertad al gritar su nombre, era casi peor que jugar por encargo. Pero al cabo ella respondió y su luz apareció en el corredor como una estrella.

La señorita Havisham le hizo señal de que se le acercase y, tomando una joya de encima de la mesa, ensayó su efecto sobre su hermoso pecho juvenil y sobre su lindo cabello castaño.

—Un día será tuya, querida, y tú harás buen uso de ella. Ahora vas a jugar a los naipes con este muchacho.

—¡Con este muchacho! ¡Si es un palurdo!

Si no pareciese tan imposible, creería haber oído a la señorita Havisham responder:

—Y bien, si puedes, destrózale el corazón.

—¿A qué sabes jugar, muchacho? —me preguntó Estella, con el mayor desdén.

—Sólo a «la ruina», señorita.

—Arruínale —dijo la señorita Havisham a Estella. Así pues, nos sentamos a jugar.

Fue entonces cuando empecé a comprender que todo en aquella estancia se había detenido, a semejanza de los relojes, hacía mucho tiempo. Observé que la señorita Havisham dejaba la joya exactamente en el mismo sitio de donde la había tomado. Mientras Estella repartía los naipes, di otra ojeada a la mesa tocador y vi que el zapato que había encima, blanco un día, ahora amarillo, jamás había sido usado. Miré al pie de donde faltaba el zapato, y vi que la media de seda, blanca un día, ahora amarilla, estaba destrozada por el uso. Sin esta detención de todo, esta inmovilidad de todos los objetos pálidos y marchitos, ni el ajado traje de novia sobre aquella figura postrada habría parecido tanto un vestido de muerta, ni el largo velo tanto un sudario.

Así, mientras nosotros jugábamos a los naipes, ella permanecía inmóvil como un cadáver, con las franjas y escarolados de su traje de novia como si fuesen de polvoriento papel. Yo no sabía nada en aquel entonces de los

descubrimientos que de vez en cuando se hacen de cadáveres que, habiendo sido enterrados en tiempos antiguos, se deshacen al contacto del aire; pero después he pensado a menudo que ella debía de tener un aspecto como si, al tocarla la luz del día, hubiese de deshacerse en polvo.

—A las sotas llama mozos, ¡este muchacho! —dijo con desdén Estella, antes de que terminase nuestra primera partida—. ¡Y qué manos tiene tan bastas! ¡Y qué botas tan gruesas!

Nunca hasta entonces se me había ocurrido avergonzarme de mis manos, pero empecé a considerarlas una pareja muy ordinaria. El desprecio de Estella era tan grande que se hacía contagioso, y se me pegó.

Ella ganó el juego y yo repartí. Me equivoqué, como no podía menos, sabiendo que ella estaba aguardando que lo hiciera; y entonces me acusó de ser un palurdo desmañado y estúpido.

—Tú no dices nada de ella —observó, dirigiéndose a mí la señorita Havisham, mientras nos contemplaba—. Ella dice muchas cosas ofensivas para ti, pero tú no dices nada de ella. ¿Qué piensas de ella?

—No quisiera decirlo —balbucí.

—Dímelo al oído —dijo la señorita Havisham inclinándose.

—Me parece muy orgullosa —respondí en un susurro.

—¿Nada más?

—Me parece muy bonita.

—¿Nada más?

—Me parece muy insolente. (Ella me estaba mirando con aire de suprema aversión).

—¿Nada más?

—Me parece que me gustaría irme a casa.

—¿Y no volver a verla más, a pesar de que es tan bonita?

—No estoy seguro de que no me gustase volver a verla, pero ahora querría irme a casa.

—Pronto irás —dijo la señorita Havisham, en voz alta—. Acabad el juego.

De no ser por aquella espectral sonrisa del principio, habría asegurado que el rostro de la señorita Havisham no era capaz de sonreír. Había tomado ahora una expresión cavilosa y atenta —muy en consonancia con la especie de encantamiento en que había quedado todo lo que le rodeaba— y no parecía que nada pudiera nunca reanimarla. Estaba como doblada y con el pecho hundido, se le había debilitado la voz y hablaba en tono bajo como sumida en un sopor; en

conjunto, tenía el aspecto de haberse desplomado en cuerpo y alma, por dentro y por fuera, bajo el peso de un golpe aplastante.

Acabé el juego con Estella y ésta me ganó. Arrojó los naipes sobre la mesa, después de habérmelos ganado todos, como si los despreciase por habérmelos ganado a mí.

—¿Cuándo te volveremos a ver? —dijo la señorita Havisham.

—Déjeme pensar.

Empezaba a recordarle que estábamos en miércoles, cuando me atajó con el mismo movimiento impaciente de los dedos de la mano derecha.

—¡Calla, calla! No sé nada de los días de la semana; ni de las semanas del año. Vuelve pasados seis días. ¿Oyes?

—Sí, señora.

—Estella, llévale abajo. Dale algo de comer, y déjale que corra por ahí mientras come. Vete, Pip.

Seguí la luz al bajar, como la había seguido al subir, y la joven dejó la vela en el mismo sitio donde la habíamos encontrado. Hasta que abrió la entrada lateral, había imaginado, sin pensar en ello, que necesariamente debía ser de noche. El torrente de la luz diurna me deslumbró completamente, y me dio la impresión de haber pasado muchas horas a la luz de las bujías en aquella extraña habitación.

—Tendrás que aguardar aquí, muchacho —dijo Estella; y desapareció cerrando la puerta.

Aproveché la ocasión de quedarme solo en el patio para mirarme las manos bastas y las botas groseras. El concepto que formé de estos accesorios no fue favorable. Nunca me habían preocupado antes, pero me preocupaban ahora como adminículos vulgares. Decidí preguntar a Joe por qué me había enseñado a llamar mozos a aquellos naipes que debían llamarse sotas. Habría querido que Joe hubiera sido educado más finamente y así lo habría sido yo también.

Estella volvió, llevando pan, carne y un jarrito de cerveza. Dejó el jarro sobre las baldosas del patio, y me dio el pan y la carne sin mirarme, con tanta insolencia como si yo hubiera sido un perro en desgracia. Me sentía tan humillado, herido, maltratado, ofendido, enojado, dolorido —no puedo encontrar nombre adecuado para aquel escozor, sabe Dios qué nombre tendría—, que se me saltaron las lágrimas. Y en aquel momento, la muchacha me miró, mostrando en su semblante el vivo placer que le producía haber sido causa de ellas. Esto me dio fuerzas para contenerlas y devolverle la mirada. Ella movió la cabeza

despreciativamente, pero satisfecha, me pareció a mí, de haberse asegurado de que me quedaba bien mortificado, y me dejó.

En cuanto se hubo marchado, busqué un lugar donde esconder mi rostro, y poniéndome detrás de una de las puertas del callejón que conducía a la fábrica de cerveza, apoyé el brazo en ella, recliné la frente sobre el brazo y me eché a llorar. En tanto que lloraba, daba patadas en la pared y me tiraba violentamente de los pelos; tan amargos eran mis sentimientos y tan aguda la punzada sin nombre que requería este desahogo.

El modo en que me había criado mi hermana me había hecho muy sensible. En el pequeño mundo en que viven los niños, sea quien sea el que los eduque, no hay nada que se perciba con tanta delicadeza ni que se sienta tan agudamente como la injusticia. La injusticia de la que el niño es objeto puede ser sólo una pequeña injusticia; pero el niño es pequeño y su mundo es pequeño y su caballo de cartón es tan alto, en proporción, como un grande y huesudo caballo irlandés. En mi interior había sostenido, desde mis primeros años, un perpetuo conflicto con la injusticia. Había sabido, desde que empecé a hablar, que mi hermana, en su caprichosa y violenta conducta, era injusta conmigo. Había abrigado un profundo convencimiento de que el hecho de criarme a fuerza de mano no le daba derecho a criarme a empujones. A través de todos mis castigos, ayunos, vigilias, y otros lances punitivos, había acariciado esta certidumbre; y el hecho de haber tenido que sufrir y meditar a solas y sin protección, atribuyo en gran parte el que yo fuese moralmente tímido y sobremanera sensible.

Después de desahogar, por el momento, mis sentimientos heridos, dando puntapiés a la pared y mesándome los cabellos, me limpié el rostro con la manga y salí de detrás de la puerta. El pan y la carne eran aceptables, la cerveza me dio un agradable calorcillo, y pronto estuve con ánimo de mirar a mi alrededor.

Verdaderamente, era aquél un lugar desierto, hasta por lo que se refiere al palomar, que algún vendaval había torcido sobre su soporte y donde los pichones, si es que había alguno, se habrían convencido de hallarse balanceándose en alta mar. Pero no había pichones en el palomar, ni caballos en la cuadra, ni cerdos en la pocilga, ni malta en el almacén, ni olor a grano o a cerveza en la caldera o en las cubas. Todos los usos y los olores de la fábrica parecían haberse disipado con la última vaharada de humo. En un patio contiguo había multitud de barriles vacíos, que parecían conservar el agrio recuerdo de mejores días; pero demasiado agrio para ser aceptado como una muestra de la

cerveza que habían contenido, y en este respecto aquellos reclusos se me antojan parecidos a muchos otros.

Detrás del extremo más alejado de la fábrica había un jardín abandonado defendido por un muro viejo, pero no tan alto que yo no pudiera subirme a él y mirar por encima y ver que el jardín abandonado era el jardín de la casa que estaba cubierto de maleza, pero que en sus senderos verdes y amarillos había algunas huellas, como si alguien, de vez en cuando, paseara por allí, y que Estella en aquel mismo momento se alejaba por uno de ellos. Parecía estar en todas partes. Porque, cuando cedí a la tentación que ofrecían los barriles y me puse a andar sobre ellos, la vi andar sobre los del otro extremo del patio. Estaba de espaldas a mí, sostenía su bonito cabello castaño extendido entre las manos, y, sin volverse a mirar, desapareció en seguida.

Lo mismo ocurrió en la fábrica misma, quiero decir en el edificio grande, alto y enlosado donde en otro tiempo solían hacer la cerveza y donde aún estaban los utensilios para ello. Cuando entré allí y, atemorizado por su lúgubre aspecto, me quedé junto a la puerta mirando a mi alrededor, la vi pasar entre los hogares apagados, subir por una ligera escalera de hierro, y salir por una galería alta, como si subiera al cielo.

Fue en este lugar y en este momento cuando tuve una extraña imaginación. Me pareció cosa rara entonces, y más extraña todavía me pareció más tarde. Volví los ojos, un poco deslumbrados de mirar a la helada luz de arriba, hacia una enorme viga que había a mi derecha, en un rincón del edificio, y vi una figura colgada de allí por el cuello. Una figura vestida toda de blanco amarillento, con un pie descalzo, y colgaba de tal manera que pude ver que los ajados adornos de su traje parecían de polvoriento papel y que su rostro era el rostro de la señorita Havisham, que se movía como si se esforzara por llamarme. Con el terror que sentí al ver la figura, y al saber que un momento antes no estaba, al principio huí y después corrí hacia ella. Y mi terror fue mayor todavía, al ver que no había allí figura alguna.

Necesité nada menos que la fría luz del alegre cielo, la vista de la gente que pasaba al otro lado de la verja y la reanimadora influencia de lo que quedaba de pan y carne y cerveza, para reponerme. Y aun con estos auxilios, podía no haberme recobrado tan pronto como lo hice, de no haber visto que Estella se acercaba con las llaves para abrirme la puerta. Pensé que tendría un buen pretexto para mostrarme su desprecio, si me veía asustado, y en manera alguna quería darle este pretexto.

Me lanzó una mirada de triunfo al pasar, como si se regocijara de que mis manos fuesen tan bastas y mis botas tan gruesas, abrió la verja y se quedó junto a ella. Yo iba a salir, sin mirarla, cuando me tocó con mano insolente:

—¿Por qué no lloras?

—Porque no tengo ganas.

—Sí, tienes —dijo ella—. Has estado llorando hasta quedar medio ciego, y ahora mismo estás a punto de llorar.

Se rió con desprecio, me empujó afuera, y cerró la verja tras de mí. Me dirigí inmediatamente a casa del señor Pumblechook, y me sentí inmensamente aliviado al no encontrarle en ella. Así, dejando dicho al dependiente cuál era el día en que debía volver a casa de la señorita Havisham, emprendí las cuatro millas de camino que me separaban de nuestra herrería, discurriendo mientras andaba sobre todo lo que había visto, y dando vueltas a la idea de que yo era un palurdo, de que mis manos eran bastas, de que mis botas eran gruesas, de que había caído en la despreciable costumbre de llamar mozos a las sotas, de que era mucho más ignorante de lo que me había creído la noche anterior, y, en una palabra, de que mi género de vida era bajo y ruin.

CAPÍTULO IX

Cuando llegué a casa, mi hermana tenía una gran curiosidad por saber cosas de la señorita Havisham, y me hizo un sinfín de preguntas. Y pronto empezaron a llover sobre mí los cogotazos y los empellones y mi rostro se vio ignominiosamente restregado contra la pared de la cocina porque no respondía estas preguntas con suficiente extensión.

Si el temor de no ser comprendido se alberga en el pecho de otros niños como se albergaba en el mío —lo que considero probable, pues no tengo ningún motivo especial para sospechar que yo haya sido una monstruosidad—, ésta es la clave de muchos comportamientos reservados. Estaba convencido de que si describía a la señorita Havisham tal como la habían visto mis ojos, nadie me comprendería. Y no era eso sólo, sino que tenía el convencimiento de que nadie comprendería tampoco a la señorita Havisham; y aunque ella resultaba completamente incomprensible para mí, tenía la impresión de que sería algo brutal y traidor exponerla tal como era (por no hablar de la señorita Estella) a la contemplación de la señora Joe. En consecuencia, dije lo menos que pude, y me dejé restregar la cara contra la pared de la cocina.

Lo peor de todo fue que aquel metomentodo del viejo Pumblechook, devorado por el deseo de enterarse de lo que yo había visto y oído, llegó en su coche a la hora del té, a que le diesen todos los detalles. Y a la vista de este tormento, con sus ojos de pescado y su boca abierta, su cabello pajizo erizado inquisitivamente y su chaleco hinchado de pomposa aritmética, acabé de encastillarme en mi reserva.

—Bien, muchacho —empezó el tío Pumblechook, en cuanto se hubo sentado en el sitio de honor junto al fuego—. ¿Cómo te ha ido en la ciudad?

—Bastante bien, señor —respondí, y mi hermana me amenazó con el puño.

—¿Bastante bien? —repitió el señor Pumblechook—. Bastante bien no es una respuesta. Dinos lo que quieres decir con bastante bien, muchacho.

Tal vez la cal en la frente embota el cerebro hasta ponerlo en estado de obstinación. Como quiera que fuese, con la cal de la pared en mi frente, mi obstinación fue diamantina. Reflexioné un rato, y luego respondí como si hubiera descubierto una idea nueva:

—Quiero decir bastante bien.

Mi hermana, con una exclamación de impaciencia, iba a lanzarse sobre mí —yo no tenía defensa alguna, pues Joe estaba ocupado en la herrería— cuando el señor Pumblechook se interpuso diciendo:

—¡No! No pierdas los estribos. Deja al muchacho para mí, sobrina. Deja al muchacho para mí.

Luego el señor Pumblechook me hizo dar media vuelta para ponerme ante sí, como si fuese a cortarme el pelo, y dijo:

—Ante todo, para ordenar las ideas, ¿cuánto son cuarenta y tres peniques?

Calculé las consecuencias de responder cuatrocientas libras pero, comprendiendo que me serían desfavorables, respondí lo más exactamente que pude, que fue con un error de unos ocho peniques. El señor Pumblechook entonces me hizo pasar por toda la tabla de equivalencias desde «doce peniques hacen un chelín», hasta «cuarenta peniques hacen tres chelines y cuatro peniques», y después preguntó triunfalmente, como si me hubiera aplastado:

—Y ahora, ¿cuánto son cuarenta y tres peniques?

A lo cual yo respondí, después de meditar un buen rato:

—No lo sé.

Y estaba tan exasperado que casi dudo de que en realidad lo supiera.

El señor Pumblechook revolvió mi cabeza como si fuese un sacacorchos con el que quisiese arrancarme las respuestas y dijo:

—Cuarenta y tres peniques, por ejemplo, ¿serán acaso siete chelines y seis peniques y tres cuartos?

—¡Sí! —dije yo. Y aunque mi hermana en el acto me tiró de las orejas, fue una gran satisfacción para mí ver que la respuesta le estropeaba la broma, y la llevaba a un punto muerto.

—¡Muchacho! ¿Cómo es la señorita Havisham? —empezó de nuevo el señor Pumblechook, así que se hubo repuesto, cruzándose enérgicamente de brazos y aplicando el sacacorchos.

—Muy alta y morena —le dije.

—¿Es así, tío? —preguntó mi hermana.

El señor Pumblechook le hizo un guiño de asentimiento, de lo cual deduje en seguida que nunca había visto a la señorita Havisham, pues ésta no era así.

—¡Bueno! —dijo el señor Pumblechook, con suficiencia—. ¡Ésta es la manera de dominarle! Ahora empezamos a hacernos obedecer, ¿no te parece, sobrina?

—Estoy segura de ello, tío —respondió la señora Joe—. Ojalá estuviese usted siempre a su lado. Usted conoce bien la manera de tratarle.

—¡Vamos, muchacho! ¿Qué hacía ella cuando tú entraste hoy? —preguntó el señor Pumblechook.

—Estaba sentada —respondí— en un coche de terciopelo negro.

El señor Pumblechook y la señora Joe se miraron asombrados —y con razón — y repitieron:

—¿En un coche de terciopelo negro?

—Sí —respondí—. Y la señorita Estella, me figuro que es su sobrina, le servía torta y vino por la ventanilla del coche, en una bandeja de oro. Y todos tomamos torta y vino en bandejas de oro. Y yo me subí a la trasera del coche para comer mi parte, porque ella me lo mandó.

—¿Había alguien más allí? —preguntó el señor Pumblechook.

—Cuatro perros —dije.

—¿Grandes o pequeños?

—Tremendos —dije—. Y se peleaban por unas chuletas de ternera que les echaban de una cestilla de plata.

El señor Pumblechook y la señora Joe se miraron otra vez, completamente aturdidos. Yo estaba frenético —un testigo enloquecido por la tortura— y me sentía capaz de decirles cualquier cosa.

—Pero ¡en nombre de Dios! ¿Dónde estaba ese coche? —preguntó mi hermana.

—En la habitación de la señorita Havisham —ellos volvieron a mirarse—; pero no tenía caballos. —Añadí esta cláusula prudente en el momento de descartar cuatro caballos ricamente enjaezados que había tenido locos deseos de enganchar en él.

—¿Puede ser esto posible, tío? —preguntó la señora Joe—. ¿Qué querrá decir este chico?

—Ya te lo diré —explicó el señor Pumblechook—. En mi opinión, se trata de

una silla de manos. Es una mujer caprichosa, ¿sabes?, muy caprichosa: lo bastante para pasarse los días en una silla de manos.

—¿La ha visto usted alguna vez en ella, tío? —preguntó la señora Joe.

—¿Cómo habría podido —respondió él obligado a hacer esta confesión—, si no la he visto en mi vida? ¡Nunca le pude echar los ojos encima!

—¡Dios mío, tío! ¿Y, no obstante, usted le ha hablado?

—Tú ya sabes —dijo el señor Pumblechook, con impertinencia— que cuando fui me hicieron subir hasta la puerta de su habitación, y ella me habló desde dentro por la puerta entreabierta. No me digas ahora que no sabías eso. De un modo u otro, el caso es que el chico ha ido a jugar allí. ¿A qué jugaste, muchacho?

—Jugamos con banderas —dije yo (permítaseme observar que cuando recuerdo las mentiras que dije en aquella ocasión me maravillo de mí mismo).

—¡Banderas! —repitió mi hermana.

—Sí —dije yo—. Estella agitaba una bandera azul, y yo una encarnada, y la señorita Havisham tremolaba, sacándola por la ventanilla del coche, otra toda tachonada de estrellitas de oro. Y después todos blandimos nuestras espadas y lanzamos vítores.

—¡Espadas! —repitió mi hermana—. ¿De dónde sacasteis las espadas?

—De un armario —dije yo—. Y vi pistolas en él y confituras y píldoras. Y en la habitación no entraba la luz del día, sino que estaba toda iluminada con bujías.

—Esto es verdad, sobrina —dijo el señor Pumblechook, con una grave inclinación de cabeza—. Éste es el estado de cosas a juzgar por lo que he visto.

Y después ambos se quedaron mirándome, y yo con una boba expresión de ingenuidad les devolvía la mirada, mientras con la mano derecha me retorcía la pernera de los pantalones.

Si hubieran seguido haciéndome preguntas, seguramente me habría traicionado, porque llegué a estar a punto de mencionar que había un globo aerostático en el patio, y lo habría hecho ya, de no haber sido porque mi inventiva se hallaba indecisa entre este fenómeno y la presencia de un oso en la fábrica. Ellos, sin embargo, estaban tan ocupados en discutir las maravillas que había expuesto ya a su consideración, que esto me salvó. El tema les absorbía aún cuando Joe llegó de la herrería para tomar su taza de té. Y mi hermana, más para expansión de su espíritu que para satisfacción del de su marido, le refirió mis supuestas experiencias.

Ahora bien, cuando vi a Joe abrir sus ojos azules y pasearlos por toda la cocina con desvalido asombro, el remordimiento se apoderó de mí; pero sólo por lo que a él se refería —no en absoluto por lo que se refería a los otros dos—. Por Joe, y sólo por Joe, yo me consideraba como un joven monstruo, mientras todos iban discutiendo qué resultados podían augurarse para mí de mi relación con la señorita Havisham. No tenían ninguna duda de que la señorita Havisham haría «algo» por mí; sus dudas se referían a la forma que tomaría este «algo». Mi hermana se inclinaba por «propiedad». El señor Pumblechook creía mejor una espléndida prima para pagarme el aprendizaje de una profesión distinguida; digamos, por ejemplo, el comercio de granos y semillas. Joe se indispuso con ambos, al ofrecer la brillante sugerencia de que tal vez no harían más que regalarme uno de los perros que se habían peleado por las chuletas.

—Si la cabeza de un tonto no puede expresar opiniones mejores que ésta —dijo mi hermana— y tienes trabajo en otra parte, será mejor que vayas a hacerlo.

Con lo cual Joe se fue.

Luego que el señor Pumblechook se hubo marchado y mientras mi hermana lavaba los platos, yo me escapé a la herrería, junto a Joe, y me quedé con él hasta que hubo terminado su trabajo. Entonces le dije:

—Antes de que el fuego se apague, Joe, querría decirte algo.

—¿De veras, Pip? —dijo Joe, acercando a la fragua el banco de herrar—. Dilo pues. ¿De qué se trata, Pip?

—Joe —dije, agarrándome a la manga remangada de su camisa y retorciéndola entre mi pulgar y mi índice—, ¿recuerdas todo lo que he dicho de la casa de la señorita Havisham?

—¿Si lo recuerdo? —dijo Joe—. ¡Ya lo creo! ¡Maravilloso!

—Hay una cosa terrible, Joe; no es verdad.

—¿Qué me cuentas, Pip? —exclamó Joe, echándose atrás con el mayor asombro—. No vas a decirme que es…

—Sí, lo digo; es mentira, Joe.

—Pero no todo, ¿verdad? Porque no vas a decirme, Pip, que no había tal coche de ter… ¿eh? (Porque yo meneaba la cabeza). Pero por lo menos estarían los perros. Vamos, Pip —dijo Joe en tono persuasivo—, si no había chuletas de ternera, por lo menos estarían los perros…

—No, Joe.

—¿Un perro? —dijo Joe—. ¿Un cachorro? ¡Vamos!

—No, Joe, no había nada de todo eso.

Cuando fijé mis ojos tristemente en él, me contempló desalentado:

—¡Pip, muchacho! ¡Esto no está bien, querido! ¿Dónde crees que vas a llegar?

—Es terrible, Joe. ¿No es cierto?

—¿Terrible? —exclamó Joe—. ¡Espantoso! ¿Qué se apoderó de ti?

—No sé lo que se apoderó de mí, Joe —respondí, soltando su manga y sentándome a sus pies en las cenizas, con la cabeza baja—; pero quisiera que no me hubieras enseñado a llamar mozos a las sotas; y quisiera que mis botas no fueran tan gruesas ni mis manos tan bastas.

Y entonces conté a Joe que me sentía muy desgraciado y que no me había visto con fuerzas para explicarme con la señora Joe y Pumblechook, que tan mal me trataban, y que había una hermosa joven en la casa de la señorita Havisham que era terriblemente orgullosa y había dicho que yo era ordinario, y que yo sabía que era ordinario, y que no quería ser ordinario, y que las mentiras habían nacido de esto, no sabía yo cómo.

Esto era un caso de metafísica, tan difícil para Joe como para mí. Pero Joe sacó el caso por completo de la región de la metafísica y por este medio lo dominó.

—Hay una cosa de la cual puedes estar seguro, Pip —dijo, después de rumiar un poco—, y es de que las mentiras siempre serán mentiras. De dondequiera que vengan debían de haber venido, y vienen del padre de las mentiras y a él vuelven. No me hables más de ellas, Pip. Éste no es el camino para salir de lo ordinario, muchacho. Y en cuanto a lo de ser ordinario, no acabo de entenderlo, querido. En algunas cosas eres extraordinario. Eres extraordinariamente pequeño. También extraordinariamente instruido.

—No, soy ignorante y retrasado, Joe.

—¡Cómo! Mira qué carta escribiste anoche. Hasta en letra de molde. ¡He visto cartas, ah, y de verdaderos señores, que puedo jurar que no estaban escritas en letra de molde! —dijo Joe.

—No he aprendido casi nada, Joe. Tú me quieres demasiado. Eso es todo.

—En fin, Pip —dijo Joe—. De todos modos, me figuro que hay que ser un estudiante ordinario antes de poder serlo extraordinario. El rey en su trono, con su corona en la cabeza, no puede escribir leyes del Parlamento en letra de molde, sin haber empezado cuando no era más que un príncipe, con el alfabeto… ¡Ah! —añadió, con un movimiento de cabeza lleno de significación—, y sin haber

empezado por la A y seguido todo el camino hasta la Z. Y sé lo que es esto, aunque no puedo decir precisamente que lo haya hecho.

Había algo de alentador en estas sabias palabras y me animó un poco.

—Si los ordinarios, por su posición y por su oficio, estarían o no mejor quedándose entre los ordinarios, en vez de ir a jugar con los distinguidos… esto me recuerda que tal vez hubiera una bandera.

—No, Joe.

—Siento que no hubiera una bandera, Pip. Si sería mejor o no, es cosa que no se puede discutir ahora sin alborotar a tu hermana, lo cual no debemos hacer de ningún modo, al menos a sabiendas. Oye, Pip, lo que te dice un amigo verdadero: Si no puedes dejar de ser ordinario, siguiendo por el camino recto, nunca lo conseguirás por los caminos torcidos. Así pues, no digas más mentiras, Pip, y vivirás bien y morirás feliz.

—¿No estás enojado conmigo, Joe?

—No, querido. Pero teniendo en cuenta que tus mentiras han sido de un estilo, por decirlo así, asombroso y atrevido (y me refiero a lo de las chuletas de ternera y los perros que se peleaban), un amigo sincero te aconsejaría, Pip, que pensaras en ello al hacer tu examen de conciencia a la hora de acostarte. Nada más querido. No lo vuelvas a hacer.

Cuando subí a mi cuarto y recé mis oraciones, no olvidé la recomendación de Joe; y sin embargo, mi joven espíritu se hallaba en tal estado de perturbación y desagradecimiento, que durante un buen rato, después de acostarme, estuve pensando cuán ordinario hallaría Estella a Joe, un simple herrero, cuán gruesas sus botas y cuán groseras sus manos. Pensé que Joe y mi hermana estaban en aquellos momentos sentados en la cocina, y que yo me había ido a dormir viniendo de la cocina, y que la señorita Havisham y Estella nunca se sentaban en la cocina, sino que estaban muy por encima de estos hábitos vulgares. Me dormí recordando lo que «yo hacía» cuando estaba en casa de la señorita Havisham; como si hubiera estado allí tres semanas o tres meses, en vez de tres horas, y como si el recuerdo aquél fuese un recuerdo antiguo en vez de datar de ese mismo día.

Fue aquél un día memorable para mí, porque me trajo grandes cambios. Pero en todas las vidas ocurre lo mismo. Imaginad que se suprime de ellas un día determinado, y pensad cuán diferente habría sido su curso. Deteneos los que esto leéis a pensar por un momento en la larga cadena de hierro y oro, de espinas y

flores, que nunca os hubiera atado de no haber sido por un primer eslabón que se formó en un día memorable.

CAPÍTULO X

Uno o dos días más tarde, se me ocurrió, al despertar, la feliz idea de que lo mejor que podía hacer para llegar a ser una persona distinguida era aprender de Biddy todo lo que ella supiese. Obedeciendo, pues, a esta luminosa concepción, mencioné a Biddy, cuando fui por la noche a casa de la tía abuela del señor Wopsle, que tenía un motivo particular para desear progresar en la vida, y que le quedaría muy agradecido si quería comunicarme su saber. Biddy, que era la más complaciente de las muchachas, en el acto dijo que así lo haría, y, en efecto, empezó a cumplir su promesa a los cinco minutos.

El plan educativo o curso establecido por la tía abuela del señor Wopsle puede resumirse en la siguiente sinopsis. Los alumnos comían manzanas y se metían mutuamente pajas entre la camisa y la espalda, hasta que la tía abuela del señor Wopsle reunía sus fuerzas y les atizaba unos cuantos palos de ciego con una vara de abedul. Después de recibir la acometida con una rechifla general, los alumnos se alineaban y, en medio del mayor alborozo, se pasaban de mano en mano un libro destrozado. El libro contenía un alfabeto, unas cifras, unas tablas y unos ejercicios para deletrear; mejor dicho, los había contenido. Tan pronto como este volumen empezaba a circular, la tía abuela del señor Wopsle caía en un estado comatoso a causa del sueño o de un acceso de reumatismo. Los alumnos, entonces, se ponían a estudiar rivalizando por el tema «zapatos», a base de ensayar quién era capaz de pisar con mayor fuerza los pies de los demás. Este ejercicio mental duraba hasta que Biddy se precipitaba sobre ellos y distribuía tres biblias estropeadas con los cortes roídos, impresas más ilegiblemente que cualquier curiosidad literaria con que haya topado desde entonces; todas manchadas de orín y con varios ejemplares del mundo de los

insectos aplastados entre sus hojas. Esta parte de la clase era animada ordinariamente por diversos combates singulares entre Biddy y algunos estudiantes reacios. En cuanto terminaban los combates, Biddy indicaba el número de la página, y todos leíamos en voz alta, formando un coro espantoso. Biddy nos dirigía con voz chillona y monótona, y ninguno de nosotros tenía la menor idea de lo que estaba leyendo ni respeto alguno por ello. Este terrible estruendo acababa por despertar a la tía abuela del señor Wopsle, quien se arrojaba tambaleándose sobre el primer muchacho que le venía a mano y le tiraba de las orejas.

Ésta era la señal de que la clase había terminado por aquella noche, y todos salíamos a la calle dando alaridos de triunfo intelectual. Es justo observar que no estaba prohibido de ningún modo que un alumno se entretuviera con una pizarra o hasta con la tinta (si la había), sólo que no era fácil dedicarse a esta rama de los estudios en invierno a causa de que la pequeña tienda en que se daban las clases —y que también era el salón y dormitorio de la tía abuela del señor Wopsle— sólo estaba iluminada por un pobre y tímido candil que, además, no se podía despabilar porque no había con qué hacerlo.

Me parecía a mí que en estas circunstancias me llevaría mucho tiempo llegar a ser distinguido; no obstante, resolví intentarlo, y aquella misma noche Biddy empezó a cumplir nuestro convenio particular, comunicándome algunos conocimientos sacados de su pequeño catálogo de precios, bajo el epígrafe de azúcar, y prestándome, para que lo copiase en casa, una gran D inglesa que ella había imitado de la cabecera de un periódico, y que yo tomé, hasta que me dijo lo que era, por el dibujo de una hebilla.

Como era natural, había un club social en el pueblo y, como era natural también, Joe gustaba de ir a fumar una pipa allí de vez en cuando. Yo había recibido de mi hermana el mandato de pasar a recoger a Joe por Los Tres Alegres Barqueros aquella noche al volver de la escuela, y traerlo a casa bajo amenaza de severas penas si no cumplía. A Los Tres Alegres Barqueros, pues, dirigí mis pasos.

En los Alegres Barqueros había una cantina, y en ella, con tiza en la pared junto a un lado de la puerta, unas cuentas alarmantemente largas que me daban la impresión de no saldarse nunca. Estaban allí desde que yo podía recordarlo y habían crecido más que yo. Pero había mucho yeso en nuestro país, y tal vez la gente no quería desperdiciar la ocasión de aprovecharlo.

Siendo sábado por la noche, encontré al tabernero mirando aquellos apuntes

con expresión ceñuda; pero como mi asunto era con Joe y no con él, me limité a darle las buenas noches y pasé a la sala común al extremo del pasillo, donde ardía un alegre fuego y donde Joe estaba fumando su pipa en compañía del señor Wopsle y un forastero. Joe me saludó con su acostumbrado «¡Hola, Pip, muchacho!», y al oír esto, el forastero volvió la cabeza y me miró.

Era un hombre de aire reservado a quien no había visto nunca. Llevaba la cabeza ladeada y tenía un ojo medio cerrado, como si estuviese apuntando a algo con un invisible fusil. Tenía la pipa en los labios y se la quitó de ellos; y tras lanzar una larga bocanada de humo, sin dejar de mirarme fijamente, me saludó con la cabeza. Así pues, yo le saludé también, y entonces él repitió su saludo y me hizo sitio para que me sentara a su lado.

Pero como siempre que iba allí yo solía sentarme al lado de Joe, dije: «No, gracias, señor», y me acomodé en el espacio que me había dejado Joe en el banco opuesto. En cuanto me hube sentado, el desconocido, después de mirar a Joe, y viendo que su atención estaba distraída en otras cosas, volvió a hacerme un signo con la cabeza y se frotó la pierna de una manera que me pareció muy rara.

—Decía usted —dijo el desconocido, volviéndose a Joe— que es usted herrero.

—Sí. Eso dije —repuso Joe.

—¿Qué va usted a beber, señor…? Aún no sé cómo se llama usted.

Joe se lo dijo y el desconocido le llamó por su nombre.

—¿Qué va usted a beber, señor Gargery? Pago yo, para brindar.

—Bueno —dijo Joe—; a decir verdad, no tengo mucha costumbre de beber a costa de los demás.

—¿Costumbre? No —replicó el desconocido—; pero, por una vez y en una noche de sábado… ¡Vamos! Dele usted un nombre, señor Gargery.

—No quiero que crea usted que le desairo —dijo Joe—. Ron.

—¡Ron! —repitió el desconocido—. Y este otro señor, ¿nos dirá lo que prefiere?

—Ron —dijo el señor Wopsle.

—Tres de ron —gritó el desconocido, llamando al tabernero—. ¡Copas para todos!

—Este caballero —observó Joe, a modo de presentación del señor Wopsle— es un hombre a quien le gustaría escuchar. Es el sacristán de nuestra parroquia.

—¡Ah! —dijo vivamente el desconocido, apuntándome con su ojo—. ¡La

iglesia solitaria de los marjales, rodeada de tumbas!

—Eso es —dijo Joe.

El desconocido, con una especie de gruñido de contento dirigido a su pipa, extendió las piernas sobre el banco que tenía para él solo. Llevaba un sombrero gacho de anchas alas, y bajo él un pañuelo atado a la cabeza, a modo de casquete, de manera que no se le veía el cabello. Mientras estaba contemplando el fuego, me pareció ver aparecer en su rostro una expresión astuta acompañada de una media sonrisa.

—No conozco este país, señores, pero me parece algo solitario por el lado del río.

—Todos los marjales son solitarios —dijo Joe.

—Claro, claro… ¿Encuentran alguna vez por allí gitanos o vagabundos?, ¿o malhechores de alguna clase?

—No —dijo Joe—. Sólo algún forzado que se escapa de vez en cuando. Y que no son fáciles de cazar, ¿eh, señor Wopsle?

El señor Wopsle, con un majestuoso recuerdo de pasadas incomodidades, asintió, pero sin ningún entusiasmo.

—Parece que ustedes han andado detrás de alguno… —observó el desconocido.

—Una vez —respondió Joe—. No es que tuviéramos ningún empeño en atraparlos, ¿sabe usted?; fuimos como espectadores; yo y el señor Wopsle y Pip. ¿No es cierto, Pip?

—Sí, Joe.

El desconocido me miró de nuevo, todavía como si expresamente me estuviese apuntando con su invisible fusil, y dijo:

—¡Qué guapo paquetito de huesos! ¿Cómo te llamas?

—Pip —dijo Joe.

—¿Es su nombre de pila?

—No, no es su nombre de pila.

—¿Es un remoquete?

—No, es una especie de apellido que el muchacho se dio a sí mismo de pequeño y por el cual todo el mundo le conoce.

—¿Es hijo de usted?

—Verá usted —dijo Joe con aire de reflexionar, no porque la cosa pidiera reflexión, sino porque era costumbre en los Alegres Barqueros afectar que se

meditaba profundamente sobre todo lo que se debatía con la pipa en la boca—: No…, no lo es.

—¿Sobrino? —dijo el desconocido.

—¡Bien! —dijo Joe, con el mismo aire de profunda reflexión—. No, no lo es, no he de engañarle. No es mi sobrino.

—¿Pues qué demonios es? —preguntó el desconocido. Lo cual me pareció innecesariamente fuerte.

Éste fue para el señor Wopsle el momento de echar su cuarto a espadas; como hombre que lo sabía todo en materia de parentescos, teniendo por su profesión oportunidad de saber cuáles son las parientas con quien un hombre puede no casarse, expuso los lazos que existían entre yo y Joe. Una vez puesto a ello, el señor Wopsle terminó recitando un pasaje tremebundo de *Ricardo III* y se figuró haberse explicado suficientemente al añadir: «como dice el poeta».

Y aquí he de observar que cuando el señor Wopsle se refería a mí, consideraba parte necesaria de esta referencia mesarme el cabello y metérmelo en los ojos. No puedo comprender por qué todas las personas de su categoría que nos visitaban me hacían pasar siempre, en circunstancias similares, por el mismo irritante proceso. Y, no obstante, no puedo recordar haber sido en mi infancia objeto de ninguna observación en nuestro círculo social y familiar, sin que alguna persona de grandes manazas haya recurrido a este oftálmico procedimiento para mostrarme su protección.

El desconocido no miraba a nadie más que a mí, y lo hacía como si, por fin, estuviera decidido a dispararme el tiro y derribarme. Pero nada dijo desde su última pregunta, hasta que llegaron los vasos de ron y agua y, entonces, disparó su tiro, que por cierto fue de los más extraordinarios.

No consistió en ninguna observación verbal, sino en una muda pantomima claramente dirigida a que sólo yo la comprendiera. Revolvió su ron con agua manifiestamente para mí, y lo probó, asimismo para mí. E hizo lo uno y lo otro, no con la cucharilla que le habían traído, sino *con una lima*.

Se las arregló de modo que sólo yo viese la lima, y después la enjugó y se la metió en un bolsillo del chaleco. En cuanto vi esta herramienta, conocí que era la lima de Joe y comprendí que el forastero conocía a mi forzado. Me quedé mirándole como hechizado. Pero él entonces se recostó en su banco sin hacerme caso y se puso a hablar de las cosechas.

En la noche de los sábados se experimentaba en nuestro pueblo una deliciosa sensación de limpieza y de pausa en la actividad cotidiana que estimulaba a Joe a

atreverse a alargar media hora más que otros días su estancia en la taberna.

Habiéndose terminado al mismo tiempo la media hora y el ron con agua, Joe se levantó para irse y me tomó de la mano.

—Aguarde un momento, señor Gargery —dijo el desconocido—. Me parece que tengo un chelín nuevecito en el bolsillo, y si lo encuentro ha de ser para el muchacho.

Sacó un puñado de monedas, escogió de entre ellas el chelín, lo envolvió en un papel arrugado y me lo dio.

—¡Para ti! —dijo—. ¡Para ti solo!

Le di las gracias, mirándole con mayor fijeza de lo que consentía la buena educación y agarrándome fuertemente a Joe. Él dio las buenas noches a Joe, dio las buenas noches a Wopsle (que salió con nosotros) y a mí no hizo más que echarme una mirada con su ojo de tirador. No, no fue una mirada, porque los cerró; pero se pueden hacer maravillas con un ojo con sólo esconderlo.

Durante la vuelta a casa, si yo hubiera estado de humor para hablar, la conversación habría corrido toda a mi cargo, porque el señor Wopsle nos dejó a la puerta de los Alegres Barqueros, y Joe anduvo todo el camino con la boca muy abierta, para que el aire se llevara lo más posible la vaharada del ron. Pero yo estaba tan atónito por aquella evocación de mi antigua fechoría y de mi antiguo conocido, que no podía pensar en otra cosa.

Mi hermana no estaba de demasiado malhumor cuando nos presentamos en la cocina, y esta desacostumbrada circunstancia animó a Joe a contarle lo del chelín.

—¡Me apuesto cualquier cosa a que es falso —dijo triunfante la señora Joe —; de lo contrario, no se lo habría dado! Veámoslo.

Lo desenvolví y resultó que era bueno.

—Pero ¿qué es esto? —dijo la señora Joe tirando el chelín y recogiendo el papel—; ¿dos billetes de una libra?

Eran nada menos que dos mugrientos billetes de una libra que parecían haber estado en íntima relación con todos los mercados de ganado del distrito. Joe tomó otra vez su sombrero y corrió con ellos a los Alegres Barqueros para devolverlos a su propietario. Mientras él iba, yo me senté en mi taburete de siempre y me quedé mirando estúpidamente a mi hermana, convencido de que el hombre ya no estaba allí.

Al cabo de poco, Joe volvió diciendo que el hombre se había marchado, pero que le había dejado recado en los Alegres Barqueros, con referencia a los

billetes. Entonces mi hermana los envolvió en un pedazo de papel y los puso debajo de unas hojas secas de rosas, en una tetera ornamental que había en lo alto del armario de la sala. Allí quedaron convertidos en una pesadilla para mí, durante muchos días y muchas noches.

Al acostarme, estaba completamente desvelado, a fuerza de pensar en cómo el desconocido me apuntaba con su invisible fusil y en lo culpablemente ordinario y vulgar que era estar en secreta inteligencia con forzados, un rasgo de mi ruin carrera que ya tenía olvidado. La lima me obsesionaba, también. Me invadía el miedo de que cuando menos lo esperase, la lima reapareciera. Traté de dormirme pensando en mi ida a casa de la señorita Havisham el viernes siguiente, pero en mis sueños vi la lima salir de una puerta, venir hacia mí sin que se viera quién la empuñaba, y me desperté gritando.

CAPÍTULO XI

El día convenido volví a casa de la señorita Havisham y mi vacilante llamada hizo que Estella viniese a la verja. La cerró después de que hube entrado, como había hecho la otra vez, y de nuevo me precedió por el corredor oscuro donde estaba la vela. Ninguna atención me prestó hasta que tuvo la vela en la mano, y entonces me miró por encima del hombro diciendo con altanería: «Hoy vas a venir por aquí», y me condujo a otra parte de la casa.

El corredor era muy largo y parecía seguir todo el cuadro de la planta baja de Manor House. Sin embargo, sólo recorrimos un lado del cuadrado, a cuyo extremo ella se detuvo, dejó la vela en el suelo y abrió una puerta. Allí reapareció la luz del día, y me encontré en un patinillo enlosado, el lado opuesto del cual estaba formado por una vivienda aislada, que parecía haber pertenecido al director o al administrador de la fábrica. Había un reloj en la pared exterior de esa casa. Como el reloj de la habitación de la señorita Havisham, estaba parado a las nueve menos veinte minutos.

Pasamos la puerta, que estaba abierta, y entramos en una sala oscura, baja de techo, que correspondía a la parte posterior de la planta baja. Había otras personas en aquella casa, y Estella me dijo, yendo a reunirse con ellas: «Pasa allí y no te muevas, muchacho, hasta que te llamen». «Allí» era la ventana y atravesando la estancia, «allí» me fui, y «allí» me quedé, en una situación de ánimo muy molesta, mirando al exterior.

La ventana daba a uno de los rincones más miserables del jardín abandonado, con unos tallos de col medio podridos, y un boj que había sido recortado mucho tiempo antes en forma de pudín y había echado por arriba renuevos de color y forma diferentes, como si aquella parte del pudín se hubiera

pegado a la cacerola y se hubiera quemado. Éste fue el ordinario pensamiento que me sugirió su vista. El día antes había nevado un poco, y, que yo supiera, la nieve no se había sostenido en ninguna otra parte; pero en la fría sombra de este rincón del jardín aún no había acabado de derretirse, y el viento la levantaba en pequeños remolinos y la arrojaba contra la ventana, como si me apedreara por haber ido allí.

Adiviné que mi llegada había interrumpido la conversación en la sala, y que los demás ocupantes de ésta me estaban contemplando. No podía ver nada de la estancia, salvo el reflejo del fuego en los cristales de la ventana, pero experimentaba hasta en los mismos huesos la sensación de ser objeto de un examen minucioso.

Había en la sala tres señoras y un caballero. A los cinco minutos de estar junto a la ventana, me habían dado ya la impresión de que eran todos unos lagoteros y unos farsantes; sólo que cada uno fingía ignorar que los demás lo eran, por no tener que confesarse que lo era él también.

Todos tenían el aire triste y aburrido del que espera el buen placer de alguien, y la más charlatana de las señoras tenía que hablar con rigidez para contener un bostezo. Esta señora, que se llamaba Camilla, me recordaba mucho a mi hermana, con la diferencia de que era más vieja y, como descubrí cuando pude verla, de facciones más obtusas. En realidad, cuando la conocí mejor empecé a pensar que era un favor de Dios que no tuviera facción alguna, tan inexpresivo era su rostro.

—¡Pobrecito! —dijo esta señora con una brusquedad de maneras idéntica a la de mi hermana—, ¡solamente enemigo de sí mismo!

—Sería mucho más de alabar que fuera enemigo de otros —dijo el caballero —, mucho más natural.

—Primo Raymond —observó otra señora—, hemos de amar al prójimo.

—Sarah Pocket —replicó el primo Raymond—, si un hombre no es su propio prójimo, ¿quién lo será?

La señorita Pocket se rió, y Camilla se rió y dijo, ahogando un bostezo:

—¡Vaya una idea! —Pero yo pensé que les parecía una idea bastante buena. La otra señora, que aún no había hablado, dijo grave y categóricamente:

—¡Es mucha verdad!

—Pobrecito —prosiguió Camilla al cabo de poco (yo sentía que todos habían estado mirándome entretanto)—, ¡es muy raro! ¿Creerán ustedes que cuando murió la mujer de Tom no hubo manera de hacerle ver la importancia de que se

pusieran guarniciones de gasa al luto de los niños? «¡Dios mío! Camilla —me dijo—, ¿qué puede importar esto mientras los pobrecillos huérfanos vistan de negro?». ¡Así es Matthew! ¡Qué idea!

—Tiene sus cualidades, tiene sus cualidades —dijo el primo Raymond—. No quiera Dios que yo se las discuta; pero no ha tenido, ni tendrá nunca, el sentido de las conveniencias.

—Me vi obligada, ya lo sabéis —dijo Camilla—, me vi obligada a mostrarme firme. Dije: «Esto sería un deshonor para la familia». Le dije que sin las gasas la familia se vería en una afrenta. Lloré por ello desde el desayuno hasta la comida. Me estropeé la digestión, y al cabo él estalló con su violencia acostumbrada, y dijo, acompañándolo de un juramento: «Haz lo que té de la gana». A Dios gracias, siempre será un consuelo para mí recordar que en el acto me eché a la calle bajo una lluvia torrencial y compré los adornos.

—Pero él los pagó, ¿no es cierto? —preguntó Estella.

—No se trata de saber, querida, quién los pagó —replicó Camilla—. Los compré yo. Y esto me da una tranquilidad cada vez que, como ocurre a menudo, pienso en ello al despertar por las noches.

El sonido de una campanilla distante, uniéndose al eco de un grito o llamada que llegaba del corredor por donde yo había venido, interrumpió la conversación y dio lugar a que Estella me dijese: «¡Ahora, muchacho!». Al volverme, todos me miraron con soberano desdén, y mientras salía, oí decir a Sarah Pocket: «¡Vaya, vaya! ¿Qué se le ocurrirá luego?», y a Camilla añadir con indignación: «¿Se había visto capricho semejante? ¡Qué idea!».

Mientras íbamos con nuestra vela por el oscuro corredor, Estella se detuvo de pronto, y dando media vuelta me dijo con su manera agresiva, acercando su rostro al mío:

—¿Y bien?

—¿Qué, señorita? —respondí, deteniéndome, casi a punto de tropezar con ella.

Ella se quedó mirándome y, naturalmente, yo me quedé mirándola a ella.

—¿Soy bonita?

—Sí, me parece usted muy bonita.

—¿Soy insultante?

—No tanto como la otra vez —dije yo.

—¿No tanto?

—No.

Estaba enfurecida al hacer la última pregunta y, cuando la respondí, me dio un bofetón con todas sus fuerzas.

—¿Y ahora? —dijo—, pequeño monstruo descortés, ¿qué te parezco?

—No voy a decirlo.

—Porque lo vas a decir arriba. ¿Es eso?

—No —dije—. No es eso.

—¿Por qué no lloras ahora, pequeño miserable?

—Porque no lloraré más por usted —respondí.

Lo cual, supongo yo, era la declaración más falsa que se haya hecho nunca, porque en mi interior estaba ya llorando por ella y yo sé lo que sé del dolor que tenía que costarme más tarde.

Subimos la escalera después de este episodio; y mientras la subíamos, topamos con un caballero que las bajaba a tientas.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el caballero deteniéndose a mirarme.

—Un muchacho —dijo Estella.

Era un hombre corpulento, muy moreno, con una cabeza muy grande y unas manos que correspondían al tamaño de la cabeza. Me cogió la barbilla con su manaza y me hizo levantar la cabeza para mirarme a la luz de la vela. Tenía prematuramente calva la coronilla, las cejas negras, espesas y erizadas, y los ojos hundidos y desagradablemente penetrantes y recelosos. Llevaba una gran cadena de reloj, y el sitio donde habrían estado su barba y su bigote, si los hubiera dejado crecer, aparecía fuertemente sombreado de negro. Él no era nada para mí y en aquel momento no podía prever que llegase nunca a ser nada para mí, pero la casualidad me dio esta ocasión de observarlo bien.

—¿Un muchacho de la vecindad? ¿Eh? —dijo él.

—Sí, señor —dije.

—¿Cómo has venido aquí?

—La señorita Havisham me mandó llamar, señor —expliqué.

—¡Bien! Compórtate. Tengo una gran experiencia de los muchachos, y sois todos una mala ralea. ¡Ahora ándate con cuidado! —dijo, mordiéndose un lado de su gran índice mientras me miraba con el ceño fruncido—, ¡y pórtate bien!

Con esto me soltó —de lo que me alegré, pues sus manos olían a jabón perfumado— y siguió escalera abajo. Yo me pregunté si sería un doctor; pero no, pensé: no podía ser un doctor porque habría tenido modales más suaves y persuasivos. No tuve mucho tiempo para reflexionar sobre ello, porque pronto estuvimos en la habitación de la señorita Havisham, donde ella y todo lo demás

estaba exactamente como lo había dejado la otra vez. Estella me dejó junto a la puerta y yo me quedé allí hasta que la señorita Havisham acertó a verme desde su mesa tocador.

—Así pues —dijo, sin sobresaltarse ni sorprenderse—, han pasado los días, ¿no es cierto?

—Sí, señora, hoy es…

—¡Basta, basta, basta! —exclamó, con el movimiento impaciente de sus dedos—. No quiero saberlo. ¿Estás dispuesto a jugar?

Me vi obligado a responder, con alguna confusión:

—Me parece que no, señora.

—¿No jugarías otra vez a los naipes? —preguntó ella, lanzándome una mirada escrutadora.

—Sí, señora; podría hacerlo, si usted lo desea.

—Puesto que esta casa te vuelve viejo y triste, y no tienes ganas de jugar —dijo la señorita Havisham con impaciencia—, ¿estarás dispuesto a trabajar?

Pude responder a esta pregunta con más ánimo que a la otra, y dije que lo haría de buena gana.

—Entonces ve a la sala de enfrente —dijo, señalando con su mano reseca la puerta que había a mi espalda— y aguárdame.

Crucé el descansillo de la escalera y entré en la sala que me había indicado. También de aquella estancia estaba excluida la luz natural, y había en ella un olor a aire viciado que se hacía opresivo. Habían encendido fuego en la vieja y húmeda parrilla, pero estaba más dispuesto a apagarse que a prender, y el humo que flotaba en la habitación parecía más frío que el aire mismo, como ocurre con la niebla de nuestros marjales. Unos severos candelabros sobre la alta chimenea iluminaban débilmente la estancia; o, por mejor decir, alteraban débilmente su oscuridad. Era una habitación espaciosa, y en su tiempo debía de haber sido magnífica, pero todo lo que en ella se podía ver estaba lleno de polvo y moho, y cayéndose a pedazos. El objeto más notable era una gran mesa cubierta con un mantel, como si se hubiera estado preparando una gran fiesta en el momento en que la casa y los relojes se pararon a un tiempo. En medio de este mantel había una especie de centro; estaba tan lleno de telarañas, que apenas se podía distinguir su forma; y, al mirar la amarillenta extensión, de la cual el centro parecía sobresalir como un negro hongo, vi unas arañas de patas moteadas y cuerpo abotargado que entraban en él y volvían a salir precipitadamente, como si

algo de gran importancia pública acabase de traslucirse en la comunidad de las arañas.

Oí ratones, también, que corrían por detrás de los *arrimaderos* como si la misma ocurrencia fuese importante para ellos. Pero las cucarachas no paraban mientes en esta agitación, y se movían a tientas alrededor del hogar, con un aire solemne y taciturno, como si fuesen cortas de vista y duras de oído, y no se llevaran bien unas con otras.

Estos bichos rastreros habían fascinado mi atención y los estaba contemplando desde cierta distancia, cuando la señorita Havisham me puso una mano en el hombro. En la otra llevaba un bastón con puño de muleta en el cual se apoyaba y todo su aspecto la hacía parecer la bruja de aquel lugar.

—Aquí —dijo, señalando la gran mesa con su bastón— es donde me pondrán cuando muera… Aquí vendrán ellos a verme.

Con un vago temor de que fuese a subirse a la mesa y a morirse en aquel mismo instante, convirtiéndose en una completa realización de la horrible figura de cera que había visto en la feria, retrocedí a su contacto.

—¿Qué piensas que es esto? —me preguntó, volviendo a señalar con el bastón—; ¿esto tan lleno de telarañas?

—No puedo adivinarlo, señora.

—Es un gran pastel. Un pastel de boda. ¡La mía!

Paseó por la habitación una mirada centelleante, y luego dijo, apoyándose en mí, en tanto que su mano se crispaba en mi hombro.

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Paséame! ¡Paséame!

Entendí por esto que el trabajo que tenía que hacer era ir paseando a la señorita Havisham en torno a la estancia. En consecuencia, eché a andar inmediatamente, y ella se apoyó en mi hombro, y emprendimos una carrera que podía haber sido una imitación (fundada en el primer impulso que tuve bajo aquel techo) del carruaje del señor Pumblechook.

Ella no era fuerte físicamente, y al cabo de un rato dijo: «¡Más despacio!». Sin embargo, continuamos a un paso impaciente y espasmódico, y mientras andábamos, sus manos se crispaban sobre mi hombro, sus labios se movían y todo me hacía creer que si íbamos deprisa era porque su pensamiento trabajaba deprisa. Al cabo de un rato, dijo: «¡Llama a Estella!». Y así yo salí al descansillo y grité aquel nombre como había hecho la vez anterior. Cuando apareció su vela, volví al lado de la señorita Havisham y ambos volvimos a emprender nuestra carrera en torno a la estancia.

Que Estella viniese a ser espectadora de nuestro entretenimiento era ya suficiente para causarme desazón; pero como además trajo consigo a las tres señoras y al caballero que había visto abajo, yo no sabía qué hacer. Por cortesía, me había detenido; pero la señorita Havisham me oprimió el hombro y ambos seguimos andando con el bochornoso convencimiento por mi parte de que ellos se figurarían que todo era cosa mía.

—¡Querida señorita Havisham! —dijo la señorita Sarah Pocket—. ¡Qué buen aspecto tiene!

—No es verdad —respondió la señorita Havisham—. Me he quedado en los puros huesos.

A Camilla le brillaron los ojos mientras la señorita Pocket recibía esta repulsa; y mirando compasivamente a la señorita Havisham, murmuró:

—¡Pobrecita! ¡Cómo quieren que tenga buen apetito, la infeliz! ¡Vaya una idea!

—¿Y usted cómo está? —dijo la señorita Havisham a Camilla. Como pasábamos cerca de ésta en aquel momento, intenté detenerme, pero la señorita Havisham no quiso. Seguimos andando y comprendí que me había hecho altamente odioso a Camilla.

—Gracias, señorita Havisham —respondió ésta—. Estoy todo lo bien que se puede esperar.

—Pero ¿qué le pasa a usted? —preguntó la señorita Havisham con suma acritud.

—Nada que valga la pena mencionar —respondió Camilla—. No me gusta alardear de mis sentimientos, pero me he pasado más noches pensando en usted de lo que consiente mi salud.

—Pues no piense en mí —gruñó la señorita Havisham.

—Esto se dice fácilmente —observó Camilla, reprimiendo amablemente un sollozo, mientras le temblaba el labio superior y se le saltaban las lágrimas—. Raymond es testigo de cuánto jengibre y cuántas sales me veo obligada a tomar por las noches. Raymond es testigo de las sacudidas nerviosas que tengo en las piernas. Pero ni las sofocaciones ni las sacudidas nerviosas tienen importancia para mí cuando pienso con ansiedad en los seres queridos. Si yo fuese menos afectuosa y sensible, tendría mejores digestiones y unos nervios de hierro. Le aseguro que querría ser así. Pero dejar de pensar en usted por las noches… ¡Qué idea! —Y aquí una explosión de llanto.

Comprendí que el Raymond aludido era el caballero presente, y también

comprendí que era el señor Camilla. Éste, en aquel punto, acudió en auxilio de su esposa diciendo en tono consolador y lisonjero:

—Camilla, querida mía, todos saben que tus sentimientos familiares te están minando gradualmente hasta el punto de que una de tus piernas ya es más corta que la otra.

—No veo —observó la grave señora cuya voz no había yo oído más que una vez— por qué pensar en una persona querida tiene que darle a uno derecho a su gratitud.

La señorita Sarah Pocket, que, según podía ver ahora, era una viejecita seca, morena y arrugada, con una carita que parecía hecha de cáscaras de nuez y una boca grande como la de un gato sin bigotes, apoyó esta proposición diciendo:

—No, en verdad, querida. *¡Hem!*

—Pensar no cuesta nada —dijo la grave señora.

—¿Conoce usted algo más fácil? —asintió la señorita Pocket.

—¡Oh, ya, ya! —exclamó Camilla, cuyos agitados sentimientos parecían ascenderle de las piernas al pecho—. ¡Todo esto es una gran verdad! Es una debilidad ser tan afectuosa, pero no puedo evitarlo. No hay duda de que mi salud sería mucho mejor si fuera de otro modo, y, no obstante, yo no cambiaría mi condición aunque pudiese. Me hace sufrir mucho, pero es un consuelo saber que la poseo, cuando me despierto por la noche. —Aquí otra explosión de sentimiento.

La señorita Havisham y yo nunca nos detuvimos en todo este tiempo; continuamos dando vueltas y más vueltas a la sala, ora rozando las faldas de las visitantes, ora regalándoles toda la longitud de la tétrica habitación.

—¡Ahí tienen ustedes a Matthew! —dijo Camilla—. Sin participar nunca de mis afectos familiares; sin venir aquí nunca a ver cómo sigue la señorita Havisham. Han tenido que tenderme en el sofá, después de cortarme las cintas del corsé, y he pasado allí horas y horas insensible, con la cabeza caída, el cabello suelto y los pies no sé dónde.

—Mucho más altos que tu cabeza, querida —dijo el señor Camilla.

—He pasado en este estado horas y horas por culpa de la extraña e inexplicable conducta de Matthew y nadie me lo ha agradecido.

—¡Claro! —interpuso la grave señora—, ¿quién tenía que agradecérselo?

—Verá usted, querida —agregó la señorita Pocket (un personaje de suave malignidad)—, lo que usted debe preguntarse es ¿quién esperaba usted que se lo agradeciese, cariño?

—Sin esperar agradecimiento alguno, o nada que se le parezca —prosiguió Camilla—, he pasado en este estado horas enteras, y Raymond puede atestiguar hasta qué punto me oprimía la sofocación, y cuán totalmente ineficaz ha resultado el jengibre, y cómo me han oído en casa del afinador de pianos de enfrente, donde las pobres criaturas creyeron oír a los palomos que se arrullaban a lo lejos…, y que ahora me digan… —Aquí Camilla se llevó la mano a la garganta, y se puso a combinar en ella toda suerte de sonidos.

Al oír nombrar a Matthew, la señorita Havisham me detuvo y se detuvo, y se quedó mirando a la que hablaba. Este cambio contribuyó mucho a acabar repentinamente con las combinaciones de Camilla.

—Matthew vendrá a verme un día —reprochó con severidad la señorita Havisham— cuando esté yaciendo en esta mesa. ¡Éste será su lugar, aquí —golpeando la mesa con su bastón— a mi cabeza! ¡Y el de usted será aquí! ¡Y el de su marido aquí! ¡Y el de Sarah Pocket aquí! ¡Y el de Georgiana aquí! Ahora ya saben cuál será el sitio de cada uno cuando vengan a gozarse con mis despojos. Y ahora, ¡váyanse!

Al pronunciar cada uno de estos nombres, había golpeado con su bastón un sitio diferente. Luego dijo:

—¡Paséame! ¡Paséame! —Y volvimos a andar.

—Supongo que no podemos hacer otra cosa —exclamó Camilla— que obedecer e irnos. Ya es algo que uno haya podido ver al objeto de su amor y veneración, aunque haya sido por tan poco tiempo. Pensaré en ello con melancólica satisfacción cuando despierte por la noche. Querría que Matthew pudiese tener este consuelo, pero él se burla de esto. Estoy resuelta a no hacer alarde de mis sentimientos, pero es muy duro tener que oír que una desea gozarse con los despojos de sus parientes, como si fuese un ogro, y que le digan que se vaya. ¡Qué idea!

Habiendo intervenido el señor Camilla al ver que la señora Camilla se llevaba la mano al agitado pecho, esta señora adoptó un aire de entereza tan forzado, que supuse quería expresar el propósito de desplomarse en cuanto hubiese pasado la puerta y, besando la mano en señal de saludo a la señorita Havisham, se dejó escoltar fuera de la sala. Sarah Pocket y Georgiana contendieron por cuál de las dos sería la última en salir; pero Sarah era demasiado lista para dejarse vencer y danzó alrededor de Georgiana con tan escurridiza habilidad que ésta se vio obligada a salir antes. Sarah entonces produjo su efecto particular, despidiéndose con un:

—¡Dios la bendiga, querida señorita Havisham! —y con una sonrisa de conmiseración en su cara de nuez por la imbecilidad de los demás.

Mientras Estella estaba fuera alumbrando a los que se iban, la señorita Havisham siguió andando con la mano en mi hombro, pero cada vez más despacio. Al fin se detuvo ante el fuego y después de contemplarlo, musitando por espacio de unos minutos, dijo:

—Hoy es mi cumpleaños, Pip.

Iba a desearle felicidades, cuando ella levantó su bastón.

—No puedo sufrir que me hablen de ello. No puedo sufrir que ni los que estaban ahora aquí, ni nadie, me hable de ello.

Naturalmente, yo no hice ningún otro esfuerzo para referirme a ello.

—En este día del año, mucho antes de que tú nacieses, este montón de podredumbre —señalando con el bastón el montón de telarañas de encima de la mesa, pero sin tocarlas— fue traído aquí. Él y yo nos hemos consumido a la vez. Los ratones lo han roído, y dientes más agudos que los dientes de los ratones me han roído a mí.

Apretaba contra el pecho el puño de su bastón mientras contemplaba la mesa; ella con su vestido que un día fue blanco, todo amarillento y ajado; los manteles que un día fueron blancos, todos amarillentos y ajados; todo lo que nos rodeaba en estado de deshacerse al menor contacto.

—Cuando la ruina sea completa —dijo con una espantosa mirada— y me tiendan con mi vestido nupcial en esta mesa de boda, lo cual se hará y será la última maldición que caiga sobre él… ¡ojalá fuese hoy mismo!

Miraba la mesa como si contemplase allí a su propia figura extendida. Yo permanecía inmóvil.

Estella volvió y también permaneció inmóvil. Me pareció que continuábamos así durante mucho tiempo. En la atmósfera cargada de la habitación, y con las tinieblas que se agolpaban en sus lejanos rincones, llegué a tener la alarmante quimera de que Estella y yo empezaríamos a marchitarnos de un momento a otro.

Por último, saliendo de su estado de abstracción, no por grados, sino en un instante, la señorita Havisham dijo:

—Os quiero ver jugar a los naipes, ¿por qué no habéis empezado? —Con esto, volvimos a la otra estancia y nos sentamos como la otra vez; yo perdí como la otra vez, y también como la otra vez, la señorita Havisham nos estuvo contemplando todo el rato, llamó mi atención hacia la belleza de Estella, y me la

hizo notar más aún probando sus joyas sobre el pecho y el cabello de la muchacha. Estella, por su parte, también me trató como la otra vez; con la diferencia de que no se dignó a hablar. Cuando hubimos jugado una media docena de partidas, se señaló día para que yo volviera, y se me llevó al patio para darme de comer, como la otra vez, igual que a un perro. Allí, también, se me consintió, como la otra vez, que vagase a mis anchas.

No viene mucho al caso si una puerta que había en la pared, sobre la cual me había subido para mirar al jardín en la última ocasión, estaba abierta o cerrada. Baste decir que en aquella ocasión no vi ninguna, y que veía una ahora. Como estaba abierta, y como yo sabía que Estella había despedido a los visitantes —porque había vuelto con las llaves en la mano—, salí al jardín y me paseé por él. Era un verdadero erial y había viejos invernáculos para melones y pepinos, que parecían haber producido en su decadencia una espontánea vegetación de sombreros y zapatos viejos, con algún que otro renuevo en forma de cacerola abollada.

Cuando hube recorrido el jardín y un invernadero en el que sólo había una parra caída y algunas botellas, me encontré en el melancólico rincón que había contemplado desde la ventana. No dudando ni un momento de que la casa estaba ahora vacía, miré a otra ventana, y me hallé, con gran sorpresa mía, cambiando una mirada de asombro con un pálido jovencito de rojos párpados y rubio cabello.

Este pálido jovencito desapareció rápidamente para reaparecer en seguida a mi lado. Estaba ocupado con sus libros cuando le descubrí, y ahora veía que llevaba manchas de tinta.

—¡Hola, muchacho! —dijo él.

Siendo «hola» una observación general que, según había observado corrientemente, se respondía mejor repitiéndola, dije: «¡Hola!», omitiendo cortésmente lo de «muchacho».

—¿Quién te abrió? —dijo.

—La señorita Estella.

—Vamos a pelearnos —dijo el pálido jovencito.

¿Qué podía hacer sino seguirle? A menudo me lo he preguntado desde entonces; pero ¿qué otra cosa podía hacer? Su actitud era tan concluyente, y yo estaba tan atónito, que le seguí a donde me condujo, como hechizado.

—Aguarda un momento —dijo volviéndose en redondo antes de que hubiésemos dado muchos pasos—. He de darte motivos para la pelea. ¡Y ahí va!

De la manera más provocativa, palmoteó, echó delicadamente una pierna atrás, me tiró de los pelos, volvió a palmotear, agachó la cabeza y me dio un topetazo en la boca del estómago.

Este último proceder, aparte de que debía ser indiscutiblemente considerado como una libertad excesiva, resultaba especialmente desagradable después de haber comido pan y carne. Por consiguiente le di un puñetazo, e iba a darle otro cuando él dijo:

—¡Ah! ¿Ésas tenemos? —Y se puso a danzar avanzando y retrocediendo de un modo que no tenía pareja dentro de los límites de mi experiencia—. ¡Hay que observar las reglas! —dijo. Aquí dio un salto y se quedó apoyado sobre la pierna derecha—. ¡Las reglas normales! —Aquí dio otro salto y quedó apoyado sobre la pierna izquierda—. Vamos al terreno y cumpliremos con los preliminares. —Aquí volvió a saltar adelante y atrás e hizo toda clase de cosas raras mientras yo le contemplaba aturdido.

Tuve secretamente miedo de él cuando le vi tan ágil, pero me sentía moral y físicamente convencido de que su cabello pajizo no tenía nada que hacer en la boca de mi estómago, y que yo tenía derecho a considerar impertinente que se impusiese de aquel modo a mi atención. Así pues, le seguí sin pronunciar palabra a un ángulo retirado del jardín, formado por el encuentro de dos muros y oculto por la broza. Habiendo preguntado si me satisfacía el terreno y habiéndole respondido yo que sí, me pidió permiso para ausentarse un momento, al cabo del cual volvió con una botella de agua y una esponja empapada en vinagre.

—A la disposición de los dos —dijo, poniéndolas junto a la pared. Y entonces empezó a despojarse no sólo de su chaqueta y su chaleco, sino también de su camisa, de un modo a la vez animoso, práctico y sanguinario.

Aunque su aspecto no era muy sano —pues tenía la cara llena de barros y un grano junto a la boca—, estos terribles preparativos me asustaron un poco. Me pareció poco más o menos de mi misma edad, pero era mucho más alto y tenía una manera de moverse muy aparatosa. Por lo demás era un señorito vestido de gris (cuando aún no se había desnudado para el combate), con los codos, rodillas, muñecas y talones mucho más desarrollados que el resto de su persona.

Se me encogieron los ánimos al verle cuadrado ante mí con todas las muestras de precisión matemática, y estudiando mi anatomía como si eligiese ya cuidadosamente qué hueso me iba a romper. En mi vida he quedado tan sorprendido como cuando le largué el primer golpe, y le vi caído de espaldas, mirándome con las narices sangrando y el rostro extremadamente en escorzo.

Pero se puso de pie inmediatamente, y después de pasarse la esponja con gran afectación de destreza, volvió a ponerse en guardia. La segunda mayor sorpresa de mi vida la tuve al verle otra vez caído de espaldas, mirándome con un ojo amoratado.

Su valor me inspiraba un gran respeto. Parecía no tener fuerza alguna y ninguno de sus golpes fue duro y cada uno de los míos le derribaba; pero volvía a levantarse al momento y se pasaba la esponja o bebía agua de la botella (dando muestras de gran satisfacción al hacer consigo mismo el oficio de segundo de acuerdo con las formalidades del caso), y después venía hacia mí con un aire y un aparato que me hacía creer que al fin iba a acabar conmigo. Salió muy magullado, pues siento tener que decir que cada vez que le daba, le daba más fuerte, y al último golpe fue a caer de mala manera chocando de colodrillo contra la pared. Aún después de esta crisis, volvió a levantarse y a dar vueltas y más vueltas aturdidamente sin ver dónde estaba yo; pero finalmente cayó de rodillas, alcanzó su esponja y la arrojó al aire, gritando al mismo tiempo con voz jadeante:

—Esto quiere decir que has ganado.

Parecía tan valeroso e inocente que aunque yo no la había buscado, me sentí muy poco satisfecho de mi victoria. En realidad, creo que, mientras me vestía, llegué a considerarme como una especie de lobo salvaje u otra bestia fiera. Sin embargo, me vestí, limpiándome a intervalos el rostro sanguinolento, y le dije: «¿Puedo ayudarte?» y él dijo: «No, gracias», y yo dije: «Buenas tardes», y él dijo «Igualmente».

Cuando volví al patio, hallé a Estella aguardando con las llaves. Pero ni me preguntó dónde había estado, ni por qué la había hecho esperar; y tenía el rostro arrebolado como si hubiera ocurrido algo que la encantase. En vez de ir directamente a la verja, retrocedió al comedor y me llamó:

—¡Ven aquí! Puedes besarme si quieres.

Besé su mejilla cuando me la ofreció. Creo que habría sido capaz de cualquier cosa por poder besar su mejilla. Pero sentí que este beso se daba al muchacho tosco y ordinario como podía habérsele dado una moneda de limosna, y que no tenía ningún valor.

Entre las visitas de cumpleaños, y las cartas, y la lucha, mi estancia se había prolongado tanto que, cuando llegué a las cercanías de mi casa, la luz del banco de arena frente a la punta de los marjales brillaba contra un cielo negro, y la fragua de Joe trazaba un camino de fuego a través de la calle.

CAPÍTULO XII

No estaba muy tranquilo a propósito del pálido señorito. Cuanto más pensaba en la lucha, y recordaba al pálido señorito caído de espaldas con el semblante en distintas fases de hinchazón y amoratamiento, más cierto veía que algo me iba a ocurrir. Sentía que tenía sobre mí la sangre del pálido señorito, y que la ley la iba a vengar. Sin tener ninguna idea precisa de las penas en que había incurrido, se me hacía evidente que los muchachos pueblerinos no pueden andar por el país asaltando las casas de las personas distinguidas y atacando a la juventud estudiosa de Inglaterra, sin exponerse a severos castigos. Durante unos días no me atreví a alejarme de casa, y antes de salir para algún recado miraba con la mayor precaución y azoramiento por la puerta de la cocina por miedo a que los oficiales de la cárcel del distrito se echasen sobre mí. La nariz del pálido señorito había manchado mis pantalones, y traté de lavar estas pruebas de mi culpa en el secreto de la noche. Me había abierto los nudillos contra los dientes del pálido señorito y torturé de mil maneras mi imaginación, buscando increíbles medios de explicar esta delatora circunstancia cuando me llevasen ante los jueces.

Al llegar el día en que debía volver al teatro de la lucha, mis terrores llegaron a su colmo. ¿Y si los mirmidones de la justicia, enviados expresamente desde Londres, estaban emboscados tras la verja? ¿Y si la señorita Havisham, prefiriendo vengarse personalmente de un agravio hecho a su propia casa, se levantaba con sus vestidos sepulcrales, sacaba una pistola, y me mataba de un tiro? ¿Y si se había alquilado a unos muchachos —una numerosa banda de mercenarios— para que se arrojasen sobre mí en la fábrica y me matasen a puñetazos? Daba testimonio de mi confianza en la lealtad del pálido señorito, al que nunca me imaginé cómplice de estas venganzas; siempre se me ocurrían

como actos de parientes suyos movidos por el estado de su rostro e indignados por el ultraje hecho a las facciones de la familia.

Sin embargo, no tenía más remedio que ir a casa de la señorita Havisham y allá fui. ¡Y vean ustedes!, nada oí acerca de la pasada lucha. Ninguna alusión se hizo a ella, ni ningún pálido señorito se dejó ver en toda la casa. Encontré la misma puerta abierta, y exploré el jardín y hasta miré a las ventanas del edificio aislado, pero nada pude ver, porque los postigos estaban cerrados y todo se hallaba en silencio. Sólo en el rincón donde había tenido lugar el combate, se podía descubrir algún testimonio de la existencia del señorito. Había rastros de su sangre en aquel lugar y yo los oculté a la vista de los hombres con tierra del jardín.

En el ancho descansillo que separaba la habitación de la señorita Havisham de aquella donde estaba puesta la larga mesa, vi una silla de jardín: una silla ligera provista de ruedas, de las que se empujan por detrás. La habían puesto allí después de mi última visita, y aquel mismo día empecé la regular tarea de pasear en ella a la señorita Havisham (cuando se cansaba de andar con la mano en mi hombro) alrededor de su habitación y a través del descansillo y alrededor de la otra sala. Una y otra vez hacíamos estas excursiones, y a veces duraban hasta tres horas seguidas. Menciono el gran número de estos paseos, porque se decidió que volviera a la casa cada dos días a la hora del mediodía para este objeto, y porque ahora voy a resumir un período de ocho o diez meses por lo menos.

A medida que nos fuimos acostumbrando más el uno al otro, la señorita Havisham habló más conmigo y me hizo preguntas como qué era lo que había aprendido y qué oficio iba a seguir. Yo le dije que, según creía, me iban a poner de aprendiz con Joe; y me extendí sobre mi ignorancia y mi deseo de saberlo todo, con la esperanza de que ella me ofreciese su ayuda para alcanzar un fin tan deseable. Pero no lo hizo; al contrario, pareció preferir que fuese ignorante. Tampoco me dio nunca dinero —ni nada más que la comida diaria—, ni se estipuló que mis servicios fueran pagados.

Estella estaba siempre por allí, y me abría al entrar y al salir, pero nunca volvió a decirme que podía besarla. A veces, me toleraba fríamente; a veces, se dignaba tratar conmigo, a veces se mostraba completamente familiar; a veces, me decía enérgicamente que me odiaba. A menudo, la señorita Havisham me preguntaba en un susurro, o cuando estábamos solos: «¿No es cierto, que cada vez está más bonita, Pip?». Y cuando yo decía que sí (porque en realidad así era), parecía gozarse ávidamente de ello, en secreto. También, cuando

jugábamos a los naipes, la señorita Havisham nos contemplaba, con una especie de avara complacencia en el humor de Estella, cualquiera que fuese. Y a veces, cuando su humor era tan vario y contradictorio que yo no sabía qué hacer, la señorita Havisham la abrazaba con pródigos transportes, murmurando a su oído algo parecido a: «¡Destrózales el corazón, esperanza y orgullo mío, destrózales el corazón y no tengas piedad!».

Había una canción de la cual Joe acostumbraba tararear algunos fragmentos cuando trabajaba en la fragua, cuyo estribillo era *Old Clem*. No era ésta una manera muy ceremoniosa de rendir homenaje a un santo patrón[6], pero me figuro que *Old Clem* tenía esta clase de trato con los herreros. Era una canción que imitaba el compás del martilleo sobre el hierro, y era una mera excusa lírica para la introducción del respetado nombre de *Old Clem*.

Muchachos, dadle al martillo.
¡Old Clem!
A una, golpe y ruido.
¡Old Clem!
Dadle, dadle al martillo.
¡Old Clem!
Que resuene para el fuerte.
¡Old Clem!
Dadle al fuelle, dadle al fuelle.
¡Old Clem!
Que ruja, y salte el fuego.
¡Old Clem!

Un día, poco después de la aparición de la silla de ruedas, la señorita Havisham me dijo de pronto, con un movimiento impaciente de los dedos: «¡Venga, venga, venga! ¡Canta, muchacho!». Y sin saber por qué, me puse a entonar esta canción, mientras empujaba la silla por la estancia. Tan de su gusto resultó que se puso a seguirla en voz baja como si la entonase en sueños. Después de esto adoptamos la costumbre de cantarla mientras íbamos de un lado para otro, y Estella, a menudo, nos acompañaba; pero nuestras voces eran tan bajas, hasta cuando cantábamos los tres, que hacían menos ruido en la tétrica casa que el más ligero soplo de viento.

¿Qué había de ser de mí en este ambiente? ¿Cómo podía dejar mi carácter de ser influido por él? ¿Es de extrañar que mi pensamiento se hallase deslumbrado

como lo estaban mis ojos, cuando salían de la niebla amarillenta de aquellas estancias a la luz del día?

Tal vez habría hablado a Joe del pálido señorito si no hubiera caído antes en la tentación de contar aquellas enormes mentiras que el lector ya conoce. En las actuales circunstancias, comprendía que Joe difícilmente dejaría de ver en el pálido señorito un adecuado pasajero para el coche de terciopelo negro; por consiguiente, nada dije de él. Por otra parte, aquella repugnancia que me había asaltado al principio a permitir que se discutiera de la señorita Havisham y de Estella fue haciéndose más fuerte a medida que pasaba el tiempo. No tenía confianza completa en nadie más que en Biddy; pero es porque a Biddy se lo contaba todo. Por qué llegó a ser natural en mí hacerlo, y por qué Biddy se interesaba profundamente por todo lo que yo le decía, es cosa que no sabía entonces, aunque creo saberlo ahora.

Entretanto, en la cocina de mi casa, se celebraban consejos que llenaban de insoportable irritación mi ya exasperado ánimo. Aquel burro de Pumblechook acostumbraba venir a menudo por las noches para discutir con mi hermana acerca de mis perspectivas, y creo en verdad (y hasta el presente con menos contrición de la que debiera sentir) que si mis manos hubieran podido quitar la estornija a una rueda de su carruaje lo habrían hecho. El miserable era un hombre de tan cerrada estolidez que no podía discutir mis perspectivas sin tenerme delante —como si dijéramos, para operar conmigo— y solía sacarme del taburete donde yo me estaba quieto en un rincón, agarrándome por el cuello; y poniéndome ante el fuego, como si quisiera asarme, empezaba diciendo:

—¡Bueno, sobrina, aquí tenemos al muchacho! Aquí tenemos al muchacho que tú criaste a fuerza de mano. Levanta la cabeza, muchacho, y sé agradecido a los que hicieron esto por ti. Ahora, sobrina, tocante a este muchacho… —Y entonces me alborotaba el cabello a contrapelo (una cosa que, como ya he dicho, nunca he reconocido que nadie tuviese el derecho de hacer) y me sostenía ante sí agarrándome por la manga, convertido en un espectáculo de imbecilidad que sólo él mismo podía igualar.

Entonces, él y mi hermana se entregaban a tan locas especulaciones sobre la señorita Havisham, y sobre lo que ella haría conmigo y por mí, que me daban ganas —ganas dolorosas— de echarme a llorar de despecho, arrojarme sobre Pumblechook y aporrearle. En estos diálogos, mi hermana hablaba de mí como si a cada alusión me arrancase moralmente un diente; mientras el propio Pumblechook, convertido por su propia iniciativa en mi patrón, me contemplaba

con mirada despreciativa, como un arquitecto de mi fortuna que se considerase ocupado en un trabajo nada remunerador.

En estas discusiones, Joe no tomaba parte, pero, en el curso de ellas, a menudo se le dirigía la palabra a causa del convencimiento que tenía la señora Joe de que él no era partidario de que se me alejase de la herrería. Yo tenía ahora edad suficiente para que se me inscribiese como aprendiz. Y cuando Joe permanecía sentado con el hurgón entre las piernas, removiendo pensativo las cenizas, mi hermana interpretaba tan claramente esta inocente acción como una oposición de su parte, que se arrojaba sobre él, le sacudía, le arrancaba el hurgón de las manos y lo guardaba. Había un final exasperante para cada uno de estos debates. De pronto, sin que nada pudiese anunciarlo, mi hermana se detenía con un bostezo, y mirándome cual si me viese por azar, se precipitaba sobre mí, exclamando:

—¡Bueno! ¡Ya estamos hartos de ti! A la cama en seguida; ¡ya has dado bastante molestia por una noche!

Como si yo les hubiese pedido por favor que me amargasen la existencia.

Seguimos de este modo durante mucho tiempo, y parecía probable que habríamos de seguir del mismo modo mucho más tiempo todavía, cuando, un día, la señorita Havisham se detuvo en seco mientras paseábamos, ella apoyada en mi hombro, y dijo con desagrado:

—¡Has crecido mucho, Pip!

Yo creí conveniente indicar, por medio de una mirada meditativa, que esto podía deberse a circunstancias sobre las cuales yo no tenía ningún poder.

No dijo más entonces; pero al poco rato, volvió a detenerse y a mirarme; y al poco rato, lo repitió; y después de esto, pareció enfurruñada y cavilosa. El próximo día, cuando hubimos terminado nuestro ejercicio habitual y yo la había dejado junto a su tocador, me detuvo con un movimiento de sus dedos impacientes:

—Dime otra vez el nombre de tu herrero.

—Joe Gargery, señora.

—¿Es el maestro con quien van a ponerte de aprendiz?

—Sí, señorita Havisham.

—Será mejor que te pongan en seguida. ¿Crees que Gargery querría venir aquí y traer tus papeles?

Respondí que sin duda lo consideraría un honor.

—Entonces, que venga.

—¿Qué día, señorita?

—¡Deja, deja! No quiero saber nada de días. Que venga pronto y que venga sólo contigo.

Cuando llegué a casa por la noche, con este recado para Joe, mi hermana se alborotó en un grado más alarmante que en ninguna otra ocasión. Preguntó a Joe y a mí si nos creíamos que ella era una esterilla para limpiarnos los pies, y cómo nos atrevíamos a tratarla de aquel modo, y con quién la considerábamos digna de alternar. Cuando hubo agotado un torrente de preguntas por este estilo, arrojó un candelero a la cabeza de Joe, prorrumpió en ruidosos sollozos, sacó el recogedor —lo cual era siempre muy mal signo—, se puso su delantal de faena y emprendió una limpieza por todo lo alto. No satisfecha con barrer y quitar el polvo, sacó un cubo de agua y un estropajo y se puso a fregar los suelos, echándonos con ello de la casa, de manera que nos tuvimos que quedar en el patio temblando de frío. Eran las diez de la noche cuando nos arriesgamos a deslizarnos dentro, y entonces mi hermana preguntó a Joe por qué no se había casado con una esclava negra. Joe no ofreció respuesta alguna, pobre muchacho, pero se quedó acariciándose las patillas y mirándome con aire abatido, como si pensara que aquello realmente podía haber sido un mejor negocio.

CAPÍTULO XIII

Fue una dura prueba para mis sentimientos ver a Joe endomingarse, dos días después, para acompañarme a casa de la señorita Havisham. Sin embargo, como él consideraba necesario su traje de corte para esta ocasión, no era yo quien podía decirle que estaba mucho mejor con sus ropas de trabajo; con mayor motivo, cuando me constaba que se avenía a esta terrible incomodidad exclusivamente en mi beneficio, y que era por mí por quien se ponía aquel cuello, tan alto por detrás, que le erizaba como un penacho el pelo de la coronilla.

A la hora del desayuno, mi hermana manifestó su intención de ir a la ciudad con nosotros, y de quedarse en casa del tío Pumblechook para que la recogiéramos cuando hubiéramos terminado con nuestras elegantes damas: una manera de enunciar la cosa de la que Joe pareció inclinado a augurar lo peor. La herrería quedó cerrada durante todo el día, y Joe inscribió con tiza en la puerta (como tenía por costumbre cuando no trabajaba) la palabra FUERA, acompañada por el esbozo de una flecha que supuestamente volaba en la dirección que él había tomado.

Fuimos a pie a la ciudad y mi hermana abría la marcha con un gran gorro de castor en la cabeza, y una cesta semejante al gran sello de Inglaterra hecho con paja trenzada, un par de zuecos, un chal de repuesto y un paraguas, a pesar de que hacía un espléndido día. No he podido dilucidar si estos artículos los llevaba por penitencia u ostentación; pero más bien me imagino que eran exhibidos como artículos de propiedad, del mismo modo que Cleopatra o cualquier otra indignada soberana podía exhibir sus tesoros en un cortejo o procesión.

Cuando llegamos a la tienda del señor Pumblechook, mi hermana entró en ella sin aguardarnos. Como ya era casi mediodía, Joe y yo seguimos hasta la casa de la señorita Havisham. Estella abrió la puerta como de costumbre, y Joe, en cuanto la vio, se quitó el sombrero y se quedó sopesándolo por las alas con ambas manos, como si tuviera algún motivo importante para hacer reparo a una diferencia de medio cuarto de onza.

Estella, sin prestarnos ninguna atención, nos guió por el camino que yo conocía tan bien. Yo la seguía y Joe iba el último. Cuando en el largo corredor me volví para mirar a Joe, éste aún estaba sopesando su sombrero con el mayor cuidado, y nos seguía a grandes pasos, pero andando de puntillas.

Estella nos dijo que entráramos los dos; así, yo tomé a Joe por la bocamanga y le conduje a presencia de la señorita Havisham. Ésta estaba sentada en su tocador y se volvió inmediatamente a mirarnos.

—¡Oh! —dijo dirigiéndose a Joe—. ¿Es usted el marido de la hermana de este muchacho?

Difícilmente hubiera podido imaginar al buen Joe más distinto de sí mismo ni más parecido a un pájaro extraordinario que como estaba ahora, sin pronunciar palabra, con el penacho revuelto y la boca abierta, cual si pidiera un gusano.

Fue algo exasperante; pero, durante toda la entrevista, Joe insistió en dirigirse a mí en vez de a la señorita Havisham.

—Lo que quiero decir, Pip —observó Joe ahora de una manera que expresaba al mismo tiempo raciocinio concluyente, estricta confidencia y gran cortesía—, es que cuando me casé con tu hermana entonces era yo lo que tú podrías llamar, si te place, un mozo soltero.

—¡Bien! —dijo la señorita Havisham—. Y usted ha criado al muchacho con la intención de hacerle su aprendiz, ¿es así, señor Gargery?

—Tú sabes, Pip —respondió Joe—, que siempre hemos sido muy amigos, y que siempre hemos deseado esto tú y yo, porque contábamos con que nos divertiríamos mucho. Claro, Pip, que si tú hubieras hallado objeciones al oficio, como que es demasiado sucio o cosa por el estilo, yo no te habría obligado, ¿comprendes?

—¿Ha puesto nunca el muchacho algún obstáculo? —dijo la señorita Havisham—. ¿Le gusta el oficio?

—Tú sabes muy bien, Pip —repuso Joe, reforzando su anterior mezcla de razonamiento, confidencia y cortesía—, que éste era el deseo de tu corazón. —Vi

que se le ocurría de pronto la idea de adaptar su epitafio a la ocasión, antes de continuar—: ¡Y no había obstáculo de tu parte, Pip, esto era el gran deseo de tu corazón!

En vano intenté hacerle comprender que debía hablar a la señorita Havisham. Cuantos más signos y muecas le hacía, más confidencial, argumentativo y cortés persistía en ser conmigo.

—¿Ha traído usted los documentos? —preguntó la señorita Havisham.

—Bien, Pip, ¿sabes? —respondió Joe, como si esto fuese un poco irrazonable—, tú mismo me has visto ponerlos en mi sombrero, y así pues, ya sabes que están aquí. —Con lo cual los sacó y los entregó, no a la señorita Havisham, sino a mí. Temo haberme sentido avergonzado del querido muchacho (sé que positivamente me avergoncé de él), sobre todo porque Estella estaba presente, de pie, detrás de la silla de la señorita Havisham, y sus ojos se reían con malicia. Tomé los documentos de manos de Joe y los entregué a la señorita Havisham.

—¿Usted no esperaba —dijo la señorita Havisham hojeando algunos de los papeles— cobrar ninguna prima por el aprendizaje del muchacho?

—¡Joe! —protesté yo viendo que no respondía—. ¿Por qué no respondes?

—Pip —respondió Joe, interrumpiéndome en tono dolorido—, quiero decir que entre tú y yo ésta es una pregunta que no pide respuesta, y tú sabes bien que la respuesta es no. Tú sabes que es no, Pip; y entonces, ¿por qué tengo que decirlo?

La señorita Havisham le miró como si comprendiera su verdadero carácter mejor de lo que yo habría creído posible, visto el modo en que él se estaba conduciendo, y tomó una bolsa de la mesa que tenía al lado.

—Pip ha ganado una recompensa aquí… y ahí la tiene usted. Hay veinticinco guineas en esta bolsa. Dásela a tu patrón, Pip.

Como si la maravilla que le causaba la extraña figura y la extraña habitación le hubieran trastornado por completo, Joe, ni aun en este momento, dejó de dirigirse a mí.

—Esto es muy generoso de tu parte, Pip —dijo—, y como tal se recibe y se agradece, aunque no se esperaba ni se ha esperado nunca, ni cerca ni lejos de aquí ni en parte alguna. Y ahora, muchacho —prosiguió, produciéndome una sensación primero de calor y luego de frío, porque sentí como si esta expresión familiar se aplicase a la señorita Havisham—; y ahora, muchacho, ¡a cumplir nuestro deber! A cumplir nuestro deber, el uno con el otro, y ambos para con

quien… tu generoso regalo ha ofrecido para satisfacción de los que nunca… —aquí Joe dio muestras de percibir que había caído en terribles dificultades, hasta que se desembarazó triunfalmente de ellas con las palabras—: ¡y Dios me libre de ello! —Estas palabras sonaban para él de un modo tan rotundo y convincente que las pronunció dos veces.

—¡Adiós, Pip! —dijo la señorita Havisham—. Acompáñalos, Estella.

—¿He de volver, señorita Havisham? —pregunté.

—No. Gargery es tu patrón ahora. ¡Una palabra, Gargery!

Después de llamarle así, mientras yo pasaba la puerta, oí que decía a Joe, con voz clara y fuerte:

—El muchacho se ha portado bien aquí, y éste es su premio. Por supuesto, usted, como hombre honrado, no esperará otro ni nada más.

Nunca he podido determinar cómo salió Joe de la habitación; sólo sé que al salir se puso resueltamente a subir la escalera en vez de bajarla, sordo a todas las llamadas, hasta que fui tras él y le agarré. En otro minuto estábamos fuera de la verja. Ésta estaba cerrada. Y Estella se había ido.

Al hallarnos de nuevo solos a la luz del día, Joe se apoyó de espaldas a una pared y me dijo:

—¡Asombroso!

Y allí se quedó tanto tiempo, diciendo: «¡Asombroso!», a intervalos y tan a menudo que empecé a pensar que nunca recobraría la lucidez. Al cabo prolongó su observación convirtiéndola en un: «Te aseguro, Pip, que es ¡a-som-bro-so!». Y así, poco a poco, volvió a estar en condiciones de poder hablar y emprender el regreso.

Tengo motivos para creer que a Joe se le aguzó el ingenio con la conmoción experimentada y que en nuestro camino de vuelta a casa del señor Pumblechook inventó un plan sutil y astuto. Mis razones han de hallarse en lo que sucedió en la trastienda del señor Pumblechook, donde, al presentarnos nosotros, mi hermana estaba en conferencia con aquel detestado comerciante.

—¡Bien! —exclamó, dirigiéndose a los dos a la vez—. ¿Qué os ha ocurrido? Me extraña que os hayáis dignado volver a nuestra pobre compañía. Me extraña de veras.

—La señorita Havisham —dijo Joe mirándome fijamente, como esforzándose por recordar— me ha encargado con mucha insistencia que presentara sus… ¿eran saludos o respetos, Pip?

—Saludos —dije.

—Esto es lo que me parecía —respondió Joe—; sus saludos a la señora Gargery.

—¡No me voy a hartar con ellos! —observó mi hermana, aunque de hecho bastante complacida.

—Lamentando —prosiguió Joe, mirándome fijamente de nuevo, como en otro esfuerzo para recordar— que el estado de salud de la señorita Havisham sea tal que no le haya… ¿era «permitido», Pip?

—Tener el placer —añadí yo.

—De recibir señoras —dijo Joe, con un largo suspiro de desahogo.

—¡Bien! —dijo mi hermana, dirigiendo una mirada ablandada al señor Pumblechook—. Podía haber tenido la cortesía de mandar este recado antes, pero más vale tarde que nunca. ¿Y qué le ha dado al muñeco éste?

—No le ha dado nada —dijo Joe—, nada.

La señora Joe iba a estallar, pero Joe prosiguió:

—Lo que ella da —dijo Joe—, lo da a los amigos del chico. Y cuando digo sus amigos (así se ha explicado ella) quiero decir en manos de su hermana la señora J. Gargery. Éstas han sido sus palabras: la señora J. Gargery. Tal vez no sabía —añadió Joe, con aire de reflexionar— si era Joe o Jorge.

Mi hermana miró a Pumblechook, quien acarició los brazos de su sillón, y movió la cabeza mirándola primero a ella y después al fuego, como si lo supiera ya todo de antemano.

—¿Y cuánto te ha dado? —preguntó mi hermana riendo. Positivamente, riendo.

—¿Qué dirían los presentes si fuesen diez libras? —preguntó Joe.

—Dirían —respondió secamente mi hermana— que no está mal. No es mucho, pero no está mal.

—Pues es más de diez —dijo Joe.

Aquel terrible impostor de Pumblechook inmediatamente hizo un signo afirmativo con la cabeza y dijo, pasando las manos por los brazos del sillón:

—Es más de diez, sobrina.

—No va usted a decirme… —comenzó mi hermana.

—Sí digo, sobrina —dijo Pumblechook—, pero aguarda un momento. Continúa, Joe. Lo haces muy bien. Continúa.

—¿Qué dirían los presentes —prosiguió Joe— si fuesen veinte libras?

—Espléndido, sería la palabra —respondió mi hermana.

—Bueno, pues —dijo Joe— es más de veinte libras.

Aquel abyecto hipócrita de Pumblechook volvió a inclinar la cabeza y dijo con una mirada protectora:

—Es más de veinte libras, sobrina. ¡Muy bien, Joe, muy bien! ¡Prosigue!

—Entonces, para terminar —dijo Joe encantado y entregando la bolsa a mi hermana—, son veinticinco libras.

—Son veinticinco libras, sobrina —repitió aquel vil estafador de Pumblechook, levantándose para estrecharle la mano—; y no es más de lo que te mereces (como dije cuando se pidió mi opinión) y deseo que te aprovechen.

Aunque aquel bellaco no hubiera pasado de aquí, su conducta ya habría sido suficientemente odiosa; pero aún ennegreció su culpa pasando a tomarme bajo su custodia con un aire de autoridad y protección que superaba con creces toda su maldad anterior.

—Ahora, Joe y señora —dijo el señor Pumblechook tomándome el brazo por encima del codo—, yo soy de los que, una vez que han empezado, nunca dejan una cosa por terminar. Hay que inscribir inmediatamente el aprendizaje de este muchacho. Éste es mi estilo. Inmediatamente.

—Dios sabe, tío Pumblechook —dijo mi hermana (teniendo bien agarrado el dinero)—, cuán profundamente le estamos agradecidos.

—No vale la pena, sobrina —repuso el diabólico tendero.

—Un placer es un placer, aquí y en todas partes. Pero este muchacho, ¿sabéis?, hay que formalizar su contrato. Prometí encargarme. Ésta es la verdad.

Los jueces estaban en el ayuntamiento, muy cerca de allí, y en el acto fuimos a formalizar mi contrato con Joe, en presencia de los magistrados. Dije que fuimos allí, pero lo cierto que es que yo fui empujado por Pumblechook, exactamente como si acabara de robar un pañuelo o de pegar fuego a un pajar; y, en efecto, la impresión de todos en la sala del tribunal fue la de que me habían cogido «in fraganti», porque mientras Pumblechook me empujaba ante sí por entre la multitud, oí que alguien decía: «¿Qué ha hecho?». Y otros: «Es joven, pero ya se ve que tiene mala facha, ¿no es cierto?». Una persona de aspecto suave y benévolo hasta me dio un folleto ornamentado con un grabado de un joven delincuente equipado con toda una salchichería de grilletes, y titulado: PARA LEER EN MI CELDA.

El salón me pareció un lugar muy raro, donde había unos bancos más altos que los de la iglesia, llenos de curiosos, y donde estaban los poderosos jueces (uno con la peluca empolvada) repantigados en sus sillas, con los brazos

cruzados, o tomando rapé, o dormitando, o escribiendo o leyendo los periódicos, y donde colgaban de las paredes unos retratos negros y lustrosos que mi gusto nada artístico comparó a una mezcla de tostada y esparadrapo. Aquí, en un rincón, mi contrato fue debidamente firmado y certificado, y yo quedé convertido en un aprendiz, y todo el rato el señor Pumblechook me tuvo cogido como si, yendo camino del cadalso, hubiéramos entrado a despachar estos pequeños preliminares.

Cuando volvimos a salir y nos hubimos desembarazado de los muchachos que estaban muy alborozados con la esperanza de verme torturado en público, y que se sintieron muy desilusionados al ver que mis amigos se limitaban a agruparse a mi alrededor, volvimos a casa del señor Pumblechook. Y allí mi hermana se excitó tanto con lo de las veinticinco guineas que a toda costa quiso celebrar una comida en El Oso Azul con aquella ganga y se empeñó en que el señor Pumblechook fuese con su carruaje a buscar a los Hubble y al señor Wopsle.

Así se acordó; y yo pasé un día de lo más melancólico. Porque, inescrutablemente, pareció lógico a todos los reunidos considerarme como una excrecencia de la fiesta. Y para acabar de empeorarlo, todos me preguntaban, de vez en cuando —en realidad cuando no tenían otra cosa que hacer—, por qué no me divertía. ¿Y qué otra cosa podía hacer entonces sino decir que me divertía… cuando no era verdad?

Sin embargo, ellos eran personas mayores, hacían lo que les daba la gana, y así se divertían. Aquel farsante de Pumblechook, exaltado a la condición de benéfico artífice de toda la casa, ocupó la cabecera de la mesa; y mientras largaba a los demás un discurso sobre el tema de mi aprendizaje y los felicitaba diabólicamente por el hecho de que ahora yo podía ser encarcelado si jugaba a los naipes, bebía licores fuertes, me acostaba tarde, andaba en malas compañías o me entregaba a otros excesos que las fórmulas del contrato parecían dar como poco menos que inevitables, me colocó a su lado para ilustrar sus observaciones.

No recuerdo más de aquella gran fiesta, sino que no querían dejarme dormir, y que cada vez que se me cerraban los párpados, me sacudían y me mandaban que me divirtiera. Que, muy tarde ya, el señor Wopsle nos recitó la oda de Collins, y arrojó su espada ensangrentada con tal efecto que entró un camarero para decirnos que los viajantes del piso bajo nos mandaban sus saludos y nos recordaban que aquello no era una posada de titiriteros. Que todos estaban de muy buen humor en el camino de regreso, y cantaron *La dama rubia*, haciendo

el señor Wopsle la parte del bajo, y afirmando con un vozarrón tremendo (en respuesta al cargante preguntón que encabeza la canción de una manera tan impertinente, metiéndose en los asuntos particulares de todo el mundo), que él era el hombre de los mechones blancos al viento y, en definitiva, el peregrino más fatigado que haber pudiese[7].

Recuerdo, finalmente, que, cuando llegué a mi cuartito, me sentía verdaderamente desgraciado, y me agobiaba el firme convencimiento de que nunca me gustaría el oficio de Joe. Me había gustado en otro tiempo, pero otro tiempo no era entonces.

CAPÍTULO XIV

Es una cosa muy triste avergonzarse del propio hogar. Puede haber en ello una negra ingratitud, y el castigo puede ser justo y bien merecido, pero que es una cosa muy triste, esto lo puedo atestiguar.

Nuestra casa nunca había sido un lugar muy agradable para mí, a causa del genio de mi hermana. Pero Joe la había santificado y yo había creído en la salita como en un elegantísimo salón; había creído en la puerta de la calle como en un misterioso portal del Templo del Estado cuya solemne apertura se acompañaba con un sacrificio de aves asadas; había creído en la cocina como en un aposento limpio, aunque no magnífico; había creído en la herrería como en el camino luminoso que conducía a la virilidad y a la independencia. En un año, todo esto había cambiado. Ahora todo era tosco y ordinario, y por nada del mundo habría querido que lo viesen la señorita Havisham y Estella.

Qué parte de este mezquino estado de ánimo podía haber sido culpa mía, o de la señorita Havisham o de mi hermana, no es cosa que me importe a mí o a nadie. El cambio había ocurrido en mí, la cosa estaba hecha. Bien o mal, excusable o inexcusablemente, estaba hecha.

En un tiempo, me había parecido que cuando por fin pudiese subirme las mangas y entrar en la herrería como aprendiz de Joe, me sentiría dignificado y sería feliz. Ahora que la realidad estaba en mi mano, lo único que sentía era que iba sucio de polvo y carbonilla, y que llevaba en mi recuerdo diario un peso a cuyo lado el yunque era una pluma. Ha habido ocasiones en mi vida posterior (como en la mayoría de las vidas, supongo) en que he sentido por algún tiempo como si una espesa cortina hubiera caído sobre todo lo que aquélla pudiera ofrecer de interés y de aventura para separarme para siempre de todo lo que no

fuera monótono sufrimiento. Nunca esta cortina me ha parecido tan tupida y densa como cuando el camino de mi vida se desplegó largo y recto ante mí por la nueva vía de mi aprendizaje al lado de Joe.

Recuerdo que en un posterior período de mi aprendizaje solía quedarme junto al cementerio los domingos al atardecer, comparando mi porvenir con el paisaje de ventosos marjales, y hallando entre uno y otro cierta semejanza cuando pensaba en cuán bajos y desprovistos de accidentes eran ambos, y en cómo se extendían los dos por espacios desconocidos y cubiertos de niebla, para acabar en el mar. Tan oprimido me sentía entonces como el primer día de mi aprendizaje; pero me consuela recordar que nunca murmuré una palabra de ello a Joe mientras duró mi compromiso. Es casi lo único de lo que estoy satisfecho de mí mismo, en lo que se refiere a él.

Porque, aunque mi conducta incluye lo que voy a añadir, todo su mérito corresponde a Joe. No fue porque yo fuera fiel, sino porque Joe era fiel, por lo que no me escapé nunca para sentar plaza de soldado o marinero. No fue porque yo apreciara la virtud de la laboriosidad por lo que trabajé con pasadero celo, venciendo mi repugnancia. No es posible saber hasta dónde llega en el mundo la influencia de un hombre afectuoso, honrado y cumplidor de su deber; pero es muy posible saber cómo le ha afectado a uno estar a su lado, y sé perfectamente que todo lo bueno que haya podido hacer durante mi aprendizaje venía del conformado y sencillo Joe y no de mi yo inquieto, ambicioso y descontento.

¿Quién puede decir lo que yo deseaba? ¿Cómo puedo decir lo que nunca supe? Lo que temía era que en un momento desgraciado, cuando mi aspecto fuese más sucio y vulgar, al levantar los ojos, encontrara a Estella mirando por una de las ventanas de la herrería. Me obsesionaba el temor de que ella, tarde o temprano, me descubriera, con la cara y las manos ennegrecidas, haciendo la parte más grosera de mi trabajo, y gozara en mi humillación y me despreciara. A menudo, en la oscuridad, mientras estaba dándole al fuelle y yo y Joe cantábamos el *Old Clem*, y cuando el recuerdo de cómo acostumbrábamos a cantarlo en casa de la señorita Havisham parecía hacer surgir del fuego el rostro de Estella con su hermoso cabello agitado por el viento y sus ojos desdeñosos, a menudo, en ocasiones así, levantaba la vista a los retazos de negra noche, que es lo que parecían entonces las ventanas, y me imaginaba ver su rostro en el acto de retirarse, y creía que ella había venido por fin.

Después de esto, cuando entrábamos para la cena, el sitio y la comida me parecían de un aire más rústico que nunca, y más que nunca en mi mezquino

corazón me avergonzaba de mi casa.

CAPÍTULO XV

Como ya iba siendo demasiado crecido para concurrir a la sala de la tía abuela del señor Wopsle, se dio por terminada mi instrucción a las órdenes de aquella estrambótica mujer. Esto no fue, sin embargo, hasta que Biddy me hubo hecho partícipe de todo lo que sabía, desde el pequeño catálogo de precios hasta una canción humorística que una vez había comprado por medio penique. Aunque lo único coherente de esta pieza literaria eran los primeros versos:

Cuando fui a Londres, señores,
tra-ra-la-la
tra-ra-la-la

¿No estaba yo muy moreno, señores?
tra-ra-la-la
tra-ra-la-la

No obstante, en mi deseo de instruirme, me aprendí de memoria esta composición con la mayor seriedad; ni siquiera recuerdo que discutiera su mérito, excepto al pensar (como pensé) que la cantidad de tra-ra-la-la era algo desproporcionada respecto a la poesía. En mi deseo de aprender, hice proposiciones al señor Wopsle para que me concediera algunas migajas intelectuales, a lo cual accedió bondadosamente. Como resultara, sin embargo, que él sólo me quería como una especie de figurón dramático, a quien contradecir y abrazar o hacer llorar y apabullar y agarrar y apuñalar y llevar y traer en una gran variedad de maneras, pronto abandoné aquel método de

instrucción, aunque no fue antes de que el señor Wopsle en su poético furor me hubiera maltratado seriamente.

Todo lo que aprendía trataba de enseñárselo a Joe. Esto parece decir tanto en mi favor que en conciencia no puedo dejarlo sin una explicación. Deseaba hacer a Joe menos ignorante y tosco para que fuera más digno de mi compañía y menos merecedor de las críticas de Estella.

La vieja batería de los marjales era nuestra aula, y una pizarra rota y un trozo de pizarrín, nuestros trebejos instructivos, a los cuales Joe añadía siempre una pipa de tabaco. Nunca vi a Joe recordar algo de un domingo a otro ni adquirir, bajo mi enseñanza, conocimiento alguno. No obstante, él fumaba su pipa en la batería con aire más perspicaz que en ningún otro sitio —incluso con aire de doctor— como si se figurara que hacía enormes progresos. ¡Amigo querido, qué más habría yo deseado!

Era agradable y tranquilo estar allí viendo pasar por el río, detrás del terraplén, las velas que, a veces, durante la marea baja, parecían pertenecer a barcos hundidos que aún continuaran navegando en el fondo del agua. Cada vez que contemplaba las embarcaciones saliendo al mar con sus blancas velas desplegadas, acababa pensando en la señorita Havisham y en Estella; y cada vez que la luz daba de soslayo a lo lejos en una nube o en una vela o en una verde colina o en el confín del agua, ocurría lo mismo. La señorita Havisham y Estella y la extraña casa y la extraña vida parecían tener algo que ver con todo lo pintoresco.

Un domingo en que Joe, disfrutando grandemente de su pipa, se había preciado tanto de ser «tan duro de mollera» que tuve que olvidarme de él por aquel día, me tendí un rato sobre el terraplén con la mano apoyada en la barbilla, descubriendo rasgos de la señorita Havisham y de Estella por todo el paisaje, en el cielo y en el agua, hasta que al cabo resolví mencionar un pensamiento referente a ellas que me asediaba hacía algún tiempo.

—Joe —dije—, ¿no crees que debería hacer una visita a la señorita Havisham?

—Verás, Pip —respondió Joe, considerándolo despacio—. ¿Para qué?

—¿Para qué, Joe? ¿Para qué se hacen visitas?

—Tal vez haya visitas, Pip —dijo Joe—, que siempre se prestan a esta pregunta. Pero, en cuanto a visitar a la señorita Havisham, ésta podría figurarse que deseas algo, que esperas algo de ella.

—Y ¿no podría decirle que no espero nada, Joe?

—Claro que podrías decírselo, muchacho —dijo Joe—. Y ella podría creerlo. Pero también podría no creerlo.

Joe sintió como yo que esto era concluyente, y para no quitarle la fuerza con una repetición, se puso a dar enérgicas chupadas a su pipa.

—Ya ves —prosiguió Joe, tan pronto hubo pasado aquel peligro—. La señorita Havisham se portó muy bien contigo cuando me llamó para decirme que no esperase nada más.

—Sí, Joe. Ya lo oí.

—Lo cual, quiero decir, Pip, que podía muy bien significar: ¡Se acabó! ¡Yo al norte y vosotros al sur! ¡Cada uno por su lado!

Ya había pensado yo esto, y estaba muy lejos de consolarme descubrir que él lo había pensado también; porque parecía hacerlo más probable.

—Pero Joe…

—¿Qué, muchacho?

—Estoy acabando el primer año de mi aprendizaje desde el día en que se formalizó el contrato, y ni he dado las gracias a la señorita Havisham, ni he preguntado por ella, ni le he demostrado de ningún modo que la recuerdo.

—Es verdad, Pip, y a menos que le hagas un juego completo de herraduras; y se me figura que ni siquiera un juego completo de herraduras sería aceptable como obsequio, visto que no hay caballos a los que ponerlas…

—No me refiero a esta clase de recuerdos, Joe, no quiero decir un regalo.

Pero a Joe se le había metido en la cabeza la idea del regalo y tenía que insistir en ello.

—O hasta —dijo— si te ayudáramos a hacerle una cadena nueva para la puerta principal, o pongamos una gruesa de tornillos o alguna pieza ligera de fantasía, como un tenedor para tostar sus panecillos, o unas parrillas para cuando cogiera una sardina o cosa así.

—Yo no pensaba en ningún regalo, Joe —interrumpí.

—Bien —dijo Joe, volviendo otra vez al tema, como si yo hubiera insistido especialmente en él—. En tu caso, Pip, yo no lo haría. No, no lo haría. Porque ¿a qué viene una cadena para la puerta cuando ella tiene siempre una puesta en la suya? Y los tornillos se prestan a malas interpretaciones. Y si fuera un tenedor para las tostadas, tendría que ser de cobre y no te saldría bien. Y el mejor artífice no siempre puede lucirse en unas parrillas, porque una parrilla es una parrilla —dijo Joe recalcándolo mucho como si quisiera sustraerme a una idea fija—, y tú

puedes proponerte lo que quieras, pero al final, quieras que no, será una parrilla y nada más.

—Querido Joe —exclamé desesperado, agarrándole por la chaqueta—, no sigas por ese camino. Nunca se me ha ocurrido hacer ningún regalo a la señorita Havisham.

—No, Pip —asintió Joe, como si hubiera estado luchando todo el rato para convencerme—; y lo que te digo es que tienes razón, Pip.

—Sí, Joe; pero lo que yo deseaba decirte era que, como ahora el trabajo no aprieta, si me dabas una media fiesta mañana, yo iría a la villa y haría una visita a la señorita Est… Havisham.

—Que no se llama Estavisham, Pip —dijo gravemente Joe—, a no ser que haya cambiado de nombre.

—Lo sé, Joe, lo sé. Ha sido una equivocación mía. ¿Qué piensas de ello?

En resumen, Joe pensó que si a mí me parecía bien, él no tenía inconveniente. Pero insistió en que quedase entendido que, si no me recibía con cordialidad, o no se me animaba a repetir mi visita como algo que no tenía ningún otro objeto, sino que era sencillamente de gratitud por un favor recibido, entonces esta excursión experimental no tendría segunda. Yo prometí atenerme a estas condiciones.

Ahora bien: Joe tenía un jornalero que se llamaba Orlick. Él pretendía haber sido bautizado con el nombre de Dolge —una imposibilidad evidente—, pero era un sujeto de carácter tan obstinado que no creo que en este caso fuera víctima de ninguna ilusión, sino que deliberadamente había impuesto este nombre a todo el pueblo como una afrenta a su inteligencia. Era un individuo forzudo, moreno, de anchos hombros, suelto de miembros, que nunca tenía prisa, y siempre iba con la vista al suelo. Nunca parecía ir al trabajo de propósito, sino que se dejaba caer en él como por pura casualidad; y cuando iba a los Alegres Barqueros para comer, o cuando se marchaba por la noche, se iba con la vista al suelo, sin rumbo fijo, como Caín o el Judío Errante, como si no tuviera idea de adónde se dirigía ni propósito de volver jamás. Se alojaba en la casa del guarda de las compuertas en los marjales, y los días de trabajo venía, con la vista al suelo, de su eremitorio, con las manos en el bolsillo y la comida metida en un pañuelo que llevaba atado al cuello y colgándole por la espalda. Los domingos se pasaba casi todo el día echado junto a una compuerta o apoyado en un pajar o en un granero. Siempre andaba encorvado, con la vista al suelo, y cuando tenía que levantarla porque alguien le interpelaba o por cualquier otro motivo, miraba de una manera medio

resentida y medio desconcertada, como si su único pensamiento fuese que era un hecho raro y dañoso tener que pensar.

Este arisco jornalero no me tenía simpatía alguna. Cuando yo era pequeño y tímido, me hacía creer que el demonio habitaba en un negro rincón de la herrería, y que él era amigo suyo; también me decía que cada siete años era necesario hacer el fuego con un niño vivo, y que yo podía considerarme como futuro combustible. Cuando entré a ser aprendiz de Joe, confirmó, quizás, alguna sospecha suya de que iba a quitarle el puesto; y acabó de aborrecerme. No es que nunca dijera o hiciera nada que implicara abierta hostilidad; yo sólo notaba que siempre dirigía las chispas hacia mí y que cada vez que yo cantaba el *Old Clem*, él entraba a destiempo.

Dolge Orlick estaba presente y trabajando cuando al otro día le recordé a Joe mi media fiesta. No dijo nada de momento, porque él y Joe acababan de poner un trozo de hierro candente entre ellos y yo tiraba del fuelle; pero al cabo de poco, dijo, apoyándose en el martillo:

—¡Bueno, maestro! No creo que vaya usted a favorecer a uno solo de nosotros. Si el pequeño Pip tiene su media fiesta, debe haber otro tanto para el viejo Orlick. —Supongo que tenía unos veinticinco años, pero acostumbraba hablar de sí mismo como de una persona de edad.

—¿Y qué harás tú con una media fiesta, si te la dan? —dijo Joe.

—¡Qué haré con ella! ¿Qué hará él? Lo mismo que haga él puedo hacer yo.

—Pip tiene que ir a la villa —dijo Joe.

—Bueno, pues entonces el viejo Orlick va a ir a la villa —replicó el otro—. Pueden ir dos a la villa. No es sólo uno el que puede ir a la villa.

—No te alborotes —dijo Joe.

—Me alborotaré si quiero —gruñó Orlick—. ¡Vaya hombre, con sus idas a la villa! ¡Vamos, maestro! Nada de favoritismos aquí. ¡Sea usted un hombre!

Como el maestro se negara a seguir tratando el asunto hasta que el jornalero estuviese de mejor humor, Orlick se abalanzó a la fragua, sacó una barra de hierro, me la enseñó como si fuera a atravesarme con ella, la hizo voltear por encima de mi cabeza, la puso sobre el yunque, la martilleó —como si se tratara de mí, pensé, y como si las chispas fuesen salpicaduras de mi sangre— y, finalmente, cuando a fuerza de martillear él se hubo acalorado y el hierro se hubo enfriado, dijo, apoyándose otra vez en el martillo:

—¡Ahora, maestro!

—¿Te has calmado ya? —preguntó Joe.

—Sí, me he calmado —dijo el gruñón de Orlick.

—Bueno, pues, como en general trabajas tan bien como cualquier otro —dijo Joe—, vamos todos a tener una media fiesta.

Mi hermana, que había permanecido callada en el patio, oyéndolo todo —era una curiosa y una espía sin escrúpulos—, en el acto metió la cabeza por una de las ventanas.

—Hay que ser tonto como eres tú —dijo dirigiéndose a Joe— para regalar medias fiestas a gandulazos como éste. ¡Claro! Como somos tan ricos, puedes ir desperdiciando el dinero que te cuestan los jornales. ¡Ojalá fuese yo su patrón!

—Usted sería el patrón de todo el mundo, si se atreviera —respondió Orlick con una mala mirada.

—Déjala —dijo Joe.

—Metería en cintura a todos los tontos y a todos los bribones —dijo mi hermana empezando a excitarse—, y no podría meter en cintura a los tontos sin empezar por tu patrón, que es el rey de los tontos. Y no podría meter en cintura a los bribones sin empezar contigo, que eres el bribón más sucio que hay de aquí hasta Francia.

—Lo que es usted es una arpía, tía Gargery —gruñó el jornalero—. Si esto cuenta para ser juez de bribones, haría usted uno de primera.

—Déjala ya, ¿quieres? —dijo Joe.

—¿Qué ha dicho? —exclamó mi hermana, poniéndose a chillar—. ¿Qué ha dicho? ¿Qué me ha dicho este tipo de Orlick, Pip? ¿Cómo me ha llamado, delante de mi marido? ¡Oh, oh, oh! —Cada una de estas exclamaciones era un alarido; y debo observar, hablando de mi hermana, lo que también es verdad de todas las mujeres violentas que he conocido, a saber: que no la excusaba la cólera, porque es innegable que, en lugar de ser arrastrada a ella consciente y deliberadamente hacía los esfuerzos más extraordinarios para ponerse en aquel estado, y llegaba a un ciego furor por etapas regulares—; ¿qué nombre me ha dado ante el ruin que juró defenderme? ¡Oh, contenedme! ¡Oh!

—¡Ah! —masculló el jornalero entre dientes—. Ya la contendría yo si fuese mi mujer. La metería debajo de la bomba y le daría una buena ducha.

—Te digo que la dejes —repitió Joe.

—¡Oh, oídle! —exclamó mi hermana, palmoteando al propio tiempo que daba otro chillido (lo cual era su segunda etapa)—. ¡Oíd cómo me insulta este Orlick! ¡Y en mi propia casa! ¡A mí, una mujer casada! ¡Oh, oh! —Aquí mi hermana, después de un acceso de gritos y palmoteos, se golpeó el pecho y las

rodillas, se arrancó la cofia y se deshizo el pelo (lo cual era su última etapa en el camino del frenesí). Estando ya hecha una completa furia, y un éxito completo, se abalanzó a la puerta, que yo afortunadamente había cerrado.

¿Qué podía hacer entonces el desdichado Joe, después de ser desoídas sus interrupciones, sino encararse con su jornalero y preguntarle qué buscaba metiéndose entre él y su mujer?; y, luego, si era hombre para dar la cara. El viejo Orlick comprendió que la situación no admitía otra salida, e inmediatamente se puso en guardia y así, sin quitarse siquiera sus chamuscados mandiles, fueron uno contra el otro como dos gigantes. Pero si había en la vecindad un hombre que pudiera resistir a Joe, yo no lo he conocido. El viejo Orlick, como si no fuese cosa de mayor importancia que el pálido jovencito caballerete, se vio pronto entre la carbonilla y sin prisa alguna por salir de allí. Entonces, Joe abrió la puerta y recogió del suelo a mi hermana, que se había desmayado junto a la ventana (no sin haber primero presenciado la pelea, me imagino), y la llevó adentro, la acostó y le recomendó que volviera en sí; pero ella no quiso hacer otra cosa que revolverse y tirarle del pelo. Luego vino aquella calma y aquel silencio singulares que siguen a todos los alborotos y, con la vaga sensación (que siempre he relacionado con tales silencios) de que era domingo y había muerto alguien, subí a mi cuarto para vestirme.

Cuando volví a bajar, hallé a Joe y Orlick barriendo la herrería, sin otra señal de la pasada trapatiesta que un corte en la nariz de Orlick, el cual no resultaba ni expresivo ni ornamental. Había aparecido un jarro de cerveza procedente de los Alegres Barqueros y lo estaban consumiendo apaciblemente por turnos. La calma tuvo una influencia sedante y filosófica sobre Joe, quien me siguió a la calle para decirme como una observación de despedida: «Un alboroto se viene, Pip, y un alboroto se va, Pip; ¡ésta es la vida!».

Poco importa cuáles fueron las absurdas emociones (porque los sentimientos que hallamos muy serios en un hombre nos parecen cómicos en un niño) con que me encontré yendo otra vez a casa de la señorita Havisham. Ni tampoco cuántas veces pasé y volví a pasar por delante de la verja antes de decidirme a llamar. Ni cómo dudé si volverme sin llamar; ni cómo indudablemente me habría ido, si el tiempo de que disponía hubiera sido mío, para poder volver.

No vino a abrirme Estella, sino la señorita Sarah Pocket.

—¿Cómo? ¿Tú aquí otra vez? —dijo la señorita Pocket—. ¿Qué deseas?

Al oír que sólo había ido a ver cómo estaba la señorita Havisham, Sarah evidentemente reflexionó si me mandaría o no a paseo. Pero no atreviéndose a

tomar sobre sí esta responsabilidad, me hizo entrar, y, al cabo de poco, me trajo el enjuto mensaje de que «subiera».

Nada había variado, y la señorita Havisham estaba sola.

—¿Bien? —dijo, clavándome la mirada—. Espero que no desees nada. Nada vas a conseguir.

—No, señorita Havisham. Sólo deseaba que supiera usted que estoy haciendo progresos en mi aprendizaje, y que siempre le estoy muy agradecido.

—¡Bueno, bueno! —dijo, con el movimiento impaciente de sus dedos—. Ven de vez en cuando; ven el día de tu cumpleaños. ¡Ah! —dijo de pronto, volviéndose, junto con su silla, hacia mí—. Estás buscando a Estella, ¿verdad?

En efecto, había estado buscando a Estella con los ojos, y expresé, tartamudeando, mis deseos de que ésta estuviera bien de salud.

—Está en el extranjero —dijo la señorita Havisham—, instruyéndose para ser una señora; fuera de tu alcance; más hermosa que nunca; admirada por todos los que la ven. ¿Sientes haberla perdido?

Había un goce tan maligno en la manera en que pronunció estas palabras, y las acompañó de una risa tan desagradable, que me quedé sin saber qué decir. Me ahorró el trabajo de pensarlo despidiéndome. Cuando Sarah, la de la cara de nuez, cerró la verja tras de mí, me sentí más que nunca descontento de mi hogar, de mi oficio y de todo; y esto es lo que gané con aquella visita.

Mientras iba por la calle Mayor, mirando desconsoladamente los escaparates, y pensando en lo que compraría si fuese un caballero, ¡a quién veo salir de la librería, sino al señor Wopsle! El señor Wopsle llevaba en la mano la conmovedora tragedia de George Barnwell[8], en la que acababa de invertir seis peniques con la idea de descargar hasta la última de sus palabras sobre la cabeza del señor Pumblechook, con quien iba a tomar el té. En cuanto me vio, pareció considerar que una Providencia especial había puesto un aprendiz en su camino para aumentar su auditorio; y en consecuencia, se apoderó de mí e insistió para que le acompañase a la trastienda pumblechookiana. Como sabía que iba a sentirme desgraciado en casa y como las noches eran oscuras y el camino solitario, y cualquier compañía en él era mejor que ninguna, no opuse gran resistencia; así pues, entramos en casa de Pumblechook a la hora en que las luces de la calle y de sus tiendas empezaban a encenderse.

Como nunca he asistido a ninguna otra representación de *George Barnwell* no sé cuánto tiempo dura usualmente; pero sé muy bien que aquella noche duró

hasta las nueve y media y que, cuando el señor Wopsle entró en Newgate[9], creí que nunca llegaría al cadalso, pues se volvió mucho más lento que en cualquier otro período de su deshonrosa carrera. Pensé que resultaba un poco excesivo que se quejara de que le cortasen en flor, como si no hubiese estado deshojándose y dando fruto desde el comienzo de su vida. Esto, sin embargo, era sólo una cuestión de extensión y aburrimiento. Lo que me hirió fue la identificación de todo el asunto con mi inofensiva persona. Cuando Barnwell empezó a andar por mal camino, declaro que me sentí positivamente avergonzado, de tal manera me abrumaba la mirada indignada de Pumblechook.

Wopsle, por su parte, se esforzó en presentarme bajo el peor aspecto. A la vez feroz y borracho, hicieron que asesinara a mi tío sin ninguna circunstancia atenuante; Millwood me acallaba siempre en todas las discusiones; se hizo una pura monomanía en la hija de mi patrón, el importársele un bledo de mí; y todo lo que puedo decir en defensa de mi conducta vacilante y dilatoria en la mañana fatal es que era concordante con la general debilidad de mi carácter. Aun después de que me hubieron ahorcado y de que Wopsle hubo cerrado el libro, Pumblechook continuó mirándome fijamente y diciendo: «¡Que te sirva de lección, muchacho, que te sirva de lección!». Como si fuese cosa sabida que yo abrigaba el propósito de asesinar a un pariente próximo, con tal que encontrara alguno que quisiese convertirse en mi protector.

Era noche negra cuando terminó todo y emprendí la vuelta a casa con el señor Wopsle. Fuera de la villa encontramos una niebla espesa y húmeda. La luz de la barrera del portazgo se veía borrosa, y se habría dicho que estaba fuera de su lugar habitual; sus rayos parecían de sustancia sólida en medio de la niebla. Estábamos percatándonos de estas cosas, y diciendo que la niebla podría levantarse si el viento cambiaba de dirección, cuando topamos con un hombre que permanecía cabizbajo al abrigo de la casilla del portazgo.

—¡Hola! —le dijimos, deteniéndonos—. ¿Es Orlick?

—¡Sí! —respondió él, irguiéndose—. Me he parado aquí un minuto por si pasaba alguien.

—Vuelve usted tarde —observé.

Orlick respondió, naturalmente:

—¿Y qué? Ustedes también vuelven tarde.

—Hemos estado, señor Orlick —dijo el señor Wopsle, entusiasmado con su última representación—, hemos estado pasando una velada intelectual.

El viejo Orlick gruñó, como si no tuviera nada que decir a eso, y todos juntos proseguimos el camino. Al poco rato le pregunté si había pasado su media vacación yendo y volviendo de la villa.

—Sí —dijo él—, toda la tarde. Fui detrás de vosotros. No os vi, pero no debía andaros muy lejos. Por cierto, que los cañones han vuelto a sonar.

—¿En los pontones? —pregunté.

—¡Sí! Alguno de los pájaros se habrá escapado de la jaula. Los cañones disparan desde el anochecer. Ahora lo oiréis.

En efecto, no habíamos recorrido muchas yardas más cuando la bien conocida detonación nos vino al encuentro, amortiguada por la niebla; se perdió luego por las tierras bajas de junto al río, como persiguiendo y amenazando a los fugitivos.

—Buena noche para escabullirse —dijo Orlick—. Nos veríamos apurados, esta noche, para abatir una pieza que hubiese alzado el vuelo.

El tema era sugestivo para mí, y yo meditaba sobre él en silencio. El señor Wopsle, en el papel del tío que tan mal retribuidas halló sus bondades en la tragedia de aquella noche, se puso a meditar en voz baja en su jardín de Camberwell[10]. Orlick, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, andaba a mi lado despacio. El camino era muy oscuro, muy húmedo y muy fangoso, y a cada paso nos metíamos en el barro. De vez en cuando, el ruido del cañón nos salía al paso y se perdía a lo largo del río. Yo iba silencioso y embebido en mis pensamientos. El señor Wopsle murió amablemente en Camberwell, con gran valor en el campo de Bosworth, y pasando las mayores angustias en Glastonbury[11]. Orlick a veces gruñía la canción de *Old Clem*. Yo creí que había bebido, pero no estaba borracho.

Así llegamos al pueblo. El camino por donde entramos pasaba por delante de los Alegres Barqueros, y nos sorprendió —siendo como eran ya las once de la noche— hallar este establecimiento en estado de conmoción, con las puertas abiertas de par en par y luces desacostumbradas que habían sido precipitadamente encendidas y puestas por todas partes. El señor Wopsle entró a preguntar qué ocurría (suponiendo que habían detenido a un forzado), pero salió corriendo muy agitado.

—Ha ocurrido algo en tu casa, Pip —dijo sin detenerse—. ¡Corramos todos!

—¿Qué ha sido? —pregunté, poniéndome a correr como él. Lo mismo hizo Orlick a mi lado.

—No lo entiendo. Parece que han entrado en la casa violentamente mientras Joe estaba fuera. Se supone que han sido los forzados. Han atacado y herido a alguien.

Corríamos demasiado para continuar la conversación y no nos detuvimos hasta encontrarnos en nuestra cocina. La hallamos llena de gente, todo el pueblo estaba allí, o en el patio, y en el centro de la cocina, inclinados hacia el suelo, estaban un cirujano, Joe y un grupo de mujeres. Los espectadores desocupados se apartaron al verme, y así percibí a mi hermana —yaciendo sin sentido ni movimiento sobre las planchas desnudas donde la había derribado un tremendo golpe en el colodrillo, asestado por una mano desconocida cuando estaba vuelta de cara al fuego—, condenada a no volver a alborotarse mientras fuera la mujer de Joe.

CAPÍTULO XVI

Con la cabeza llena de *George Barnwell*, al principio me vi dispuesto a creer que yo debía haber tenido alguna parte en la agresión a mi hermana, o en todo caso que, como pariente próximo suyo, con motivos notorios para estarle agradecido, debía ser objeto de sospecha más legítimamente que ninguna otra persona.

Pero cuando, a la clara luz de la mañana siguiente, volví a reflexionar sobre el asunto y lo oí discutir a mi alrededor en todos sus aspectos, empecé a considerar el caso de un modo más razonable.

Joe había estado en Los Tres Alegres Barqueros, fumando su pipa, desde las ocho y cuarto hasta las diez menos cuarto. Mientras él estaba allí, mi hermana había sido vista en la puerta de la cocina y había cambiado un saludo con un labrador que volvía a su casa. Lo único que este hombre pudo precisar respecto a la hora en que la vio (se hizo un lío cuando trató de recordarlo) fue que debía de haber sido antes de las nueve. Cuando Joe llegó a casa, cinco minutos antes de las diez, la encontró tendida en el suelo, e inmediatamente pidió socorro. El fuego no estaba más consumido que de costumbre, y el pábilo de la vela no era muy largo; sin embargo, ésta había sido apagada.

Nada faltaba en la casa. Tampoco, aparte de la vela apagada —que se hallaba sobre una mesa entre la puerta y mi hermana, y a espaldas de ésta cuando estando ella de cara al fuego recibió el golpe—, había ningún desorden en la cocina, excepto el que ella misma había hecho al caer y sangrar. Pero había un notable cuerpo del delito, en aquel sitio. La habían golpeado con algo romo y pesado en la cabeza y en el espinazo; después de haberla golpeado, algo había sido arrojado violentamente contra ella mientras estaba de cara al suelo. Y en el

suelo, a su lado, cuando Joe se levantó, había un grillete de forzado cortado con una lima.

Ahora bien: Joe, examinando este hierro con ojos de herrero, declaró que había sido limado hacía tiempo. Cuando la voz de alarma llegó hasta los pontones y alguien vino de allí para examinar el hierro, la opinión de Joe se vio confirmada. No se podía asegurar cuándo había salido de los barcos prisión a los cuales indudablemente había pertenecido; pero se dio por cierto que aquel grillete no lo llevaba ninguno de los dos forzados que se había fugado la noche anterior. Además, uno de los dos había sido capturado ya, y no se había liberado de su hierro.

Sabiendo yo lo que sabía, saqué mis propias deducciones. Pensé que el grillete era el de mi forzado —el grillete que le había visto y oído limar en los marjales—, pero mi corazón no le acusaba de haberle dado este último empleo. Porque yo creía que una o dos personas podían haberse apropiado del grillete y haberlo utilizado de aquella manera cruel. O bien Orlick o el desconocido que me había mostrado la lima.

Por lo que toca a Orlick, había ido a la villa exactamente como nos había dicho cuando lo encontramos en el portazgo, se le había visto por la villa toda la tarde, había estado en varias tabernas en compañía de diferentes personas, y había vuelto conmigo y con el señor Wopsle. No había nada contra él, salvo la disputa; y mi hermana había disputado con él, y con toda la vecindad, diez mil veces. Por lo que toca al desconocido, si hubiera vuelto para reclamar sus dos billetes, no podía haber habido discusión a este respecto, porque mi hermana estaba completamente dispuesta a devolvérselos. Además, no había habido disputa; el atacante había entrado tan callada y súbitamente que ella había caído antes de poder volverse.

Era horrible pensar que yo había facilitado el arma, aunque fuese sin querer, pero apenas podía pensar otra cosa. Sufrí indecible turbación mientras meditaba y volvía a meditar si no debía por fin romper aquel hechizo de mi infamia, y contar a Joe toda la historia. Durante varios meses, todos los días resolvía este problema con una negativa, para volver a planteármelo y a darle vueltas a la mañana siguiente. Al fin llegué a esta conclusión: el secreto era ya tan viejo, se me había metido tan dentro y había ya llegado a ser tanto una parte de mí mismo, que no me podía desprender de él. Aparte del miedo que tenía de que, habiendo conducido a daño tal, me privara del afecto de Joe si éste le daba crédito, me contenía el miedo de que no lo creyera, sino que lo pusiera al lado de

los frenos fabulosos y las chuletas de ternero, como una monstruosa invención. Sin embargo, contemporicé conmigo mismo —porque, ¿no estaba vacilando entre lo justo y lo injusto, que es cuando se contemporiza?— y resolví hacer una revelación completa, si se presentaba una ocasión en que hacerlo pudiera ayudar al descubrimiento del agresor.

Los condestables y los hombres de Bow-Street de Londres —porque esto ocurría en tiempo de la extinguida policía de los chalecos encarnados— estuvieron una semana o dos rondando por la casa, e hicieron poco más o menos lo que yo había oído contar que hacían esta clase de autoridades en casos parecidos. Detuvieron a varias personas que, evidentemente, no tenían nada que ver con el hecho. Se pusieron a trabajar con gran empeño sobre ideas equivocadas, e insistieron en querer adaptar las circunstancias a las ideas, en vez de sacar ideas de las circunstancias. Además, se pasaban horas enteras en la puerta de los Tres Barqueros, con un aire entendido y reservado que llenaba de admiración a todo el vecindario; y tenían una manera tan misteriosa de beber que valía casi tanto como prender al culpable. Pero no tanto, porque a éste no llegaron a detenerle.

Mucho tiempo después de que estos poderes constitucionales se hubieron dispersado, mi hermana seguía en cama muy enferma. Tenía la vista trastornada de tal modo que veía multiplicados los objetos, y trataba de coger tazas y copas imaginarias en vez de las reales; su oído había quedado muy debilitado, su memoria también, y su habla era ininteligible. Cuando por fin se restableció lo bastante para bajar con ayuda la escalera, se hizo necesario tener mi pizarra siempre a su lado para que pudiera indicar por escrito lo que no podía indicar de palabra. Como su escritura era ya naturalmente defectuosa, y Joe un lector más que deficiente, nacían entre ellos extraordinarias complicaciones que yo era siempre llamado a resolver. La administración del carnero en vez de la medicina, la sustitución del té por Joe y del panadero por el jamón, se contaron entre los más leves de mis propios errores.

Sin embargo, su carácter había mejorado mucho, y se había vuelto paciente. Una trémula incertidumbre en la acción de todos sus miembros pronto formó parte de su estado habitual, y más tarde, a intervalos de dos o tres meses, a menudo se llevaba las manos a la cabeza y permanecía durante casi una semana sumida en una especie de sombría abstracción. Nos veíamos apurados para encontrar una enfermera adecuada para ella, hasta que ocurrió una circunstancia a propósito para sacarnos de la dificultad. La tía abuela del señor Wopsle se

sobrepuso a la inveterada costumbre de vivir que había contraído, y Biddy entró a formar parte de nuestra casa.

Sería poco más o menos al cabo de un mes de la reaparición de mi hermana en la cocina, cuando Biddy se unió a nosotros con un baulillo moteado que contenía todos sus efectos, y se convirtió desde entonces en una bendición para todos. Fue especialmente una bendición para Joe, porque el pobre muchacho estaba muy apenado por la constante contemplación de la ruina de su mujer, y se había acostumbrado, mientras la atendía por las noches, a volverse a mí de vez en cuando para decirme con los ojos humedecidos: «¡Con lo buena moza que era, Pip!». Habiéndose hecho Biddy instantáneamente cargo de ella de la manera más inteligente, como si la hubiera estudiado desde su infancia, Joe pudo en cierto modo apreciar la mayor tranquilidad de su vida, y llegarse de vez en cuando a los Tres Barqueros en busca de saludable distracción. Era característico de la policía haber sospechado de Joe en mayor o menor medida (aunque él no lo supo jamás) y coincidido en considerarle como uno de los caracteres más astutos que hubieran encontrado nunca.

El primer triunfo de Biddy en sus nuevas funciones fue resolver una dificultad que me había derrotado por completo. Había luchado bravamente con ella, pero en vano. Era ésta:

Una y otra vez, mi hermana había trazado en la pizarra un signo que parecía una curiosa T y, después, con la mayor vehemencia, nos lo había propuesto a nuestra atención como algo que deseaba muy especialmente. Yo había ensayado en vano todo lo procurable que empezase con una T, desde una tostada a un tubo. Por fin se me ocurrió que el signo se parecía a un martillo, y al gritar yo con todas mis fuerzas aquella palabra al oído de mi hermana, ella se había puesto a martillear sobre la mesa y había expresado un marcado asentimiento. A consecuencia de lo cual, yo había traído todos nuestros martillos, uno después de otro, sin resultado. Entonces pensé en una muleta, pues su forma era muy parecida, y pedí una prestada y la mostré a mi hermana con gran confianza. Pero al mostrársela, se puso a menear la cabeza de tal modo que nos hizo temer que, en su quebrantado estado, se dislocase el cuello.

Cuando mi hermana descubrió que Biddy la comprendía con facilidad, el signo misterioso volvió a aparecer en la pizarra. Biddy lo contempló pensativa, oyó mi explicación, miró pensativa a mi hermana, miró pensativa a Joe (quien siempre estaba representado en la pizarra por su letra inicial) y corrió a la herrería seguida por Joe y por mí.

—¡Claro! —exclamó Biddy, con expresión triunfante—. ¿No lo veis? ¡Es él!

¡Orlick, sin duda alguna! Ella había olvidado su nombre, y sólo podía representarle por su martillo. Dijimos al hombre por qué queríamos que fuera a la cocina, y él dejó lentamente su martillo, se enjugó la frente con el brazo, se la volvió a enjugar con el mandil, y salió con la vista al suelo y con una curiosa manera de andar con las rodillas medio dobladas que le distinguía especialmente.

Confieso que esperaba ver a mi hermana denunciar a Orlick, y que me causó una decepción el resultado muy diferente que tuvo la entrevista. Ella se manifestó deseosa en extremo de reconciliarse con él, manifestó gran satisfacción de que por fin le hubiéramos hecho venir, e hizo señales de querer que se le diese algo para beber. Espiaba su semblante como si quisiera asegurarse de que acogía de buen grado aquella recepción, mostró el mayor deseo de congraciarse con él, y en todo lo que hizo hubo un aire de humilde propiciación semejante al que yo he visto adoptar a un niño ante un maestro severo. Desde entonces, apenas pasó un día sin que ella dibujara el martillo en la pizarra, y sin que Orlick entrara con la vista al suelo y permaneciera hoscamente a su lado como si no supiera más que yo mismo qué pensar de todo ello.

CAPÍTULO XVII

Entonces entré en la rutina de la vida de aprendiz, sin más variación notable, fuera de los límites del pueblo y de los marjales, que la llegada de mi cumpleaños y mi nueva visita a la señorita Havisham. Encontré todavía a la señorita Sarah Pocket de servicio en la puerta; hallé a la señorita Havisham tal como la había dejado, y me habló de Estella de la misma manera, si no con las mismas palabras. La entrevista no duró más que unos minutos, y al marcharme me dio una guinea y me dijo que volviese en mi próximo cumpleaños. He de decir que esto se convirtió en una costumbre anual. Traté de rehusar la guinea en la primera ocasión, sin mejor resultado que oír cómo me preguntaba con enojo si es que esperaba más. Entonces, y sólo entonces, la cogí.

Tan inmutable era la casa vieja y triste, la luz amarillenta de la oscura estancia, el marchito espectro en la silla junto al espejo del tocador, que me daba la impresión de que al pararse los relojes se había detenido el tiempo en aquella misteriosa mansión, y de que mientras yo y todo lo demás que había fuera de la casa crecíamos y aumentábamos de edad, todo en la casa permanecía encantado. Jamás entraba en ella la luz del día, ni en mis pensamientos y recuerdos, ni en la vida real. Esto me hechizaba, y bajo su influencia yo continuaba en el fondo de mi corazón odiando mi oficio y avergonzándome de mi hogar.

Sin embargo, fui dándome cuenta imperceptiblemente de un cambio en Biddy. Sus zapatos se ajustaban a los talones, llevaba el pelo lustroso y bien peinado y sus manos estaban siempre limpias. No era hermosa —era vulgar y no podía ser como Estella—, pero tenía un aspecto sano y agradable y un carácter muy dulce. No hacía más de un año que estaba con nosotros (recuerdo que

acababa de quitarse el luto), cuando me dije una noche que tenía unos ojos curiosamente reflexivos y atentos, y, además, lindos y bondadosos.

Esto se me ocurrió al levantar la vista de una tarea en que estaba embebido (copiar unos pasajes de un libro para perfeccionarme de dos modos a la vez, en una especie de estratagema) y hallar a Biddy atenta a lo que yo hacía. Dejé a un lado la pluma, y Biddy interrumpió su labor, aunque sin abandonarla.

—Biddy —dije—, ¿cómo te las arreglas? O yo soy muy estúpido o tú eres muy lista.

—No sé a qué te refieres —respondió Biddy, sonriendo.

Gobernaba maravillosamente toda nuestra vida doméstica, pero yo no me refería a esto, aunque esto hacía más sorprendente el hecho al que quería aludir.

—¿Cómo te las arreglas, Biddy —dije—, para aprender todo lo que aprendo y estar siempre a mi altura?

Yo empezaba a envanecerme de mis conocimientos, en cuya adquisición empleaba mis guineas de cumpleaños y todo lo que podía ahorrar de mi dinero de bolsillo, aunque no dudo, ahora, que lo poco que sabía resultaba sumamente caro a aquel precio.

—Yo puedo preguntarte —dijo Biddy—, ¿cómo te las arreglas tú?

—No; porque cuando entro de la herrería por la noche, todo el mundo puede ver cómo me pongo a estudiar. Pero tú no estudias nunca, Biddy.

—Supongo que se me debe pegar, como la tos —dijo con voz tranquila, y reanudó su costura.

Siguiendo mi idea, mientras me retrepaba en mi silla viendo cómo Biddy cosía con la cabeza ladeada, empecé a considerarla una muchacha extraordinaria. Porque (entonces lo fui recordando) estaba igualmente al corriente de los términos de nuestro oficio y de los nombres de nuestras diferentes clases de trabajos y de nuestras varias herramientas. En resumen, todo lo que yo sabía, lo sabía ella. En teoría era ya tan buen herrero como yo o quizá mejor.

—Eres una persona de esas, Biddy —dije yo—, que sacan el mejor partido de todas las oportunidades. Nunca tuviste una oportunidad antes de venir aquí, y ya ves cuánto has mejorado.

Biddy me miró un instante, y continuó cosiendo.

—Pero yo fui tu primera maestra, ¿no es cierto? —me preguntó, mientras cosía.

—¡Biddy! —exclamé asombrado—. ¿Por qué lloras?

—No lloro —dijo Biddy, levantando los ojos y riendo—. ¿Qué es lo que te lo

ha hecho pensar?

¿Qué podía habérmelo hecho pensar, sino el brillo de una lágrima que cayó sobre su labor? Me quedé callado recordando lo arrastrada que había sido su vida hasta que la tía abuela del señor Wopsle venció aquella mala costumbre de vivir que tanto convendría que perdiesen algunas personas. Recordé las tristes circunstancias que la habían rodeado en la mísera tiendecilla y la mísera y ruidosa escuela, con aquel viejo fardo de inutilidades al que tenía que atender constantemente. Reflexioné que aun en aquellos tiempos adversos debía de haber estado latente en Biddy lo que ahora se estaba desarrollando, porque, ya en el principio de mi inquietud y descontento, me había parecido natural acudir a ella en demanda de auxilio. Biddy continuó cosiendo, sin derramar más lágrimas, y, mientras la miraba, pensando en todo eso, se me ocurrió que tal vez no le había mostrado suficiente gratitud. Quizás había sido demasiado reservada, y debía haberla favorecido más (aunque en mis reflexiones no usé precisamente esta palabra) con mi confianza.

—Sí, Biddy —observé, cuando hube terminado de dar vueltas a todo esto—, tú fuiste mi primera maestra, y esto en un tiempo en que poco pensaba que un día habíamos de hallarnos reunidos en esta cocina.

—¡Ah, la pobrecita! —respondió Biddy. Fue muy propio de su abnegación aplicar a mi hermana la observación que yo acababa de hacer, y levantarse para cuidar de que estuviese más cómoda—. Es una triste verdad.

—¡Bien! —dije—. Tenemos que hablar de algo más, como acostumbrábamos antes. Y yo debo consultarte más a menudo, como solía hacer. Tendríamos que salir a pasear por los marjales el próximo domingo, Biddy, para conversar un buen rato.

Nunca dejábamos sola a mi hermana; pero Joe se encargó gustosamente de atenderla aquella tarde de domingo, y Biddy y yo salimos juntos. Estábamos en verano y hacía un tiempo magnífico. Cuando hubimos pasado el pueblo y la iglesia y el cementerio, y llegamos a los marjales y empezamos a ver pasar las velas de los barcos, yo me puse a combinar, como de costumbre, a la señorita Havisham y Estella con el paisaje. En cuanto llegamos a la orilla del río y nos sentamos, con el agua murmurando a nuestros pies, haciéndolo todo más tranquilo de lo que habría sido sin aquel rumor, resolví que aquél era el momento y el lugar a propósito para abrir mi corazón a Biddy.

—Biddy —dije, después de hacerle prometer el secreto—, me gustaría ser un caballero.

—¡Oh! Yo, en tu lugar, no querría serlo —respondió—. No creo que puedas ganar nada con ello.

—Biddy —dije con severidad—, tengo razones especiales para querer ser un caballero.

—Tú sabes mejor lo que te conviene, Pip; pero ¿no piensas que eres más feliz como eres ahora?

—Biddy —exclamé con impaciencia—, yo no soy feliz como soy ahora. ¡Estoy disgustado con mi oficio y con la vida que llevo! Nunca les he tomado cariño desde que empecé el aprendizaje. ¡No seas absurda!

—¿He sido absurda? —dijo Biddy, pausadamente, levantando las cejas—. Lo siento. No era ésa mi intención. Sólo deseo verte feliz y contento.

—Bien, pues, entiéndelo de una vez para siempre: yo no seré nunca feliz, y sí muy desgraciado, sí, Biddy, mientras no pueda llevar una clase de vida muy diferente de la que llevo ahora.

—¡Es una lástima! —dijo Biddy, meneando tristemente la cabeza.

Yo también había pensado tan a menudo que era una lástima, que, en la singular disputa que sostenía conmigo mismo, estaba a punto de derramar lágrimas de despecho y de dolor cuando Biddy dio expresión a este sentimiento que era a la vez el suyo y el mío. Le dije que tenía razón, que yo comprendía que era lamentable, pero que la cosa no tenía remedio.

—Si hubiera podido resignarme —le dije, arrancando la corta hierba que me rodeaba, al modo como en otro tiempo había desahogado mis sentimientos mesándome los cabellos y dando patadas en la pared de la fábrica de cerveza—; si yo hubiese podido resignarme y guardar para la herrería la mitad del afecto que le había tenido cuando era niño, sé que hubiera sido mejor para mí. Tú y yo y Joe no habríamos tenido, entonces, nada que desear, y quizá Joe y yo habríamos llegado a ser socios al fin de mi aprendizaje, y quizá yo habría llegado a cortejarte y los domingos habríamos venido a sentarnos aquí, muy distintos de lo que somos ahora. Tú me habrías encontrado bastante bueno para ti, ¿no es verdad, Biddy?

Biddy suspiró, mirando los barcos que pasaban y respondió:

—Sí; no soy demasiado exigente. —No parecía esto muy halagador para mí, pero comprendí que lo había dicho con buena intención.

—En vez de eso —dije yo, volviendo a arrancar hierba y mordiendo una brizna—, mira cómo estoy. Descontento y desasosegado, y, ¿qué me importaría ser tosco y ordinario si nadie me lo hubiera dicho?

Biddy se volvió de pronto hacia mí y me miró con mucha más atención de la que había puesto al mirar los barcos que pasaban.

—Esto no es verdad, ni fue muy cortés el decirlo —observó, volviendo a contemplar los barcos—. ¿Quién lo dijo?

Me quedé desconcertado, porque había hablado sin darme cuenta de adónde iba a parar. Pero ya no podía retroceder, y respondí:

—La hermosa señorita que había en casa de la señorita Havisham es más hermosa que nadie en el mundo, y yo la admiro tremendamente. Es por ella por lo que deseo ser un caballero. —Habiendo hecho esta loca confesión me puse a arrojar al río la hierba que había arrancado, como si tuviera intenciones de arrojarme tras ella.

—¿Quieres ser un caballero para humillarla o para conquistarla? —me preguntó Biddy después de una pausa.

—No lo sé —respondí malhumorado.

—Porque si es para humillarla —prosiguió Biddy—, yo pensaría (pero tú lo entiendes mejor) que lo conseguirías antes y con menos molestias no haciendo caso alguno de sus palabras. Y si es para conquistarla, yo pensaría (pero tú lo entiendes mejor) que no merece la pena.

—Exactamente lo que yo mismo había pensado muchas veces.

Exactamente lo que era perfectamente claro para mí en aquel momento. Pero ¿cómo podía yo, un pobre y deslumbrado muchacho lugareño, evitar aquella sorprendente inconsciencia en que caen todos los días hombres mejores y más sabios?

—Todo esto puede ser una gran verdad —dije a Biddy—, pero la admiro tremendamente.

En resumen, al llegar aquí me eché de cara al suelo, y me mesé los cabellos. Y sin dejar de comprender todo el tiempo que el desvarío de mi corazón era tan loco y mal empleado que mi cabeza habría merecido que la levantara por los cabellos y la golpeara contra las piedras, en castigo de pertenecer a un idiota como yo.

Biddy era la más prudente de las muchachas, y no se esforzó en razonar conmigo. Puso su mano, que era una mano acariciadora aunque endurecida por el trabajo, sobre las mías, una después de otra, y suavemente me las apartó del cabello. Después me dio unas palmaditas consoladoras en el hombro, mientras yo con el rostro oculto en el brazo lloraba un poco —exactamente como había hecho en el patio de la cervecería— y me sentía vagamente convencido de que

había sido muy maltratado por alguien o por todo el mundo; no puedo decir quién.

—De una cosa me alegro, Pip —dijo Biddy—, y es de que hayas creído que podías depositar tu confianza en mí. Y también me alegro de otra cosa, y es de que tú, desde luego, sabes que puedes contar con que seré siempre digna de ella y te guardaré tu secreto. Si tu primera maestra (¡Dios mío!, tan pobre y tan necesitada de aprender por su parte) lo fuera también ahora, cree saber qué lección te señalaría. Pero sería una lección difícil de aprender, y tú ya la has aventajado, y ahora todo resultaría inútil. —Y dando un leve suspiro de compasión y afecto por mí, Biddy se puso en pie y dijo, con un nuevo y agradable cambio de voz—: ¿Paseamos un poco más, o volvemos a casa?

—Biddy —exclamé yo levantándome y echándole los brazos al cuello y dándole un beso—. Siempre te lo contaré todo.

—Hasta que seas un caballero —dijo Biddy.

—Tú sabes que nunca lo seré. Y no es que tenga necesidad de contarte nada, porque tú sabes todo lo que yo sé… como te dije la otra noche en casa.

—¡Ah! —suspiró Biddy, mirando los barcos lejanos. Y después repitió con el tono alegre de antes:

—¿Paseamos un poco o volvemos a casa?

Le dije que paseáramos un poco más, y así lo hicimos; y la tarde de estío fue convirtiéndose en un crepúsculo de estío y era algo muy hermoso. Empecé a reflexionar si, en resumidas cuentas, no me hallaba en una situación más natural y saludable como estaba entonces, que jugando a los naipes, a la luz de unas bujías, en la estancia de los relojes parados, y sintiendo el desprecio de Estella. Pensaba en lo bueno que sería para mí podérmela quitar de la cabeza, con todo el resto de mis recuerdos y fantasías, y poder ponerme al trabajo dispuesto a hallar placer en él, y a aplicarme en él y a sacar de él el mayor partido. Me preguntaba si Estella, de estar en aquel instante a mi lado, en lugar de Biddy, no me haría desgraciado. Y me veía obligado a reconocer que lo tenía por cosa cierta; y me decía: «¡Pip, qué loco eres!».

Hablamos largo rato paseando, y todo lo que Biddy decía parecía razonable. Biddy nunca era insolente o caprichosa; ella sólo habría encontrado pena, y no placer, en causarme pesadumbre; ella antes hubiera herido su propio corazón que el mío. ¿Cómo podía ser, pues, que no la quisiera yo más que a la otra?

—Biddy —dije, cuando íbamos de vuelta para casa—. Desearía que tú pudieras curarme.

—¡Ojalá pudiera hacerlo! —dijo Biddy.

—Si yo pudiera enamorarme de ti… ¿No te importa que hable tan abiertamente, siendo como somos antiguos amigos?

—Oh, no, querido, ¡de ningún modo! —dijo Biddy—. No te apures por mí.

—Si yo pudiera hacerlo, sería lo mejor para mí.

—Pero, ya ves, tú nunca querrás —dijo Biddy.

No me parecía tan imposible aquella noche como me lo habría parecido si lo hubiéramos discutido unas horas antes. En consecuencia, observé que no estaba seguro de ello. Pero Biddy dijo que ella sí, y lo dijo de una manera concluyente. En el fondo de mi alma, creía que tenía razón; y, no obstante, me sentó un poco mal que fuese tan categórica sobre este punto.

Cuando llegamos cerca del cementerio, tuvimos que cruzar un terraplén y pasar por un portillo junto a una presa. Allí de pronto se nos apareció, saliendo de la compuerta o de los juncos o del cieno (lo cual era muy propio de él), el viejo Orlick.

—¡Hola! —gruñó—. ¿Adónde vais, los dos?

—¿Adónde teníamos que ir sino a casa?

—Bueno, pues —dijo—. Que me pesquen si no os acompaño.

Este «que me pesquen» era una especie de maldición con que acompañaba todos sus asertos. No atribuía a la expresión ningún significado preciso, que yo sepa, sino que la usaba, tal como hacía con su pretendido nombre de pila, para afrentar a la humanidad y dar una idea de algo terriblemente cruel. Cuando yo era más pequeño, tenía una especie de convicción de que si me hubiera *pescado* él personalmente, lo habría hecho con un garfio acerado y retorcido.

Biddy no quería que viniera con nosotros, y me lo dijo en un susurro: «No le dejes venir; no me gusta». Como a mí tampoco me gustaba, me tomé la libertad de decirle que se lo agradecíamos, pero que no deseábamos ser acompañados. Él recibió la noticia con una estruendosa carcajada, y nos dejó marchar, pero nos fue siguiendo a poca distancia con la vista al suelo.

Curioso por saber si Biddy sospechaba que él hubiera tenido parte en la traidora agresión de que mi hermana no había podido dar ninguna cuenta, le pregunté por qué no le tenía simpatía.

—¡Oh! —respondió ella, mirando por encima del hombro, mientras el otro nos seguía—. Porque… porque temo que yo le gusto a él.

—¿Te lo ha dicho alguna vez? —pregunté indignado.

—No —dijo Biddy, volviendo a mirar por encima del hombro—, nunca me

lo ha dicho; pero en cuanto me ve, se me pone a bailar.

Por nuevo y extraño que fuese este modo de testimoniar el afecto, no tuve duda alguna respecto a la exactitud de la interpretación. Me sentía muy enojado por la osadía de Orlick al enamorarse de Biddy, tan enojado como si se tratase de una ofensa hecha a mi persona.

—Pero esto, ¿sabes?, no tiene que ver contigo —dijo Biddy con calma.

—No, Biddy, ya sé que no tiene que ver conmigo; pero no me gusta; no lo apruebo.

—Ni yo tampoco —dijo Biddy—. Aunque no tiene que ver contigo.

—Claro —repuse—; pero una cosa te diré, y es que no tendría buena opinión de ti, Biddy, si este baile fuese con tu consentimiento.

A partir de aquella noche, me puse a vigilar a Orlick, y cada vez que las circunstancias se prestaban a que bailara por Biddy, yo me ponía delante para eclipsar aquella demostración. Había echado raíces en la herrería de Joe a causa de la repentina afición que le había tomado mi hermana; de no haber sido así, yo habría tratado de hacer que le despidieran. Él adivinaba mis «buenas» intenciones y correspondía a ellas, como tuve ocasión de saber más adelante.

Y ahora, como si el estado de mi espíritu no hubiera sido lo bastante confuso, compliqué cincuenta mil veces su confusión, pasando estados y épocas en que me parecía evidente que Biddy era inconmensurablemente mejor que Estella, y que la vida sencilla y honrada de artesano para la que había nacido no tenía nada de qué avergonzarse, antes me ofrecía medios sobrados para alcanzar el respeto propio y la felicidad. En estas ocasiones me sentía claramente persuadido de que mi desafecto hacia el buen Joe y a la herrería se había desvanecido, y de que me hallaba en camino de llegar a ser el socio de Joe y el marido de Biddy. Hasta que de pronto algún endiablado recuerdo de los días en que iba a casa de la señorita Havisham me acometía como un proyectil destructor, y hacía pedazos de mi buen juicio. Un buen juicio hecho pedazos no se rehace en un día, y a menudo, antes de que lo hubiera rehecho, volvía a ser esparcido en todas direcciones por el errante pensamiento de que tal vez, a pesar de todo, la señorita Havisham haría mi fortuna cuando yo hubiese terminado el aprendizaje.

CAPÍTULO XVIII

Estaba en el cuarto año de mi aprendizaje, me hallaba en compañía de Joe y era un sábado por la noche. Había un grupo reunido alrededor del fuego en los Tres Barqueros, oyendo al señor Wopsle que leía un periódico en voz alta. De aquel grupo yo formaba parte.

Se había cometido un crimen de gran resonancia, y el señor Wopsle se hallaba tinto en sangre hasta los ojos. Gozaba con cada uno de los violentos adjetivos de la descripción y se identificaba con cada uno de los testigos en las diligencias. Gemía débilmente «me han matado», en calidad de víctima, y aullaba bárbaramente «voy a arreglarte las cuentas», en calidad de asesino. Leía el informe médico imitando graciosamente a nuestro práctico local, y piaba y temblequeaba de un modo tan perlático, en la declaración del viejo guardabarrera que había oído golpes, que llegaba a inspirar dudas sobre la integridad mental de aquel testigo. El juez de guardia en manos del señor Wopsle se transformaba en un Timón de Atenas; el alguacil, en Coriolano. Él disfrutaba lo indecible y nosotros disfrutábamos por nuestra parte y todos nos sentíamos encantados. En este agradable estado de espíritu llegamos al veredicto de homicidio voluntario.

Entonces y no antes, me apercibí de un caballero desconocido que, apoyado en el respaldo de un banco que yo tenía enfrente, nos estaba mirando. Tenía el semblante contraído en una mueca de desprecio y se estaba mordiendo el lado de un gran dedo, mientras contemplaba el grupo de rostros.

—¡Bueno! —dijo el desconocido al señor Wopsle, en cuanto éste hubo terminado su lectura—, usted lo ha arreglado todo a su entera satisfacción, ¿no es cierto?

Todo el mundo se sobresaltó y levantó los ojos, como si tuviese delante al asesino. Él miraba a todo el mundo fría y sarcásticamente.

—Culpable, desde luego, ¿no es cierto? —dijo—. ¡Vamos, hombre! ¡Dígalo!

—Señor —respondió el señor Wopsle—, aunque no tenga el honor de conocerle a usted, digo: ¡culpable!

Al oír estas palabras, todos cobramos el valor suficiente para unirnos en un murmullo de aprobación.

—Ya sabía que diría usted eso —dijo el desconocido—. Ya se lo he dicho. Pero ahora le voy a hacer una pregunta: ¿sabe o no sabe usted que la ley inglesa supone que todo hombre es inocente mientras no se demuestre que es culpable?

—Señor —empezó a responder el señor Wopsle—, como inglés que soy, yo…

—¡Vamos! —dijo el desconocido, mordiéndose de nuevo el índice—. No eluda la pregunta. O lo sabe o no lo sabe. ¿En qué quedamos?

Permanecía con la cabeza ladeada y ladeado él mismo, de un modo autoritario e interrogativo y pareció lanzar su dedo al señor Wopsle —como si dijéramos para señalarlo— antes de volvérselo a morder.

—¡Venga! —dijo—. ¿Lo sabe usted o no lo sabe?

—Ciertamente, lo sé —respondió el señor Wopsle.

—Ciertamente, lo sabe. Entonces, ¿por qué no lo ha dicho desde un principio? Ahora voy a hacerle otra pregunta —dijo, tomando posesión del señor Wopsle como si tuviera derecho a él—. ¿Sabe usted que ninguno de esos testigos ha sido interrogado de nuevo?

El señor Wopsle empezaba a decir: «Yo sólo puedo decir…», cuando el desconocido le atajó:

—¿Qué? ¿Quiere usted responder a la pregunta, sí o no? Bien, voy a probar otra vez —disparándole otra vez el índice—. Atiéndame, ¿está o no está usted enterado de que ninguno de esos testigos ha sido aún interrogado de nuevo? Vamos, sólo le pido una palabra. ¿Sí o no?

El señor Wopsle vacilaba y todos empezábamos a formarnos un pobre concepto de él.

—¡Vamos! —dijo el desconocido—. Yo le ayudaré. No lo merece usted, pero le ayudaré. Mire el papel que tiene en la mano. ¿Qué es?

—¿Qué es? —repitió el señor Wopsle, contemplándolo muy perplejo.

—¿Es —prosiguió el desconocido con su acento más sarcástico y malicioso — el impreso que usted acaba de leer?

—Indudablemente.

—Indudablemente. Ahora fíjese en este papel y dígame si no afirma de un modo terminante que el acusado dijo taxativamente que sus abogados le habían recomendado que reservara totalmente su defensa.

—Acabo de leerlo —alegó el señor Wopsle.

—Nada importa lo que usted acaba de leer, señor; no le pregunto lo que ha leído. Puede usted leer al revés el Padrenuestro si le da la gana… y tal vez lo haya hecho ya antes de hoy. Vuelva el papel. No, no, amigo mío; no a la cabeza de la columna; lo sabe usted muy bien; al pie, al pie. (Todos empezábamos a pensar que el señor Wopsle estaba lleno de subterfugios). ¡Bien! ¿Lo ha encontrado usted?

—Aquí lo tengo —dijo el señor Wopsle.

—Ahora, siga el párrafo con los ojos y dígame si no afirma de un modo terminante que el acusado dijo taxativamente que sus abogados le habían recomendado que reservara totalmente su defensa. ¡Vamos! ¿No es eso?

El señor Wopsle respondió:

—No son exactamente las mismas palabras.

—¡No son exactamente las mismas palabras! —repitió ásperamente el caballero—. ¿Es exactamente éste el sentido?

—Sí —dijo el señor Wopsle.

—¡Sí! —repitió el desconocido, volviéndose hacia el resto de la reunión con la mano derecha extendida hacia el testigo Wopsle—. Y ahora, pregunto yo, ¿qué me dicen ustedes de la conciencia de este hombre, quien, con este párrafo ante los ojos, puede dormir tranquilo después de haber declarado culpable a un semejante suyo al cual no se ha oído aún?

Todos empezamos a sospechar que el señor Wopsle no era el hombre que nos habíamos figurado, y que ahora lo estábamos descubriendo.

—Y este mismo hombre, recuérdenlo —prosiguió el caballero disparando su índice contra el señor Wopsle—, este mismo hombre podría ser llamado a formar parte del jurado en este mismo juicio y, habiéndose comprometido de este modo, volvería al seno de su familia y dormiría tranquilo después de jurar que juzgaría bien y lealmente el caso de nuestro soberano señor el rey contra el prisionero del banquillo, y daría un veredicto justo de acuerdo con las pruebas, ¡así Dios le valiese!

Todos quedamos firmemente convencidos de que el señor Wopsle había ido demasiado lejos, y que más le valía detenerse en su temeraria carrera, mientras

aún tuviera tiempo.

El caballero desconocido, con un aire de autoridad indiscutible, y con maneras que parecían indicar que de cada uno de nosotros conocía un secreto que sería nuestra perdición si le diera la gana publicarlo, salió de su asentamiento trasero y vino a ponerse entre los dos bancos, delante del fuego, donde permaneció de pie, con la mano izquierda en el bolsillo y mordiéndose el índice de la derecha.

—Según ciertos informes que he recibido —dijo, mirándonos a uno después de otro, mientras todos le contemplábamos acobardados—, tengo razones para creer que hay entre ustedes un herrero llamado Joseph o Joe Gargery. ¿Quién es?

—Aquí lo tiene usted —dijo Joe.

El caballero desconocido le hizo seña de que se le acercara, y Joe le obedeció.

—¿Tiene usted un aprendiz —prosiguió el desconocido— a quien todos llaman Pip? ¿Está aquí?

—¡Aquí estoy! —exclamé yo.

El desconocido no me reconoció, pero yo le reconocí como el caballero a quien había encontrado en la escalera en ocasión de mi segunda visita a la señorita Havisham. Su aspecto era demasiado notable para que yo lo olvidara. Le había conocido así que le vi asomar por detrás del banco y ahora que lo tenía ante mí, poniéndome la mano en el hombro, volví a repasar en detalle su gran cabeza, su cutis moreno, sus ojos hundidos, sus cejas negras y espesas, su gran cadena de reloj, el fuerte sombreado de su barba y bigote afeitados, y hasta el olor a jabón perfumado que se desprendía de su manaza.

—Deseo tener una conferencia particular con ustedes dos —dijo cuando me hubo contemplado a su placer—. Nos llevará algún tiempo. Tal vez sería mejor que fuéramos a su casa. Prefiero no adelantar aquí nada de lo que tengo que decirles; usted comunicará después a sus amigos lo poco o lo mucho de ello que quiera comunicarles; a mí lo mismo me da.

En medio de un intrigado silencio los tres salimos de los Alegres Barqueros y en intrigado silencio nos dirigimos a casa. Mientras andábamos, el caballero desconocido me miraba de vez en cuando y de vez en cuando se mordía el lado de su dedo. Al acercarnos a casa, Joe, sintiendo vagamente que la ocasión era importante y ceremoniosa, se nos adelantó para abrir la puerta principal. Nuestra conferencia tuvo lugar en la sala, débilmente iluminada por una bujía.

Para empezar, el caballero desconocido se sentó ante la mesa, se acercó la

bujía y consultó unas notas en su memorándum. Después guardó éste y apartó un poco la bujía, tras habernos vuelto a mirar en la penumbra a Joe y a mí, como para asegurarse de quién era cada uno.

—Me llamo Jaggers —dijo— y ejerzo de abogado en Londres. Soy bastante conocido. Tengo un asunto nada corriente que tratar con ustedes, y empiezo por explicar que no es de mi iniciativa. Si se hubiera pedido mi consejo, yo no estaría aquí. No se me pidió, y aquí me tienen. Hago lo que debo hacer, como agente confidencial de otra persona. Ni más, ni menos.

Percatándose de que no podía vernos bien desde donde estaba sentado, se levantó y, echando una pierna por encima del respaldo de una silla, se inclinó sobre ella, quedando con un pie sobre el asiento de la silla y el otro en el suelo.

—Bueno, Joe Gargery, soy portador de una oferta para desembarazarle de este aprendiz suyo. ¿Tendría usted inconveniente en cancelar su compromiso, a su petición y para su bien? ¿Desearía usted algo en compensación?

—¡Dios me libre de pedir cosa alguna por no ser un estorbo en el camino de Pip! —dijo Joe, abriendo mucho los ojos.

—Esto es muy piadoso, pero no viene al caso —repuso el señor Jaggers—. La pregunta es: ¿Desearía usted algo? ¿Quiere usted algo?

—La respuesta es —replicó severamente Joe—: no.

Me pareció que el señor Jaggers miraba a Joe como si le considerara un tonto por su desinterés. Pero yo estaba demasiado turbado por la curiosidad y la sorpresa para estar seguro de ello.

—Está bien —dijo el señor Jaggers—. Recuerde lo que acaba de decir y no trate de volverse atrás dentro de poco.

—¿Quién va a tratar de volverse atrás? —preguntó Joe.

—Yo no digo que nadie trate de hacerlo. ¿Tiene usted perro?

—Sí, tengo uno.

—Tenga usted presente entonces que *Baladrón* es un buen perro, pero *Agarrafirme* es mejor. ¿Lo tendrá usted presente? —repitió el señor Jaggers, cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia Joe, como si le perdonara por algo —. Ahora, volviendo a este amiguito, la comunicación que he de hacerles es que tiene un gran porvenir.

Joe y yo nos miramos boquiabiertos.

—Tengo encargo de comunicarle —dijo el señor Jaggers, disparándome el dedo de refilón— que está destinado a poseer una bonita fortuna. Además, el actual propietario de esta fortuna desea que abandone inmediatamente este lugar

y la esfera social en que vive, para ser educado como un caballero; en una palabra, como un joven de gran porvenir.

Mi sueño se realizaba; mi loca fantasía se veía sobrepasada por la pura realidad; la señorita Havisham iba a hacer mi fortuna a gran escala.

—Ahora, señor Pip —prosiguió el abogado—, para lo que me queda por decir, me dirijo a usted. Ha de entender usted en primer lugar que la persona de quien recibo mis instrucciones exige que lleve usted siempre el nombre de Pip. Me figuro que no hallará usted ningún inconveniente en que su gran porvenir se vea gravado por esta sencilla condición. Pero si tiene usted algún inconveniente, ahora es el momento de declararlo.

Mi corazón latía tan precipitadamente, y los oídos me zumbaban de tal modo, que apenas pude balbucear que no tenía inconveniente alguno.

—¡Naturalmente! Ahora ha de entender usted, señor Pip, en segundo lugar, que el nombre de su generoso bienhechor ha de permanecer en el más absoluto secreto hasta que esta persona quiera revelarlo. Estoy autorizado para decir que la persona en cuestión piensa revelárselo en persona, directamente y de palabra. ¿Cuándo cumplirá este propósito? No puedo decirlo; no puede decirlo nadie. Pueden pasar años… Usted ha de entender claramente que le está prohibido del todo hacer ninguna investigación a este efecto o aludir, aunque sea de un modo lejano, a ninguna persona determinada como a la persona en cuestión en los tratos que habrá de tener conmigo. Si abriga usted una sospecha, guárdela para sí. Nada importa en absoluto cuáles sean las razones de esta prohibición; pueden ser razones muy poderosas y graves o pueden ser mero capricho. No es cosa que deba usted investigar. La condición está clara. Que usted la acepte y se obligue a cumplirla es la última exigencia de la persona de quien he recibido las instrucciones y respecto a la cual no tengo otra responsabilidad. Esta persona es la persona a quien usted deberá su porvenir, y el secreto sólo es compartido por ella y por mí. Tampoco ésta me parece una condición difícil como gravamen de un parecido encumbramiento; pero si usted encuentra en ella algún obstáculo, es éste el momento de decirlo. Hable usted.

Otra vez balbucí con dificultad que no encontraba ningún obstáculo.

—¡Naturalmente! Ahora, señor Pip, he terminado con mis condiciones. —Aunque me llamaba señor Pip y empezaba a tratarme con cierto respeto, aún no podía despojarse de cierto aire de amenaza y de sospecha; y hasta de vez en cuando cerraba los ojos y me disparaba el dedo al hablar, como para expresar que, si quisiera, podría revelar de mí un montón de cosas denigrantes—.

Pasemos ahora a los detalles del arreglo. Ha de saber usted, que aunque he usado más de una vez el término «porvenir», usted no dispone solamente del porvenir. Hay ya depositada en mis manos una suma más que suficiente para su adecuada educación y mantenimiento. Me hará usted el favor de considerarme su tutor. ¡Oh! —porque yo iba a darle las gracias—. De antemano le digo que me pagan por mis servicios; de otro modo no los prestaría. Se estima que usted debe ser mejor educado, en consonancia con su nueva posición, y que se hará cargo de la importancia y necesidad de entrar en el acto a gozar de esta ventaja.

Dije que siempre lo había deseado.

—Nada importa lo que usted haya deseado, señor Pip —replicó—; con que lo desee ahora, es suficiente. ¿He de entender que está usted dispuesto a ponerse en seguida bajo el cuidado de un preceptor competente? ¿Es así?

Tartamudeé que sí, que así era.

—Bueno. Ahora hay que consultar sus inclinaciones. No me parece muy juicioso, pero éstas son mis instrucciones. ¿Conoce usted algún preceptor que prefiera a cualquier otro?

Nunca había oído hablar de otro preceptor que Biddy y la tía abuela del señor Wopsle; así pues, respondí negativamente.

—Hay un preceptor, a quien conozco algo, y que me parece a propósito para el caso —dijo el señor Jaggers—. Yo no lo recomiendo, obsérvelo bien; porque yo nunca recomiendo a nadie. El caballero de quien hablo es un tal señor Matthew Pocket.

¡Ah! En el acto recordé el nombre. Era el pariente de la señorita Havisham. El Matthew de quien habían hablado el señor y la señora Camilla. El Matthew cuyo lugar estaría a la cabeza de la señorita Havisham cuando ésta yaciese muerta, con su traje de novia sobre la mesa nupcial.

—¿Usted conoce el nombre? —preguntó el señor Jaggers, dirigiéndome una mirada sutil y cerrando luego los ojos, en tanto que aguardaba mi respuesta.

Respondí que conocía el nombre.

—¡Oh! —dijo él—. Usted conoce el nombre. Pero la cuestión es: ¿qué le parece?

Yo le dije o traté de decirle que le estaba muy agradecido por su recomendación.

—No, ¡mi joven amigo! —interrumpió, meneando muy despacio su gran cabeza—. ¡Recuerde usted!

No recordando nada, empecé otra vez a decirle que le quedaba muy

agradecido por su recomendación.

—No, mi joven amigo —interrumpió nuevamente meneando la cabeza, reprendiéndome y sonriendo a un tiempo—, no, no, no; esto está muy bien, pero es inútil; es usted demasiado joven para hacerme decir lo que no quiero. Recomendación no es la palabra, señor Pip; busque usted otra.

Corrigiéndome entonces, dije que le estaba muy reconocido por haber mencionado al señor Matthew Pocket.

—¡*Esto* está mejor! —exclamó el señor Jaggers.

—Y —añadí— me complacería estudiar con ese caballero.

—Bien, será mejor que lo haga en su propia casa. Le prepararemos el camino, y usted podrá ver primero a su hijo que está en Londres. ¿Cuándo quiere usted ir a Londres?

Dije (mirando a Joe, quien nos contemplaba inmóvil) que suponía que podría ir en seguida.

—Antes —dijo el señor Jaggers— tendría que tener un traje nuevo, y no ha de ser un traje de obrero. Pongamos dentro de una semana. Necesitará usted dinero. ¿Le parece bien que le deje veinte guineas?

Sacó una larga bolsa con la mayor indiferencia, y contó las monedas encima de la mesa y las empujó hacia mí. Entonces fue cuando por primera vez quitó la pierna de la silla. Se sentó a horcajadas en ella después de empujar el dinero y balanceó la bolsa mirando a Joe.

—¡Bien, Joe Gargery! Parece que se ha quedado usted patitieso.

—¡Lo estoy! —dijo Joe muy decidido.

—¿Recuerda que hemos quedado en que no quería usted nada para sí?

—Quedó entendido —dijo Joe—. Y está entendido; y lo estará para siempre jamás.

—Pero ¿qué le parecería —dijo el señor Jaggers, balanceando su bolsillo— si yo tuviese el encargo de hacerle un regalo como compensación?

—¿Como compensación de qué? —preguntó Joe.

—De la pérdida de su aprendiz.

Joe me puso la mano en el hombro con la delicadeza de una mujer. A menudo he pensado en él, desde entonces, como en el martillo de vapor que puede aplastar a un hombre o acariciar sin resquebrajar una cáscara de huevo en su combinación de fuerza y suavidad.

—Con todo el corazón le digo que Pip queda libre desde este instante para irse a gozar de su honor y su fortuna —dijo Joe—. Pero si usted se figura que el

dinero puede compensarme de la pérdida de aquel niño que vino a la herrería y en el que siempre he tenido al mejor amigo…

¡Oh, querido Joe, a quien yo con tanta ingratitud me sentía dispuesto a dejar, todavía te veo con tu fuerte brazo de herrero ante los ojos y con tu ancho pecho jadeando, mientras tu voz se debilita!… ¡Oh querido Joe, bueno, fiel, tierno Joe, todavía siento el amoroso temblor de tu mano sobre mi brazo, tan solemnemente como si fuese el roce de un ala de ángel!

Pero en aquel momento le animé. Me hallaba perdido en el laberinto de mi futura fortuna y no podía volver a recorrer los atajos que habíamos pisado juntos. Rogué a Joe que se consolara, porque (como él decía) habíamos sido siempre los mejores amigos, y (como decía yo) siempre sería así. Joe se frotaba los ojos con el puño que le quedaba libre, como si estuviese empeñado en arrancárselos, pero no dijo una palabra más.

El señor Jaggers había contemplado todo esto como si reconociera en Joe al tonto del lugar, y en mí a su guardián. Al final dijo, sopesando la bolsa que había dejado de balancear:

—Bueno, Joe Gargery, le advierto que ésta es su última oportunidad. Conmigo no valen medias tintas. Si usted piensa aceptar el regalo que tengo el encargo de hacerle, hable de una vez y será suyo. Si, por el contrario, usted me dice… (Aquí, con gran asombro por su parte, fue interrumpido por Joe, que se puso a dar vueltas a su alrededor con todas las señales de abrigar intenciones pugilísticas).

—¡Lo que digo —exclamó Joe— es que si usted ha venido a mi casa para acosarme y fastidiarme, ya puede salir de aquí! Lo que digo es que si es usted un hombre, acérquese a probarlo. Lo que digo es que cuando digo una cosa la digo de veras y la sostengo hasta el fin.

Me llevé a Joe aparte, y se calmó inmediatamente, limitándose a manifestarme, de un modo deferente y como una especie de reconvención general para todos aquellos a quienes pudiese interesar, que no iba a consentir que fuesen a marearle en su propia casa. El señor Jaggers se había levantado al empezar Joe sus demostraciones, y había retrocedido hasta cerca de la puerta. Sin mostrar deseo alguno de volver a entrar, formuló sus observaciones de despedida. Éstas fueron:

—Bueno, señor Pip, puesto que ha de ser usted un caballero, creo que cuanto antes salga usted de aquí mejor. Dejémoslo para dentro de una semana, y entretanto recibirá mi dirección impresa. Puede alquilar un coche en el despacho

de diligencias de Londres e ir inmediatamente a mi casa. Entienda que no expreso ninguna opinión favorable ni desfavorable acerca de la misión que se me ha confiado. Me pagan para que la cumpla y la cumplo. Entienda bien esto. ¡Entiéndalo usted!

Nos estaba disparando el índice a los dos, y creo que habría proseguido de no haber sido porque la actitud de Joe le pareció peligrosa, y se fue.

Se me ocurrió entonces algo que me indujo a correr tras él, mientras se dirigía a los Alegres Barqueros, donde había dejado su coche de alquiler.

—Perdone usted, señor Jaggers.

—¡Hola! —dijo volviéndose—, ¿qué ocurre?

—Deseo obrar con rectitud, señor Jaggers, y seguir en todo sus instrucciones; así que he pensado que valía más que se lo preguntara. ¿Habría algún inconveniente en que me despidiera de alguien que conozco antes de irme?

—No —dijo él, mirándome como si no acabara de comprenderme.

—¡No aquí en el pueblo, sino en la villa!

—No —dijo—. Ningún inconveniente.

Le di las gracias y volví corriendo a casa, donde encontré a Joe que había cerrado la puerta principal y abandonado la sala, y estaba en la cocina sentado junto al fuego con una mano en cada rodilla y los ojos fijos en las llamas. Yo también me senté ante el fuego y me puse a contemplar los carbones, y durante mucho tiempo nadie dijo una palabra.

Mi hermana estaba en el rincón de siempre en su silla de almohadones y Biddy cosía sentada ante el fuego, y Joe estaba a su lado y yo al de Joe en el rincón opuesto al de mi hermana. Cuanto más miraba los carbones encendidos, más incapaz me sentía de mirar a Joe; cuanto más duraba el silencio, más difícil se me hacía hablar.

Finalmente me decidí:

—Joe, ¿se lo has dicho a Biddy?

—No, Pip —respondió, sin dejar de mirar al fuego y sujetándose fuertemente las rodillas como si tuviese conciencia de que quisieran escaparse—; lo he dejado para ti, Pip.

—Preferiría que se lo dijeras tú, Joe.

—Bueno, pues. Pip es un caballero rico —dijo Joe— y Dios se lo bendiga.

Biddy soltó su costura y me miró. Joe se apretó las rodillas y me miró. Yo los miré a ambos. Tras una pausa, los dos me felicitaron calurosamente; pero había en sus palabras una cierta nota de tristeza que me molestó un poco.

Tomé a mi cargo hacer presente a Biddy (y por medio de Biddy a Joe) la grave obligación en que, según yo, estaban mis familiares de no saber ni decir nada respecto al autor de mi fortuna. Todo se sabría a su tiempo, observé, y entretanto lo único que podía decirse era que se me ofrecía un gran porvenir gracias a un misterioso protector. Biddy movió la cabeza con ademán pensativo, mirando al fuego, mientras volvía a tomar su labor, y dijo que lo tendría muy presente, y Joe, reteniendo aún sus rodillas, dijo:

—Sí, sí, yo también lo tendré muy presente, Pip.

Y luego volvieron a felicitarme y expresaron tanta maravilla ante la idea de verme convertido en un caballero que acabaron por hacerme muy poca gracia.

Luego Biddy se tomó un trabajo infinito para hacer comprender a mi hermana algo de lo que estaba ocurriendo. Me pareció que sus esfuerzos resultaban totalmente infructuosos. Mi hermana se rió y movió la cabeza muchísimas veces y hasta repitió con Biddy las palabras: «Pip» y «fortuna». Pero dudo que les diese más sentido del que puede tener un lema electoral, y no puedo sugerir una imagen más sombría del estado de su mente.

Nunca lo habría creído de no haberlo experimentado, pero a medida que Joe y Biddy recobraban su alegría natural, yo me sentía más triste. Desde luego, no podía estar descontento de mi suerte, pero es posible que estuviera, sin saberlo, descontento de mí mismo.

Comoquiera que fuese, permanecía sentado con el codo en la rodilla y el rostro apoyado en la mano, mirando al fuego, mientras aquellos dos hablaban de mi marcha y de cómo se las arreglarían sin mí, y de todo lo demás. Y cada vez que sorprendía a uno de ellos mirándome, aunque nunca lo habían hecho con más cariño (y me miraban a menudo, especialmente Biddy), me sentía ofendido; como si expresaran alguna desconfianza en mí. Aunque Dios sabe bien que jamás lo hicieron ni con palabras ni con actos.

En estas ocasiones me levantaba y salía a mirar a la puerta, porque la puerta de nuestra cocina se abría al exterior y en las noches de verano se dejaba abierta para airear la estancia. Temo que hasta las estrellas hacia las que levantaba mis ojos me parecían unas estrellas pobres y humildes por brillar sobre los rústicos objetos entre los cuales había pasado mi vida.

—El sábado por la noche —dije, en cuanto nos sentamos a consumir nuestra cena de pan, queso y cerveza—. ¡Cinco días más y estaremos en la víspera! Pronto pasarán.

—Sí, Pip —observó Joe, cuya voz sonó hueca en su jarro de cerveza—.

Pronto pasarán.

—Pronto, pronto pasarán —dijo Biddy.

—Estaba pensando, Joe, que cuando vaya el lunes a la villa a encargar mi traje nuevo, diré al sastre que iré a ponérmelo allí, o que me lo mande a casa del señor Pumblechook. Sería muy desagradable ser mirado como una rareza por la gente del lugar.

—Sin embargo, Pip, al señor y a la señora Hubble les gustaría poder verte con tus ropas de señor —dijo Joe, cortando afanosamente su pan con queso sobre la palma de la mano izquierda y lanzando una mirada a la cena que yo no había tocado aún, como si pensara en el tiempo en que solíamos comparar nuestros bocados—. Y a Wopsle, también. Y en los Alegres Barqueros lo tomarían todos como una atención.

—Esto es precisamente lo que yo no quiero, Joe. Meterían tanto ruido con ello (ruido vulgar y ordinario) que no podría soportarme a mí mismo.

—¡Ah, buena es ésta, Pip! —dijo Joe—. Si tú no puedes soportarte a ti mismo…

Biddy me preguntó mientras sostenía el plato de mi hermana:

—¿Has pensado, Pip, cuándo te mostrarás al señor Gargery y a tu hermana y a mí? Porque de nosotros, sí que te dejarás ver, ¿no es cierto?

—Biddy —repliqué algo resentido—, eres tan lista que apenas se te puede seguir.

—Siempre ha sido lista —observó Joe.

—Si hubieras aguardado un momento, Biddy, me habrías oído decir que pienso traer las ropas en un lío una noche, posiblemente la noche antes de mi partida.

Biddy no habló más. Perdonándola generosamente, pronto cambié con ella y con Joe un afectuoso «buenas noches», y me fui a la cama. Cuando llegué a mi cuartito, me senté y lo contemplé largamente, como un mezquino cuartito que pronto iba a cambiar, para siempre, por otro más distinguido. Estaba poblado de jóvenes y recientes recuerdos, e incluso en aquel momento caí en aquel estado de confusión en que no sabía si lo preferiría a las elegantes habitaciones que iba a ocupar, igual que otras veces había dudado entre si prefería la herrería o la casa de la señorita Havisham, si a Biddy o a Estella.

El sol había estado cayendo todo el día sobre el tejado de la buhardilla y hacía un calor sofocante. Al abrir la ventana y asomarme fuera vi a Joe que salía despacio por la oscura puerta de abajo y daba unos paseos al aire libre. Luego vi

salir a Biddy y traerle su pipa y encendérsela. Joe no fumaba nunca a estas horas y esto me pareció indicar que por una u otra razón necesitaba consuelo.

Poco después, se detuvo en la puerta, justo debajo de mi ventana; y Biddy se quedó a su lado hablándole a media voz, y comprendí que hablaban de mí porque más de una vez les oí pronunciar mi nombre con acento cariñoso. No habría querido oír más aunque hubiera podido; así pues, me retiré de la ventana y me senté en mi única silla al lado de la cama, sintiendo que era muy triste y raro que esa noche, que era la primera de mi brillante fortuna, fuese la más solitaria que había conocido.

Mirando por la ventana abierta veía flotar leves anillos de humo de la pipa de Joe y me imaginé que eran una bendición suya: no como una imposición o un alarde por su parte, sino algo que llenaba el aire que ambos respirábamos. Apagué la luz y me metí en la cama, y la encontré tan incómoda entonces, que no pude lograr en ella el sueño reparador de antaño.

CAPÍTULO XIX

La mañana trajo una considerable diferencia en mi perspectiva general de la vida y la animó tanto que apenas me pareció la misma. Lo que más pesaba en mi espíritu era la consideración de que sólo faltaban seis días para mi marcha; porque no podía quitarme la aprensión de que en este tiempo algo podía ocurrir en Londres, y que al llegar yo allí, la ciudad podía estar medio en ruinas o haber desaparecido del todo.

Joe y Biddy se mostraban muy comprensivos y cariñosos cuando hablaba de nuestra próxima separación; pero sólo se referían a ella cuando lo hacía yo. Después del desayuno, Joe sacó del armario de la sala mi contrato de aprendizaje y lo echamos al fuego, con lo que me sentí libre. Lleno de la novedad de mi emancipación fui a la iglesia con Joe y pensé que el clérigo tal vez no habría leído lo del rico y el reino de los cielos si hubiera estado al corriente de todo.

Después de nuestro almuerzo salí a pasear solo, con el propósito de despedirme cuanto antes de los marjales y acabar de una vez. Al pasar por delante de la iglesia sentí (como había sentido durante el servicio de la mañana) una sublime compasión por las pobres criaturas destinadas a ir allí, domingo tras domingo, durante toda su vida y a yacer oscuramente al fin de ella entre los verdes montículos. Me prometí hacer algo por ellos un día u otro, y tracé las líneas generales de un plan para obsequiar con una comida de carne asada, con pudín, un cuartillo de cerveza y un azumbre de condescendencia a cada uno de los habitantes del lugar.

Si antes había pensado a menudo con algo parecido a la vergüenza en mis relaciones con el fugitivo a quien había visto cojear entre aquellas sepulturas, ¡cuáles no serían mis pensamientos este domingo, cuando el lugar me recordaba

a aquel desgraciado harapiento y tembloroso, con su grillete y su traje de presidiario! Lo que me consolaba era que esto había ocurrido hacía mucho tiempo, que seguramente él había sido trasladado muy lejos, y que estaba muerto para mí, y que además podía estar muerto de verdad.

Basta ya de tierras bajas y pantanosas, basta ya de diques y compuertas, basta ya de aquel ganado que rozaba la hierba… aunque ahora parecía, a su modo soñoliento, tener un aire más respetuoso y volverse para poder mirar el mayor tiempo posible al dueño de tan gran porvenir. ¡Adiós, monótonas amistades de mi infancia! ¡De ahora en adelante pertenezco a Londres y a sus grandezas; no a vosotros ni al menester de la herrería! Me dirigí exultante a la antigua batería y, habiéndome tendido allí a reflexionar acerca de si la señorita Havisham me destinaba o no a Estella, me quedé dormido.

Cuando desperté me sorprendí al encontrar a Joe sentado a mi lado y fumando su pipa. Me saludó con una alegre sonrisa y dijo:

—Como es la última vez, Pip, he querido seguirte.

—Y yo, Joe, me alegro mucho de que lo hayas hecho.

—Gracias, Pip.

—Puedes estar seguro, querido Joe —continué, después de haber estrechado su mano—, de que nunca te olvidaré.

—¡No, no, Pip! —dijo Joe con tono consolador—. De esto estoy seguro. ¡Sí, sí, querido! Dios te bendiga; no hay que darle muchas vueltas a una cosa para estar seguro de ella. Pero ésta costó un poco de meter en la mollera; el cambio vino tan de repente, ¿no es cierto?

En cierto modo me disgustaba que Joe se mostrara tan seguro de mí. Me habría gustado advertir en él alguna emoción, o que hubiera dicho: «esto te honra, Pip», o algo por el estilo. Por tanto, no hice observación alguna sobre la primera parte de su respuesta y por lo que se refiere a la segunda, dije sólo que, en efecto, la noticia había llegado muy de repente, pero que yo siempre había deseado ser un caballero, y muchas veces había hecho cálculos sobre lo que haría si llegaba a serlo.

—¿Eso hacías? —dijo Joe—. ¡Es asombroso!

—Resulta una lástima ahora, Joe —dije yo—, que tú no hicieras más progresos cuando dábamos nuestras lecciones aquí, ¿no es cierto?

—No lo sé —respondió Joe—. ¡Soy tan torpe! No entiendo más que de mi oficio. Siempre ha sido una lástima tener la cabeza tan dura; pero no es más de lamentar ahora de lo que lo era hace un año. ¿No te parece?

Lo que yo había querido decir era que, cuando yo entrara en posesión de mi fortuna y estuviera en situación de hacer algo por Joe, habría sido mucho mejor si él hubiera estado más preparado para mejorar de posición. Sin embargo, era tan completamente inocente del significado de mis palabras que creí preferible hablar de ello con Biddy.

Así, cuando hubimos vuelto a casa y tomado el té, me llevé a Biddy a nuestro huertecito al lado del callejón, y, después de decir de un modo general, para darle ánimos, que nunca la olvidaría, le dije que tenía que pedirle un favor.

—Y es, Biddy —dije—, que no pierdas ninguna oportunidad de ayudar un poco a Joe.

—¿De ayudarle a qué? —preguntó, mirándome con firmeza.

—¡Bien! Joe es un buen muchacho, en realidad, creo que el mejor muchacho que existe, pero está un poco atrasado en algunas cosas. Por ejemplo, Biddy, en su instrucción y en sus modales.

Aunque, mientras hablaba, estuve mirando a Biddy, y aunque ella abrió mucho los ojos después de oírme, no me miró.

—¡Oh, sus modales! ¿Entonces sus modales no son buenos? —preguntó Biddy, arrancando una hoja de grosellero.

—Querida Biddy, están muy bien para un lugar como éste.

—¡Oh! ¿Están bien para un lugar como éste? —interrumpió Biddy, fijando su atención en la hoja que tenía en la mano.

—Déjame acabar; pero si yo, al entrar en posesión de mi fortuna, hiciera entrar a Joe en una esfera superior, como pienso hacerlo, no le harían mucho favor.

—¿Y no crees tú que él lo sabe? —preguntó Biddy.

Era una pregunta tan irritante (porque nunca se me había ocurrido ni por asomo) que dije bruscamente:

—Biddy, ¿qué quieres decir?

Biddy, después de estrujar la hoja entre sus manos —y el olor del grosellero me ha recordado desde entonces aquella noche en el huertecito junto al callejón —, dijo:

—¿No has pensado nunca que él puede tener su orgullo?

—¡Su orgullo! —repetí con desdeñoso énfasis.

—¡Oh!, hay muchas clases de orgullo —dijo Biddy mirándome de frente y meneando la cabeza—; el orgullo no es siempre de una misma clase.

—¡Bien! ¿Por qué te detienes? —dije.

—No todo es de la misma clase —continuó Biddy—. Él puede tener demasiado orgullo para dejar que nadie le saque de una esfera donde emplea bien sus capacidades y ocupa su puesto con dignidad. A decir verdad, creo que tiene este orgullo; aunque parezca en mí atrevido decirlo, porque tú debes conocerle mejor que yo.

—Bueno, Biddy —dije yo—. Me duele mucho ver esto en ti. No lo esperaba. Eres envidiosa, Biddy, y además, malévola. Estás descontenta de mi cambio de fortuna y no puedes disimularlo.

—Si tienes el valor de pensar eso —replicó Biddy—, dilo. Dilo tantas veces como quieras, si tienes el valor de pensarlo.

—Si tú tienes el valor de ser así, querrás decir, Biddy —dije yo en un tono virtuoso y superior—; no me lo achaques a mí. Me duele mucho verlo, y es un lado malo de la naturaleza humana. Yo me proponía pedirte que aprovecharas todas las pequeñas oportunidades que se te ofrezcan cuando me haya marchado, de instruir al querido Joe. Pero después de esto, no te pido nada. Me duele muchísimo ver esto en ti, Biddy —repetí—. Es… es un lado malo de la naturaleza humana.

—Tanto si me censuras como si me apruebas —repuso la pobre Biddy— puedes confiar en que haré todo lo que esté en mi mano, aquí y siempre. Y por mucho que haya perdido en tu opinión, siempre te recordaré del mismo modo. No obstante, un caballero no debe ser injusto —dijo Biddy volviendo el rostro.

Le repetí con calor que aquél era un lado malo de la naturaleza humana (sentimiento en el cual, aunque aplicado a distinta persona, he tenido después motivos para pensar que estaba en lo cierto) y me alejé de Biddy por el pequeño sendero. Biddy entró en la casa y yo salí por el portillo del huerto a dar un triste paseo hasta la hora de la cena; sintiendo otra vez como algo muy raro y penoso que la segunda noche de mi fortuna fuera tan solitaria y desagradable como la primera.

Pero la mañana volvió a alegrar mis ideas; otorgué mi perdón a Biddy y no hablamos más del asunto. Poniéndome el mejor traje de que disponía, me encaminé a la villa tan pronto como podía esperar encontrar las tiendas abiertas, y me presenté ante el señor Trabb, el sastre, el cual se hallaba en la trastienda tomando su desayuno y, no creyendo que valiese la pena salir a atenderme, me llamó, en cambio, para que entrase yo.

—¡Bien! —dijo el señor Trabb en un tono de indiferente protección—. ¿Cómo está usted, y qué desea?

El señor Trabb había cortado su panecillo caliente en tres rebanadas y las untaba generosamente con mantequilla. Era un próspero solterón y su ventana abierta daba a un próspero jardincillo y a un próspero huertecito, y en la pared, junto a la chimenea, había una próspera caja de caudales, y no dudo que en sus sacos había guardados montones de prosperidad.

—Señor Trabb —dije yo—, no es grato tener que mencionarlo, pues parece una fanfarronada, pero es el caso que he entrado a gozar de una brillante posición.

Hubo un cambio en el señor Trabb. Olvidó su pan con mantequilla, se levantó y se limpió los dedos en el mantel, exclamando:

—¡Dios me bendiga!

—Voy a reunirme con mi tutor en Londres —dije, sacando como al descuido unas guineas de mi bolsillo y contemplándolas—; y necesito para ello un traje a la moda. Quiero pagarlo al contado —añadí, pensando que, de otro modo, no me lo haría de veras.

—Querido señor —dijo el señor Trabb, mientras se inclinaba respetuosamente, abría los brazos y se tomaba la libertad de tocarme en ambos codos—, no me ofenda usted diciendo esto. ¿Puedo atreverme a felicitarle? ¿Quiere usted hacerme el obsequio de pasar a la tienda?

El aprendiz del señor Trabb era el muchacho más descarado de toda la comarca. Al llegar yo, estaba barriendo la tienda y había endulzado su tarea echándome las barreduras encima. Todavía estaba barriendo cuando volví a la tienda en compañía del señor Trabb, y se puso a golpear con la escoba todos los rincones y obstáculos posibles para afirmar (a lo que me pareció) su igualdad con cualquier herrero, vivo o muerto.

—¡Acaba con ese ruido —dijo el señor Trabb con la mayor severidad— o te rompo la cabeza! Tenga usted la bondad de sentarse, señor. Vea usted —agregó, bajando una pieza de paño y extendiéndola sobre el mostrador, antes de meter la mano por debajo para hacer notar su brillo—, es un género muy fino. Lo puedo recomendar para lo que usted desea, caballero, porque, verdaderamente, es de lo mejor. Pero le enseñaré otros. ¡Dame el número cuatro, tú! (al muchacho y acompañándolo de una mirada terriblemente severa, pues preveía el peligro de que aquel malandrín me lo restregara o mostrara cualquier otra señal de familiaridad).

El señor Trabb no apartó del muchacho su severa mirada hasta que hubo depositado el número cuatro sobre el mostrador, y volvió a hallarse a una

distancia conveniente. Después le mandó traer el número cinco y el número ocho.

—Y no me hagas una travesura de las tuyas, pequeño malandrín —le dijo— o te vas a acordar toda tu vida.

Luego el señor Trabb se inclinó sobre el número cuatro, y en una especie de deferente confidencia me lo recomendó como un género ligero para el verano, un género muy en boga entre la nobleza y la gente de rango, un género con el que sería un gran honor para él vestir a un conciudadano distinguido (si es que como a tal le permitía considerarme).

—¿Traes esos números cinco y ocho, tú, vagabundo —dijo el señor Trabb después de esto, dirigiéndose al muchacho— o tendré que echarte a puntapiés de la tienda y traerlos yo mismo?

Y elegí la tela para un traje, ayudado por los consejos del señor Trabb y volví a la trastienda para que me tomase las medidas. Porque, aunque el señor Trabb tenía ya mis medidas y hasta entonces le habían bastado, me dijo en tono de excusa que, en las actuales circunstancias, no serían suficientes. Así pues, me midió y me calculó, en la trastienda, como si yo fuera una finca y él el más escrupuloso agrimensor, y se tomó tantísimo trabajo que llegué a dudar de que el precio de ningún traje alcanzara a recompensarle por sus molestias. Cuando por fin hubo terminado y se hubo convenido que mandaría los artículos a casa del señor Pumblechook el jueves por la tarde, me dijo, con la mano en el picaporte de la trastienda:

—Ya sé, señor, que no se puede esperar que los caballeros de Londres favorezcan, como regla general, a un sastre de provincias, pero si usted en calidad de paisano quisiera de vez en cuando darme una oportunidad, se lo estimaría muchísimo. Buenos días, señor; muy agradecido… ¡La puerta!

Estas últimas palabras fueron dirigidas al muchacho, que no tenía la menor idea de lo que querían significar. Pero le vi quedarse anonadado al ver que su amo me acompañaba y me abría la puerta con sus propias manos; y mi primera experiencia definida del estupendo poder del dinero fue que éste, moralmente, había tumbado de espaldas al aprendiz de Trabb.

Después de este memorable acontecimiento fui a casa del sombrerero y del zapatero y del calcetero, y me sentí un poco como el perro de la tía Hubbard, cuyo equipo requería el concurso de tantos oficios[12]. También fui al despacho de las diligencias y tomé un asiento para el sábado por la mañana, a las siete. No

fue necesario explicar a todo el mundo el cambio de mi posición; pero cada vez que dije algo a este efecto, se siguió que el comerciante respectivo dejó de tener su atención distraída por el tráfico de la calle y la concentró por entero en mi persona. Cuando hube encargado todo lo que necesitaba, enderecé mis pasos a casa de Pumblechook y, al acercarme al establecimiento comercial de aquel caballero, le vi de pie en la puerta.

Me aguardaba con gran impaciencia. Había salido por la mañana temprano en su carruaje y había estado en la herrería, donde le dieron la noticia. Me tenía preparada una colación en la sala Barnwell, y también ordenó a su dependiente «que se quitara del paso», al entrar mi sagrada persona.

—Mi querido amigo —me dijo, tomándome ambas manos, cuando él y yo y la colación estuvimos solos—, le felicito por su buena suerte. ¡Muy merecida, muy merecida!

Esto sí que era ir al caso, y me pareció una manera muy razonable de expresarse.

—Pensar —dijo el señor Pumblechook, después de contemplarme resoplando de admiración durante un buen momento— que uno ha sido el humilde instrumento que ha conducido a este resultado es una recompensa que le hace sentirse orgulloso.

Rogué al señor Pumblechook que tuviera presente que sobre este particular no había que decir, ni siquiera insinuar, nada.

—Mi joven y querido amigo —dijo el señor Pumblechook—, si me permite que le llame así…

Yo murmuré: «Ciertamente», y el señor Pumblechook me tomó otra vez las dos manos, y comunicó a su chaleco un movimiento que tenía algo de emotivo, aunque la prenda estaba bastante caída.

—Mi joven y querido amigo, cuente con que durante su ausencia haré todo lo posible para que Joe no deje de recordarlo… ¡Joe! —dijo el señor Pumblechook a modo de compasiva adjuración—. ¡¡Joe!! ¡¡¡Joe!!! —Con lo cual meneó la cabeza y se la golpeó para expresar su concepto de la capacidad intelectual de Joe—. Pero mi joven y querido amigo —dijo a continuación—, debe de estar usted hambriento, debe de estar agotado. Siéntese usted. Aquí hay un pollo traído del Jabalí, aquí hay una lengua traída del Jabalí, aquí hay una o dos cositas traídas del Jabalí, que espero no desdeñará usted. Pero ¿realmente veo yo ante mí —dijo el señor Pumblechook levantándose un momento después

de haberse sentado— a aquel con quien jugaba siempre en los días felices de su infancia? ¿Y puedo…, puedo…?

Este «puedo yo» quería decir: ¿puedo yo estrechar su mano? Yo consentí. Él lo hizo fervorosamente y volvió a sentarse.

—Aquí hay vino —dijo—. ¡Bebamos en agradecimiento a la Fortuna, y ojalá ella elija siempre a sus favorecidos con el mismo acierto! Y no obstante, no puedo —dijo el señor Pumblechook, volviendo a levantarse— ver ante mí a… y beber a la salud de… sin volver a expresar… ¿Puedo…, puedo…?

Dije que podía, y me volvió a estrechar la mano y vació su copa y la volvió boca abajo. Yo hice lo mismo y, si me hubiera puesto boca abajo antes de beber, el vino no habría podido ir más directamente a mi cabeza de lo que fue entonces.

El señor Pumblechook me sirvió un alón de pollo y la mejor tajada de la lengua (nada de rebañaduras de cerdo ahora) y, comparativamente hablando, no se preocupó de sí mismo.

—¡Ah, pollo, pollo! Poco te figurabas —dijo apostrofando al ave que había en el plato—, cuando no eras más que un polluelo, lo que te estaba reservado. Poco te figurabas que ibas a servir de refrigerio, bajo este humilde techo, a quien… llámele usted debilidad, si quiere —dijo el señor Pumblechook, volviendo a levantarse—, pero ¿puedo? ¿Puedo…?

Empezaba a ser innecesario que repitiese la formalidad de preguntar si podía; así pues, lo hizo en seguida. Cómo pudo hacerlo tan a menudo sin hacerse daño con mi cuchillo es cosa que no entiendo.

—¡Y su hermana —continuó después de comer un rato sin interrupción—, que tuvo el honor de criarle a usted a fuerza de mano! Es un triste cuadro, cuando se reflexiona que ya no está en condiciones de apreciar este honor. Puedo…

Vi lo que iba a venírseme otra vez encima y le atajé.

—Vamos a beber a su salud —dije.

—¡Ah! —exclamó el señor Pumblechook, retrepándose en su silla, deshecho de admiración—. ¡En esto es en lo que se conocen, sir! (No sé quién era ese sir, pero ciertamente no era yo, y no había otra persona presente). ¡En esto es en lo que se conocen los nobles corazones, sir! Siempre indulgente y siempre afable. A una persona vulgar puede parecerle una repetición, pero… —dijo el servil Pumblechook, dejando precipitadamente la copa sin vaciar y volviendo a levantarse— ¿puedo…?

Cuando lo hubo hecho, volvió a sentarse y brindó por mi hermana.

—No podemos ser ciegos —dijo el señor Pumblechook— a los defectos de su carácter, pero hemos de suponer que su intención era buena.

En esos momentos empecé a observar que su rostro se iba arrebolando; en cuanto a mí, sentía que toda la cara, empapada en vino, me escocía.

Indiqué al señor Pumblechook que deseaba que me mandaran el traje a su casa, y se quedó embelesado de que le distinguiera de tal modo. Le manifesté las razones que tenía para querer evitar la curiosidad del pueblo, y me las alabó hasta ponerlas por las nubes. ¿Había nadie, insinuó, tan digno como él de mi confianza, y… en resumen, podía…? Luego me preguntó tiernamente si recordaba nuestros juveniles juegos aritméticos, y cómo habíamos ido juntos a formalizar mi contrato de aprendizaje, y cómo, de hecho, él había sido siempre mi favorito y mi amigo del alma. Aunque yo hubiera bebido diez veces más vino del que había bebido, me habría dado cuenta de que él nunca había tenido esa relación conmigo, y, en el fondo de mi corazón, habría repudiado la idea. Pero, a pesar de todo, recuerdo que estaba convencido de haberle juzgado mal y de que era un hombre de los más bondadosos y razonables.

Poco a poco fue depositando tal confianza en mí, que me pidió consejo acerca de sus propios asuntos. Dijo que se le presentaba la mejor ocasión que nunca se hubiera presentado en aquel vecindario, o en ningún otro, para monopolizar el negocio de granos y semillas, en su propio establecimiento, siempre y cuando pudiera ampliarlo convenientemente. Lo único que se necesitaba para la realización de una vasta fortuna, consideraba él, era más capital. Éstas eran las dos palabritas, más capital. Ahora bien: él (Pumblechook) opinaba que si este capital era aportado al negocio por un socio comanditario, éste no necesitaría hacer otra cosa que dejarse caer cuando le viniese en gana, personalmente o por delegación, a examinar los libros —y llegarse dos veces al año a embolsar los beneficios, a razón de un cincuenta por ciento—; y esto le parecía que podía ser una oportunidad tal para un joven caballero de espíritu emprendedor, combinado con posibles, que a la fuerza había de merecer su atención.

Pero ¿qué me parecía? Él tenía una gran confianza en mi opinión. Yo le di como opinión mía: «¡Aguarde un poco!». La vastitud junto con la precisión de esta respuesta le impresionaron de tal modo que ya no me preguntó si podía estrecharme la mano, sino que dijo que realmente debía hacerlo y lo hizo.

Nos bebimos todo el vino, y el señor Pumblechook se comprometió una y otra vez a hacer que Joe se mantuviera a la altura (no sé a qué altura) y a

prestarme servicios eficientes y constantes (no sé qué servicios). También me hizo saber, por primera vez en mi vida, y ciertamente después de haberlo guardado maravillosamente en secreto, que siempre había dicho de mí: «Este muchacho se sale de lo ordinario, y, fíjense en lo que digo, su fortuna no será una fortuna ordinaria». Con una sonrisa lacrimosa dijo que era curioso que pensara ahora en ello, y yo dije que así era. Finalmente salí al aire con una oscura percepción de que había algo desusado en la luz del sol, y llegué, como en sueños, a la barrera del peazgo sin tener conciencia de haber pasado por la calle.

Allí me despertaron los gritos del señor Pumblechook, que me llamaba. Estaba casi al final de la calle soleada y me hacía expresivos ademanes para que me detuviera. Me detuve y él me alcanzó jadeando.

—No, querido amigo —dijo en cuanto recobró el aliento—. No será si puedo yo evitarlo. Esta ocasión no ha de pasar enteramente sin esta afabilidad de parte de usted. ¿Puedo yo, como antiguo amigo lleno de buenos deseos?… ¿Puedo?

Nos estrechamos la mano por centésima vez, por lo menos, y él ordenó muy indignado a un joven carretero que me dejara el paso libre. Después me dio su bendición y se quedó agitando la mano hasta que hube doblado el ángulo de la carretera; y entonces entré en un campo, y, antes de proseguir el camino hacia mi casa, eché un buen sueño a la sombra de un seto.

No era mucho el equipaje que debía llevar conmigo a Londres, pues eran muy pocos mis efectos adecuados a mi nueva posición. Pero empecé a arreglarlo aquella misma tarde, y sin ton ni son empaqueté cosas que sabía que había de menester a la mañana siguiente, para hacerme la ilusión de que no tenía momento que perder. Así pasaron el martes, el miércoles y el jueves; y el viernes por la mañana fui a casa del señor Pumblechook para ponerme mi traje nuevo y hacer una visita a la señorita Havisham. El señor Pumblechook me cedió su propia habitación para que me vistiera, y la adornó expresamente para el caso con toallas nuevas. Desde luego, mi traje me desilusionó un poco. Probablemente desde que existen trajes, cualquier traje nuevo esperado con afición ha dejado de colmar las esperanzas del que había de ponérselo. Pero después de una hora o así de llevar puesto el mío, y de haber hecho una infinidad de contorsiones ante el reducido espejo del señor Pumblechook en un vano esfuerzo para verme las piernas, pareció sentarme mejor. Como era día de mercado en una vecina población a unas diez millas de distancia, el señor Pumblechook no estaba en casa. Yo no le había dicho exactamente cuándo

pensaba marcharme y no era probable que tuviera que volver a estrecharle la mano antes de partir.

Por este lado marchaba bien la cosa; pero salí con mi nuevo atavío, terriblemente avergonzado de tener que pasar ante el dependiente, y temeroso de hacer una pobre figura no muy distinta de la que hacía Joe con su traje dominguero.

Fui a casa de la señorita Havisham, dando un rodeo por callejas apartadas y tiré del llamador con torpeza, a causa del embarazo que me producían los largos y rígidos dedos de mis guantes. Sarah Pocket salió a la verja y, materialmente, retrocedió al verme tan cambiado; su cara de nuez, de morena que era, se puso verde y amarilla.

—¿Tú? —dijo—. ¿Tú, Dios mío? ¿Qué quieres?

—Voy a Londres, señorita Pocket —respondí— y querría decir adiós a la señorita Havisham.

No se me esperaba, porque me dejó encerrado en el patio mientras iba a ver si se me quería recibir. Al cabo de unos instantes volvió y me condujó arriba, sin dejar de mirarme en todo el camino.

La señorita Havisham estaba haciendo ejercicio en la sala de la mesa puesta, apoyándose en su bastón. La estancia se hallaba iluminada como en otro tiempo, y al ruido de nuestra entrada se detuvo y se volvió. Estaba en aquel momento frente al apolillado pastel de boda.

—No se vaya, Sarah —dijo—. ¿Qué hay, Pip?

—Salgo mañana para Londres, señorita Havisham —yo medía cuidadosamente mis palabras—, y he pensado que no la molestaría si venía a despedirme.

—Estás muy elegante, Pip —dijo, haciendo trazos a mi alrededor con su bastón, como si fuese el hada madrina que me había transformado y estuviera otorgándome el don final.

—Desde que la vi por última vez, señorita Havisham, ha cambiado mucho mi posición —murmuré—. Y estoy muy agradecido por ello, señorita Havisham.

—¡Ya, ya! —dijo ella y mirando gozosa a la desconcertada y envidiosa Sarah —. He visto al señor Jaggers. Estoy enterada, Pip. Así que ¿te vas mañana?

—Sí, señorita Havisham.

—¿Y has sido adoptado por una persona rica?

—Sí, señorita Havisham.

—¿Que no se ha dado a conocer?

—No, señorita Havisham.

—¿Y el señor Jaggers es tu tutor?

—Sí, señorita Havisham.

Se regodeaba con estas preguntas y respuestas; tan vivo era el placer que hallaba en la celosa consternación de Sarah Pocket.

—¡Bien! —continuó—. Se te ofrece una brillante carrera. Sé bueno…, procura merecerla… y cumple las instrucciones del señor Jaggers. —Me miró, miró a Sarah, y la expresión de Sarah arrancó a su rostro vigilante una cruel sonrisa—. Adiós, Pip, ya sabes que has de conservar siempre este nombre.

—Sí, señorita Havisham.

—¡Adiós, Pip!

Me tendió la mano y yo, de rodillas, la llevé a mis labios. No había pensado antes cómo me despediría de ella; me resultó natural en aquel momento hacerlo así. Ella miró a Sarah Pocket con una expresión triunfante en sus extraños ojos, y dejé a mi hada madrina con ambas manos en el puño de su bastón, de pie en medio de la estancia medio iluminada, al lado del pastel apolillado y cubierto de telarañas.

Sarah Pocket me condujo abajo como si yo fuera un fantasma al que hubiera que alejar. No podía acabar de hacerse a mi nuevo aspecto y estaba llena de confusión. Yo dije: «Adiós, señorita Pocket», pero ella no hacía más que mirarme sin dar señales de haberme oído. Una vez fuera de la casa, me apresuré a volver a la de Pumblechook, me quité el traje nuevo, lo envolví y regresé a casa vestido con mis ropas viejas, y llevándolas, a decir verdad, mucho más a gusto, a pesar de tener que cargar con el bulto.

Y ahora aquellos seis días que debían transcurrir tan despacio habían pasado deprisa y se habían terminado, y el mañana me miraba a la cara con más firmeza que como podía mirarlo yo. A medida que las seis noches se reducían a cinco, a cuatro, a tres, a dos, había ido apreciando mejor la compañía de Joe y Biddy. Esta última velada, me vestí mi traje nuevo para complacerlos, y hasta la hora de acostarme estuve ornado de su esplendor. Para festejar la ocasión tuvimos una cena caliente favorecida por el inevitable pollo asado, y para terminar tomamos todos vino blanco. Todos estábamos muy abatidos y los esfuerzos que hacíamos para aparecer animados aún lo ponían peor.

Iba a dejar el pueblo a las cinco de la madrugada, llevando mi maletín, y le había dicho a Joe que deseaba irme solo. Temo mucho —y con pesar ahora— que este propósito nacía del miedo al contraste que ofreceríamos Joe y yo si

llegábamos juntos a la diligencia. Me había querido convencer de que no era eso; pero cuando subí a mi cuartito esa última noche, hube de reconocer que podía ser muy bien que lo fuera y tuve el impulso de bajar otra vez y rogar a Joe que me acompañara a la mañana siguiente. Pero no lo hice.

Toda la noche estuve soñando en diligencias que equivocaban el camino y en vez de ir a Londres iban a otros sitios, llevando entre las varas ora perros, ora gatos, ora cerdos, ora hombres; pero nunca caballos. Imaginarios viajes fracasados me obsesionaron.

Apuntó el día y los pájaros empezaron a cantar. Entonces me levanté, me vestí a medias y me senté junto a la ventana para contemplar su vista por última vez, y en ese estado me dormí.

Biddy se levantó tan temprano para prepararme el desayuno que, aunque no llegué a dormir una hora, en la ventana, el humo de la cocina me dio en las narices; en ese momento me desperté sobresaltado por el terrible pensamiento de que era ya la hora del atardecer. Pero mucho después de eso, y mucho después de haber oído el ruido de las tazas para el té y de estar completamente vestido, todavía me faltaba resolución para bajar. Me quedé arriba abriendo y cerrando la maleta una y otra vez, hasta que Biddy me gritó que se hacía tarde.

Desayuné de prisa y sin gusto alguno. Me levanté de la mesa, diciendo con una especie de vivacidad, como si en aquel momento acabara de ocurrírseme: «¡Bueno! ¡Tendré que marcharme!», y después besé a mi hermana, que se reía meneando la cabeza y revolviéndose en su silla como de costumbre; besé a Biddy y eché los brazos al cuello de Joe. Después cogí mi maletín y salí. Lo último que vi de ellos fue cuando, a los pocos momentos, oí un ruido a mi espalda, y al volverme vi que Joe me arrojaba un zapato viejo y Biddy, otro.

Entonces me detuve para agitar el sombrero, y el bueno y querido Joe agitó su fuerte brazo derecho por encima de su cabeza, gritando con voz ronca: «¡Hurra!», y Biddy se cubrió el rostro con el delantal.

Me alejé a buen paso, pensando que irse era más fácil de lo que había supuesto, y reflexionando que no habría sido muy agradable que hubieran arrojado un zapato viejo detrás de la diligencia, a la vista de toda la calle Mayor. Iba silbando como si la cosa no tuviera importancia. Pero el pueblo estaba silencioso y apacible, y la niebla se levantaba solemnemente como para descubrir el mundo a mis ojos, y yo me había sentido allí tan inocente y pequeño, y todo lo de más allá era tan desconocido y grande, que de pronto y

con un gran sollozo me eché a llorar. Pasaba junto al poste indicador a la salida del pueblo, y puse mi mano en él diciendo: «Adiós, amigo querido».

Sabe el cielo que nunca debemos avergonzarnos de nuestras lágrimas, porque son la lluvia que limpia el polvo cegador de la tierra que cubre nuestros endurecidos corazones. Me sentí mejor después de haber llorado, más apenado, más consciente de mi ingratitud, más afectuoso. Si hubiera llorado antes, Joe habría estado entonces a mi lado.

Tan ablandado me sentí por aquellas lágrimas, y por las que vertí nuevamente durante el camino, que cuando estuve en la diligencia y ésta hubo salido de la villa, llegué a pensar, con el corazón dolorido, en si no haría mejor bajando en el primer cambio de caballos y volviéndome a casa y despedirme mejor de los míos. Cambiamos los caballos y aún no acababa de decidirme, pero me decía aún para consolarme que podría bajar y volverme en el próximo relevo. Y en tanto que me agobiaban estas dudas, creía ver a Joe en todos los hombres que venían por la carretera hacia nosotros, y el corazón me latía con fuerza. ¡Como si él pudiese estar allí!

Cambiamos una y otra vez, y ahora era ya demasiado tarde y estábamos demasiado lejos para retroceder; y seguí adelante. Y la niebla se había levantado del todo, y el mundo se extendía ante mis ojos.

[*Fin del volumen I en la primera edición.*]

CAPÍTULO XX

El viaje de nuestra villa a la metrópoli duraba más de cinco horas. Eran poco más de las doce y media cuando la diligencia de la que yo era pasajero se metió en la maraña de tráfico que se extendía por Cross-Keys, Wood-Street, Cheapside, Londres.

En aquel tiempo los británicos estábamos firmemente convencidos de que era una traición dudar siquiera de que nosotros éramos lo mejor del mundo; de otro modo, al tiempo que me sentía intimidado por la inmensidad de Londres, creo que habría tenido algunas dudas acerca de si no era más bien feo, tortuoso, estrecho y sucio.

El señor Jaggers me había mandado ya su dirección; era en Little Britain, y había añadido al pie de ella, en su tarjeta: «A la salida misma de Smithfield y junto al despacho de las diligencias». No obstante, un cochero de alquiler que parecía llevar tantas esclavinas en su grasiento capote como años tenía, me metió en su coche y me encerró en él con igual aparato que si fuese a llevarme a una distancia de cincuenta millas. Montar él en su pescante, decorado con un paño verde manchado por la intemperie y destrozado por la polilla, fue obra de mucho tiempo. El carruaje era algo prodigioso, con seis coronas pintadas en el exterior y unas cosas atropelladas detrás para que pudiesen sostenerse en ellas no sé cuántos lacayos, y una especie de rastrillo debajo de ellas para quitar la tentación a los aficionados a lacayo.

Apenas había tenido tiempo de disfrutar del coche y de pensar en cuánto se parecía a un almacén de paja y a una tienda de trapero, y de preguntarme por qué se guardaban dentro de él los morrales de los caballos, cuando observé que el cochero empezaba a apearse como si fuésemos a detenernos. Y, en efecto, nos

detuvimos en una calle sombría, ante una oficina que tenía la puerta abierta y en ella un letrero que decía: «Señor Jaggers».

—¿Cuánto? —pregunté al cochero.

El cochero respondió:

—Un chelín… y lo que usted desee añadir.

Desde luego, dije que no deseaba añadir nada.

—Entonces tendrá que ser un chelín —observó el cochero—. No quiero tener disgustos. ¡*Le* conozco! —Guiñó sombríamente un ojo al nombre del señor Jaggers y meneó la cabeza.

Después de haber cobrado su chelín, y mientras se encaramaba en el pescante y se marchaba (lo cual pareció tranquilizarle), yo entré en el primer despacho con la maleta en la mano y pregunté por el señor Jaggers.

—No está —respondió el empleado—. En este momento se halla en el Tribunal. ¿Hablo con el señor Pip?

Le indiqué que, en efecto, hablaba con el señor Pip.

—El señor Jaggers ha encargado que le aguardase usted en su despacho. Como tiene una vista, no sabe cuánto puede tardar. Pero como su tiempo es precioso, es de suponer que no estará más de lo preciso.

Con estas palabras el dependiente abrió una puerta y me introdujo en una habitación interior. Allí encontramos a un caballero tuerto, vestido de terciopelo con calzón corto, quien se limpió las narices con la manga al verse interrumpido en la lectura de su periódico.

—Salga y aguarde afuera, Mike —dijo el dependiente.

Yo empezaba a decir que no quería estorbar, cuando el dependiente echó fuera a este caballero con tan poca ceremonia como yo no había visto nunca y, arrojándole a la espalda su gorro de piel, me dejó solo.

El despacho del señor Jaggers no recibía más luz que la de una claraboya, y era un lugar muy tétrico. La claraboya estaba excéntricamente remendada, como una cabeza rota, y las casas vecinas parecían contorsionarse para mirarme por ella. No había tantos papeles como yo esperaba ver; pero había, en cambio, algunos objetos raros que nunca habría esperado ver allí, tales como una pistola vieja y herrumbrosa, una espada con su vaina, varias cajas y paquetes de aspecto extraño y, sobre un estante, dos horribles mascarillas de rostros especialmente hinchados y narices contraídas. El sillón del señor Jaggers era de crin muy negra, con hileras de clavos dorados en todo su contorno, como un ataúd; y yo me imaginaba verle retreparse en él y morderse el dedo mirando a sus clientes. La

estancia era pequeña y los clientes parecían tener la costumbre de recostarse en la pared, porque toda ella, especialmente la parte que caía frente a la silla del señor Jaggers, estaba grasienta del roce de la espalda. Recordé también que el cliente tuerto había salido rozando la pared cuando yo fui causa inocente de que le echasen fuera.

Me senté en la silla de los clientes, puesta enfrente de la del señor Jaggers, y fui sintiéndome fascinado por la tétrica atmósfera de la estancia. Se me ocurrió que el pasante tenía también, como el señor Jaggers, el aire de saber algo deshonroso de todo el mundo. Me preguntaba cuántos empleados había arriba y si todos tenían el mismo poder sobre sus semejantes. Me preguntaba cuál sería la historia de todas las cosas raras que había en el despacho y cómo habían llegado hasta allí. Me preguntaba si las dos caras hinchadas pertenecían a la familia del señor Jaggers, y por qué, si le había cabido la desgracia de tener un par de parientes tan mal encarados, los había puesto en aquel polvoriento estante a merced de las moscas y los escarabajos, en vez de darles un sitio en su casa. Desde luego yo no tenía experiencia alguna de lo que era un día de verano en Londres y acaso mi espíritu se hallase oprimido por la atmósfera viciada y sofocante y por el polvo y la arenilla que lo cubrían todo. Pero seguí cavilando y esperando en el despacho del señor Jaggers hasta que no pude soportar más las dos mascarillas del estante colocado sobre la silla del señor Jaggers y me levanté y salí.

Cuando dije al pasante que quería ir a dar una vuelta para tomar el aire mientras esperaba, me aconsejó que doblara por la primera esquina y entrase en Smithfield. Así pues, entré en Smithfield y aquel sitio indecoroso, lleno de inmundicias, de grava, de sangre y espumarajos, pareció pegárseme[13].

Huí de él en cuanto pude, torciendo por una calle donde vi la gran cúpula negra de San Pablo descollando por encima de un siniestro edificio de piedra que alguien dijo que era la prisión de Newgate. Siguiendo el muro de la cárcel, encontré la calzada cubierta de paja para apagar el ruido de los vehículos, y por eso y por el número de personas que andaban por allí, oliendo fuertemente a ron y a cerveza, colegí que el tribunal estaba trabajando.

Mientras miraba a mi alrededor, un ministro de la justicia extremadamente sucio y medio borracho me preguntó si quería entrar y presenciar uno o dos juicios; me anunció que por media corona podía proporcionarme un sitio de primera fila donde podría disfrutar de la vista del lord presidente con su peluca y

su traje de ceremonia, hablándome de este terrible personaje como de una figura de cera, y ofreciéndomelo, al cabo de poco, al precio reducido de dieciocho peniques. Como yo rehusara esta oferta, con la excusa de tener una cita, tuvo la amabilidad de hacerme entrar en el patio y mostrarme donde se guardaba la horca y donde se azotaba a la gente; y después me mostró la Puerta de los Deudores, por donde salían los que iban a ser ahorcados, realzando el interés de la temible puerta con el anuncio de que «cuatro de ellos» iban a pasarla dos días después a las ocho de la mañana para ser ejecutados en fila. Esto era horrible y me dio una nauseabunda idea de Londres; con mayor motivo, cuando todo lo que llevaba el propietario del lord presidente (desde el sombrero hasta las botas, pasando por el pañuelo de bolsillo) eran prendas apolilladas que no le habían pertenecido originalmente y que se me metió en la cabeza que debían de haber sido compradas al verdugo. En estas circunstancias, me di por bien librado al desembarazarme de él por un chelín.

Volví al despacho a preguntar si el señor Jaggers había vuelto ya, y hallando que no era así, volví a echarme a la calle. Esta vez di la vuelta a Little Britain y entré en Bartholomew Close; y entonces me di cuenta de que otros personajes, además de mí, esperaban al señor Jaggers. Había dos hombres de aspecto misterioso que mientras hablaban metían los pies con aire pensativo en las grietas del pavimento, uno de los cuales dijo al otro, la primera vez que pasaron por mi lado: «Si hay que hacerlo, Jaggers lo hará». Había un grupo de tres hombres y dos mujeres en una esquina, y una de las mujeres lloraba con la cara escondida en un chal sucio, y la otra la consolaba diciendo, mientras se arreglaba el suyo propio sobre los hombros: «Jaggers le defiende, Melia, ¿qué más quieres?». Había un pequeño judío de ojos encarnados que entró en el callejón, mientras yo estaba allí, acompañado de otro pequeño judío a quien mandó con algún encargo; y mientras el mensajero estaba ausente, vi a este judío, que era de un temperamento muy excitable, bailar de impaciencia bajo un farol, acompañándose en una especie de frenesí con las palabras: «¡Oh, Jaggers, Jaggers, Jaggers! Los demás no valen nada. Para mí Jaggers». Estos testimonios de la popularidad de mi tutor me causaron profunda impresión, y me dejaron más admirado que nunca.

Al fin, mientras miraba por la verja de Bartholomew Close hacia Little Britain, vi al señor Jaggers atravesando la calle en dirección a mí. Todos los demás que le aguardaban le vieron al mismo tiempo y todos corrieron hacia él.

El señor Jaggers, poniéndome la mano en la espalda y llevándome consigo sin decirme nada, se dirigió a los que le seguían.

Primero habló a los dos hombres de aspecto misterioso.

—No tengo nada que decirles —les dijo disparándoles el dedo—. No quiero saber más de lo que sé. En cuanto al resultado, es una cosa de cara y cruz. Ya se lo dije a ustedes desde el principio. ¿Han pagado a Wemmick?

—Esta mañana hemos reunido el dinero —dijo sumisamente uno de los hombres mientras el otro trataba de leer en el rostro del señor Jaggers.

—No pregunto cuándo lo han reunido ustedes, ni dónde, ni si lo han reunido o no. ¿Lo tiene Wemmick?

—Sí, señor —dijeron los dos hombres a la vez.

—Muy bien; entonces, déjenme ustedes. ¡Eh! ¡Basta, basta! —dijo el señor Jaggers, haciéndoles seña de que se quedaran atrás—. Si me dicen una palabra más, abandono el caso.

—Hemos pensado, señor Jaggers… —empezó uno de los hombres, quitándose el sombrero.

—Esto es lo que les he dicho que no hicieran —dijo el señor Jaggers—. ¡Pensar ustedes! Yo pienso por ustedes y esto les ha de bastar. Si los necesito, ya sé dónde encontrarlos; no quiero que me busquen ustedes. ¡Basta, basta! No quiero oír una palabra.

Los dos hombres se miraron mientras el señor Jaggers les volvía a hacer señal de que se fueran; se apartaron humildemente y no se los oyó más.

—¡Ahora, *ustedes*! —dijo el señor Jaggers, deteniéndose de pronto y volviéndose a las dos mujeres de los chales, de las cuales se habían alejado dócilmente los tres hombres—. ¡Oh!, ¿es Amelia?

—Sí, señor Jaggers.

—Y ¿recuerda usted —repuso él— que de no ser por mí, usted no estaría aquí, ni podría estar aquí?

—¡Oh, sí, señor! —exclamaron las dos mujeres a la vez—. ¡Dios le bendiga, señor, lo sabemos muy bien!

—Entonces —dijo el señor Jaggers—, ¿por qué vienen aquí?

—¡Mi Bill, señor! —suplicó la mujer que había estado llorando.

—Oiga —dijo el señor Jaggers—. Sépalo de una vez. Si usted no es capaz de darse cuenta de que su Bill está en buenas manos, yo sí lo soy. Y si viene a incomodarme con su Bill, voy a darles un escarmiento a su Bill y a usted, dejando que se me escurra de los dedos. ¿Han pagado a Wemmick?

—¡Oh, sí, señor! Hasta el último penique.

—Muy bien. Entonces han hecho cuanto tenían que hacer. Digan una palabra más, sólo una palabra, y Wemmick les devolverá el dinero.

Esta terrible amenaza hizo que las dos mujeres se apartaran inmediatamente. Sólo quedaba el excitable judío, que ya se había llevado varias veces a los labios los faldones del frac del señor Jaggers.

—¡No conozco a este hombre! —dijo el señor Jaggers con el mismo acento devastador—. ¿Qué quiere este individuo?

—Querido zeñor Jaggers. ¡Zoy el hermano de Abraham Lazaruz!

—¿Quién es? —preguntó el señor Jaggers—. ¡Suélteme usted el frac!

El suplicante, volviendo a besar el borde del frac antes de soltarlo, respondió:

—Abraham Lazaruz, zozpechozo en el azunto de la vajilla de plata.

—Llega usted demasiado tarde —dijo el señor Jaggers—. Defiendo a la otra parte.

—Zanto Dioz, zeñor Jaggerz —exclamó mi excitable judío, poniéndome lívido—. ¡No me diga que eztá usted contra Abraham Lazaruz!

—Lo estoy —dijo el señor Jaggers— y se acabó. Fuera de aquí.

—¡Zeñor Jaggerz! ¡Un momento! En este inztante mi primo ha ido a ver al zeñor Wemmick para ofrecerle el precio que quiera. ¡Zeñor Jaggerz, medio zegundo! Zi uzted quiere tener la bondad de ponerze de nueztro lado… ¡al precio que zea!… ¡El dinero no importa! ¡Zeñor Jaggerz! ¡Zeñor…!

Mi tutor echó a un lado al importuno con suprema indiferencia, y le dejó bailando en el pavimento como si éste estuviese ardiendo. Sin otra interrupción, llegamos al despacho, donde hallamos al pasante y al hombre del gorro de terciopelo.

—Aquí está Mike —dijo el pasante, bajando de su taburete y acercándose confidencialmente al señor Jaggers.

—¡Ah! —dijo el señor Jaggers, volviéndose hacia el hombre que se tiraba de un mechón de pelo que tenía en medio de la frente, como el Toro que, en la nana, tiraba del badajo—.[14] Esta tarde le toca a su hombre. ¿Hay algo?

—Pues verá usted, señor Jaggers —respondió Mike con una voz tal que parecía que padeciese de un resfriado crónico—, con mucho trabajo he encontrado a uno que podría servir.

—¿Qué está dispuesto a jurar?

—Verá usted, señor Jaggers —dijo Mike, limpiándose la nariz con su gorro de terciopelo—, en términos generales, cualquier cosa.

El señor Jaggers de pronto se encolerizó.

—Ya le advertí antes —dijo, disparando su índice al aterrorizado cliente— que si se atrevía a hablarme de este modo, le daría un escarmiento. ¿Cómo se atreve, maldito bribón, a decirme esto?

El cliente pareció asustado, pero extrañado al mismo tiempo, como si no comprendiese qué mal había hecho.

—¡Carcamal! —dijo el pasante en voz baja, tocándole el codo—. ¡Memo! ¿Qué necesidad tiene de decírselo a la cara?

—Ahora vuelvo a preguntarle, estúpido zopenco —dijo mi tutor, con mucha severidad—, y por última vez, ¿qué es lo que está dispuesto a jurar el hombre que usted ha traído?

Mike le miró fijamente, como si tratara de aprender una lección en su rostro, y pausadamente respondió:

—O que le tiene por una persona honrada o que estuvo en su compañía sin separarse nunca de él la noche de marras.

—Ahora, atiéndame. ¿De qué clase social es ese hombre?

Mike miró a su gorro, miró al suelo, miró al techo, miró al pasante y hasta me miró a mí, antes de empezar a responder nerviosamente:

—Le hemos vestido de…

Entonces mi tutor estalló:

—¿Cómo? ¿Que le han vestido ustedes?

—¡Carcamal! —añadió el pasante, tocándole en el codo otra vez.

Después de mirar desolado a su alrededor, Mike se animó y empezó otra vez:

—Viste como un respetable vendedor de tortas; una especie de pastelero.

—¿Está aquí? —preguntó mi tutor.

—Le he dejado —dijo Mike— sentado en unos escalones, a la vuelta de la esquina.

—Hágale pasar por delante de la ventana, que yo lo vea.

La ventana indicada era la ventana del despacho. Los tres nos pusimos allí, detrás de la alambrera, y al cabo de unos momentos vimos pasar al cliente, como por casualidad, con un individuo alto, con cara de asesino, un vestido corto de lienzo blanco y un gorro de papel. Este inocente pastelero no estaba muy sereno y lucía un ojo amoratado, en la etapa verde de su curación, disimulado con maquillaje.

—Dígale que se lleve a su testigo inmediatamente —dijo mi tutor al pasante, con expresión de repugnancia—, y pregúntele qué se propone trayendo a un tipo como ése.

Mi tutor me llevó entonces a su propio despacho y, mientras tomaba su almuerzo de pie, de una caja de emparedados y un frasco de jerez (parecía querer intimidar al emparedado mientras se lo comía), me informó de las disposiciones que había tomado por mi cuenta. Yo tenía que ir a Barnard's Inn[15], a las habitaciones del joven Pocket, donde se había instalado una cama para mí; tenía que permanecer con el joven Pocket hasta el lunes; el lunes tenía que ir con él de visita a la casa de su padre para ver si me gustaba. También me dijo a cuánto ascendería mi pensión —era una pensión muy generosa— y me dio, sacándolas de uno de los cajones, las tarjetas de ciertos comerciantes con quienes tenía que tratar toda clase de vestidos y otras cosas que pudiese razonablemente necesitar.

—Hallará usted crédito suficiente, señor Pip —dijo mi tutor, cuyo frasco de jerez, cuando bebía precipitadamente unos tragos, olía como todo un barril—, pero por este medio yo podré comprobar sus facturas, y detenerle si le veo en camino de caer en las garras del alguacil. Claro que acabará usted mal de todos modos, pero esto no es culpa mía.

Después de reflexionar un poco sobre estas alentadoras palabras, pregunté al señor Jaggers si podía mandar por un coche. Me dijo que no valía la pena, porque el lugar a donde tenía que ir no estaba lejos; Wemmick me acompañaría, si yo gustaba.

Descubrí entonces que Wemmick era el pasante del despacho de al lado. Se hizo bajar de arriba a otro empleado para reemplazarle mientras estuviese fuera, y yo salí con él a la calle, después de estrechar la mano a mi tutor. Encontramos a otras personas aguardando afuera, pero Wemmick se abrió paso entre ellas diciendo fría pero resueltamente:

—Les digo que es inútil; no quiere hablar una palabra con ninguno de ustedes. —Y pronto los hubimos dejado atrás y marchamos uno al lado del otro.

CAPÍTULO XXI

Mirando fijamente al señor Wemmick, mientras andábamos, para ver qué tal era a la luz del día, vi que era un hombre enjuto, más bien bajo, con un rostro cuadrado e impasible que parecía imperfectamente esculpido con un cincel mellado. Había en él algunas señales que podían haber sido hoyuelos, si el material hubiera sido más blando y la herramienta más fina, pero que en su actual estado no pasaban de ser simples mellas. El cincel había hecho tres o cuatro tentativas para embellecer su nariz, pero las había abandonado sin hacer un esfuerzo para pulirlas. Le supuse soltero, juzgando por lo arrugado de su ropa blanca, y parecía haber experimentado un gran número de pérdidas familiares, porque llevaba por lo menos cuatro anillos de luto, además de un broche que representaba una dama y un sauce llorón junto a una tumba con una urna encima. Tenía unos ojos brillantes —pequeños, sagaces y negros— y unos labios finos, anchos y moteados. Hacía que los tenía, a mi parecer, de cuarenta a cincuenta años.

—¿Así que usted no había estado nunca en Londres? —me preguntó el señor Wemmick.

—No —respondí.

—También yo una vez fui nuevo aquí —dijo el señor Wemmick—. ¡Es curioso pensarlo ahora!

—¿Usted lo conoce bien ahora?

—Oh, sí —dijo el señor Wemmick—. Conozco sus recovecos.

—¿Es un sitio muy malo? —pregunté, más por decir algo que por deseos de informarme.

—Le pueden a usted timar, robar y asesinar en Londres. Pero en todas partes abunda la gente que haría lo mismo.

—Si hay mala sangre entre usted y ellos —dije yo para atenuarlo un poco.

—¡Oh!, no es cuestión de mala sangre —respondió el señor Wemmick—. No hay tanta como parece. Lo harán si encuentran algo que ganar con ello.

—Esto lo pone peor.

—¿Usted cree? —repuso el señor Wemmick—. Para mí, es lo mismo.

Llevaba el sombrero echado sobre el cogote, y miraba fijamente adelante. Andaba de un modo abstraído, como si no hubiera nada en la calle que pudiera llamarle la atención. Su boca era tan parecida a un buzón que le daba la apariencia de sonreír maquinalmente. No fue hasta después de haber llegado a lo alto de Holborn Hill cuando reparé en que era sólo una apariencia y que en realidad no sonreía.

—¿Sabe usted dónde vive el señor Matthew Pocket? —pregunté al señor Wemmick.

—Sí —respondió, indicándome la dirección con un movimiento de cabeza —; en Hammersmith, al oeste de Londres.

—¿Está lejos?

—¡Oh! Unas cinco millas.

—¿Usted le conoce?

—¡Hombre, no es usted mal interrogador! —dijo el señor Wemmick con aire de aprobación—. Sí, le conozco. ¡Vaya si le conozco!

Hubo un aire de tolerancia o de menosprecio en su manera de pronunciar estas palabras que me deprimió un poco; y aún estaba mirando de soslayo al bloque de su rostro en busca de una alentadora apostilla a aquel texto, cuando dijo que ya estábamos en Barnard’s Jun. Mi depresión no disminuyó con este anuncio, porque yo me había figurado aquel establecimiento como un hotel, regido por el señor Barnard, al lado del cual el Jabalí Azul de nuestra villa no sería más que una taberna. Y ahora resultaba que Barnard era un espíritu desencarnado o una ficción, y que su hotel era la más sucia colección de sórdidos edificios que se hubiesen apiñado nunca en un rincón maloliente para servir a los gatos de punto de reunión.

Entramos en ese albergue por una portezuela y siguiendo un estrecho pasadizo salimos a un melancólico patio que me pareció un cementerio. Pensé que había en él los árboles más tristes, los gorriones más tristes, los gatos más tristes (en número de una media docena) que hubiera visto jamás. Parecióme que

las ventanas de las hileras de habitaciones en que estas casas estaban divididas se hallaban en la última etapa de su decadencia, con sus persianas y cortinas destrozadas, sus macetas rotas, sus vidrios resquebrajados, y su aire de polvorienta podredumbre y miserable interinidad; mientras, los *se alquila, se alquila* me hacían guiños desde las habitaciones vacías, como si ya no llegaran allí nuevos desventurados, y como si el alma vengativa de Barnard se apaciguara poco a poco con el gradual suicidio de los actuales ocupantes y su impío entierro debajo de los guijarros. Un sucio luto de hollín y humo adornaba esta desolada creación de Barnard, que llevaba cenizas en la cabeza y sufría penitencia y humillación como un simple cubo de la basura. Esto por lo que concierne a mi sentido de la vista, mientras la podredumbre seca y la podredumbre húmeda y toda la silenciosa corrupción de las cosas que se pudren en los sótanos y desvanes abandonados —hedor de chinches y ratones, hedor de las cuadras, que, además, estaban cerca— se dirigían débilmente a mi olfato gimiendo: «Pruebe la mixtura de Barnard».

Tan imperfecta resultaba la realización de la primera de mis grandes esperanzas, que miré desalentado al señor Wemmick.

—¡Ah! —dijo éste, equivocando mis sentimientos—; este retiro le recuerda el campo. A mí también.

Me llevó a un rincón y me hizo subir por una escalera —que me pareció que estaba convirtiéndose en serrín, de modo que cualquier día los huéspedes de los pisos altos iban a salir a sus puertas y a encontrarse sin medio de bajar— a una serie de habitaciones del último piso. En la puerta estaba pintado «Señor Pocket, hijo», y sobre el buzón había una etiqueta que decía: «Volverá en breve».

—No le esperaba tan pronto —explicó el señor Wemmick—. ¿Necesita usted algo más de mí?

—No, gracias —dije.

—Como yo guardo el dinero —observó el señor Wemmick—, supongo que nos veremos a menudo. Buenos días.

Le ofrecí mi mano, y el señor Wemmick al principio la miró como si creyese que le pedía algo. Luego me miró, y dijo, corrigiéndose:

—¡Ah, ya! Sí. ¿Usted tiene costumbre de estrechar las manos?

Me quedé confuso, creyendo que eso no debía ya de estar de moda en Londres, pero le contesté afirmativamente.

—Yo he perdido ya esta costumbre —dijo el señor Wemmick—, si no es para despedirme de alguien que está en las últimas. Celebro mucho haberle

conocido. Buenos días.

Cuando nos hubimos estrechado la mano y él se hubo marchado, abrí la ventana de la escalera y por poco me decapita, porque las cuerdas estaban podridas y la hoja se vino abajo como una guillotina. Felizmente fue tan rápido que aún no había sacado la cabeza. Habiendo escapado a este peligro me contenté con gozar de una brumosa vista del edificio a través de la suciedad que oscurecía el vidrio; y así me quedé, mirando tristemente el panorama, y diciéndome que Londres no estaba a la altura de su fama.

La idea que el señor Pocket hijo tenía de lo que significaba «en breve» no era la mía, porque casi había enloquecido observando el panorama por espacio de media hora, y había escrito varias veces mi nombre con el dedo en el polvo de cada uno de los cristales de la ventana, antes de oír pasos en la escalera. Uno tras otro aparecieron ante mí el sombrero, la cabeza, la corbata, el chaleco, las calzas, las botas de un miembro de la sociedad poco más o menos de la clase que yo aparentaba.

—¿El señor Pip? —dijo él.

—¿El señor Pocket? —dije yo.

—¡Dios mío! —exclamó—. Lo siento mucho, pero sabía que al mediodía llegaba una diligencia que pasa por su villa y me figuré que usted vendría en ella. El caso es que salí por culpa suya (no es que esto me excuse), pero pensé que, llegando usted del campo, tal vez le gustaría un poco de fruta para el postre, y fui al mercado de Covent Garden para encontrarla buena.

Por una razón que me asaltó, sentí como si los ojos quisieran salírseme de la cabeza. Correspondí incoherentemente a su atención, y empecé a pensar que estaba soñando.

—¡Dios mío! —dijo el señor Pocket hijo—. ¡Esta puerta se agarra de un modo!…

Como estaba haciendo mermelada de la fruta al luchar con la puerta teniendo las bolsas bajo los brazos, le rogué que me permitiese sostenérselas. Me las cedió con una agradable sonrisa, y luchó con la puerta como con una bestia salvaje. Ésta cedió por fin, tan de repente que él se me cayó encima y yo me caí sobre la puerta del otro lado, y ambos nos reímos. Pero aún sentía como si los ojos quisieran salírseme de la cabeza, y me parecía estar soñando.

—Tenga usted la bondad de entrar —dijo el señor Pocket hijo—. Permítame que pase delante. Esto está muy mal amueblado, pero confío en que encuentre aceptable su estancia aquí, hasta el lunes. Mi padre ha pensado que usted pasaría

mejor el día de mañana conmigo que con él y que tal vez querría darse un paseo por Londres. Yo estaré encantado de enseñárselo. En cuanto a la comida, supongo que no la encontrará mal, pues nos la servirán del café de al lado y (es preciso que lo diga) a cuenta de usted, pues éstas son las órdenes del señor Jaggers. En cuanto a nuestro alojamiento, dista mucho de ser espléndido, porque yo he de ganarme la vida, y mi padre no puede darme nada, y aunque pudiera, yo no lo tomaría de él. Ésta es nuestra salita, las pocas sillas, mesas, alfombras y demás que he podido traerme de casa. No vaya usted a figurarse que el mantel ni los cubiertos ni las vinagreras son mías, porque han venido del café en su honor. Éste es mi dormitorio; un poco mohoso, pero es que todo Barnard es mohoso. Éste es su dormitorio; el mobiliario ha sido alquilado para la ocasión, pero espero que será suficiente; si desea usted algo más, iré a buscarlo. Las habitaciones están algo retiradas y estaremos un poco solos, pero creo que no reñiremos. Pero ¡Dios mío!, perdóneme usted; le he dejado todo este rato con la fruta en las manos. Estoy avergonzado.

Mientras estaba frente al señor Pocket hijo entregándole las bolsas, una, dos, vi en sus ojos la expresión de asombro que hacía rato debía de aparecer en los míos.

—¡Bendito sea Dios —dijo, dando un paso atrás—, usted es el muchacho del jardín!

—¡Y usted —dije yo— es el pálido señorito!

CAPÍTULO XXII

El pálido caballerete y yo estuvimos contemplándonos mutuamente en Barnard's Jun, hasta que ambos soltamos la carcajada.

—¡Quién iba a pensar que sería usted! —dijo él.

—¡Quién iba a pensar que sería usted! —dije yo.

Y ambos volvimos a contemplarnos y volvimos a reírnos.

—¡Bueno! —dijo el pálido caballerete ofreciéndome la mano jovialmente—. Aquello está liquidado, y espero que tendrá la magnanimidad de perdonarme los mamporros de aquel día.

Deduje de estas palabras que el señor Herbert Pocket (porque el joven caballerito se llamaba Herbert) continuaba confundiendo su intención con sus actos. Pero respondí con modestia y nos estrechamos cordialmente las manos.

—¿En aquel tiempo usted no había entrado aún a gozar de su fortuna? —preguntó Herbert Pocket.

—No —respondí.

—¡No! —asintió él—. He oído decir que esto ha ocurrido últimamente. Era yo, entonces, quien en cierto modo iba detrás de la fortuna.

—¿De veras?

—Sí. La señorita Havisham me había mandado llamar para ver si podía tomarme cariño. Pero no pudo, o al menos, no lo hizo.

Me pareció cortés observar que esto me sorprendía.

—Demostró tener mal gusto —dijo Herbert, riendo—; pero así fue. Me mandó llamar para una visita de prueba y, si yo hubiera salido bien de ella, supongo que me habría protegido; tal vez me hubiera hecho que sé yo qué de Estella.

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté con súbita gravedad.

Estaba arreglando las frutas en las fuentes mientras hablábamos, por lo cual tenía repartida su atención, y esto fue causa de que le hubiera faltado la palabra.

—Prometido —explicó, ocupado todavía con la fruta—. Novio. Como se llame. Algo así.

—¿Cómo soportó usted ese desengaño? —pregunté.

—¡Bah! —dijo él—. No me importaba gran cosa. Es una tártara.

—¿La señorita Havisham? —sugerí yo.

—No digo que ella no lo sea, pero me refería a Estella. Esa muchacha es dura, altanera y caprichosa en grado extremo, y la señorita Havisham la ha criado para instrumento de venganza contra todo el sexo masculino.

—¿Qué parentesco tiene con la señorita Havisham?

—Ninguno —dijo—. Es una muchacha adoptada.

—¿Por qué quiere vengarse de todo el sexo masculino? ¿Y de qué tiene que vengarse?

—Caramba, señor Pip —dijo él—. ¿No lo sabe usted?

—No —respondí.

—¡Dios mío! Es toda una historia, y tendremos que guardarla para la hora de la comida. Y ahora permítame que le haga una pregunta: ¿cómo fue usted allí aquel día?

Se lo conté y él me oyó muy atento; y cuando hube terminado volvió a reírse y me preguntó si había quedado después muy dolorido. No le pregunté si lo había quedado él, porque mi convicción sobre este punto estaba perfectamente establecida.

—Creo que el señor Jaggers es su tutor.

—Sí.

—¿Sabe usted que es el administrador y abogado de la señorita Havisham, y que ésta tiene puesta en él toda la confianza que niega a los demás?

Pensé que esto era llevarme a un terreno peligroso. Respondí, con una reserva que no traté de disimular, que había visto al señor Jaggers en casa de la señorita Havisham el día mismo de nuestro encuentro, pero en ninguna otra ocasión, y que creía que él, por su parte, no recordaba haberme visto allí.

—Tuvo la bondad de indicar a mi padre como preceptor de usted y le visitó para proponérselo. Desde luego, conocía la existencia de mi padre por su relación con la señorita Havisham. Mi padre es primo de la señorita Havisham;

no es que esto implique ningún trato familiar entre ellos, porque él es mal cortesano y no quiere hacer nada para ganar su voluntad.

Herbert tenía unos modales francos y naturales que le hacían muy atractivo. No había visto a nadie entonces, ni he visto a nadie después, que me diera mejor la impresión, en su mirada y en su tono, de ser naturalmente incapaz de hacer nada escondido o mezquino. Había algo prodigiosamente optimista en todo su aspecto, y algo al mismo tiempo que me susurraba que nunca sería ni muy afortunado ni muy rico. Ignoro cómo se me ocurrió. Sólo sé que esta idea se hizo firme en mí antes de que nos sentáramos a la mesa, pero no puedo precisar por qué razón.

Él continuaba siendo el pálido señorito y, en medio de su animación y vivacidad, se le notaba una especie de languidez que no parecía indicio de una robustez natural. Su rostro no era hermoso, pero era mejor que hermoso, pues era en extremo amable y alegre. Su figura era un poco desgarbada, como en los días en que mis nudillos se habían tomado tantas libertades con ella, pero parecía que siempre hubiera de ser ligero y joven. Podía haber dudas respecto a si la obra provinciana del señor Trabb le habría sentado más graciosamente que a mí, pero estoy convencido de que llevaba mejor él su traje viejo que yo el mío nuevo.

Como se mostraba tan comunicativo conmigo, comprendí que mostrarme reservado sería una falta de correspondencia impropia de nuestra edad. Por tanto, le conté mi pequeña historia, haciendo hincapié en la prohibición que se me había impuesto de investigar quién era mi bienhechor. Le mencioné, además, que, como me había criado en la herrería de un pueblo, y conocía muy poco las formas de la buena sociedad, desearía como un gran favor de su parte que me hiciera una indicación siempre que me viese apurado o cometiendo alguna torpeza.

—Con sumo gusto —dijo—, aunque me atrevo a pronosticar que necesitará usted muy pocas indicaciones. Supongo que estaremos juntos con frecuencia, y me gustaría suprimir toda innecesaria cohibición entre nosotros. ¿Quiere usted hacerme el favor de empezar llamándome desde ahora por mi nombre de pila?

Le di las gracias y dije que así lo haría. Le informé, para corresponder, de que mi nombre era Philip.

—No me gusta Philip —dijo sonriendo— porque suena como el de uno de esos muchachos de los cuentos morales, que era tan perezoso que se cayó en un estanque, o tan gordo que no podía ver más allá de sus ojos, o tan avaro que tenía guardado su pastel hasta que se lo comían los ratones, o tan aficionado a

coger nidos que se lo comieron los osos que vivían por allí, a la vuelta de la esquina. Te diré lo que me gustaría. Estamos en tan buena armonía y tú has sido herrero… ¿no tendrás inconveniente…?

—No he de tener inconveniente en nada de lo que me propongas —respondí —, pero no te comprendo.

—¿Te importaría que te pusiera Händel como nombre familiar? Händel tiene una deliciosa composición titulada *Herrero armonioso*.

—Me gustaría mucho.

—Entonces, querido Händel —dijo, volviéndose mientras se abría la puerta —. Aquí está la comida y te ruego que ocupes la cabecera de la mesa, porque eres tú quien paga.

No quise oír hablar de ello; así que él ocupó la cabecera y yo me senté frente a él. Era una comida bastante buena —entonces me pareció un festín del alcalde de Londres— y ganó mayor encanto por el hecho de ser consumida en esta situación independiente sin la presencia de personas mayores, y con todo Londres a nuestro alrededor. Esto a su vez estaba realzado por cierto carácter bohemio que adornaba el banquete: porque al tiempo que la mesa era, como habría dicho el señor Pumblechook, el regazo del lujo —pues todo el servicio venía del café de al lado—, la región circundante de la sala tenía un carácter de desolación que impuso al camarero la costumbre vagabunda de dejar las tapaderas en el suelo (donde tropezaba con ellas), la mantequilla en el sillón, el pan en el estante de los libros, el queso en el cubo del carbón y el pollo asado sobre mi cama en la habitación contigua, donde al irme a acostar encontré buena parte de su salsa de perejil en estado de congelación. Todo ello hizo de la fiesta una delicia, y cuando el camarero no estaba presente, mi contento no tenía igual.

Íbamos por la mitad de la comida cuando recordé a Herbert su promesa de contarme la historia de la señorita Havisham.

—Es verdad —respondió—, voy a cumplir en seguida. Permíteme antes, Händel, que como prólogo te diga que en Londres no es costumbre ponerse el cuchillo en la boca (para evitar accidentes) y que, siendo el tenedor el reservado para este uso, no hay que meterlo más adentro de lo estrictamente necesario. Apenas vale la pena mencionarlo, pero siempre es mejor hacer como los demás. Además, la cuchara no se sujeta, por lo común, cogiéndola por encima, sino por debajo. Eso tiene dos ventajas. Permite llevarla más fácilmente a la boca (que al fin y al cabo es lo que se busca) y ahorra buena parte de aquella actitud de abrir ostras que, al hacerlo, toma el brazo derecho.

Me hizo estas amistosas advertencias de un modo tan gracioso que ambos nos reímos y yo apenas me sonrojé.

—Ahora —prosiguió— vamos a lo de la señorita Havisham. Debes saber que la señorita Havisham fue una niña mimada. Su madre murió cuando era una criatura, y su padre jamás le negó nada. Su padre era un caballero rural de tu país y tenía una fábrica de cerveza. Yo no sé por qué tiene que ser tan gran cosa ser cervecero; pero es indiscutible que, así como no se puede ser un caballero y cocer pan, se puede ser tan caballero como el que más y fabricar cerveza. Lo verás todos los días.

—Pero un caballero no puede tener una casa de bebidas, ¿no es verdad? —dije yo.

—De ningún modo —repuso Herbert—; pero una casa de bebidas puede mantener a un caballero. ¡Bueno! El señor Havisham era muy rico y muy orgulloso, y su hija, lo mismo.

—¿Era la señorita Havisham hija única? —arriesgué yo.

—Espera un poco, que a eso vamos. No era hija única; tenía un hermano por parte de padre. Su padre se había vuelto a casar en secreto, con su cocinera, me parece.

—Creí que era orgulloso —comenté.

—Querido Händel, lo era. Se casó en secreto con su segunda mujer porque era orgulloso; ¡y con el tiempo, ella murió! Creo que no fue hasta después de su muerte cuando le contó a su hija lo que había hecho, y entonces el hijo entró a formar parte de la familia, viviendo en la casa que ya conoces. A medida que el hijo se iba haciendo un joven, se fue volviendo vicioso, manirroto, rebelde… malo en todos los sentidos. Al fin su padre lo desheredó; pero se ablandó en la hora de la muerte y le dejó en buena posición, aunque no tanto como a la señorita Havisham. Toma otra copa de vino, y perdona que te diga que en sociedad no se espera que uno proceda tan concienzudamente a vaciar su copa, volviéndola boca abajo hasta hacer descansar su borde sobre la propia nariz.

Yo acababa de hacer eso, en un exceso de atención a su relato. Le di las gracias y me disculpé. Él dijo:

—¡No hay de qué! —Y continuó—. La señorita Havisham fue entonces una rica heredera y puedes suponer que muchos la pretendieron como un gran partido. Su hermano volvía a disponer de medios abundantes, pero con el pago de sus deudas y nuevas locuras, los derrochó con una rapidez aterradora. Tuvo mayores disensiones con su hermana que las que había tenido con su padre, y se

sospecha que abrigaba contra ella un resentimiento mortal, porque creía que había influido en su padre contra él. Ahora llega la parte cruel de la historia, y me interrumpo, querido Händel, para observar que la servilleta no se mete dentro del vaso.

No puedo decir por qué razón estaba tratando de hacer eso. Sólo sé que me encontré haciendo, con una perseverancia digna de mayor causa, los más bravos esfuerzos para comprimirla dentro de aquellos límites. Otra vez le di las gracias y me disculpé, y él volvió a decir del modo más placentero que no valía la pena, y continuó.

—Un día apareció en escena (en las carreras o en los bailes o donde quieras) cierto hombre que se puso a cortejar a la señorita Havisham. Yo no le vi nunca porque esto ocurrió hace veinticinco años (antes de que tú y yo naciéramos, Händel), pero he oído decir a mi padre que era un tipo llamativo y la clase de hombre a propósito para el caso. Pero no se le podía confundir, sin ignorancia o prejuicio, con un caballero. Al menos, así lo asegura firmemente mi padre, pues tiene el principio de que ningún hombre que no sea en su fondo un verdadero caballero ha podido ser, desde que el mundo existe, un verdadero caballero en sus modales. Dice que ningún barniz puede disimular la veta de la madera; y que cuanto más barniz se le pone, más se nota la veta. ¡Bueno! Este hombre persiguió a la señorita Havisham, declarándose enamoradísimo de ella. Creo que ella hasta entonces no había mostrado mucha sensibilidad, pero toda la que poseía apareció entonces, y amó apasionadamente a aquel hombre. No hay duda de que le idolatraba. Él explotó su afecto de un modo tan sistemático que obtuvo de ella grandes sumas, y la indujo a comprar a su hermano por un precio exorbitante su participación en la fábrica (que su padre había tenido la debilidad de legarle), bajo el pretexto de que cuando fuese su marido debía tenerlo y dirigirlo todo. En aquel tiempo la señorita Havisham aún no tenía como abogado a tu tutor, y era demasiado altanera y estaba demasiado enamorada para tomar consejo de nadie. Sus parientes eran pobres e intrigantes, a excepción de mi padre; éste era pobre también, pero no era celoso ni servil. Siendo el único de ellos que poseía un carácter independiente, le advirtió de que estaba haciendo demasiado por ese hombre, y que se estaba poniendo demasiado incondicionalmente en su poder. Ella aprovechó la primera oportunidad para echar a mi padre de su casa, con malos modos, en presencia de su novio; y mi padre no la ha vuelto a ver.

Me acordé de cuando había dicho: «Mathew vendrá a verme por fin cuando

yo haya muerto sobre esta mesa», y le pregunté a Herbert si su padre seguía estando tan enojado con ella.

—No es que lo esté —dijo Herbert—, pero ella le acusó en presencia de su novio de haberse sentido defraudado en sus esperanzas de sacarle provecho adulándola; y si ahora él volvía a acercársele, parecería que era verdad: se lo parecería a ella… y hasta se lo parecería a él. Volviendo al hombre y para terminar: el día del casamiento estaba fijado, los trajes de boda comprados, el viaje de novios proyectado, las invitaciones hechas. Llegó el día, pero el novio no. Escribió una carta…

—¿Que ella recibió —interrumpí— cuando se estaba vistiendo para la boda? ¿A las nueve menos veinte minutos?

—A la hora y el minuto exactos —afirmó Herbert— en que luego hizo parar todos los relojes. Lo que decía la carta, excepto que anulaba brutalmente la boda, no lo puedo decir, porque no lo sé. Cuando ella se repuso de la grave enfermedad que esto le ocasionó, dejó toda la casa abandonada tal como la has visto, y desde entonces nunca ha vuelto a ver la luz del día.

—¿Ésta es toda la historia? —le pregunté después de reflexionar.

—Todo lo que yo sé; y a decir verdad, sólo he llegado a saberlo atando cabos; porque mi padre evita siempre hablar de ello, y ni siquiera cuando la señorita Havisham me invitó a ir a su casa, me dijo más de lo que era estrictamente necesario que supiera. Pero había olvidado una cosa. Se supone que el hombre en quien ella había puesto una confianza tan mal empleada obraba de concierto con su hermano; que se trataba de un complot entre ellos, y que se repartían los beneficios.

—No comprendo por qué no se casó y se hizo dueño de todo el caudal —dije yo.

—A lo mejor estaba ya casado, y la cruel mortificación que esto suponía para ella formaba tal vez parte del plan de su hermano —dijo Herbert—. ¡Entiéndelo bien! Yo no sé nada.

—¿Qué se hizo de los dos hombres? —pregunté después de volver a reflexionar sobre el asunto.

—Fueron hundiéndose más todavía, si es que eso es posible, en la vergüenza y la degradación… y en la ruina.

—¿Viven todavía?

—No lo sé.

—Has dicho que Estella no era pariente de la señorita Havisham, sino sólo

adoptada. ¿Cuándo la adoptó?

Herbert se encogió de hombros.

—Siempre ha habido una Estella, desde que oigo hablar de la señorita Havisham. No, no sé nada más. Y ahora, Händel —dijo deshaciéndose, como si dijéramos, de la historia—, hay entre nosotros una inteligencia perfecta. Sabes ya todo lo que yo sé sobre la señorita Havisham.

—Y tú sabes —repliqué— todo lo que sé yo.

—Te creo. Por consiguiente, no puede haber entre los dos ni competencia ni recelo. Y en cuanto a la condición que se te ha impuesto para no perder tu posición actual (o sea, que no debes investigar a quién se la debes ni hablar de ello), puedes estar seguro de que jamás ni yo ni ninguno de los míos tratará de hacerte faltar a ella ni de aludir al asunto.

Verdaderamente, dijo esto con tanta delicadeza que sentí que el asunto quedaba terminado, aunque yo tuviera que vivir años y más años bajo el techo de su padre. No obstante, lo dijo con tanta intención, al mismo tiempo, que comprendí que estaba tan convencido como yo de que mi bienhechora era la señorita Havisham.

No se me había ocurrido antes que él hubiera aludido a aquel tema con el objeto de dejar bien aclarado todo lo que pudiera ser un estorbo para nuestra amistad, pero nos sentíamos tan descansados y a gusto por haber hablado de ello, que ahora me daba cuenta de que éste era el caso. Estábamos muy alegres y efusivos, y en el curso de nuestra conversación le pregunté qué era él. Me respondió:

—Capitalista… asegurador de barcos. —Supongo que me vio echar una ojeada alrededor en busca de algo relacionado con la navegación o el capital, porque añadió—: En la City.

Yo tenía formado un concepto grandioso de la riqueza e importancia de los aseguradores de barcos de la City, y empecé a pensar con temor que había tumbado de espaldas a un joven asegurador, había amoratado uno de sus emprendedores ojos y le había hecho un chirlo en la cabeza. Pero, una vez más, tuve, para tranquilidad mía, la extraña impresión de que Herbert Pocket nunca sería ni muy afortunado ni muy rico.

—No voy a contentarme con emplear mi capital solamente en el seguro de barcos. Quiero comprar además buenas acciones de seguros de vida y abrirme paso hasta la dirección. También quiero dedicarme un poco a las minas. Y ninguna de estas cosas me impedirá fletar por mi cuenta algunos millares de

toneladas. Haré el tráfico —dijo, repantigándose en su silla— con las Indias Orientales: sedas, chales, especias, tinturas, drogas y maderas preciosas. Es un comercio interesante.

—¿Y da muchos beneficios? —pregunté.

—¡Tremendos! —respondió él.

Me impresionó de nuevo, haciéndome pensar que aquí había un porvenir todavía mejor que el mío.

—Me parece que también comerciaré con las Indias Occidentales —dijo, metiendo los pulgares en los bolsillos de su chaleco— en azúcar, tabaco y ron. Y también con Ceilán, especialmente en colmillos de elefante.

—Necesitarás muchos barcos —dije.

—Toda una flota —respondió.

Completamente abrumado por la magnificencia de estas transacciones, le pregunté por dónde navegaban entonces los barcos que él aseguraba.

—Aún no he empezado a asegurar —dijo—; estoy a la mira.

Esta ocupación me pareció más en consonancia con Barnard's Jun. Dije (con tono de convicción):

—¡Ah!

—Sí. Estoy en un despacho esperando una ocasión.

—¿Es provechoso un despacho? —pregunté.

—¡Ah!… ¿Para un joven que esté en uno? —preguntó él a su vez.

—Sí; para ti.

—Pues… no: para mí, no —dijo esto con el aire del que echa cuidadosamente sus cuentas y saca un balance—. Directamente provechoso, no. Es decir, no me pagan nada y he de… mantenerme.

Verdaderamente, esto no tenía aspecto de ser provechoso, y yo meneé la cabeza como dando a entender que sería difícil ahorrar mucho capital con tal fuente de ingresos.

—Pero lo importante —dijo Herbert Pocket— es que uno está a la mira. Ésta es la gran cosa. Uno está en un despacho, ¿sabes?, y está a la mira.

Esto me pareció una curiosa implicación de que uno no podía estar fuera de un despacho y estar a la mira; pero me callé, remitiéndome a su experiencia.

—Llega un día —dijo Herbert— en que uno ve su oportunidad y se agarra a ella, y hace su capital, ¡y ya está! Una vez que uno ha hecho su capital, no tiene más que emplearlo.

Esto se parecía mucho a su manera de conducir aquel encuentro en el jardín;

mucho. También su manera de soportar la pobreza correspondía exactamente a su manera de soportar aquella derrota. Me pareció que recibía ahora todos los golpes y bofetadas, exactamente con el mismo aire con que recibió los míos. Era evidente que su ajuar no abarcaba más que lo estrictamente indispensable, porque todo lo que llamó mi atención resultó que lo habían traído en mi honor del café o de algún otro sitio.

No obstante, a pesar de haber hecho ya en imaginación su fortuna, hablaba de ello tan sencillamente que me movió a sentirme agradecido de que no se diera tono conmigo. Era un detalle más a añadir a sus modales naturalmente agradables y nos entendimos magníficamente. Por la noche nos dimos una vuelta por las calles, y fuimos al teatro con billetes de favor; y al día siguiente asistimos al servicio en la abadía de Westminster, y por la tarde nos paseamos por los parques; y yo me preguntaba quién herraba todos aquellos caballos y pensaba que ojalá pudiera ser Joe.

Según un cómputo moderado, hacía muchos meses, aquel domingo, que me había separado de Joe y Biddy. El espacio interpuesto entre ellos y yo participaba de esta dilatación, y nuestros marjales me parecían de lo más hermoso. Que yo hubiera podido hallarme en nuestra vieja iglesia vestido con mi viejo traje de las fiestas, y esto tan sólo el domingo último, me parecía una combinación de imposibilidades geográficas y sociales, solares y lunares. No obstante, encontraba en las calles de Londres, tan concurridas y tan brillantemente iluminadas al anochecer, deprimentes alusiones y reproches por el hecho de haber dejado la pobre y vieja cocina de mi casa. Y en mitad de la noche, los pasos de un inepto impostor de portero que rondaba por Barnard’s Jun, bajo pretexto de vigilar, caían pesadamente sobre mi corazón.

El lunes por la mañana, a las nueve menos cuarto, Herbert fue al despacho para hacer acto de presencia, y también, supongo, para estar al día, y yo le acompañé. Él tenía que salir al cabo de una hora o dos para acompañarme a Hammersmith, y yo debía aguardarle. Me pareció que los huevos de donde salían los jóvenes aseguradores se empollaban con polvo y calor, como los huevos de avestruz, a juzgar por los sitios adonde acudían estos incipientes gigantes el lunes por la mañana. Tampoco la oficina a la que asistía Herbert para estar al día me pareció cosa mayor en calidad de observador, pues consistía en la parte trasera de un segundo piso, que daba a un patio de aspecto mezquino en todos los sentidos, y desde donde todo lo que se veía del mundo exterior era el interior de otro segundo piso. Estuve allí hasta cerca del mediodía y luego fui a

la Bolsa, donde vi a unos hombres sentados bajo los anuncios marítimos, a los cuales tomé por grandes comerciantes, aunque no pude comprender por qué tenían que estar todos tan mohínos. Cuando llegó Herbert, fuimos a almorzar a un celebrado establecimiento que entonces me inspiró un gran respeto, pero que ahora se me antoja la más abyecta superstición de Europa, y donde no pude dejar de notar, aun entonces, que había mucha más salsa en los manteles, y en los cuchillos y en la ropa de los camareros, que en los guisos mismos. Habiendo tomado esta colación por un precio moderado (teniendo en cuenta la grasa, que no se nos cargó en cuenta), volvimos a Barnard's Jun a recoger mi maletín, y después tomamos el coche para Hammersmith. Llegamos allí a las dos o a las tres de la tarde, y tuvimos que andar muy poco para llegar a casa del señor Pocket. Levantando el picaporte de una verja, entramos directamente en un jardincillo sobre el río, donde estaban jugando los niños del señor Pocket. Y a menos que me engañe sobre un punto que nada tenía que ver con mis intereses y simpatías, vi que los niños del señor Pocket estaban siendo criados, no a fuerza de mano, sino a fuerza de caídas y batacazos.

La señora Pocket leía sentada en una silla de jardín bajo un árbol, con los pies puestos en otra silla; y las dos niñeras de la señora Pocket se distraían por allí, mientras los niños jugaban.

—Mamá —dijo Herbert—, te presento al joven Pip. —Después de lo cual, la señora Pocket acogió mi saludo con un aire de amable dignidad.

—¡Señorito Alick y señorita Jane —gritó una de las niñeras a dos de los niños—, si saltan de este modo sobre las matas, se van a caer al río, y qué dirá entonces su papá!

Al mismo tiempo esta niñera recogió el pañuelo de la señora Pocket, y dijo: «¡Es la sexta vez que lo deja usted caer, señora!». A lo cual la señora Pocket se rió y dijo: «Gracias, Flopson», y, acomodándose en una sola silla, prosiguió su lectura. Su semblante tomó inmediatamente una expresión concentrada y atenta como si hiciese una semana que estuviese leyendo, pero antes de haber podido leer media docena de líneas fijó sus ojos en mí, y dijo: «¿Cómo sigue su mamá?». Esta inesperada pregunta me puso en tal embarazo que empecé a decir, del modo más absurdo, que de existir tal persona estaba seguro de que se encontraría bien y le quedaría muy agradecida y le mandaría sus saludos, cuando la niñera vino en mi auxilio.

—¡Vaya! —exclamó, recogiendo el pañuelo—; ¡ya es la séptima vez! ¿Qué le pasa esta tarde, señora? —La señora Pocket recibió la prenda, primero con

una mirada de indecible sorpresa, como si no la hubiera visto nunca, y luego riéndose, como si al fin la reconociera, y dijo:

—Gracias, Flopson. —Luego me olvidó y prosiguió su lectura.

Ahora que tenía espacio para contarlos, me di cuenta que había presentes entre caídas y batacazos no menos de seis pequeños Pockets. Apenas había llegado a este total cuando se oyó, como si fuese en la región del aire, un séptimo que lloraba lastimosamente.

—¡Pero si es el bebé! —dijo Flopson, pareciendo encontrarlo muy sorprendente—. ¡Corra arriba, Millers!

Millers, que era la otra niñera, entró en la casa, y gradualmente los gritos de la criatura fueron debilitándose y se acallaron, como si se tratara de un joven ventrílocuo a quien hubiesen metido algo en la boca. La señora Pocket no había dejado de leer en todo el rato, y yo tenía curiosidad por saber qué libro leía.

Supongo que esperábamos a que saliera el señor Pocket; en todo caso aguardábamos allí y tuve ocasión de observar el notable fenómeno de que cada vez que los niños, en sus juegos, iban a parar cerca de la señora Pocket, tropezaban y se le caían encima, siempre con grande y momentáneo asombro por parte de ella y grandes y duraderos lamentos por parte de ellos. No sabía qué pensar de esta sorprendente circunstancia, y no pude evitar hacer cábalas sobre ella, hasta que, poco a poco, Millers bajó con el bebé, el cual fue entregado a Flopson, quien iba a entregárselo a la señora Pocket, cuando ella también, con bebé y todo, fue a caer sobre la señora Pocket, y Herbert y yo tuvimos que levantarla.

—¡Dios mío, Flopson! —dijo la señora Pocket, apartando un momento sus ojos del libro—; ¡todo el mundo se cae!

—¡Dios mío, señora! —repuso Flopson muy sofocada—. ¿Qué tiene usted ahí?

—¿Aquí, Flopson? —preguntó la señora Pocket.

—¡Pero si es un taburete! —exclamó Flopson—. ¡Y si usted lo tiene así oculto bajo la falda, cómo no quiere que tropecemos con él! ¡Vamos! Coja usted al bebé, señora, y deme el libro.

La señora Pocket siguió el consejo, y desmañadamente se puso a mecer al niño en su regazo mientras los demás jugaban a su alrededor. Muy poco tiempo hacía que duraba esta situación cuando la señora Pocket dio orden de que se llevaran a los niños a la casa para que echaran un sueño. Entonces hice yo el

segundo descubrimiento de aquella primera ocasión, o sea que la crianza de los pequeños Pocket consistía en una alternancia de sueños y caídas.

En estas circunstancias, cuando Flopson y Millers hubieron conducido a los niños a la casa como un pequeño rebaño de corderos, y el señor Pocket salió para conocerme, no me causó gran sorpresa ver que éste era un caballero con la gris pelambrera revuelta y, en el semblante, una expresión de perplejidad, como si no viera el modo de poner orden en nada.

CAPÍTULO XXIII

El señor Pocket dijo que se alegraba de conocerme y que esperaba que no me pesaría el conocerle a él.

«Porque, en realidad —añadió mientras su hijo sonreía—, no soy un personaje que asuste a nadie». Era un hombre de aspecto juvenil, a pesar de su perplejidad y de tener tan grises los cabellos, y sus modales parecían perfectamente naturales. Uso la palabra natural en el sentido de desprovisto de afectación; pues había algo cómico en su aire aturdido, como si sólo dejase de ser perfectamente ridículo por el hecho de que él se daba cuenta de lo cerca que estaba de serlo. Después de hablar unos momentos conmigo, dijo, dirigiéndose a la señora Pocket, con una ansiosa contracción de las cejas, que eran negras y correctas: «Belinda, supongo que has dado la bienvenida al señor Pip». Ella levantó los ojos de su libro y dijo: «Sí». Luego me sonrió con aire distraído y me preguntó si me gustaba el sabor del agua de azahar. Como la pregunta no guardaba relación, ni de cerca ni de lejos, con nada que se hubiese dicho antes, ni que se dijese después, supongo que fue formulada únicamente, al igual que cuando había mencionado a mi madre, como una señal más o menos vaga de condescendencia.

A las pocas horas descubrí, y tanto da que lo cuente en seguida, que la señora Pocket era hija de un buen señor llegado por accidente a la dignidad de caballero, y que había inventado para su uso personal la teoría de que su difunto padre no alcanzó a ser baronet por culpa de la tenaz oposición, fundada en motivos puramente personales, de alguien, no recuerdo quién, si es que lo supe nunca: el soberano, el primer ministro, el lord canciller, el arzobispo de Canterbury…, ¡vaya a usted a saber!; y en virtud de este hecho puramente

hipotético, ella se había inscrito entre los nobles de la tierra. Creo que el padre de la señora Pocket había ganado su título de caballero embistiendo a punta de pluma la gramática inglesa en una desesperada alocución escrita en pergamino con motivo de ponerse la primera piedra a algo, y ofreciendo a alguna persona real la paleta o el mortero. Sea como fuere, el buen señor había hecho educar, desde la cuna, a la señora Pocket como quien, según el orden natural de las cosas, estaba destinada a casarse con un título y a quien había que preservar de la adquisición de todo plebeyo conocimiento doméstico. Tan eficaces habían sido el cuidado y la vigilancia ejercidos sobre la joven por su juicioso padre, que aquélla alcanzó a ser altamente decorativa, pero completamente inútil e incapaz. Con un carácter tan felizmente formado, en la flor de su juventud fue a dar con el señor Pocket, quien se hallaba también en la flor de la suya, sin haber decidido aún si se encaramaría al asiento del lord canciller o si se tocaría con la mitra. Como el hacer una u otra de estas dos cosas era cuestión de tiempo, él y la señora Pocket habían cogido el tiempo por los pelos (cuando, a juzgar por su largura, parecían necesitar que los cortasen) y se casaron a espaldas del juicioso padre. El juicioso padre, no teniendo otra cosa para negar o conceder que su bendición, les había otorgado esta generosa dote, después de una breve resistencia, y había notificado al señor Pocket que su esposa era un «tesoro digno de un príncipe». El señor Pocket invirtió desde entonces el tesoro digno de un príncipe en la forma usual, y es de suponer que no le había producido sino un pobre interés. Sin embargo, la señora Pocket era, en general, objeto de una curiosa especie de respetuosa compasión por no haberse casado con un título; mientras que el señor Pocket era objeto de una curiosa especie de indulgente reproche por no haber alcanzado ninguno.

El señor Pocket me llevó a la casa y me mostró mi habitación, que era agradable y estaba amueblada de manera que pudiese servirme cómodamente como saloncito particular. Luego llamó a las puertas de otras dos habitaciones similares y me presentó a sus ocupantes, que se llamaban Drummle y Startop. Drummle, un joven de aspecto maduro y de arquitectura un poco pesada, estaba silbando. Startop, más joven en años y en aspecto, estaba estudiando, con la cabeza entre las manos, como si se creyese en peligro de hacerla estallar con una sobrecarga de conocimientos.

Tanto el señor como la señora Pocket tenían un aire tan visible de estar en manos de otra persona, que yo me pregunté quién era el que realmente estaba en posesión de la casa y les permitía vivir en ella, hasta que descubrí que este poder

desconocido eran los sirvientes. Era, quizás, una buena manera de ir tirando, por lo que al ahorro de preocupaciones se refiere; pero también parecía dispendiosa, pues los criados consideraban una obligación para consigo mismos ser exigentes en el comer y beber y el obsequiar en sus sótanos a gran número de amistades. Concedían al señor y a la señora Pocket una mesa generosa; pero siempre me pareció que la mejor parte de la casa para hospedarse tenía que ser, con mucho, la cocina…, siempre suponiendo que el huésped fuese capaz de defenderse, porque antes de haber yo pasado una semana allí, una señora de la vecindad, amiga de la familia, escribió para decir que había visto cómo Millers pegaba al bebé. Esto disgustó sobremanera a la señora Pocket, quien al recibir el billete prorrumpió en llanto, diciendo que era extraordinario que los vecinos tuviesen que meterse siempre en lo que no les importaba.

Poco a poco fui enterándome, y principalmente por Herbert, de que el señor Pocket había estudiado en Harrow y en Cambridge, donde se había distinguido; pero que, al tener la felicidad de casarse tan joven con la señora Pocket, había estropeado su porvenir y había tenido que dedicarse a dar lecciones particulares. Después de habérselas con un cierto número de cerebros obtusos —cuyos padres, cuando eran influyentes, iban siempre a procurarle una buena situación, pero se olvidaban de hacerlo así que sus hijos no necesitaban más de él—, se había cansado de aquel pobre trabajo y había venido a Londres. Aquí, después de ver frustradas poco a poco sus ambiciosas esperanzas, dio clases a varias personas que no habían tenido oportunidad de aprender o la habían desaprovechado; había pulido a otras para ocasiones especiales, y había aplicado sus capacidades a la compilación y corrección literarias; y con estos recursos, añadidos a los propios muy modestos, aún sostenía la casa en la forma que yo veía.

El señor y la señora Pocket tenían una vecina muy aduladora; una dama de natural tan altamente simpática que la hacía estar de acuerdo con todo el mundo, bendecir a todo el mundo y prodigar sonrisas a todo el mundo, o llorar con todo el mundo, según las circunstancias. Esta dama era la señora Coiler, y yo tuve el honor de llevarla del brazo al comedor el día de mi instalación. Me dio a entender que era una pena para la querida señora Pocket que el señor Pocket se viera en la necesidad de recibir caballeros como alumnos en su casa. Esto no iba para mí, me dijo, en un arranque de simpatía y confianza (en aquel momento, hacía poco más de cinco minutos que nos conocíamos); si todos fuesen como yo, sería otra cosa.

—Pero la querida señora Pocket —dijo la señora Coiler—, después de su prematuro desengaño (no es que el querido señor Pocket mereciera ningún reproche por ello), necesita tanto lujo y elegancia…

—Sí, señora —dije yo interrumpiéndola, pues temía que se me echase a llorar.

—Y tiene un natural tan aristocrático…

—Sí, señora —repetí, con el mismo objeto de antes.

—Que es muy duro —dijo la señora Coiler— que el señor Pocket tenga que dedicar su tiempo y su atención a otra cosa que a la señora Pocket.

Yo no podía dejar de pensar que todavía sería más duro que fuese el tiempo y la atención del carnicero lo que se dedicase a otra cosa que a la señora Pocket; pero no dije nada, pues en realidad bastante ocupación tenía con mantener una vergonzante vigilancia sobre mi propia manera de conducirme.

Llegó a mi conocimiento, a través de lo que hablaban la señora Pocket y Drummle mientras yo estaba atento a mi cuchillo, tenedor y cuchara, copas y otros instrumentos de suicidio, que Drummle, cuyo nombre de pila era Bentley, era el heredero en segundo lugar de un título de baronet. Resultó, además, que el libro que yo había visto leer a la señora Pocket en el jardín no trataba más que de títulos y que ella sabía de fuente exacta que su abuelo habría sido inscrito en dicho libro, caso de que hubiese llegado a serlo. Drummle no decía gran cosa, pero a su modo lacónico (me pareció que era un tipo adusto) hablaba como uno de los elegidos, y trataba a la señora Coiler como a una mujer y una hermana. Nadie sino ellos y esta señora, la aduladora vecina, daba muestras de interesarse por esta parte de la conversación, que me pareció que a Herbert se le hacía penosa, y la cual llevaba trazas de durar mucho tiempo, cuando el criado entró a anunciar una calamidad doméstica. Era ésta que la cocinera había extraviado la carne de buey. Entonces, por primera vez, vi al señor Pocket desahogar sus sentimientos haciendo algo que me llenó de asombro, aunque a nadie más causó impresión, y con lo que no tardé en estar tan familiarizado como el resto de los circunstantes. Soltó el cuchillo y el trinchante —pues estaba ocupado, a la sazón, en partir la vianda—, se llevó ambas manos al revuelto cabello, y pareció hacer un esfuerzo extraordinario para levantarse tirando de él. Pero después de esto, y no habiendo obtenido resultado alguno, continuó tranquilamente su tarea.

La señora Coiler cambió entonces de conversación, y empezó a halagarme. Al principio me complació, pero me adulaba tan burdamente, que pronto se me pasó el gusto de oírla. Tenía un modo de acercarse a mí cuando fingía estar

vitalmente interesada en los amigos y localidades que yo había dejado, que resultaba completamente rastrero; y cuando de vez en cuando daba un salto hacia Startop (que no decía gran cosa) o hacia Drummle (que aún decía menos), yo los envidiaba por hallarse al otro lado de la mesa.

Después de la comida trajeron a los niños, y la señora Coiler hizo comentarios admirativos sobre sus ojos, sus narices y sus piernas —una manera sagaz de cultivar su espíritu—. Eran cuatro niñas y dos niños, además del bebé que podía ser cualquiera de las dos cosas, y del próximo sucesor del bebé, que aún no era ninguna de ellas. Habían sido introducidos por Flopson y Millers como si estos dos oficiales sin graduación vinieran de reclutar niños y hubiesen alistado a aquéllos, en tanto que la señora Pocket miraba a los que debían de haber sido jóvenes nobles como si pensara que ya había tenido el placer de inspeccionarlos antes, pero no acabara de identificarlos.

—¡Vamos! Deme su tenedor, señora, y coja al bebé —dijo Flopson—. No lo coja de ese modo, o le va a meter la cabeza debajo de la mesa.

Así advertida, la señora Pocket lo cogió por el otro lado y le puso la cabeza encima de la mesa, lo cual fue anunciado a todos los presentes por un prodigioso coscorrón.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Devuélvamelo, señora —dijo Flopson—, y usted, señorita Jane, venga a bailar para distraer al bebé.

Una de las niñas, un mero gorgojo que parecía haberse encargado prematuramente de los demás, se fue de mi lado, donde estaba, y se puso a bailar ante el bebé hasta que éste dejó de llorar y empezó a reír. Entonces todos los niños se rieron, y el señor Pocket (que mientras tanto había tratado dos veces de levantarse por los pelos) se rió y todos nos reímos y nos pusimos contentos.

Flopson, a fuerza de doblar al bebé por sus articulaciones, como si fuese una muñeca de madera, lo acomodó sin mayor quebranto en el regazo de la señora Pocket, y le dio el cascanueces para que jugase con él, recomendando al mismo tiempo a la señora Pocket que cuidase de que los mangos de aquel instrumento no dieran en los ojos de la criatura, y encargando ásperamente a la señorita Jane que hiciera lo mismo. Después, las dos niñeras salieron de la habitación y tuvieron un vivo altercado con el disoluto criadito que había servido la comida y que manifiestamente había perdido la mitad de sus botones en la mesa de juego.

Me intranquilizó ver que la señora Pocket entablaba una discusión con Drummle a propósito de los títulos de baronet, en tanto que comía unas rodajas de naranja bañadas en vino con azúcar, y olvidaba completamente a la criatura

que tenía en el regazo, la cual hacía las cosas más alarmantes con su cascanueces. Por fin, la pequeña Jane, dándose cuenta del peligro que corrían los jóvenes sesos del bebé, dejó su sitio sin hacer ruido, y gracias a un sinfín de pequeñas astucias se apoderó del cascanueces. La señora Pocket, que en aquel momento terminaba de comer su naranja, y a quien esto no gustó, le dijo a Jane:

—Tú, desvergonzada. ¿Cómo te has atrevido? ¡Anda a sentarte en seguida!

—Mamita —balbució la niña—, el bebé se podía saltar los ojos.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? —replicó la señora Pocket—. ¡Anda a sentarte en seguida!

La indignación de la señora Pocket era tan abrumadora que me sentí avergonzado, como si yo mismo hubiera hecho algo para provocarla.

—Belinda —protestó el señor Pocket desde el otro extremo de la mesa—, ¿por qué eres tan poco razonable? Jane sólo ha intervenido para proteger al bebé.

—No quiero que intervenga nadie —dijo la señora Pocket con una mirada majestuosa dirigida a la inocente ofensora—. Sé lo que debo a la posición de mi abuelo. Sí, Jane.

El señor Pocket volvió a llevarse las manos al pelo, y esta vez, realmente, se levantó dos pulgadas de su asiento.

—¡Oíd esto! —exclamó desalentadamente, dirigiéndose a los elementos—. ¡Los pequeños tienen que matarse con el cascanueces, a causa de la posición del pobre abuelo de su mamá! —Luego volvió a dejarse caer en la silla y guardó silencio.

Mientras esto ocurría, todos mirábamos el mantel con embarazo. Siguió una pausa, durante la cual el leal e incorregible bebé hizo una serie de saltos y gorjeos dirigidos a la pequeña Jane, la cual me pareció el único miembro de la familia (los criados aparte) con quien mantenía una decidida relación.

—Señor Drummle —dijo la señora Pocket—, ¿quiere usted llamar para que venga Flopson? Jane, muñeca desobediente, vete a la cama. ¡Ahora, bebé, amor mío, ven con mamá!

El bebé era la esencia del honor, y protestó con todas sus fuerzas. Se dobló al revés sobre el brazo de la señora Pocket, mostró a la compañía, en vez de su dulce rostro, un par de zapatitos de ganchillo y de piernecitas llenas de hoyuelos y fue abrazado en pleno estado de rebeldía. Sin embargo, se salió con la suya, porque a los pocos minutos lo vi por la ventana mecido por la pequeña Jane.

Los cinco niños restantes se quedaron junto a la mesa, pues Flopson tenía algún compromiso particular y no había nadie más que cuidase de ellos. Fue así

como advertí el estado de las relaciones entre ellos y su padre, del cual dará idea la escena siguiente: el señor Pocket, con aire de mayor perplejidad que de costumbre y con el cabello alborotado, los miró unos minutos como si no pudiese comprender cómo era que se hallaban hospedados en aquel establecimiento, y por qué la naturaleza no los había acuartelado en alguna otra casa. Después, con unas maneras distantes de misionero, les hizo ciertas preguntas, como por qué el pequeño Joe tenía aquel agujero en su delantal; y el niño dijo: «Papá, Flopson lo remendará cuanto tenga tiempo». Y cómo le había salido a la pequeña Fammy aquel moretón; y la pequeña dijo: «Papá, Millers me pondrá una cataplasma cuando se acuerde». Luego, el señor Pocket se derritió en amor paternal y les dio un chelín a cada uno, diciéndoles que se fuesen a jugar; y luego, mientras ellos salían, con otro poderoso esfuerzo para levantarse por los cabellos, alejó de sí aquella inútil preocupación.

Por la tarde había remo en el río. Como Drummle y Startop tenían cada uno un bote, resolví coger uno por mi cuenta y tratar de aventajarlos. Yo estaba bastante fuerte para la mayor parte de los ejercicios a que son aficionados los muchachos del campo, pero comprendía que me faltaba elegancia de estilo para el Támesis —por no hablar de otras aguas—, y al punto comprometí, para que me diera lecciones, al ganador de unas regatas que remaba ante nuestro embarcadero y al cual fui presentado por mis nuevos amigos. Esta práctica autoridad me llenó de confusión diciéndome que tenía los brazos de un herrero. Si hubiera sabido lo cerca que estuvo de perder a su discípulo a causa de este elogio, dudo de que me lo hubiera tributado.

A nuestro regreso nos aguardaba una cena fría y creo que le habríamos hecho buen honor de no haber sido por un desagradable incidente doméstico. El señor Pocket se hallaba del mejor humor cuando entró una criada diciendo:

—Con su permiso, señor, quisiera hablarle.

—¿Hablar al señor? —dijo la señora Pocket, cuya dignidad volvió a sentirse herida—. ¿Cómo puede usted pensar en semejante cosa? Vaya y hable con Flopson. O háble me a mí… en otro momento.

—Con perdón de usted, señora —repuso la criada—, quisiera hablar en seguida, y con el señor.

A esto, el señor Pocket salió de la estancia y nosotros nos entretuvimos del mejor modo posible hasta que volvió.

—¡Bueno es lo que ocurre, Belinda! —dijo el señor Pocket, volviendo con el disgusto y la desesperación pintados en el semblante—. ¡En la cocina tienes a la

cocinera durmiendo la mona, con un gran paquete de mantequilla en la alacena, a punto de venderlo como grasa!

La señora Pocket dio instantáneamente muestras de cariñosa emoción, y dijo:

—¡Esto es cosa de esa odiosa Sophia!

—¿Qué quieres decir, Belinda? —preguntó el señor Pocket.

—Sophia te lo ha contado —dijo la señora Pocket—. ¿No vi con mis propios ojos y oí con mis propios oídos, cómo entraba aquí ahora mismo y pedía hablarte?

—Pero ¿no me ha llevado abajo, Belinda —replicó el señor Pocket—, y no me ha mostrado a la mujer, y el paquete, además?

—¿Y tú la defiendes, Matthew —dijo la señora Pocket—, después de que viene con esos chismes?

El señor Pocket profirió un lúgubre gemido.

—¿Es que la nieta de mi abuelo no es nadie en esta casa? —dijo la señora Pocket—. Además, la cocinera ha sido siempre una mujer atenta y respetuosa, y dijo de la manera más natural, cuando vino a pedir colocación, que veía muy bien que yo había nacido para ser una duquesa.

Había un sofá donde estaba el señor Pocket, y éste se desplomó en él en la actitud del gladiador moribundo. En ella continuaba cuando, al juzgar yo conveniente retirarme, me dijo con voz cavernosa:

—Buenas noches, señor Pip.

CAPÍTULO XXIV

Pasados dos o tres días, después de haberme instalado en mi habitación y de haber ido varias veces a Londres a encargar todo lo que necesitaba de mis proveedores, el señor Pocket y yo tuvimos una larga conversación. Sabía más que yo mismo acerca de mi porvenir, porque mencionó que el señor Jaggers le había dicho que no se me destinaba a ninguna profesión, y que me hallaría lo bastante bien preparado para mi destino si podía estar a la par de la mayoría de los jóvenes en próspera situación. Yo, naturalmente, asentí a ello, pues no se me ocurría nada en contra.

Me aconsejó la asistencia a ciertos sitios de Londres para la adquisición de los simples rudimentos que me hacían falta, y que le invistiera a él con las funciones de aclarador y director de todos mis estudios. Esperaba que con una ayuda inteligente no encontraría dificultades que pudieran desalentarme, y que pronto me hallaría en situación de poder prescindir de todo auxilio que no fuera el suyo. Por el modo de decirme esto, y muchas otras cosas encaminadas al mismo fin, se expuso admirablemente en términos de confianza conmigo; y puedo declarar que siempre se mostró tan celoso y honrado en el cumplimiento de su obligación conmigo, que me hizo ser celoso y honrado en el cumplimiento de la mía con él. Si, como maestro, me hubiera mostrado indiferencia, no dudo de que yo le hubiera devuelto el cumplido; pero no me dio tal excusa, y ambos nos hicimos mutuamente justicia. Tampoco vi que tuviera nunca nada de ridículo —ni nada que no fuese serio, honrado y bueno— en su trato de preceptor conmigo.

Cuando todo esto estuvo decidido y puesto en marcha, hasta el punto de que yo había ya empezado a trabajar de veras, se me ocurrió que, si podía conservar

mi habitación en Barnard’s Jun, mi vida sería agradablemente variada, al paso que mis modales no perderían nada con la compañía de Herbert. El señor Pocket no se opuso a este arreglo, pero me indicó que antes de intentar ponerlo en práctica, sería conveniente que lo sometiera a la aprobación de mi tutor. Comprendí que su escrúpulo nacía de que el plan implicaba algún ahorro en los gastos de Herbert; así pues, fui a Little Britain y comuniqué mi deseo al señor Jaggers.

—Con que pudiera comprar tan sólo los muebles que ahora hay alquilados para mí —dije— y una o dos cositas más, me hallaría perfectamente instalado.

—¡Vamos! —dijo el señor Jaggers, con una áspera risa—. Ya le dije yo que saldría usted adelante. ¡Bueno! ¿Cuánto necesita?

Dije que no lo sabía.

—¡Venga! —replicó el señor Jaggers—. ¿Cuánto? ¿Cincuenta libras?

—Oh, no tanto.

—¿Cinco libras? —dijo el señor Jaggers.

Esto era una rebaja tan grande que dije con desaliento:

—¡Oh! Más que eso.

—Más que eso, ¿eh? —respondió el señor Jaggers, acechándome con las manos en los bolsillos, la cabeza ladeada y los ojos clavados en la pared detrás de mí—. ¿Cuánto más?

—Es difícil fijar una suma —dije yo vacilando.

—¡Ea! —dijo el señor Jaggers—. Vamos a ver si lo acertamos. ¿Bastará con dos veces cinco? ¿Bastará con tres veces cinco? ¿Bastará con cuatro veces cinco?

Dije que me parecía que bastaría sobradamente.

—Con cuatro veces cinco bastará sobradamente, ¿no es eso? —dijo el señor Jaggers frunciendo el ceño—. ¿Qué entiende usted por cuatro veces cinco?

—¿Qué entiendo yo?

—¡Sí! —dijo el señor Jaggers—. ¿Qué cantidad?

—Supongo que usted quiere decir veinte libras —dije, sonriendo.

—No le importe lo que yo quería decir, amigo —observó el señor Jaggers con un movimiento de cabeza sagaz y contradictorio—. Quiero saber lo que usted entiende por ello.

—Veinte libras, naturalmente.

—¡Wemmick! —dijo el señor Jaggers, abriendo la puerta de su despacho—. Que le firme el señor Pip un recibo y dele veinte libras.

Esta extraña y enérgica manera de conducir un asunto produjo en mí una fuerte impresión, y no de las agradables. El señor Jaggers no se reía nunca, pero llevaba unas grandes y brillantes botas que crujían, y al balancearse sobre ellas, con su gran cabeza inclinada, y las cejas juntas, aguardando una respuesta, a veces las hacía crujir, como si las botas riesen de una manera seca y recelosa. Como él se fue entonces, y como Wemmick estaba animado y hablador, le dije a éste que no acababa de comprender las maneras del señor Jaggers.

—Dígaselo a él, y lo tomará como un cumplido —respondió Wemmick—; no es su propósito que usted las comprenda. ¡Oh! —porque yo parecía sorprendido—, no es cosa personal; es profesional; únicamente profesional.

Wemmick estaba sentado en su escritorio almorzando —y ronzando— un bizcocho seco y duro, del cual se echaba trozos, de vez en cuando, en la rendija de la boca como si los echara en un buzón de correos.

—Siempre me ha producido el efecto —dijo Wemmick— del que tiene puesta una trampa para hombres y la está vigilando. De pronto, ¡clic!, uno que cae.

Sin hacerle notar que las trampas para hombre no figuran entre las amenidades de la vida, dije que suponía que el señor Jaggers era muy hábil.

—Profundo —dijo Wemmick— como Australia. —Y señaló con la pluma el suelo de la oficina, para expresar que, a los efectos de aquella imagen, Australia se hallaba en el punto diametralmente opuesto del globo—. Si hubiese algo más profundo —añadió Wemmick, volviendo la pluma al papel—, así sería él.

Entonces yo dije que me parecía que el despacho del señor Jaggers era un negocio magnífico, y Wemmick dijo:

—¡De los mejores! —Luego pregunté si había muchos dependientes; a lo cual respondió—: No tenemos muchos, porque sólo hay un Jaggers y la gente quiere tratar directamente con él. No somos más que cuatro. ¿Le gustaría verlos? Usted ya es de lo nuestros, podríamos decir.

Acepté el ofrecimiento. Cuando el señor Wemmick hubo echado todo su bizcocho al buzón y me hubo pagado el dinero, sacándolo de una caja de caudales que abrió con una llave que llevaba guardada en la espalda, de donde la sacó por el cuello de la camisa como una especie de coleta de hierro, fuimos arriba. La casa era oscura y destartalada, y los hombros grasientos que habían dejado su señal en el despacho del señor Jaggers parecían haberse restregado por las paredes de la escalera durante muchos años. En la parte delantera del primer piso, un dependiente con un aire mitad de tabernero y mitad de cazador de

ratones —un hombrón pálido y abotagado— estaba muy ocupado con tres o cuatro personas de aspecto desastrado, a quienes trataba sin ninguna ceremonia, como eran tratados, al parecer, todos los que contribuían a llenar las arcas del señor Jaggers. «Preparando las pruebas —dijo el señor Wemmick, cuando salimos— para un juicio». En la habitación de enfrente, un hombrecillo flaco, con cara de perro y una larga melena colgante (como si se hubiesen olvidado de esquilarle desde que era cachorro), estaba similarmente entretenido con un hombre corto de vista, a quien el señor Wemmick me presentó como un fundidor que tenía siempre el crisol en el fuego, y que me fundiría cualquier cosa que yo deseara… y que sudaba copiosamente, como si hubiera ensayado su arte consigo mismo. En una estancia de la parte de atrás, un hombre cargado de hombros, con el rostro hinchado por una fluxión y envuelto en una sucia franela, que vestía un traje negro y viejo que parecía encerado, se encorvaba sobre el papel poniendo en limpio las notas de los otros dos caballeros para uso del señor Jaggers.

Ésta era toda la oficina. Cuando volvimos abajo, Wemmick me llevó al despacho de mi tutor, diciendo:

—Esto ya lo ha visto usted.

—Oiga —dije, al ver por segunda vez las dos horribles mascarillas—. ¿A quién representan estas caras?

—¿Éstos? —dijo Wemmick, subiéndose a una silla y soplando en las horribles cabezas para quitarles el polvo antes de bajarlas—. Éstos son dos hombres célebres. Famosos clientes nuestros que nos dieron mucho nombre. Este individuo (habrás bajado por la noche a mirar dentro del tintero, viejo perillán, que te has manchado en la ceja) asesinó a su señor, y, considerando que no se le pudo probar, no lo planeó mal del todo.

—¿Se le parece? —pregunté yo, retrocediendo ante aquella fiera, mientras Wemmick escupía en su ceja y la frotaba luego con su manga.

—¿Si se le parece? Es el mismo. ¿Sabe usted? La mascarilla fue sacada en Newgate, inmediatamente después de descolgarle. Sentías cierta debilidad por mí, ¿eh, viejo astuto? —dijo Wemmick. Luego explicó este afectuoso apóstrofe tocando el broche que representaba la señora y el sauce llorón junto a la tumba y la urna—. ¡Lo mandó hacer expresamente para mí!

—¿Representa a alguien la señora? —dije.

—No —respondió Wemmick—. Fue solamente una broma suya. Te gustaba un poco de broma, ¿no es cierto? No; no había señora alguna en este caso, señor

Pip, salvo una… y no tenía un porte tan esbelto y señoril; ni la habría usted atrapado mirando esta urna, a no ser que hubiese en ella algo que beber.

Dirigida así la atención de Wemmick hacia su broche, dejó a un lado la mascarilla y se puso a limpiarlo con su pañuelo.

—Y el otro personaje, ¿tuvo el mismo fin? —pregunté—. Tiene el mismo semblante.

—Es verdad —dijo Wemmick—. Es el semblante característico. Como si tuviese una aleta de la nariz con un anzuelo que tirase para arriba. Sí; tuvo el mismo fin; un fin natural aquí, se lo aseguro. Falsificaba testamentos, este calavera, cuando no adormecía para siempre a los supuestos testadores. Tú eras un gachó distinguido, sin embargo, —apostrofaba de nuevo el señor Wemmick —, y decías que sabías escribir en griego. ¡Un fanfarrón! Qué embustero eras. ¡Nunca vi un embustero como tú! —Antes de volver a su difunto amigo al anaquel, Wemmick tocó la mayor de sus sortijas de luto—. La mandó comprar para mí la víspera misma.

Mientras subía la otra mascarilla y bajaba de la silla, cruzó por mi cabeza la idea de que todas sus alhajas personales procedían de fuentes parecidas. Como él no había mostrado cortedad respecto al asunto, me tomé la libertad de preguntárselo cuando lo tuve otra vez ante mí sacudiéndose el polvo de las manos.

—¡Oh, sí! —respondió—. Todos son regalos de esta clase. Uno trae otro, ¿sabe usted? Yo los acepto siempre. Son curiosidades. Y algo valen. Puede que no sea mucho, pero algo valen y se pueden llevar encima. Para usted con su brillante perspectiva, no representan nada, pero por lo que a mí toca, mi lema ha sido siempre: Hazte con bienes que se puedan llevar encima.

Cuando hube rendido homenaje a la sabiduría de esta sentencia, él continuó en tono amistoso:

—Si alguna vez, cuando no tenga nada mejor que hacer, no le importa ir a visitarme a Walwoith, le puedo ofrecer una cama, y lo consideraré un honor. No tengo gran cosa que enseñarle, pero hay dos o tres curiosidades que quizá le gustaría ver, y me gusta poseer un pedacito de jardín y un cenador.

Le dije que estaría encantado de aceptar su hospitalidad.

—Gracias —dijo—. Entonces queda convenido para cuando usted lo estime conveniente. ¿Ha comido ya con el señor Jaggers?

—Aún no.

—Bueno —dijo Wemmick—, le dará vino, y buen vino. Le dará ponche, y

no un mal ponche. Y ahora le diré una cosa. Cuando vaya a comer con el señor Jaggers fíjese en su criada.

—¿Veré algo muy extraordinario?

—Hombre —dijo Wemmick—, verá usted una fiera domesticada. No es una cosa tan extraordinaria, me dirá usted. Yo le respondo que eso depende de la fiereza original de la bestia y del grado de su domesticidad actual. Esto no disminuirá el concepto que usted tiene de las facultades del señor Jaggers. No deje de fijarse.

Le dije que lo haría con todo el interés y curiosidad que esta advertencia me inspiraba. Como yo me despidiera, me preguntó si no me gustaría dedicar cinco minutos a ver al señor Jaggers «en ello».

Por varias razones, y no la menor porque no sabía con claridad en qué vería al señor Jaggers, respondí afirmativamente. Nos metimos por la City y fuimos a parar a una sala de los juzgados donde un pariente de sangre (en el sentido homicida) del difunto aquel que tenía la caprichosa afición a los broches, se hallaba en el banquillo mascando algo nerviosamente, en tanto que mi tutor estaba interrogando a una mujer y metiéndole, a ella, al tribunal y a todos los presentes, el miedo en el cuerpo. Si alguien, de la categoría que fuera, decía algo que no le sentaba bien, instantáneamente pedía «que constara por escrito». Si alguien se negaba a confesar algo, decía: «Ya se lo arrancaré yo»; y si alguien confesaba algo, decía: «Ya le tengo cogido». Los magistrados temblaban sólo de ver cómo se mordía el dedo. Los ladrones y los guardias estaban pendientes de sus palabras con temeroso arrobamiento y se estremecían cada vez que un pelo de sus cejas se volvía en dirección a ellos. No pude entender de qué parte estaba mi tutor, porque me pareció que estaba moliendo a toda la sala en su molino; sólo sé que en el momento en que salí de puntillas no estaba de parte de los magistrados, porque estaba produciendo grandes convulsiones bajo la mesa en las piernas del caballero que presidía, con sus denuncias contra la conducta de éste como representante de la ley y la justicia inglesas en aquel sillón y en aquel día.

CAPÍTULO XXV

Bentley Drummle, que era un muchacho tan adusto que hasta cuando cogía un libro lo hacía como si su autor le hubiera agraviado, no era más agradable cuando se trataba de hacer nuevos conocidos. Pesado de figura, tardo de movimientos y de comprensión —por la indolente expresión de su rostro, por la lengua gruesa y torpe que parecía recostarse en su boca del mismo modo que él se recostaba por todas partes en una habitación—, era holgazán, engreído, cicatero, reservado y suspicaz. Pertenecía a una rica familia de Somersetshire que había cultivado en él esta combinación de cualidades hasta que descubrieron que ya llegaba a su mayoría de edad y aún era un zote. Era, pues, por esta razón por la que Bentley Drummle había sido puesto de alumno en casa del señor Pocket cuando ya aventajaba de una cabeza la altura de este caballero y de media docena de cabezas el grueso de la mayoría de los caballeros.

Startop había sido viciado por una madre débil que le había retenido en casa cuando habría tenido que estar en la escuela, pero él sentía por ella un gran afecto y la admiraba desmedidamente. Tenía la delicadeza de facciones de una mujer, y era —«como puede usted ver, aunque no la haya visto nunca», me decía Herbert— igualito que su madre. Era, pues, muy natural que yo le tomara más cariño a él que a Drummle, y que ya en nuestros primeros paseos en bote volviéramos los dos a casa con los botes emparejados, conversando de uno a otro, mientras Bentley venía rezagado junto a la ribera y metido entre los juncos. Siempre iba siguiendo la orilla como alguna recelosa criatura anfibia, hasta cuando habría podido aprovechar el impulso de la marea; y siempre le recuerdo siguiéndonos en la sombra o por el remanso, mientras nuestros dos botes se destacaban a la luz del sol o al claro de luna en medio de la corriente.

Herbert era mi amigo y compañero íntimo. Le regalé la mitad de la propiedad de mi bote, lo cual le dio ocasión para venir con frecuencia a Hammersmith; y mi posesión de la mitad de su alojamiento me llevaba a mí con frecuencia a Londres. Acostumbrábamos andar entre los dos sitios a todas horas. Yo conservo todavía por aquel camino (aunque no sea ahora un camino tan agradable como entonces) un afecto formado en la impresionabilidad de una juventud y una esperanza vírgenes.

Llevaba ya uno o dos meses con la familia Pocket cuando un día comparecieron el señor y la señora Camilla. Camilla era la hermana del señor Pocket. Georgiana, a quien había visto en casa de la señorita Havisham en la misma ocasión, también compareció. Era una prima, una solterona indigesta que llamaba religión a su rigidez, y corazón a su hígado. Esta gente me aborrecía con el aborrecimiento de la codicia y el despecho. Por supuesto, ante mi prosperidad, me adulaban con la mayor bajeza. Hacia el señor Pocket, como si se tratara de un niño grande que no sabe lo que le conviene, mostraban la superior indulgencia que ya les había oído expresar. A la señora Pocket la despreciaban, pero concedían que la pobrecita había recibido de la vida una tremenda decepción, porque esto proyectaba una débil luz que se reflejaba sobre ellos mismos.

Éste era el ambiente en medio del cual me asenté y me apliqué a mi propia educación. Pronto contraje hábitos dispendiosos y empecé a gastar sumas que unos meses antes me habrían parecido casi fabulosas, pero, a pesar de todo, nunca abandoné mis libros. No había otro mérito en esto que el de tener suficiente sentido común para comprender mis propias deficiencias. Entre el señor Pocket y Herbert progresé rápidamente; y con el uno o el otro siempre a mano para darme el impulso necesario y desembarazarme de obstáculos el camino, habría tenido que ser un zopenco tan grande como Drummle para haber hecho menos.

Hacía unas semanas que no había visto al señor Wemmick cuando se me ocurrió escribirle unas líneas ofreciéndole mi visita para una de aquellas tardes. Me respondió que le causaría mucho placer y que me esperaría a las seis en la oficina. Y allí fui y allí le encontré metiéndose la llave del arca por la espalda en el preciso momento de sonar el reloj.

—¿Pensaba usted ir a Walworth andando? —me dijo.

—Ciertamente —dije—, si le parece bien.

—Mucho —fue la respuesta de Wemmick—, porque he tenido las piernas

metidas bajo la mesa todo el día y me gustará estirarlas. Ahora voy a decirle lo que tenemos para cenar. Tenemos estofado de vaca hecho en casa y pollo asado, traído de la fonda. Confío que será tierno, porque el dueño de la fonda fue jurado en un caso nuestro el otro día y le soltamos pronto. Se lo he recordado al comprarle el pollo, y le he dicho:

»—Escójalo usted bien, viejo bretón, porque si nos hubiera dado la gana de retenerlo en el estrado uno o dos días más, podríamos haberlo hecho fácilmente.

»Él me dijo:

»—Permítame que le regale el mejor pollo que tengo.

Desde luego, se lo permití. Siempre es algo de valor y en cierto modo se puede llevar. Espero que usted no tendrá prevención contra los viejos.

Creí en verdad que aún hablaba del pollo, hasta que añadió:

—Porque tengo en casa a mi anciano padre.

Entonces yo dije lo que exigía la cortesía.

—¿Así que usted aún no ha comido con el señor Jaggers? —prosiguió mientras andábamos.

—Todavía no.

—Así me lo ha dicho esta tarde, cuando oyó que usted iba a venir. Espero que le invitará mañana. Va a invitar también a sus amigos. Son tres, ¿no es cierto?

Aunque no tenía costumbre de contar a Drummle entre mis compañeros íntimos, respondí:

—Sí.

—Bien; va a invitar a toda la cuadrilla —no me sentí muy halagado por la expresión—; y cualquier cosa que les dé, será buena. No espere usted variedad, pero tendrá excelencia. Y hay otra cosa singular en su casa —prosiguió tras una pausa, como si se sobrentendiera que esto seguía a la observación hecha días antes sobre la criada—: nunca permite que se cierre por la noche ninguna puerta ni ventana.

—¿No le han robado nunca?

—¡Ésa es la cuestión! —respondió Wemmick—. Él dice públicamente: «Me gustaría ver quién es el hombre capaz de robarme». ¡Válgame Dios! Le he oído decir por lo menos un centenar de veces a más de un revientapisos: «Tú sabes dónde vivo; nunca se echan allí las aldabas; ¿por qué no pruebas a dar un golpe en mi casa? Vamos, ¿no te tiento?». Ni uno de ellos, señor, tendría el valor de hacerlo, ni por afición ni por dinero.

—¿Tanto le temen? —pregunté.

—¡Temerle! —dijo Wemmick—. ¡Y de qué modo! Aunque no deja de haber algo de socarronería en este modo de desafiarlos. Porque no hay plata en la casa. Todo es de metal blanco.

—Entonces no obtendrían gran cosa —observé yo—, aun en el caso de que…

—¡Ah! Pero él sí obtendría, y mucho —interrumpió Wemmick—, y ellos lo saben. Obtendría sus vidas y las vidas de muchos como ellos. Se cobraría todo lo que pudiera. Y es indecible lo que podría cobrarse, si se le metiera en la cabeza.

Estaba meditando en la grandeza de mi tutor, cuando Wemmick observó:

—En cuanto a la ausencia de plata, esto es cosa de su sagacidad natural. Un río tiene su profundidad natural y él tiene su profundidad natural. ¿Ha visto usted la cadena de su reloj? ¡Ésa sí que es de verdad!

—¿Es muy maciza? —dije yo.

—¿Maciza? —repitió Wemmick—. Ya lo creo. Y su reloj es de oro y de repetición, y vale, por lo menos, cien libras. Señor Pip, hay unos setecientos ladrones en esta ciudad que conocen ese reloj; no hay entre ellos hombre, mujer o niño que no sea capaz de reconocer el más pequeño eslabón de su cadena, y que no la soltase como si estuviera ardiendo si alguien se la ponía en sus manos.

Primero con este discurso y luego con conversaciones de carácter más general, el señor Wemmick y yo entretuvimos el tiempo y el camino hasta que me indicó que habíamos llegado al barrio de Walworth.

Resultó ser una colección de callejas, zanjas y jardincillos que ofrecían el aspecto de un retiro algo melancólico. La casa de Wemmick era una casita de madera erigida entre retazos de jardín, con la parte superior recortada y pintada, imitando una batería con sus cañones.

—La he hecho yo —dijo Wemmick—. Resulta bien, ¿no es cierto?

Se la alabé mucho. Creo que era la casa más pequeña que yo había visto; con unas curiosas ventanas góticas (simuladas las más de ellas) y una puerta gótica, casi demasiado pequeña para permitir el paso.

—Ésta es un asta de veras, ¿ve usted? —dijo Wemmick—, y los domingos izo una bandera de veras. Y mire aquí. Después de cruzar este puente, lo levo, así, y corto toda comunicación.

El puente era una plancha y cruzaba un foso de cuatro pies de anchura y dos de profundidad. Pero resultaba muy divertido ver con qué orgullo lo levaba y lo

aseguraba, sonriendo mientras tanto con verdadero placer y no de un modo maquinal.

—Cada día a las nueve de la noche (hora de Greenwich) —dijo Wemmick— se dispara el cañón. Está allí, ¿ve usted? Y cuando le oiga tronar, ya verá usted si es cosa de broma.

La pieza de ordenanza en cuestión estaba montada en una fortaleza aparte, construida con enrejado de listones. Estaba protegido de la intemperie por un artefacto de encerado en forma de paraguas.

—Y en la parte de atrás —dijo Wemmick—, fuera de la vista, para no perjudicar la perspectiva de una fortificación, pues es mi principio que cuando se tiene una idea hay que llevarla a cabo sin estropearla… No sé si usted es de esta opinión.

Dije que lo era, resueltamente.

—En la parte de atrás hay un cerdo, y gallinas y conejos, y además un huertecito donde crío pepinos; y usted juzgará, a la hora de la cena, qué clase de ensalada me da. Así, señor —dijo Wemmick sonriendo de nuevo, pero al mismo tiempo muy en serio, en tanto que meneaba la cabeza—, suponiendo que la casa se viese sitiada, podría resistir una barbaridad de tiempo, por lo tocante a las provisiones.

Luego me condujo a un cenador, situado a unas doce yardas de donde estábamos, pero al cual se iba por un camino tan ingeniosamente complicado que se tardaba mucho tiempo en llegar; y en este retiro hallamos preparadas nuestras copas. Nuestro ponche se estaba enfriando en un lago ornamental a cuya orilla se levantaba el cenador. Este lienzo de agua (con una isla en el centro que podía haber sido la ensalada para la cena) era de forma circular, y el señor Wemmick había construido en él una fuente que, cuando uno ponía en marcha un pequeño molino y quitaba el tapón a un caño, manaba con tanta fuerza que llegaba a mojar el dorso de la mano.

—Yo soy mi ingeniero, mi carpintero, mi fontanero, mi jardinero y mi sabelotodo —dijo Wemmick en respuesta a mis felicitaciones—. Bien; es una gran cosa, ¿sabe usted? Le quita a uno las telarañas de Newgate y alegra al anciano. ¿No le importará que le presente ahora al anciano? ¿No le incomodará?

Le manifesté el agrado que ello me proporcionaría y nos dirigimos al castillo. Allí encontramos, sentado junto al fuego, a un viejo muy viejo envuelto en una chaqueta de franela: limpio, alegre, cómodo y bien cuidado, pero sordo como una tapia.

—¡Hola, viejecito! —dijo Wemmick, estrechándole la mano en un estilo cordial y jocoso—; ¿cómo está usted?

—¡Muy bien, John; muy bien! —respondió el anciano.

—Aquí tiene al señor Pip, viejecito mío —dijo Wemmick—, y ojalá pudiera usted oír su nombre. Salude con la cabeza, señor Pip; es lo que le gusta. ¡Vaya saludándole, haga el favor!

—Mi hijo tiene aquí una hermosa propiedad, señor —chilló el anciano, mientras yo movía la cabeza con toda la energía posible—. Es un parque de recreo, señor. Este sitio con todas sus preciosidades tendría que ser conservado por la nación, una vez que mi hijo haya muerto, para esparcimiento del pueblo.

—Está usted orgulloso de ello, ¿no es cierto, papaíto? —dijo Wemmick, contemplando al anciano con el semblante dulcificado por una expresión de verdadera ternura—; ahí va un saludo para usted —y le hizo una tremenda reverencia—; y ahí va otro —con una todavía más tremenda—; le gusta, ¿verdad? Si no está usted cansado, señor Pip, aunque ya sé que esto cansa a los extraños, ¿quiere usted obsequiarle con otro saludo? No sabe usted lo que esto le agrada.

Le obsequié con unos cuantos más y él se puso muy alegre. Le dejamos levantándose para dar de comer a las gallinas y fuimos a tomar nuestro ponche en el comedor, donde Wemmick me dijo, mientras fumaba una pipa, que le había llevado un montón de años llevar la propiedad a su actual estado de perfección.

—¿Es propiedad suya, señor Wemmick?

—¡Oh, sí! —dijo el señor Wemmick—. La he ido adquiriendo poco a poco. Está libre de cargas, a fe mía.

—¿De veras? Supongo que el señor Jaggers la admira.

—No la ha visto nunca —dijo Wemmick—. Ni siquiera ha oído hablar de ella. No ha visto nunca al anciano. No sabe que exista. No; una cosa es la oficina, y otra, la vida privada. Cuando entro en la oficina procuro olvidar el castillo, y cuando entro en el castillo, procuro olvidar la oficina. Si no le resulta a usted desagradable, le agradeceré que haga usted lo mismo. No deseo que se hable de ello en el terreno profesional.

Desde luego, sentí que la buena fe me obligaba a acceder a su deseo. Como el ponche era muy bueno, permanecimos allí bebiendo y charlando hasta cerca de las nueve.

—Se acerca la hora del cañonazo —dijo Wemmick, dejando su pipa sobre la mesa—. Es la delicia del anciano.

Entrando de nuevo en el castillo, encontramos al anciano calentando el hurgón con mirada expectante, como preliminar de aquella gran ceremonia cotidiana. Wemmick permaneció reloj en mano hasta que llegó el momento de tomar el caldeado hurgón de las del anciano para dirigirse a la batería. Lo cogió, salió y al cabo de poco el cañón disparó con tal estruendo que la frágil casita se estremeció como si fuera a deshacerse en pedazos, y todos los cristales y tazas resonaron. A lo cual el anciano —que me imagino que, de no haberse agarrado a los brazos de su sillón, habría sido arrojado de él— gritó entusiasmado: «Ha disparado. ¡Lo he oído!». Y yo estuve haciendo reverencias al viejo caballero hasta que sin hipérbole puedo decir que llegó un momento en que no le podía ver.

El intervalo entre el cañonazo y la hora de la cena lo consagró Wemmick a mostrarme su colección de curiosidades. La mayoría de ellas eran de carácter criminal: comprendían la pluma con que se había cometido una célebre falsificación, una o dos navajas notables, unos mechones de pelo y varias confesiones escritas después de la condena, a las cuales el señor Wemmick atribuía especial valor por ser, según sus propias palabras, «todas y cada una de ellas, señor, un hatajo de mentiras». Todo esto estaba agradablemente distribuido entre pequeñas muestras de cristal y porcelana, varias primorosas chucherías hechas por el propietario del museo, y algunas tabaqueras esculpidas por el anciano. Estaba todo expuesto en aquella sala del castillo donde se me había introducido al principio, y que no sólo servía de cuarto de estar, sino también de cocina, a juzgar por una cacerola que había sobre la repisa interior de la chimenea y un elegante aparatito de bronce que, colgado encima del hogar, parecía destinado a sostener un asador.

Servía una pulcra criadita que cuidaba del anciano durante el día. En cuanto hubo puesto la mesa, se bajó el puente levadizo para permitirle la salida, y se retiró por aquella noche. La cena fue excelente y, aunque el castillo estaba atacado por la carcoma hasta el punto de oler a nuez podrida, y aunque nada se habría perdido con que el cerdo estuviese algo más lejos, disfruté sinceramente con el convite. Tampoco había tacha que poner a mi pequeño dormitorio de la torrecilla, salvo que entre yo y el asta de la bandera se interponía un techo tan endeble que, una vez me hube acostado boca arriba, me pareció que aquel palo tenía que estar toda la noche sosteniéndose en equilibrio sobre mi frente.

Wemmick se levantó temprano el día siguiente, y temo haberle oído limpiar mis botas. Después de esto, se puso a trabajar en el jardín, y desde mi ventana

gótica le vi fingir que contaba con la ayuda del anciano y hacer reverencias a éste, del modo más afectuoso. Nuestro desayuno fue tan bueno como la cena, y a las ocho y media en punto tomamos el camino de Little Britain. Poco a poco y a medida que avanzábamos, Wemmick fue haciéndose más seco y más duro y su boca volvió a tomar la forma de un buzón de correos. Y cuando por fin llegamos a la oficina y sacó la llave por el cuello de la camisa, parecía tan olvidado de su propiedad en Walworth, como si el castillo, el puente, el lago, el cenador, la fuente y el anciano se hubieran convertido en humo con el último disparo del cañón.

CAPÍTULO XXVI

Ocurrió, como me había anunciado Wemmick, que pronto tuve ocasión de comparar la casa de mi tutor con la de su pasante y cajero. Mi tutor estaba en su despacho lavándose las manos con su jabón de olor cuando entré en la oficina procedente de Walworth. Me llamó y me hizo, para mí y mis amigos, la invitación que Wemmick me había preparado para recibir. «Sin cumplidos —especificó— ni traje de etiqueta y pongámoslo para mañana». Le pregunté dónde teníamos que ir (porque no tenía idea alguna de dónde vivía) y, obedeciendo, supongo yo, a su general repugnancia hacia todo lo que pudiera parecer una concesión, dijo: «Vengan ustedes aquí, y los llevaré a mi casa». Aprovecho esta oportunidad para observar que se lavaba las manos después de recibir a un cliente como podía haber hecho un cirujano o un dentista. Tenía en su despacho un rincón dispuesto a este fin, que olía como la tienda de un perfumista. Detrás de la puerta, tenía una toalla enrollada de desusadas dimensiones, y siempre que llegaba del tribunal o despedía a un cliente se lavaba las manos y se las enjugaba y secaba con esta toalla. Cuando mis amigos y yo fuimos a buscarle a las seis de la tarde del día siguiente, parecía haber estado ocupado en un caso más negro que de costumbre, porque lo encontramos metido en su rincón lavándose no sólo las manos, sino también la cabeza, y además haciendo gárgaras. Y después de todo esto y de haber usado la toalla en toda su extensión, todavía, antes de ponerse el frac, sacó su cortaplumas del bolsillo y se limpió las uñas con él.

Como de costumbre, al llegar a la calle, encontramos algunas personas que le aguardaban con evidentes deseos de hablarle, pero había algo tan concluyente en el halo de jabón perfumado que rodeaba su persona que por aquel día abandonaron su intento. Mientras andábamos en dirección al oeste, fue

reconocido de vez en cuando por alguna cara entre el gentío que llenaba las calles, y cada vez que esto ocurría me hablaba con voz más fuerte; pero nunca reconoció a nadie de otro modo, ni dio señales de notar que nadie le reconociera.

Nos llevó a Gerard Street, en el Soho, a una casa del lado sur de la calle. Una casa de aspecto imponente, pero muy necesitada de que la repintaran y con los cristales sucios. Sacó su llave y abrió la puerta, y entramos todos en un recibimiento de piedra, desnudo, sombrío y poco usado. Subimos por una oscura escalera a una serie de tres oscuras habitaciones del primer piso. Había unas guirnaldas esculpidas en los arrimaderos de las paredes, y mientras él estaba entre ellas dándonos la bienvenida, yo sé a qué clase de nudos se me antojó que se parecían.

La comida estaba dispuesta en la mejor de estas habitaciones; la segunda era su tocador; la tercera, su dormitorio. Nos dijo que tenía alquilada toda la casa, pero que rara vez utilizaba más de lo que veíamos. La mesa estaba bien puesta —nada de plata, desde luego— y al lado de su silla el señor Jaggers tenía un espacioso torno con una variedad de botellas y garrafas y cuatro fuentes de fruta para postre. Observé durante la comida que lo tenía todo al alcance de la mano y lo distribuía todo por sí mismo.

Había una librería en la habitación; y vi, por los títulos de los libros, que todos eran sobre pruebas, derecho penal, biografías de criminales, procesos, leyes del Parlamento, y cosas parecidas. El mobiliario era todo muy sólido y bueno como su cadena. Tenía, sin embargo, un aire oficial y no se veía en él nada que fuera puramente ornamental. En un rincón había una mesita con papeles y una lámpara de pantalla, lo cual hacía pensar que también en este punto el señor Jaggers se traía el despacho a casa y lo sacaba por las noches para ponerse a trabajar.

Como apenas había visto a mis tres compañeros hasta entonces —porque había andado siempre a mi lado—, se quedó ante la chimenea, después de tirar del cordón de la campanilla y les asestó una mirada escrutadora. Con gran sorpresa mía, desde el principio pareció interesarse por Drummle de un modo especial y casi exclusivo.

—Pip —dijo, poniéndome la manaza en el hombro y llevándome a la ventana—. No sé cuál es uno ni cuál es otro. ¿Quién es el araña?

—¿El araña? —pregunté.

—Este muchacho pecoso, macizo y huraño.

—Es Bentley Drummle —respondí—. El del rostro delicado es Startop.

No haciendo el menor caso del «del rostro delicado», repuso:

—¿Bentley Drummle, se llama? Me gusta el aspecto de ese muchacho.

Inmediatamente se puso a hablar con Drummle, sin que le arredraran sus respuestas bruscas y reticentes, antes al contrario, como si éstas le inspiraran mayores deseos de hacerle hablar. Los estaba contemplando a ambos cuando entre ellos y yo se interpuso la criada que llevaba a la mesa el primer plato.

Me pareció una mujer de unos cuarenta años, aunque pude haberle atribuido más edad de la que tenía, como a menudo suelen hacer los jóvenes. Era bastante alta, de cuerpo delgado y ágil, extremadamente pálida, con grandes ojos de un azul desvalido y abundante cabellera. No podía decir si alguna enfermedad del corazón era la causa de que tuviera los labios entreabiertos, como si jadeara y de que su semblante ofreciera una curiosa expresión de susto y ansiedad; sólo sé que yo había estado dos noches antes en una representación de *Macbeth*, y el rostro de esta mujer me pareció turbado por algo terrible, como los rostros que había visto surgir del caldero de las brujas.

Dejó la fuente sobre la mesa, tocó calladamente con un dedo el brazo de mi tutor para notificarle que la comida estaba servida, y desapareció. Tomamos asiento alrededor de la mesa y mi tutor conservó a Drummle a uno de sus lados, mientras Startop se sentaba al otro. Era un noble plato de pescado el que la criada había puesto sobre la mesa, y a él siguió un cuarto de cordero, igualmente escogido, y después un pollo no menos escogido. Salsas, vinos, todos los accesorios que necesitábamos, y todo de lo mejor, eran servidos por nuestro anfitrión, quien los tomaba de su torno; y cuando había dado la vuelta a la mesa, los volvía a guardar. Parecidamente, nos distribuía platos limpios, cuchillos y tenedores, y echaba los sucios en dos cestas que estaban a su lado en el suelo. No apareció otro sirviente que la criada; y siempre me pareció ver en su rostro, un rostro que surgía del caldero. Años más tarde recreé una espantosa imagen de esta mujer haciendo que un rostro que no tenía con el suyo otro parecido natural que el nacido de una abundante cabellera, pasara detrás de una ponchera llena de licor ardiendo en una habitación oscura.

Inducido a fijarme especialmente en la criada, tanto por su notable aspecto como por la advertencia de Wemmick, observé que siempre que estaba en la sala tenía la vista atentamente fija en mi tutor y que apartaba las manos de cada plato que ponía ante él con cierta vacilación, como si temiera que la llamase otra vez, y quisiera que si tenía algo que decirle se lo dijera estando ella cerca. Creí

descubrir en el proceder de mi tutor una conciencia de ello y un propósito de mantenerla siempre en la incertidumbre.

La comida transcurría alegremente y, aunque mi tutor parecía más bien seguir que dar pie a la conversación, reparé en que nos obligaba a exteriorizar los puntos más flacos de nuestros respectivos caracteres. En cuanto a mí, me di cuenta de estar manifestando mi tendencia al despilfarro y a darme aires de protección con Herbert, y a jactarme de mis grandes perspectivas, antes de saber que había abierto los labios. Con todos nosotros ocurrió lo mismo, pero con ninguno tanto como con Drummle, cuya inclinación a mofarse de los demás de un modo resentido y receloso se puso de manifiesto antes de que retiraran el pescado.

No entonces, sino después de haber llegado al queso, la conversación recayó en nuestras proezas en el remo, y Drummle fue objeto de escarnio por rezagarse a la vuelta de aquella manera morosa y anfibia. A esto, Drummle informó a nuestro anfitrión de que prefería con mucho el espacio que le dejábamos a nuestra compañía, y que, en cuanto a destreza, podía ser nuestro maestro, y que, en cuanto a fuerza, nos podía deshacer como trigo en la era. Sin que se notara, mi tutor le excitó hasta un punto cercano a la ferocidad, a propósito de esta insignificancia; y Drummle acabó remangándose el brazo y contrayéndolo para mostrar su musculatura y todos nos remangamos y contrajimos los nuestros del modo más ridículo.

Ahora bien: en aquel momento la criada estaba quitando la mesa; mi tutor, sin prestarle ninguna atención y con el rostro vuelto del otro lado, se recostaba en su silla mordiéndose el dedo y mostrando por Drummle un interés que para mí resultaba inexplicable. De pronto, dejó caer la mano, como una trampa que se cierra, sobre una de las de la criada, en el momento en que ésta la extendía sobre la mesa. Tan rápida e inesperada fue la acción que todos suspendimos nuestra estúpida contienda.

—Hablando de fuerza —dijo el señor Jaggers—, les voy a mostrar una muñeca. Molly, déjeles ver su muñeca.

La mano prisionera estaba sobre la mesa, pero la mujer ya se había llevado la otra a la espalda.

—¡Señor! —dijo, en voz baja, con los ojos fijos en él con expresión atenta y suplicante—. ¡No lo haga!

—Les haré ver una muñeca —repitió el señor Jaggers—. Molly —dijo sin mirarla, con los ojos obstinadamente fijos en el otro lado de la sala—. Déjeles

ver sus muñecas. Enséñeselas. ¡Vamos!

Levantó la mano que sujetaba la de la mujer y se la hizo volver de modo que la muñeca quedara sobre la mesa. Ella trajo de la espalda la mano que había ocultado y la colocó al lado de la otra. La última muñeca estaba muy desfigurada, llena de profundas cicatrices que la cruzaban en todos los sentidos. Al mostrar las dos manos, apartó los ojos del señor Jaggers y nos fue mirando ansiosamente, uno por uno.

—Aquí hay fuerza —dijo el señor Jaggers, recorriendo fríamente los músculos con su dedo—. Pocos hombres tienen una muñeca tan fuerte. Es notable la fuerza de agarre que hay en estas manos. He tenido ocasión de observar muchas manos; pero nunca he visto otras tan fuertes, ya fueran de hombre o de mujer.

Mientras decía estas palabras en un tono sosegado y apreciativo, ella seguía mirándonos a cada uno en regular sucesión. Cuando el señor Jaggers se calló, ella volvió otra vez los ojos hacia él.

—Está bien, Molly —dijo, con un ligero movimiento de cabeza—; ya se han admirado y puedes irte. —Ella retiró las manos y salió de la estancia; y el señor Jaggers, tomando del torno las garrafas, llenó su copa e hizo circular el vino—. A las nueve y media, señores —dijo—, tenemos que separarnos. Aprovechen, pues, el tiempo. Señor Drummle, a su salud.

Si su propósito al distinguir a Drummle era hacer que Drummle se pusiera aún más en evidencia, lo alcanzó plenamente. En huraño triunfo, Drummle mostró el hosco desprecio que sentía por todos nosotros de una manera cada vez más ofensiva, hasta que se hizo intolerable. En todas sus etapas, el señor Jaggers le seguía con el más extraño interés. Materialmente parecía que Drummle sirviera para dar mejor sabor al vino del señor Jaggers.

En nuestra juvenil indiscreción, me imagino que bebimos demasiado, y sé que hablamos demasiado. Nos acaloramos de un modo especial por una grosera burla de Drummle sobre que éramos unos manirrotos. Esto me llevó a observar, con más celo que discreción, que la burla resultaba impropia en labios de alguien a quien Startop había prestado dinero en mi presencia, aún no hacía una semana o dos.

—Bueno —replicó Drummle—: se le pagará.

—No quiero decir que no —dije yo—, pero me parece que esto debía haberle hecho a usted morderse la lengua antes de hablar de nosotros y nuestro dinero.

—¡Eso le parece! —repuso Drummle—. ¡Oh, Dios mío!

—Y me figuro —dije, queriendo mostrarme severo— que no sería usted capaz de prestar dinero a ninguno de nosotros en caso de que lo necesitara.

—Tiene usted razón —dijo Drummle—. Yo no prestaría ni seis peniques a ninguno de ustedes. Yo no prestaría seis peniques a nadie.

—En este caso, yo diría que resulta algo ruin el tomar prestado.

—¡Eso diría usted! —repitió Drummle—. ¡Oh, Dios mío!

Resultaba tan exasperante —sobre todo porque no veía manera de vencer su arisca estupidez— que dije, desatendiendo los esfuerzos de Herbert para contenerme:

—Bueno, señor Drummle, ya que de eso hablamos, le diré lo que dijimos Herbert y yo después de que él le prestara el dinero.

—No quiero saber lo que dijeron Herbert y usted —gruñó Drummle. Y supongo que añadió, en otro gruñido entre dientes, que los dos podíamos irnos al diablo.

—Se lo diré, sin embargo —dije—, tanto si quiere como si no quiere saberlo. Dijimos que mientras usted se embolsaba el dinero muy contento de que se lo hubieran prestado, le parecía muy divertido que él hubiera tenido la debilidad de prestárselo.

Drummle se echó a reír a carcajadas y continuó riéndose en nuestra cara, con las manos en los bolsillos y encogiendo los anchos hombros, dando a entender abiertamente que era verdad lo que yo decía y que nos despreciaba a todos por tontos.

A esto, Startop lo cogió por su cuenta, aunque con mejor talante del que había mostrado yo, y le exhortó a ser un poco más amable. Siendo Startop un muchacho alegre y animado, y siendo Drummle exactamente lo contrario, este último estaba siempre dispuesto a tomar hasta su mera presencia como una afrenta personal. Ahora, replicó de un modo grosero y estúpido y Startop intentó desviar la conversación con una ligera broma que nos hizo reír a todos. Resentido por este éxito más que por ninguna otra cosa, Drummle, sin que mediara amenaza o advertencia alguna, sacó las manos de los bolsillos, dejó caer sus hombros, soltó un terno, agarró un gran vaso y lo habría arrojado a la cabeza de su antagonista si nuestro anfitrión no se lo hubiera quitado diestramente de la mano.

—Señores —dijo el señor Jaggers, dejando tranquilamente el vaso sobre la mesa y tirando del reloj por su maciza cadena—. Siento mucho tener que anunciarles que son las nueve y media.

A esta indicación todos nos levantamos para despedirnos.

Antes de llegar a la puerta de la calle, Startop estaba ya llamando «querido amigo» a Drummle como si nada hubiera ocurrido. Pero el «querido amigo» estaba tan lejos de corresponder que ni siquiera quiso volver a Hammersmith andando por el mismo lado de la calle; así Herbert y yo, que nos quedábamos en la ciudad, los vimos alejarse calle abajo uno por cada acera; Startop delante y Drummle detrás, remoloneando en la sombra de las casas, de muy parecido modo a como solía seguirnos en su bote.

Como la puerta aún no estaba cerrada, dejé un momento a Herbert y volví otra vez arriba a decir unas palabras a mi tutor. Le encontré en su tocador, rodeado de su colección de botas, muy ocupado ya en lavarse las manos.

Le dije que había subido otra vez para decirle cuánto sentía que hubiera ocurrido algo desagradable y que esperaba que no me lo reprocharía demasiado.

—¡Bah! —dijo, echándose el agua en la cara y hablando a través de los chorros—; no vale la pena, Pip. Además, me gusta ese araña.

Se volvió luego hacia mí, sacudiendo la cabeza y resoplando y restregándose con la toalla.

—Me alegro de que le guste a usted, señor —dije—, pero a mí no me gusta.

—No, no —asintió mi tutor—. Procure no tener mucho trato con él. Apártese de él todo lo posible. Pero me gusta el tipo, Pip; es de los que tienen madera. ¡Si yo fuese un adivino!… —Sacando el rostro de la toalla, sorprendió mi mirada—. Pero no soy un adivino —dijo, agachando la cabeza y restregándose las orejas—. Ya sabe usted lo que soy, ¿no es cierto? Buenas noches, Pip.

—Buenas noches, señor.

Cerca de un mes después, terminó el tiempo que el araña había de pasar con el señor Pocket, y, con gran contento de toda la casa, exceptuando a la señora Pocket, se reintegró a la guarida familiar.

CAPÍTULO XXVII

Querido señor Pip:

Escribo la presente por encargo del señor Gargery, para participarle que va a ir a Londres en compañía del señor Wopsle y se alegraría de poder verle a usted. Piensa ir al Barnard's Hotel el martes, a las nueve de la mañana, y en caso de que usted tuviese inconveniente, le ruego que deje recado. Su pobre hermana de usted continúa como cuando nos dejó. Cada noche hablamos de usted en la cocina, y nos preguntamos qué debe usted decir y qué debe usted hacer. Si esto le parece ahora una libertad, discúlpelo en memoria de los días pasados. Sin más, señor Pip, se despide de usted.

Su segura servidora
BIDDY

P.S. El señor Gargery me pide especialmente que le escriba: «cómo nos vamos a divertir». Dice que ya lo entenderá usted. No dudo de que usted querrá recibirle, aunque ahora esté hecho un caballero, porque siempre ha tenido usted buen corazón y él es hombre que lo merece. Se lo he leído todo, excepto la última frase, y me ruega especialmente que escriba otra vez: «¡cómo nos divertiremos!».

Recibí esta carta el lunes por la mañana, y por lo tanto, la visita era para el día siguiente. Permítaseme confesar con exactitud con qué sentimientos esperé la llegada de Joe.

No fue con placer, a pesar de estar unido a él por tantos lazos, no; fue con considerable perplejidad, algo de mortificación y una viva sensación de incongruencia. Si hubiese podido alejarle pagando dinero, habría pagado dinero. Mi gran consuelo era que iba a venir a Barnard's Jun, y no a Hammersmith, y por lo tanto no era fácil que le viese Drummle. Poco me importaba que le vieran

Herbert o su padre, a quienes yo respetaba; pero me habría molestado mucho que le viese Drummle, a quien despreciaba. Así, durante toda la vida nuestras peores bajezas y mezquindades son cometidas usualmente a causa de aquellos a quienes más despreciamos.

Yo estaba siempre decorando nuestro alojamiento de algún modo u otro, innecesaria e inadecuadamente, y estas peleas con Barnard resultaban muy costosas. Por aquel entonces, nuestra habitación era ya muy diferente de como la había encontrado, y yo tenía el honor de ocupar unas cuantas páginas importantes en los libros de un tapicero vecino. Últimamente había progresado tanto que hasta disponía de un criadito con botas —botas de campana— que me tenía sumido en una especie de esclavitud que parecía que fuese a durar toda mi vida. Porque, después de haber creado al monstruo (con los desechos de la familia de mi lavandero) y de haberle vestido con una casaca azul, un chaleco amarillo, una corbata blanca, calzones de color crema, y las botas antedichas, tuve que encontrarle un poco de ocupación y un mucho de que comer; y con estas dos tremendas necesidades me amargaba la existencia.

A este fantasma vengador ordené que el martes, a las ocho de la mañana, estuviera de servicio en el recibimiento (que tenía dos pies cuadrados, según la factura del alfombrista), y Herbert indicó ciertas cosas para el desayuno que acaso fuesen del gusto de Joe. Mientras por una parte le agradecía sinceramente el interés y la consideración de que daba muestras, por otra experimentaba una vaga e irritante sospecha de que, si Joe hubiese venido a verle a él, no se habría mostrado tan solícito.

Sin embargo, fui a Londres el lunes por la noche para estar dispuesto para recibir a Joe, y me levanté temprano a la mañana siguiente y procuré que la sala y la mesa del desayuno ofrecieran su más espléndido aspecto. Desgraciadamente, la mañana estaba lluviosa, y ni siquiera un ángel habría podido disimular el hecho de que Barnard estaba vertiendo lágrimas de hollín ante mi ventana, como un gigante deshollinador.

Al acercarse la hora habría querido escapar, pero el Vengador, obedeciendo mis órdenes, estaba ya en el recibimiento, y a poco oí en la escalera los pasos de Joe. Conocí que era Joe por su torpe manera de subir los escalones —sus zapatos de ceremonia le estaban siempre grandes— y por el tiempo que tardaba en ir leyendo los nombres de los demás pisos a medida que iba pasando por ellos. Cuando por fin se detuvo ante nuestra puerta, pude oír cómo seguía con el dedo las letras pintadas de mi nombre y luego oí distintamente su respiración en el ojo

de la cerradura. Finalmente, dio un leve golpecito y Papper —éste era el nombre convenido del criado vengador— anunció al «¡señor Gargery!». Creí que no terminaría nunca de limpiarse los pies, y que tendría que ir a levantarle del ruedo, pero al fin entró.

—Joe, ¿cómo estás, Joe?

—Pip, ¿cómo estás, Pip?

Con el honrado rostro encendido y radiante, y su sombrero puesto entre los dos, me cogió ambas manos y empezó a subirlas y bajarlas como si yo fuera una bomba del último modelo.

—Me alegro mucho de verte, Joe. Dame tu sombrero.

Pero Joe, tomándolo cuidadosamente con ambas manos cual si fuera un nido de pájaros con huevos dentro, no quiso oír hablar siquiera de separarse de aquella prenda, y continuó de pie hablando por encima de ella, de la manera más incómoda.

—Has crecido mucho —dijo Joe—, y te has vuelto tan elegante, tan aseñorado —Joe meditó un rato antes no encontró esta palabra—, que honras de veras a tu rey y a tu país.

—Y tú, Joe, tienes un aspecto magnífico.

—A Dios gracias —dijo Joe— siempre estoy igual. Y tu hermana no está peor de lo que estaba. Y Biddy, siempre tan campante y servicial. Y los amigos, sin novedad. Salvo Wopsle; éste ha ido un poco a menos.

Todo ese rato (todavía con las manos ocupadas en cuidar del nido de pájaros) Joe iba paseando la mirada por todo el aposento, y por el dibujo floreado de mi bata.

—¿Ha ido a menos, Joe?

—Sí —dijo Joe, bajando la voz—, ha dejado la Iglesia y se ha hecho actor. Lo cual le ha traído a Londres conmigo. Y su deseo es —dijo Joe, poniéndose el nido debajo del brazo derecho y empezando a resolverlo con la mano izquierda como si buscase un huevo—, si no fuera ofender, que yo le dé a usted esto.

Cogí lo que me daba, y vi que era un arrugado prospecto de un pequeño teatro metropolitano, anunciando la presentación, aquella misma semana «del célebre aficionado de provincias de fama rosciana[16], cuya única actuación en la sublime tragedia de nuestro bardo nacional tanta sensación ha causado en los círculos dramáticos locales».

—¿Estuviste en esta representación, Joe? —le pregunté.

—Estuve —dijo Joe con énfasis y solemnidad.

—¿Causó una gran sensación?

—Sí —dijo Joe—, es decir, hubo ciertamente la mar de cáscaras de naranja. Especialmente cuando vio al fantasma. Aunque, dígame, señor, si es una cosa para animar a un hombre en su trabajo, que el público estuviese diciendo: «¡Amén!», todas las veces que él se callaba y empezaba a hablar el fantasma. Un hombre puede haber tenido un contratiempo y haber pertenecido a la Iglesia —dijo Joe, bajando la voz hasta tomar un tono argumentador y sentimental—, pero esto no es motivo para que se le incomode en una ocasión como aquélla. Y lo que yo digo, señor, si el fantasma del padre de uno no tiene derecho a reclamar su atención, ¿quién lo tiene? Y con mayor motivo, cuando el sombrero de luto le viene tan pequeño que, por más que haga para evitarlo, el peso de las plumas hace que se le caiga.

Una expresión que tomó el semblante de Joe, como si viera una aparición, me anunció que Herbert había entrado en la sala. Así pues, presenté a Joe a Herbert, el cual le tendió la mano; pero Joe dio un paso atrás, sin soltar su nido de pájaros.

—Servidor de usted, señor —dijo Joe—, deseo a usted y a Pip —aquí sus ojos se posaron en el Vengador, que estaba poniendo unas tostadas sobre la mesa, y denotaron tan claramente cierta intención de contar al joven como a uno de la familia que yo fruncí las cejas, con lo que aumentó su confusión—, quiero decir, ustedes dos, señores, deseo que se encuentren bien de salud en este sitio tan angosto. Porque ésta debe de ser una buena posada, según se juzga en Londres —dijo Joe confidencialmente—, y supongo que tiene fama de ello; pero yo no criaría un cerdo aquí, es decir, si quería que engordara y que al comerlo le hallaran buen sabor.

Después de rendir este halagador homenaje a los méritos de nuestra residencia, y de haber manifestado de paso esta tendencia a llamarme «señor», Joe, invitado a sentarse a la mesa, miró por toda la sala en busca de un sitio a propósito para dejar su sombrero —como si hubiera en la naturaleza muy pocas sustancias sobre las cuales éste pudiera descansar— y, finalmente, lo dejó de canto en un extremo de la repisa de la chimenea, de donde, a partir de entonces, estuvo cayéndose a cada momento.

—¿Toma usted té o café, señor Gargery? —preguntó Herbert, que era el que presidía la mesa por las mañanas.

—Gracias, señor —dijo Joe, envarado de pies a cabeza—. Tomaré lo que

más le acomode.

—¿Qué le parece si le pongo café?

—Gracias, señor —respondió Joe, manifiestamente desilusionado—, ya que usted es tan amable que escoge el café, no quiero ir contra sus opiniones. Pero ¿no lo encuentra usted un poco ardiente?

—Entonces le pondré té —dijo Herbert, sirviéndoselo.

Aquí el sombrero de Joe se cayó de la chimenea, y él se arrojó de su silla, lo recogió y lo devolvió exactamente al mismo sitio. Como si fuese cuestión de absoluta buena crianza el que volviera a caerse pronto.

—¿Cuándo llegó usted a Londres, señor Gargery?

—¿Fue ayer por la tarde? —dijo Joe después de toser detrás de la mano, como si, desde que hubiera llegado, hubiera tenido tiempo de coger el garrotillo —. No, no fue ayer por la tarde. Sí, sí, fue ayer por la tarde —con un aire en que se mezclaban el discernimiento, el alivio y una estricta imparcialidad.

—¿No ha visto aún nada de Londres?

—Oh, sí, señor —dijo Joe—. Yo y Wopsle nos fuimos directamente a ver la fábrica de betún. Pero pensamos que no se parecía nada a como la pintan en los anuncios de las tiendas; es decir —añadió Joe, a guisa de explicación—, porque allí la han dibujado demasiado arquitectotónica.

Realmente creo que habría prolongado este vocablo (muy expresivo para mí y evocador de alguna arquitectura que conozco) en un perfecto estribillo, de no haber sido porque su atención fue atraída providencialmente por el sombrero, que volvió a caerse. En realidad, esta prenda reclamaba de él una atención constante, y una prontitud de vista y de mano muy parecida a la requerida para jugar de portero en el *cricket*. Hizo con él un juego extraordinario, y dio pruebas de la mayor habilidad: ahora corriendo a alcanzarlo limpiamente en el acto de caerse; ahora deteniéndolo a mitad de camino, rechazándolo y dejándolo rebotar por distintas partes de la habitación y contra buena parte de los dibujos del papel de las paredes, antes de considerar prudente acercarse a él; y, finalmente, dejándolo caer en el cubo del agua sucia, donde yo me tomé la libertad de ponerle las manos encima.

En cuanto al cuello de su camisa y al de su frac, eran para desconcertar a cualquiera, dos misterios insolubles. ¿Por qué un hombre había de arañarse de aquel modo para poder considerarse suficientemente bien vestido? ¿Por qué había de creer necesario purificarse con el sufrimiento por medio de sus vestidos de fiesta? Por otra parte, Joe caía en unos raptos de meditación tan inexplicables,

con el tenedor detenido a mitad de camino entre su plato y la boca; sentía atraída su mirada por tan extrañas direcciones; le atacaban tan notables accesos de tos; se sentaba tan lejos de la mesa, y de tal manera dejaba caer más de lo que comía, mientras trataba de aparentar que no lo había dejado caer, que me alegré de veras cuando Herbert nos dejó para dirigirse a la City.

No tuve ni el buen sentido ni el buen corazón de reconocer que todo era culpa mía y que, si yo me hubiera conducido más llanamente, él se habría sentido más a sus anchas conmigo. Me sentía impaciente y enojado; y en este estado, hizo que se me cayera la cara de vergüenza.

—Ahora que estamos solos, señor… —empezó Joe.

—Joe —le interrumpí con aspereza—, ¿por qué me llamas señor?

Por un instante, me miró con algo levemente parecido a un reproche. A pesar de lo absolutamente absurdos que eran sus cuellos y su corbata, percibí una especie de dignidad en su mirada.

—Ahora que estamos solos —continuó Joe—, y como no pienso ni puedo quedarme muchos minutos más, he de concluir, o empezar, mencionando lo que me ha traído a tener el presente honor. Porque de no ser —dijo, con su aire de lúcida exposición— que deseaba ser útil a usted, no habría tenido el honor de comer en compañía y en la casa de unos caballeros.

Deseaba tan poco volver a ver aquella mirada que no traté de protestar contra ese tono.

—Bien, señor —prosiguió Joe—, la cosa es así. La otra noche estaba yo en los Tres Barqueros, Pip —cada vez que cedía al afecto me llamaba Pip, y cada vez que recaía en la urbanidad me llamaba señor—, cuando llegó con su carruaje Pumblechook. Este sujeto —dijo, tomando por un nuevo camino— a veces me encocora dando a entender por todas partes que fue el amigo de su infancia, y la persona a quien usted miraba como el compañero de sus juegos.

—Qué tontería. Fuiste tú, Joe.

—Es lo que yo creo, Pip —dijo Joe, irguiendo levemente la cabeza—, aunque esto importa poco ahora, señor. Bueno, Pip, este sujeto, que siempre ha sido un fanfarrón, me vino a encontrar en los Tres Barqueros, donde una pipa y un cuartillo de cerveza descansan a un trabajador, señor, sin excitarle demasiado, y me dijo: «Joe, la señorita Havisham desea hablarte».

—¿La señorita Havisham, Joe?

—«Desea hablarte»: éstas fueron las palabras de Pumblechook. —Joe se quedó mirando al techo.

—¿Y qué, Joe? Haz el favor de continuar.

—Al día siguiente, señor —dijo Joe, mirándome como si yo estuviese muy lejos—, habiéndome aseado, fui a ver a la señorita A.

—¿La señorita A., Joe? ¿La señorita Havisham?

—Eso quiero decir, señor —respondió, con un aire de formulismo legal, como si estuviese haciendo testamento—, la señorita A. o, de otro modo, Havisham. Ella me dijo: «Señor Gargery, ¿mantiene usted correspondencia con el señor Pip?». Como había recibido una carta de usted, pude decirle: «Sí, mantengo». (Cuando me casé con su hermana, señor, dije: «Sí, quiero», y cuando respondí a tu amiga, Pip, dije: «Sí, mantengo»). «¿Quiere decirle, pues, que Estella ha vuelto a casa y se alegraría de verle?».

Sentí que se me encendía el rostro al mirarle. Quiero pensar que una causa remota de este encendimiento podía ser mi convicción de que, si yo hubiera tenido idea del encargo que traía Joe, le habría alentado más.

—Biddy —continuó Joe—, al llegar yo a casa y pedirle que le escribiera a usted dándole este mensaje, se mostró un poco reacia. Biddy dijo: «Sé que le alegrará mucho recibirlo de palabra; es época de vacaciones, tú tienes ganas de verle, ¡ve!». He terminado, señor —dijo Joe, levantándose—, y, Pip, te deseo mucha salud y que vayas prosperando y subiendo cada vez más.

—¿Te vas ahora, Joe?

—Sí, me voy —dijo Joe.

—Pero ¿volverás a comer, Joe?

—No.

Se encontraron nuestras miradas y, al ofrecerme él la mano, todos los «señor» se derritieron en aquel corazón varonil.

—Pip, querido Pip, la vida está hecha de tantas separaciones, enredadas unas con otras, vamos a decir, y un hombre es herrero, y otro platero, y otro joyero y otro calderero. Forzosamente ha de haber división entre ellos, y cuando la hay, se ha de tomar como viene. Tú y yo no somos dos figuras que puedan ser vistas juntas en Londres, ni en ningún otro sitio que no sea en privado y entre amigos. No es porque yo sea orgulloso, sino porque quiero ser yo mismo, por lo que tú no me verás más con este atavío. No estoy bien con estos vestidos. No estoy bien fuera de la herrería, la cocina o los marjales. No me encontrarás ni la mitad de los defectos si me imaginas vistiendo mis ropas de trabajo, con el martillo en la mano o fumando mi pipa. No me encontrarás la mitad de los defectos si, suponiendo que alguna vez desees verme, metes la cabeza por la ventana de la

herrería y encuentras a Joe, el herrero, junto al viejo yunque, con el viejo mandil chamuscado, entregado al trabajo de siempre. Yo soy terriblemente lerdo, pero creo que al menos he llegado a comprender esto. Y ahora Dios te bendiga, querido Pip, amigo mío. ¡Dios te bendiga!

No me había equivocado al creer que había una sencilla dignidad en Joe. Su modo de ir vestido no le estorbaba más, cuando pronunciaba estas palabras, de lo que le habría estorbado para ir al Cielo. Me tocó la frente con dulzura y se fue. En cuanto pude reponerme lo suficiente, me lancé tras sus pasos y le busqué por las calles vecinas; pero ya había desaparecido.

CAPÍTULO XXVIII

Estaba claro que yo debía ir a nuestra villa al día siguiente y, en el primer impulso de mi arrepentimiento, me pareció claro asimismo que debía alojarme en casa de Joe. Pero después de haber adquirido billete para la diligencia y de haber ido a casa del señor Pocket y vuelto de allí, ya no me pareció tan claro el último extremo, y empecé a inventar razones y excusas para alojarme en el Jabalí Azul. Causaría un trastorno en casa de Joe. No me esperaban, y no me tendrían la cama dispuesta; estaría demasiado lejos de casa de la señorita Havisham, y ella era exigente y podría no gustarle. Todos los demás estafadores del mundo no son nada en comparación con los que quieren engañarse a sí mismos, y con todas estas excusas, yo me engañé a mí mismo. Verdaderamente es algo curioso. Que yo inocentemente tomase una media corona falsa fabricada por otro no habría tenido nada de particular; pero sí que a sabiendas tomase por buena la moneda espuria de mi propia fabricación. Un servicial conocido, bajo pretexto de doblar mis billetes de banco para mayor seguridad, sustrae los billetes y me da unas cáscaras de nuez. ¡Qué tiene que ver su juego de manos comparado con el mío, cuando envuelvo mis propias cáscaras de nuez y me las hago pasar por billetes de banco!

Habiendo resuelto alojarme en el Jabalí Azul, me consumía la duda de si llevar o no conmigo al Vengador. Era tentador imaginar a aquel costoso mercenario luciendo sus botas bajo la arcada del patio del Jabalí Azul; era casi solemne imaginarle exhibido como al azar, como por casualidad en la tienda del sastre y confundiendo los irrespetuosos sentidos del aprendiz de Trabb. Por otra parte, el aprendiz de Trabb podía introducirse en su intimidad y contarle cosas; o bien, atrevido y desvergonzado, como me constaba que era, podía ser capaz de

achucharle en medio de la calle Mayor. Mi protectora, además, podía oír o enterarse de su existencia y parecerle mal. En resumidas cuentas, resolví dejar al Vengador en Londres.

El billete que había adquirido era para la diligencia de la tarde, y, como ya estábamos en invierno, no iba a llegar a mi destino hasta una o dos horas después de anochecer. Nuestra hora de salida de Crow Keys era las dos. Llegué a ese sitio con un cuarto de hora de antelación, atendido por el Vengador… si es que puedo aplicar esta expresión a quien nunca me atendía, por poco que pudiera evitarlo.

En aquel tiempo era costumbre conducir los forzados al arsenal utilizando la diligencia. Como a menudo había oído decir que ocupaban los asientos exteriores, y más de una vez les había visto pasar por la carretera, balanceando sus piernas cargadas de hierros sobre el techo del coche, no tenía motivo para sorprenderme cuando Herbert, viniendo a encontrarme en el patio, me anunció que dos forzados iban a viajar conmigo. Pero tenía una razón, que ya era ahora antigua, para turbarme cada vez que oía la palabra forzado.

—¿No te importará, Händel? —dijo Herbert.

—¡Oh, no!

—Me ha parecido que no te hacía mucha gracia.

—No puedo fingir que me guste su compañía, como no creo que te gustase a ti; pero, por lo demás, lo mismo me da.

—¡Mira! Ahí vienen —dijo Herbert—. Salen de la taberna. ¡Qué espectáculo tan vil y degradante!

Habían estado convidando a su guardián, pues los acompañaba un carcelero, y los tres salían limpiándose los labios con el revés de la mano. Los dos forzados iban esposados uno al otro, y llevaban grilletes en las piernas —grilletes de un modelo que yo conocía bien—. Vestían el uniforme que yo conocía igualmente. Su guardián ostentaba un par de pistolas, y llevaba un nudoso garrote debajo del brazo; pero parecía estar en buenas relaciones con ellos, y se quedó a su lado, contemplando cómo enganchaban los caballos, con el mismo aire que habría adoptado si los forzados hubieran sido una interesante exposición todavía no inaugurada, y él el conservador de ella. Uno de los hombres era más alto y corpulento que el otro y parecía que, de acuerdo con los misteriosos hábitos del mundo, tanto de los forzados como de los hombres libres, le hubieran asignado el traje más pequeño que se pudo encontrar. Sus brazos y piernas parecían grandes almohadillas que tuvieran aquella forma, y su atavío le disfrazaba de un

modo absurdo; pero yo reconocí al primer golpe su ojo medio cerrado. Allí tenía al hombre que había apuntado con su invisible fusil.

Era fácil de ver que, por el momento, no me había reconocido. Me echó una mirada, evaluando con los ojos la cadena de mi reloj, luego escupió y dijo algo a su compañero, y ambos se rieron, se volvieron, haciendo sonar las esposas que los unían, y se pusieron a mirar a otra parte. Los grandes números que llevaban en sus espaldas, como si fueran puertas de casa, su aspecto rudo, desgarbado y sarnoso, como si fueran animales inferiores, sus piernas cargadas de hierros disimulados con pañuelos de bolsillo, y la manera en que todos los presentes los miraban y se apartaban de ellos, los convertía (como había dicho Herbert) en un espectáculo de lo más desagradable y degradante.

Pero esto no fue lo peor. Resultó que toda la parte posterior de la diligencia había sido tomada por una familia, y que no había sitio para los dos presos más que en el banco de delante, detrás del cochero. En vista de lo cual, un irascible caballero, que había tomado el cuarto asiento en ese banco, tuvo un arrebato de cólera y dijo que el mezclarlo con tan ruin compañía era un quebrantamiento de contrato y que era ponzoñoso, dañino, infame, vergonzoso y no sé cuántas cosas más. Mientras tanto el coche estaba dispuesto y el cochero, impaciente, y todos nos preparábamos a subir, y los presos se habían acercado con su guardián, llevando consigo aquel curioso olor a bayeta, cuerda y piedra tosca que acompaña la presencia del forzado.

—No lo tome usted así, caballero —suplicó el guardián al enojado caballero —; yo me sentaré junto a usted y los pondré en el extremo del asiento y no se meterán para nada con usted. Ni siquiera notará que están ahí.

—Y no me eche a mí la culpa —gruñó el forzado a quien yo había reconocido—. Yo no tengo ninguna gana de ir. Con mucho gusto me quedaría. Por mí, mi sitio lo puede ocupar cualquiera.

—O el mío —dijo bruscamente el otro—. No habría incomodado a ninguno de ustedes si hubiera podido hacer mi voluntad. —Luego ambos se echaron a reír, a cascar nueces y a escupir las cáscaras. Y, en realidad, creo que a mí me habría gustado hacer lo mismo si me hubiera visto en su lugar y despreciado de aquel modo.

Por fin se decidió que no había remedio para el irascible caballero, y que éste debía ir con la compañía que le había tocado en suerte o quedarse en tierra. Así pues, ocupó su sitio, todavía refunfuñando, y el guardián se sentó a su lado y los

forzados se encaramaron como pudieron; el que yo había reconocido se sentó detrás de mí, de manera que sentía su aliento en mi cabello.

—¡Adiós, Händel! —gritó Herbert, cuando arrancamos. Yo pensé en lo muy afortunado que resultaba que hubiera encontrado un nombre para sustituir el mío de Pip.

Es imposible expresar con cuánta agudeza percibía yo el aliento del forzado, no sólo en el colodrillo, sino a todo lo largo del espinazo. Era una sensación como la de ser tocado en la médula por un ácido muy pungente, y me daba dentera. Parecía que el hombre se aplicara a respirar más que cualquier otro y con mayor ruido; y yo sentía que se me estaba quedando un hombro encogido, con mis esfuerzos para rehuir su contacto.

Hacía un tiempo de perros y los dos hombres maldecían el frío, que no tardó mucho en amodorrarnos a todos; y al dejar atrás la Casa de Medio Camino, íbamos todos, dando cabezadas, estremecidos y silenciosos. Me quedé dormido mientras trataba de resolver la cuestión de si debía o no devolverle las dos libras esterlinas a aquel desventurado antes de perderle de vista, y cómo sería mejor hacerlo. De pronto, una zambullida hacia adelante, como si fuese a bañarme entre los caballos, me despertó asustado y reanudé mis reflexiones.

Pero debía de haber dormido más tiempo de lo que me figuraba, pues, aunque nada podía reconocer en la oscuridad o a la fluctuante luz de nuestros faroles, adiviné que nos hallábamos en los marjales por el aire húmedo y frío que nos daba en el rostro. Inclinados hacia delante en busca de calor y protección del viento, los forzados estaban más cerca de mí que antes. Las primeras palabras que les oí intercambiar después de recobrar la conciencia, fueron las que estaban en mi propio pensamiento: «Dos billetes de una libra».

—¿Y cómo las tenía? —dijo el forzado a quien no había visto nunca.

—¿Qué sé yo? —respondió el otro—. Las tendría escondidas en algún sitio. Se las habrían dado unos amigos, supongo yo.

—Ojalá —dijo el otro, lanzando una fuerte imprecación contra el frío— los tuviera yo aquí.

—¿Los dos billetes o los amigos?

—Los dos billetes. Por uno sólo vendería a todos los amigos que tengo en el mundo, y aún creería salir ganando. Bueno… ¿Así que él dijo…?

—Él dijo —prosiguió el forzado a quien yo había reconocido— (todo se dijo e hizo en medio minuto, detrás de una pila de maderos del arsenal): «¿Así pues, te van a soltar?». Yo dije que así era. «¿Querrías ver si encuentras aquel

muchacho que me socorrió y guardó mi secreto, y darle estos dos billetes?». Le dije que sí. Y lo hice.

—Fuiste un bobo —gruñó el otro—. Yo me los habría gastado en cosas de comer y beber. Debía de ser un novato. ¿Dices que no te conocía?

—Ni de vista. Diferentes bandas y diferentes barcos. Le juzgaron por haberse escapado y sacó una perpetua.

—¿Y fue ésta, ¡palabra de honor!, la única vez que trabajaste al aire libre en esta parte del país?

—La única vez.

—Y ¿cuál es tu opinión del lugar?

—Un sitio de los más bestiales. Barro, nieblas, aguazales y trabajo; trabajo, aguazales, nieblas y barro.

Los dos execraron el lugar con groseras expresiones y continuaron gruñendo en voz baja hasta que no les quedó nada por decir.

Después de oír este diálogo habría sido capaz de bajarme de la diligencia y quedarme en la oscuridad de la carretera, de no haber sido porque estaba seguro de que el hombre no tenía la menor sospecha de mi identidad. Verdaderamente, estaba tan cambiado por el tiempo pasado, y, además, vestido tan diferentemente y en tan diferente situación, que no era posible que me conociera sin el concurso de algún auxilio casual. A pesar de esto, la coincidencia de hallarnos ambos en el mismo coche era lo bastante extraña para hacerme temer que alguna otra coincidencia pudiese relacionar, oyéndolo él, mi persona con mi nombre. Por esta razón resolví apearme tan pronto llegáramos a la población y ponerme fuera del alcance de su oído. Realicé este propósito sin dificultad. Mi maletín estaba en la caja que había bajo mis pies, no tuve más que hacer jugar una charnela para sacarlo, lo arrojé al suelo, salté detrás de él y me hallé junto al primer farol, sobre las primeras piedras del pavimento urbano. Los forzados siguieron su camino en el coche, y yo sabía en qué punto los harían apear para conducirlos al río. Me imaginaba el bote que los aguardaba, con su tripulación de forzados, en el fangoso desembarcadero… Volvía a oír el rudo «en marcha» como una orden dada a unos perros… Volvía a ver la horrible Arca de Noé fondeada a lo lejos en las aguas tenebrosas.

No podía decir qué era lo que temía, porque mi miedo era completamente vago e indefinido, pero me dominaba un gran temor. Mientras me dirigía al hotel sentí que algo que excedía la simple aprensión de un reconocimiento penoso o

desagradable me hacía temblar. Creo que no cobró ninguna forma distinta y que fue la resurrección por unos minutos de los terrores de la infancia.

La sala del café en el Jabalí Azul estaba vacía, y tuve tiempo de encargar que me sirvieran allí la cena y hasta de consumir parte de ella antes de que el camarero me reconociera. Cuando lo hizo, se excusó por la debilidad de su memoria, y me preguntó si tenía que mandar por el señor Pumblechook.

—No —dije—, de ningún modo.

El camarero (era el que había comunicado las quejas de los viajantes el día en que se formalizó mi aprendizaje) pareció sorprendido, y aprovechó la primera oportunidad que se le ofreció para poner en mis manos un sucio ejemplar atrasado de un periódico local. Lo cogí y leí este párrafo:

> Creemos de algún interés para nuestros lectores informarles, con referencia al romántico encumbramiento de un joven, artífice del hierro de esta vecindad (¡qué tema, dicho sea de paso, para la mágica pluma de nuestro, aún no universalmente reconocido, conciudadano Tooby, el poeta de nuestras columnas!), de que el protector, el compañero y el amigo de aquel joven fue una respetable personalidad, no enteramente ajena al comercio de granos y semillas, y cuyo útil y espacioso establecimiento radica a menos de un centenar de millas de la calle Mayor. Y no es sin satisfacción de nuestros sentimientos personales, que le señalamos como mentor de nuestro joven Telémaco, pues es halagador saber que nuestra villa ha producido al creador de la fortuna de este último. «¿La fortuna de quién?», inquirirán las cejas contraídas del sabio local o los ojos luminosos de la belleza local. Creemos que Quintin Matsys fue el Herrero de Amberes. «Verb. Sap.»[17].

Tengo la convicción, fundada en una copiosa experiencia, de que si en los días de mi prosperidad hubiera ido al Polo Norte, habría encontrado allí a alguien, esquimal errabundo u hombre civilizado, que me habría dicho que Pumblechook era mi primer protector y el creador de mi fortuna.

CAPÍTULO XXIX

Me levanté temprano y me eché a la calle. No era todavía hora de ir a casa de la señorita Havisham. Así pues, di un paseo por el campo, por el lado de la villa donde caía la casa de la señorita Havisham… que no era donde caía la de Joe; podía ir allí al día siguiente, pensando en mi protectora y forjándome las más brillantes pinturas de sus planes para mí.

Ella había adoptado a Estella, casi podía decirse que me había adoptado a mí, y no podía dejar de ser su propósito juntarnos. Me reservaba la misión de restaurar la desolada mansión, de abrir al sol sus oscuros aposentos, de poner en marcha los relojes y hacer que brillaran las llamas en las frías chimeneas, quitar las telarañas, destruir los bichos… en una palabra, realizar las brillantes hazañas de un joven caballero de leyenda y casarme con la princesa. Me había detenido a mirar la casa, al pasar ante ella; y sus viejas paredes de rojo ladrillo, sus cerradas ventanas, la vigorosa y verde yedra que abrazaba hasta las chimeneas con sus fibras y sarmientos, cual brazos viejos y membrudos, formaban un atractivo misterio cuyo héroe era yo. Estella era, desde luego, su alma y su inspiración. Pero, aunque había tomado tan fuerte posesión de mí, aunque mi deseo y mi esperanza estaban puestos en ella, aunque su influencia sobre mi vida de muchacho y sobre mi carácter había sido todopoderosa, ni siquiera en aquella romántica mañana la investía yo con otros atributos que los que realmente poseía. De propósito menciono aquí esto, porque es la clave por la que se me ha de seguir en mi triste laberinto. A juzgar por mi experiencia, el concepto habitual de lo que es un verdadero enamorado no puede ser siempre exacto. La verdad pura y simple es que, cuando yo amaba a Estella con el amor de un hombre, la amaba porque la encontraba irresistible. En definitiva, comprendía con dolor,

muy a menudo, ya que no siempre, que la amaba contra toda razón, sin contar con promesa alguna, contra la paz de mi espíritu, contra toda esperanza, en detrimento de mi felicidad, a pesar de todos los motivos posibles de desaliento. Y no la amaba menos por comprender eso, ni comprender eso influía para contenerme más de lo que habría influido considerarla devotamente como la perfección en persona.

Acomodé mi paseo de modo que me permitiera llegar a la verja a la hora de las otras veces. Después de llamar con mano insegura, me volví de espaldas a la verja, mientras trataba de respirar con calma y moderar los latidos de mi corazón. Oí que se abría la puerta lateral y que unos pasos se acercaban atravesando el patio; pero fingí no estar escuchando hasta cuando la puerta giró sobre sus mohosos goznes.

Notando, al cabo, que me tocaban en el hombro, me volví fingiendo sorpresa. La sorpresa fue más sincera entonces, porque me hallé frente a un hombre severamente vestido de gris. Era el último hombre a quien habría esperado hallar como portero en casa de la señorita Havisham.

—¡Orlick!

—¡Ah, señorito! Hay otros cambios además del suyo. Pero entre, entre. Va contra las órdenes tener la puerta abierta.

Entré y él la cerró, dio vuelta a la llave y la sacó de la cerradura.

—¡Sí! —dijo, volviéndose, después de haberme precedido unos pasos en dirección a la casa—. ¡Aquí me tiene!

—¿Cómo has llegado aquí?

—Pues llegué andando —respondió—. La maleta me la trajeron en una carretilla.

—¿Y para qué estás aquí?

—Supongo que no será para nada malo, ¿eh, jovencito?

No estaba yo muy seguro de ello. Y tuve tiempo de reflexionar sobre esta respuesta, mientras él levantaba su torva mirada del suelo y me iba repasando de pies a cabeza.

—Entonces, ¿has dejado la herrería? —pregunté.

—¿Es que esto tiene aire de ser una herrería? —respondió Orlick, mirando a su alrededor con aire ofendido—. Diga, ¿es que lo parece?

Le pregunté cuánto tiempo hacía que había dejado a Joe y su fragua.

—Los días aquí se parecen tanto unos a otros —respondió— que no puedo decirlo sin echar antes la cuenta. Sin embargo, vine aquí, poco más o menos,

después de marcharse usted.

—Esto ya lo sabía, Orlick.

—¡Ah! —dijo él, secamente—. Pero es que usted ahora es una persona instruida.

En esto, habíamos llegado a la casa, donde vi que su habitación era una que había junto a la puerta, con una pequeña ventana que daba al patio. En sus reducidas proporciones, no era muy distinta al sitio usualmente asignado a un portero de París. Había unas llaves colgadas en la pared, a las cuales añadió la llave de la verja; y su cama, cubierta con una colcha remendada, estaba en un pequeño hueco o alcoba. Todo tenía un aire desaliñado, confinado y modorriento, como si fuese la jaula de un lirón humano; mientras, él, sombrío y macizo en la oscuridad de un rincón junto a la ventana, parecía —y así era en verdad— el lirón para el cual se había hecho la jaula.

—Nunca había visto esta habitación —observé—, pero no acostumbraba haber ningún portero aquí, antes.

—No —dijo él—, no hasta que se cayó en la cuenta de que no había ningún hombre en la casa, lo cual se consideró peligroso, con tanto forzado y tanta chusma y tanta canalla yendo y viniendo por aquí. Y entonces me recomendaron para el puesto, como hombre que podía habérselas con cualquier otro, y yo lo acepté. Es más cómodo que darle al fuelle y al martillo. Está cargado.

Mis ojos se habían fijado en un fusil con abrazaderas de cobre que estaba encima de la chimenea, y su mirada había seguido a la mía.

—Bueno —dije, con pocos deseos de proseguir aquella conversación—. ¿Puedo subir a ver a la señorita Havisham?

—¡Que me ahorquen si lo sé! —respondió, desperezándose primero y sacudiéndose después—. Mis instrucciones acaban aquí, jovencito. Daré un golpe a esta campana con este martillo, y usted seguirá el pasillo hasta que encuentre a alguien.

—Supongo que me esperan.

—¡Que me ahorquen dos veces si lo sé! —dijo él.

Con esto enfilé el largo pasillo que había pisado por vez primera con mis gruesas botas, y él hizo sonar su campana. Al extremo del pasillo, mientras la campana tañía aún, encontré a Sarah Pocket, la cual parecía haberse vuelto ahora definitivamente verde y amarilla por culpa mía.

—¡Oh! —dijo—. ¿Es usted, señor Pip?

—Sí, señorita Pocket. Tengo el gusto de participarle que el señor Pocket y su

familia siguen todos bien.

—¿Son algo más juiciosos? —preguntó, moviendo tristemente la cabeza—. Más les valdría ser juiciosos que tener salud. ¡Ah, Matthew, Matthew! ¿Conoce usted el camino, señor?

Bastante bien, porque más de una vez había subido aquella escalera a oscuras. La subí ahora, mejor calzado que antaño, y llamé a mi antiguo modo a la puerta del cuarto de la señorita Havisham.

—Es la llamada de Pip —la oí decir inmediatamente—. Entra, Pip.

Estaba en su silla junto a la mesa de siempre, vestida como siempre, con ambas manos cruzadas sobre su bastón, y la vista fija en el fuego. Sentada a su lado, sosteniendo en la mano el blanco zapato que nunca había sido calzado y contemplándolo con la cabeza inclinada, había una elegante dama a quien nunca había visto.

—Entra, Pip —continuó murmurando la señorita Havisham, sin volverse ni levantar la cabeza—; entra Pip, ¿cómo estás, Pip? Me besas la mano como si fuera una reina, ¿eh? Bien. —Me miró de pronto, no levantando más que los ojos, y repitió en un tono lúgubremente travieso—: ¿Y bien?

—Me han dicho, señorita Havisham —expliqué un poco desconcertado—, que usted tenía la bondad de desear que viniese a verla, y he venido en seguida.

—¿Y bien?

La dama a quien nunca había visto alzó los ojos y me miró con picardía, y entonces vi que aquellos ojos eran los de Estella. Pero estaba tan cambiada, había ganado tanto en hermosura, se había hecho tan mujer en todas aquellas cosas que despiertan admiración, había realizado tan maravillosos progresos, que parecía que yo no hubiera hecho ninguno. Me imaginé, al mirarla, que volvía a ser el muchacho rudo y ordinario de antes. ¡Oh, cuán lejano y diferente de ella me sentí, y cuán inaccesible me pareció!

Me dio la mano. Balbucí algo sobre el placer que me causaba volverla a ver y el tiempo que hacía que lo estaba deseando.

—¿La encuentras muy cambiada, Pip? —preguntó la señorita Havisham, con su ávida mirada y golpeando una silla que había entre las dos como señal para que me sentara en ella.

—Al entrar, señorita Havisham, ni su rostro ni su figura me parecieron los de Estella; pero ahora todo encaja de un modo tan curioso en la…

—¿Qué? No irás a decir en la Estella de antes… —interrumpió la señorita Havisham—. Era orgullosa e insolente y tú quisiste huir de ella. ¿Lo recuerdas?

Dije confusamente que de esto hacía ya mucho tiempo, que yo era entonces muy ignorante, y cosas por el estilo. Estella sonrió con perfecta compostura, y dijo que indudablemente yo había tenido toda la razón, y ella se había conducido de un modo muy desagradable.

—¿Ha cambiado *él*? —le preguntó la señorita Havisham.

—Mucho —dijo Estella contemplándome.

—¿Menos rudo y ordinario? —dijo la señorita Havisham, jugando con los cabellos de Estella.

Ésta se rió, miró el zapato que tenía en la mano, se rió otra vez, me miró a mí, y dejó el zapato. Todavía me trataba como a un muchacho, pero coqueteaba conmigo.

Permanecimos sentados en el fantástico aposento en medio de las antiguas y raras influencias que tanto habían pesado sobre mí, y me enteré de que Estella acababa de llegar de Francia e iba a partir para Londres. Altiva y voluntariosa como siempre, de tal modo había sometido estas cualidades a su hermosura que resultaba imposible y antinatural —o así me lo parecía a mí— separarlas de su belleza. Verdaderamente era imposible disociar su presencia de todas aquellas desdichadas ansias mías de riqueza y distinción que habían trastornado mi adolescencia; de todas aquellas desordenadas aspiraciones que por primera vez me habían hecho avergonzar de mi casa y de Joe; de todas aquellas visiones que me habían mostrado su rostro en las llamas del hogar, que lo habían hecho saltar del hierro batido en el yunque, que lo habían hecho salir de las tinieblas de la noche para asomarse a la ventana de la herrería y luego desaparecer. En una palabra, se me hacía imposible separarla, en el pasado o en el presente, de lo más íntimo de mi propia vida.

Se convino que yo pasaría allí todo el día, para volver al hotel por la noche, y a Londres a la mañana siguiente. Después de conversar un rato, la señorita Havisham nos mandó a dar un paseo por el jardín abandonado, diciendo que cuando volviéramos yo la pasearía en su silla de ruedas, como en otros tiempos.

Así pues, Estella y yo salimos al jardín por la puerta que me llevó al encuentro con el pálido señorito, hoy Herbert; yo, temblando en mi interior y adorando hasta la orla de su vestido; ella, muy serena y sin adorar en absoluto la orla del mío. Al acercarnos al lugar del encuentro, Estella se detuvo y dijo:

—He tenido que ser una singular criatura para esconderme y presenciar la lucha aquel día; pero lo hice y me divirtió mucho.

—Luego me lo premiaste bien.

—¿De veras? —respondió con el tono de quien no recuerda la cosa—. Recuerdo que yo sentía gran aversión por tu contrincante, porque me molestaba que lo hubieran traído aquí para importunarme con su compañía.

—Él y yo somos ahora muy buenos amigos —dije.

—¿De veras? Ahora creo recordar que tomas lecciones de su padre.

—Sí.

Me repugnaba confesarlo, porque esto me daba un aire de muchacho, y ella me trataba ya de sobra como un muchacho.

—Desde que has cambiado de fortuna y de porvenir, has cambiado también de compañía —dijo.

—Naturalmente —respondí.

—Y necesariamente —añadió, con tono altanero—, la compañía que fue un día conveniente para ti, sería ahora completamente impropia.

En mi conciencia, dudo mucho de que me quedara ninguna intención de visitar a Joe; pero, si alguna me quedaba, esta observación la disipó por completo.

—¿No tenías ninguna idea en aquellos tiempos de que tu fortuna estuviera tan cerca? —dijo Estella con un leve ademán, aludiendo a los tiempos del encuentro.

—Ni la más remota.

El aire de entereza y superioridad con que paseaba a mi lado, y el aire de juventud y sumisión con que yo iba al suyo, formaban un contraste que acusaba dolorosamente. Me habría escocido más de lo que me escocía si no hubiera considerado que lo que me ponía en esta situación era el hecho de haber sido escogido y destinado para ella.

El jardín estaba demasiado descuidado para que se pudiera pasear cómodamente por él, y después de haberlo recorrido dos o tres veces, salimos de nuevo al patio de la cervecería. Yo le mostré el sitio exacto donde la había visto andar sobre las barricas, aquella primera vez, y ella dijo, echando una mirada fría e indiferente en aquella dirección:

—¿Eso hice? —Le recordé por dónde ella había salido de la casa y me había dado de comer y beber, y ella dijo—: No lo recuerdo.

—¿No recuerdas que me hiciste llorar? —pregunté.

—No —respondió, y meneando la cabeza miró a otra parte. Creo de veras que el hecho de que no lo recordara y de que no le importara lo más mínimo, me

hizo llorar otra vez en mis adentros, que es el llanto más amargo que puede haber.

—Tienes que saber, por si esto puede explicar mi falta de memoria —dijo Estella con la condescendencia propia de una joven hermosa y brillante—, que no tengo corazón.

Traté de decirle que me tomaba la libertad de ponerlo en duda. Que sabía que no era así. Que no podía existir una belleza como la suya sin tener corazón.

—¡Oh! Claro está que tengo un corazón al que se puede clavar un puñal o pegarle un tiro —dijo—, y claro está que si él dejara de latir, yo dejaría de existir. Pero tú ya me entiendes. No tengo ninguna ternura aquí, ni simpatía, ni sentimiento, ni nada de tonterías.

¿Qué era lo que ella me traía a la memoria mientras permanecía allí quieta, mirándome fijamente? ¿Algo que había visto en la señorita Havisham? No. Algunas de sus miradas y ademanes le daban aquella sombra de parecido con la señorita Havisham que a menudo adquieren los niños de las personas mayores con quienes han vivido recluidos y en estrecha unión, y que, una vez pasada la infancia, produce en ocasiones una notable semejanza de expresión entre rostros por otra parte muy distintos. Y no obstante, no podía relacionar aquella impresión con la señorita Havisham. Volví a mirar a Estella y aunque ella me miraba todavía, la impresión había desaparecido.

¿Qué era?

—Hablo en serio —dijo Estella, no tanto con ceño, pues su frente estaba tersa, como con un ensombrecimiento de su rostro—. Si nos hemos de ver con frecuencia, es mejor que lo crea en seguida. ¡No! —me detuvo imperiosamente porque yo había abierto la boca—. No he confiado a nadie mi ternura. Yo no sé lo que es eso.

En otro momento estábamos en la cervecería abandonada, y ella me indicó la alta galería de donde la había visto salir aquel primer día, y me dijo que recordaba haber estado allí arriba, y haberme visto abajo mirando asustado. Al seguir con mis ojos el movimiento de su blanca mano, volvió a asaltarme la misma vaga impresión de un parecido que no podía definir. Mi involuntario sobresalto hizo que pusiera su mano sobre mi brazo. Inmediatamente el fantasma pasó otra vez y desapareció.

¿Qué era?

—¿Qué ocurre? —preguntó Estella—. ¿Otra vez asustado?

—Debería estarlo, si tengo que creer lo que acabas de decirme —respondí,

para desviar el asunto.

—Entonces, ¿no lo crees? Muy bien. De todos modos, yo lo he dicho. La señorita Havisham te estará esperando en su sitio de otros tiempos, aunque me parece que esto podría ya olvidarse junto con otras cosas. Demos otra vuelta al jardín y luego entraremos. ¡Vamos! Hoy no tendrás que verter lágrimas por mi crueldad; serás mi paje y me prestarás tu hombro.

Su elegante vestido se había arrastrado por el suelo. Lo recogió un poco con una mano, y con la otra tocó ligeramente mi hombro mientras andábamos. Dimos dos o tres vueltas al animado jardín, que me pareció un edén florido. Si los hierbajos verdes y amarillentos que crecían en las grietas del viejo muro hubieran sido las más preciosas flores del mundo, no podría haber encarecido más su recuerdo.

No había entre nuestras edades una diferencia que pudiera alejarla mucho de mí; teníamos casi los mismos años, aunque naturalmente éstos contaban más en su caso que en el mío; pero el aire de inaccesibilidad que le daban su hermosura y sus modales me atormentaba en medio de mi delicia, y de la seguridad que tenía de que nuestra protectora nos tenía destinados el uno para el otro. ¡Pobre de mí!

Por fin volvimos a la casa, y allí me enteré con sorpresa de que mi tutor había ido a visitar a la señorita Havisham para tratar de negocios, y volvería para comer. Los viejos candeleros de la sala donde estaba puesta la apolillada mesa habían sido encendidos en nuestra ausencia, y la señorita Havisham me estaba aguardando en su silla.

Cuando nos pusimos a recorrer el antiguo circuito en torno a las cenizas del banquete de boda, me pareció estar empujando la silla hacia el mismo pasado. Pero, en la fúnebre estancia, con aquella figura sepulcral recostada en la silla clavándole los ojos, Estella parecía más brillante y hermosa que nunca, y yo experimentaba un más fuerte embeleso.

El tiempo pasó tan aprisa que ya se acercaba la hora de la comida, y Estella nos dejó para vestirse. Nos habíamos detenido junto al centro de la larga mesa, y la señorita Havisham, extendiendo uno de sus marchitos brazos fuera de la silla, descansó la mano cerrada sobre el amarillento mantel. Al volverse Estella a mirar por encima de su hombro, antes de pasar la puerta, la señorita Havisham le mandó un beso con aquella mano, besándosela con una famélica vehemencia que de suyo resultaba espantosa.

Luego, una vez se hubo ido Estella y habiendo quedado solos los dos, se

volvió a mí y me dijo en un susurro:

—¿No es bella, graciosa, apuesta? ¿No la quieres?

—¿Quién, viéndola, no la ha de querer, señorita Havisham?

Rodeó mi cuello con su brazo y me hizo bajar la cabeza hasta ponerla junto a la suya.

—¡Quiérela, quiérela, quiérela! ¿Cómo te trata? —Antes de que pudiera responder, suponiendo que hubiera podido hallar respuesta a una pregunta tan difícil, repitió—: ¡Quiérela, quiérela, quiérela! Si te favorece, quiérela. Si te hiere, quiérela. Si te desgarra el corazón, y a medida que crezca y se haga fuerte, te lo desgarra más… ¡quiérela, quiérela, quiérela!

Nunca había visto un ahínco tan apasionado como aquel con que pronunció estas palabras. Pude notar cómo los músculos del flaco brazo que rodeaba mi cuello se hinchaban de la vehemencia que la poseía.

—¡Óyeme, Pip! La adopté para que fuese amada. La crié y la eduqué para que fuese amada. La convertí en lo que es para que fuese amada. ¡Quiérela!

Repitió la palabra lo suficiente para que no hubiera duda acerca de su sentido; pero si la palabra tan repetida hubiese significado, en vez de amor, odio, desesperación, venganza o muerte horrible, no habría podido sonar más, en sus labios, como una maldición.

—Te voy a decir —prosiguió, con el mismo susurro vehemente y precipitado — lo que es el verdadero amor. Es ciega devoción, abnegación absoluta, sumisión incondicional, confianza y fe contra ti mismo y contra todo el mundo, abandono de tu corazón y tu alma enteros al que los destroza… ¡como hice yo!

Al llegar aquí, profirió un grito salvaje, y yo la cogí por la cintura. Porque se levantó en su silla, envuelta en el sudario de su vestido, y se puso a golpear el aire como si de pronto fuese a golpearse a sí misma contra la pared y caer muerta.

Todo esto ocurrió en unos segundos. Mientras la obligaba a sentarse otra vez, percibí un perfume conocido, y al volverme, vi a mi tutor en la sala.

El señor Jaggers llevaba siempre (creo que aún no lo había mencionado) un pañuelo de bolsillo de seda de imponentes proporciones, que le era de gran utilidad en el ejercicio de su profesión. Le he visto aterrorizar de tal modo a un cliente o a un testigo, desdoblando ceremoniosamente este pañuelo, como si fuera a sonarse, y deteniéndose luego, como si supiera que no tendría tiempo de hacerlo antes de que dicho cliente o testigo se comprometiera, que la confesión había seguido inmediatamente como algo inevitable. Cuando le vi en aquella

sala, sostenía este expresivo pañuelo con entrambas manos, y nos estaba contemplando. Al topar con mi mirada, dijo con toda claridad mediante una momentánea y silenciosa pausa en aquella actitud: «¿De veras? ¡Curioso!», y luego aplicó el pañuelo a su uso natural, con maravilloso efecto.

La señorita Havisham le había visto al mismo tiempo que yo, y, como todo el mundo, se asustó de él. Hizo un gran esfuerzo para serenarse y tartamudeó que el señor Jaggers había sido puntual como siempre.

—Puntual como siempre —repitió él, llegándose a nosotros—. ¿Cómo está usted, Pip? ¿Le doy un paseíto, señorita Havisham? ¿Una vuelta? ¿Así que está usted aquí, Pip?

Le dije cuándo había llegado, y cómo la señorita Havisham había deseado que fuera a ver a Estella. A lo cual respondió él:

—¡Ah! ¡Una joven preciosa! —Después empujó la silla de la señorita Havisham con una de sus manazas, metiéndose la otra en el bolsillo de su pantalón, como si el bolsillo estuviese lleno de secretos—. ¡Bien, Pip! ¿Había visto usted a la señorita Estella muy a menudo antes?

—¿Muy a menudo?

—¡Sí! ¿Cuántas veces? ¿Diez mil?

—¡Oh! No tantas, ciertamente.

—¿Dos?

—Jaggers —interrumpió la señorita Havisham, con gran alivio de mi parte —, deje tranquilo a Pip, y váyase con él a comer.

Él obedeció, y ambos bajamos juntos las oscuras escaleras.

Mientras nos dirigíamos al edificio aislado del otro lado del patio enlosado, detrás de la casa, me preguntó cuántas veces había visto comer y beber a la señorita Havisham, ofreciéndome, como de costumbre, un ancho campo de elección, entre cien veces y una.

Yo reflexioné, y dije:

—Nunca.

—Y nunca lo verá usted, Pip —respondió con una ceñuda sonrisa—. Nunca, desde que lleva esta vida, ha permitido que la viesen hacer lo uno ni lo otro. Ronda la casa por la noche y entonces come lo que encuentra.

—Perdone, señor —dije—, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Usted puede hacerla —dijo— y yo puedo rehusar el responderla. Pregunte usted.

—El apellido de Estella, ¿es Havisham o…? —No se me ocurrió nada que

añadir.

—¿O qué? —dijo él.

—¿Es Havisham?

—Es Havisham.

Con esto llegamos a la mesa, donde Estella y Sarah Pocket nos estaban aguardando. El señor Jaggers tomó la cabecera, Estella se sentó frente a él y yo lo hice frente a mi verde y amarillenta amiga. Comimos bien y nos sirvió una doncella a quien en todas mis idas y venidas no había visto nunca, pero que lo mismo podía haber estado siempre en aquella misteriosa casa. Después de la comida, pusieron ante mi tutor una botella de viejo y excelente oporto (él conocía muy bien aquella marca), y las dos señoras nos dejaron.

Nunca había visto en otro sitio nada comparable a la determinada discreción del señor Jaggers bajo aquel techo; ni siquiera en él mismo. Hasta sus miradas las guardaba para sí y apenas dirigió una vez los ojos al rostro de Estella durante la comida. Cuando ella le hablaba, él atendía, y a su debido tiempo respondía, pero nunca, que yo me diese cuenta, la miró. Por otra parte, ella le miraba a menudo con interés y curiosidad, cuando no con desconfianza, pero en el rostro del señor Jaggers nunca aparecieron señales de que lo notara. Durante toda la comida, halló una agria satisfacción en poner a Sarah Pocket más verde y más amarilla todavía refiriéndose repetidamente, en su conversación conmigo, a mis perspectivas; pero aquí tampoco dio muestras de tener la menor conciencia y hasta pareció que extraía estas referencias —y en realidad las extrajo, aunque yo no sé cómo— de mi inocente persona.

Y cuando nos quedamos solos, adoptó un aire de callarse por lo mucho que sabía que verdaderamente se me hizo insoportable. Interrogaba hasta a su copa, cuando no tenía otra cosa a mano. La miraba al trasluz de la vela, probaba el oporto, lo paladeaba, se lo tragaba, volvía a mirar al oporto, lo olía, lo probaba, lo bebía, volvía a llenar la copa y a interrogarla, hasta que yo me ponía tan nervioso como si supiera que el vino le estaba contando algo en perjuicio mío. Tres o cuatro veces estuve tentado de empezar una conversación; pero cada vez que él veía que le iba a preguntar algo, me miraba con la copa en la mano y paladeando el vino, como queriendo hacerme observar que era inútil porque no podía responder.

Creo que la señorita Pocket comprendía que la sola vista de mi persona la ponía en peligro de enloquecer, tal vez de arrancarse la cofia —que era algo horrible, una especie de estropajo de muselina— y de esparcir por el suelo sus

cabellos, que indudablemente nunca habían pertenecido a su cabeza. No apareció cuando más tarde subimos a la habitación de la señorita Havisham, y los cuatro jugamos al *whist*. En el intervalo, la señorita Havisham, llevada de su fantasía, había puesto algunas de las más hermosas joyas de su mesa tocador en el cabello, pecho y brazos de Estella; y observé que hasta mi tutor miraba a ésta por debajo de sus hirsutas cejas, las cuales levantó un poco al hallar ante sí tal belleza realzada por aquellos vivos destellos de luz y de color.

De qué manera y hasta qué punto el señor Jaggers nos hizo gastar nuestros triunfos y se arregló para ganarnos cada mano con unas cartas mezquinas, ante las cuales la gloria de nuestros reyes y reinas se veía absolutamente confundida, es cosa de la que no quiero hablar; como tampoco de la impresión que me producía de considerarnos tres pobres y transparentes enigmas que desde hacía tiempo tenía descifrados. Lo que me hacía sufrir era la incompatibilidad entre su fría presencia y mis sentimientos hacia Estella. No era saber que nunca podría soportar hablarle de ella, ni oírle hacer crujir sus botas en presencia de ella, ni verle lavarse las manos a causa de ella: era el hecho de que mi admiración tuviese que manifestarse a uno o dos pies de donde estaba él, era que mis sentimientos tuviesen que estar en un mismo sitio con él; esto era lo que me martirizaba.

Jugamos hasta las nueve, y entonces se decidió que cuando Estella fuese a Londres se me advertiría de su llegada para que fuese a recibirla a la diligencia. Luego me despedí de ella, la toqué, y la dejé.

Mi tutor se alojaba en el Jabalí, en el cuarto próximo al mío. Hasta muy avanzada la noche, las palabras de la señorita Havisham, «¡quiérela, quiérela, quiérela!», sonaron en mis oídos. Las adapté a mis sentimientos y dije a mi almohada: «¡la quiero, la quiero, la quiero!» un centenar de veces. Entonces sentí un estallido de gratitud al pensar que me estaba destinada, a mí, al ex aprendiz de herrero. Luego pensé que si ella, como yo temía, aún no se sentía agradecida por aquel destino, ¿cuándo empezaría a interesarse por mí? ¿Cuándo despertaría yo en su corazón, ahora mudo y dormido?

¡Pobre de mí! Pensaba que éstas eran grandes y elevadas emociones. Pero nunca pensé que hubiera nada de bajo y mezquino en el hecho de alejarme de Joe a causa del desprecio que Estella sentiría por él. Hacía apenas un día que Joe había hecho asomar las lágrimas a mis ojos. Muy pronto, ¡Dios me perdone!, se habían secado.

CAPÍTULO XXX

Después de pensarlo mucho, mientras me vestía por la mañana en el Jabalí Azul, resolví decirle a mi tutor que dudaba de que Orlick fuese el hombre apropiado para ocupar un puesto de confianza en casa de la señorita Havisham.

—Claro que no lo es, Pip —dijo, agradablemente convencido de antemano sobre el caso en general—, porque el hombre que ocupa un puesto de confianza nunca es la clase de hombre apropiado. —Pareció que le ponía de buen humor saber que aquel particular empleo no era ocupado excepcionalmente por el hombre apropiado, y escuchó con aire complacido mientras yo le refería cuanto sabía de Orlick—. Muy bien, Pip —observó, al terminar yo—, voy a despedirle en el acto.

Un poco alarmado ante tan pronta decisión, me mostré partidario de aplazarla un poco, y hasta llegué a insinuar que nuestro amigo podría ser algo difícil de manejar.

—Oh, eso no —dijo mi tutor, doblando su pañuelo con perfecta confianza—; me gustaría verle discutir el asunto conmigo.

Como debíamos regresar a Londres en la diligencia del mediodía, y como yo desayunaba con un miedo tal de ver aparecer a Pumblechook que apenas podía sostener la taza, esto me dio ocasión para decir que deseaba andar un poco y que me iría por la carretera de Londres mientras el señor Jaggers estaba ocupado, si él quería informar al cochero de que yo cogería el coche donde éste me alcanzara. De esta manera pude escapar del Jabalí Azul inmediatamente después de mi desayuno. Dando entonces un rodeo de un par de millas a campo traviesa por detrás de la casa del señor Pumblechook, volví a entrar en la calle Mayor, algo más abajo de aquel peligroso sitio, y me sentí en relativa seguridad.

Era interesante estar de nuevo en la tranquila y vieja población, y no resultaba desagradable verse aquí y allá reconocido de pronto y contemplado con asombro. Uno o dos comerciantes llegaron hasta salir precipitadamente de sus tiendas y a andar un poco calle abajo delante de mí para poder volverse, como si hubieran olvidado algo, y pasar mirándome frente a frente, ocasiones en las que no sé quién fingía peor, si ellos al aparentar no hacerlo o yo al aparentar no verlo. Aun así mi posición era distinguida, y no estaba descontento de ella, hasta que el destino me echó al paso a aquel consumado malandrín del aprendiz de Trabb.

Mirando calle abajo en cierto punto de mi camino, divisé al aprendiz de Trabb que se acercaba, azotándose con una talega vacía. Juzgando que mirarle serenamente como si no le conociera sería lo más adecuado a mi dignidad y probablemente bastaría para aquietar sus malos instintos, avanzaba con aquella expresión en el semblante y me felicitaba ya por mi éxito, cuando de pronto las rodillas del aprendiz de Trabb empezaron a entrechocar, se le erizaron los cabellos, se le cayó la gorra, se echó a temblar de pies a cabeza, se dirigió tambaleándose al centro de la calle y gritando a la gente: «¡Sostenedme! ¡Me muero de miedo!», simuló hallarse bajo un paroxismo de terror y contrición ocasionado por la dignidad de mi talante. Al pasar yo por su lado le castañetearon los dientes y, con todas las muestras de una extrema humillación, se prosternó en el polvo.

Esto resultó duro de soportar, pero no fue nada. Aún no había recorrido otras doscientas yardas cuando, con indecible terror, asombro e indignación, vi acercarse de nuevo al aprendiz de Trabb. Doblaba la esquina de una calleja. Llevaba la bolsa echada sobre el hombro, brillaba en sus ojos una honrada laboriosidad, y en su aire se leía la determinación de dirigirse a casa de Trabb con alegre diligencia… Con un sobresalto se percató de mi presencia, y le dio un ataque tan fuerte como el anterior; pero esta vez su movimiento fue circular, y se tambaleaba dando vueltas y más vueltas a mi alrededor con las rodillas todavía más afectadas y las manos en alto como pidiendo misericordia. Sus sufrimientos eran jaleados con entusiasmo por un grupo de espectadores, y yo me hallaba confuso a más no poder.

Aún no había llegado al despacho de Correos cuando volví a ver al aprendiz de Trabb que doblaba rápidamente otra esquina. Esta vez estaba completamente cambiado. Llevaba puesto el saco imitando mi abrigo, y venía pavoneándose por la otra acera en dirección contraria, seguido por una caterva de regocijados

compinches, dirigiéndose a los cuales exclamaba de vez en cuando, con un ademán: «¡No le conozco!». No hay palabras para expresar toda la burla y el insulto que descargó sobre mí el aprendiz de Trabb cuando, al pasar por mi lado, se estiró el cuello de la camisa, se retorció los tufos, puso un brazo en jarras, y empezó a hacer los más extravagantes visajes, retorciendo los codos y el cuerpo, y diciendo con voz hueca a los que le seguían: «¡No le conozco, no le conozco! Por mi honor que no le conozco». La ignominia consiguiente al hecho de que inmediatamente después se pusiera a cacarear, y me persiguiera por el puente con cacareos como los de una melancólica gallina que me hubiera conocido cuando no era más que un herrero, colmó la ignominia con que yo salí de la ciudad, y por ella fui arrojado, por decirlo así, al campo abierto.

Pero a menos que le hubiera arrancado la vida al aprendiz de Trabb, no veo realmente qué era lo que podía hacer en aquella ocasión, sino sufrirlo. Haberme peleado con él en la calle, o haberme cobrado con menos que con la sangre de su corazón, habría sido fútil y degradante. Además, era un muchacho a quien ningún hombre podía hacer daño, una serpiente invulnerable y escurridiza que, acorralada en un rincón, se escapaba por entre las piernas de su aprehensor, con gañidos de mofa. De todos modos, escribí al señor Trabb, por el correo siguiente, para decirle que el señor Pip se veía obligado a interrumpir todo trato con una persona capaz de olvidar lo debido al decoro público hasta el punto de tener empleado a un muchacho que despertaba repulsión en toda persona respetable.

La diligencia, con el señor Jaggers dentro, me alcanzó a su debido tiempo, y yo volví a tomar asiento en la delantera, y llegué a Londres salvo —pero no sano, porque el corazón me faltaba—. En cuanto llegué, mandé un bacalao y un barril de ostras a Joe (como reparación por no haber ido a verle), y luego me dirigí a Barnard’s Jun.

Encontré a Herbert tomando una comida fría, y encantado de verme de regreso. Después de mandar al Vengador al café en busca de una adición a la comida, sentí que necesitaba abrir mi corazón a mi amigo y compañero aquella misma noche. Como la confidencia no cabía ni plantearla teniendo al Vengador en el recibimiento, el cual podía considerarse como una mera antecámara del ojo de la cerradura, le mandé al teatro. Apenas podía darse mejor prueba de la sujeción en que me hallaba respecto a aquel paje que los degradantes expedientes a que constantemente tenía que recurrir para encontrarle ocupación. Tan ruin era la necesidad que a veces le mandaba a la esquina de Hyde Park a ver qué hora era.

Una vez que hubimos comido, y estando sentados con los pies en el guardafuegos, le dije a Herbert:

—Querido Herbert, he de contarte algo muy íntimo.

—Querido Händel —respondió—, estimo y respeto tu confianza.

—Se refiere a mí, Herbert —pregunté—, y a otra persona.

Herbert cruzó los pies, contempló el fuego con la cabeza ladeada y, habiéndolo contemplado en vano durante algún tiempo, me miró como preguntándome por qué no proseguía.

—Herbert —le dije, poniendo la mano sobre su rodilla—. Amo… adoro… a Estella.

En vez de asombrarse, Herbert respondió como si se tratase de la cosa más natural:

—Exactamente. ¿Y qué?

—¿Y qué, Herbert? ¿Es esto lo único que dices? ¿Y qué?

—Quiero decir: ¿y qué más? —dijo Herbert—. Eso, naturalmente, ya lo sabía.

—¿Cómo lo sabías? —pregunté.

—¿Cómo lo sabía, Händel? Pues, por ti mismo.

—Yo nunca te lo he dicho.

—¡Que nunca me lo has dicho! Nunca me has dicho que te habías hecho cortar el pelo, pero yo tengo sentidos para verlo. La has estado adorando desde que te conozco. Trajiste aquí tu adoración en tu maleta. ¡Que nunca me lo has dicho! Si me lo has estado diciendo siempre, de la mañana a la noche. Cuando me contaste tu historia, claramente me diste a entender que habías empezado a adorarla en cuanto la viste, siendo todavía poco más que un niño.

—Muy bien, pues —dije yo, para quien aquello era nuevo, pero no desagradable—, nunca he dejado de adorarla. Y ella ha vuelto hecha una hermosísima y elegante criatura. Ayer la vi, y si antes la adoraba, la adoro doblemente ahora.

—Entonces es una suerte para ti, Händel —dijo Herbert—, que hayas sido escogido y destinado para ella. Sin entrar en terreno prohibido, podemos arriesgarnos a afirmar que no cabe duda entre nosotros sobre este hecho. ¿Tienes ya alguna idea de lo que piensa Estella sobre tu adoración?

Moví tristemente la cabeza.

—¡Oh! Está a miles de millas lejos de mí —dije.

—Paciencia, querido Händel: aún queda tiempo, aún queda tiempo. Pero

¿tienes algo más que decir?

—Me avergüenza decirlo —respondí—, y, no obstante, no es peor decirlo que pensarlo. Tú me llamas un muchacho con suerte. Desde luego lo soy. Ayer, como quien dice, no era más que un aprendiz de herrero. Hoy soy… ¿qué diré que soy hoy?

—Di un buen muchacho, si quieres una frase —respondió Herbert, sonriendo y dándome golpecitos en la espalda—, un buen muchacho con ímpetu y vacilación, atrevimiento y timidez, acción y ensueño, todo curiosamente mezclado.

Me detuve un momento a considerar si verdaderamente había esta mezcolanza en mi carácter. En conjunto no me reconocía en aquel análisis, pero me pareció que valía la pena discutirlo.

—Cuando pregunto qué es lo que soy hoy —continué—, me refiero a lo que tengo en el pensamiento. Tú dices que soy afortunado. Yo sé que no he hecho nada para elevarme y que la Fortuna por sí sola me ha levantado; esto es ser muy afortunado. Y, no obstante, cuando pienso en Estella…

—Y ¿cuándo es que no piensas en ella? —interpuso Herbert con los ojos fijos en el fuego, lo cual me pareció bondadoso y simpático de su parte.

—Entonces, querido Herbert, no podría decirte cuán inseguro y atado me siento, y cuán expuesto a un sinfín de contingencias. Evitando entrar en terreno prohibido, como has hecho tú ahora mismo, puedo decir, no obstante, que todas mis perspectivas descansan en la constancia de una persona (no nombro a nadie). Y en el mejor de los casos, ¡qué impreciso y poco satisfactorio resulta no saber más claramente en qué consisten! —Al decir esto, descargaba mi espíritu de algo que siempre, más o menos, lo había apesumbrado, pero más, indudablemente, desde el día antes.

—Hombre, Händel —respondió Herbert, a su manera alegre y optimista—, me parece que el abatimiento de una tierna pasión nos hace mirar los dientes del caballo regalado con cristales de aumento. Y me parece que, al concentrar nuestra atención en este examen, olvidamos completamente una de las mejores condiciones del animal. ¿No me has contado que tu tutor, el señor Jaggers, te dijo al principio que no estabas dotado únicamente de esperanzas? Y aunque no te lo hubiera dicho, si bien concedo que tiene su importancia, ¿puedes creer que, de todos los hombres de Londres, sea el señor Jaggers capaz de mantener sus presentes relaciones contigo sin estar seguro del terreno que pisa?

Respondí que no podía negar que éste era un argumento poderoso. Lo dije (la

gente lo hace a menudo en tales casos) como una difícil concesión a la verdad y a la justicia, ¡como si tuviera deseos de negarlo!

—Claro que es un argumento poderoso —dijo Herbert— y creo que te verías apurado para hallar otro más firme; por lo demás, debes esperar la hora elegida por el cliente de tu tutor. Sin darte cuenta, cumplirás los veintiún años, y acaso entonces obtengas más extensos informes. De cualquier modo, estarás cada vez más cerca de obtenerlos, porque al fin tienen que llegar.

—¡Qué temperamento tan optimista tienes! —dije yo, admirando, agradecido, su carácter animoso.

—Debo tenerlo —dijo Herbert— porque no tengo gran cosa más. He de confesar, dicho sea de paso, que el buen sentido de lo que acabo de decir no es mío, sino de mi padre. La única observación que le he oído hacer sobre tu historia fue ésta, que es definitiva: «Debe de ser cosa resuelta y arreglada, porque de otro modo el señor Jaggers no andaría en ella». Y ahora, antes de decir nada más acerca de mi padre o del hijo de mi padre, y de devolver confidencia por confidencia, quiero hacerme por un momento seriamente desagradable para ti, positivamente repulsivo.

—No lo lograrás —dije.

—¡Oh, sí, lo lograré! —exclamó él—. A la una, a las dos, a las tres, ¡allá va! Händel, amigo querido —aunque se expresaba en este tono ligero, hablaba muy en serio—, desde que nos hemos puesto a conversar con los pies en el guardafuegos, estoy pensando que seguramente Estella no es una condición de tu herencia, puesto que tu tutor no se ha referido nunca a ella. Estoy en lo cierto al entender, por lo que tú me has dicho, que no se ha referido a ella ni directa ni indirectamente, ni de modo alguno. ¿No ha insinuado nunca, por ejemplo, que tu protector podría tener sus ideas acerca de un posible casamiento tuyo?

—Nunca.

—Ahora, Händel, no es que sienta el sabor de las uvas verdes; ¡palabra de honor! Puesto que nada te obliga a ella, ¿no podrías desinteresarte de ella? Ya te dije que sería desagradable.

Volví a un lado la cabeza porque, con un ímpetu y una violencia como las del viento que sopla en los marjales viniendo del mar, volvió a invadir mi corazón un sentimiento parejo al que me había abrumado aquella mañana en que dejé la herrería, mientras la niebla se levantaba solemne y yo ponía la mano en el poste indicador a la salida del lugar. Durante unos momentos reinó el silencio entre nosotros.

—Sí; pero, querido Händel —continuó Herbert, como si hubiéramos hablado en vez de estar callados—, que esto haya arraigado tan fuertemente en el corazón de un muchacho a quien la naturaleza y las circunstancias han hecho tan romántico, lo convierte en una cosa muy seria. Piensa en la educación que Estella ha tenido, y piensa en la señorita Havisham. Piensa en lo que es ella (ahora sí que soy repulsivo y tú me aborreces). Esto puede llevar a cosas muy tristes.

—Lo sé, Herbert —dije yo, con la cabeza vuelta todavía—, pero no puedo remediarlo.

—¿No puedes olvidarla?

—No. ¡Imposible!

—¿No puedes intentarlo, Händel?

—No, ¡imposible!

—¡Bueno! —dijo Herbert, levantándose con una viva sacudida, como si despertara de un sueño, y poniéndose a atizar el fuego—; ¡ahora volveré a ser agradable!

Dio una vuelta por la estancia, sacudió las cortinas, puso las sillas en su lugar, ordenó los libros y otras cosas que estaban por allí de cualquier modo, salió al recibimiento, miró dentro del buzón, cerró la puerta y volvió a su silla junto al fuego, donde se sentó cogiendo con entrambos brazos su pierna izquierda.

—Voy a decirte dos palabras, Händel, referentes a mi padre y al hijo de mi padre. Temo que el hijo de mi padre apenas necesita observar que la casa de mi padre no anda muy bien gobernada.

—Siempre hay abundancia en todo, Herbert —dije, por decir algo alentador.

—¡Oh, sí!, y lo mismo dice el basurero, creo yo, con la mayor satisfacción, y lo mismo dicen en el almacén de la esquina. Con toda formalidad, Händel, porque el asunto es serio y tú sabes lo que ocurre tan bien como yo. Supongo que hubo un tiempo en que mi padre se preocupaba de las cosas; pero ese tiempo, si existió, está ya muy lejos. ¿Puedo preguntarte si has tenido ocasión de observar en tu tierra que los hijos de matrimonios no demasiado felices son los que tienen siempre mayores ganas de casarse?

Ésta era una pregunta tan singular que yo la respondí con otra.

—¿Es eso verdad?

—No lo sé —dijo Herbert—, y es lo que quería saber. Porque éste es resueltamente nuestro caso. Mi pobre hermana Charlotte, que venía detrás de mí

y murió antes de cumplir catorce años, fue un ejemplo notable de ello. La pequeña Jane es otro, a juzgar por el deseo de verse colocada matrimonialmente; se podría suponer que ha pasado toda su corta existencia en perpetua contemplación de la felicidad doméstica. El pequeño Alick, que aún lleva babero, ya ha hecho sus arreglos con una adecuada personita de Kew. Y, en realidad, pienso que todos estamos comprometidos, excepto el bebé.

—¿Y tú también, entonces? —dije yo.

—Sí —dijo Herbert—, pero es un secreto.

Le prometí guardar el secreto y le rogué que me favoreciera con más detalles. Había hablado con tanto juicio y comprensión de mi debilidad que deseaba conocer algo de su fortaleza.

—¿Puedo preguntar cómo se llama? —dije.

—Se llama Clara —dijo Herbert.

—¿Vive en Londres?

—Sí. Tal vez tendría que mencionar —dijo Herbert, que, desde que habíamos entrado a tratar este interesante tema, había tomado un aire curiosamente mustio y abatido— que está algo por debajo de las tontas ideas de mi madre en materia de alcurnia, Su padre tenía algo que ver con el suministro de víveres a los buques de pasajeros. Creo que era una especie de sobrecargo.

—Y ahora, ¿qué es? —dije yo.

—Ahora es un inválido —respondió Herbert.

—¿Que vive…?

—En el primer piso —dijo Herbert. Lo cual no era todo lo que yo quería decir, porque mi pregunta se refería a sus medios económicos—. No le he visto nunca, pues no se ha movido de su habitación de arriba desde que conozco a Clara. Pero le he oído continuamente. Porque arma unos alborotos tremendos, ruge y aporrea el suelo con algún horrible instrumento. —Mirándome y riéndose luego de buena gana, Herbert recobró por el momento su animación habitual.

—¿No esperas verle? —le interrogué.

—Oh, sí, a cada momento espero verle —repuso—, porque nunca le oigo sin miedo de que nos caiga encima por un boquete del techo. Pero no sé cuánto tiempo podrán resistir las vigas.

Después de reírse otra vez con toda el alma, volvió a ponerse mustio y me dijo que tan pronto empezara a hacerse un capital tenía intención de casarse con esa señorita. Y añadió como proposición axiomática, madre del desaliento:

—Porque uno no puede casarse, ¿sabes?, mientras se labra un futuro.

Mientras contemplábamos el fuego y mientras yo pensaba en lo difícil que resultaba a veces este sueño del Capital, me metí las manos en los bolsillos. Un papel doblado que encontré en uno de ellos llamó mi atención. Lo desdoblé y resultó ser el anuncio que había recibido de Joe, referente al famoso aficionado de provincias de rosciana celebridad.

—¡Bendito sea Dios! —exclamé involuntariamente en voz alta—, ¡es para esta noche!

Esto mudó en el acto el curso de nuestra conversación y nos decidió apresuradamente a ir al teatro. Así, después de haber prometido consolar y favorecer a Herbert en esta empresa de su corazón, por todos los medios posibles e imposibles; después de que Herbert me hubo contado que su prometida me conocía ya de nombre, y que me la iba a presentar, y después de haber sellado nuestras mutuas confidencias con un caluroso apretón de manos, apagamos nuestras velas, cubrimos nuestro fuego, cerramos la puerta y salimos en busca del señor Wopsle y de Dinamarca.

CAPÍTULO XXXI

A nuestra llegada a Dinamarca encontramos al rey y a la reina de aquel país instalados en sendos sillones puestos sobre una mesa de cocina, presidiendo su Corte. Les acompañaba toda la nobleza danesa consistente en un noble muchacho metido en las botas de gamuza de un gigantesco antepasado, un venerable par de sucio rostro que parecía haber ascendido últimamente del estado llano, y la flor de la caballería danesa con un peine en el cabello y un par de medias blancas de seda, y con un aspecto en conjunto bastante femenino. Mi talentudo paisano permanecía sombríamente aparte, con los brazos cruzados, y yo habría deseado que sus rizos y su frente hubieran sido más verosímiles.

A medida que se desarrollaba la acción fueron trasluciéndose varios pequeños y curiosos detalles. El difunto rey de aquel país no sólo parecía haber estado padeciendo un catarro en el momento de su muerte, sino habérselo llevado a la tumba, y haberlo traído consigo al mundo de los vivos. El regio aparecido llevaba también un fantasmal manuscrito enrollado en su cetro, el cual parecía consultar de vez en cuando, y ello con aire de ansiedad y una tendencia a perder el punto que más bien parecían propios de la vida mortal. Fue esto, me figuro, lo que indujo al gallinero a aconsejar a la Sombra que «volviese la hoja», recomendación que ésta no recibió con mucho agrado. Otra cosa que noté en este mayestático espíritu era que, al paso que aparecía con un aire de haber estado mucho tiempo ausente y recorrido una distancia inmensa, salía manifiestamente de una pared inmediata. Esto dio lugar a que sus espantos fuesen recibidos con risas. La reina de Dinamarca, una dama muy rolliza, aunque según la historia fuera una mujer de bronce, dio al público la impresión de estar demasiado cargada de este metal, pues llevaba la diadema sujeta a la barbilla por una ancha

banda de él (cual si tuviese un suntuoso dolor de muelas), y de la misma materia eran las que ceñían su vasta cintura y cada una de las que rodeaban sus brazos, de modo que todos, sin rebozo, la llamaban «el timbal». El noble muchacho de las ancestrales botas resultaba muy inconsecuente, pues se presentaba casi al mismo tiempo como un experto marino, un cómico ambulante, un enterrador, un clérigo y una persona de la mayor importancia en materia de esgrima cortesana, cuya experta mirada e imparcial discernimiento dirimían cuáles eran los más bellos golpes. Esto propició que, poco a poco, se impacientaran con él, y hasta que —al descubrirle en posesión de órdenes sagradas, y negándose a llevar a cabo el servicio fúnebre— la indignación general tomó la forma de una lluvia de nueces. Finalmente, Ofelia se hallaba presa de una locura musical tan lenta que cuando, con el tiempo, llegó a quitarse su chal de muselina, a doblarlo y a enterrarlo, un huraño espectador que había estado enfriando su impaciente nariz contra una barra de hierro en la primera fila del gallinero, gruñó: «Ya está el niño en la cama. ¡Vámonos a cenar!», lo cual, por no decir otra cosa, fue una incongruencia.

Sobre mi desgraciado paisano se acumulaban todos estos incidentes con bullicioso efecto. Cada vez que aquel indeciso Príncipe tenía que hacer una pregunta o expresar una duda, el público trataba de ayudarle ofreciéndole respuestas. Por ejemplo, cuando preguntó si no había más nobleza de ánimo en el sufrimiento, algunos berrearon «sí» otros «no» y otros inclinados a ambas opiniones dijeron: «échalo a cara y cruz», y se promovió una verdadera controversia. Cuando preguntó por qué individuos como él tenían que arrastrarse entre el cielo y la tierra, le animaron con grandes gritos de «¡oigan, oigan!». Cuando apareció con una media desarreglada (desorden expresado, conforme al uso, por un pliegue muy bien hecho en la parte superior, y que siempre me ha parecido hecho con plancha), se entabló en el gallinero una conversación acerca de la palidez de la pierna y de si ésta se debía al susto que le había dado el fantasma. Al tomar la flauta dulce —muy parecida a una flautita negra que acababan de tocar en la orquesta y le habían alcanzado desde la puerta—, le gritaron al unísono que tocase el *Rule Britannia*. Cuando recomendó al músico que no aserrara de aquel modo la canción, el hombre huraño dijo: «Y tú tampoco; ¡eres mucho peor que él!». Y siento tener que decir que en cada una de estas ocasiones el señor Wopsle era saludado con grandes carcajadas.

Pero la prueba más dura para él fue en el cementerio, el cual tenía la apariencia de una selva virgen, con una especie de pequeño lavadero eclesiástico

a un lado y una barrera de peazgo en el otro. Al ver entrar por la barrera al señor Wopsle envuelto en una amplia capa negra, el sepulturero le advirtió amistosamente: «¡Cuidado! ¡Ahí viene el empresario de pompas fúnebres a vigilar tu trabajo!». Supongo que es bien sabido en un país constitucional que el señor Wopsle no podía en modo alguno haber devuelto la calavera, después de moralizar acerca de ella, sin limpiarse los dedos en una blanca servilleta que se sacó del pecho, pero ni siquiera esta inocente e indispensable acción pudo pasar sin el comentario: «¡Camarero!». La llegada del cadáver para su entierro, en una negra caja vacía con la tapadera a medio caer, fue la señal para un regocijo general que subió de punto en punto al ser descubierto entre los portadores un individuo conocido del público. El regocijo acompañó al señor Wopsle durante su lucha con Laertes, en el borde del escenario y de la tumba, y no cedió hasta que hubo arrojado al rey de su mesa-cocina y se hubo muerto, pulgada a pulgada, empezando por los tobillos y acabando por la cabeza.

Nosotros hicimos al principio unos débiles esfuerzos para aplaudir al señor Wopsle; pero resultaron demasiado vanos para que valiera la pena insistir. Así, permanecimos callados vivamente condolidos por lo que le ocurría, pero riéndonos, sin embargo, con toda el alma. Yo estuve todo el rato riéndome, a pesar mío, tan cómico resultaba todo; y, no obstante, tenía una vaga impresión de que había algo positivamente bello en la alocución del señor Wopsle, y no a causa de antiguos recuerdos, me figuro, sino porque era muy lenta, muy lúgubre, muy llena de subidas y bajadas de tono, y muy distinta en todos los sentidos al modo de expresarse de cualquier hombre en cualquier circunstancia natural de vida o muerte, acerca de cualquier asunto. Al terminar la tragedia y después de que le hubieran llamado a la escena para darle una réplica, le dije a Herbert:

—Vámonos en seguida, o de lo contrario nos exponemos a encontrárnoslo.

Bajamos las escaleras lo más deprisa que pudimos, pero no fuimos lo bastante rápidos. En la puerta aguardaba un hombre con cara de judío y unas cejas monstruosamente negras, que me clavó la mirada al vernos venir y que, al tenernos junto a él, dijo:

—¿El señor Pip y su amigo?

Tuvimos que confesar que se trataba de nosotros.

—El señor Waldengarver —dijo el hombre— quisiera tener el honor…

—¿Waldengarver? —repetí; pero Herbert me murmuró al oído: «Probablemente, Wopsle»—. ¡Oh! —dije yo—. Sí. ¿Tenemos que ir con usted?

—Unos pasos, hagan el favor. —Cuando estuvimos en un pasadizo lateral, se

volvió y nos preguntó—: ¿Qué les ha parecido su aspecto? Le he vestido yo.

Yo no sabía qué decir de su aspecto, sino que me parecía muy fúnebre y que la adición de un gran sol o estrella danesa colgada de su cuello por una cinta azul le daba la apariencia de estar asegurado en alguna singular compañía contra incendios. Pero dije que me había parecido muy bien.

—En la escena de la sepultura lució magníficamente su capa. Pero, juzgando desde entre bastidores, me pareció que cuando vio al fantasma en la habitación de la reina, podía haber sacado mejor partido de sus medias.

Asentí modestamente, y los tres entramos por una sucia puertecilla de muelles a una especie de caja de embalaje que había detrás. Allí estaba el señor Wopsle despojándose de sus atavíos daneses, en un espacio tan reducido que sólo manteniendo abierta la puerta o tapa de la caja alcanzábamos a poder mirarle, uno por encima del hombro del otro.

—Caballeros —dijo el señor Wopsle—, estoy orgulloso de verlos. Espero, señor Pip, que me perdonará usted por haberle hecho llamar. Tuve la dicha de conocerle en otros tiempos, y el Drama ha tenido siempre privilegios que son reconocidos hasta por los más nobles y opulentos.

Entretanto, el señor Waldengarver, sudando terriblemente, hacía esfuerzos para desprenderse de sus principescos lutos.

—Quítese las medias con cuidado, señor Waldengarver —dijo su propietario —, o las va a reventar, y con ellas reventará treinta y cinco chelines. Nunca se obsequió a Shakespeare con un par como éste. Estése ahora quieto en su silla, y déjeme hacer a mí.

Con esto, se arrodilló y se puso a despellejar a su víctima, quien, al salir la primera media, se habría caído de espaldas con silla y todo si hubiera habido espacio para que se cayera nadie.

Hasta entonces yo no había osado hablar de la representación. Pero en aquel momento el señor Waldengarver nos miró complacido y dijo:

—Caballeros, ¿qué les ha parecido la función?

Herbert dijo desde detrás (dándome al mismo tiempo con el codo):

—De primera.

Yo dije también:

—De primera.

—¿Qué les pareció mi interpretación del personaje? —dijo el señor Waldengarver, en un tono poco menos que protector.

Herbert dijo desde detrás (volviendo a darme con el codo):

—Sólida y precisa.

—Eso es —dije yo descaradamente, como si se me hubiera ocurrido a mí y debiera insistir en ello—: Sólida y precisa.

—Me alegro de merecer su aprobación, caballeros —dijo el señor Waldengarver, con aire de dignidad, a pesar de estar todo el rato apretado contra la pared y agarrado al asiento de la silla.

—Pero le diré una cosa, señor Waldengarver —dijo el hombre arrodillado—, en que desmerece su trabajo. ¡Óigalo bien! No me importa quién opine lo contrario; yo se lo digo. Su interpretación de Hamlet desmerece cuando deja usted ver sus piernas de perfil. El último Hamlet que vestí cometía la misma equivocación en el ensayo, hasta que le convencí de ponerse una gran oblea encarnada en cada espinilla, y entonces en el ensayo (que fue el último) me puse frente al escenario, señor, en el fondo del patio y cada vez que él se ponía de perfil, yo le gritaba: «¡No veo las obleas!», y por la noche su representación fue maravillosa.

El señor Waldengarver me sonrió, como diciendo: «Es un fiel servidor, no hago caso de sus simplezas»; y después dijo en voz alta:

—Mi concepto es un poco clásico y demasiado profundo para esta gente; pero ya se irán educando, ya se irán educando.

Herbert y yo dijimos a la vez:

—Oh, sin duda que se irán educando.

—¿Han observado, caballeros —dijo el señor Waldengarver—, que había un hombre en el gallinero que trataba de hacer chacota del servicio… quiero decir, de la representación?

Respondimos servilmente que teníamos idea de haber observado un hombre así. Yo añadí:

—Seguramente estaría borracho.

—Oh, no, querido señor —dijo el señor Wopsle—. No estaba borracho. Ya cuidaría quien lo paga. No le permitiría emborracharse.

—¿Conoce usted al que lo paga? —le pregunté.

El señor Wopsle cerró los ojos y los volvió a abrir, ejecutando ambas ceremonias con gran lentitud.

—Deben de haber observado ustedes —dijo— un asno ignorante y vocinglero, con voz de carraca y expresión de baja malignidad, que tenía a su cargo (no quiero decir que lo representara) el *rôle* (si se me permite emplear una

expresión francesa) de Claudio, rey de Dinamarca. Éste es quien le paga, señores. ¡Así está la profesión!

Sin saber claramente si me habría dado más pena el señor Wopsle en el caso de verle desesperado, me daba tanta tal como le veía que aproveché una ocasión en que se volvió de espaldas para que le pusieran los tirantes —lo cual nos obligó a salir a la puerta— para preguntar a Herbert qué le parecía si le invitábamos a cenar. Herbert dijo que le parecía muy bien; por lo tanto, invité al señor Wopsle, que vino a Barnard's con nosotros embozado hasta los ojos, e hicimos en su obsequio todo lo que pudimos, y él se quedó hasta las doce de la noche, pasando revista a sus éxitos y desarrollando sus planes. He olvidado cuáles eran éstos en detalle, pero recuerdo que en resumen empezaría por resucitar el Drama y acabaría aplastándolo; tanto más por cuanto la muerte del señor Wopsle lo dejaría completamente huérfano y sin esperanza alguna.

Después de todo esto, me fui tristemente a la cama y tristemente soñé que mis perspectivas habían desaparecido, y que tenía que casarme con la Clara de Herbert, o representar el papel de Hamlet con el espectro de la señorita Havisham, ante veinte mil personas, sin saber veinte palabras de él.

CAPÍTULO XXXII

Un día, estando ocupado con mis libros y con el señor Pocket, recibí por el correo un billete cuyo mero aspecto me llenó de agitación; porque, aunque nunca había visto la letra en que estaba escrito, adiviné de quién era. No llevaba ninguno de los principios de rigor, como «Querido señor Pip», o «Querido Pip», o «Querido señor», o «Querido nada», sino que decía así:

> Voy a ir a Londres pasado mañana en la diligencia del mediodía. Creo que quedó convenido que me irías a esperar. Por lo menos la señorita Havisham tiene esta impresión, y yo escribo en obediencia a ello. Ella te manda sus saludos.
>
> Tu afectísima,
> ESTELLA

Si hubiera habido tiempo, probablemente me habría encargado varios trajes para aquella ocasión; pero como no lo había, tuve que contentarme con los que tenía. Perdí instantáneamente el apetito, y no tuve paz ni sosiego hasta que llegó el día. No es que su llegada me trajese la una ni el otro, porque entonces estuve peor que nunca y empecé a rondar el despacho de las diligencias de Woodstreet, en Creapside, antes de que la diligencia hubiera salido del Jabalí Azul de nuestra villa. A pesar de saber esto perfectamente, no podía sentirme tranquilo si perdía de vista el despacho por más de cinco minutos seguidos; y en esta condición irrazonable había pasado la primera media hora de una espera de cuatro cuando tropecé con el señor Wemmick.

—Hola, señor Pip —dijo—. ¿Cómo está usted? Jamás habría pensado verle rondar por ahí.

Le expliqué que estaba esperando a alguien que debía llegar en la diligencia, y le pregunté por el castillo y el anciano.

—Ambos prosperando, gracias —dijo Wemmick—, y especialmente el Anciano. Está hecho un brazo de mar. Pronto cumplirá ochenta y dos años. Me gustaría disparar ochenta y dos cañonazos, si el vecindario no hubiera de quejarse, y aquel cañón mío fuese capaz de resistirlo. Pero ésta no es conversación propia de Londres. ¿Adónde cree usted que voy?

—¿A la oficina? —dije yo, porque parecía ir en aquella dirección.

—Cerca de allí —respondió Wemmick—, voy a Newgate. Tenemos un caso de robo a unos banqueros, y vengo de dar un vistazo al lugar del suceso. Ahora he de cambiar unas palabras con nuestro cliente.

—¿Es su cliente quien cometió el robo? —pregunté.

—Válgame Dios, no —respondió secamente Wemmick—. Pero le acusan de ello. Lo mismo nos podría ocurrir a usted o a mí. Cualquiera de los dos podríamos ser acusados de ello.

—Sólo que ninguno de los dos lo está —observé yo.

—¡Ya! —dijo Wemmick, tocándome el pecho con el índice—. ¡Qué listo es usted, señor Pip! ¿Le gustaría echar una ojeada a Newgate? ¿Le queda tiempo para ello?

Me quedaba tanto tiempo que la proposición me vino como un alivio, a pesar de su incompatibilidad con mi latente deseo de no perder de vista el despacho de la diligencia. Murmurando que iba a informarme de si tenía tiempo de ir con él, entré en el despacho y me aseguré por el empleado, con la mayor exactitud y precisión y poniendo duramente a prueba su paciencia, de a partir de qué momento podía esperarse la llegada del coche, lo cual de antemano sabía yo tan bien como él. Entonces volví a reunirme con el señor Wemmick, y fingiendo consultar el reloj y estar sorprendido por la información recibida, acepté su ofrecimiento.

En pocos minutos llegamos a Newgate, y pasamos atravesando la portería, donde había unos grilletes colgados en las paredes desnudas entre los reglamentos de la cárcel, al interior de ésta. En aquel tiempo, las cárceles estaban muy descuidadas, y el período de exagerada reacción que sigue a todos los errores públicos —y que siempre es su castigo más pesado y duradero— aún estaba lejos. Así, los malhechores no estaban mejor alojados y alimentados que los soldados (por no hablar de los pobres), y raramente incendiaban sus cárceles con el disculpable objeto de mejorar el sabor de su sopa. Era hora de visita

cuando Wemmick me llevó allí; y un cantinero iba de un lado para otro vendiendo cerveza, y los presos hablaban con sus amigos, todo lo cual componía una escena sórdida, repulsiva, tumultuosa y deprimente.

Se me ocurrió que Wemmick paseaba entre los presos como un jardinero podía haber paseado entre sus plantas. Lo primero que me hizo pensar en ello fue ver cómo descubría un retoño que había brotado durante la noche y le decía: «¡Hombre, capitán Tom! ¿Usted aquí? ¡Realmente!», y luego: «¿No es Black Bill el de detrás de la cisterna? No esperaba verle a usted estos dos últimos meses; ¿cómo se encuentra?». Y al detenerse en las rejas oyendo a los que hablaban ansiosamente en voz baja —siempre a solas—, Wemmick, con su buzón en estado de inmovilidad, no dejaba de mirarlos todo el rato como si estuviera tomando buena nota del progreso que habían hecho desde la última vez que los había visto, con vistas a su aparición en plena florescencia en el acto del juicio.

Era muy popular, y comprendí que se encargaba de la parte familiar de los asuntos del señor Jaggers, si bien algo de la majestad del señor Jaggers le rodeaba, vedando la intimidad más allá de ciertos límites. El reconocimiento sucesivo de cada uno de sus clientes se traducía en un movimiento de cabeza, y en el gesto de echarse un poco más atrás el sombrero con ambas manos, y luego cerrar el buzón y meterse las manos en los bolsillos. En uno o dos casos hubo una dificultad respecto al cobro de los honorarios, y entonces el señor Wemmick, retrocediendo cuanto le era posible ante la insuficiente cantidad que le ofrecían, decía:

—Es inútil, amigo. Yo no soy más que un subordinado. No lo puedo coger. No prosiga así con un subordinado. Si no puede reunir su dinero, valdrá más que se dirija a un principal; en la profesión sobran los principales, ¿sabe usted?, y lo que para uno no es bastante puede ser suficiente para otro; esto es lo que le recomiendo, hablando como subordinado. No se esfuerce inútilmente. ¡Para qué! ¡Vamos! ¿A quién le toca?

Así nos paseamos por el invernáculo del señor Wemmick, hasta que éste se volvió hacia mí y dijo: «Fijese en el hombre a quién voy a dar la mano». Me habría fijado incluso sin esta advertencia, porque aún no había dado la mano a nadie.

Casi al mismo instante, un hombre erguido y majestuoso (a quien me parece estar viendo mientras escribo), con un raído frac de color verde oliva, una palidez especial difundida por la rubicundez de su semblante y, en sus ojos, una

mirada que persistía en ser vaga aun cuando él intentaba fijarla, se acercó a un ángulo de la reja y, llevándose la mano al sombrero —tan mugriento que parecía una capa de gelatina—, nos hizo un saludo militar entre serio y jocoso.

—¡Salud, coronel! —dijo Wemmick—. ¿Cómo está usted, coronel?

—Muy bien, señor Wemmick.

—Se hizo todo lo que se pudo, pero la prueba fue abrumadora, coronel.

—Sí, fue abrumadora, señor; pero a mí no me importa.

—No, no —dijo fríamente Wemmick—, a *usted* no le importa. —Luego volviéndose hacia mí—: Este hombre ha servido a Su Majestad. Estuvo en el frente y compró su licencia.

Yo dije: «¿De veras?» y el hombre me miró, miró por encima de mi cabeza, miró a mi alrededor, y luego se pasó la mano por los labios y se rió.

—Creo que saldré de esto el lunes, señor —dijo dirigiéndose a Wemmick.

—Quizá —respondió mi amigo—, pero no es seguro.

—Me alegro de haber tenido ocasión de decirle adiós, señor Wemmick —dijo el hombre, alargando la mano por entre dos barrotes.

—Gracias —respondió Wemmick, estrechándola—. Lo mismo le digo, coronel.

—Si lo que llevaba encima cuando me prendieron hubiera sido legítimo, señor Wemmick —dijo el hombre sin acabar de soltarle la mano—, le habría pedido el favor de que se pusiera otro anillo, en agradecimiento a sus atenciones.

—Se estima la intención —dijo Wemmick—. Por cierto, que usted era aficionado a la cría de palomas. —El hombre levantó los ojos al cielo—. Me han dicho que cría usted una hermosa raza de volteadoras. ¿Podría usted encargar a algún amigo suyo que me trajese una pareja, si no las necesita por ahora?

—Se hará, señor.

—Muy bien —dijo Wemmick—. Se cuidará de ellas. Buenas tardes, coronel. ¡Adiós! —Volvieron a estrecharse las manos, y mientras nos alejábamos, Wemmick me dijo—: Un monedero falso de los más hábiles. Hoy se ha hecho la comunicación de la sentencia y con toda seguridad será ejecutado el lunes. De todos modos, como usted ve, hasta cierto punto, un par de palomas son bienes, y transportables. —Con esto se volvió a hacer un movimiento de cabeza a su planta muerta, y luego miró a su alrededor, al salir del patio, como si estudiara qué otra maceta estaría mejor en su lugar.

Al salir de la cárcel por la portería, descubrí que la gran importancia de mi tutor no era menos apreciada por los carceleros que por aquellos a quienes

custodiaban.

—Bien, señor Wemmick —dijo el carcelero, que nos hizo aguardar ante las dos puertas claveteadas y enrejadas, cerrando cuidadosamente una antes de abrir la otra—. ¿Qué va a hacer el señor Jaggers con aquel asesinato de Waterside? ¿Lo va a convertir en homicidio o qué?

—¿Por qué no se lo pregunta? —respondió Wemmick.

—¡Oh, sí, pronto lo dice usted! —dijo el carcelero.

—Vea usted cómo es esta gente, señor Pip —observó Wemmick, volviéndose a mí con el buzón alargado—. No tienen reparo en preguntarme a mí, que soy el subordinado, pero nunca los verá usted hacer preguntas a mi principal.

—Este joven caballero, ¿es uno de los aprendices o pasantes de su despacho? —preguntó el carcelero, correspondiendo con una sonrisa al humor del señor Wemmick.

—¡Vuelta otra vez! —exclamó el señor Wemmick—. ¿No se lo dije? Y suponiendo que el señor Pip sea uno de ellos, ¿qué?

—Pues que entonces —dijo el carcelero con otra sonrisa— sabrá qué clase de persona es el señor Jaggers.

—¡Vamos! —exclamó el señor Wemmick dando de súbito un golpecito juguetón al carcelero—, ya sabe usted que cuando tiene que habérselas con mi principal se queda más mudo que sus mismas llaves. ¡Venga!, ábranos usted, viejo zorro, o de lo contrario haré que le ponga una querella por detención ilegal.

El carcelero se rió, nos dio los buenos días y siguió riendo y mirándonos por el ventanillo mientras bajábamos los escalones que conducían a la calle.

—Mire usted, señor Pip —dijo Wemmick, hablándome al oído con gravedad mientras me tomaba el brazo confidencialmente—. No creo que el señor Jaggers pueda hacer nada mejor que mantenerse de este modo en las alturas. Siempre está en las alturas. Su constante distanciamiento forma parte de sus inmensas facultades. Ese coronel no se habría atrevido a despedirse de él, así como ese carcelero no se habría atrevido a preguntarle cuáles eran sus intenciones en lo relativo a su caso. Luego, entre su altura y ellos, desliza a su subordinado, ¿comprende usted?, y así los tiene en su poder, en alma y cuerpo.

Quedé muy impresionado, y no por primera vez, por la sutileza de mi tutor. A decir verdad, deseaba cordialmente, y no por primera vez, haber podido tener otro tutor de más modestas facultades.

Me separé del señor Wemmick en la oficina de Little Britain, junto a la cual, como de costumbre, aguardaban algunos aspirantes a la atención de Jaggers, y

volví a apostarme cerca del despacho de diligencias, con unas tres horas por delante. Consumí todo ese tiempo pensando en cuán extraño era que yo tuviera que verme rodeado por este hálito de cárcel y de crimen; que de niño, en nuestros marjales, una tarde de invierno lo hubiera conocido por primera vez y que tuviera que reaparecer dos veces, destacado como una mancha debilitada, pero no desvanecida; que bajo esta nueva forma impregnara mi fortuna y mi encumbramiento. Con el espíritu así ocupado, me imaginaba a la joven y hermosa Estella, orgullosa y refinada, viniendo hacia mí, y pensaba con horror en el contraste que ofrecía con la cárcel. Habría querido que Wemmick no me hubiera encontrado o que yo no hubiera accedido a ir con él, para que no me olieran a Newgate, precisamente aquel día ni las ropas ni el aliento. Mientras paseaba, traté de sacudirme del calzado y de los vestidos el polvo de la cárcel, y hasta de expulsar su aire de mis pulmones. Tan contaminado me sentía, recordando a quién esperaba, que al fin llegó el coche puntualmente, y no me había liberado todavía del mancillador recuerdo del invernáculo del señor Wemmick, cuando vi a Estella asomada a la ventanilla y saludándome con la mano.

¿Qué *era* aquella sombra sin nombre que una vez más había pasado en aquel instante?

CAPÍTULO XXXIII

Con su vestido de viaje ornado de pieles, Estella aparecía más delicadamente hermosa de lo que nunca habría aparecido ni siquiera a mis propios ojos. Estuvo conmigo más seductora de lo que nunca se había permitido, y yo creí ver en este cambio la influencia de la señorita Havisham.

Permanecimos en el patio del parador mientras me indicaba cuál era su equipaje, y una vez estuvo todo recogido, recordé —pues entretanto me había olvidado de todo lo que no fuese ella— que no tenía ni idea de cuál era su destino.

—Voy a Richmond —me dijo—. Nuestras instrucciones son que hay dos Richmond, uno en Surrey y otro en Yorkshire, y que el mío es el Richmond de Surrey. La distancia es de diez millas. Yo he de disponer de un carruaje y tú me acompañarás. Aquí está mi dinero, y tú pagarás de él mis gastos. ¡Oh, tienes que tomar el dinero! No tenemos otro remedio que obedecer las instrucciones. No podemos obrar a nuestro antojo, tú y yo.

Mientras me miraba al darme el dinero, concebí la esperanza de que hubiera una segunda intención en sus palabras. Las pronunció con desdén, pero no con desagrado.

—Habrá que aguardar la llegada del carruaje, Estella. ¿Quieres esperar un poco aquí?

—Sí, he de descansar un poco, y he de tomar el té, y tú entretanto has de cuidar de mí.

Cogió mi brazo, como si fuese cosa obligada, y yo llamé a un camarero que había estado contemplando la diligencia como si nunca hubiera visto otra en su vida, para que nos llevara a un saloncito particular. A lo cual, él sacó una

servilleta, como si fuera una llave mágica sin la cual no podía hallar su camino, y nos condujo a un negro cuchitril guarnecido con un espejo de disminución —cosa completamente superflua, dado lo reducido del aposento—, una salsera con anchoas y unos zuecos de no sé quién. Como yo pusiera reparos a aquel retiro, nos condujo a otra estancia donde había una mesa para treinta, y en la parrilla del hogar una hoja de cartapacio a medio quemar bajo un montón de ceniza. Después de mirar aquel fuego apagado y menear la cabeza, recibió mi encargo, el cual, resultando no ser nada más que «té para la señorita», le hizo salir en un estado de gran abatimiento.

Comprendía, y comprendo muy bien, que el aire de aquella sala, con su fuerte combinación de olor a cuadra y a sopa trasnochada, podía haber hecho pensar que el ramo de los transportes no marchaba bien, y que el emprendedor propietario estaba guisando los caballos para servicio del ramo de hostelería. No obstante, esa habitación era todo en el mundo para mí, estando Estella en ella. Pensé que con ella podía haber sido feliz allí, toda la vida. (Obsérvese que yo no era feliz allí entonces, y lo sabía muy bien).

—¿Y dónde vas a vivir, en Richmond? —pregunté a Estella.

—Voy a vivir, dispendiosamente —dijo—, en casa de una señora que puede, o dice que puede, presentarme en la buena sociedad.

—Supongo que estarás contenta de la novedad y de verte admirada.

—Supongo que sí.

Respondió con tanto despego que le dije:

—Hablas de ti misma como si hablaras de otra persona.

—Y ¿cómo sabes de qué manera hablo de los demás? Vamos, vamos —dijo Estella sonriendo deliciosamente—, no quieras darme lecciones; déjame hablar a mi modo. ¿Cómo te va con el señor Pocket?

—Vivo allí agradablemente; por lo menos… —Me pareció que estaba perdiendo una ocasión.

—¿Por lo menos, qué? —repitió Estella.

—Tan agradablemente como puedo vivir estando lejos de ti.

—No seas bobo —dijo Estella sosegadamente—. ¿Por qué dices estas tonterías? Tengo entendido que tu amigo Matthew es superior al resto de la familia.

—Muy superior. No es enemigo de nadie…

—No añadas «más que de sí mismo» —interpuso Estella— porque detesto a esta clase de hombres. Pero ¿es cierto, como he oído decir, que es realmente

desinteresado y está por encima de pequeñas envidias y despechos?

—Tengo todos los motivos para decirlo así.

—Pues no los tienes para decirlo de todo el resto de la parentela —dijo, mirándome con una expresión a la vez seria y burlona—, porque asedian a la señorita Havisham con toda clase de chismes e insinuaciones contra ti. Te vigilan, interpretan torcidamente cuanto haces, escriben cartas a propósito de ti (anónimas a veces) y eres el tormento y la ocupación de sus vidas. Apenas puedes tener idea del odio que esta gente siente por ti.

—Supongo que no me causan ningún perjuicio… —dije.

En vez de responder, Estella se echó a reír. Esto resultaba muy singular para mí, y yo la contemplaba lleno de confusión.

Cuando terminó de reírse —y no lo había hecho lánguidamente, sino con verdadero gusto— dije en el tono apocado que usaba con ella:

—Quiero creer que esto no te divertiría tanto si me perjudicaran.

—No; puedes estar seguro —dijo ella—. Puedes estar seguro de que me río porque fracasan. ¡Oh, esta gente que rodea a la señorita Havisham! ¡Qué torturas padece! —Se volvió a reír, y aun cuando me había explicado el porqué, su risa me resultaba muy singular, porque no podía dudar de que fuese sincera, y no obstante me parecía excesiva para la ocasión. Pensé que debía de haber algo más de lo que yo sabía. Estella adivinó mi pensamiento y respondió a él.

—No es fácil, ni siquiera para ti —dijo—, comprender la satisfacción que me causa ver contrariada a esa gente, ni lo que llega a divertirme ver cómo se ponen en ridículo. Porque tú no has sido criado en aquella extraña casa desde que no eras más que un bebé. Y yo sí. Tú no has visto aguzados tus sentidos infantiles por sus intrigas mientras te sentías cohibido e indefenso contra la máscara de la simpatía, de la compasión, de todo lo dulce y acariciador. Y yo sí. Tú no has ido abriendo poco a poco tus redondos ojos infantiles a la realidad de aquella impostora de mujer que especula sobre sus reservas de tranquilidad de espíritu para cuando despierta por la noche… Yo, sí.

No era cosa de risa, ahora, para Estella, ni eran éstos para ella recuerdos superficiales. Ni a cambio de todas mis perspectivas reunidas habría querido ser la causa de la mirada que centelleaba en sus ojos.

—Dos cosas puedo decirte —dijo Estella—. Primero, que no obstante lo que dice el proverbio de que la gota de agua llega a horadar la piedra, puedes estar tranquilo porque esa gente nunca, ni en cien años, podrían perjudicarte ni poco ni mucho en el ánimo de la señorita Havisham. En segundo lugar, que yo te

estoy reconocida por ser la causa de que ellos se esfuercen en vano con sus entrometimientos y ruindades, y en señal de ello ahí va mi mano.

Al dármela, con aire jocoso, porque su arrechucho de seriedad sólo había sido momentáneo, yo la cogí y la llevé a los labios.

—¡Muchacho ridículo! —dijo Estella—, ¿no te darás nunca por advertido? ¿O es que besas mi mano con el mismo espíritu con que te dejé un día que besaras mi mejilla?

—¿Cuál fue ese espíritu? —dije yo.

—Déjame pensar un momento. Un espíritu de desprecio por todos los aduladores e intrigantes.

—¿Si digo que sí, puedo volver a besarte en la mejilla?

—Debías haberlo preguntado antes de tocar mi mano. Pero, sí, si quieres.

Me incliné y su rostro tranquilo parecía el de una estatua.

—Ahora —dijo Estella, apartándose al instante en que toqué su mejilla— has de cuidar de que yo tome el té y luego me has de conducir a Richmond.

Su vuelta a este tono, como si nuestra asociación nos fuese impuesta y nosotros fuéramos unos simples muñecos, me apenó; pero todo en nuestro trato me causaba pena. Cualquiera que fuese el tono que empleara conmigo, yo no podía confiar en él, ni fundar en él ninguna esperanza. ¿Por qué repetirlo mil veces? Siempre fue así.

Llamé pidiendo el té, y el camarero reapareció con su llave mágica y trajo, por pequeñas entregas, unos cincuenta accesorios de este refrigerio, pero de té, ni una gota. Vino una bandeja, tazas y platillos, platos, cuchillos y tenedores (trinchantes inclusive), cucharas de varias clases, saleros, un bollo tímido y diminuto, cubierto con toda precaución por una robusta tapadera de hierro, Moisés entre los juncos personificado por un pedacito de mantequilla medio derretida sobre un lecho de perejil, un panecillo descolorido con la cabeza empolvada, dos impresiones de las barras de las parrillas sobre pedacitos de pan cortados en triángulo, y finalmente una rechoncha urna familiar bajo cuyo peso vacilaba el camarero, que llevaba en el rostro una expresión de carga y sufrimiento. Después de una prolongada ausencia, en esta etapa del refrigerio, volvió por fin con una arquilla de precioso aspecto que contenía unas ramitas. Yo sumergí éstas en agua caliente, y así, del conjunto de todos aquellos adminículos, extraje una taza de no sé qué para Estella.

Después de pagada la cuenta, y recordar al camarero y no olvidar al mozo de mulas y tener en cuenta a la sirvienta —en una palabra: después de haber

gratificado a todo el servicio de forma que los dejó a ellos en estado de desprecio y animosidad, y el bolsillo de Estella muy aligerado—, subimos a nuestra silla de posta y emprendimos el camino. Doblando por Cheapside y subiendo ruidosamente la calle de Newgate, pronto pasamos bajo la sombra de aquellos muros de los que yo me sentía tan avergonzado.

—¿Qué sitio es éste? —me preguntó Estella.

Fingí totalmente no reconocerlo de momento, y luego se lo dije. Al ver la mirada que dirigió al edificio, y como luego volvió a entrar la cabeza murmurando: «¡Qué asco!», por nada del mundo habría confesado mi reciente visita.

—El señor Jaggers —dije, con ánimo de desviar el asunto hacia otra persona — tiene fama de conocer los secretos de esta triste mansión, mejor que nadie en Londres.

—¿De qué mansión no conocerá él los secretos? —dijo Estella en voz baja.

—Supongo que estás acostumbrada a verle a menudo.

—Estoy acostumbrada a verle a intervalos desde que tengo memoria. Pero lo mismo le conozco ahora que cuando aún no sabía hablar. ¿Qué experiencia tienes de él? ¿Cómo os lleváis?

—Desde que me he habituado a sus modales desconfiados, no nos llevamos mal.

—¿Sois íntimos?

—He comido con él en su casa.

—Me imagino —dijo Estella con un gesto de repugnancia— que debe de ser un curioso lugar.

—Es un curioso lugar.

Tendría que haber sido circunspecto y no hablar demasiado libremente de mi tutor, ni siquiera con ella; pero habría continuado haciéndolo hasta el punto de descubrir la comida en Gerard Street si en aquel instante no hubiéramos entrado de pronto en un espacio brillantemente iluminado por el gas. Mientras pasamos por él, todo me pareció encendido y animado por aquella inexplicable sensación que ya había experimentado antes; y al salir de él, quedé tan deslumbrado por un momento como si hubiera cruzado un relámpago.

Así, cambiamos de conversación y nos pusimos a hablar principalmente del camino que estábamos siguiendo, y de qué partes de Londres caían sobre este lado y cuáles sobre aquél. La gran ciudad era casi nueva para ella, me dijo, porque nunca había dejado los alrededores de la casa de la señorita Havisham

hasta que fue a Francia, y no había hecho más que atravesar Londres al ir y al volver. Le pregunté si mi tutor estaba más o menos encargado de ella mientras permaneciera aquí. A esto respondió categóricamente: «¡Dios no lo quiera!», y no dijo más.

Me era imposible dejar de ver que procuraba atraerme; que trataba de cautivarme y que me habría cautivado aunque le hubiera costado un esfuerzo. Sin embargo, esto no me hacía más feliz, porque, aun sin necesidad de adoptar aquel tono que daba a entender que todo lo hacíamos porque otros lo habían dispuesto así, yo habría sentido que tomaba mi corazón en su mano porque le daba la gana hacerlo, no porque estrujarlo y arrojarlo hubiera despertado en ella ningún tierno sentimiento.

Al pasar por Hammersmith le mostré dónde vivía el señor Matthew Pocket y dije que no caía lejos de Richmond, y que esperaba que alguna vez podría verla.

—¡Oh, sí! Tienes que verme; tienes que venir cuando te parezca conveniente; se hablará de ti a la familia; en realidad, ya se ha hablado.

Le pregunté si la familia con quien iba a vivir era numerosa.

—No; sólo hay dos personas: madre e hija. La madre, a lo que entiendo, es persona de alguna posición, aunque no le estorba un aumento en sus ingresos.

—Me extraña que la señorita Havisham haya podido volver a separarse tan pronto de ti.

—Esto forma parte de sus planes respecto a mí, Pip —dijo Estella, con un suspiro, como si estuviese fatigada—; yo he de escribirle continuamente, y verla con regularidad, y darle cuenta de cómo sigo… y de cómo siguen las joyas, porque casi todas son mías ahora.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Desde luego, lo hacía a propósito y sabiendo que yo lo atesoraría en mi corazón.

Llegamos a Richmond demasiado pronto para mí, y nuestro destino era una casa junto al Prado: una antigua y severa mansión donde más de una vez miriñaques, polvos y lunares, casacas bordadas, medias de seda, chorreras y espadines, habían tenido sus días de besamanos. Se veían aún delante de la casa algunos viejos árboles recortados en formas tan solemnes y artificiosas como los miriñaques y las pelucas y las rígidas faldas, pero la hora en que irían a ocupar su sitio en la gran procesión de los muertos no estaba ya lejos, y pronto se alinearían en ella para andar el silencioso camino de todo el resto.

Una campanilla de voz cascada —que, a no dudar, en su tiempo había a menudo anunciado: ahí está el guardainfante verde, ahí está la espada guarnecida

de brillantes, ahí están los zapatos de tacón rojo y solitario azul— sonó gravemente en el claro de luna, y dos doncellas de mejillas coloradas salieron muy agitadas a recibir a Estella. El portal absorbió pronto las maletas y Estella me ofreció la mano con una sonrisa, me dio las buenas noches y fue absorbida a su vez. Yo me quedé mirando la casa, pensando en lo feliz que sería viviendo allí con ella, y comprendiendo al mismo tiempo que nunca sería feliz con ella, sino siempre desgraciado.

Subí al carruaje para volver a Hammersmith y, si al entrar en él me dolía el corazón, más me dolió al salir. En nuestra puerta encontré a la pequeña Jane Pocket que llegaba de una pequeña fiesta escoltada por su pequeño novio; y yo envidié al pequeño novio, a pesar de que se hallaba sometido a Flopson.

El señor Pocket había salido a dar una conferencia, porque era un delicioso disertador sobre economía doméstica, y sus tratados sobre la educación de los niños y el gobierno de la servidumbre eran juzgados como los mejores libros de texto sobre la materia. Pero la señora Pocket estaba en casa, inmersa en una pequeña dificultad consistente en que el pequeño había sido provisto de un alfiletero para que se entretuviera durante la inexplicable ausencia (en compañía de un pariente que servía en la infantería) de Millers. Y se echaban en falta más agujas de las que se podían juzgar convenientes para un paciente de tan tierna edad, lo mismo en uso externo que tomadas en calidad de reconstituyente.

Siendo el señor Pocket justamente celebrado por los excelentes consejos prácticos que daba y por estar dotado de una segura y clara percepción y de un espíritu eminentemente juicioso, en la angustia de mi corazón se me había ocurrido rogarle que me hiciera el favor de aceptar mis confidencias. Pero al ver a la señora Pocket sentada leyendo su indicador de la nobleza, después de prescribir la cama como soberano remedio para el pequeño —¡bueno!—, desistí de hacerlo.

CAPÍTULO XXXIV

A medida que me había ido acostumbrando a mis expectativas, había empezado a notar insensiblemente sus efectos en mí mismo y en los que me rodeaban. Quería ocultarme su influencia sobre mi carácter, pero comprendía perfectamente que no toda era buena. Vivía en estado de permanente desasosiego por mi conducta con Joe. Mi conciencia no estaba nada tranquila con respecto a Biddy. Cuando me despertaba por la noche —como Camilla— pensaba a menudo, con cansancio de espíritu, que habría sido mejor y más feliz de no haber visto nunca el rostro de la señorita Havisham, y de haber crecido contento de poder ser el socio de Joe en la vieja y honrada herrería. Más de una vez, por la noche, sentado solo ante el fuego, pensaba que, al fin y al cabo, no había fuego como el de la fragua y la cocina de nuestro hogar.

Sin embargo, Estella era tan inseparable de toda mi inquietud y desasosiego que, en verdad, tenía mis dudas acerca de la parte que me correspondía en ello. Es decir, que, suponiendo que mis expectativas no existiesen, y no obstante tuviera a Estella para pensar, no podía estar seguro del todo de que me hubiera sentido mejor. En cambio, en lo concerniente a la influencia de mi posición sobre los demás, no tenía la misma dificultad, y así me daba cuenta —aunque vagamente, acaso— de que no era beneficiosa para nadie, y, sobre todo, de que no lo era para Herbert. Mis hábitos derrochadores arrastraban a su débil natural a gastos que no podía sufragar, corrompían la sencillez de su vida y perturbaban la paz de su espíritu con ansiedades y pesares. No me remordía haber conducido sin querer a las otras ramas de la familia Pocket a practicar las pobres artes a que se hallaban entregadas; porque tales miserias estaban en su inclinación natural y, si no las hubiera despertado yo, lo habrían hecho otros. Pero el caso de Herbert

era muy distinto, y a menudo me apenaba pensar que le había hecho un mal servicio al recargar sus mal amuebladas habitaciones de incongruente tapicería, y al poner a su disposición al Vengador del chaleco.

Así, ahora, como un medio infalible de tapar un agujero con otro mayor, empecé a contraer gran número de deudas. Apenas empezara yo, tenía que seguir Herbert, y siguió muy pronto. A indicación de Startop solicitamos nuestro ingreso en un club llamado Los Pinzones de la Enramada, una institución cuyo objeto nunca adiviné, como no fuese el de que los socios comieran dispendiosamente una vez cada quince días, se pelearan todo lo posible después de comer y empujaran a seis camareros a dormir la mona en las escaleras. Lo que sí sé es que estos satisfactorios fines sociales se lograban tan invariablemente, que Herbert y yo no pudimos suponer que se refiriera a otra cosa el primer brindis reglamentario de la sociedad al decir: «Caballeros, para que la actual promoción de buenos sentimientos continúe reinando siempre entre Los Pinzones de la Enramada».

Los Pinzones tiraban el dinero locamente (el hotel donde comíamos estaba en Covent-Garden), y el primer Pinzón que vi, cuando tuve el honor de entrar en la Enramada, fue Bentley Drummle, que a la sazón iba de un lado para otro en un coche de su propiedad, causando grandes desperfectos en los postes de las esquinas. De vez en cuando salía despedido de su carruaje con la cabeza por delante, y una vez le vi depositado de esta involuntaria manera, cual un saco de carbón, en la puerta de la Enramada. Pero en eso me anticipo un poco, porque yo no era un Pinzón, ni podía serlo, según las sagradas leyes de la sociedad, hasta alcanzar la mayoría de edad.

Confiando en mis propios recursos, habría querido tomar a mi cargo los gastos de Herbert, pero éste tenía su dignidad, y yo no podía ni siquiera proponérselo. Así pues, fue metiéndose en toda clase de dificultades, y siguió estando a la mira. Cuando, poco a poco, fuimos adquiriendo el hábito de trasnochar, observé que Herbert miraba con ojos de desaliento a la hora del desayuno; que empezaba a estar con mejores ánimos hacia el mediodía; que al venir a comer volvía a estar abatido; que después de haber comido parecía divisar el Capital en lontananza con bastante claridad; que lo tenía casi por suyo a media noche; y que a eso de las dos de la madrugada volvía a sentirse tan desalentado que hablaba de comprarse un rifle e irse a América, con la idea de obligar a los búfalos a hacer su fortuna.

Normalmente yo pasaba la mitad de la semana en Hammersmith, y entonces

hacía frecuentes visitas a Richmond; pero de esto se hablará luego por separado. Herbert iba a menudo a Hammersmith estando yo allí, y pienso que en estas ocasiones su padre tenía alguna vez un pequeño vislumbre de que la oportunidad que su hijo estaba aguardando no se había presentado todavía. Pero, en el general desorden de la familia, la cuestión de sus progresos en la vida era algo que debía resolverse por sí mismo. Entretanto, el señor Pocket iba encaneciendo cada vez más y tratando más a menudo de levantarse por los cabellos como un medio de salir de sus confusiones; mientras, su esposa hacía tropezar a toda la familia con su taburete, leía su libro de la nobleza, perdía su pañuelo, nos hablaba de su abuelo y mandaba a los pequeños a la cama así que alguno de ellos atraía su atención.

Como ahora estoy generalizando un período de mi vida con el objeto de allanarme el camino que he de recorrer, no creo poder hacer nada mejor que completar la descripción de nuestros usos y costumbres en Barnard’s Jun.

Gastábamos tanto dinero como podíamos, y obteníamos por él tan poco como la gente quería darnos. Siempre nos sentíamos más o menos desdichados y la mayor parte de nuestros conocidos se hallaban en idéntica condición. Sosteníamos entre nosotros la alegre ficción de que nos divertíamos constantemente, pero la pura verdad es que nunca lo hacíamos. Por lo que sé, nuestro caso era, en este último aspecto, bastante frecuente.

Cada mañana, siempre con nuevo talante, Herbert iba a la City a ponerse en marcha. A menudo yo le visitaba en el oscuro aposento donde le acompañaban un tintero, una percha, un cubo para el carbón, una caja de cordel, un almanaque, un pupitre con su taburete y una regla. No recuerdo haberle visto hacer nunca otra cosa que estar allí. Si todos nosotros hiciéramos lo que nos proponemos con la misma fidelidad que lo hacía Herbert, viviríamos en una República de las Virtudes. No tenía otro quehacer, pobre muchacho, fuera de «ir a Lloyd’s» a cierta hora de la tarde para cumplir, creo yo, con el rito de ver a su principal. Que yo pudiera descubrir, no hacía nada más en Lloyd’s, excepto volver otra vez a la oficina. Cuando creía que su situación era excepcionalmente grave y que, positivamente, tenía que dar con una oportunidad, se iba a la Bolsa a la hora de sesión y entraba y salía haciendo una especie de sombría figura de contradanza entre los magnates reunidos.

—Porque —me decía Herbert al llegar a casa a la hora de comer, en una de estas especiales ocasiones— la verdad es, Händel, que la oportunidad no viene a buscarle a uno, sino que uno debe ir a buscarla; eso es lo que he hecho yo.

Si nos hubiéramos tenido menos afecto, creo que nos habríamos odiado regularmente todas las mañanas. En aquellas horas de arrepentimiento, yo detestaba nuestras habitaciones más de lo que decirse pueda, y no podía soportar la vista de la librea del Vengador, la cual tenía entonces un aspecto más costoso y menos remunerativo que en cualquier otra de las veinticuatro horas del día. A medida que íbamos aumentando nuestras deudas, el desayuno fue convirtiéndose cada vez más en un mero formulismo, y, en una ocasión, viéndome amenazado (por carta) a esa hora con procedimientos legales, «no del todo extraños», como habría dicho mi periódico local, «a cierta adquisición de joyas», llegué a coger al Vengador por su cuello azul y a levantarle en vilo —de manera que quedó en el aire, como un Cupido con botas— porque dio por supuesto que nos hacía falta un panecillo.

En ciertos momentos —o sea, en momentos inciertos, porque dependían de nuestro humor—, le decía a Herbert como si fuera un notable descubrimiento:

—Querido Herbert, vamos por mal camino.

—Querido Händel —me decía él, con toda sinceridad—, tú no lo creerás, pero por extraña coincidencia estaba a punto de decir lo mismo.

—Entonces, Herbert —respondía yo—, vamos a ver cómo están nuestros asuntos.

Siempre hallábamos una profunda satisfacción en hacer un señalamiento para este objeto. Yo siempre pensaba que esto era lo práctico, que éste era el modo de afrontar la cosa, que éste era el modo de coger el toro por los cuernos. Y sé que Herbert pensaba lo mismo.

Encargábamos algo especial para la comida, con una botella de algo igualmente apto para fortalecer nuestras mentes y ponerlas a la altura de la tarea. Después de comer, tomábamos un manojo de plumas, una abundante provisión de tinta y un buen paquete de papel secante y de escribir. Porque había algo muy alentador en disponer de aquella abundancia de material de escritorio.

Luego yo tomaba una hoja de papel y escribía en cabecera con una hermosa letra el título: «Nota de las deudas de Pip», añadiendo cuidadosamente Barnard’s Jun y la fecha. Herbert tomaba también una hoja de papel y escribía con las mismas formalidades: «Nota de las deudas de Herbert».

Cada uno de nosotros se ponía entonces a consultar un confuso montón de papeles, que hasta el momento habían estado tirados de cualquier modo por los cajones, arrugados en rincones de los bolsillos, medio quemados para encender las velas, metidos durante semanas enteras en el marco de los espejos, y

estropeados de muchas otras maneras. El chirrido de nuestras plumas al correr sobre el papel nos animaba sobremanera, hasta tal punto que a veces me resultaba difícil distinguir entre este edificante proceder y el pago real y verdadero de las cuentas. Como acción meritoria ambas cosas parecían tener idéntico valor.

Después de escribir algún rato, yo solía preguntarle a Herbert cómo le iba. Herbert probablemente se había estado rascando la cabeza con aire desconsolado a la vista de las cantidades que se iban acumulando.

—Esto va subiendo, Händel —decía Herbert—; a fe mía, esto va subiendo.

—Sé firme, Herbert —respondía yo, esgrimiendo mi propia pluma con gran aplicación—. Mira las cosas de frente. Examina sin miedo tus asuntos. Míralos de hito en hito.

—Eso quisiera hacer, Händel, pero son ellos los que me miran de hito en hito.

No obstante, mis maneras resueltas producían su efecto y Herbert se aplicaba de nuevo a su labor. Al cabo de un rato volvía a abandonarla, con la excusa de que le faltaba la factura de Cobb’s o de Lobb’s o de Nobb’s, o del que fuese.

—Pues bien, Herbert, haz un cálculo; ponla en cifras redondas y hazla entrar en la cuenta.

—¡Qué hombre de recursos eres! —respondía mi amigo con admiración—. Realmente, tus facultades comerciales son muy notables.

Yo lo pensaba así también. En tales ocasiones me daba a mí mismo la reputación de un hombre de negocios de primera magnitud: pronto, decisivo, enérgico, clarividente, imperturbable. Cuando había anotado todas mis obligaciones en la lista, comparaba cada partida con la factura correspondiente y las marcaba. El orgullo que sentía al marcar una partida era casi una sensación voluptuosa. Cuando no había más partidas que cotejar, doblaba uniformemente todas mis facturas, rotulaba cada una de ellas en su dorso y ataba el conjunto en un simétrico fajo. Después hacía el mismo trabajo para Herbert (quien decía modestamente no poseer mi genio administrativo) y quedaba convencido de haber aclarado definitivamente su situación.

Mis hábitos comerciales tenían otro detalle brillante, que yo llamaba «dejar un margen». Por ejemplo: suponiendo que las deudas de Herbert arrojaran la suma de sesenta y cuatro libras, cuatro chelines y dos peniques, yo decía: «deja un margen y ponlo en doscientas». O, suponiendo que las mías fuesen cuatro veces mayores, dejaba un margen y las cifraba en setecientas. Yo tenía el más

elevado concepto de lo juicioso que era dejar este margen, pero reconozco que, visto ahora, lo he de juzgar como un dispendioso artificio. Porque inmediatamente volvíamos a contraer deudas por todo el valor de aquel margen y a veces, con la sensación de libertad y de solvencia que nos daba, caíamos pronto en otro.

Pero había una calma, una tranquilidad, un virtuoso acallamiento, después de este examen de nuestros asuntos, que me hacía concebir, de momento, una admirable opinión de mí mismo. Complacido por mis esfuerzos, mi método y las felicitaciones de Herbert, me quedaba sentado con su simétrico fajo y el mío puestos ante mí sobre la mesa entre toda la restante papelería y creía ser más una especie de banco que un individuo particular.

En estas solemnes ocasiones cerrábamos la puerta del piso para no ser interrumpidos. Una noche había alcanzado este estado mío de serenidad cuando oímos que una carta se deslizaba por la rendija de dicha puerta y caía al suelo.

—Es para ti, Händel —dijo Herbert, que había salido a recogerla y volvía con ella—, y espero que no sea nada malo.

Esto era una alusión al sello negro y a los bordes enlutados.

La carta estaba firmada por Trabb y C.ía y su contenido era sencillamente que yo era un distinguido señor, y que ellos tenían el honor de comunicarme que la señora J. Gargery había pasado a mejor vida el último lunes a las seis y veinte de la tarde, y que se solicitaba mi asistencia al acto del sepelio, que tendría lugar el lunes siguiente a las tres de la tarde.

CAPÍTULO XXXV

Era la primera vez que se abría una tumba en el camino de mi vida y la grieta que formaba en el uniforme suelo era prodigiosa. La imagen de mi hermana sentada en su silla junto al fuego de la cocina me perseguía de día y de noche. Que aquel lugar continuara existiendo sin ella era algo que mi espíritu no podía comprender; y a pesar de que pocas veces o ninguna había ocupado mi pensamiento en aquellos últimos tiempos, ahora se me ocurrían las más extrañas ideas y la veía venir hacia mí por la calle, o creía que iba a llamar a la puerta de un momento a otro, en mis habitaciones, donde no había estado nunca. Hasta parecía notar el vacío de la muerte, y una perpetua sugestión del sonido de su voz o de algún aspecto de su rostro o de su figura, como si aún viviera y hubiera estado allí a menudo.

Cualquiera que hubiera sido mi suerte, apenas podía haber recordado a mi hermana con mucha ternura. Pero supongo que hay una clase de dolor que puede existir sin mucha ternura. Bajo su influjo (y tal vez en compensación por la falta de más dulces sentimientos) se apoderó de mí una violenta indignación contra el agresor que le había causado tanto sufrimiento, y estoy convencido que, de haber tenido pruebas bastantes, habría perseguido vengativamente a Orlick o quienquiera que fuera, hasta las últimas consecuencias.

Después de escribir a Joe dándole el pésame y asegurándole que no faltaría al entierro, pasé los días intermedios en el curioso estado de espíritu que acabo de indicar. Salí por la mañana temprano y me apeé en el Jabalí Azul, con tiempo suficiente para llegar andando a la herrería.

Hacía otra vez un hermoso tiempo de verano y, a medida que iba andando, la época en que yo no era más que un pequeño desvalido, a quien mi hermana

estaba muy lejos de contemplar, se me representaba vívidamente. Pero volvía con una suavidad que hasta quitaba dureza al recuerdo de Tickler. Porque ahora el aire mismo que llegaba de los habares y de los campos de trébol le susurraba a mi corazón que había de llegar un día en que convendría a mi memoria que otras personas, paseando bajo el sol, se sintieran conmovidas al pensar en mí.

Al cabo llegué a la vista de la casa y vi que Trabb y Compañía habían tomado posesión de ella y preparaban el entierro. Dos absurdos y tétricos personajes, cada uno exhibiendo ostentosamente una muleta envuelta en una venda negra —como si la vista de aquel instrumento pudiera ser un consuelo para nadie—, hacían guardia en la puerta; y en uno de ellos reconocí a un postillón despedido del Jabalí por haber volcado en un aserradero a una joven pareja de recién casados, la mañana misma de su boda, a consecuencia de una borrachera que le obligaba a cabalgar agarrado con ambos brazos al cuello de su caballo. Todos los chicos del lugar y la mayor parte de las mujeres estaban admirando a estos enlutados centinelas y las ventanas cerradas de la casa y de la herrería; y a mi llegada, uno de los guardianes (el postillón) llamó a la puerta, como dando a entender que yo estaba tan extenuado por el dolor que no podía tener fuerza suficiente para hacerlo por mí mismo.

Otro enlutado guardián (un carpintero que una vez se había comido dos gansos por ganar una apuesta) abrió la puerta y me introdujo en la salita. Allí el señor Trabb se había apropiado la mejor mesa, había levantado sus dos hojas y estaba montando una especie de negro bazar con la ayuda de un gran número de negros alfileres. En el momento de mi llegada acababa de envolver el sombrero de no sé quién en largos pañales negros, como si fuese un bebé africano. Alargó su mano para que le diese el mío. Pero yo, interpretando mal su ademán y confundido por la ocasión, se la estreché con todas las muestras de un caluroso afecto.

El pobre Joe, envuelto en una capita negra atada con un gran lazo por debajo de la barbilla, estaba sentado aparte en el extremo del aposento, donde, como cabeza del duelo, lo había colocado el señor Trabb. Cuando me incliné hacia él y le dije:

—Querido Joe, ¿cómo estás?

Me dijo:

—Querido Pip, amigo mío, tú la conociste cuando era una hermosa figura de…

Y me estrechó la mano y se calló.

Biddy, muy aseada y modesta con su vestido negro, iba sin ruido de un lado para otro, siempre útil y servicial. Después de saludarla, pensando que no era ocasión para conversar, fui a sentarme al lado de Joe, y allí empecé a pensar en qué parte de la casa debía de estar el… ella… mi hermana. Como el aire de la sala olía ligeramente a pastelería, miré a mi alrededor en busca de la mesa del refrigerio; ésta apenas era visible hasta que uno se había acostumbrado a la oscuridad, pero había en ella un pastel de pasas empezado, naranjas cortadas, emparedados y galletas y dos garrafas que yo conocía bien como ornamento, pero que no había visto usar en toda mi vida: una llena de oporto y la otra de jerez. De pie ante esta mesa, vi al señor Pumblechook con una capa negra y varias yardas de gasa, ocupado alternativamente en atiborrarse y hacer ademanes obsequiosos para atraer mi atención. No bien lo consiguió, vino hacia mí (oliendo a jerez y a pastel) y me dijo con voz contenida: «¿Se me permite, querido señor?» y lo hizo. Luego columbré al señor y a la señora Hubble; la última lloraba decorosamente en un rincón. Todos debíamos formar en el cortejo y estábamos en el trance de ser empaquetados uno a uno (por Trabb) en ridículos fardos.

—Habría preferido, Pip —murmuró Joe a mi oído, mientras el señor Trabb nos «formaba» de dos en dos en la sala (lo cual parecía una horrible preparación para una especie de danza macabra)—, habría preferido, señor, llevarla a la iglesia yo mismo, con tres o cuatro amigos de veras que me hubieran asistido con su corazón y con sus brazos, pero se pensó en lo que dirían los vecinos, que podían tomarlo como una falta de respeto hacia la difunta.

—¡Sacad los pañuelos, todos! —gritó en ese momento el señor Trabb en un deprimido tono profesional—. ¡Sacad todos los pañuelos! ¡Listos!

Así pues, todos nos llevamos los pañuelos al rostro, como si las narices nos sangraran, y desfilamos de dos en dos; Joe y yo, Biddy y Pumblechook, el señor y la señora Hubble. Los restos de mi pobre hermana habían sido sacados por la puerta de la cocina, y siendo un detalle de rigor en el fúnebre ceremonial que los seis que los llevaban se ahogaran y anduvieran a tientas bajo una horrible gualdrapa de terciopelo negro con cenefa blanca, el conjunto daba la impresión de un monstruo ciego con doce piernas humanas, que se movía arrastrando los pies y tropezando bajo la guía de dos guardianes: el postillón y su compañero.

El vecindario, no obstante, se mostraba muy satisfecho de todo aquel arreglo, y fuimos muy admirados al atravesar el pueblo, y la parte más joven y vigorosa de la comunidad se ponía a correr de vez en cuando para ganarnos la vuelta y

salirnos al paso en los sitios ventajosos. En estas ocasiones los más exuberantes gritaban excitados cuando aparecíamos en alguna esquina: «¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!», y poco faltaba para que nos aclamaran. En este desfile me molestó mucho el abyecto Pumblechook, que venía detrás de mí, y que se pasó todo el camino porfiando, a guisa de delicada atención, por arreglar la cinta que perdía del sombrero y alisarme la capa. Otra cosa que trastornaba mis pensamientos era la excesiva satisfacción del señor y la señora Hubble, los cuales se mostraban sobremanera engreídos y orgullosos de formar parte de tan distinguido cortejo.

Y ahora la extensión de los marjales se abría ante nosotros, con las velas de los barcos saliendo del río; y llegamos al cementerio, junto a las tumbas de los padres que no conocí, Philip Pirrip, difunto de esta parroquia, y también Georgiana, mujer del arriba dicho. Y allí mi hermana fue silenciosamente depositada en el seno de la tierra, mientras las alondras pasaban cantando por el cielo y el viento ligero esparcía hermosas sombras de nubes y árboles.

Respecto a la conducta del mundano Pumblechook mientras esto ocurría, sólo deseo decir que toda ella estaba dedicada a mí, y que hasta cuando se leyeron aquellos nobles pasajes que recuerdan a los hombres que nada trajeron a este mundo y que nada pueden llevarse de él, y que pasan como una sombra y no pueden hacer larga estancia en la tierra, le oí una tosecilla que parecía hacer una excepción con el caso de un joven caballero que había venido a ser rico inesperadamente. De vuelta a casa, tuvo el valor de decirme que ojalá mi hermana hubiera podido enterarse del honor que yo le había hecho, y de insinuar que ella lo habría considerado ventajosamente adquirido al precio de su muerte. Después de esto se bebió lo que quedaba del jerez, y el señor Hubble se bebió el oporto, y los dos hablaron (cosa que, según desde entonces he observado, es de rigor en estos casos) como si ellos fueran de otra raza que la difunta, y notoriamente inmortales. Finalmente, se fue con el señor y la señora Hubble —para rematar la velada en los Alegres Barqueros, estaba seguro de ello—, contando que él era el autor de mi fortuna y mi más antiguo bienhechor.

Después de marcharse todos, y cuando Trabb y sus hombres —pero no su aprendiz; ya lo había buscado yo— hubieron metido sus trapos y garambainas en unos sacos y se hubieron marchado también, el aire de la casa se hizo más respirable. Poco después, Biddy, Joe y yo tomamos juntos una cena fría, pero comimos en la sala, no en la vieja cocina, y Joe se mostró tan extremadamente preocupado por lo que hacía con el cuchillo y el tenedor y el salero y qué sé yo qué, que nos tuvo cohibidos a todos. Pero después de comer, cuando le hice

coger su pipa y nos dimos una vuelta por la herrería y nos sentamos fuera en el gran poyo de piedra, la cosa marchó mejor. Observé que después del entierro Joe se había mudado de ropa haciendo una componenda entre su vestido de las fiestas y el de trabajo, con lo cual el querido muchacho estaba más natural y ofrecía su verdadera personalidad.

Le complació mucho que le preguntara si podía dormir en mi cuartito, y yo me sentía también complacido porque creía haber hecho una gran cosa al dirigirle aquella petición. Al espesarse las sombras del atardecer, aproveché una oportunidad para salir con Biddy al jardín para charlar un rato.

—Biddy —dije—, me parece que podías haberme escrito acerca de estos tristes acontecimientos.

—¿Lo cree usted, señor Pip? —dijo Biddy—. Si me lo hubiera figurado le habría escrito.

—No creas que quiera molestarte, Biddy, si digo que encuentro que debías habértelo imaginado.

—¿De veras, señor Pip?

Tenía un aire tan modesto, tan aseado, tan lleno de bondad, y parecía tan bonita, que no me gustó la idea de hacerla llorar de nuevo. Después de contemplar un poco sus ojos bajos mientras andaba a mi lado, abandoné aquel tema.

—Supongo, querida Biddy, que te será difícil continuar aquí, ahora.

—¡Oh, imposible, señor Pip! —dijo en tono de pesar, pero al mismo tiempo de serena convicción—. He hablado con la señora Hubble y mañana voy a vivir con ella. Espero que entre las dos podremos cuidar un poco al señor Gargery hasta que haya vuelto a ordenar su vida.

—¿De qué vas a vivir, Biddy? Si necesitas din…

—¿De qué voy a vivir? —repitió, interrumpiéndome con momentáneo rubor —. Se lo diré, señor Pip. Voy a ver si obtengo la plaza de maestra en la nueva escuela que están acabando de construir. Puedo contar con la recomendación de todos los vecinos, y espero que sabré ser laboriosa y paciente y también aprender yo mientras enseño a los demás. ¿Sabe usted?, señor Pip —prosiguió con una sonrisa, levantando los ojos hacia mí—, las nuevas escuelas no son como las antiguas, pero yo he aprendido mucho de usted desde entonces y he tenido tiempo de progresar.

—Te creo capaz de progresar siempre, Biddy, en cualquier circunstancia que sea.

—¡Ah! Excepto en lo que se refiere a mi lado malo de la naturaleza humana —murmuró.

Esto no era tanto un reproche como un irresistible pensamiento en voz alta. Bueno. Abandonaría también este tema. Así, paseé un poco más con Biddy, contemplando en silencio sus ojos bajos.

—No conozco detalles de la muerte de mi hermana, Biddy.

—Poco hay que contar, pobrecilla. Había pasado cuatro días muy malos, a pesar de que últimamente parecía más bien haber mejorado que empeorado, cuando, por la noche, precisamente a la hora del té, se despejó y dijo con toda claridad: «Joe». Como hacía mucho tiempo que no había dicho una palabra, corrí a la herrería a buscar al señor Gargery. Me hizo señas de que quería que él se sentara a su lado y que yo la ayudara a rodear con sus brazos el cuello de su marido. Así lo hice, y ella descansó la cabeza sobre su hombro muy contenta y satisfecha. Y estando así, al poco rato volvió a decir «Joe» y una vez «perdón» y otra vez «Pip». Y ya no volvió a levantar la cabeza, y una hora más tarde la llevamos a su cama, porque descubrimos que había muerto.

Biddy lloraba; el jardín entre sombras, y el camino, y las estrellas que salían, se enturbiaban en mis ojos.

—¿No se descubrió nunca nada, Biddy?

—Nada.

—¿Sabes lo que se ha hecho de Orlick?

—Por el color de sus ropas, diría que está trabajando en las canteras.

—Entonces le has visto. ¿Por qué miras aquel árbol negro del camino?

—Le vi allí la noche en que ella murió.

—Y no fue la última vez, ¿verdad, Biddy?

—No; le he visto allí ahora mismo, mientras estábamos paseando. Es inútil —dijo Biddy, poniendo la mano sobre mi brazo, porque estaba dispuesto a echar a correr—, ya sabe usted que no le engañaría; ha estado menos de un minuto, y se ha marchado.

Reavivó mi mayor indignación descubrir que aquel individuo continuaba persiguiéndola y me sentí encolerizado contra él. Se lo dije a Biddy, y añadí que estaba dispuesto a gastar todo el dinero y a hacer todos los esfuerzos necesarios para alejarle de aquella región. Poco a poco ella me llevó a hablar más sosegadamente, y me contó cuánto me quería Joe, y que Joe nunca se quejaba de nada —no dijo que fuese de mí, no tenía necesidad de ello: yo sabía lo que

quería decir—, sino que cumplía todas sus obligaciones con mano fuerte, palabra tranquila y corazón afectuoso.

—Verdaderamente, nunca se le alabará demasiado —dije—, y, Biddy, tendremos que hablar a menudo de estas cosas, porque ahora os visitaré con frecuencia. No quiero dejar solo al pobre Joe.

Biddy no respondió.

—Biddy, ¿no me oyes?

—Sí, señor Pip.

—Dejando aparte eso de llamarme señor Pip, que me parece una cosa de mal gusto, Biddy, ¿qué quieres decir?

—¿Que qué quiero decir? —preguntó Biddy con voz tímida.

—Biddy —dije, en tono de virtuosa firmeza—, necesito saber qué quieres decir con eso.

—¿Con eso? —dijo Biddy.

—Vamos, no repitas mis palabras —repliqué—. Antes no solías hacerlo, Biddy.

—¡No solía hacerlo! —dijo Biddy—. ¡Oh, señor Pip! ¡No solía!

¡Bueno! Me pareció que tenía que dejar aquel punto también. Después de dar en silencio otra vuelta al jardín, volví al tema principal.

—Biddy —dije—, he hecho una observación referente a mi propósito de venir a menudo a visitar a Joe, que tú has acogido con un ostensible silencio. Ten la bondad, Biddy, de decirme por qué.

—¿Está usted seguro, entonces, de que *vendrá* a ver a Joe a menudo? —preguntó Biddy, deteniéndose en el estrecho caminito del jardín y mirándome a la luz de las estrellas con sus ojos claros y sinceros.

—¡Oh, Dios mío! —dije, como si no hubiera más remedio que dejarlo—. ¡Éste es verdaderamente un lado malo de la naturaleza humana! Hazme el favor de no decir nada más, Biddy. Estoy muy disgustado.

Por esta convincente razón mantuve a Biddy a distancia durante la cena, y cuando me retiré para subir a mi antiguo cuartito, me despedí de ella con toda la dignidad que mi alma regañona pudo hallar compatible con el cementerio y el triste acontecimiento del día. Todas las veces que me sentí agitado aquella noche, que fue cada cuarto de hora, me puse a reflexionar en la dureza con que Biddy me había tratado y en el agravio y la injusticia que me había hecho.

Tenía que partir a primera hora de la mañana. A primera hora de la mañana estaba fuera y mirando, sin ser visto, por una de las ventanas de la herrería. Allí

permanecí, durante unos minutos, contemplando a Joe, que estaba ya trabajando con una irradiación de salud y de fuerza en su rostro, que le hacía destacar como si el alegre sol de la vida que le estaba reservada brillara ya en él.

—¡Adiós, querido Joe! No te la limpies. ¡Por Dios, dame tu mano así, tiznada! Volveré pronto y a menudo.

—Nunca será demasiado pronto —dijo Joe— ni demasiado a menudo, Pip.

Biddy me aguardaba en la puerta de la cocina, con un jarro de leche fresca y un zoquete de pan.

—Biddy —le dije al darle la mano—, no me voy enojado, pero sí dolido.

—No le duela —suplicó ella con emoción—. Deje que me duela a mí sola, si es que he sido poco generosa.

Una vez más se estaba levantando la niebla mientras yo me alejaba. Si lo que me descubría era, como sospecho, que yo no volvería, y que Biddy tenía razón, todo lo que puedo decir es… que la niebla también tenía razón.

CAPÍTULO XXXVI

Herbert y yo continuamos yendo de mal en peor por lo que se refiere a aumentar nuestras deudas, examinar el estado de nuestros asuntos, dejar márgenes y realizar otras ejemplares y parecidas operaciones, y el tiempo fue transcurriendo, quieras que no, como tiene por costumbre, y yo llegué a la mayoría de edad cumpliendo la predicción de Herbert de que esto me ocurriría casi sin que me diera cuenta.

También Herbert había alcanzado su mayoría de edad ocho meses antes que yo. Como su mayoría de edad no llevaba consigo ninguna ventaja especial, este acontecimiento no causó una impresión muy profunda en Barnard's Jun. Pero, en cambio, habíamos esperado mi vigesimoprimer aniversario con un sinfín de cálculos y augurios, porque ambos considerábamos que mi tutor no podía dejar de decir algo concreto en aquella ocasión.

Yo había cuidado de que en Little Britain se supiese perfectamente cuándo era mi cumpleaños. El día antes recibí una nota oficial de Wemmick en que se me comunicaba que el señor Jaggers tendría el placer de recibirme a las cinco de la tarde de aquel fausto día. Esto nos convenció de que algo importante iba a ocurrir, y mi estado era de insólita agitación cuando acudí con ejemplar puntualidad a la oficina de mi tutor.

En el despacho exterior, Wemmick me ofreció sus felicitaciones, frotándose incidentalmente un lado de la nariz con un pliego envuelto en papel de seda cuyo aspecto me gustó bastante. Pero no dijo nada respecto a él, y con un movimiento de cabeza me indicó el despacho de mi tutor. Era noviembre, y éste estaba de pie ante el fuego, apoyado de espaldas en la repisa de la chimenea, con las manos debajo de los faldones de su frac.

—Hola, Pip —dijo—. Hoy he de llamarlo señor Pip. Felicidades, señor Pip.

Nos estrechamos las manos —sus apretones eran siempre notablemente breves— y yo le di las gracias.

—Siéntese usted, señor Pip —dijo mi tutor.

Mientras me sentaba, y él persistía en su actitud, mirándome las botas con el ceño fruncido, me sentí en desventaja, lo cual me recordó aquella vez en que me habían hecho sentar sobre una piedra sepulcral. Las dos espantosas mascarillas del estante no quedaban lejos de él y tenían el semblante de estar empeñadas en un estúpido y apoplético intento de oír nuestra conversación.

—Ahora, joven amigo —empezó mi tutor, como si yo fuese un testigo ante el tribunal—, vamos a echar un párrafo.

—Como usted guste, señor.

—¿Tiene usted idea —dijo el señor Jaggers inclinándose más para mirar al suelo, y después levantando la cabeza hacia atrás para mirar al techo— de lo que cuesta la vida que lleva?

—¿Lo que cuesta, señor?

—Lo… que… cuesta… —repitió el señor Jaggers sin dejar de mirar al techo. Después paseó una mirada por la habitación y se detuvo, con el pañuelo en la mano, a mitad de camino de su nariz.

Yo había examinado mis cuentas tan a menudo que había llegado a destruir la más ligera idea que hubiera podido tener nunca de su estado. Muy a pesar mío, hube de declararme incapaz de responder a la pregunta. Esto pareció agradar al señor Jaggers, quien dijo:

—¡Me lo figuraba! —Y se sonó con aire de satisfacción—. Bueno, yo le he hecho una pregunta, amigo mío —dijo el señor Jaggers—. ¿No tiene usted, por su parte, nada que preguntarme?

—Desde luego, sería un gran alivio para mí poder hacerle algunas preguntas, señor; pero recuerdo su prohibición.

—Hágame una —dijo el señor Jaggers.

—¿He de saber hoy quién es mi bienhechor?

—No. Hágame otra.

—¿Se me hará pronto esta confidencia?

—Deje esto, por el momento —dijo el señor Jaggers—, y hágame otra.

Miré a mi alrededor, pero no parecía haber forma alguna de escapar al interrogatorio.

—¿He de recibir algo, señor?

A esto, el señor Jaggers dijo con expresión de triunfo:

—¡Ya sabía que llegaríamos aquí! —Y llamó a Wemmick para que le trajese aquel pliego. Wemmick vino, se lo entregó y desapareció—. Ahora, señor Pip —dijo el señor Jaggers—, haga el favor de atender. Ha estado usted retirando dinero de aquí con regular abundancia; su nombre figura con mucha frecuencia en el libro de caja de Wemmick, pero así y todo, tendrá usted deudas, ¿no es cierto?

—Temo tener que responder que sí, señor.

—Usted sabe que tiene que responder que sí, ¿no es cierto? —dijo el señor Jaggers.

—Sí, señor.

—No le pregunto cuánto debe usted, porque usted no lo sabe, y si lo supiera no me lo diría; me diría menos. Sí, sí, amigo mío —exclamó el señor Jaggers, esgrimiendo su dedo para atajarme, como yo diera muestras de querer protestar —, es posible que piense que no lo haría, pero lo haría. Usted me perdonará, pero lo sé mejor que usted. Ahora tome este papel en la mano. ¿Lo tiene? Muy bien. Desenvuélvalo ahora y dígame qué es.

—Es un billete de banco —dije yo— de quinientas libras.

—Es un billete de banco —repitió el señor Jaggers— de quinientas libras. Y me parece que es una bonita suma. ¿Lo piensa usted así?

—¡Cómo podría pensar de otro modo!

—¡Ah! Pero responda a la pregunta —dijo el señor Jaggers.

—Indudablemente.

—Usted lo considera, indudablemente, una bonita suma. Ahora bien: esta bonita suma, señor Pip, es de usted. Es un regalo que se le hace en este día, en anticipo de lo que serán sus perspectivas. Y a razón de esta suma por año, y no más, tendrá usted que vivir hasta que aparezca el donante del total. Es decir, que deberá tomar usted enteramente en sus manos sus asuntos financieros, y retirará de Wemmick ciento veinticinco libras cada trimestre, hasta que se ponga en comunicación directa con la fuente y deje de estarlo con su mero representante. Yo cumplo las instrucciones recibidas y cobro por cumplirlas. Me parecen poco juiciosas, pero no me pagan por opinar acerca de sus méritos.

Empezaba a expresar mi gratitud hacia mi bienhechor por la generosidad con que se me trataba, cuando el señor Jaggers me atajó.

—No me pagan, Pip —dijo fríamente—, para transmitir sus palabras a nadie. —Y luego se recogió los faldones, como había recogido el tema, y se quedó

mirando, ceñudo, las botas, como si sospechara que abrigaban algún designio contra él.

Después de una pausa, insinué:

—Hace poco le he hecho una pregunta, señor Jaggers, que usted me ha aconsejado dejar de lado por el momento. Espero que no hago mal al repetirla ahora.

—¿Cuál es? —dijo.

Ya podía yo haber supuesto que no me ayudaría a salir del paso, pero me desconcertó tener que formular de nuevo la pregunta, como si fuera por primera vez:

—Es posible —dije, después de un instante de vacilación— que mi protector, la fuente de la que usted hablaba, señor Jaggers, dentro de poco… —Aquí me detuve delicadamente.

—Dentro de poco, ¿qué? —dijo el señor Jaggers—. Tal como lo dice usted, esto no es una pregunta.

—¿Que dentro de poco venga a Londres —dije, buscando la manera exacta de expresarme— o me cite en alguna otra parte?

—Mire usted —dijo el señor Jaggers, clavando por primera vez en mí sus ojos negros y hundidos—, vamos a volver a la noche en que nos conocimos en su pueblo natal. ¿Qué le dije entonces, Pip?

—Me dijo, señor Jaggers, que podían pasar años antes de que esa persona apareciera.

—Exacto —dijo el señor Jaggers—, pues ésta es mi respuesta.

Mientras nos mirábamos uno a otro, sentí que jadeaba en mi violento deseo de arrancarle algo más. Y sintiéndolo y sintiendo que él se daba cuenta, comprendí que tenía menos probabilidades que nunca de obtener nada de él.

El señor Jaggers movió la cabeza —no como respondiendo negativamente a la pregunta, sino como indicando la imposibilidad de que se le pudiera arrancar de modo alguno una respuesta— y, al desviar la mirada hacia las dos horribles mascarillas, me pareció como si hubieran llegado a una crisis en su suspensa atención y estuvieran a punto de estornudar.

—¡Vaya! —dijo el señor Jaggers, calentándose los muslos con el dorso de las manos—. Voy a serle franco, amigo Pip. Ésta es una pregunta que no se debe hacer. Usted lo comprenderá mejor si le digo que es una pregunta que puede comprometerme. ¡Vamos! Iré más allá todavía; le diré algo más.

Se inclinó tanto para contemplar sus botas que pudo frotarse las pantorrillas

durante la pausa que siguió.

—Cuando esa persona se dé a conocer —dijo, enderezándose—, usted se entenderá directamente con ella. Cuando esa persona se dé a conocer, mi intervención en este asunto habrá terminado. Cuando esa persona se dé a conocer, no tendré necesidad de saber nada más sobre este asunto. Eso es todo lo que le puedo decir.

Nos quedamos mirándonos, hasta que yo desvié la mirada y la fijé pensativo en el suelo. De sus últimas palabras saqué la consecuencia de que la señorita Havisham, por alguna razón o sinrazón, no se le había confiado en lo referente a su propósito de destinarme a Estella; que esto le tenía resentido y celoso o que verdaderamente desaprobaba este proyecto y no quería saber nada de él. Cuando volví a levantar la vista me di cuenta de que me había estado mirando con sagaz atención todo el rato, y de que seguía haciéndolo.

—Si esto es todo lo que puede usted decirme, señor —observé—, no me queda tampoco nada más que decir.

Hizo un signo de asentimiento, sacó el reloj tan temido de los ladrones, y me preguntó dónde iba a comer. Le respondí que en mis propias habitaciones, con Herbert. Como necesaria secuela, le pedí que nos honrase con su compañía, y él aceptó prontamente la invitación. Pero insistió en ir a casa conmigo, para evitar que yo hiciera ningún preparativo extraordinario en su obsequio; pero antes tenía que escribir un par de cartas y, desde luego, lavarse las manos. Así, yo dije que saldría a la oficina exterior y me entretendría conversando con Wemmick.

El caso era que, en cuanto me vi las quinientas libras en el bolsillo, me asaltó una idea que ya se me había ocurrido otras veces, y me pareció que nadie mejor que el señor Wemmick podía aconsejarme acerca de ella.

Había ya cerrado la caja y hecho sus preparativos para irse a su casa. Había abandonado su pupitre y retirado sus dos mugrientos candeleros, los cuales había alineado con los despabiladeros en un estante, junto a la puerta, para apagarlos al salir; había cubierto el fuego con la ceniza, tenía a punto el sombrero y el abrigo, y se estaba golpeando el pecho con la llave de la caja, como para hacer algo de ejercicio atlético después del trabajo.

—Señor Wemmick —le dije—, querría pedirle su parecer. Tengo grandes deseos de servir a un amigo.

Wemmick cerró su buzón y meneó la cabeza, como si su parecer fuese decididamente contrario a toda funesta debilidad de aquel género.

—Este amigo —proseguí— trata de emprender un negocio, pero no tiene

dinero y el principio le resulta difícil y desalentador. Yo querría ayudarle de algún modo para que pueda empezar.

—¿Con dinero? —dijo Wemmick, en un tono más seco que el serrín.

—Con *algún* dinero —respondí, porque me asaltó el inquietante recuerdo de aquel simétrico fajo de papeles que tenía en casa—; con algún dinero y, tal vez, con algún anticipo sobre mis expectativas.

—Señor Pip —dijo Wemmick—, sólo le pediría que contara conmigo los puentes que hay de aquí a Chelsea Reach. Veamos: hay el de Londres, uno; el de Southwark, dos; el del Blackfriars, tres; el de Waterloo, cuatro; el de Westminster, cinco; el de Vauxhall, seis —había marcado los puentes, uno después de otro, con la llave de su caja sobre la palma de la mano—. Como usted ve, son seis los que hay para elegir.

—No le comprendo —dije yo.

—Elija usted su puente, señor Pip —respondió Wemmick—; dese un paseíto hasta su puente, eche su dinero al Támesis desde el arco central de su puente y verá el fin de su dinero. Ayude a un amigo con él y puede que vea usted también su fin, pero será un fin menos agradable y provechoso.

Habría podido echar un periódico en su boca, tan ancha se le puso después de decir eso.

—Esto es muy desalentador —dije yo.

—Desde luego —dijo el señor Wemmick.

—Entonces su opinión es —pregunté, algo indignado— que un hombre nunca debería…

—¿Invertir propiedad mobiliaria en un amigo? —dijo Wemmick—. Verdaderamente, no. A no ser que quisiera deshacerse del amigo, y aún entonces sería cuestión de saber cuánta propiedad mobiliaria vale la pena sacrificar para deshacerse de él.

—¿Y éste —dije yo— es su decidido parecer, señor Wemmick?

—Éste —respondió— es mi decidido parecer en esta oficina.

—¡Ah! —dije yo, apurándole, porque me pareció verle aquí cerca de una excusa—; pero ¿sería su parecer en Walworth?

—Señor Pip —respondió gravemente—, Walworth es un sitio y esta oficina es otro. Del mismo modo que el Anciano es una persona y el señor Jaggers es otra. No hay que confundirlos. Mis sentimientos de Walworth deben ser expresados en Walworth; en esta oficina sólo pueden expresarse mis sentimientos oficiales.

—Perfectamente —dije muy aliviado—, entonces cuente con que iré a verle a Walworth.

—Señor Pip —respondió él—, será usted bien venido allí con carácter personal y particular.

Sostuvimos esta conversación en voz baja, por constarnos que el oído de mi tutor era de los más finos entre los finos. Al aparecer él en la puerta, Wemmick se puso el abrigo y se quedó atrás para apagar las velas. Los tres salimos a la calle juntos, y, desde el portal, Wemmick tomó su camino y el señor Jaggers y yo tomamos el nuestro.

Más de una vez aquella noche no pude dejar de desear que el señor Jaggers tuviese un Anciano en Gerrard Street, o un Stinger, o Algo o Alguien que le aclarara un poco el ceño. Era una consideración desconsoladora en un vigesimoprimer cumpleaños que la mayoría de edad pareciera valer tan poco la pena en un mundo tan cauto y receloso como él lo entendía. Era mil veces más instruido e inteligente que Wemmick y, no obstante, yo habría preferido mil veces tener a Wemmick a comer con nosotros. Y no fue sólo a mí a quien el señor Jaggers puso intensamente melancólico, porque después de haberse marchado, Herbert dijo de sí mismo, con los ojos fijos en el fuego, que imaginaba haber cometido un crimen y haberlo olvidado, tan abatido y culpable se sentía.

CAPÍTULO XXXVII

Juzgando el domingo como el día más a propósito para conocer los sentimientos del señor Wemmick en Walworth, consagré la tarde del domingo siguiente a hacer una peregrinación al Castillo. Al llegar ante las murallas vi izada la Unión Jack y levantado el puente; pero sin arredrarme por este alarde de desafío y resistencia, llamé a la verja y fui recibido, de la manera más pacífica, por el Anciano.

—Mi hijo, señor —dijo el viejo, después de asegurar el puente levadizo—, tenía sus barruntos de que usted podía dejarse caer, y dejó dicho que pronto volvería de su paseo. Mi hijo es muy metódico en sus paseos. Es muy metódico en todo, mi hijo.

Saludé al anciano señor con todas las reverencias que pudiera haberle hecho el mismo Wemmick, y entramos y nos sentamos a la lumbre.

—Usted habrá conocido a mi hijo —dijo el viejo, con su vocecilla de pájaro, mientras se calentaba las manos a la llama— en la oficina, ¿no es cierto? —Sacudí la cabeza afirmativamente—. ¡Ah! Me han dicho que mi hijo es muy entendido en su profesión. ¿Es así, señor?

Sacudí la cabeza con energía:

—Sí, eso dicen.

—Y ¿su profesión es el foro?

Sacudí la cabeza con más energía todavía.

—Y esto es muy sorprendente en mi hijo —dijo el viejo—, porque no fue educado para el foro, sino para el negocio de tonelería.

Deseoso de saber hasta qué punto el anciano caballero estaba al corriente de la fama del señor Jaggers, le grité este nombre. Me dejó muy confuso, echándose

a reír de la mejor gana y respondiéndome con gran viveza:

—No, de ningún modo; tiene usted razón.

A estas horas aún no tengo la menor idea de lo que quiso decir o qué broma se figuró que habría hecho yo.

Como no podía quedarme allí sentado moviendo continuamente la cabeza, sin hacer otra tentativa para interesarle, le grité una pregunta sobre si su profesión había sido el negocio de tonelería. A fuerza de chillar la palabra repetidas veces y de golpear el pecho del caballero para asociarlo con ella, logré hacerme entender.

—No —dijo el viejo caballero—, el comercio al por mayor. Primero allí arriba —parecía querer indicar lo alto de la chimenea, pero creo que se refería a Liverpool—, y luego aquí, en la City de Londres. Sin embargo, como tengo este achaque, porque soy algo duro de oído, señor…

Representé una pantomima para expresar el mayor asombro.

—Sí, algo duro de oído; como tengo este achaque, mi hijo se dedicó al foro y se encargó de mí, y poco a poco ha hecho esta elegante y hermosa propiedad. Pero volviendo a lo que usted decía —prosiguió el viejo, riéndose de nuevo con el mayor gusto—, lo que digo es que no, de ningún modo; tiene usted razón.

Yo me estaba preguntando modestamente si el mayor esfuerzo de mi ingenio me habría permitido decir algo que le hubiera divertido ni la mitad de lo que le divertía esta broma imaginaria, cuando me sobresaltó un repentino chasquido en la pared, a un lado de la chimenea, y la espectral irrupción de una puertecita de madera con un «John» pintado en su parte interna. El viejo, siguiendo la dirección de mi mirada, exclamó triunfalmente:

—¡Mi hijo está aquí!

Y ambos salimos al puente.

Valía todo el oro del mundo ver a Wemmick saludándome con la mano desde el otro lado del foso, cuando con la mayor facilidad podíamos estrecharnos la mano por encima de él. El Anciano estaba tan encantado de accionar el puente levadizo que no me ofrecí para ayudarle, y permanecí inmóvil hasta que Wemmick hubo pasado a nuestro lado y me hubo presentado a la señorita Skiffins, una dama que le acompañaba.

La señorita Skiffins parecía hecha de palo y pertenecía, como su acompañante, al ramo de buzones de correo. Podía ser dos o tres años más joven que él, y la juzgué poseedora de bienes transportables. El corte de su vestido, de la cintura para arriba, tanto por delante como por detrás, le daba una figura muy

semejante a una cometa; y yo podía haber juzgado el color naranja de su vestido algo excesivamente pronunciado y el verde de sus guantes algo excesivamente intenso. Pero parecía una buena persona y se mostraba muy atenta con el Anciano. No tardé en descubrir que hacía frecuentes visitas al Castillo, porque al entrar, y al felicitar yo a Wemmick a propósito de su ingenioso artificio para anunciar su llegada al Anciano, aquél me rogó que prestase atención por un momento al otro lado de la chimenea, y desapareció. Poco después se oyó otro chasquido y se abrió otra puertecilla que llevaba pintado «Señorita Skiffins»; después la «Señorita Skiffins» se cerró, y se abrió «John»; después se abrieron a la vez la «Señorita Skiffins» y «John» y, finalmente, se cerraron ambas a la vez. Al volver Wemmick de accionar estos mecanismos, le expresé la gran admiración que me causaban, y él dijo:

—Verá usted, ambas divierten al Anciano y le son de utilidad, y por San Jorge, señor, merece la pena mencionar que de todos los que han pasado esta puerta sólo conocemos el secreto de estos resortes el Anciano, la señorita Skiffins y yo.

—Y el señor Wemmick los ha hecho —añadió la señorita Skiffins— con sus propias manos y de su propia invención.

Mientras la señorita Skiffins se quitaba el gorro (aunque conservó los guantes puestos toda la noche, como señal exterior de que había visita), Wemmick me invitó a dar una vuelta por la propiedad, y a ver qué aspecto tenía la isla en invierno. Pensando que lo hacía para darme ocasión de conocer sus sentimientos en Walworth, aproveché la oportunidad en cuanto estuvimos fuera del Castillo.

Habiendo reflexionado detenidamente sobre el particular, expuse el asunto como si nunca hubiera insinuado nada acerca de él. Informé a Wemmick de que me interesaba por Herbert Pocket, le conté cómo nos habíamos conocido y cómo nos habíamos peleado. Hice alusión a la familia de Herbert, al carácter de éste y al hecho de que no contaba con otros medios que los que podía proporcionarle su padre, y que éstos eran inseguros y nada puntuales. Mencioné la ayuda que en mi primera tosquedad e ignorancia había obtenido yo de su compañía y confesé mis temores de haberla pagado bastante mal y de que tal vez le hubiera ido mejor sin mí y mis expectativas. Dejando a la señorita Havisham muy lejos, en último término, me referí a la posibilidad de que yo hubiera desbancado a mi amigo en sus posibilidades de fortuna, y a la certidumbre de que él poseía un alma generosa y estaba muy por encima de mezquinas desconfianzas, despiques y

maquinaciones. Por todos estos motivos, le dije, y porque era amigo y compañero de mi juventud, y yo le tenía un gran afecto, deseaba que mi buena fortuna reflejara algunos de sus rayos sobre él y, por tanto, buscaba consejo en la experiencia de Wemmick y en el conocimiento que tenía de los hombres y de los negocios, para ver de qué mejor manera podía con mis recursos favorecer a Herbert, de momento con un ingreso —digamos de unas cien libras al año, para mantenerle en buen ánimo—, y, poco a poco, llegar a comprarle alguna pequeña participación en un negocio. Rogué a Wemmick, en conclusión, que tuviera en cuenta que mi ayuda debía hacerse efectiva sin que Herbert se enterara de ello ni lo sospechara, y que yo no tenía en el mundo nadie más a quien pedir consejo. Terminé poniéndole la mano en el hombro y diciendo:

—No puedo por menos que confiar en usted, por más que comprendo que esto le ha de causar molestias; pero la culpa es suya, por haberme traído aquí.

Wemmick permaneció silencioso un momento, y después dijo, con una especie de sobresalto:

—Bueno, ¿sabe usted, señor Pip?, tengo que decirle una cosa. Esto es ser endiabladamente bueno.

—Entonces, dígame que me ayudará a ser bueno —repuse.

—¡Uy! —respondió Wemmick, meneando la cabeza—. No es éste mi oficio.

—Tampoco es aquí donde lo ejerce usted.

—Tiene usted razón —respondió—, ha dado usted en el clavo. Señor Pip, lo pensaré y me figuro que todo lo que usted desea hacer puede hacerse gradualmente. Skiffins (*su* hermano) es perito mercantil y agente de negocios. Le veré y trataré de que haga algo por usted.

—Se lo agradeceré infinitamente.

—Al contrario —dijo él—, soy yo el agradecido porque, aunque hablemos estrictamente en nuestro plano privado y personal, se puede decir que hay por aquí alguna telaraña de Newgate, y eso ayuda a quitarlas.

Después de hablar algo más sobre el asunto, regresamos al Castillo, donde hallamos a la señorita Skiffins preparando el té. La delicada misión de hacer las tostadas estaba confiada al Anciano, y este excelente caballero se hallaba tan entregado a ella que me pareció en inminente peligro de que se le derritiesen los ojos. No era un refrigerio nominal el que íbamos a tomar, sino una sustanciosa realidad. El Anciano preparó una montaña tal de tostadas con mantequilla, que yo apenas podía divisarle desde el otro lado, mientras las apilaba para que se conservaran calientes en un soporte de hierro colgado de la barra superior; en

tanto que la señorita Skiffins hacía tal cantidad de té que el cerdo, en su pocilga, se excitó sobremanera y expresó repetidamente su deseo de participar en el banquete.

Se había arriado la bandera y se había disparado el cañón a su debido momento, y yo me sentía tan agradablemente aislado del resto de Walworth como si el foso tuviese treinta pies de ancho y otros tantos de profundidad. Nada turbaba la paz del Castillo, fuera de «John» y la «Señorita Skiffins», que, de vez en cuando, se abrían y cerraban, pues estas dos puertecitas parecían presa de algún mal espasmódico que, en correspondencia, me hizo sentir algo nervioso hasta que me acostumbré a ello. Del carácter metódico de los preparativos de la señorita Skiffins colegí que hacía el té allí todos los domingos por la tarde, y hasta sospeché que un clásico camafeo que lucía y que representaba el perfil de una extraña mujer de nariz muy recta y una luna muy nueva, era un bien portátil regalado por Wemmick.

Nos comimos todas las tostadas y bebimos té en cantidad proporcionada, y era delicioso advertir cuán calientes y grasientos estábamos todos después. El Anciano, sobre todo, podía haber pasado por un pulcro y viejo cacique de una tribu salvaje recién ungido. Tras un breve descanso, la señorita Skiffins —en ausencia de la criadita, que, al parecer, se recogía en el seno de su familia los domingos por la tarde— lavó los cacharros con un aire de gran dama que lo hiciera por juego y que no causó violencia a nadie. Después se puso los guantes de nuevo, todos nos agrupamos alrededor del fuego y Wemmick dijo:

—Ahora, anciano papá, va usted a recrearnos con el periódico.

Mientras el Anciano sacaba sus gafas, Wemmick me explicó que esto formaba parte del ritual, y que el anciano caballero hallaba una satisfacción en leer las noticias en voz alta.

—Hay que excusarle porque el pobre no puede procurarse muchas diversiones, ¿verdad, padre?

—Tienes razón, John, tienes razón —respondió el viejecito viendo que su hijo le hablaba.

—Ahora, hágale un signo de complacencia con la cabeza cada vez que levante los ojos de su periódico, y le tendrá más feliz que un rey. Somos todos oídos, padre.

—Está bien, John, está bien —respondió el alegre viejecito, tan atareado y tan contento que, realmente, resultaba encantador.

La lectura del Anciano me recordó las clases de la tía abuela del señor

Wopsle, con la agradable particularidad de que parecía llegarnos a través del ojo de la cerradura. Como necesitaba tener las velas cerca, y como siempre estaba a punto de poner la cabeza o el periódico en contacto con la llama, requería más atención y cuidado que un polvorín. Pero Wemmick era tan infatigable como afectuoso en su vigilancia, y el Anciano iba leyendo, completamente ignorante de las muchas veces que su hijo le salvaba de abrasarse. Cada vez que nos dirigía una mirada todos expresábamos el mayor interés y asombro, y movíamos la cabeza hasta que proseguía la lectura.

Wemmick y la señorita Skiffins estaban sentados uno junto al otro, y desde mi rincón en la sombra observé un lento y gradual ensanchamiento de la boca del primero que sugería poderosamente un lento y gradual movimiento de su brazo para rodear la cintura de la señorita Skiffins. Con el tiempo vi aparecer su mano por el otro lado de la señorita Skiffins; pero en el mismo instante la señorita Skiffins la detuvo diestramente con su guante verde, desprendió el brazo de su cintura, como si se tratara de una prenda de vestir, y con la mayor calma lo depositó sobre la mesa. La serenidad de la señorita Skiffins era una de las cosas más notables que he visto, y si hubiera podido considerar compatible aquel acto con una completa abstracción, habría creído que lo realizaba maquinalmente.

Al poco rato noté que el brazo de Wemmick volvía a desaparecer lentamente. Poco después su boca empezó a ensancharse de nuevo. Tras un intervalo de expectación por mi parte, que se me hizo obsesionante y casi doloroso, vi aparecer su mano al otro lado de la señorita Skiffins. Instantáneamente la señorita Skiffins la detuvo con la limpieza de un plácido boxeador, se quitó aquel cíngulo o ceñidor como antes, y lo depositó sobre la mesa. Suponiendo que la mesa representara el camino de la virtud, puedo declarar que durante toda la lectura del Anciano, el brazo de Wemmick estuvo desviándose del camino de la virtud y siendo reconducido a él por la señorita Skiffins. El Anciano acabó por adormilarse en su lectura. Éste era el momento esperado por Wemmick para sacar una caldereta, una bandeja con vasos y una botella negra de tapón de corcho coronado por una porcelana que representaba una especie de dignatario eclesiástico de aspecto rubicundo y afable. Con la ayuda de todo ello, tomamos todos algo caliente, incluso el Anciano, que ya se había despabilado. La señorita Skiffins hizo la mezcla, y pude observar que ella y Wemmick bebían del mismo vaso.

Desde luego me abstuve de ofrecerme para acompañar a la señorita Skiffins a su casa, y dadas las circunstancias me pareció más conveniente retirarme el

primero: lo cual hice después de despedirme cordialmente del Anciano y habiendo pasado una agradable velada.

Apenas una semana después recibí una nota de Wemmick, fechada en Walworth, manifestando que creía haber hecho algún progreso en el asunto relativo a nuestro plano personal y privado, y que tendría sumo gusto en que fuera a verle de nuevo para tratar de ello. Así, volví a Walworth una vez y otra, y otra, y tuve varias citas con él en la City; pero nunca hablamos del asunto ni en Little Britain ni en sus inmediaciones. Como resultado de todo ello encontramos un joven y digno comerciante o consignatario, recientemente establecido, a quien hacía falta capital, y a quien, con el tiempo y según aumentara el negocio, haría falta un socio. Él y yo firmamos documentos secretos que se referían a Herbert, y yo le pagué al contado la mitad de mis quinientas libras, y me comprometí a efectuar otros pagos, unos en fechas determinadas que coincidían con el cobro de mis rentas, y otros en función de la entrada en posesión de mi fortuna. El hermano de la señorita Skiffins llevó las negociaciones; Wemmick intervino en todo, pero nunca figuró en nada.

La cosa fue conducida con tanta habilidad que Herbert no tuvo la menor sospecha de que yo hubiera puesto la mano en ella. Nunca olvidaré la expresión radiante de su rostro cuando una tarde llegó a casa y me contó como noticia sensacional que había entrado en relación con un tal Clarriken (el nombre del joven consignatario) y que Clarriken le había mostrado una simpatía extraordinaria, y que creía que por fin iba a presentársele la esperada oportunidad. De día en día, a medida que sus esperanzas iban aumentando e iba animándose su rostro, me debió de creer un amigo más y más afectuoso, porque yo tenía las mayores dificultades para contener mis lágrimas de triunfo al verle tan feliz. Al fin, estando ya la cosa ultimada y habiendo él entrado aquel día a formar parte de la casa Clarriken, y después de haberme estado hablando toda una noche en un flujo de entusiasmo y de contento, lloré de veras al acostarme, pensando que mis expectativas habían sido de provecho para alguien.

Un gran acontecimiento de mi vida, el momento crucial de mi vida, aparece ahora a mi vista. Pero antes de proceder a su narración, y antes de pasar a todos los cambios que acarreó, he de dedicar un capítulo a Estella. No es consagrar demasiado al asunto que durante tanto tiempo llenó mi corazón.

CAPÍTULO XXXVIII

Si aquella venerada mansión, próxima al Prado de Richmond, ha de ser visitada por los espíritus después de mi muerte, lo será, indudablemente, por mi sombra. ¡Oh, cuán innumerables fueron los días y las noches en que mi inquieto espíritu la visitó mientras Estella vivía en ella! Donde fuera que estuviera mi cuerpo, mi alma no dejaba nunca de errar alrededor de aquella casa.

La dama con quien vivía Estella, la señora Brandley, era viuda, con una hija de algunos años más que Estella. La madre parecía joven, y la hija parecía vieja; la madre tenía el cutis rosado y la hija lo tenía amarillento; la madre estaba entregada a la frivolidad y la hija a la teología. Gozaban de lo que se llama una buena posición y se visitaban con gran número de personas. Poca o ninguna comunidad de sentimientos existía entre ella y Estella; pero se había establecido la inteligencia de que ellas necesitaban de Estella y Estella necesitaba de ellas. La señora Brandley había sido amiga de la señorita Havisham antes de que ésta se recluyese en su retiro.

Dentro y fuera de la casa de la señora Brandley, yo sufrí las mayores torturas que Estella pudiera causarme. La naturaleza de mis relaciones con ella, que me colocaba en términos de familiaridad, sin colocarme en términos de favor, me tenía al borde de la locura. Se servía de mí para atormentar a otros admiradores, y aprovechaba la misma familiaridad que existía entre nosotros para desairar constantemente mi devoción. Si yo hubiera sido su secretario, su mayordomo, su hermanastro, un pariente pobre, si yo hubiera sido un hermano pequeño de su futuro marido, no me habría podido sentir más alejado de mis esperanzas cuando más cerca me hallaba de ella. El privilegio de llamarla por su nombre de pila y de que ella me llamara por el mío sólo servía en estas circunstancias para hacer

más dura la prueba; y así como me figuro que eso hacía enloquecer a sus demás adoradores, sé muy bien que me enloquecía a mí.

Ella tenía admiradores sin cuento. No dudo de que mis celos me hacían ver un admirador en cada uno de los que se le acercaba; pero sin necesidad de esto, había ya más que suficientes.

La vi a menudo en Richmond, tuve frecuentemente noticias de ella en Londres, la llevé muchas veces junto con las Brandley a pasear en barca; hubo meriendas, fiestas, idas al teatro, a la ópera, a conciertos, reuniones, toda clase de diversiones, durante las cuales la solicité constantemente, y todas resultaron para mí una calamidad. Nunca tuve una hora de felicidad en su compañía, y no obstante me pasaba las veinticuatro horas del día sin pensar en otra cosa que en la felicidad de tenerla conmigo hasta la muerte.

En todo este período de nuestra relación —que duró, como se verá, lo que me pareció un espacio de tiempo muy largo—, ella volvía habitualmente a aquel tono que indicaba que nuestra asociación nos había sido impuesta. Había otras ocasiones en que dejaba repentinamente este tono y todos sus muchos tonos, y parecía compadecerse de mí.

—Pip, Pip —dijo una noche, en que había adoptado esta actitud, mientras estábamos sentados aparte a la sombra de una ventana en la casa de Richmond —, ¿no te darás nunca por advertido?

—¿De qué?

—De mí.

—¿Para que no me deje atraer por ti, quieres decir, Estella?

—¡Quiero decir! Si no ves lo que quiero decir es que estás ciego.

Yo le habría replicado que al amor se le tenía comúnmente por ciego, de no haber sido porque me hallaba cohibido —y ésta no era la menor de mis desazones— por el sentimiento de que no era generoso apremiarla, sabiendo que no tenía otro remedio que obedecer a la señorita Havisham. Mi constante temor era que este conocimiento por su parte me perjudicara grandemente ante su orgullo, y me hiciera objeto de una lucha rebelde en su corazón.

—Sea como sea —dije— no se me ha hecho ningún advertimiento últimamente, porque esta vez me escribiste para que viniera.

—Eso es verdad —dijo, con una sonrisa fría e indiferente que siempre me dejaba helado.

Después de contemplar un rato el espectáculo del crepúsculo, continuó diciendo:

—Ha llegado el momento en que la señorita Havisham desea tenerme un día consigo en Satis. Tienes que llevarme allí y devolverme aquí, si quieres. No quiere que viaje sola, y se opone a recibir a mi doncella porque tiene un horror invencible a tratar con esta clase de gente. ¿Puedes acompañarme?

—¡Si puedo acompañarte, Estella!

—¿Entonces, puedes? Pasado mañana, si no tienes inconveniente. Tienes que pagar todos los gastos de mi bolsillo. ¿Oyes la condición?

—Y debo obedecer —dije yo.

Ésta fue toda la preparación que recibí para aquella visita y para otras semejantes; la señorita Havisham jamás me escribió ni jamás he llegado a ver su escritura. A los dos días fuimos a su casa y la encontramos en su habitación, donde yo la había visto por vez primera, y no es necesario añadir que no había ningún cambio en la casa Satis.

La señorita Havisham se mostró todavía más terriblemente encariñada con Estella que la última vez que las había visto juntas; uso la palabra con toda intención porque había algo positivamente terrible en la energía que puso en sus miradas y abrazos. Estaba pendiente de la hermosura de Estella, de sus palabras, de sus gestos, se mordía los temblorosos dedos al contemplarla, como si estuviera devorando la hermosa criatura que había creado.

Después de contemplar a Estella, me miró con una mirada escrudiñadora que parecía entrar en mi corazón y sondar sus heridas. «¿Cómo te trata, Pip?, ¿cómo te trata?», me preguntaba una y otra vez con su avidez de bruja, sin importarle siquiera que la oyera ella. Pero, cuando nos sentamos por la noche junto al vacilante fuego, su conducta fue de lo más alucinante; porque entonces, manteniendo el brazo de Estella sujeto debajo del suyo y teniéndole la mano estrechamente cogida, le fue arrancando, a fuerza de referirse a lo que en sus cartas le había ido contando, el nombre y condición de los hombres a quienes había fascinado. Y mientras la señorita Havisham se deleitaba en esta relación con la intensidad de un espíritu mortalmente herido y perturbado, permanecía con la otra mano descansando en su muleta, la barbilla apoyada en ella, y sus ojos desvaídos chispeando al mirarme, hecha un verdadero espectro.

Yo veía en esto —a pesar de lo desgraciado que me hacía, y de la amarga sensación de dependencia y hasta de degradación que me producía—, yo veía en esto que Estella estaba destinada a descargar sobre la cabeza de los hombres la venganza de la señorita Havisham, y que no me sería entregada hasta que la hubiera aplacado por un tiempo determinado. Veía en esto la explicación de que

me hubiera sido destinada de antemano. Al mandarla al mundo para causar tormento y daño, la señorita Havisham lo hacía con la maligna certidumbre de que se hallaba fuera del alcance de todos los admiradores, y de que todos los que aventurasen algo por ella iban seguros de perder. Veía en esto que yo, por una perversión del ingenio, era atormentado igualmente, aunque al final me estuviese reservado el premio. Veía en esto la razón por la cual se me rechazaba durante tanto tiempo, y la razón por la cual mi ex tutor se negaba a declararse formalmente enterado de semejante plan. En una palabra, veía en esto a la señorita Havisham tal como aparecía entonces y allí ante mis ojos; y veía en esto la inconfundible sombra de la casa tenebrosa y malsana donde su vida se escondía de la luz del sol.

Las bujías que iluminaban la habitación estaban en candelabros fijos a la pared. Se hallaban a bastante altura del suelo y ardían con el continuo sopor de la luz artificial en una atmósfera raras veces renovada. Cuando recorría la sala con la mirada y al ver su débil resplandor, y el reloj parado, y los ajados atavíos nupciales esparcidos sobre la mesa y por el suelo, y la espantosa figura de la señorita Havisham con su fantástica sombra que el fuego proyectaba sobre el techo y la pared, descubrí en todo ello como un eco de la interpretación que mi pensamiento acababa de formar. Éste se trasladó a la gran sala del otro lado del descansillo, donde se hallaba puesta la mesa, y lo vi escrito, por decirlo así, en los colgajos de telarañas del centro de la mesa, en el movimiento de las arañas sobre el mantel, en las huellas de los ratones que iban a esconder sus pequeños y palpitantes corazones detrás de los arrimaderos, y en las vacilaciones y paradas de las cucarachas en el suelo.

En el curso de esta visita surgió una disputa entre Estella y la señorita Havisham. Era la primera vez que las veía enfrentadas.

Estábamos sentados junto al fuego, como acabo de describir, y la señorita Havisham aún tenía el brazo de Estella sujeto debajo del suyo, y aún le tenía la mano cogida, cuando ésta empezó a desasirse poco a poco. Ya antes había dado más de una muestra de orgullosa impaciencia y había más bien soportado que aceptado o correspondido aquellas demostraciones de feroz afecto.

—¡Qué! —dijo la señorita Havisham, mirándola con ojos llameantes—, ¿estás cansada de mí?

—Sólo un poco cansada de mí misma —respondió Estella, desprendiendo su brazo y acercándose a la gran chimenea, donde se quedó mirando al fuego.

—¡Di la verdad, ingrata! —exclamó la señorita Havisham, golpeando

coléricamente el suelo con el bastón—, estás cansada de mí.

Estella la miró con perfecta serenidad, y volvió a contemplar el fuego. Su graciosa figura y su bello semblante expresaban tan fría indiferencia por el salvaje ardor de la otra mujer que casi parecía cruel.

—¡Pedazo de piedra! —exclamó la señorita Havisham—. ¡Corazón de hielo!

—¿Qué? —dijo Estella sin dejar su actitud de indiferencia apoyada en la chimenea, y levantando solamente los ojos—. ¿Es usted quien me reprocha el ser fría? ¿Usted?

—¿No lo eres? —fue la irritada respuesta.

—Debería usted saberlo —dijo Estella—, no soy más de lo que usted ha hecho de mí. De usted es todo el mérito, o toda la culpa; de usted todo el éxito o todo el fracaso. Tómeme usted tal como me ha hecho.

—¡Oh! ¡Miradla, miradla! —exclamaba furiosa la señorita Havisham—. ¡Miradla, tan dura e ingrata en el hogar mismo donde se ha criado! ¡Donde la tomé sobre mi cuidado pecho cuando aún sangraba de sus recientes heridas, y donde le he prodigado años de ternura!

—Pero yo no tuve parte alguna en el trato —dijo Estella— porque apenas si sabía andar y hablar cuando se hizo. Pero ¿qué quería usted? Ha sido muy buena para mí y se lo debo todo. ¿Qué quería usted?

—Amor —respondió.

—Usted lo tiene.

—No lo tengo —dijo la señorita Havisham.

—Usted es mi madre adoptiva —repuso Estella sin abandonar nunca la gracia indolente de su actitud, sin levantar nunca la voz como hacía la otra, sin ceder nunca a la ira o a la ternura—. Usted es mi madre adoptiva, ya he dicho que se lo debo todo. Todo lo que poseo es de usted. Todo lo que me ha dado está a su disposición. Puede quitármelo cuando quiera. Fuera de esto, no tengo nada. Pero si me pide que le dé lo que no me ha dado usted nunca, ni mi gratitud ni mi deber pueden hacer imposibles.

—¡Que no le he dado nunca amor! —exclamó la señorita Havisham, volviéndose hacia mí enloquecida—. No le di nunca un amor ardiente siempre inseparable de los celos y de un vivo dolor. ¡Cómo puede hablarme así! ¡Que me llame loca, que me llame loca!

—Y por qué he de llamarla loca —respondió Estella—. Yo menos que nadie. ¿Hay alguien en el mundo que conozca la tenacidad de sus propósitos? ¿Hay alguien en el mundo que conozca mejor que yo la firmeza de su memoria? Yo,

que he estado sentada junto a este mismo hogar, en este pequeño taburete que aún está a su lado, aprendiendo sus lecciones y alzando los ojos a su rostro, hasta cuando su rostro me parecía extraño y me asustaba.

—Pronto lo has olvidado —gimió la señorita Havisham—. ¡Pronto lo has olvidado!

—No, no lo he olvidado —replicó Estella—. No lo he olvidado; lo he atesorado en mi memoria. ¿Cuándo me ha visto infiel a sus enseñanzas? ¿Cuándo me ha visto olvidadiza de sus lecciones? ¿Cuándo ha visto que diese cabida aquí —se tocó el pecho con la mano— a algo que usted excluyera? Sea justa conmigo.

—¡Tan orgullosa, tan orgullosa! —gimió la señorita Havisham, echándose atrás los grises cabellos con ambas manos.

—¿Quién me enseñó a ser orgullosa? —respondió Estella—. ¿Quién me aplaudía cuando daba muestras de haber aprendido mi lección?

—¡Tan dura, tan dura! —gimió la señorita Havisham repitiendo el mismo ademán.

—¿Quién me enseñó a ser dura? —replicó Estella—. ¿Quién me aplaudía cuando daba muestras de haber aprendido mi lección?

—¡Pero ser orgullosa y dura *conmigo*! —gritó la señorita Havisham levantando los brazos en alto—. Estella, Estella, Estella, ser orgullosa y dura *conmigo*.

Estella la miró un momento con una especie de tranquilo asombro, pero sin dar señal alguna de turbación; después volvió a contemplar el fuego.

—No puedo comprender —dijo, levantando los ojos tras un silencio— por qué ha de ser usted tan poco razonable cuando vengo a verla después de un tiempo sin vernos. Jamás he olvidado sus agravios y sus causas. Jamás he sido infiel a usted ni a sus enseñanzas. Jamás he tenido que acusarme de ninguna debilidad.

—¿Sería una debilidad corresponder a mi amor? —exclamó la señorita Havisham—. Pero sí, sí, ella lo llamaría así.

—Empiezo a pensar —dijo Estella, como hablando consigo misma, tras otro momento de tranquila meditación— que casi entiendo de dónde viene eso. Si usted hubiera criado a su hija adoptiva en el tenebroso encierro de estas habitaciones, y no le hubiera dejado saber que existía nada como la luz del sol, a cuya luz no hubiera visto jamás el rostro de usted; si usted hubiera hecho esto y luego, para algún fin de los suyos, hubiera querido que comprendiera la luz del

sol y lo supiera todo acerca de ella, ¿se habría enojado usted y sentido decepcionada?

La señorita Havisham, con la cabeza entre las manos, gemía débilmente y se balanceaba en su silla, pero no profirió una palabra.

—O bien —dijo Estella—, y esto se parece más al caso, si usted le hubiera enseñado, desde el primer albor de su inteligencia, con todo su poder y energía, que la luz existía, pero se había hecho para ser su enemiga y su destructora, y que debía evitarla siempre porque la había marchitado a usted y la marchitaría a ella; si usted hubiera hecho esto, y después, para algún fin de los suyos, quisiera que se aficionara naturalmente a la luz del día, y ella no pudiese hacerlo, ¿se habría enojado usted y sentido decepcionada?

La señorita Havisham seguía escuchando (o así me lo parecía, pues no podía verle el rostro), pero tampoco respondió.

—Así pues —dijo Estella—, hay que tomarme como se me ha hecho. El éxito no es mío, el fracaso no es mío, pero los dos me han hecho lo que soy.

La señorita Havisham se había sentado en el suelo, no sé cómo, entre las mustias reliquias nupciales en él diseminadas. Yo aproveché aquel momento —desde el principio había esperado uno propicio— para abandonar la habitación, después de implorarle a Estella con un ademán que le prestase atención. Cuando salí, ésta continuaba de pie junto a la chimenea como había permanecido todo el rato. Los cabellos grises de la señorita Havisham estaban esparcidos por el suelo entre las demás ruinas nupciales, ofreciendo un doloroso espectáculo.

Con el corazón oprimido me estuve paseando una hora o más a la luz de las estrellas, por el patio de la cervecería y el jardín abandonado. Cuando por fin me vi con valor para volver a la habitación, encontré a Estella sentada en las rodillas de la señorita Havisham, dando unas puntadas a una de aquellas viejas prendas de vestir que se caían a pedazos y en las cuales me habían hecho pensar a menudo los descoloridos jirones de antiguas banderas que había visto colgando en las catedrales. Más tarde, Estella y yo jugamos a los naipes, como en otros tiempos —sólo que ahora éramos más hábiles y jugábamos a juegos franceses— y así pasó la velada y yo me fui a la cama.

Dormí en el edificio anejo del otro lado del patio. Era la primera vez que pasaba la noche en la casa Satis, y el sueño se negaba a visitarme. Mil señoritas Havisham me asediaban. Se me aparecían a un lado de la almohada, al otro, a la cabecera de la cama, a los pies, detrás de la puerta entreabierta del tocador, en el tocador, en el cuarto de arriba, en el de abajo, en todas partes. Por último, cuando

ya la noche se arrastraba lentamente hacia las dos de la madrugada, sentí que aquel lugar se me hacía absolutamente insoportable como dormitorio, y que tenía que levantarme. En consecuencia, me levanté, me vestí, salí y atravesé el patio hasta el largo corredor de piedra con el propósito de pasar al patio exterior y pasearme por allí para aliviar mi espíritu. Pero no bien estuve en el corredor cuando apagué mi vela; porque vi a la señorita Havisham pasar por él como un espectro, gimiendo en voz baja. La seguí a distancia y la vi subir la escalera. Llevaba en la mano una bujía, que probablemente había cogido de los candeleros de su habitación, y a su luz parecía un ser del otro mundo. Hasta el pie de la escalera donde me detuve me llegó el olor a moho de la sala del festín, aún sin ver que ella abriera la puerta, y la oí pasear por allí, y después pasar a su habitación, y después volver a la sala, sin cesar nunca en sus gemidos. Al cabo de un rato traté de salir en la oscuridad y volver a mi cuarto, pero no pude hacer ni lo uno ni lo otro hasta que los primeros albores del día me permitieron ver dónde ponía las manos. Durante todo este tiempo, cada vez que me acerqué al pie de la escalera, oí sus pasos, vi pasar en lo alto la luz de la bujía, y oí su incesante gemir.

No se reprodujo la disputa entre ella y Estella en el tiempo que precedió a nuestra partida el día siguiente; ni se reprodujo en ninguna ocasión parecida, y eso que hubo cuatro, si no recuerdo mal. Tampoco se notó ningún cambio en la actitud de la señorita Havisham con ella, salvo que creí notar que algo parecido al temor se añadía a sus anteriores características.

Me es imposible volver esta hoja de mi vida sin escribir en ella el nombre de Bentley Drummle; de lo contrario, lo evitaría de muy buena gana.

En cierta ocasión, cuando los Pinzones se hallaban reunidos en pleno, y mientras, como de costumbre, se fomentaba la cordialidad a base de no estar de acuerdo nadie con nadie, el Pinzón que presidía llamó al orden a la Enramada, por cuanto el señor Drummle aún no había brindado por ninguna dama; lo cual, según el solemne estatuto de la sociedad, le correspondía, por turno, hacer aquel día. Creí notar que Drummle me dirigía una mirada de soslayo, una maligna mirada, mientras circulaban las garrafas; pero como no había entre nosotros ninguna simpatía, esto no tenía nada de particular. ¡Cuál no sería mi indignada sorpresa cuando invitó a los reunidos a brindar por «Estella»!

—¿Estella qué? —pregunté.

—¿A usted qué le importa? —replicó Drummle.

—¿Estella de dónde? —insistí—. Está usted obligado a decir de dónde.

Y era cierto que, en calidad de Pinzón, estaba obligado a ello.

—De Richmond, señores —dijo Drummle, dejándome de lado—, una belleza sin par.

—Lo que entiende éste de bellezas sin par, el ruin y miserable idiota —murmuré al oído de Herbert.

—Yo conozco a esa señorita —dijo Herbert desde el otro lado de la mesa, después de que se hubo hecho honor al brindis.

—¡Ah, sí! —dijo Drummle.

—Y yo también —añadí yo, con el rostro encendido.

—¿Ah, sí? —dijo Drummle—. ¡Oh, Dios mío!

Ésta era la única respuesta —además de arrojar platos y copas— que aquel mastuerzo era capaz de dar; pero me sulfuró tanto como si me hubiera herido con el más ingenioso sarcasmo, e inmediatamente me levanté y dije que no podía por menos de considerar una desvergüenza por parte del honorable Pinzón asistir a aquella Enramada —siempre hablábamos de asistir a aquella Enramada, como un elegante giro parlamentario—, asistir a aquella Enramada para brindar por una señorita a quien no conocía. A esto el señor Drummle, levantándose, preguntó qué quería dar a entender con ello. A lo cual le di la severa respuesta de que suponía que ya sabía dónde podía encontrarme.

Si, después de esto, era o no posible, en un país cristiano, salir de aquel paso sin derramamiento de sangre, fue una cuestión sobre la cual las opiniones de los Pinzones se mostraron muy divididas. Y la discusión se hizo tan viva que otros seis honorables socios más, por lo menos, dijeron en el curso de ella, a otros seis honorables socios, que ya sabían dónde podían encontrarlos. No obstante, se decidió al cabo (pues la Enramada era un tribunal de honor) que si el señor Drummle podía presentar un pequeño certificado de la dama, acreditando que tenía el honor de conocerla, el señor Pip debería expresar su pesar, como caballero y como Pinzón, por haberse dejado arrastrar por su vehemencia. Se señaló el día siguiente para la presentación de la prueba (a fin de que nuestro honor no se enfriara con la demora) y al día siguiente Drummle compareció con una amable notita de puño y letra de Estella en la que ésta reconocía que varias veces había tenido el honor de bailar con él. Esto no me dejó otro recurso que expresar mi pesar «por haberme dejado arrastrar por mi vehemencia» y, en suma, repudiar por insostenible la idea de que se me pudiera encontrar en ninguna parte. Drummle y yo nos quedamos luego dando bufidos, mientras la Enramada

se entregaba a una Babel de discusiones y controversias, y, finalmente, se acordó que la promoción de la cordialidad había progresado a una velocidad asombrosa.

Refiero esto en estilo ligero, pero no fue cosa ligera para mí. Porque no encuentro palabras para expresar la pena que me causó pensar que Estella podía conceder favor alguno a un zopenco despreciable como aquél, tan por debajo de la común medida de los hombres. Todavía, a estas horas, creo atribuible a una pura llama de generosidad y desinterés en mi amor por ella que no pudiese soportar el pensamiento de verla rebajarse hasta un ser tan vil. No dudo de que me habría sentido desgraciado quienquiera que fuera aquel a quien ella hubiera favorecido; pero en el caso de alguien más digno de su afecto me habría causado otra clase y otro grado de dolor.

Me era fácil comprobar, y lo comprobé pronto, que él había empezado a cortejarla y que ella se lo consentía. Al poco tiempo, él la seguía constantemente y los dos nos topábamos todos los días. Él insistía con su actitud estúpida y terca, y ella le retenía; ora animándole, ora desanimándole, ora casi adulándole, ora despreciándole abiertamente, ora tratándole como amigo, ora pareciendo apenas recordar quién era.

El Araña, como le había llamado el señor Jaggers, estaba, sin embargo, acostumbrado a permanecer al acecho y tenía toda la paciencia de su especie. Añadía a esto una estólida confianza en su dinero y en el esplendor de su familia, que a veces le servía de mucho y que casi venía a reemplazar la concentración y determinación de propósito. Así, el Araña, acechando tenazmente a Estella, aventajaba en vigilancia a otros insectos más brillantes, y a menudo se soltaba y se dejaba caer en el momento oportuno.

En un baile particular en Richmond (en aquel tiempo los había en muchos sitios), donde Estella había eclipsado a todas las demás bellezas, ese patán de Drummle se le pegó de tal modo y con tanta tolerancia por parte de ella que yo decidí hablarle acerca de él. Aproveché la primera oportunidad que fue mientras esperaba a la señora Brandley para regresar a su casa, sentada aparte entre unas flores, y lista ya para marcharse. Yo estaba con ella porque siempre las acompañaba a la ida y a la vuelta de estos sitios.

—¿Estás cansada, Estella?

—Un poco, Pip.

—Tienes que estarlo a la fuerza.

—Di que no debería estarlo; porque aún tengo que escribir a la casa Satis antes de acostarme.

—¿Contando el triunfo de esta noche? —pregunté yo—. Un pobre triunfo, Estella.

—¿Qué quieres decir? No sabía que hubiera habido ninguno.

—Estella —dije—. Mira a aquel tipo que nos contempla desde aquel rincón.

—¿Por qué he de mirarle? —repuso, fijando, por el contrario, sus ojos en mí —. ¿Qué hay en aquel tipo del rincón, como dices tú, que yo necesite mirar?

—Verdaderamente, esto es lo que yo quería preguntarte a ti —dije—. Porque en toda la noche no te has apartado de su lado.

—Las polillas, y toda suerte de bichos desagradables —respondió, lanzándole una mirada—, revolotean alrededor de una bujía encendida. ¿Puede evitarlo la bujía?

—No —repliqué—, pero ¿puede evitarlo Estella?

—¡Bueno! —dijo ella, riendo, después de un momento—. Tal vez. Sí. Lo que tú quieras.

—Pero óyeme, Estella. Me desespera que des alas a un hombre tan generalmente despreciado como Drummle. Sabes que se le desprecia.

—¿Y qué? —dijo ella.

—Sabes que es tan tosco por dentro como por fuera. Un individuo menguado, violento, sañudo, estúpido.

—¿Y qué? —volvió a preguntar ella.

—Sabes que no tiene nada que le recomiende, si no es el dinero, y una ridícula lista de ineptos antepasados; ¿lo sabes, no es cierto?

—¿Y qué? —repitió ella; y cada vez que lo decía abría un poco más sus adorables ojos.

Para vencer la muralla que me oponía aquel monosílabo, se lo tomé de la boca, y, dije, repitiéndolo con énfasis:

—¡Y qué! Pues esto es lo que me aflige.

Si yo hubiese creído que Estella favorecía a Drummle con la idea de afligirme, me habría dolido menos; pero con su actitud habitual me dejaba tan por entero fuera de la cuestión que no me era posible creer tal cosa.

—Pip —dijo Estella, paseando su mirada por la sala—, no digas tonterías sobre el efecto que esto te causa. Puede tener sus efectos sobre otros, o puede que quiera tenerlos. No vale la pena discutirlo.

—Sí, vale la pena —dije yo—, porque no puedo soportar que la gente diga que prodigas tus gracias y atractivos en un mero patán, el más despreciable de todos.

—Puedo soportarlo.

—¡Oh!, no seas tan orgullosa, Estella, y tan inflexible.

—¡Ahora me llamas orgullosa e inflexible —dijo Estella abriendo las manos — y acabas de reprocharme que me rebaje al nivel de un patán!

—No hay duda de que lo haces —dije yo algo precipitadamente— porque te he visto mirarle y sonreírle esta misma noche, como nunca me has mirado ni sonreído a mí.

—Entonces, ¿lo que quieres —dijo Estella, volviéndose de pronto con una mirada firme y seria, ya que no enojada— es que te engañe y te ponga añagazas?

—¿Le engañas a él, Estella?

—Sí, y a muchos otros… a todos menos a ti. Ahí viene la señora Brandley. No quiero hablar más de eso.

Y ahora que he consagrado un capítulo al asunto que durante tanto tiempo llenó mi corazón y con tanta frecuencia lo ha hecho sufrir, podré pasar, sin estorbos, al acontecimiento que desde hacía más tiempo todavía se estaba cerniendo sobre mi vida; el acontecimiento que se había empezado a preparar antes de que yo supiera que había una Estella en el mundo, y en los días en que su inteligencia infantil estaba recibiendo las primeras deformaciones de las manos devastadoras de la señorita Havisham.

En el cuento oriental[18], la pesada piedra que había de caer sobre el fastuoso lecho a la hora misma de la conquista era arrancada poco a poco de la cantera; el túnel para la cuerda que debía sostenerla era excavado poco a poco a través de las leguas y leguas de roca; la losa era lentamente levantada y encajada en el techo; la cuerda era sujetada a ella y pasada a través de leguas y leguas de oquedad hasta la gran anilla de hierro. Una vez hecho todo con gran trabajo, y llegada la hora, el sultán era despertado en mitad de la noche, ponían en sus manos el hacha afilada que había de separar la cuerda de la gran anilla de hierro, y él daba el golpe, la cuerda se partía escurriéndose, y el techo caía. Así ocurrió en mi caso; todo el trabajo, próximo y lejano, que tendía a aquel fin, se había realizado y en un instante el golpe fue asestado, y el techo de mi fortaleza se desplomó sobre mí.

CAPÍTULO XXXIX

Tenía yo veintitrés años. Ni una sola palabra más había llegado a mi oído que pudiese ilustrarme a propósito de mis expectativas, y había transcurrido una semana desde mi vigesimotercer cumpleaños. Hacía más de un año que habíamos dejado Barnard's Jun y vivíamos en el Temple. Nuestras habitaciones estaban en Gardencourt, junto al río.

El señor Pocket y yo hacía algún tiempo que habíamos dado por extinguidos nuestros primitivos compromisos, si bien continuábamos en las mejores relaciones. No obstante mi incapacidad para seguir ninguna vocación determinada —lo cual me figuro que se debía a la inestable e incompleta posesión de mis medios de vida—, tenía gusto por la lectura y leía regularmente muchas horas al día. El asunto de Herbert estaba en marcha, y todo lo que a mí se refería seguía tal como lo he dejado al final del último capítulo.

Los negocios habían obligado a Herbert a hacer un viaje a Marsella. Yo estaba solo y tenía la melancólica conciencia de sentirme solo. Desanimado y ansioso, cansado de esperar que el día siguiente o la semana siguiente viniesen a aclarar mi situación, echaba tristemente de menos su rostro alegre y su pronta simpatía.

Hacía un tiempo horrible; lluvias y borrascas y barro en las calles; nada más que barro, hasta los tobillos. Día tras día, una vasta y espesa cortina se había arrastrado sobre Londres viniendo del este, y continuaba arrastrándose como si en el este las nubes y el viento fuesen eternos. Tan furiosos habían sido los vendavales que algunos edificios elevados de la ciudad habían perdido el plomo de sus techumbres, y en los campos había habido árboles descuajados y molinos de viento con las alas rotas; y de la costa llegaban lúgubres historias de muerte y

naufragio. Violentas rachas de lluvia habían acompañado estas furias del viento y el día que terminaba, cuando me senté a leer, había sido el peor de todos.

Desde aquella época se han producido muchos cambios en aquella parte del Temple, y ésta no tiene hoy el carácter solitario que tenía entonces, ni está tan descubierta por el lado del río. Vivíamos en lo alto de la última casa y los golpes del viento que soplaba río arriba estremecían la casa aquella noche como si fuesen descargas de un cañón o el mar batiendo los rompientes. Cuando al viento se unió la lluvia y ésta empezó a lanzarse contra las ventanas, pensé, al levantar los ojos y verlas retemblar, que bien podía imaginarme en un faro azotado por la tempestad. A veces el humo bajaba rodando por la chimenea como si no pudiera soportar tener que salir en una noche semejante; y cuando abrí las puertas y miré por la escalera, las luces estaban apagadas; y cuando con las manos sobre los ojos, para ver mejor, miré a través de los negros cristales (ni que pensar había en abrir las ventanas contra la fuerza de un viento y una lluvia así), vi que las luces del patio se habían apagado también y que las luces del puente y del muelle vacilaban y que las brasas encendidas sobre las barcazas del río eran arrebatadas por el viento, que se las llevaba por delante como rojas salpicaduras en medio de la lluvia.

Leía con el reloj encima de la mesa, y decidido a cerrar el libro a las once. Al hacerlo, el reloj de San Pablo y los de todas las iglesias de la City —algunos antes, otros al mismo tiempo, otros después— dieron aquella hora. El sonido parecía cascado por el viento de una manera curiosa; y yo lo escuchaba pensando en cómo el viento lo asaltaba y lo hendía cuando percibí pasos en la escalera.

¿Qué nerviosa locura me hizo sobresaltar, y relacionarlos pavorosamente con los pasos de mi hermana muerta? Lo mismo da. Un momento después había pasado, y yo volví a escuchar y oí que los pasos tropezaban al subir. Recordando entonces que las luces de la escalera estaban apagadas, tomé mi lámpara, y salí con ella al descansillo.

Quienquiera que fuera el que subía, se había detenido al ver mi luz, porque todo permanecía en silencio.

—¿Hay alguien ahí abajo? —grité, asomándome.

—Sí —dijo una voz en la oscuridad.

—¿Qué piso busca usted?

—El último. El señor Pip.

—Soy yo. ¿Ocurre algo?

—Nada —respondió la voz. Y el hombre continuó subiendo.

Extendí el brazo con la luz por encima de la barandilla, y el hombre poco a poco entró en la zona iluminada. Era la mía una lámpara con pantalla y el círculo de su luz muy reducido; de manera que el hombre estuvo dentro de él sólo un instante e inmediatamente quedó fuera. En aquel primer instante divisé un rostro extraño para mí, que me miraba con un aire incomprensible de estar emocionado y contento de verme.

Siguiendo con la luz los movimientos del hombre, vi que iba vestido con ropas recias pero bastas, como si llegase de un viaje por mar. Que tenía largos cabellos grises. Que su edad debía de andar alrededor de los sesenta años. Que era un hombre musculoso, fuerte de piernas, y que tenía el rostro atezado y curtido por la intemperie. Mientras subía los últimos escalones y los dos nos hallábamos iluminados por la lámpara, vi, con una especie de estúpido asombro, que me tendía ambas manos.

—¿Qué se le ofrece? —le pregunté.

—¿Qué se me ofrece? —repitió deteniéndose—. ¡Ah! Sí. Ya se lo explicaré, con su permiso.

—¿Desea usted entrar?

—Sí —respondió—. Deseo entrar, señor.

Le había hecho la pregunta de un modo algo inhospitalario, porque me molestaba la especie de alegre y satisfecho reconocimiento que aún resplandecía en su rostro. Me molestaba porque parecía implicar que él contaba con que yo le correspondiese. Pero le introduje en la habitación que acababa de dejar y, después de poner la luz sobre la mesa, tan cortésmente como pude le pedí que se explicara.

Él paseó la mirada a su alrededor con el aire más extraño del mundo —un aire de maravillado contento, como si tuviera alguna parte en las cosas que admiraba— y se despojó de un burdo capote y se quitó el sombrero. Entonces vi que tenía la frente calva y arrugada y que los largos cabellos grises sólo le crecían en los lados. Pero no vi nada en absoluto que lo explicase a él. Al contrario, al momento siguiente, vi que de nuevo me tendía las manos.

—¿Qué quiere usted? —le pregunté medio sospechando que estuviera loco.

Dejó de mirarme, y se pasó lentamente la mano derecha por la cabeza.

—¡Qué desilusión para un hombre —dijo con voz bronca y quebrada—, después de esperar tanto tiempo y de venir desde tan lejos! Pero no tiene usted la

culpa, ninguno de los dos tenemos la culpa. Me explicaré dentro de medio minuto. Concédame medio minuto, por favor.

Se sentó en una silla que estaba delante del fuego, y se cubrió la frente con sus manos grandes, morenas y venosas. Le miré entonces con atención, y me aparté un poco de él; pero no le reconocí.

—¿Estamos solos? —dijo, mirando por encima de su hombro.

—¿Por qué me pregunta eso usted, un extraño que viene a mis habitaciones a estas horas de la noche? —dije.

—Es usted listo —respondió amenazándome con la cabeza con un afecto deliberado que resultaba al mismo tiempo incomprensible y exasperante—; me gusta que se haya convertido en un muchacho tan listo. Pero no me haga prender. Le pesaría después.

Olvidé las intenciones que él había adivinado porque por fin le reconocía. ¡Aún no me era posible recordar un solo detalle de sus facciones, pero le reconocía! Aunque el viento y la lluvia hubieran barrido los años transcurridos y esparcido los objetos intermedios, aunque nos hubieran arrojado al cementerio donde una vez estuvimos cara a cara desde niveles tan diferentes, yo no habría podido reconocer a mi forzado más claramente de como le reconocí entonces, allí, sentado en la silla ante el fuego. No hacía falta que sacara la lima y me la mostrara; no hacía falta que se quitara el pañuelo del cuello y se lo arrollara en la cabeza; no hacía falta que se abrazara a sí mismo con ambos brazos y diera más vueltas por la estancia, estremeciéndose y mirando si le reconocía.

Le conocí antes de que me ayudara de este modo, a pesar de que hacía un momento no había podido sospechar ni remotamente su identidad.

Volvió a donde yo estaba y una vez más me tendió las manos. No sabiendo qué hacer —porque en mi asombro había perdido la serenidad—, le ofrecí las mías de mala gana. Él las tomó cordialmente, las llevó a sus labios, las besó y continuó estrechándolas.

—Obraste noblemente, muchacho —dijo—. ¡Noblemente, Pip! ¡Y nunca lo he olvidado!

Hubo un cambio de actitud, como si estuviese incluso a punto de abrazarme y le puse una mano en el pecho y le aparté de mí.

—¡Alto! —dije—. ¡Apártese! Si es usted agradecido por lo que hice cuando no era más que un niño, espero que haya mostrado su gratitud enmendando su modo de vivir. Si ha venido para darme las gracias, no era necesario. No obstante, independientemente de cómo haya llegado a dar conmigo, algo bueno

debe de haber en el sentimiento que le ha traído aquí, y no quiero rechazarle; pero ciertamente debe comprender que…

Mi atención fue de tal modo absorbida por la singularidad de la mirada que clavaba en mí, que las palabras murieron en mis labios.

—Decía usted —observó él, después de contemplarnos en silencio— que ciertamente yo debía comprender. ¿Qué es lo que ciertamente debía comprender?

—Que yo no puedo sentir deseos de renovar nuestra relación casual de hace tanto tiempo, en circunstancias tan distintas como las presentes. Me alegro de pensar que está usted arrepentido y que se ha redimido. Me alegro de podérselo decir. Me alegro de que, creyendo que yo merecía gratitud, haya venido usted a darme las gracias. Pero no por ello nuestros caminos dejan de ser distintos. Está usted empapado y parece cansado. ¿Quiere usted beber algo, antes de irse?

Se había vuelto a echar el pañuelo al cuello, aunque dejándolo suelto, y me estaba observando fijamente mientras mordía una de sus puntas.

—Creo —respondió, sin dejar de morder el pañuelo y de mirarme fijamente — que beberé algo, gracias, antes de irme.

Había una bandeja dispuesta en un velador. La llevé a la mesa, junto al fuego, y le pregunté qué quería tomar. Él tocó una de las botellas sin mirarla ni hablar y yo le preparé un ponche caliente. Traté de hacerlo con pulso firme, pero la mirada que me dirigía, mientras se retrepaba en su silla con la punta del pañuelo entre los dientes —evidentemente se había olvidado de él—, hacía mi mano muy difícil de dominar. Cuando por fin le puse el vaso delante, vi con nueva sorpresa que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Hasta aquel momento yo había permanecido de pie, sin disimular mis deseos de que se marchara. Pero me ablandó el aspecto enternecido del hombre, y sentí una punzada de remordimiento.

—Confío —dije, precipitadamente, poniendo algo en un vaso para mí y acercando una silla a la mesa— en que no pensará usted que le he hablado con demasiada dureza. No tenía esa intención, y, si lo hice, lo siento. ¡Le deseo salud y felicidad!

Al llevarme el vaso a los labios, él miró con sorpresa la punta del pañuelo, que se le había caído de la boca al abrirla, y tendió su mano. Yo le di la mía, y luego bebió y se pasó la manga por los ojos y la frente.

—¿De qué vive usted? —le pregunté.

—He sido granjero, ganadero y muchas otras cosas, allá en el nuevo mundo

—dijo él—, cruzando muchas millas de mares tempestuosos.

—Espero que haya prosperado usted.

—He prosperado magníficamente. Hay otros que fueron conmigo que también han prosperado, pero nadie ha ganado tanto dinero como yo. Soy famoso por ello.

—Me alegro de oírlo.

—Espero oírselo decir, querido muchacho.

Sin detenerme a interpretar estas palabras o el tono en que fueron pronunciadas, pasé a ocuparme de un detalle que acababa de ofrecerse a mi recuerdo.

—¿Ha visto al mensajero que me mandó usted una vez —pregunté— desde que le dio aquel encargo?

—Jamás lo he vuelto a ver. Ni era probable que lo viese.

—Cumplió fielmente, y me trajo dos billetes de una libra. Yo era entonces un muchacho pobre, como usted ya sabe, y para un muchacho pobre dos libras son una pequeña fortuna. Pero, igual que usted, yo he prosperado desde entonces, y usted debe permitir que se las devuelva. Las puede destinar a otro muchacho pobre. —Y saqué mi bolsa.

Me estuvo observando mientras ponía mi bolsa sobre la mesa y la abría, y continuó mirándome mientras separaba de su contenido dos billetes de una libra. Eran nuevos y limpios; los alisé y se los ofrecí. Sin dejar de mirarme, los puso uno encima del otro, los dobló a lo largo, los retorció, los encendió en la llama de la lámpara y dejó caer las cenizas en la bandeja.

—¿Puedo atreverme —dijo entonces, con una sonrisa que parecía un ceño y un ceño que parecía una sonrisa— a preguntar *cómo* ha prosperado usted, desde que usted y yo nos conocimos en aquellos marjales fríos y solitarios?

—¿Cómo?

—¡Sí!

Vació su vaso, se levantó y se quedó junto al fuego con su morena manaza sobre la repisa de la chimenea. Puso un pie en la reja, para secárselo y calentárselo, y la bota mojada empezó a humear; pero él no miraba la bota ni el fuego, sino que me miraba firmemente a mí. Entonces empecé a temblar.

Después de abrir la boca para articular unas palabras que no llegaron a salir, logré hacer un esfuerzo para decirle (aunque no muy claramente) que había sido elegido para heredar una fortuna.

—¿Puede un mero gusano preguntar qué fortuna es ésa?

Yo tartamudeé:

—No lo sé.

—¿Puede un mero gusano preguntar de quién es esa fortuna?

Volví a tartamudear:

—No lo sé.

—No sé si podría adivinar —dijo el forzado— a cuánto asciende su pensión desde que llegó usted a la mayoría de edad. Vamos por la primera cifra. ¿Cinco?

El corazón me latía como un gran martillo descontrolado cuando me levanté de la silla y me quedé con la mano en su respaldo, mirando al hombre como enloquecido.

—En cuanto al tutor —continuó—, debe haber habido un tutor o cosa parecida mientras usted era menor. Algún abogado, quizá. Vamos a la inicial del nombre del abogado. ¿No sería una J?

Toda la verdad de mi situación sobrevino como un relámpago; todas sus desilusiones, peligros, oprobios y consecuencias de toda clase se echaron sobre mí con tal tumulto que me dejaron anonadado y tuve que luchar por cada bocanada de aire.

—Supongamos —prosiguió— que el cliente de aquel abogado cuyo nombre empieza con una J, y podría ser Jaggers, supongamos que hubiera llegado por mar a Portsmouth, y hubiera desembarcado, y hubiera querido venir a verle. «Independientemente de cómo haya llegado a dar conmigo», acaba usted de decir. ¡Bien! ¿Cómo le he encontrado? Pues escribí desde Portsmouth a una persona de Londres, pidiéndole la dirección. ¿El nombre de esa persona? Pues, Wemmick.

No habría podido pronunciar una palabra aunque me hubiera ido en ello la vida. Seguía de pie con una mano en el respaldo de la silla y la otra en el pecho, sintiendo que me ahogaba. Permanecí así, mirándole con ojos extraviados, hasta que tuve que agarrarme a la silla porque todo se puso a dar vueltas a mi alrededor. Él me sostuvo, me llevó al sofá, me tendió sobre los almohadones y se arrodilló junto a mí, poniendo el rostro, que yo ahora recordaba bien, y que me daba escalofríos, muy cerca del mío.

—¡Sí, Pip, hijo mío, yo he hecho de ti un caballero! ¡Soy yo quien lo ha hecho! Yo juré entonces que guinea que ganase, guinea que sería tuya. Juré después que, si con mis especulaciones llegaba a hacerme rico, tú serías rico. Llevé una vida dura para que tú pudieras vivir con comodidad; trabajé de firme para que tú no tuvieras que trabajar. ¿Qué tiene esto de extraño, querido

muchacho? ¿Te lo digo para que me estés agradecido? Nada de eso. Te lo digo para que sepas que aquel perro sarnoso y perseguido a quien tú socorriste ha levantado tan alta la cabeza que ha podido hacer de alguien un caballero, y, Pip, este caballero eres tú.

La aversión que me inspiraba aquel hombre, el miedo que le tenía, la repugnancia con que rehuía su contacto, no podrían haber sido mayores si hubiera sido una bestia horrible.

—Óyeme, Pip. Yo soy tu segundo padre. Tú eres mi hijo; más que un hijo, para mí. Yo he atesorado dinero, sólo para que tú lo gastases. Cuando no era más que un pastor a sueldo en una cabaña solitaria y no veía otros rostros que los de las ovejas, hasta el punto de olvidar casi cómo eran los rostros de los hombres y las mujeres, yo veía el tuyo. Más de una vez, mientras comía o cenaba en aquella cabaña, dejé caer mi cuchillo, diciendo: «¡Ahí está el muchacho otra vez, viéndome comer y beber!». Te he visto la mar de veces, tan claramente como te vi en aquellos marjales. «Así Dios me mate», decía cada vez, y salía afuera para decirlo bajo el ancho cielo, «si teniendo libertad y fortuna, no hago de aquel niño un caballero». Y lo he hecho ¡Si no, mírate, hijo mío! Mira estas habitaciones, ¡dignas de un lord! ¿Un lord? ¡Ah! ¡Dinero tendrás más que suficiente para apostártelo con los lores y dejarlos atrás!

Su vehemencia, su triunfante exaltación, el conocimiento de que había estado próximo a desmayarme, no le dejaban ver cómo acogía yo todo esto. Fue la única sombra del consuelo que tuve.

—¡Mira! —continuó, sacando el reloj de mi bolsillo y haciendo rodar una sortija en mi dedo, mientras yo me estremecía como si me estuviese tocando una serpiente—. Es de oro, y una hermosura, ¡esto sí que es de caballero! Un diamante rodeado de rubíes; ¡esto sí que es de caballero! Mira tu ropa blanca; ¡fina y hermosa! Mira tus vestidos; ¡no los puede haber mejores! Y tus libros —paseando la mirada por la habitación—, apilados en sus estantes, ¡por centenares! Y tú los lees, ¿no es cierto? Veo que estabas leyendo uno cuando llegué. ¡Ja, ja, ja! ¡Tú me los leerás, muchacho! Y si están en lenguas extranjeras que yo no entiendo, me sentiré tan orgulloso como si las entendiera.

Volvió a tomarme las manos y a besarlas, mientras la sangre se me helaba en las venas.

—No te esfuerces por hablar, Pip —dijo, después de pasarse otra vez la manga por los ojos y la frente, mientras en su garganta sonaba aquel ruido que yo recordaba bien… y él me resultaba tanto más horrible cuanto mayor era su

interés—, lo mejor que puedes hacer es estarte callado, hijo mío. Tú no has estado aguardando con ansia este momento como he hecho yo; tú no estabas preparado para esto como estaba yo. Pero ¿jamás pensaste que pudiera ser yo?

—¡Ah, no, no, no! —respondí—. ¡Jamás, jamás!

—Bueno, ya ves que era yo, y sin que nadie me ayudase. Ni un alma, fuera de mí y del señor Jaggers.

—¿No ha habido nadie más? —pregunté.

—No —dijo, con una mirada sorprendida—, ¿quién más podía haber? Y, querido mío, ¡qué guapo te has vuelto! Y en algún sitio debe de haber unos bellos ojos… ¿eh? ¿No hay unos bellos ojos en los que te gusta pensar?

—¡Oh, Estella, Estella!

—Serán tuyos, querido, si se pueden comprar con dinero. No quiero decir con eso que un caballero como tú, tan apuesto como tú, no los pueda conquistar con sus propias prendas; ¡pero el dinero te ayudará! Déjame terminar lo que te estaba diciendo, querido. Estando en aquella cabaña y siendo un pastor a sueldo, heredé algún dinero de mi amo (que murió, y había sido lo mismo que yo), y obtuve mi libertad y me puse a trabajar por mi cuenta. Todo lo que emprendía, lo emprendía para ti. «Que Dios me lo estropee», decía, fuera lo que fuese lo que iba a emprender, «si no es para él». Y todo fue a las mil maravillas. Como te he dado a entender ahora mismo, soy famoso por ello. Fue el dinero que me legaron y la ganancia de los primeros años lo que mandé al señor Jaggers todo para ti, cuando fue a buscarte, de acuerdo con mis instrucciones.

¡Oh, ojalá no hubiera venido nunca! ¡Ojalá me hubiera dejado en la fragua… no muy contento con mi suerte, pero dichoso, sin embargo, en comparación con lo que era ahora!

—Y entonces, querido muchacho, era para mí una recompensa, tú verás, saber en secreto que estaba haciendo un caballero. Los caballos de sangre de aquellos colonos me cubrían de polvo al pasar; ¿qué decía yo? Yo me decía: «¡Estoy haciendo un caballero mejor de lo que seréis nunca vosotros!». Cuando uno de ellos decía a otro: «A pesar de toda su suerte no era más que un forzado hace unos pocos años, y aún es ahora un individuo ignorante y vulgar», ¿qué decía yo? Yo me decía: «Si no soy un caballero, ni soy instruido, tengo alguien que lo es. Todos vosotros poseéis tierras y ganados; ¿quién de vosotros tiene un caballero en Londres?». De este modo me animaba y me sostenía. Y de esta manera tenía siempre presente en mi espíritu que llegaría sin falta un día en que iría a ver a mi muchacho, y me daría a conocer a él en su propia casa.

Me puso una mano en el hombro. Yo me estremecí sólo de pensar que nada me aseguraba que aquella mano no estuviera manchada de sangre.

—No era fácil para mí, Pip, dejar aquel país, ni tampoco era muy seguro. Pero me empeñé en ello, y cuanto más difícil se hacía, más fuerte era mi empeño, porque estaba resuelto y mi determinación era firme. Y por fin lo he hecho. ¡Querido muchacho, lo he hecho!

Yo trataba de pensar, pero estaba abstraído. Todo el tiempo me había parecido que prestaba más atención al viento y a la lluvia que a él; ahora mismo, no podía separar su voz de aquellas voces, aunque éstas eran fuertes y él se había callado.

—¿Dónde me aposentarás? —preguntó al poco rato—. Hay que ponerme en algún sitio, querido muchacho.

—¿Para dormir? —dije.

—Sí. Y para dormir mucho y bien —respondió—, porque he pasado meses y meses mojado y zarandeado por el mar.

—Mi amigo y compañero —dije, levantándome del sofá— está ausente; usted puede ocupar su habitación.

—¿No volverá mañana? —preguntó.

—No —dije, respondiendo casi maquinalmente, a pesar de todos mis esfuerzos—, mañana, no.

—Porque, tú verás, querido muchacho —dijo, bajando la voz y poniéndome un dedo en el pecho para causar más impresión—, tenemos que andar con cautela.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Cautela?

—¡Por Dios, puede ser la muerte!

—¿Cómo la muerte?

—Fui condenado para toda la vida. Volver significa pena de muerte. Han sido demasiados los que han vuelto estos últimos años, y si me cogen seguro que me ahorcan.

¡Sólo me faltaba esto! ¡Aquel desventurado, después de cargarme durante años con sus malditas cadenas de oro y plata, había arriesgado su vida viniendo a verme y yo la tenía allí bajo mi custodia! Si le hubiera querido en vez de aborrecerle; si me hubiera sentido impulsado por el afecto y la admiración más profundos, en vez de por la mayor repugnancia, no habría sido peor. Al contrario, habría sido mejor, porque su seguridad habría afectado natural y tiernamente a mi corazón.

Mi primer cuidado fue cerrar los postigos a fin de que no se pudiera ver la luz desde fuera, y después cerrar y asegurar las puertas. Mientras hacía esto, él estaba junto a la mesa bebiendo ron y comiendo bizcochos; y al verle así ocupado, me pareció volver a ver a mi forzado comiendo en los marjales. Casi pensé que de un momento a otro iba a agacharse para limar su grillete.

Después de entrar en la habitación de Herbert y cerrar toda comunicación entre ésta y la escalera que no fuera a través de la sala donde había tenido lugar nuestra conversación, le pregunté si quería irse a la cama. Dijo que sí, pero me pidió un poco de mi ropa blanca de caballero para ponérsela por la mañana. Yo la saqué, y se la dejé preparada, y otra vez se me heló la sangre cuando me cogió las manos para darme las buenas noches.

Me aparté de él, sin saber cómo, y tras reavivar el fuego de la sala donde habíamos estado, me senté junto a la chimenea, pues me daba miedo irme a la cama. Durante una hora o más, estuve demasiado aturdido para poder pensar; y hasta que no pude hacerlo no empecé a darme cuenta de que no era más que un náufrago y que la nave en la que iba embarcado se había hecho pedazos.

Los planes de la señorita Havisham para mí, un puro sueño; Estella no me estaba destinada; yo sólo era tolerado en la casa Satis como un instrumento, una espina para los parientes codiciosos, un maniquí con un corazón mecánico con el que ejercitarse cuando no había otro ejercicio a mano; éstas fueron las primeras punzadas que sentí. Pero el dolor más agudo y penetrante me lo causaba pensar que a causa del forzado, culpable de no sabía qué crímenes y expuesto a verse desalojado de aquellas habitaciones donde yo estaba reflexionando, y ahorcado a las puertas de Old Bailey, había abandonado a Joe.

No habría vuelto ahora con Joe, no habría vuelto con Biddy, por ninguna consideración; sencillamente, supongo yo, porque la conciencia de la indignidad de mi conducta con ellos era más fuerte que cualquier otra consideración. Ninguna sabiduría en el mundo podía haberme dado el consuelo que habría encontrado en su simpatía y fidelidad; pero yo no podría, nunca, nunca, nunca, deshacer lo que había hecho.

En cada ráfaga del viento y en cada embestida de la lluvia tenía a mis perseguidores. Dos veces habría jurado que llamaron a la puerta y que al otro lado alguien me habló en voz baja. En medio de estos horrores, empecé a imaginar o recordar que había tenido avisos misteriosos de la venida de aquel hombre. Que durante las últimas semanas había visto en las calles rostros que me habían parecido semejantes al suyo. Que estos parecidos se habían hecho más

numerosos a medida que él, atravesando el mar, se iba acercando. Que, de algún modo, su espíritu maligno había mandado al mío estos mensajeros, y ahora, en esta noche tempestuosa, cumplía su palabra y estaba conmigo.

Vino a juntarse a estas reflexiones la de que yo le había visto con mis ojos infantiles como un hombre terriblemente violento; que había oído al otro forzado asegurar repetidamente que él había tratado de matarle; que le había visto en el fondo de la zanja luchando y embistiendo como una bestia salvaje. De todos estos recuerdos saqué, a la luz del fuego, un terror medio maduro que me decía que no era seguro hallarse encerrado allí con él, en mitad de una noche tempestuosa y solitaria. Y fue madurando hasta llenar la habitación, y obligarme a tomar una bujía para entrar a dar un vistazo a mi terrible compañero.

Se había envuelto la cabeza en un pañuelo, y en su sueño tenía el rostro rígido y ceñudo. Pero dormía, y dormía tranquilo, si bien tenía una pistola en la almohada. Tranquilizado acerca del particular, puse suavemente la llave en la parte exterior de la puerta y lo dejé encerrado antes de sentarme junto al fuego. Poco a poco fui deslizándome de mi asiento y me quedé tendido en el suelo. Cuando desperté, sin haber perdido durante el sueño la conciencia de mi desgracia, los relojes de las iglesias del oeste de Londres daban las cinco, las bujías se habían consumido, el fuego estaba apagado y el viento y la lluvia intensificaban las espesas tinieblas.

[*Fin del volumen II en la primera edición.*]

CAPÍTULO XL

Fue una suerte para mí tener que tomar precauciones para lograr en la medida de lo posible la seguridad de mi temible huésped; pues este pensamiento, acuciándome al despertar, dejó a los demás alejados en un confuso tropel.

Era evidente la imposibilidad de mantener a aquel hombre oculto en mis habitaciones. No había manera de hacerlo, y sólo intentarlo tenía inevitablemente que despertar sospechas. Es cierto que ya no tenía a mi servicio al Vengador, pero me cuidaba una inflamable vieja, ayudada por un saco de harapos al que llamaba su sobrina, y tener una habitación secreta para ellas sería el mejor modo de excitar su curiosidad y su chismorreo. Ambas tenían los ojos muy débiles, cosa que yo atribuía a su costumbre crónica de mirar por los ojos de las cerraduras, y siempre se hallaban a mano cuando no se las necesitaba; en realidad, ésta era, junto con el latrocinio, la única cualidad suya con que se podía contar. Para no tener que andar con misterios ante estas dos personas, resolví anunciar por la mañana que mi tío había llegado inesperadamente del campo.

Decidí este plan de actuación mientras a tientas, en la oscuridad, buscaba los medios de encender una luz. Y como no los encontrara, no tuve más remedio que llegarme al pabellón adjunto a pedir al sereno que viniese con su linterna. Ahora bien, bajando a oscuras la escalera, tropecé con algo, y este algo era un hombre acurrucado en un rincón.

Como no respondió cuando le pregunté qué hacía allí, sino que más bien, silenciosamente, evitó mi contacto, corrí al pabellón e insté al sereno que acudiera enseguida, y mientras volvíamos le conté el incidente. El viento continuaba soplando con la misma furia y no nos atrevimos a poner en peligro la luz del farol tratando de encender otra de las luces de la escalera, pero

exploramos esta última de arriba abajo sin encontrar a nadie. Entonces se me ocurrió la posibilidad de que aquel hombre se hubiese metido en mis habitaciones. Así, encendiendo una bujía en el farol del sereno y dejando a éste ante la puerta, examiné con el mayor cuidado las habitaciones, sin olvidar aquella en que dormía mi temido huésped. Todo estaba tranquilo y no había nadie más en aquellas estancias.

Me inquietó la idea de que, precisamente aquella noche, hubiese habido un espía en la escalera, y con objeto de ver si podía encontrar una explicación plausible, interrogué al sereno, mientras le sacaba a la puerta un vaso de ron, acerca de si había abierto la verja a algún caballero que hubiese cenado fuera. Me contestó que sí, que a distintas horas de la noche la había abierto a tres. Uno de ellos vivía en Fountain Court, y los otros dos en el Callejón; y a todos los había visto entrar en sus respectivas viviendas. Además, el otro huésped que vivía en la casa de la que mis habitaciones formaban parte hacía unas semanas que estaba en el campo y con toda seguridad no había regresado aquella noche, porque al subir la escalera pudimos ver su puerta cerrada con candado.

—Ha sido la noche tan mala, caballero —dijo el sereno al devolverme el vaso vacío—, que muy poca gente ha venido a que le abriera la verja. Aparte de los tres caballeros que he citado, no recuerdo a nadie más desde las once de la noche. A esa hora un desconocido me preguntó por usted.

—Ya sé —contesté—. Era mi tío.

—¿Le ha visto usted, caballero?

—Sí.

—¿Y también a la persona que le acompañaba?

—¿La persona que le acompañaba? —repetí.

—Me pareció que iba con él. Se detuvo cuando el otro lo hizo para preguntarme y luego siguió su mismo camino.

—¿Qué clase de persona era?

El sereno no se había fijado mucho. Le pareció un obrero, y según creía recordar, vestía un traje pardo y una capa oscura. El sereno tomaba el asunto más a la ligera que yo, cosa natural, pues carecía de los motivos que yo tenía para darle importancia.

En cuanto me libré de él, lo cual creí conveniente hacer sin prolongar mis explicaciones, me sentí con el espíritu turbado por aquellas dos circunstancias en su conjunto. Si bien tomadas por separado se prestaban a interpretación inocente, pues se podía creer, por ejemplo, que alguien, volviendo de cenar, hubiera

entrado allí por equivocación y se hubiera quedado dormido en la escalera, o que mi visitante hubiera traído a alguien consigo para que le enseñara el camino, las dos circunstancias juntas tenían un aspecto muy feo para quien, como yo, se veía inclinado al temor y la desconfianza por efecto de los cambios ocurridos en unas pocas horas.

Encendí el fuego, que ardía con pálida llama a aquella hora de la mañana, y me quedé adormilado ante él. Tenía la sensación de haber pasado así una noche entera cuando los relojes dieron las seis. Como aún quedaba hora y media hasta el amanecer, volví a adormilarme, ora despertándome inquieto, con los oídos llenos de confusas conversaciones acerca de nada, ora confundiendo el trueno con el ruido del viento en la chimenea, hasta que, por fin, caí en un profundo sueño del que me despertó, con un sobresalto, la luz del día.

En todo este tiempo no había podido meditar sobre mi situación, ni me era posible tampoco hacerlo ahora. No podía concentrar la atención. Me sentía anonadado y desgraciado, pero de un modo incoherente. En cuanto a hacer algún plan para el futuro, más fácil me habría sido hacer un elefante. Cuando abrí los postigos y contemplé la mañana tempestuosa y húmeda, teñida de color plomizo, y mientras recorría todas las habitaciones y me sentaba otra vez tembloroso ante el fuego, esperando la aparición de mi lavandera, me decía que era muy desgraciado, mas sin saber apenas cuánto tiempo lo había sido, o el día de la semana en que hacía esta reflexión y hasta quién era yo que la hacía.

Por fin entraron la vieja y su sobrina, la última con una cabeza que apenas se podía distinguir de su polvorienta escoba, y mostraron cierta sorpresa al verme ante el fuego. Les dije que mi tío había llegado por la noche y que a la sazón estaba dormido, y que, en consecuencia, había que modificar los preparativos del desayuno. Luego me lavé y me vestí mientras ellas sacudían los muebles, levantando una polvareda, y así, en una especie de sueño o como si anduviera dormido, volví a verme sentado ante el fuego y esperando que… él… viniese a tomar el desayuno.

Al cabo de poco se abrió la puerta y salió. No podía resolverme a mirarle, pero lo hice y entonces me pareció que tenía mucho peor aspecto a la luz del día.

—Todavía no sé —le dije, hablando en voz baja, mientras él se sentaba en la mesa— qué nombre debo darle. He dicho que era usted mi tío.

—Eso es, querido Pip, llámame tío.

—Sin duda, a bordo, debió de hacerse llamar por algún nombre supuesto.

—Sí, querido muchacho. Tomé el nombre de Provis.

—¿Se propone conservar ese nombre?

—Sí, querido Pip. Es tan bueno como cualquier otro, a no ser que tú prefieras uno distinto.

—¿Cuál es su apellido verdadero? —le pregunté en un susurro.

—Magwitch —contestó en el mismo tono—. Y mi nombre de pila es Abel.

—Y ¿qué oficio le enseñaron?

—El de sabandija, querido muchacho.

Hablaba en serio y usó la palabra como si, verdaderamente, denotase una profesión.

—Cuando llegó usted al Temple, anoche… —dije, preguntándome si, realmente, podía haber ocurrido la noche anterior un suceso que parecía tan remoto.

—¿Qué, querido muchacho?

—Cuando llegó usted a la puerta y preguntó al sereno por mí, ¿vio si le acompañaba alguien?

—No, querido Pip. Estaba solo.

—Pero ¿había alguien más?

—No me fijé especialmente en ello —dijo, vacilando—, desconociendo como desconozco la casa. Pero me parece que conmigo entró otra persona.

—¿Es usted conocido en Londres?

—Espero que no —contestó, tocándose el cuello con el dedo de un modo que me dio escalofríos.

—¿Y era usted conocido en Londres en otros tiempos?

—No mucho, querido muchacho. Casi siempre viví en provincias.

—¿Fue usted… juzgado… en Londres?

—¿En qué ocasión? —preguntó, dirigiéndome una mirada penetrante.

—La última vez.

Movió afirmativamente la cabeza y añadió:

—Así conocí a Jaggers. Él me defendió.

Estuve a punto de preguntarle por qué causa le habían juzgado, pero él tomó un cuchillo, lo blandió y diciendo: «Todo lo que he hecho está ya pagado», se puso a comer.

Lo hacía con una voracidad que me resultaba muy desagradable; todas sus acciones eran groseras, ruidosas y ávidas. Desde que le vi comer en los marjales, había perdido algunas muelas y, al llevarse el alimento a la boca y ladear la cabeza para poderlo masticar, adquiría un terrible aspecto de perro viejo y

hambriento. Si algún apetito hubiese tenido yo al empezar, me habría desaparecido en el acto, y me habría quedado como me quedé, alejado de él por una aversión invencible y mirando sombríamente el mantel.

—Soy gran comedor, querido Pip —dijo como una especie de excusa cortés al terminar el desayuno—. Pero siempre he sido así. Si de natural no me hubieran hecho tan glotón, tal vez mis penalidades habrían sido menores. Además, necesito fumar. Cuando me contrataron por primera vez como pastor, en el otro lado del mundo, creo que me habría vuelto un carnero melancólico si no hubiese podido fumar.

Con estas palabras se levantó de la mesa y, llevando la mano al bolsillo interior de su chaqueta, sacó una pipa negra y corta y un puñado de tabaco de la clase llamada «cabeza de negro». Después de llenar la pipa volvió a guardar el tabaco sobrante, como si su bolsillo fuese un cajón. Cogió con las tenazas un ascua del fuego y con ella encendió la pipa. Hecho esto, se volvió de espaldas a la chimenea y repitió su ademán favorito de tender sus dos manos para estrechar las mías.

—¡Y éste —dijo, levantando y bajando mis manos mientras chupaba la pipa —, éste es el caballero que yo he hecho! ¡El caballero de verdad! No sabes cuán feliz soy al mirarte, Pip. No deseo más que permanecer a tu lado y mirarte de vez en cuando, querido muchacho.

Libré mis manos lo antes que pude y sentí que poco a poco empezaba a comprender mi verdadera situación. Oyendo su bronca voz y contemplando su cabeza calva, rodeada de cabello gris, vi a quién estaba encadenado, y de qué forma.

—No quiero ver a mi caballero pisar el barro de la calle. En sus botas no ha de haber nada de barro. Mi caballero ha de tener caballos, Pip. Caballos de tiro y de silla, no sólo para ti, sino también para su criado. ¿Los colonos tienen sus caballos (¡y qué caballos, Dios mío!: caballos de pura sangre), y no los ha de tener mi caballero de Londres? No, no. Les demostraremos cuán equivocados están si eso lo que se creen, ¿no es verdad, Pip?

Sacó entonces de su bolsillo una abultada cartera, atiborrada de papeles, y la tiró sobre la mesa.

—Aquí hay algo que gastar, querido Pip. Todo eso es tuyo. Todo lo que he ganado no es mío, es tuyo. No tengas el menor reparo en gastarlo. Hay más allí de donde ha salido eso. Yo he venido a mi tierra para ver a mi caballero gastar como tal el dinero. Éste será mi mayor placer. Mi placer será vérselo gastar. ¡Y al

diablo todo el mundo! —dijo, levantándose, recorriendo la estancia con los ojos y haciendo chasquear sus dedos—. Al diablo todos, desde el juez con su peluca hasta el colono que levanta el polvo de las carreteras. Quiero mostrarles un caballero que vale más que todos ellos juntos.

—Espere —dije, en un paroxismo de miedo y repugnancia—. He de hablarle. Quiero saber qué es lo que debe hacerse. Quiero saber cómo podremos alejar de usted todo peligro, cuánto tiempo va a estar conmigo y cuáles son sus planes.

—Mira, Pip —dijo, poniendo su mano en mi brazo, en un tono súbitamente alterado y sumiso—; ante todo, escúchame. Hace un momento he perdido la cabeza. Lo que he dicho era ordinario, eso es, ordinario. Olvídalo, Pip. No volveré a ser ordinario.

—Ante todo —continué casi gimiendo—, ¿qué precauciones pueden tomarse para evitar que le reconozcan y le prendan?

—No, querido Pip —dijo en el mismo tono de antes—; lo primero no es eso. Lo primero es lo primero. No he pasado tantos años haciendo de ti un caballero para no saber ahora lo que se le debe. Mira, Pip, he sido ordinario, eso es, ordinario. Olvídalo, muchacho.

Una sensación de siniestra comicidad me hizo prorrumpir en una nerviosa carcajada, al contestar:

—Ya lo he olvidado. Por Dios, no insista usted.

—Sí, pero, mira —repitió—, no he venido para ser ordinario. Ahora, continúa, querido muchacho. Decías…

—¿Cómo podré preservarle del peligro en que se ha puesto?

—Mira, querido muchacho, el peligro no es tan grande. Si no canta nadie, es como si no existiese. Mi secreto sólo es conocido de Jaggers, de Wemmick y de ti. ¿Quién más podría cantar?

—¿No es posible que alguien le reconozca por la calle? —pregunté.

—Pocos me reconocerían —replicó—. Además, no tengo la menor intencion de anunciar en los periódicos que A. M. ha vuelto de Botany Bay; han pasado muchos años y ¿a quién le puede interesar mi captura? Fíjate bien. Aunque el peligro hubiera sido cincuenta veces mayor, yo habría hecho este viaje para verte.

—¿Y cuánto tiempo piensa estar aquí?

—¿Cuánto tiempo? —preguntó, quitándose la negra pipa de la boca y mirándome asombrado—. No pienso volverme. He venido para quedarme.

—¿Dónde va usted a vivir? —pregunté—. ¿Qué haremos con usted? ¿Dónde estará seguro?

—Querido muchacho —replicó—, se pueden comprar pelucas postizas, hay polvos para el cabello, y anteojos, y ropas negras…, calzones cortos…, y qué sé yo. Otros lo han hecho antes y nada les ha ocurrido; y lo que unos han hecho otros lo pueden hacer también. Y en cuanto a lo de dónde podré vivir, tú me darás tu opinión.

—Ahora lo toma usted con mucha tranquilidad —le dije—, pero anoche lo tomaba muy en serio cuando me juraba que podía significar la muerte.

—Y te juro que así es —repuso, volviéndose a poner la pipa en la boca—. Equivale a la muerte con una cuerda al cuello, en plena calle y no lejos de aquí, y es muy importante que lo comprendas bien. Pero ¿qué remedio, si la cosa está hecha? Aquí me tienes. Volverme ahora sería tan peligroso como quedarme, y tal vez peor. Además, Pip, estoy aquí porque hace años y años que deseo vivir a tu lado. Y en cuanto a mi osadía, soy un pájaro experimentado que ha desafiado toda clase de trampas desde que le salieron las plumas, y no me da miedo posarme sobre un espantajo. Si en él se esconde la muerte, bien está. Que salga y le plantaré cara; y entonces creeré en ella, pero no antes. Y ahora déjame que contemple otra vez a mi caballero.

Una vez más me cogió ambas manos y me examinó con aire de admirativo propietario, fumando, mientras tanto, con la mayor complacencia.

Me pareció lo mejor buscarle un alojamiento tranquilo y no muy apartado, del que pudiera tomar posesión al regreso de Herbert, a quien esperaba dentro de dos o tres días. Era evidente para mí que no podía evitar confiar el secreto a mi amigo, aunque hubiese podido prescindir del alivio que había de causarme el hecho de compartirlo con él. Pero no resultó tan evidente para el señor Provis (resolví llamarle por este nombre), quien reservó dar su consentimiento hasta haber visto a Herbert y formado un favorable concepto de su fisonomía.

—Y aún entonces, querido muchacho —dijo, sacando de su bolsillo una Biblia pequeña y grasienta con cierres negros—, aun entonces, tendrá que prestar juramento.

Decir que mi terrible protector llevaba consigo por todas partes aquel librito negro, con el solo objeto de hacer jurar sobre él a la gente en los casos de apuro, sería afirmar algo que nunca llegué a averiguar. Lo único que puedo decir es que jamás se lo vi usar de otro modo. El libro tenía el aspecto de haber sido robado a un tribunal de justicia, y tal vez el conocimiento que tenía de sus antecedentes,

combinado con su propia existencia en este sentido, le daban cierta confianza en su poder, como en una especie de amuleto legal. Al vérselo sacar del bolsillo, recordé cómo me había hecho jurar fidelidad en el cementerio, muchos años antes, y de qué manera, la noche anterior, se había descrito como un hombre que, en su soledad, afirmaba con juramentos sus resoluciones.

Como entonces llevaba un traje de marinero, que le daba un aire de vendedor de loros o de cigarros, empezamos a discutir qué traje debía ponerse. Él tenía una fe extraordinaria en las virtudes del calzón corto como disfraz, y se había proyectado un vestido que le habría dado un aspecto medio de deán, medio de dentista. Con grandes dificultades logré convencerle de que adoptara un traje más propio de un granjero en buena posición; y convinimos en que se cortaría el cabello corto y se lo empolvaría ligeramente. Por último, como aún no le habían visto la lavandera ni su sobrina, debería permanecer invisible hasta que se hubiera efectuado el cambio de traje.

Parece que tomar estas precauciones había de ser cosa sencilla; pero, dado mi estado de aturdimiento y hasta de desesperación, nos llevó tanto tiempo que la discusión duró hasta las dos o las tres de la tarde. Él debía quedarse encerrado en su habitación durante mi ausencia, sin abrir la puerta por nada del mundo.

Sabiendo que en la calle de Essex había una casa de huéspedes de aspecto respetable, cuya parte posterior daba al Temple, casi al alcance de la voz desde mis propias ventanas, me dirigí en seguida a ella y tuve la suerte de poder tomar el segundo piso para mi tío, el señor Provis. Luego recorrí algunas tiendas y compré lo necesario para modificar el aspecto de mi huésped. Una vez hecho esto, me dirigí por mi cuenta a Little Britain. El señor Jaggers estaba sentado a su mesa, pero, al verme entrar, se levantó inmediatamente y se quedó de pie junto al fuego.

—Ahora, Pip —dijo—, sea usted prudente.

—Lo seré, señor —le contesté—, porque mientras venía aquí he pensado mucho en lo que le iba a decir.

—No se comprometa usted ni comprometa a nadie. Ya me entiende… a nadie. No diga nada; no soy curioso.

Naturalmente, vi que sabía ya que el hombre había llegado.

—Sólo deseo, señor Jaggers —dije—, cerciorarme de que es verdad lo que me han dicho. No tengo ninguna esperanza de que sea mentira, pero, por lo menos, puedo confirmarlo.

El señor Jaggers hizo un movimiento de afirmación con la cabeza.

—¿Le han dicho o le han informado? —me preguntó con la cabeza ladeada, y sin mirarme, pero fijando los ojos en el suelo con aire de atención—. «Dicho» significa una comunicación verbal. Y usted no puede tener comunicación verbal con un hombre que está en Nueva Gales del Sur.

—Diré que me han informado, señor Jaggers.

—Bien.

—Pues he sido informado por una persona llamada Abel Magwitch de que él es el bienhechor que durante tanto tiempo ha sido desconocido para mí.

—Ésa es la persona… —dijo el señor Jaggers— y está en Nueva Gales del Sur.

—¿Y nadie más? —pregunté.

—Nadie más —respondió el señor Jaggers.

—No soy tan poco razonable, señor —le dije—, como para hacerle a usted responsable de todas mis equivocaciones y conclusiones erróneas; pero siempre me imaginé que sería la señorita Havisham.

—Como dice usted muy bien, Pip —replicó el señor Jaggers, volviendo fríamente su mirada hacia mí y mordiéndose su dedo índice—, yo no soy responsable de eso.

—Y, sin embargo, ¡parecía tan verosímil, señor! —exclamé con abatimiento.

—No había la menor prueba de ello, Pip —repuso el señor Jaggers, meneando la cabeza y recogiéndose los faldones de la levita—. No juzgue nada por las apariencias, sino por las pruebas. No hay mejor regla.

—No tengo nada más que decir —dije con un suspiro, después de permanecer un momento de silencio—. He comprobado los informes recibidos y aquí acaba todo.

—Puesto que Magwitch, de Nueva Gales del Sur, se ha dado a conocer —dijo el señor Jaggers—, comprenderá usted, Pip, con cuánta exactitud me he atenido, en mis comunicaciones con usted, a los hechos estrictos. Nunca me he separado lo más mínimo de la estricta línea de los hechos. ¿Está persuadido de ello?

—Completamente, señor.

—Ya le advertí a Magwitch, en Nueva Gales del Sur, la primera vez que me escribió, desde Nueva Gales del Sur, que no debía esperar que yo me desviase nunca de la estricta línea de los hechos. También le advertí otra cosa. En su carta parecía aludir de un modo vago a un lejano propósito de verle a usted en Inglaterra. Le advertí que no quería oír una palabra más al respecto; que no había

la menor probabilidad de obtener un perdón; que había sido desterrado por el término de su vida natural, y que al presentarse en este país cometería un delito que lo expondría a los máximos rigores de la ley. Le di a Magwitch este aviso —añadió, mirándome con fijeza—; se lo escribí a Nueva Gales del Sur. Y sin duda, habrá ajustado a él su conducta.

—Sin duda —dije.

—Wemmick me ha informado —prosiguió, mirándome con la misma fijeza — de que recibió una carta fechada en Portsmouth, procedente de un colono, llamado Purvis, o…

—O Provis —corregí.

—O Provis… Gracias, Pip. Tal vez *sea* Provis. Tal vez sepa usted que *es* Provis.

—Sí —contesté.

—Usted sabe que es Provis. Una carta, fechada en Portsmouth, procedente de un colono llamado Provis, pidiendo la dirección de usted, en nombre de Magwitch. Wemmick le mandó los detalles necesarios, según tengo entendido, a vuelta de correo. Probablemente por medio de ese Provis ha recibido usted la explicación de Magwitch… de Nueva Gales del Sur.

—Ha sido por medio de Provis —contesté.

—Buenos días, Pip —dijo entonces el señor Jaggers ofreciéndome la mano —. Me alegro mucho de haberle visto. Cuando escriba usted a Magwitch, a Nueva Gales del Sur, o cuando se comunique con él por mediación de Provis, tenga la bondad de mencionar que los detalles y comprobantes de nuestra larga cuenta le serán mandados a usted juntamente con el saldo; porque todavía queda un saldo a su favor. Buenos días, Pip.

Nos estrechamos la mano y siguió mirándome fijamente mientras le fue posible. Me dirigí a la puerta y él continuó con los ojos fijos en mí, en tanto que las dos horribles mascarillas parecían esforzarse en abrir los párpados y en exclamar con sus hinchadas gargantas: «¡Oh, qué hombre!».

Wemmick no estaba, pero aunque se hubiera hallado en su puesto, nada podría haber hecho por mí. Volví directamente al Temple, donde encontré sin novedad al terrible Provis bebiendo agua con ron y fumando su pipa.

Al día siguiente llegaron a casa las prendas que había encargado y él se las puso. Pero todo lo que se ponía (pensaba yo con desaliento) le daba peor aspecto que cuanto llevara antes. A mi juicio había algo en él que hacía inútil toda tentativa para disfrazarlo. Cuanto más y mejor le vestía, más se parecía al hosco

fugitivo de los marjales. Este efecto sobre mi angustiada fantasía debíase, indudablemente, a que su rostro y sus modales se me hacían cada vez más familiares; pero me pareció también que arrastraba una de las piernas, como si aún llevara en ella el peso de un grillete, y que todo en él, de los pies a la cabeza, mostraba la veta del forzado.

Además, la influencia de su solitaria vida en la cabaña se le notaba todavía y le daba un aspecto salvaje que ningún disfraz podía disimular; a esta influencia se añadía la de su vida subsiguiente entre una sociedad que le rechazaba; y para remate de todo, había su conciencia de estar a la sazón ocultándose y huyendo del peligro. En todos sus movimientos y actitudes, lo mismo sentado que de pie, o bebiendo o comiendo (o quedándose pensativo con los hombros encogidos, de un modo peculiar en él), lo mismo al sacar su cuchillo de mango de asta y limpiárselo en el pantalón antes de cortar los manjares que al llevarse a los labios los finos vasos y tazas como si fuesen groseros cazos, o al partir su pan y rebañar el plato hasta empaparlo en los últimos restos de la salsa, secándose luego las puntas de los dedos en él antes de tragárselo… en todos estos y mil otros detalles que ocurrían a cada minuto, se veía con toda claridad al Preso, al Delincuente, al Forzado.

La idea de empolvarse el cabello había sido suya y yo transigí después de hacerle desistir de la del calzón corto. Pero el efecto que producían los polvos en sus cabellos sólo puedo compararlo al que produciría el colorete en un cadáver, tan terrible era el modo en que todo lo que más convenía disimular en él saltaba a la vista a través de aquella tenue capa de disfraz, como llamas sobre su cabeza. Hubo que desistir de los polvos en cuanto se hizo la prueba, y nos limitamos, simplemente, a que llevara los grises cabellos cortados al rape.

No hay palabras para expresar el sentimiento que yo tenía, al mismo tiempo, del terrible misterio que para mí era aquel hombre. Cuando se quedaba dormido por la tarde, agarrando con sus nudosas manos los brazos del sillón, y con la cabeza calva y surcada de profundas arrugas caída sobre el pecho, me quedaba mirándole, preguntándome qué habría hecho, y acusándole mentalmente de todos los crímenes imaginables, hasta que me invadía un fuerte impulso de levantarme y huir de él. Con cada hora que transcurría aumentaba de tal modo mi horror que llegué a creer que, en las primeras agonías que pasé de esta suerte, habría cedido a este impulso, a pesar de cuanto había hecho él por mí y del peligro en que se hallaba, de no haber sido porque Herbert estaba a punto de regresar. Una vez salté de la cama por la noche y hasta empecé a vestirme

apresuradamente con mis peores ropas, con el intento de abandonarle allí con todo lo que yo poseía y sentar plaza de soldado para la India.

Dudo que un fantasma hubiera sido algo más terrible para mí, allí arriba, en aquellas solitarias habitaciones, durante las tardes y noches interminables, en medio del fragor del viento y de la lluvia. Un fantasma no habría podido ser apresado y ahorcado por mi causa, y la consideración de que él podía serlo, y el miedo de que lo fuera, no eran pequeña sobrecarga a mis temores. Cuando no estaba dormido o entretenido en un complicado solitario con una raída baraja que poseía —juego que hasta entonces no había visto jugar a nadie, ni he visto jugar después, y en el que registraba sus triunfos clavando su cuchillo en la mesa —, me rogaba que le leyese «algo en idioma extranjero, querido Pip». Y mientras le obedecía, aunque él no entendía una sola palabra, continuaba sentado ante el fuego, mirándome con aire de estarme exhibiendo, y le veía, a través de los dedos de la mano con que protegía mi rostro de la luz, haciendo la pantomima de llamar la atención de los muebles para que se fijasen en lo instruido que era yo. Aquel sabio de la leyenda que se vio perseguido por la deforme criatura que impíamente había creado no era más desgraciado que yo, perseguido por la criatura que me había hecho a mí y por la que sentía mayor repugnancia cuanto más me admiraba y más me quería.

Me doy cuenta de que he escrito sobre estas cosas como si hubiesen durado un año. No duraron más de cinco días. Como esperaba de un momento a otro la llegada de Herbert, no me atrevía a salir salvo después de anochecer, cuando sacaba a Provis a que tomara un poco el aire. Por fin una noche, después de haber cenado y cuando el cansancio me había adormilado (porque mis noches habían sido agitadas y mis sueños interrumpidos por terribles pesadillas), me despertaron los esperados pasos de mi amigo en la escalera. Provis, que también se había dormido, se estremeció al oír el ruido que hice y en un momento vi brillar en su mano la hoja de su cuchillo.

—¡No se alarme! ¡Es Herbert! —dije, y Herbert irrumpió en la estancia con la alegre excitación del que acaba de recorrer seiscientas millas en Francia.

—Händel, querido amigo, ¿cómo estás? Parece que he estado un año ausente. Tal vez ha sido así, porque te veo muy pálido y flaco. Händel, mi… Pero… perdón…

Interrumpió su parloteo y sus apretones de mano al percatarse de la presencia de Provis. Éste, mirándole con suma atención, se guardó lentamente su cuchillo, en tanto que revolvía otro bolsillo en busca de alguna otra cosa.

—Herbert, querido amigo —dije, cerrando las dobles puertas mientras mi compañero miraba muy asombrado—. Este señor… ha venido a visitarme.

—¡Todo va bien, querido muchacho! —exclamó Provis, adelantándose con su librito negro en la mano. Luego, dirigiéndose a Herbert, le dijo—: Tome usted este libro con la mano derecha. ¡Que Dios lo mate si dice usted nada a nadie! ¡Bese el libro!

—Haz lo que te dice, Herbert —dije.

Mi amigo, mirándome con amistosa inquietud y extrañeza, hizo lo que Provis le pedía y éste le estrechó la mano inmediatamente, diciendo:

—Ahora está usted obligado bajo juramento. Y nunca crea en ninguno mío, si Pip no hace de usted un caballero.

CAPÍTULO XLI

En vano trataría de describir el asombro y la inquietud de Herbert cuando, sentados los tres ante el fuego, le referí toda la historia. Baste decir que vi mis propios sentimientos reflejados en su rostro y entre ellos, especialmente, mi repugnancia hacia el hombre que tanto había hecho por mí.

Habría bastado para establecer una división entre aquel hombre y nosotros, aunque no hubiera habido otras circunstancias que nos distanciaran, el orgullo con que me oyó contar mi historia. A excepción de su pesarosa convicción de haber sido «ordinario» una vez desde su regreso (acerca de lo cual se puso a arengar a Herbert, en cuanto hube terminado mi revelación), no tuvo la menor sospecha de que yo pudiera hallar reparos a mi suerte. Su alarde de haberme convertido en un caballero y haber venido a ver cómo sostenía yo este papel con sus amplios recursos, parecía hecho en mi nombre tanto como en el suyo. Y en su espíritu estaba sólidamente establecida la conclusión de que tal alarde era sumamente agradable para ambos, y de que ambos debíamos estar orgullosos de ello.

—Aunque fíjese, amigo de Pip —le dijo a Herbert después de hablar por algún tiempo—, sé muy bien que desde que he vuelto, por espacio de medio minuto, he sido ordinario. Ya le dije a Pip que sabía que había sido ordinario. Pero no se inquiete usted por eso. No he hecho de Pip un caballero, como él hará un caballero de usted, para olvidar lo que se les debe a ustedes. Querido Pip y amigo de Pip, háganse ustedes cuenta de que de ahora en adelante llevo puesta una mordaza de finura. Amordazado estoy desde aquel momento en que, olvidándome de mí mismo, fui ordinario; amordazado para ahora, y amordazado para siempre.

—Ciertamente —dijo Herbert, pero no pareció que esto le consolase, y se quedó confuso y abatido.

Ambos esperábamos impacientes la hora de que nuestro huésped se fuera a su vivienda y nos dejara solos; pero sin duda alguna le ponía celoso dejarnos juntos y se quedó hasta muy tarde. Eran las doce de la noche cuando lo llevé a Essex Street y lo dejé en seguridad a la oscura puerta de su habitación. Cuando se cerró tras él, experimenté el primer momento de alivio que había conocido desde la noche en que llegó.

Siempre acuciado por el temeroso recuerdo del hombre a quien sorprendí en la escalera, iba vigilando cada vez que, de anochecida, sacaba a mi huésped a tomar el aire; e iba vigilando ahora. A pesar de lo difícil que es en una gran ciudad evitar la sospecha de que le siguen a uno, cuando sabe que hay peligro de que esto ocurra, no podía creer que ninguno de los que pasaban por mi lado tuviera el menor interés en mis movimientos. Los pocos que pasaban iban cada uno por su camino y la calle estaba desierta cuando regresé al Temple. Nadie había salido con nosotros por la puerta y nadie entró cuando volví. Al cruzar junto a la puerta vi las ventanas de Provis iluminadas y tranquilas, y cuando me quedé unos momentos ante la puerta del edificio, antes de subir la escalera, Garden Court estaba tan apacible y desierto como la misma escalera cuando subí.

Herbert me recibió con los brazos abiertos y nunca como entonces había sentido qué gran consuelo es tener un amigo. Después de dirigirme algunas palabras de simpatía y de aliento, ambos nos sentamos para discutir el asunto. ¿Qué debía hacerse?

Como la silla que había ocupado Provis seguía donde él había estado (porque tenía un modo especial, propio de su costumbre de habitar una cabaña, de andar inquietamente siempre alrededor del mismo sitio, cumpliendo con una serie de prácticas sucesivas con su pipa y su tabaco, su cuchillo y su baraja y no sé qué más, como si lo tuviese prescrito en una pizarra), digo, pues, que como la silla que había ocupado Provis seguía donde él había estado, Herbert la cogió sin pensar, pero al percatarse de ello la apartó y cogió otra. Después de eso no tuvo necesidad de decir que había cobrado aversión a mi protector, ni la tuve yo de confesar la que sentía. Nos hicimos esta mutua confidencia sin cambiar una palabra.

—¿Qué te parece —le pregunté a Herbert después de que se hubo sentado— que se puede hacer?

—Mi pobre Händel —replicó, cogiéndose la cabeza con las manos—, estoy demasiado aturdido para poder pensar.

—Lo mismo me ocurrió a mí, Herbert, al primer golpe. Pero algo hay que hacer. Este hombre está empeñado en hacer nuevos gastos… comprar caballos, coches y toda suerte de costosas superfluidades. Hay que impedírselo de un modo u otro.

—¿Quieres decir con eso que no puedes aceptar…?

—¿Cómo podría aceptar nada? —le interrumpí, aprovechando la pausa—. ¡Piensa en él! ¡Fíjate en él!

Ambos experimentamos un estremecimiento involuntario.

—Y sin embargo, Herbert, siente afecto por mí, un gran afecto. ¿Se ha visto nunca más triste sino?

—¡Pobre Händel! —repitió Herbert.

—Por otra parte —proseguí—, aunque me niegue a recibir nada más de él, piensa en lo que le debo ya, y además, tengo muchas deudas (demasiadas para mí, que ya no tengo expectativas de ninguna clase), y no estoy preparado para ninguna profesión ni sirvo para nada.

—Bueno, bueno —exclamó Herbert—. No digas que no sirves para nada.

—¿Para qué quieres que sirva? Sólo hay una cosa para la que, tal vez, podría servir, y es para sentar plaza. Ya lo habría hecho, mi querido Herbert, de no haber deseado tomar antes consejo de tu amistad y de tu afecto.

Por supuesto, aquí me faltó la voz, pero Herbert, fuera de estrecharme la mano con fuerza, no dio muestras de haberlo advertido.

—Sea como fuere, mi querido Händel —dijo al cabo de poco—, lo de sentar plaza no te conviene. Si fueses a renunciar a su protección y a sus favores, supongo que lo harías con la débil esperanza de poderle pagar un día lo que llevas recibido. No creo que la esperanza vaya a ser muy firme, haciéndote soldado. Además, es absurdo. Estarías mucho mejor en casa de Clarriker, por poco importante que sea. Ya sabes que tengo esperanzas de llegar a ser socio de ella.

¡Pobre muchacho! Poco sospechaba gracias a qué dinero.

—Pero hay otra cosa —continuó Herbert—. Se trata de un hombre ignorante, resuelto, con una idea fija que acaricia desde hace mucho tiempo. Además, puedo engañarme acerca de él, pero me parece de un carácter arrebatado y violento.

—Así es. Me consta —le contesté—. Deja que te cuente las pruebas que

tengo de ello. —Y le conté lo que había omitido en mi narración; es decir, su encuentro con el otro presidiario.

—¡Fíjate pues! —observó Herbert—. Ha venido aquí con peligro de su vida, para realizar su idea fija. En el momento de verla realizada, después de sus trabajos y penalidades y de su larga espera, le hundes el suelo que pisa, destruyes su idea y haces que toda su fortuna no tenga ya valor para él. ¿No ves lo que podría hacer, bajo el peso de su desengaño?

—Lo he visto, Herbert, y he soñado con eso desde la noche fatal de su llegada. Nada se me ha representado con mayor claridad como la posibilidad de que haga algo para que lo prendan.

—Entonces cuenta —me contestó Herbert— con que habría gran peligro de que lo hiciese. Éste es el poder que ese hombre tendrá sobre ti mientras permanezca en Inglaterra y éste sería su desesperado proceder si tú le abandonases.

Me horrorizaba tanto aquella idea, que desde el primer momento me había atormentado, y cuya realización, en cierto modo, me convertiría, según lo veía yo, en un asesino, que no pude quedarme tranquilo en mi silla, y, levantándome, empecé a pasear por la estancia, Mientras tanto, le dije a Herbert que, aun en el caso de que Provis fuera reconocido y preso, a pesar de sí mismo, yo no podría menos de considerarme, aunque inocente, el autor de su muerte. Y así era; aun cuando me consideraba desgraciado teniéndolo en libertad y cerca de mí, y habría preferido con mucho pasar toda mi vida trabajando en la fragua con Joe, a haber llegado a esto.

Pero no había manera de desentenderse de la pregunta: ¿Qué debía hacerse?

—Lo primero y principal —dijo Herbert— es sacarlo de Inglaterra. Tú irás con él y así no se resistirá.

—Pero, lo lleve donde lo lleve, ¿podré impedir que regrese?

—Mi querido Händel, ¿no es evidente que con Newgate a la vuelta de la esquina, es más peligroso revelarle tus intenciones y llevarle a la desesperación aquí que en otra parte? Tal vez ahora podría inventarse, a costa del otro forzado o de cualquier otro incidente de su vida, un pretexto para inducirle a marchar.

—¡Ésta es otra! —exclamé, deteniéndome ante Herbert con las manos abiertas, como si abarcasen todo lo desesperado del caso—. No sé nada de su vida. A punto ha estado de volverme loco pasar las noches aquí sentado viéndole ante mí, tan ligado a mis fortunas buenas y malas, y, en cambio, no más

conocido para mí que como la miserable ruina de hombre que durante dos días de mi niñez me tuvo aterrorizado.

Herbert se levantó, pasó su brazo por el mío y los dos echamos a andar de un lado a otro de la estancia mirando los dibujos de la alfombra.

—Händel —dijo Herbert deteniéndose—, ¿estás convencido de que no puedes aceptar más beneficios de él?

—Por completo. Seguramente, en mi lugar, tú harías lo mismo.

—¿Y estás convencido de que debes separarte de él?

—Herbert, ¿cómo puedes preguntarme eso?

—Por otra parte, tienes y debes tener tal consideración por la vida que él ha arriesgado por tu causa que estás decidido a salvarle, si es posible. Entonces tienes que sacarlo de Inglaterra antes de mover un solo dedo para librarte de él. Una vez logrado eso, líbrate de él en nombre de Dios; que tú y yo ya nos arreglaremos, querido amigo.

Fue para mí un consuelo estrechar las manos de Herbert después de haber dicho estas palabras, y, acto seguido, reanudar nuestro paseo por la estancia.

—Ahora, Herbert —dije—, para enterarnos de su historia sólo veo un medio. Se la preguntaré a él directamente.

—Sí, pregúntale —dijo Herbert— cuando nos sentemos a tomar el desayuno. —Porque Provis había dicho, al despedirse de Herbert el día antes, que vendría a tomar el desayuno con nosotros.

Después de formado este proyecto, nos acostamos. Yo tuve sueños horribles en los que él aparecía de un modo u otro y me levanté sin haber descansado; al despertar recobré el miedo que había perdido al dormirme, de que le descubrieran y se averiguara que era un deportado de por vida que había vuelto a Inglaterra. Una vez despierto, este miedo no me abandonaba nunca.

Llegó a la hora señalada, sacó el cuchillo de la faltriquera y se sentó a comer. Estaba lleno de planes «para que su caballero se mostrara como un gran señor», y me instó a que empezara a usar libremente del contenido de la cartera que había dejado en mi poder. Consideraba nuestras habitaciones y su propio alojamiento como residencia temporal, y me aconsejó que buscara en seguida una «jaula elegante» donde pudiera haber un «jergón» para él, cerca de Hyde Park. Cuando hubo terminado su desayuno, mientras se limpiaba el cuchillo en la pierna, sin una sola palabra de preámbulo, le dije:

—Anoche, después de marcharse usted, referí a mi amigo la lucha en que le hallaron empeñado los soldados cuando llegamos a aquella zanja de los marjales.

¿Se acuerda?

—¿Que si me acuerdo? —respondió—. ¡Ya lo creo!

—Desearíamos saber algo acerca de aquel hombre… y acerca de usted mismo. Resulta raro no saber más de él, y especialmente de usted, que lo que yo pude referir anoche. ¿No le parece ésta una ocasión tan buena como cualquier otra para contarnos algo?

—Bueno —dijo después de reflexionar—. ¿Recuerda usted su juramento, compañero de Pip?

—Claro que sí —replicó Herbert.

—Ese juramento se refiere a cuanto yo diga, sin excepción alguna.

—Así lo entiendo.

—Y fíjense ustedes… Cualquier cosa que yo haya hecho, ya está pagada —insistió.

—Perfectamente.

Sacó su pipa negra e iba a llenarla con su «cabeza de negro», cuando, mirando el enredijo de tabaco que tenía en la mano, pareció pensar que en él podía perderse el hilo de su narración. Se lo guardó otra vez, se colgó la pipa de un ojal de su chaqueta, puso una mano sobre cada rodilla, y después de dirigir, por unos silenciosos momentos, una mirada colérica al fuego, se volvió hacia nosotros y dijo lo que sigue.

CAPÍTULO XLII

—Querido muchacho y amigo de Pip: no voy a contarles mi vida cual si fuese una canción o una novela. Para empezar, con cuatro palabras tendré bastante. En la cárcel y fuera de ella, en la cárcel y fuera de ella, en la cárcel y fuera de ella. Esto es todo. Así fue mi vida hasta que me embarcaron después de aquellos días en que Pip me socorrió.

»He sufrido de todo, excepto la horca. Me han tenido encerrado con tanto cuidado como una tetera de plata. Me han llevado de un lado a otro, me han echado de esta población, me han echado de aquélla, me han metido en el cepo, me han azotado y me han atormentado y zarandeado. No tengo más idea que ustedes del lugar donde nací. Cuando empecé a reparar en mi existencia, me hallaba en Essex, hurtando nabos para comer. Recuerdo que alguien me abandonó; era un hombre, un calderero remendón, y se llevó el fuego consigo y me dejó tiritando.

»Sabía que me llamaba Magwitch y que mi nombre de pila era Abel. ¿Cómo lo sabía? Pues del mismo modo que sabía que los pájaros que veía en los setos se llamaban el uno pinzón, el otro zorzal y el otro gorrión. Podría haber creído que todo junto no era más que mentira, pero como resultó que los nombres de los pájaros eran verdaderos, hube de suponer que también el mío lo era.

»Por lo que recuerdo, no había alma viviente que al ver al pequeño Abel Magwitch, tan mal vestido como mal comido, no se asustara de él y no le ahuyentase o le hiciese prender… Y tantas veces me metieron en la cárcel que casi puedo decir que crecí en ella.

»Y así, cuando aún no era más que una criatura harapienta, la más digna de lástima que haya visto (y no es que me hubiese mirado al espejo, porque pocos

interiores amueblados conocía), tenía ya fama de ser un delincuente empedernido. “Éste es de los más empedernidos”, decían en la cárcel al mostrarme a los visitantes. “Puede decirse que este muchacho no ha vivido más que en la cárcel”. Entonces los visitantes me miraban, y yo los miraba a ellos. Alguno me medían la cabeza, aunque mejor habrían hecho midiéndome el estómago, y otros me daban folletos que yo no sabía leer, o me hacían discursos que no entendía. Y siempre venían a hablarme del diablo. Pero ¿qué diablo podía ser yo? Algo tenía que meterme en el estómago, ¿no es cierto? Pero me voy poniendo ordinario y ya sé que no lo debo hacer. Querido muchacho y compañero de Pip, no se preocupen, que no volveré a ponerme ordinario.

»Vagabundeando, mendigando, robando, trabajando a veces, cuando podía (que no era muy a menudo, pues ustedes mismos dirán si habrían estado dispuestos a darme trabajo), haciendo un poco de cazador furtivo, un poco de labrador, un poco de carretero, un poco de segador, un poco de buhonero y un poco de muchas cosas de las que no dan nada y le meten a uno en dificultades, llegué a hacerme hombre. Un soldado desertor que encontré en un parador, escondido bajo un montón de patatas, me enseñó a leer, y un gigante vagabundo que escribía su nombre por un penique me enseñó a escribir. Ya no me encerraban tan a menudo como antes, pero aún gastaba mi buena porción de hierro de llaves.

»En las carreras de Epsom, hará cosa de veinte años, trabé relaciones con un hombre cuyo cráneo, si lo tuviese aquí, sería capaz de romper con este atizador como si fuese una pata de langosta. Su verdadero nombre era Compeyson; y ése era el hombre, querido Pip, con quien me viste pelear en la zanja, tal como dijiste anoche a tu amigo después que me hube ido.

»Ese Compeyson se había educado a lo caballero, había estado interno en un colegio y era instruido. Tenía el hablar suave y sabía conducirse con finura. También era guapo. La víspera de la gran carrera fue cuando lo encontré en el brezal, en un tenducho que yo conocía muy bien. Él y algunos más estaban sentados a las mesas cuando entré, y el dueño (que me conocía y que era un jugador de marca) le llamó y le dijo: “Creo que éste es el hombre que le conviene”, refiriéndose a mí.

»Compeyson me miró estudiándome mucho y yo también le miré. Llevaba reloj con cadena, sortija y alfiler de corbata, y un elegante traje.

»—A juzgar por las apariencias, no tiene usted muy buena suerte —me dijo Compeyson.

»—Así es, amigo; nunca la he tenido. (Acababa de salir de la cárcel de Kingston, condenado por vagabundo. No es que no hubiera podido serlo por algo más, pero no lo fui).

»—La suerte cambia —dijo Compeyson—; tal vez la de usted esté a punto de cambiar.

»—¡Ojalá! —le contesté—. Ya sería hora.

»—¿Qué sabe usted hacer? —preguntó Compeyson.

»—Comer y beber —le contesté—, si encuentra usted de qué.

»Compeyson se echó a reír, volvió a mirarme con mucha atención, me dio cinco chelines y me citó para la noche siguiente en el mismo sitio.

»Al día siguiente, a la misma hora y al lugar conocido, fui a verme con Compeyson, y éste me propuso ser su agente y su socio. ¿Y cuáles eran estos negocios de Compeyson en que íbamos a asociarnos? Los negocios de Compeyson eran la estafa, la falsificación de documentos y firmas, la circulación de billetes de banco robados y cosas por el estilo. Los negocios de Compeyson eran toda clase de golpes que pudiese planear, quedando él fuera de su ejecución, aunque arramblando con los beneficios y dejando a los demás en la estacada. Tenía tanto corazón como una lima de acero, era tan frío como la misma muerte y su cabeza era la del diablo de que hemos hablado antes.

»Había otro con Compeyson, uno llamado Arthur…, no porque fuese su nombre de pila, sino su apodo. Estaba el pobre muy derrotado y parecía una sombra. Unos años atrás, él y Compeyson habían jugado una mala pasada a una rica señora, gracias a la cual se hicieron con mucho dinero; pero Compeyson apostaba y jugaba y habría sido capaz de derrochar todo lo que la nación paga al rey. Así pues, Arthur se estaba muriendo, sin un penique y con los terrores[19]. La mujer de Compeyson, a quien éste trataba a patadas, se compadecía de él cuando podía, pero Compeyson no se compadecía de nada ni de nadie.

»Podía haber tomado ejemplo de Arthur, pero no lo hice. Y no voy a fingir que tuviera muchos escrúpulos, pues, ¿de qué serviría, querido muchacho y compañero de Pip? Así pues, empecé a trabajar con Compeyson y no fui más que un pobre instrumento en sus manos. Arthur vivía en el desván de la casa de Compeyson (que estaba muy cerca de Brentford) y Compeyson llevaba una cuenta exacta de lo que le debía por alojamiento y comida, para el caso de que se repusiera lo suficiente para pagársela con su trabajo. El pobre Arthur saldó pronto esta cuenta. La segunda o tercera vez que le vi, bajó arrastrándose hasta el

salón de Compeyson, a altas horas de la noche, sin más ropa que una bata de franela, con el cabello empapado en sudor, y le dijo a la mujer de Compeyson:

»—Sally, esta vez es verdad que está arriba conmigo y no puedo librarme de ella. Va toda vestida de blanco, con flores blancas en el cabello, y está loca de remate y lleva un sudario colgado del brazo, diciendo que me lo pondrá a las cinco de la madrugada.

»—Vamos, tonto —le dijo Compeyson—. ¿No sabes que aún vive? ¿Cómo podría haber entrado en la casa sin pasar por la puerta o la ventana, y sin subir las escaleras?

»—Cómo está allí, no lo sé —respondió Arthur temblando horriblemente—; pero lo cierto es que está en el rincón, al pie de la cama y espantosamente loca. ¿Y dónde está su corazón destrozado? ¡Tú se lo destrozaste! Hay gotas de sangre.

»Compeyson le habló con violencia, pero siempre ha sido un cobarde.

»—Sube a este delirante a su cuarto —ordenó a su mujer—; Magwitch te ayudará. —Pero él no se acercaba siquiera.

»Entre la mujer de Compeyson y yo lo llevamos otra vez a la cama y él desvariaba de un modo que daba miedo.

»—¡Miradla! —gritaba—. ¿No veis cómo me amenaza con el sudario? ¿No la veis? ¡Mirad sus ojos! ¿Y no es horroroso verla tan loca? —Luego exclamaba —: ¡Me lo pondrá! ¡Me lo pondrá y yo estaré perdido! ¡Quitádselo! ¡Quitádselo!

»Y se agarraba a nosotros sin dejar de hablar con la sombra, o respondiéndole de tal modo que hasta a mí me parecía verla.

»La mujer de Compeyson, que ya estaba acostumbrada a sus cosas, le dio un poco de licor para quitarle el miedo y poquito a poco él se tranquilizó.

»—¡Oh, se ha ido! ¿Ha venido a llevársela su guardián? —exclamaba.

»—Sí, sí —le respondió la mujer de Compeyson.

»—¿Le ha dicho usted que la encierre y que atranque la puerta?

»—Sí.

»—¿Y que le quite aquel sudario tan horrible?

»—Sí, sí, todo eso hice.

»—Es usted una buena persona —le dijo a la mujer de Compeyson—. No me abandone, se lo ruego. Y muchas gracias.

»Descansó bastante tranquilo hasta pocos minutos antes de las cinco de la madrugada; en aquel momento se levantó dando un alarido y gritando:

»—¡Ya está aquí! ¡Vuelve con el sudario! ¡Ya lo despliega! ¡Ahora sale del

rincón! ¡Viene hacia mi cama! ¡Sostenedme, uno por cada lado! ¡No dejéis que me toque con él! ¡Ah! Esta vez no me ha acertado. No le dejéis que me eche el sudario por encima de los hombros. Tened cuidado de que no me levante para envolverme con él. ¡Oh, ahora me levanta! ¡Sostenedme sobre la cama, por Dios!

»Dicho esto, se levantó en un esfuerzo desesperado y cayó muerto.

»Compeyson no se apuró gran cosa por ello, considerándolo una buena solución para ambas partes. Él y yo empezamos a trabajar muy pronto, y primero prestó juramento (pues siempre ha sido falso) sobre mi propio libro, este mismo de color negro sobre el que hice jurar, querido muchacho, a tu amigo.

»Para no meternos en pormenores sobre lo que Compeyson planeaba y yo ejecutaba, lo cual nos llevaría, tal vez, una semana, diré tan sólo, querido muchacho y compañero de Pip, que aquel hombre me enredó de tal modo que me convirtió en su esclavo. Yo siempre estaba en deuda con él, siempre bajo su pie, siempre trabajando y siempre corriendo peligro. Era más joven que yo, pero era astuto, instruido, me daba quinientas vueltas y no me tenía compasión alguna. Mi mujer, mientras yo pasaba esta mala temporada con… Pero ¡alto! No he hablado de *ella*, aún…

Miró a su alrededor algo turbado, como si hubiese perdido el punto en el libro de sus recuerdos; volvió el rostro hacia el fuego, abrió las manos, que tenía apoyadas en las rodillas, las levantó luego y volvió a dejarlas donde las tenía.

—No hay necesidad de entrar en eso —dijo, mirando de nuevo a su alrededor—. La temporada que pasé con Compeyson fue casi tan mala como la peor de mi vida. Con esto queda dicho todo. ¿Les he referido que mientras estaba con Compeyson fui juzgado, yo solo, por un delito leve?

Respondí negativamente.

—Pues bien —continuó él—, fui juzgado y condenado. Y en cuanto a ser preso por sospechas, eso me ocurrió dos o tres veces durante los cuatro o cinco años que duró la cosa; pero faltaron las pruebas. Por último, Compeyson y yo fuimos juzgados por estafa, acusados de haber hecho circular billetes de banco robados, y de otras cosas, además. Compeyson me dijo: «Defensores distintos y nada de comunicación». Y esto fue todo. Yo me hallaba en tal pobreza que tuve que vender todas mis ropas, a excepción de las que llevaba puestas, antes no logré que me defendiera Jaggers.

»Cuando nos sentamos en el banquillo, lo primero que noté fue que Compeyson parecía un caballero, con su cabello rizado, su traje negro y su

pañuelo blanco, en tanto que yo no parecía más que un vulgar maleante. Cuando empezó la vista y se presentaron las pruebas, vi que todas hacían de mí el responsable y apenas se referían a él. Cuando comparecieron los testigos, resultó que siempre era yo a quien juraban conocer; que fue a mí a quien entregaron el dinero, y que siempre era yo quien lo había hecho todo y se había quedado con el provecho. Pero cuando empezó a hablar la defensa, la cosa aún fue más clara, pues el abogado de Compeyson dijo: "Señor presidente, señores jurados: Ante ustedes tienen, sentados el uno junto al otro, a dos hombres completamente distintos. Uno de ellos, el más joven, bien educado y que como tal se muestra; el otro, el de más edad, inculto y grosero y que también se muestra como tal; el de más edad carece de educación y de instrucción. Al primero, pocas veces o ninguna se le ha visto intervenir en esta clase de operaciones y no hay contra él otra cosa que sospechas; al otro, al de más edad, siempre se le ha visto metido en ellas y siempre se ha podido probar su culpa. ¿Pueden, pues, dudar ustedes, acerca de quién es el culpable, si no hay más que uno, o de quién lo es más, si ambos lo son?". Y así por el estilo. Y en llegando a los antecedentes, ¿no era Compeyson quien había estado en un colegio? ¿Y no eran sus condiscípulos, fulano y mengano, que estaban en tal y tal otra posición? ¿Y no le habían conocido algunos testigos en círculos y sociedades donde se le tenía en el mejor concepto? En cuanto a mí, ¿no había sido condenado ya antes y no se me conocía en todas las cárceles y reformatorios? Y cuando nos llegó el turno de hablar, ¿no fue Compeyson quien lo supo hacer bajando de vez en cuando la cara y escondiéndola en su pañuelo, ¡ah!, y hasta soltándoles versos? ¿Y no fui yo el que no supo decir nada más que: "Señores, este hombre que tengo a mi lado es un solemne bribón"? Y cuando se pronunció el veredicto, ¿no fue Compeyson quien fue recomendado a la clemencia del tribunal en atención a su buena conducta y a la influencia que en él tuvieron las malas compañías, y en premio de haber declarado todo lo que sabía de mí? ¿Y no fui yo a quien no se le dedicó otra palabra que la de "culpable"? Y cuando le dije a Compeyson: "Cuando salgamos de aquí voy a romperte la cara", ¿no fue Compeyson quien pidió protección al juez y logró que se interpusieran dos carceleros entre nosotros? Y cuando nos sentenciaron, ¿no sacó él siete años y yo catorce, y no fue por él por quien el juez se condolió, porque habría podido ser un hombre de provecho? ¿Y no fue a mí a quien miró como un criminal empedernido, de pasiones violentas que forzosamente tenía que ir de mal en peor?

Se había ido poniendo en estado de gran excitación, pero se contuvo, hizo

dos o tres aspiraciones cortas, tragó saliva otras tantas veces y, tendiéndome la mano, añadió, en tono tranquilizador:

—No voy a ser ordinario, querido muchacho.

Se había acalorado tanto que tuvo que sacar el pañuelo y enjugarse el rostro, la cabeza, el cuello y las manos, antes de poder continuar.

—Había dicho a Compeyson que le rompería la cara, y juré, ¡así Dios me rompiera la mía!, que lo haría. Fuimos a parar al mismo pontón; pero por más que hice, pasé mucho tiempo sin poder acercarme a él. Por fin logré ponerme detrás y le di un golpe en la mejilla, para que volviese la cara y atizarle entonces de firme, pero me vieron y me detuvieron. El calabozo de aquel barco no era muy sólido para un conocedor de calabozos que supiera nadar y bucear. Me escapé a tierra y andaba oculto por entre las tumbas cuando, por vez primera, vi a mi Pip.

Y me miró de un modo tan afectuoso que, de nuevo, se me hizo aborrecible a pesar de la gran compasión que me había inspirado.

—Gracias a mi Pip me enteré de que Compeyson corría también por los marjales. A fe mía que casi estoy seguro de que huyó por el miedo que me tenía, sin saber que yo estaba ya en tierra. Le perseguí, le alcancé y le rompí la cara. «Y ahora —le dije—, lo peor que puedo hacerte, sin cuidarme de lo que me pueda ocurrir, es devolverte al pontón». Y me habría echado al agua con él, tirando de sus cabellos, si necesario hubiera sido, y le habría devuelto a bordo aun sin el auxilio de los soldados.

»Como es natural, él salió mejor librado, porque tenía mejores antecedentes que yo. Además, dijo que se había escapado porque mis intenciones asesinas le habían hecho perder la cabeza y por todo eso su castigo fue leve. En cuanto a mí, me cargaron de hierros, fui juzgado otra vez y me deportaron de por vida. Pero, mi querido muchacho, no resultó de por vida, puesto que estoy aquí.

Volvió a secarse la cabeza con el pañuelo, como hiciera antes; luego sacó lentamente del bolsillo su puñado de tabaco, se quitó la pipa del ojal donde la había puesto, la llenó poco a poco y se puso a fumar.

—¿Ha muerto? —pregunté después de un silencio.

—¿Quién, querido Pip?

—Compeyson.

—Puedes estar seguro de que, si vive, confía en que el que haya muerto sea yo —dijo Provis con feroz mirada—. Pero nunca más he oído hablar de él.

Herbert había estado escribiendo con su lápiz en la cubierta de un libro.

Suavemente empujó el libro hacia mí, y mientras Provis seguía fumando con los ojos fijos en el fuego, pude leer en él:

> El nombre del joven Havisham era Arthur. Compeyson es el hombre que fingió enamorarse de la señorita Havisham.

Cerré el libro y lo guardé, haciendo una ligera seña a Herbert; pero ninguno de los dos dijimos una sola palabra, y ambos nos quedamos mirando a Provis, que fumaba ante el fuego.

CAPÍTULO XLIII

¿Para qué detenerme a preguntar ahora hasta qué punto mi repugnancia hacia Provis podía deberse al pensamiento de Estella? ¿Para qué entretenerme en mi camino, a fin de comparar el estado de mi espíritu cuando me esforzaba por librarme de la atmósfera de la cárcel antes de ir a buscar a Estella al despacho de las diligencias, con el estado de espíritu con que ahora reflexionaba sobre el abismo existente entre ella, con su orgullo y su belleza, y el forzado a quien albergaba en mi casa? No por hacerlo sería más llano el camino, ni mejor el final, ni mi protector ganaría nada, ni yo me sentiría aliviado.

Esta narración había engendrado en mi espíritu otro temor, o, mejor dicho, había dado forma y objeto a un temor ya existente. Si Compeyson vivía y descubría el regreso de Provis, las consecuencias no podían ser dudosas. Que Compeyson tenía a Provis un miedo mortal ninguno de los dos lo sabía mejor que yo, y era fácil imaginar que un hombre tal como nos había sido descrito no vacilaría un instante en librarse de un enemigo temido por el seguro medio de la delación.

Nunca había dicho una palabra a Provis y nunca se la diría —por lo menos así lo tenía resuelto— acerca de Estella. Pero le dije a Herbert que antes de marcharme al extranjero debía ver a Estella y a la señorita Havisham. Esto fue cuando nos quedamos solos la noche del mismo día en que Provis nos refirió su historia. Resolví, pues, ir a Richmond al siguiente día, y así lo hice.

Al presentarme a la señora Brandley, ésta hizo llamar a la doncella de Estella, quien me dijo que la joven había marchado al campo. ¿Adónde? A la casa Satis, como de costumbre. No como de costumbre, dije yo, pues hasta entonces nunca había ido sin mí. ¿Cuándo volvería? Hubo un aire de reserva en

la respuesta que aumentó mi perplejidad. La doncella me dijo que, según creía, sólo volvería por poco tiempo. No pude sacar nada en limpio de estas palabras, excepto que habían sido dichas con el propósito de que no sacara nada en limpio, y me volví a casa completamente desconcertado.

Otra consulta nocturna con Herbert después de retirarse Provis (yo le acompañaba siempre a su alojamiento sin dejar de vigilar atentamente) nos llevó a la conclusión de que no debía hablarse del proyectado viaje al extranjero hasta que yo regresara de mi visita a la señorita Havisham. Mientras tanto, Herbert y yo reflexionamos por separado acerca de lo que sería mejor: si tomar como pretexto una supuesta sospecha de que alguien le estaba vigilando, o que yo, que nunca había estado en el extranjero, manifestara deseos de hacer un viaje. Sabíamos que él aceptaría cualquier cosa que yo le propusiera y estábamos de acuerdo en que Provis no podía de ningún modo prolongar muchos días el peligro a que estaba expuesto.

Al día siguiente cometí la bajeza de fingir que tenía el compromiso de ir a ver a Joe; pero es que con Joe, con su nombre, yo era capaz de cometer cualquier indignidad. Durante mi ausencia, Provis debería andarse con el mayor cuidado y Herbert se encargaría de él como lo hacía yo. Me proponía estar ausente una sola noche, y a mi regreso debíamos empezar a satisfacer la impaciencia de Provis por verme en plan de gran señor. Entonces se me ocurrió, y, según comprobé luego, lo mismo se le ocurrió a Herbert, que esto último podría servirnos para inducirle a viajar al extranjero, con la excusa de hacer compras o algo por el estilo.

Habiendo preparado así mi visita a la señorita Havisham, salí en la primera diligencia del día siguiente, cuando apenas clareaba, y me hallé en pleno campo al apuntar el día, que parecía renquear, gimiendo y tiritando, y envuelto en retazos de nubes y jirones de niebla como un mendigo. Cuando llegamos al Jabalí Azul, después de un viaje lloviznoso, ¡cuál no sería mi asombro al ver salir a la puerta a contemplar la diligencia, con un mondadientes en la mano, a Bentley Drummle!

Como él fingió no haberme visto, yo hice como si no le viera; lo cual resultó un pobre fingimiento por ambas partes, y con mayor motivo cuando ambos entramos en la sala del café, donde él acababa de terminar su desayuno, y donde yo encargué el mío. Se me hacía odioso verle en la villa, pues de sobra sabía por qué estaba allí.

Fingiendo leer un periódico atrasado, que no tenía nada tan legible en sus

noticias locales como las materias exteriores de café, encurtidos, salsa de pescado, mantequilla y vino de que estaba cubierto, como si hubiera cogido un sarampión muy irregular, me senté a mi mesa mientras él permanecía ante el fuego. Poco a poco se me hizo enormemente ofensivo que estuviera allí. Me levanté decidido a obtener mi parte del calor de la chimenea. Tuve que pasar la mano por detrás de sus piernas para alcanzar el hurgón cuando quise atizar el fuego; pero, a pesar de ello, seguí fingiendo no conocerle.

—¿Es un desaire? —preguntó el señor Drummle.

—¡Oh! —exclamé, con el atizador en la mano—. ¿Es usted? ¿Cómo está usted? Me estaba preguntando quién sería el que tapaba el fuego.

Dicho esto, revolví las brasas de un modo tremendo y después me planté a su lado, con los hombros rígidos y de espaldas al fuego.

—¿Acaba usted de llegar? —preguntó el señor Drummle, empujándome ligeramente con su hombro.

—Sí —le contesté, empujándole ligeramente con el mío.

—Qué sitio más asqueroso —dijo Drummle—. Creo que es su tierra.

—Sí —asentí—. Y he oído decir que se parece mucho a Shropshire.

—No se le parece en nada —contestó. Aquí el señor Drummle se miró las botas y yo me miré las mías; y luego el señor Drummle miró las mías y yo miré las suyas.

—¿Hace mucho que está usted aquí? —le pregunté, decidido a no ceder una pulgada del fuego.

—Lo suficiente para estar cansado —contestó Drummle fingiendo un bostezo, pero igualmente decidido a no ceder.

—¿Estará aún mucho tiempo?

—No puedo decirlo —contestó Drummle—. ¿Y usted?

—No puedo decirlo —repliqué.

Aquí supe, en un estremecimiento de todo mi cuerpo, que, si la espalda del señor Drummle hubiera reclamado un pelo más de espacio, le habría arrojado contra la ventana, y también comprendí que, si mi hombro hubiera expresado la misma pretensión, el señor Drummle me habría arrojado a la mesa más cercana. Él se puso a silbar y yo hice lo mismo.

—Por aquí abundan los marjales, según creo —observó Drummle.

—Sí. ¿Y qué? —repliqué.

El señor Drummle me miró, miró mis botas y dijo:

—¡Oh!

Y se echó a reír.

—¿Le divierte esto, señor Drummle?

—No —contestó—, no mucho. Voy a pasear a caballo. Pienso entretenerme explorando estos marjales. Me han dicho que hay en ellos villorrios extraviados y curiosas tabernas y herrerías. ¡Camarero!

—¿Señor?

—¿Está ensillado mi caballo?

—Lo tiene usted a la puerta, señor.

—Muy bien. Ahora fíjate. Hoy la señorita no saldrá a caballo porque hace mal tiempo.

—Muy bien, señor.

—Y yo no vendré a comer porque comeré en casa de la señorita.

—Muy bien, señor.

Drummle me miró con tan insolente expresión de triunfo en su cara mofletuda que, a pesar de ser tan estúpido, se me clavó en el corazón y me exasperó de tal modo que me vinieron ganas de cogerlo en mis brazos (tal como dicen que el bandido del cuento cogió a la anciana señora) y sentarlo sobre el fuego.

Una cosa era evidente para ambos, y era que, de no venir nadie en nuestra ayuda, ninguno de los dos podía abandonar el fuego. Allí estábamos firmes ante la chimenea, hombro contra hombro y pie contra pie, sin ceder una pulgada. Podía verse el caballo a la puerta bajo la llovizna; mi desayuno estaba en la mesa; habían retirado el servicio de Drummle; el camarero me había invitado a sentarme, yo le había hecho un signo de asentimiento, pero los dos continuábamos inmóviles ante el fuego.

—¿Ha estado usted recientemente en la Enramada? —me preguntó Drummle.

—No —le contesté—. Quedé harto de Pinzones la última vez que estuve.

—¿Fue cuando tuvimos aquella pequeña diferencia?

—Sí —le contesté secamente.

—¡Caramba! —exclamó él en tono de fisgo—. Pues le salió muy barato. No tenía usted por qué perder los estribos.

—Señor Drummle —le contesté—, no es usted quién para darme consejos sobre el particular. Cuando pierdo los estribos (y con eso no quiero decir que los perdiera en aquella ocasión), por lo menos no tiro vasos.

—Pues yo sí —respondió Drummle.

Después de mirarle una o dos veces en un creciente estado de contenida ferocidad, dije:

—Señor Drummle, yo no he buscado esta conversación, y no me parece que sea agradable.

—Seguro que no —dijo con altanería y mirándome por encima del hombro —. No le encuentro ninguna gracia.

—Por lo tanto —continué—, con su permiso, me aventuraré a proponer que en adelante dejemos de tener ninguna clase de comunicación.

—Abundo en su parecer, y habría propuesto lo mismo —dijo Drummle—. O lo habría hecho, que es lo más probable, sin anunciarlo. Pero no pierda usted los estribos. ¿No ha perdido ya bastante?

—¿Qué quiere usted decir, caballero?

—¡Camarero! —gritó Drummle por toda respuesta.

El camarero reapareció.

—Oye. Supongo que has comprendido bien que la señorita no paseará hoy a caballo y que yo comeré en su casa…

—Perfectamente, señor.

Después de que el camarero, habiendo puesto la mano en la tetera y hallándola fría, me hubo dirigido una mirada suplicante y se hubo marchado, Drummle, cuidando mucho de no mover el hombro, que tocaba con el mío, sacó un cigarro del bolsillo, mordió la punta y lo encendió, pero sin dar señal alguna de querer apartarse. Enfurecido como estaba, comprendí que no podríamos cruzar una palabra más sin que saliese a relucir el nombre de Estella, que no podía ni sufrir oírle pronunciar, por lo cual clavé los ojos en la pared de enfrente como si no hubiera nadie en la sala, y me obligué a guardar silencio.

No es posible decir cuánto tiempo habríamos permanecido en tan ridícula situación, de no haber sido por la irrupción de tres granjeros ricos, traídos expresamente, me figuro yo, por el camarero, los cuales entraron en la sala desabrochándose los abrigos y frotándose las manos; y ante los cuales, como dieran una carga en dirección al fuego, no tuvimos más remedio que retirarnos.

A través de la ventana vi a Drummle agarrar las crines de su caballo, montando del modo torpe y brutal que le era peculiar, y desaparecer a reculones. Pensaba que se había marchado cuando volvió pidiendo fuego para el cigarro que tenía en la boca. Salió a dárselo (no sé de dónde, si del patio, de la posada o de la calle) un hombre vestido con ropas de color polvoriento. Y mientras Drummle se inclinaba sobre la silla para encender el cigarro y se reía, moviendo

la cabeza en dirección a la sala del café, los hombros inclinados y el cabello revuelto de aquel hombre que me daba la espalda me recordaron a Orlick.

Demasiado preocupado para cuidarme de averiguar si lo era o no, o para tocar siquiera el desayuno, me lavé la cara y las manos a fin de quitarme las huellas del viaje y me dirigí a la casa vieja y memorable donde habría sido mejor para mí no haber puesto en la vida ni la mirada ni los pies.

CAPÍTULO XLIV

En la estancia donde estaba la mesa tocador y donde ardían las bujías en las paredes, encontré a la señorita Havisham con Estella. La primera estaba sentada en un canapé ante el fuego y Estella en un almohadón a sus pies. La joven hacía calceta y la señorita Havisham lo contemplaba. Ambas levantaron los ojos al entrar yo, y ambas hallaron un cambio en mí. Lo conocí en las miradas que cruzaron.

—¿Qué viento te trae, Pip? —preguntó la señorita Havisham.

Aunque me miraba fijamente, me di cuenta de que estaba algo confusa. Estella interrumpió por un momento su labor, fijando en mí sus ojos, y luego siguió trabajando; y en el movimiento de sus dedos, tan claramente como si hubiera sido en el lenguaje de los mudos, leí que adivinaba que yo había descubierto a mi bienhechor.

—Señorita Havisham —dije—, ayer fui a Richmond para hablar con Estella; y hallando que algún viento la había traído aquí, aquí la he seguido.

Como la señorita Havisham me indicase por tercera o cuarta vez que me sentara, tomé la silla que había ante la mesa tocador, la que le vi ocupar tantas veces. Y con toda aquella ruina a mis pies y a mi alrededor, aquel lugar me pareció aquel día el más indicado para mí.

—Lo que le quería decir a Estella, señorita Havisham, se lo diré ante usted ahora mismo… dentro de un instante. No será cosa que la sorprenda ni la disguste a usted. Soy todo lo desgraciado que pueda usted desear.

La señorita Havisham seguía mirándome fijamente. Por el movimiento de los dedos de Estella comprendí que estaba atenta a lo que yo decía; pero no levantó los ojos.

—He descubierto quién es mi bienhechor. No ha sido un descubrimiento afortunado ni a propósito para mejorar mi reputación, mi situación, mi fortuna, ni nada. Hay razones que me impiden ser más explícito. Es un secreto que no me pertenece.

Mientras guardaba silencio por un momento, mirando a Estella y pensando cómo continuaría, la señorita Havisham murmuró:

—Es un secreto que no te pertenece. ¿Y qué?

—La primera vez que me hizo venir aquí, señorita Havisham, cuando yo vivía en la aldea cercana, que ojalá no hubiese abandonado nunca… supongo que entré aquí como pudiera haber entrado otro muchacho cualquiera… como una especie de criado, para satisfacer una necesidad o un capricho y recibir el salario correspondiente.

—Sí, Pip —replicó la señorita Havisham, con un movimiento afirmativo de la cabeza—. Así fue.

—Y que el señor Jaggers…

—El señor Jaggers —dijo la señorita Havisham, interrumpiéndome con firmeza— no tenía nada que ver con eso y no sabía una palabra de ello. El que sea al mismo tiempo mi abogado y el de tu protector es una coincidencia que no tiene nada de particular, puesto que sostiene la misma clase de relaciones con gran número de personas. Pero sea como fuere, sucedió así sin que nadie lo procurara.

Cualquiera que hubiera contemplado entonces su macilento rostro habría podido ver que no se excusaba ni mentía.

—Pero cuando yo caí en el error en que he permanecido por espacio de tanto tiempo, usted me dejó en él —dije.

—Sí —contestó, afirmando otra vez con movimientos de cabeza—, te dejé en el error.

—¿Fue eso un acto bondadoso?

—¿Y por qué? —exclamó la señorita Havisham, golpeando el suelo con su bastón y encolerizándose tan de repente que Estella la miró sorprendida—. ¿Por qué, en nombre de Dios, he de ser bondadosa?

Mi queja era una debilidad en la que no había pensado caer. Así se lo manifesté cuando ella se quedó pensativa después de su estallido.

—Bien, bien —dijo—. ¿Qué más?

—Se me pagó liberalmente por los servicios prestados aquí —dije para calmarla— con el dinero para mi aprendizaje; así pues, he hecho estas preguntas

sólo para informarme. Lo que sigue tiene otro objeto, y espero que menos interesado. Al permitirme que continuara con mi error, señorita Havisham, usted castigó o puso a prueba (ponga usted aquí los términos que mejor expresen su intención sin ofenderse) a sus egoístas parientes.

—Sí. Ellos se imaginaron lo mismo que tú. ¿Qué vida había sido la mía, para que hubiera de molestarme en rogaros, a ellos y a ti, que no os hicierais semejantes figuraciones? Os engañasteis vosotros mismos. Yo no tuve parte en ello.

Esperando a que, de nuevo, se calmara, porque también eso lo dijo muy alterada, continué:

—Fui a vivir con una familia emparentada con usted, señorita Havisham, y desde que llegué a Londres he estado constantemente entre ellos. Me consta que sufrieron honradamente el mismo engaño que yo. Y cometería una falsedad y una bajeza si no le dijera, tanto si lo cree como si no lo cree, tanto si es de su agrado como si no, que juzga mal al señor Matthew Pocket y a su hijo Herbert, si cree que no son generosos, leales, sinceros e incapaces de cualquier intriga o mezquindad.

—Son tus amigos —objetó la señorita Havisham.

—Me ofrecieron su amistad —repliqué— precisamente cuando pensaban que les había perjudicado en sus intereses, y cuando vi a la señorita Sarah Pocket, ni la señorita Georgiana ni la señora Camilla eran amigas mías, pienso yo.

Observé con satisfacción que este contraste de los Pocket con los demás parecía impresionarla. Me miró por unos instantes, y dijo:

—¿Qué quieres para ellos?

—Solamente —le contesté— que no los confunda con los demás. Es posible que tengan la misma sangre, pero créame usted, no tienen el mismo carácter.

Sin dejar de mirarme atentamente, la señorita Havisham repitió:

—¿Qué quieres para ellos?

—No alcanza mi astucia, ya lo ve usted —le dije en respuesta, sintiendo que me ruborizaba un poco—, a poder ocultarle, aunque me lo propusiera, que deseo algo. Señorita Havisham, si pudiera usted disponer del dinero necesario para hacer a mi amigo Herbert un favor para toda la vida, pero que, dada la naturaleza del caso, debería hacerse sin que él se enterara, yo podría indicarle a usted el modo.

—¿Por qué ha de hacerse sin que él se entere? —preguntó, apoyando las

manos en su bastón a fin de mirarme con mayor atención.

—Porque —respondí— yo mismo empecé a prestarle este servicio hace más de dos años, sin que él lo supiera, y no quiero que descubra lo que he hecho por él. No puedo explicar la razón por la cual no me es posible terminar lo empezado. Forma parte del secreto que no me pertenece.

Poco a poco, la señorita Havisham apartó de mí su mirada y la volvió hacia el fuego. Después de contemplarlo por espacio de lo que, en medio del silencio reinante y a la luz de las bujías que se consumían lentamente, pareció un largo rato, se sobresaltó con el ruido de unas brasas al desplomarse y volvió a mirarme, primero casi sin verme, y luego con interés cada vez mayor. Mientras tanto, Estella no había dejado de hacer calceta. Cuando la señorita Havisham hubo centrado en mí su atención, dijo, hablando como si no hubiese habido interrupción en nuestro diálogo:

—¿Qué más?

—Estella —añadí, volviéndome entonces hacia la joven y tratando de dominar el temblor de mi voz—, ya sabes que te amo. Ya sabes que te he amado siempre con toda el alma.

Ella dirigió la vista a mi rostro al verse interpelada de este modo, sin abandonar la labor, y me miró con expresión inmutable. Vi que la señorita Havisham nos observaba, fijando alternativamente los ojos en cada uno de nosotros.

—Te lo habría dicho antes, de no haber sido por el error en que me hallaba. Éste me inducía a creer que la señorita Havisham nos tenía destinados el uno para el otro. Mientras pensé que tú, por decirlo así, no tenías más remedio que obedecer, me abstuve de hablar; pero ahora debo decírtelo.

Siempre serena, y sin cesar de mover los dedos, Estella movió la cabeza.

—Ya sé —dije en respuesta a aquel ademán—, ya sé que no tengo la esperanza de poder llamarte mía, Estella. Ignoro lo que será de mí muy pronto, lo pobre que seré o adónde tendré que ir. Sin embargo, te amo. Te amo desde que te vi por primera vez en esta casa.

Mirándome con inquebrantable serenidad y sin dejar de mover los dedos, movió de nuevo la cabeza.

—Habría sido cruel, por parte de la señorita Havisham, haber jugado con la sensibilidad de un pobre muchacho y haberme torturado durante estos largos años con una esperanza vana y un cortejo inútil, en caso de que hubiera

reflexionado acerca de lo que hacía. Pero creo que no pensó en eso. Creo que sus propios sufrimientos le hicieron olvidar los míos, Estella.

Vi que la señorita Havisham se llevaba la mano al corazón y la dejaba allí mientras seguía mirándonos, alternativamente, a Estella y a mí.

—Parece —dijo Estella— que existen sentimientos e ilusiones (no sé cómo llamarlos) que no puedo comprender. Cuando dices que me amas, entiendo lo que esto significa, como una frase hecha, pero nada más. No le dices nada a mi corazón; no conmueves nada en él. No me interesa lo que puedas decir. Muchas veces he tratado de advertirte de ello, ¿no es cierto?

—Sí —contesté tristemente.

—Sí. Pero no querías darte por avisado, porque creías que no hablaba en serio. ¿Es verdad o no?

—Creía y confiaba estar en lo cierto, que no era posible que hablases en serio. ¡Tú, tan joven, tan feliz y tan hermosa, Estella! Ciertamente, eso es algo que está en desacuerdo con la naturaleza.

—Está en mi naturaleza —replicó. Y luego añadió significativamente—: Está en la naturaleza que han formado en mí. Hago una gran diferencia entre tú y la demás gente cuando te digo esto. Más, no puedo hacer.

—¿No es cierto —pregunté— que Bentley Drummle está en la villa y te corteja?

—Es verdad —contestó ella, refiriéndose a él con la indiferencia del supremo desdén.

—¿Es cierto que alientas sus pretensiones, que sales a caballo en su compañía y que él va a cenar contigo esta misma noche?

Pareció algo sorprendida de que yo supiera eso, pero de nuevo contestó:

—Es cierto.

—¡Tú no puedes amarle, Estella!

Sus dedos se quedaron quietos por vez primera cuando me respondió con enojo:

—¿Qué te dije antes? ¿Sigues creyendo, a pesar de todo, que no hablo con sinceridad?

—Pero ¿tú no te casarías nunca con él, Estella?

Miró a la señorita Havisham y reflexionó un momento, con la labor entre las manos. Luego exclamó:

—¿Por qué no decir la verdad? Voy a casarme con él.

Escondí la cara entre las manos, pero logré dominarme mejor de lo que

esperaba, dada la angustia que me causaba oírle estas palabras. Cuando volví a levantar el rostro, advertí tan espantosa mirada en el de la señorita Havisham que me quedé impresionado, aun en medio del terrible dolor que me embargaba.

—Estella, querida Estella, no permitas que la señorita Havisham te lleve a dar ese paso fatal. Recházame para siempre (ya lo has hecho y no lo olvido), pero entrégate a alguien más digno que Drummle. La señorita Havisham te entrega a él como el mayor desprecio y la mayor injuria que se puede hacer a tus muchos admiradores, mejores que Drummle, y a los pocos que verdaderamente te aman. Entre esos pocos puede haber alguno que te quiera tanto como yo, aunque ninguno que te quiera desde hace tanto tiempo. ¡Cásate con él y por el amor que te tengo lo soportaré mejor!

Mi vehemencia pareció despertar en ella un asombro que parecía mezclado de compasión, como si hubiera llegado a comprenderme algo.

—Voy a casarme con él —dijo en tono más afectuoso—. Se están haciendo los preparativos para mi boda y me casaré pronto. ¿Por qué mezclas injuriosamente en todo eso el nombre de mi madre adoptiva? Esto es cosa mía.

—¿Es cosa tuya, Estella, entregarte a una bestia?

—¿A quién quieres que me entregue? —respondió con una sonrisa—. ¿Acaso al hombre que más pronto hubiera de sentir (si es que la gente siente estas cosas) que no le había aportado nada en absoluto? ¡Vamos! Viviré bien y mi marido igualmente. Y en cuanto a llevarme a lo que llamas ese paso fatal, has de saber que la señorita Havisham preferiría que esperara y no me casara tan pronto; pero estoy cansada de la vida que he llevado hasta ahora, que tiene muy pocos encantos para mí, y deseo cambiarla. No hablemos más, porque nunca podremos comprendernos.

—¡Una bestia tan ruin y tan estúpida! —exclamé desesperado.

—No temas que vaya a ser una bendición para él —dijo Estella—. No seré nada de eso. Y ahora aquí tienes mi mano. ¿Nos despediremos ahora, muchacho visionario… u hombre?

—¡Oh, Estella! —respondí, mientras, por más que hiciera por contenerlas, amargas lágrimas caían de mis ojos sobre su mano—. Aunque me quedara en Inglaterra y pudiera levantar la cabeza como los demás, ¿cómo podría resignarme a verte convertida en esposa de Drummle?

—¡Tonterías! —dijo—. Eso pasará en poco tiempo.

—¡Jamás, Estella!

—Dentro de una semana me habrás olvidado.

—¡Que te habré olvidado! Eres parte de mí mismo. Has estado en cada una de las líneas que he leído, desde que vine aquí por vez primera, cuando era un muchacho ordinario y rudo, cuyo pobre corazón ya heriste entonces. Has estado en todas las esperanzas que desde entonces he tenido… en el río, en las velas de los barcos, en los marjales, en las nubes, en la luz, en la oscuridad, en el viento, en los bosques, en el mar, en las calles. Has sido la encarnación de cualquier graciosa fantasía que mi mente haya conocido. Las piedras de que están hechos los más sólidos edificios de Londres no son más reales, ni más imposibles de mover para ti de lo que han sido y serán para mí, allí y en todas partes, tu presencia y tu influencia. Hasta la última hora de tu vida, Estella, no tienes más remedio que seguir siendo parte de mí mismo, parte del poco bien o del mal que exista en mí. Pero en el momento de separarnos, te asocio solamente con el bien, y fielmente te recordaré confundida con él, porque, a pesar del vivo dolor que ahora siento, tienes que haberme hecho más bien que mal. ¡Oh, Dios te bendiga, y Dios te perdone!

No sé en qué paroxismo de infelicidad llegué a pronunciar estas entrecortadas palabras. La rapsodia manaba dentro de mí como la sangre de una herida interna, y brotaba al exterior. Llevé su mano a mis labios sosteniéndola allí unos momentos y luego me alejé. Pero siempre recordé —y pronto con mayor razón— que, así como Estella me miraba con incrédulo asombro, el rostro espectral de la señorita Havisham, que seguía con la mano apoyada en su corazón, parecía resolverse en una espectral mirada de compasión y remordimiento.

¡Todo había acabado! ¡Todo estaba perdido! Tanto era lo acabado y perdido que cuando salí de la casa la misma luz del día me pareció más oscura que al entrar. Por unos momentos me oculté pasando por veredas y callejas, y luego emprendí a pie el camino de Londres. Porque en aquel punto me había recobrado lo suficiente para pensar que no podía volver a la posada y encontrarme con Drummle, que no podría soportar ir sentado en el coche y que me hablaran los viajeros; que no podía hacer nada mejor que extenuarme de fatiga.

Era más de medianoche cuando crucé el Puente de Londres. Siguiendo las calles estrechas e intrincadas que en aquel tiempo se dirigían hacia el oeste, cerca de la ribera correspondiente a Middlesex, el rumbo más directo hacia el Temple era siguiendo la orilla del río, a través de Whitefriars. No me esperaban hasta la mañana siguiente, pero tenía mis llaves y, aunque Herbert se hubiera acostado, podía entrar sin molestarle.

Como raras veces entraba por la verja de Whitefriars después de estar cerrada la del Temple, y, por otra parte, iba cansado y lleno de barro, no tomé a mal que el portero me examinara con la mayor atención, mientras tenía abierta la verja para que entrase. A fin de auxiliar su memoria, pronuncié mi nombre.

—No estaba muy seguro, señor, pero me lo parecía. Aquí hay una carta, señor. El mensajero que la trajo dijo que tal vez usted tendría la amabilidad de leerla a la luz de mi farol.

Muy sorprendido por esta indicación, tomé la carta. Estaba dirigida al señor Philip Pip, y en la parte superior del sobrescrito se veían las palabras: «TENGA LA BONDAD DE LEER LA CARTA AQUÍ». La abrí mientras el vigilante sostenía el farol, y dentro hallé una línea, de letra de Wemmick, que decía:

«NO VAYA A SU CASA».

CAPÍTULO XLV

Alejándome de la verja del Temple no bien hube leído este aviso, me encaminé hacia Fleet Street, donde tomé un coche de punto retrasado, y en él me hice llevar al Hummums, en Covent Garden. En aquellos tiempos siempre se podía encontrar allí una cama a cualquier hora de la noche, y el guardián, haciéndome entrar por su postigo siempre abierto, encendió la primera bujía de la fila que había en un estante, y me acompañó al primero de los dormitorios que tenía en lista. Era una especie de bóveda en la parte posterior de la planta baja, con una cama que parecía un despótico monstruo de cuatro patas, pues ocupaba así toda la habitación, con una de sus arbitrarias patas en la chimenea y otra en el umbral, aplastando en un rincón, como por una especie de derecho divino, al mísero palanganero.

Como había pedido luz para toda la noche, el vigilante, antes de dejarme solo, me trajo la buena, vieja y constitucional bujía de médula de junco bañada en cera que se usaba en aquellos virtuosos tiempos —un objeto parecido al fantasma de un bastón que instantáneamente se rompía si lo tocaban, en el cual no se podía encender nada, y que se hallaba estrechamente confinado al fondo de una alta torre de hojalata, provista de agujeros redondos que proyectaban un curioso dibujo, lleno de ojos vigilantes, en la pared—. Una vez metido en la cama, con los pies doloridos, cansado y triste, vi que no podía pegar los ojos, ni conseguir que los cerrara de aquel estúpido Argos. Y así, en lo profundo y negro de la noche, nos quedamos los dos mirándonos cara a cara.

¡Qué noche tan triste! ¡Cuán llena de ansiedades, y cuán lúgubre e interminable! Había en la estancia un tufo inhóspito de hollín frío y polvo caliente y, mirando hacia los ángulos del baldaquín que tenía sobre la cabeza, me

preguntaba cuántas moscas de la carnicería, y tijeretas del mercado y gorgojos del campo, debían de esconderse allí en espera del verano. Esto me llevó a pensar si alguno de estos bichos se dejaba caer alguna vez, y llegué a imaginarme que sentía leves caídas sobre mi rostro; un desagradable giro del pensamiento que me hacía temer otras y más desagradables aproximaciones a lo largo de mi espalda.

Al cabo de un rato de vigilia, empezaron a dejarse oír aquellas voces extraordinarias de que está lleno el silencio. Susurraba el armario, suspiraba la chimenea, temblaba el palanganero, y una cuerda de guitarra sonaba de vez en cuando en un cajón de la cómoda. Al mismo tiempo adquirían nueva expresión los ojos de la pared, y en cada uno de aquellos círculos que me miraban veía escritas las palabras: «No vaya a su casa».

Cualesquiera que fueran las fantasías nocturnas que me asaltaban o los ruidos que llegaban a mis oídos, nada podía alejar de mi cabeza ese: «No vaya a su casa». Estas palabras se entremezclaban en todos mis pensamientos, como podía haber hecho un dolor corporal. No hacía mucho había leído en los periódicos que un caballero desconocido había ido una noche al Hummums, había tomado una habitación y se había suicidado, y a la mañana siguiente lo habían encontrado sobre un charco de sangre. Se me ocurrió que podía haber ocupado aquella misma pieza donde yo me hallaba y me levanté para asegurarme de que no había manchas rojas por allí; luego abrí la puerta para inspeccionar el corredor y reanimarme contemplando el resplandor de una luz lejana, cerca de la cual sabía que dormitaba el vigilante. Pero en todo este tiempo, por qué no podía ir yo a mi casa, qué habría ocurrido en ella, cuándo volvería yo allí, y si Provis estaba sano y salvo en su alojamiento, eran cuestiones que ocupaban mi espíritu tan activamente que uno debería creer que no podían dejar lugar para ningún otro tema. Y hasta cuando pensaba en Estella, y en cómo nos habíamos despedido para siempre, y cuando recordaba todos los detalles de la despedida, sus miradas, el tono de sus palabras y el movimiento de sus dedos mientras bordaba, aun entonces me sentía perseguido por la advertencia: «No vaya a su casa». Cuando, por fin, agotado de cuerpo y de espíritu, me adormecí, aquella frase se convirtió en un verbo oscuro e inacabable que tenía que conjugar. Modo imperativo, tiempo presente: No vaya a su casa. No vaya a casa. No vayamos a casa. No vayáis a casa. No vaya a casa. Luego, en modo potencial, con auxiliares: No puedo y no debo ir a casa. No podría, no

debería ir a casa. Hasta que, sintiendo que iba a volverme loco, di media vuelta sobre la almohada y me quedé mirando los círculos de luz de la pared.

Había dicho que me llamaran a las siete, porque, evidentemente, debía ver a Wemmick antes que a nadie más, y, evidentemente también, éste era un caso para el que sólo interesaban las opiniones que él pudiese expresar en Walworth. Fue para mí un alivio abandonar aquella estancia donde había pasado tan horrible noche, y no necesité una segunda llamada para saltar de la cama.

A las ocho de la mañana me hallaba ante las murallas del castillo. Como en aquel momento entró la criadita con dos panecillos calientes, pasé la poterna en su compañía y crucé el puente en su compañía, y así llegué sin ser anunciado a presencia del señor Wemmick, que estaba haciendo el té para sí y para su anciano padre. Una puerta abierta ofrecía una perspectiva del Anciano todavía en la cama.

—¡Hola, señor Pip! —dijo Wemmick—. ¿Ya ha vuelto usted?

—Sí —respondí—; pero fui a casa.

—Perfectamente —dijo frotándose las manos—. Por previsión, dejé una carta para usted en cada una de las verjas del Temple. ¿Por qué verja entró?

Se lo dije.

—Durante el día me daré una vuelta por las demás y romperé las cartas —dijo Wemmick—. Siempre está bien no dejar pruebas escritas, si puede ser, porque nadie sabe dónde pueden ir a parar. Voy a tomarme una libertad con usted. ¿Le importaría asar esa salchicha para el Anciano?

Le contesté que lo haría encantado.

—Pues entonces, Mary Anne, puedes ir a tus quehaceres —dijo Wemmick a la criadita—. Así nos quedamos solos y sin que nadie pueda oírnos, ¿no es verdad, señor Pip? —añadió, haciéndome un guiño en cuanto se alejó la muchacha.

Le di las gracias por esta prueba de amistad y previsión y seguimos en voz baja la conversación, mientras yo asaba la salchicha y él untaba con mantequilla el pan del Anciano.

—Ahora, señor Pip —dijo Wemmick—, ya sabe que usted y yo nos entendemos muy bien. Estamos aquí con carácter personal y particular y ya antes de hoy hemos tratado asuntos confidenciales. Los sentimientos oficiales son otra cosa. Aquí estamos en plan extraoficial.

Asentí cordialmente. Estaba tan nervioso que había dejado que la salchicha del Anciano ardiera como una antorcha, y tuve que soplar para apagarla.

—Ayer por la mañana oí por casualidad —dijo Wemmick—, hallándome en cierto lugar a donde le llevé una vez… Aunque sea entre nosotros, es mejor no mencionar nombre alguno, si es posible.

—Mucho mejor. Le comprendo a usted.

—Allí, pues, oí por casualidad —prosiguió Wemmick— que cierta persona no del todo ajena a los negocios coloniales y no desprovista de bienes portátiles… (no sé en realidad quién pueda ser; no vamos a nombrar a esta persona…).

—No es necesario —dije.

—… había causado cierta sensación en determinada parte el mundo, a donde va bastante gente, no siempre para satisfacer la propia inclinación, y no sin causar gastos al gobierno…

Ocupado en observar su rostro, convertí la salchicha en unos fuegos artificiales, distrayendo en gran manera mi atención y la del señor Wemmick, por lo cual le ofrecí mis excusas.

—… desapareciendo de aquel lugar, sin que se sepa dónde ha ido a parar, aunque —añadió Wemmick— sobre esto se han hecho conjeturas y se han aventurado opiniones. También he oído decir que usted y sus habitaciones en Garden Court, Temple, habían sido vigiladas y podían serlo de nuevo.

—¿Por quién? —pregunté.

—No entraré en estos detalles —dijo evasivamente Wemmick—; eso podría chocar con mis deberes oficiales. Lo oí, como tantas otras cosas curiosas que he oído en el mismo sitio. No le comunico ningún informe recibido. Lo oí, y nada más.

Mientras hablaba tomó de las manos el tenedor que sostenía la salchicha y dispuso con arte el desayuno del Anciano en una bandeja. Antes de servírselo entró en el dormitorio con una servilleta limpia, se la ató por debajo de la barba, le ayudó a sentarse en la cama y le ladeó el gorro de dormir, lo cual le dio cierto aire de libertino. Luego, con mucho cuidado, le puso el desayuno delante y dijo:

—¿Está usted bien, padre?

—¡Muy bien, John, muy bien! —respondió el alegre Anciano. Y como parecía haber la inteligencia tácita de que el Anciano no estaba presentable y, por consiguiente, había que considerarle como invisible, yo fingí no haberme dado cuenta de nada.

—Esta vigilancia de mi casa (una vez tuve ya motivo para sospechar) —dije a Wemmick cuando volvió a mi lado— es inseparable de la persona a quien se

ha referido usted, ¿no es cierto?

Wemmick se puso muy serio.

—A juzgar por lo que sé, no puedo asegurarlo. Es decir, no puedo asegurar que al principio lo fuera; pero lo es o lo será, o está en gran peligro de serlo.

Como vi que por fidelidad a Little Britain se abstenía de decir lo que sabía, y como comprendí, agradeciéndoselo mucho, cuánto se había apartado de sus costumbres al decirme lo que había oído, no quise apremiarle más. Pero luego de meditar un poco ante el fuego, le dije que me gustaría hacerle una pregunta que podía contestar o no, según le pareciera mejor, en la seguridad de que lo que hiciera se daría por bien hecho. Interrumpió su desayuno, cruzó los brazos y, cerrando las manos sobre las mangas de la camisa (pues su idea de la comodidad doméstica era andar por casa sin frac), movió afirmativamente la cabeza para indicarme que esperaba la pregunta.

—¿Ha oído usted hablar de un hombre de mala nota cuyo nombre verdadero es Compeyson?

Dijo que sí con la cabeza.

—¿Vive?

Volvió a indicar que sí.

—¿Está en Londres?

De nuevo indicó que sí, comprimió extremadamente el buzón de su boca y, haciéndome un último signo afirmativo, siguió con su desayuno.

—Ahora —dijo luego—, ya que ha terminado el interrogatorio —y repitió estas palabras para que me sirvieran de advertencia—, vamos a lo que hice después de oír lo que oí. Fui en busca de usted a Garden Court y, no hallándole, fui a casa de Clarriker, en busca del señor Herbert.

—¿Lo encontró usted? —pregunté con ansiedad.

—Lo encontré. Sin mencionar nombres ni dar detalles, le di a entender que si estaba enterado de que alguien, Tom, Jack o Richard, se hallaba en las habitaciones de ustedes o en sus cercanías, lo mejor que podía hacer era alejar a Tom, Jack o Richard durante la ausencia de usted.

—Debió de verse en un aprieto pensando lo que había que hacer.

—En un aprieto se vio; con mayor motivo, cuando le manifesté mi opinión de que, de momento, no sería muy prudente alejar demasiado a Tom, Jack o Richard. Señor Pip, voy a decirle una cosa. En las actuales circunstancias no hay nada como una gran ciudad una vez se está ya en ella. No se precipiten ustedes.

Quédense tranquilos. Espere a que mejoren las cosas, antes de buscar el aire libre, aunque sea en el extranjero.

Le di las gracias por sus valiosos consejos y le pregunté qué había hecho Herbert.

—El señor Herbert —dijo Wemmick—, después de pasar media hora como aturdido, dio con un plan. Me comunicó en secreto que corteja a una joven quien, como ya sabrá usted, tiene a su papá en cama. Este papá, habiéndose dedicado en su tiempo al aprovisionamiento de barcos, tiene la cama en un mirador desde donde puede ver las embarcaciones que van y vienen por el río. Tal vez conoce usted ya a esa señorita.

—Personalmente, no —le respondí.

La verdad era que ella me había considerado siempre como un compañero demasiado costoso que no hacía ningún bien a Herbert, de modo que, cuando éste le habló de presentarme, la joven acogió la idea con tan poco calor que él se creyó obligado a confesarme el estado del asunto, indicando la conveniencia de dejar pasar algún tiempo antes de insistir. Cuando empecé a mejorar en secreto el porvenir de Herbert, pude soportar esto con alegre filosofía; por su parte, tanto él como su prometida no habían sentido, como es natural, grandes deseos de introducir a una tercera persona en sus entrevistas; y así, aunque se me dijo que había progresado mucho en la estimación de Clara, y aunque ésta y yo hacía tiempo que cambiábamos regularmente recuerdos y saludos por mediación de Herbert, yo no la había visto nunca. Sin embargo, no molesté a Wemmick con estos detalles.

—Estando la casa con el mirador —siguió diciendo Wemmick— junto al río, entre Limehouse y Greenwich, y perteneciendo, según parece, a una respetable viuda que tiene un último piso, amueblado, sin alquilar, el señor Herbert me preguntó qué me parecía el piso en cuestión como albergue transitorio para Tom, Jack o Richard. Me pareció muy bien por tres razones que le voy a decir. Primera: está apartado de los sitios que usted puede frecuentar y lejos de toda aglomeración de calles, grandes o pequeñas. Segunda: sin necesidad de ir en persona, puede estar al corriente de lo que hace Tom, Jack o Richard, por medio del señor Herbert. Tercera: después de algún tiempo, y cuando parezca prudente, si quiere usted colar a Tom, Jack o Richard a bordo de algún buque extranjero, lo tendrá usted allí… a mano.

Muy consolado por aquellas consideraciones, di efusivamente las gracias a Wemmick y le rogué que continuase.

—Pues bien. El señor Herbert puso manos a la obra con decisión y a las nueve de la noche de ayer trasladó a Tom, Jack o Richard (quienquiera que sea, ni usted ni yo deseamos saberlo) con todo éxito. En su antiguo alojamiento dijeron que le requerían en Dover y, en efecto, tomaron la carretera de Dover, para torcer luego por una esquina. Tuvo esto otra gran ventaja, y es que se llevó a cabo sin usted, de modo que si alguien le seguía los pasos podrá decir que usted se hallaba a muchas millas de distancia y ocupado en otros asuntos. Eso desvía las sospechas y las confunde; por la misma razón le recomendé que no fuese a su casa, si regresaba anoche. Esto confunde más las cosas y usted necesita, precisamente, que haya confusión.

Wemmick, que había terminado el desayuno, consultó su reloj y empezó a ponerse el frac.

—Y ahora, señor Pip —dijo con las manos todavía dentro de las mangas—, probablemente he hecho ya cuanto me era posible; pero si puedo hacer algo más, desde el punto de vista de Walworth y de un modo estrictamente personal y particular, tendré el mayor gusto en ello. Aquí están las señas. No habrá inconveniente en que vaya usted esta noche a ver por sí mismo si todo anda bien con Tom, Jack o Richard, antes de irse a su propia casa, lo cual es otra razón para que ayer noche no fuera a ella. Pero en cuanto esté en su propio domicilio, no vuelva por aquí. Me he alegrado mucho de verle, señor Pip —sus manos habían salido ya de las mangas y yo se las estrechaba—, y, finalmente, deje que le diga una cosa importante. —Me puso las manos en los hombros y añadió en voz baja y solemne—: Aproveche usted esta misma noche para apoderarse de sus bienes portátiles. Usted no sabe lo que puede ocurrirle a él. No deje que ocurra nada a los bienes portátiles.

Desesperando por completo de poder hacer comprender a Wemmick mi opinión acerca del particular, no lo intenté siquiera.

—Es la hora —dijo Wemmick— y he de marcharme. Si no tiene usted nada más importante que hacer hasta que oscurezca, le aconsejaría que se quedara aquí hasta entonces. Parece usted muy preocupado, y no le irá mal pasar un día perfectamente tranquilo con mi anciano padre, que se levantará en breve, y probar un poco de… ¿se acuerda usted del cerdo?

—Naturalmente —le dije.

—Pues bien, un poco de él. La salchicha que asó usted era suya, y, en todos los aspectos, el animal ha resultado de primera. Pruébelo, aunque no sea más que

por hacer honor al hecho de haberlo conocido. ¡Adiós, padre! —añadió gritando alegremente.

—¡Está bien, John, está bien! —contestó el Anciano desde dentro.

Pronto me quedé dormido ante el fuego de Wemmick, y el Anciano y yo disfrutamos de nuestra mutua compañía, pasando casi todo el día en un sueño. Para comer tuvimos lomo de cerdo y verduras cosechadas en la propiedad, y yo hacía reverencias en obsequio del Anciano, siempre que no las hacía a impulsos del sueño. Al oscurecer dejé al viejo preparando el fuego para tostar el pan; y por el número de las tazas de té, así como por las miradas que mi compañero dirigía a las dos puertecillas de la pared, colegí que se esperaba a la señorita Skiffins.

CAPÍTULO XLVI

Las ocho de la noche habían dado cuando penetré en la atmósfera impregnada, y no desagradablemente, del olor a serrín y virutas de los astilleros y carpinterías de ribera de la orilla del río. Toda aquella región fluvial del alto y bajo Fool era para mí país desconocido, y cuando llegué junto al río vi que el sitio que buscaba no estaba donde yo creía, ni era fácil de encontrar. Le llamaban Mill Pond Bank Chink's Basin, y no tenía otra pista para llegar a Chink's Basin que la cordelería del Viejo Cobre Verde.

¿Para qué detallar entre qué naves averiadas que reparaban en diques secos fui a extraviarme, entre qué viejos cascos a punto de ser desguazados, entre cuánto légamo y desperdicios de toda clase depositados por la marea, entre qué patios de astillero, entre cuántas áncoras herrumbrosas que mordían ciegamente la tierra olvidadas desde hacía años, entre qué montañas de barricas y maderos, entre cuántas cordelerías que no eran la cordelería del Viejo Cobre Verde? Después de pararme varias veces antes de mi lugar de destino y de pasar de largo otras, di inesperadamente, a la vuelta de una esquina, con Mill Pond Bank. Era, después de todo, un lugar fresco y oreado, donde el viento del río tenía espacio para revolverse a placer; con dos o tres árboles, el esqueleto de un molino de viento y la cordelería del Viejo Cobre Verde, cuya larga y estrecha perspectiva podía distinguir a la luz de la luna, junto con una serie de armazones de madera que parecían otros tantos rastrillos viejos que hubiesen perdido la mayor parte del dentado.

Escogiendo, entre las pocas y extrañas casas que había en Mill Pond Bank, una que tenía la fachada de madera y tres pisos con ventanas salientes (y no miradores, que son una cosa distinta), miré la placa de la puerta y en ella leí el

nombre de la señora Whimple. Como éste era el que buscaba, llamé y apareció una mujer entrada en años, de aspecto agradable y próspero. Pronto fue sustituida por Herbert, quien, silenciosamente, me llevó a la sala y cerró la puerta. Me causaba una rara impresión ver aquel rostro amigo y tan familiar, establecido como en su casa, en un barrio y una vivienda completamente extraños para mí, y me sorprendí mirándole de la misma manera que miraba el armarito de un rincón, lleno de piezas de cristal y de porcelana, los caracoles y las conchas de la chimenea, los grabados iluminados que se veían en las paredes, que representaban la muerte del capitán Cook, la botadura de un buque, y Su Majestad el rey Jorge III en la terraza de Windsor, con una peluca de cochero de gala, pantalones cortos de piel y botas altas.

—Todo va bien, Händel —dijo Herbert—. Él está satisfecho, aunque muy deseoso de verte. Mi prometida está con su padre, y si esperas a que baje te la presentaré y luego iremos arriba. *Ése*… es su padre.

Acababa de percibir unos alarmantes gruñidos, procedentes del piso superior, y acaso la expresión de mi rostro lo había dejado entender.

—Temo que ese hombre sea un viejo sinvergüenza —dijo Herbert sonriendo —; pero nunca lo he visto. ¿No hueles a ron? Siempre está bebiendo.

—¿Ron?

—Sí —contestó Herbert—, y ya puedes suponer lo que eso alivia la gota. Tiene el mayor empeño en guardar en su habitación todas las provisiones y distribuirlas personalmente. Las guarda en unos estantes que tiene en la cabecera de la cama y las pesa cuidadosamente. Su habitación debe de parecer un colmado.

Mientras hablaba así, el gruñido se convirtió en un rugido prolongado, que se extinguió gradualmente.

—¿Qué otra puede ser la consecuencia —dijo Herbert a guisa de explicación — si se empeña en cortar el queso? Un hombre con la mano derecha (y casi todo el cuerpo) cargado de gota no puede tener la pretensión de partir un queso Double Gloucester sin hacerse daño.

Seguramente el viejo se había hecho mucho daño, pues dejó oír otro furioso rugido.

—Tener al señor Provis como inquilino del último piso —dijo Herbert— es para la señora Whimple una verdadera chiripa, pues pocas personas resistirían este ruido. Es un sitio curioso, ¿no es cierto, Händel?

Realmente lo era; pero estaba notablemente limpio y ordenado.

—La señora Whimple —replicó Herbert cuando le hice esa observación— es una excelente ama de casa, y en verdad no sé lo que haría Clara sin su ayuda maternal. Porque Clara no tiene madre, Händel, ni otro pariente en el mundo que el viejo Gruñón.

—Seguramente no es éste su nombre, Herbert.

—No —contestó mi amigo—, es el que yo le doy. Se llama Barley. Es una bendición para el hijo de mis padres amar a una muchacha que no tiene parientes y que no tiene por qué molestarse ni molestar a nadie en lo relativo a su familia.

Herbert me había contado en otras ocasiones, y ahora me lo recordó, que conoció a Clara cuando ésta completaba su educación en una escuela de Hammersmith, y que cuando tuvo que volver a su casa para cuidar a su padre, ambos jóvenes confesaron su afecto a la maternal señora Whimple, quien desde entonces los protegió y reglamentó sus relaciones con tanta bondad como discreción. Era cosa entendida que nada que tuviera un carácter sentimental podía ser contado al señor Barley, pues éste no se hallaba en estado de tomar en consideración ningún tema más psicológico que la gota, el ron y las provisiones de víveres.

Mientras hablábamos así en voz baja, en tanto que el continuo gruñir del viejo Barley hacía vibrar la viga que cruzaba el techo, se abrió la puerta de la estancia y apareció una linda muchacha, esbelta, de ojos negros, como de veinte años de edad, que llevaba un cesto en la mano. Herbert, tiernamente, le cogió el cesto, y ruborizándose, me la presentó como «Clara». Realmente era una joven encantadora y podía habérsela tomado por un hada cautiva a quien aquel truculento ogro de Barley hubiese sometido a su servicio.

—Mira —dijo Herbert, mostrándome el cesto con compasiva y tierna sonrisa, después de haber hablado un poco—. Aquí está la cena de la pobre Clara, que todas las noches le entrega su padre. Aquí tienes su ración de pan, su poquito de queso y su ron… que me bebo yo. Éste es el desayuno del señor Barley para mañana, entregado para que se lo guisen. Dos chuletas de carnero, tres patatas, algunos guisantes, un poco de harina, dos onzas de mantequilla, un poco de sal, y toda esa pimienta. Hay que guisárselo todo junto y servírselo caliente, y me imagino lo bueno que debe de ser para la gota.

Había algo tan natural y placentero en la resignación con que miraba en detalle aquellas provisiones a medida que Herbert las iba enumerando, y algo tan confiado, amoroso e inocente en su modesta manera de abandonarse al brazo de Herbert que la rodeaba, y algo tan dulce en ella misma, tan necesitado de

protección en aquel Mill Pond Bank, junto a Chink's Basin y la cordelería del Viejo Cobre Verde, con el viejo Barley haciendo temblar las vigas con sus gruñidos, que ni por todo el contenido de aquella cartera que aún no había abierto habría querido romper sus relaciones con mi amigo.

Contemplaba a la joven con placer y con admiración cuando, de pronto, el gruñido del piso superior volvió a convertirse en un rugido y se oyeron unos golpes terribles, como si un gigante con una pierna de palo tratase de traspasar el techo con ella. Al oírlo, Clara le dijo a Herbert:

—Papá me necesita.

Y salió de la estancia.

—Esto es un viejo tiburón sin conciencia —dijo Herbert—. A ver si sabes lo que quiere ahora, Händel.

—No sé —respondí—. ¿Algo de beber?

—¡Exactamente! —respondió Herbert, como si adivinarlo hubiera tenido un mérito extraordinario—. Tiene su grog preparado en una ponchera sobre la mesa. Aguarda. ¡Ahí va! —Otro rugido que terminó en un prolongado trémolo—. Ahora —dijo Herbert, como siguiera un silencio— está bebiendo. Ahora —dijo Herbert como el gruñido volviese a resonar en la viga— se ha vuelto a acostar.

Habiendo regresado Clara al cabo de poco, Herbert me llevó arriba a ver a nuestro recluso. Al pasar por delante de la puerta del señor Barley, le oímos murmurar con voz ronca, en un tono que crecía y amainaba como el viento, la siguiente canción, en la cual he sustituido por bendiciones cosas que eran precisamente lo contrario.

—¡Hola! ¡Benditos sean vuestros ojos, aquí está el viejo Bill Barley! ¡Aquí está el viejo Bill Barley, benditos sean vuestros ojos! ¡Aquí está el viejo Bill Barley, tendido de espaldas, bendito sea Dios! ¡Tendido de espaldas como un viejo lenguado muerto! ¡Aquí está el viejo Bill Barley, benditos sean vuestros ojos! ¡Hola! ¡Bendito sea Dios!

Según me dijo Herbert, con esta consoladora canción, el viejo se entretenía de día y de noche, a menudo, mientras había luz, con el ojo puesto en un telescopio adaptado a su cama para poder con él inspeccionar el río.

Encontré a Provis cómodamente instalado en sus dos habitaciones del último piso, frescas y ventiladas, y desde las cuales no se oía tanto como desde abajo el ruido que metía el señor Barley. No manifestó estar alarmado, ni parecía que lo estuviera; pero me chocó verle como amansado, de un modo indefinible, pues ni

podía decir cómo, ni más adelante, por más que me esforcé en ello, pude recordar cómo; pero lo estaba.

Las reflexiones que en aquel día de descanso tuve oportunidad de hacer me llevaron a la decisión de no hablarle para nada de Compeyson, pues lo que ya sabía me hacía temer que su animosidad hacia aquel hombre le impulsara a buscarle, y a correr de este modo a su propia perdición. Por eso, en cuanto los tres estuvimos sentados ante el fuego, le pregunté ante todo si tenía confianza en los consejos y fuentes de información de Wemmick.

—¡Ya lo creo, muchacho! —contestó, con un grave ademán de asentimiento —. Bien lo sabe Jaggers.

—Pues he hablado con Wemmick —dije— y he venido para transmitir a usted los informes y los consejos que me ha dado.

Lo hice con toda exactitud, aunque con la reserva mencionada; le conté que Wemmick había oído en la prisión de Newgate (no sabía si a unos funcionarios o a unos presos) que se sospechaba de él, y que se había vigilado mi domicilio; que Wemmick estimaba conveniente que permaneciera oculto por algún tiempo y que yo me mantuviera alejado de él. Asimismo le referí lo que Wemmick opinaba acerca de su marcha al extranjero. Añadí que, desde luego, cuando llegara el momento, yo le acompañaría, o le seguiría de cerca, según nos aconsejara Wemmick. Sobre lo que ocurriría luego, no dije una palabra y, en realidad, ni lo veía muy claro yo mismo, ni me sentía muy tranquilo acerca de ello, ahora que le veía a él en aquel estado de docilidad y en manifiesto peligro por mi culpa. En cuanto a alterar mi modo de vivir, aumentando mis gastos, le hice comprender que, dado lo difícil e inseguro de nuestras circunstancias presentes, sería simplemente ridículo, si no algo peor.

No pudo negarme eso, y en realidad se portó de un modo muy razonable. Su regreso era una aventura, dijo, y siempre había contado con que lo fuese. Nada haría para hacerla más arriesgada y poco temía por su seguridad, contando con nuestra ayuda.

Herbert, que había estado reflexionando con los ojos fijos en el suelo, dijo entonces algo que se le había ocurrido, teniendo en cuenta los consejos de Wemmick, y que podía valer la pena llevar a cabo.

—Ambos somos buenos remeros, Händel, y los dos podríamos llevarle por el río en cuanto llegue el momento. Así no sería necesario alquilar ni bote ni remeros; con lo cual evitaríamos sospechas que vale la pena evitar. Nada importa que la estación no sea favorable. ¿No te parecería prudente que empezaras sin

perder tiempo a tener un bote amarrado en el embarcadero del Temple y a tomar el hábito de salir a remar por el río? Una vez la gente se haya acostumbrado a verte, ¿quién hará caso de ello? Puedes dar veinte o cincuenta paseos y nada tendrá de particular que des el veintiuno o el cincuenta y uno.

Me gustó el plan, y en cuanto a Provis, se entusiasmó con él. Decidimos ponerlo en práctica y convinimos en que Provis no daría muestra de reconocernos si nos veía pasar remando por Mill Pond Bank, pero, en cambio, correría la cortina de la parte de su ventana que daba al este, para indicarnos que no había novedad.

Terminada ya nuestra conferencia y puestos de acuerdo en todo, me levanté para marcharme, indicando a Herbert que sería mejor que no regresáramos juntos a casa y que yo le precediera media hora.

—No me gusta dejarle aquí —dije a Provis—, aunque no dudo de que está más seguro en esta casa que cerca de la mía. ¡Adiós!

—Querido Pip —respondió estrechándome las manos—. No sé cuándo nos veremos de nuevo y no me gusta decir «¡adiós!». Digamos, pues, «¡buenas noches!».

—¡Buenas noches! Herbert nos servirá de correo, y cuando llegue el momento, esté usted seguro de que me encontrará. ¡Buenas noches! ¡Buenas noches!

Creímos preferible que se quedara en sus habitaciones y le dejamos en su descansillo, sosteniendo una luz para alumbrarnos mientras bajábamos la escalera. Volviéndome a mirarle, pensé en la noche de su regreso, cuando nuestras posiciones estaban invertidas y yo no podía sospechar que un día me despediría con el corazón tan lleno de ansiedad como lo hacía ahora.

El viejo Barley seguía gruñendo y blasfemando cuando pasamos ante su puerta, sin que pareciera llevar trazas de dejar de hacerlo. Cuando llegamos al pie de la escalera, le pregunté a Herbert si el otro había conservado el nombre de Provis. Me respondió que no y que el inquilino se llamaba ahora señor Campbell. Me explicó también que cuanto se sabía de él en la casa era que dicho señor Campbell había sido recomendado a Herbert, y que éste se hallaba personalmente interesado en verle bien atendido y llevando una vida retirada. Por eso al llegar a la sala donde estaban la señora Whimple y Clara dedicadas a su labor, nada dejé traslucir de mi interés por el señor Campbell.

Cuando me hube despedido de la linda y amable muchacha de los ojos negros, así como de la maternal señora que todavía era capaz de sentir una

honrada simpatía por un amor juvenil y verdadero, me pareció que la cordelería del Viejo Cobre Verde se había convertido en un lugar muy distinto. El viejo Barley podía ser tan viejo como las montañas y jurar como un escuadrón de caballería, pero aún había en Chink's Basin suficiente juventud, amor y esperanza redentora para llenarlo todo hasta rebosar. Luego pensé en Estella y en nuestra despedida, y me fui a casa lleno de tristeza.

En el Temple todo seguía tan tranquilo como siempre. Las ventanas de las habitaciones de aquel lado, últimamente ocupadas por Provis, estaban oscuras y silenciosas, y en Garden Court no había ningún holgazán. Pasé dos o tres veces por delante de la fuente, antes de bajar los escalones que había de camino de mis habitaciones, pero vi que estaba completamente solo. Herbert, que entró a verme en mi cama al llegar, pues me había acostado enseguida, fatigado y deprimido como estaba, había hecho la misma observación. Después, abriendo una ventana, miró al exterior a la luz de la luna y me dijo que la calle estaba tan solemnemente desierta como la nave de cualquier catedral a aquellas horas.

Al día siguiente me ocupé en adquirir el bote. Pronto estuvo hecho, el bote fue llevado al embarcadero del Temple, y amarrado donde yo pudiera llegar en uno o dos minutos desde mi casa. Luego empecé a salir como para practicar el remo; a veces solo, a veces con Herbert. Salía a menudo, con frío, lluvia y ventisca, pero después de las primeras veces, ya nadie hacía mucho caso. Al principio no pasaba del Puente de Blackfriars; pero a medida que cambiaban las horas de la marea, empecé a dirigirme hacia el Puente de Londres. Se le llamaba en aquella época el Puente Viejo de Londres, y en ciertos momentos de la marea había allí una corriente y un desnivel que le daban mala reputación. Pero yo sabía cómo salvarlos, después de haberlo visto hacer, y así empecé a bogar entre los barcos anclados en el Pool, y río abajo hasta Erith. La primera vez que pasamos por delante de Mill Pond Bank, me acompañaba Herbert. Ambos íbamos remando, y tanto a la ida como a la vuelta vimos cómo se bajaban las cortinas de la ventana que daba al Este. Herbert iba allá, por lo menos, tres veces por semana, y nunca me trajo una sola noticia alarmante. Sin embargo, yo sabía que existían motivos para sentir inquietud y no podía desechar la sensación de que se me vigilaba. Una vez experimentada, semejante sensación se convierte en una idea fija, y yo no podría decir de cuántas inocentes personas llegué a sospechar que me vigilaban.

En una palabra, que estaba siempre lleno de temores por el temerario que vivía oculto. Herbert me había dicho a veces lo agradable que le resultaba

asomarse a una de nuestras ventanas al anochecer, cuando bajaba la marea, pensando que el agua corría, con todo lo que llevaba, hacia donde vivía Clara. Pero yo pensaba que también se dirigía hacia donde vivía Magwitch, y que cualquier punto negro en su superficie podía ser la lancha de sus perseguidores, que silenciosa, rápida y seguramente iban a apoderarse de él.

CAPÍTULO XLVII

Pasaron varias semanas sin cambio alguno. Aguardábamos noticias de Wemmick, pero éste no daba señales de vida. Si no le hubiera visto nunca fuera de Little Britain y no hubiera gozado del privilegio de ser recibido como un íntimo en el Castillo, podría haber llegado a dudar de él; pero conociéndole como le conocía, no lo hice ni por un momento.

Mis asuntos particulares empezaron a tomar un mal cariz y me veía apremiado por más de un acreedor. Yo mismo llegué a conocer la falta de dinero (quiero decir de dinero disponible en mi bolsillo), y así no tuve más remedio que convertir en numerario algunas joyas de las que fácilmente podía prescindir. Había decidido que sería una especie de fraude indigno aceptar más dinero de mi protector en el actual estado de incertidumbre de mis pensamientos y mis planes. Por consiguiente, valiéndome de Herbert le mandé la cartera, que no había tocado, para que la guardara él, y experimenté una especie de satisfacción (no sé si legítima o no) por el hecho de no haberme aprovechado de su generosidad desde el momento en que se dio a conocer.

A medida que pasaba el tiempo, sentí pesar en mí el presentimiento de que Estella se habría casado ya. Temeroso de ver confirmada esta sospecha, que casi era una convicción, evité la lectura de los periódicos y rogué a Herbert (a quien confié los detalles de nuestra última entrevista) que no volviese a hablarme de ella. No sé por qué quise atesorar aquel pobre jirón de mis esperanzas rotas y esparcidas al viento. El que esto lea, ¿no habrá caído en la misma inconsecuencia, el año anterior, el mes pasado o la semana última?

Era una vida triste y desdichada la mía, y mi preocupación dominante, que descollaba sobre todas las demás como una alta cumbre sobre una cordillera,

jamás me abandonaba. Sin embargo, no había ningún nuevo motivo de temor. Yo podía despertar sobresaltado por las noches, con el terror aún reciente de que le hubieran descubierto; podía quedarme sentado, esperando oír los pasos de Herbert al volver, con el temor de que fueran más rápidos y portadores de malas noticias; todo eso y mucho más por el estilo no impedía que las cosas fueran marchando como siempre. Condenado a la inacción y a un estado permanente de inquietud e incertidumbre, iba remando en mi bote y esperaba, esperaba, esperaba, como podía.

Había ocasiones en que, después de haber remado río abajo, el estado de la marea me impedía volver a pasar por debajo del Puente Viejo de Londres. Entonces dejaba el bote en un muelle cerca de la Aduana, para que me lo llevaran al lugar donde solía dejarlo amarrado. No me dolía tener que hacer esto, pues me servía para que, tanto yo como mi bote, fuéramos una vista familiar para la gente que vivía o trabajaba a orillas del río. De ello resultaron dos encuentros que voy a referir.

Una tarde, a últimos de febrero, desembarqué en el muelle al anochecer. Aprovechando la bajamar había llegado hasta Greenwich y volví con la marea. El día había sido magnífico, pero al ponerse el sol se había levantado la niebla y había tenido que volver tanteando el camino con mucho cuidado por entre los barcos. Pero tanto a la ida como a la vuelta había visto en la ventana de Provis la señal de que no había novedad.

La tarde era desapacible y yo tenía frío. Para calentarme, quise ir a cenar inmediatamente; y como me esperaban unas horas de soledad y abatimiento si luego me iba en seguida a casa, decidí ir al teatro. El coliseo donde el señor Wopsle alcanzara su discutible triunfo estaba hacia aquel lado del río (hoy no está en ningún sitio), y resolví ir allí. Sabía ya que el señor Wopsle no había logrado su empeño de resucitar el Drama, antes, por el contrario, más bien había contribuido a su decadencia. En los programas del teatro se le había citado ominosamente como un Negro fiel, relacionado con una muchacha de noble cuna y con un mico. Herbert le había visto representando un Tártaro feroz, con propensión a lo cómico, un rostro de color de ladrillo y un infamante gorro lleno de campanillas.

Cené en lo que Herbert y yo llamábamos un bodegón geográfico, pues había en cada palmo de mantel un mapa mundi, dejado como señal por los jarros de cerveza, y en cada uno de los cuchillos una carta de marear hecha de grasa (hasta el presente apenas hay un bodegón en los dominios del alcalde de Londres que

no sea geográfico), y allí maté el tiempo adormilado sobre las migas de pan, mirando las luces de gas y cociéndome en el vaho de las comidas. Al fin me despabilé y fui al teatro.

Allí encontré a un virtuoso contramaestre del servicio de Su Majestad (hombre excelente, aunque yo habría preferido que no hubiera llevado los calzones tan prietos en algunos sitios y tan holgados en otros) que iba dando puñetazos a los sombreros de todos los hombrecillos, metiéndoselos hasta los ojos, a pesar de ser muy generoso y valiente; y que no quería oír hablar de que nadie pagara contribuciones a pesar de ser muy patriota. Llevaba en el bolsillo un saco de dinero, que parecía un pudín envuelto en su paño, y valiéndose de esta fortuna se casaba, en medio del regocijo general, con una joven que iba vestida con una colcha; todos los habitantes de Portsmouth (en número de nueve según el último censo) habían salido a la playa para frotarse las manos, estrechar las de los demás, y cantar «Llena, llena la copa». Sin embargo, cierto moreno galopín, que no estaba por llenar nada, ni por hacer nada de lo que se le proponía, y cuyo corazón, según el contramaestre, era tan negro como su cara, se conjuró con otros dos galopines para meter en un lío a todo el mundo, lo cual hicieron con tanta eficacia (la familia de los galopines gozaba de mucha influencia política) que hizo falta casi la mitad de la representación para poner las cosas en claro, y aún eso sólo se consiguió gracias a un honrado tendero de sombrero blanco, polainas negras y nariz roja, quien, armado de una parrilla, se metió en la caja de un reloj y desde allí, escuchando lo que se decía, salía y asestaba un parrillazo a todos aquellos a quienes no podía refutar lo que acababa de oír. Esto fue la causa de que el señor Wopsle, de quien hasta entonces no se había oído hablar, viniera directamente del Almirantazgo, luciendo la orden de la Jarretera como enviado plenipotenciario, para decir que todos los galopines serían encarcelados al instante y que había traído al contramaestre la bandera del Reino Unido como modesta recompensa por sus servicios públicos. El contramaestre, desarmado por primera vez, se secó respetuoso los ojos con la bandera, y luego, recobrando el ánimo y dando al señor Wopsle el tratamiento de Su Señoría, pidió permiso para cogerle de la mano. Habiéndolo concedido el señor Wopsle con graciosa dignidad, fue empujado inmediatamente a un polvoriento rincón mientras todo el mundo bailaba una danza de marineros; y desde aquel rincón, observando al público con mirada descontenta, se percató de mi presencia.

La segunda pieza era la última gran pantomima cómica de Navidad, en cuya

primera escena creí descubrir al señor Wopsle con unas medias rojas de estambre, bajo un ancho rostro fosforescente y un trozo de fleco rojo de cortina por cabello, fabricando rayos en una cueva y mostrando la mayor cobardía cuando su gigantesco amo llegó, hablando con voz ronca, para cenar. Mas no tardó en presentarse en circunstancias más dignas; porque el genio del Amor Juvenil, necesitando de auxilio a causa de la brutalidad de un ignorante granjero que, para estorbar que su hija se casara con el elegido de su corazón, se dejó caer sobre éste metido en un saco de harina desde la ventana del primer piso, llamó a un sentencioso Encantador, el cual, llegando de las antípodas un poco mareado, después de un viaje en apariencia bastante violento, resultó ser el señor Wopsle, con un sombrero de copa y un libro de nigromancia bajo el brazo. Como la ocupación de aquel hechicero en la tierra era escuchar la palabrería y los cantos de los demás, verlos bailar, aguantar empujones y rodearse de llamas de varios colores, le quedaba mucho tiempo disponible. Y observé con sorpresa que lo dedicaba a mirar fijamente hacia mí, como si viera algo que le llenara de estupor.

Era tan notable la creciente fijeza de la mirada del señor Wopsle y parecía revolver tantas cosas en su espíritu y hallarse tan confuso, que yo no podía entenderlo. Estuve pensando en ello hasta mucho después de que él ascendiera a las nubes metido en una gran caja de reloj, sin poder entenderlo. Y seguía pensando en ello cuando, una hora después, salí del teatro y me lo encontré aguardándome cerca de la puerta.

—¿Cómo está usted? —le pregunté, estrechándole la mano mientras íbamos juntos calle abajo—. Ya me di cuenta de que me había visto.

—¿Que le vi, señor Pip? —replicó—. Sí, claro que le vi. Pero ¿quién era el que estaba con usted?

—¿Quién era?

—Es muy extraño —añadió el señor Wopsle, volviendo a su aire de perplejidad— y, sin embargo, juraría que era él.

Alarmado, rogué al señor Wopsle que se explicara.

—No sé si le habría visto en seguida de no estar usted allí —dijo el señor Wopsle con el mismo aire pensativo—. No puedo asegurarlo, pero me parece que sí.

Involuntariamente miré a mi alrededor, como solía hacerlo cuando iba hacia mi casa, porque aquellas misteriosas palabras me dieron escalofríos.

—¡Oh! Ya no estará a la vista —observó el señor Wopsle—. Salió antes que yo. Le vi irse.

Teniendo los motivos que tenía para estar receloso, incluso llegué a sospechar de aquel pobre actor. Temí una argucia para hacerme confesar algo. Por eso le miré mientras andaba a mi lado; pero no dije nada.

—Tuve la ridícula ocurrencia de figurarme que iba con usted, señor Pip, hasta que me di cuenta de que usted ignoraba completamente que le tuviera sentado a su espalda, como un fantasma.

Volví a sentir un escalofrío, pero estaba resuelto a no hablar, a pesar de que sus palabras se prestaban al temor de que quisiera inducirme a relacionar estas referencias con Provis. Desde luego, estaba completamente seguro de que Provis no había estado allí.

—Comprendo que le extrañen mis palabras, señor Pip. Veo que está usted asombrado. Pero ¡es tan raro! Apenas creerá lo que voy a decirle. Yo mismo apenas lo habría creído si me lo hubiera dicho usted.

—¿De veras?

—De veras. ¿Se acuerda usted, señor Pip, de cierto día de Navidad, hace muchos años, cuando usted era todavía un niño, en que yo comí en casa de Gargery, y vinieron unos soldados para que les recompusieran un par de esposas?

—Lo recuerdo muy bien.

—¿Se acuerda usted de que hubo una batida en persecución de dos forzados y que nosotros fuimos con los soldados y Gargery le subió a usted sobre sus hombros, y que yo me adelanté y ustedes tenían trabajo para seguirme?

—Lo recuerdo todo perfectamente.

Lo recordaba mejor de lo que él podía imaginarse, a excepción de lo último.

—¿Se acuerda, también, de que llegamos a una zanja, y de que allí se estaban peleando los dos fugitivos, y que uno de ellos resultó muy maltratado por el otro y con la cara bastante magullada?

—Me parece que lo estoy viendo.

—¿Y que los soldados, después de encender las antorchas, pusieron a los dos presidiarios en el centro del pelotón y nosotros fuimos para ver cómo acababa todo, a través de los oscuros marjales, con las antorchas iluminando los rostros de los presos… (este detalle tiene importancia) mientras a nuestro alrededor no había más que tinieblas?

—Sí —contesté—. Recuerdo todo eso.

—Pues bien, señor Pip, uno de aquellos dos hombres estaba sentado esta noche detrás de usted. Le vi por encima de su hombro.

«¡Cuidado!», pensé, y luego pregunté, en voz alta:

—¿A cuál de los dos creyó usted ver?

—Al que había sido maltratado por su compañero —contestó sin vacilar—, y juraría que era él. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy.

—Es muy curioso —dije, fingiendo lo mejor que pude que no daba importancia a la cosa—. ¡Es muy curioso!

No he de ponderar cómo esta conversación aumentó mi inquietud, ni el terror especial y peculiar que sentí al enterarme de que Compeyson había estado detrás de mí «como un fantasma». Porque si en algún momento había estado lejos de mis pensamientos, desde que Provis se hallaba escondido, había sido, precisamente, cuando más cerca le tenía; y pensar que yo, después de tantas precauciones, había podido ser tan inconsciente y desprevenido, era como haber cerrado una larga avenida de puertas para cerrarle el paso y luego habérmelo encontrado al lado. Y no podía dudar de que había estado allí, porque yo también estaba allí. Y por leve que fuese la apariencia del peligro que nos amenazaba, el peligro siempre estaba próximo y en acción. Hice varias preguntas al señor Wopsle. Cuándo había entrado aquel hombre en la sala, no podía decírmelo; me vio y vio al hombre por encima de mi hombro. Solamente después de contemplarlo por algún tiempo logró identificarlo; pero desde el principio lo había asociado vagamente con alguien más o menos relacionado con el tiempo en que yo vivía en la aldea. ¿Cómo iba vestido? Le pareció que de negro, con elegancia, pero sin ostentación. ¿Tenía el rostro desfigurado? No, creía que no. Yo tampoco lo creía porque, embebido en mis pensamientos, no me había fijado mucho en los que me rodeaban, y pensaba que un rostro estropeado no habría dejado de llamar mi atención.

Cuando el señor Wopsle me hubo comunicado todo lo que pudo recordar o yo pude sacarle, y después de haberle obsequiado con un pequeño refrigerio para que se repusiera de las fatigas de la noche, nos separamos. Serían entre las doce y la una de la madrugada cuando llegué al Temple, y las verjas estaban cerradas. No había nadie cerca de mí cuando pasé por ellas y entré en mi casa.

Herbert había llegado ya y celebramos un grave consejo junto al fuego. Pero nada podía hacerse, salvo comunicar a Wemmick lo que yo había descubierto aquella noche, y recordarle que estábamos esperando una indicación suya. Y pensando que podía comprometerlo si iba con demasiada frecuencia al Castillo, le informé de todo por carta. La escribí antes de acostarme, y salí a echarla al buzón; y tampoco vi a nadie cerca de mí. Herbert y yo convinimos en que no

podíamos hacer otra cosa sino ser muy prudentes. Y lo fuimos más que nunca, si cabe, y, por mi parte, nunca me acerqué a Chink’s Basin, excepto cuando pasaba en mi bote. Y aún entonces miraba hacia Mill Pond Bank como habría podido mirar hacia otra parte cualquiera.

CAPÍTULO XLVIII

El segundo de los encuentros a los que me he referido en el capítulo anterior ocurrió cosa de una semana más tarde.

Acababa otra vez de dejar el bote en el muelle junto al Puente; era una hora más temprano que en la tarde aludida; y sin saber aún dónde iría a cenar, eché a andar hacia Cheapside, y mientras paseaba por allí, más indeciso, seguramente, que nadie en aquel atareado concurso, alguien me alcanzó y una gran mano cayó sobre mi hombro. Era la mano del señor Jaggers, quien luego la pasó por mi brazo.

—Como seguimos la misma dirección, Pip, podemos ir juntos. ¿Adónde va usted?

—Me parece que hacia el Temple.

—¿No lo sabe usted? —preguntó el señor Jaggers.

—Pues bien —respondí, satisfecho de poder, por una vez, llevarle la ventaja en su interrogatorio—, no lo sé, porque todavía no me he decidido.

—¿Va usted a cenar? —dijo el señor Jaggers—. Supongo que no tendrá inconveniente en confesar eso…

—No; no tengo inconveniente en confesarlo.

—¿Está usted citado con alguien?

—Tampoco tengo inconveniente en confesar que no estoy citado con nadie.

—Pues en tal caso —dijo el señor Jaggers— venga usted a cenar conmigo.

Iba a excusarme cuando añadió:

—Wemmick irá también.

En vista de esto convertí mi excusa en una aceptación, pues las pocas palabras que había pronunciado lo mismo servían para lo uno que para lo otro; y

así seguimos por Cheapside y torcimos hacia Little Britain, mientras se encendían las luces en los escaparates y los faroleros de las calles, que apenas encontraban espacio suficiente para instalar sus escaleras de mano en medio del bullicio vespertino, subían y bajaban por aquéllas, abriendo en la niebla cada vez más densa más ojos rojizos que ojos blancos hubiera abierto en la pared de la casa de Hummums mi bujía de médula de junco.

En la oficina de Little Britain se produjeron las acostumbradas maniobras de escribir cartas, lavarse las manos, despabilar las bujías y cerrar la caja de caudales que daban fin a las operaciones del día. Mientras permanecía ocioso junto a la chimenea del señor Jaggers, el movimiento de las llamas dio a las dos mascarillas el aspecto de querer jugar conmigo un diabólico juego del escondite; en tanto que el par de gruesas bujías de sebo que apenas bastaban para alumbrar al señor Jaggers, mientras escribía en un rincón, se iban adornando de sucios y retorcidos lagrimones como en memoria de una hueste de clientes ahorcados.

Los tres juntos fuimos a Gerrard Street en un coche de alquiler, y en cuanto llegamos se nos sirvió la cena. Aunque en semejante lugar no había ni que pensar en hacer la más remota referencia a los sentimientos walworthianos de Wemmick, no habría tenido inconveniente en sorprender de vez en cuando una amistosa mirada suya. Pero no fue posible. Cuando levantaba los ojos de la mesa los volvía al señor Jaggers, y se mostraba para mí tan seco y tan distante como si existieran dos Wemmicks gemelos y éste no fuese el mío, sino el otro.

—¿Mandó usted la nota de la señorita Havisham al señor Pip, Wemmick? —preguntó el señor Jaggers en cuanto empezamos a comer.

—No, señor —contestó Wemmick—. Me disponía a echarla al correo cuando llegó usted con el señor Pip. Aquí está.

Y entregó la carta a su principal y no a mí.

—No son más que dos líneas, Pip —dijo el señor Jaggers entregándomela—. La señorita Havisham me la mandó porque no estaba segura de las señas de usted. Dice que necesita verle a propósito de un pequeño asunto del que usted le habló. ¿Irá usted?

—Sí —dije, echando una ojeada a la nota, que estaba concebida exactamente en aquellos términos.

—¿Cuándo piensa usted ir?

—Tengo un asunto pendiente —dije mirando a Wemmick, que en aquel momento echaba pescado al buzón de su boca— que no me permite precisar la fecha. Pero supongo que iré en seguida.

—Si el señor Pip piensa ir en seguida —dijo Wemmick dirigiéndose al señor Jaggers—, no hay necesidad de que responda.

Entendiendo por esto que sería mejor que no me retrasara, decidí ir a la mañana siguiente, y así lo dije. Wemmick se bebió un vaso de vino y con aire de lúgubre satisfacción miró al señor Jaggers, pero no a mí.

—De modo, Pip, que nuestro amigo, el Araña —dijo el señor Jaggers—, ha jugado sus triunfos y ha ganado.

Lo más que pude hacer fue asentir con un movimiento de cabeza.

—¡Ah! Es un muchacho que promete… aunque a su modo. Pero puede que no todo salga a su gusto. Al final siempre gana el más fuerte, pero primero hay que saber quién es más fuerte. Si resulta ser él y acaba pegando a su mujer…

—Seguramente —interrumpí, con el rostro encendido y el corazón agitado— no piensa usted de verdad que sea lo bastante villano para eso, señor Jaggers.

—No digo eso, Pip. Hago una suposición. Si resulta ser él y acaba pegando a su mujer, es posible que se constituya en el más fuerte; si es cuestión de inteligencia, él será el vencido. Sería muy arriesgado dar una opinión acerca de lo que hará un sujeto como ése, en tales circunstancias, porque es un caso de cara o cruz entre dos resultados.

—¿Puedo preguntar cuáles son?

—Un sujeto como nuestro amigo el Araña —contestó el señor Jaggers— o pega o se encoge. Puede encogerse gruñendo o sin gruñir; pero o pega o se encoge. Pregunte a Wemmick cuál es *su* opinión.

—O pega o se encoge —dijo Wemmick, sin mirar hacia mí para nada.

—Bebamos, pues, a la salud de la señora Bentley Drummle —dijo el señor Jaggers, tomando una botella de vino escogido, sirviéndonos a cada uno y sirviéndose luego él— y deseemos que el asunto se resuelva a satisfacción de esta señora porque nunca podrá ser a gusto de ella y de su marido a la vez. ¡Molly! ¡Molly! ¡Qué despacio vas esta noche!

Cuando la regañó así, estaba a su lado, poniendo unos platos sobre la mesa. Retirando las manos retrocedió uno o dos pasos murmurando una excusa. Y cierto movimiento de sus dedos mientras hablaba me llamó la atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó el señor Jaggers.

—Nada —contesté—. Tan sólo que el asunto del que hablábamos era algo doloroso para mí.

El movimiento de aquellos dedos era semejante a la acción de hacer calceta. La criada se quedó mirando a su amo, sin saber si podía marcharse o si tenía

algo más que decirle y la llamaría en cuanto se alejara. Tenía la mirada muy fija. Indudablemente, yo había visto unos ojos exactamente como aquéllos y unas manos como aquéllas en una ocasión reciente y memorable.

El señor Jaggers la despidió y ella se escabulló fuera de la estancia. Pero, no obstante, yo continuaba viéndola con la misma claridad que si aún estuviera presente. Miraba aquellas manos, miraba aquellos ojos, miraba aquel ondeado cabello, y los comparaba con otras manos, con otros ojos, y con otro cabello que conocía muy bien y con los que éstos podían ser al cabo de veinte años de vida tempestuosa con un marido brutal. Miraba y volvía a mirar aquellas manos y aquellos ojos de la criada, y recordaba la inexplicable sensación que se había apoderado de mí la última vez que pasé —y no solo— por el jardín abandonado y por la fábrica de cerveza desierta. Recordaba cómo había tenido la misma impresión viendo un rostro que me miraba y una mano que me saludaba desde la ventanilla de una diligencia; y cómo había vuelto a experimentarla, fugaz como un relámpago, cuando, yendo en coche —y tampoco solo—, atravesé un súbito resplandor de luz artificial en una calle oscura. Pensaba en cómo un eslabón en la cadena de las asociaciones había favorecido aquella identificación en el teatro, y cómo ahora otro eslabón parecido, que antes faltaba, había venido a cerrar la cadena, cuando la casualidad había querido que relacionara el nombre de Estella con el movimiento de aquellos dedos y la atención de aquella mirada. Y tuve la absoluta seguridad de que aquella mujer era la madre de Estella.

El señor Jaggers me había visto con la joven, y no era probable que le hubieran pasado inadvertidos los sentimientos que yo no trataba de ocultar. Movió afirmativamente la cabeza cuando le dije que el asunto era penoso para mí, me dio una palmada en la espalda, sirvió vino otra vez y siguió comiendo.

Sólo dos veces más reapareció la criada en el comedor, cada vez por muy poco tiempo, y el señor Jaggers estuvo duro con ella. Pero sus manos y sus ojos eran los de Estella y, aunque hubiera reaparecido cien veces, no habría podido estar ni más ni menos seguro de que lo que creía era la verdad.

La cena fue aburrida porque Wemmick se bebía el vino en cuanto se lo servían, de una manera rutinaria —como habría podido cobrar su salario al llegar el día—, y con la vista fija en su principal parecía estar siempre a punto de ser interrogado. Por lo que respecta a la cantidad de vino ingerida, su buzón parecía tan indiferente como cualquier otro buzón a la cantidad de cartas que le echaban dentro. Para mí fue todo el tiempo el otro gemelo, sólo exteriormente parecido al Wemmick de Walworth.

Nos despedimos temprano y salimos juntos. Cuando todavía estábamos buscando a tientas nuestros sombreros entre la colección de botas del señor Jaggers, ya noté que mi Wemmick estaba al llegar, y no habríamos recorrido media docena de yardas de Gerrard Street, en dirección a Walworth, cuando me di cuenta de que paseaba cogido del brazo con el gemelo amigo mío y que el otro se había evaporado en el aire vespertino.

—Bien —dijo Wemmick—, ya se terminó la cena. Es un hombre maravilloso que no tiene igual en el mundo; pero cuando como con él me siento cohibido, y yo no como bien si no es a mis anchas.

Me pareció que eso era una gran verdad y así se lo dije.

—A nadie se lo diría más que a usted —repuso—. Sé que lo que se habla entre nosotros, entre nosotros se queda.

Le pregunté si había visto alguna vez a la hija adoptiva de la señorita Havisham, es decir, a la señora Bentley Drummle. Me contestó que no. Luego, para no parecer demasiado brusco, me puse a hablar del Anciano y de la señorita Skiffins. Cuando nombré a ésta, puso cara de pillín y se detuvo en la calle para sonarse con un movimiento de cabeza y un floreo no del todo desprovistos de una cierta jactancia.

—Wemmick —dije luego—, ¿se acuerda usted de que la primera vez que fui a casa del señor Jaggers me recomendó que me fijase en su criada?

—¿De veras? —preguntó—. Tal vez lo hiciera. No sé. Demonio —añadió de pronto—. Claro que lo hice. Veo que aún no estoy a mis anchas.

—La llamó usted una fiera domada.

—¿Y qué nombre le da usted?

—El mismo. ¿Cómo la domó el señor Jaggers, Wemmick?

—Es un secreto. Hace ya muchos años que está con él.

—Querría que me contara usted su historia. Siento un interés especial por conocerla. Ya sabe usted que lo que se habla entre nosotros, entre nosotros se queda.

—Pues bien —dijo Wemmick—, no conozco su historia, es decir, no la conozco toda. Pero le diré lo que sé. Por supuesto, en un plano completamente particular y confidencial.

—Desde luego.

—Hará cosa de veinte años, esa mujer fue juzgada en Old Bailey por asesinato y la absolvieron. Era entonces una joven muy hermosa y creo que tenía

algo de sangre gitana. Sea como fuere, cuando se encolerizaba era una mujer terrible.

—Pero la absolvieron.

—La defendía el señor Jaggers —prosiguió Wemmick mirándome significativamente— y condujo su caso de un modo verdaderamente asombroso. Era un caso desesperado, y el señor Jaggers hacía poco tiempo que ejercía, de manera que su defensa causó la admiración general. En realidad puede decirse que fue ese asunto el que hizo su fama. Día tras día, y durante tiempo, trabajó en las oficinas de la policía, exponiéndose incluso a ser encausado a su vez, y en el juicio, donde no pudo intervenir solo, actuó de segundo abogado y (todo el mundo lo sabe) fue quien puso la sal y la pimienta. La víctima había sido una mujer; una mujer que tendría unos diez años más que ella y era mucho más alta y más fuerte. Era un caso de celos. Las dos llevaban una vida errante, y la mujer que ahora vive aquí, en Gerrard Street, se había casado muy joven, «por detrás de la iglesia», como se dice, con un vagabundo, y era una verdadera furia de celos. La víctima, más proporcionada al hombre por su edad, había sido hallada muerta en un pajar cerca de Hounslow Heath. Había habido un violento forcejeo, acaso una riña. El cadáver estaba lleno de magulladuras y arañazos y presentaba señales de estrangulación. No había pruebas razonables para sospechar de nadie más que de esta mujer, y el señor Jaggers se apoyó, principalmente, en la improbabilidad de que hubiera podido ejecutar el crimen. Puede usted tener la seguridad —añadió Wemmick tocándome en la manga— de que, aunque lo haga ahora, entonces no aludió ni una sola vez a la fuerza de sus manos.

Yo había contado a Wemmick cómo el señor Jaggers, el día de aquella comida, nos había hecho contemplar las muñecas de su criada.

—Pues bien —continuó Wemmick—, sucedió que esa mujer se vistió con tal arte desde el momento de su prisión, que parecía mucho más delgada de lo que era en realidad. Especialmente, se recuerda que sus mangas estaban tan hábilmente dispuestas que daban a sus brazos una apariencia delicada. Tenía uno o dos cardenales en el cuerpo, cosa sin importancia en una mujer vagabunda, pero tenía arañado el dorso de las manos, y se trataba de decidir si esto podía ser obra de las uñas de una persona. El señor Jaggers demostró que la mujer había atravesado unos zarzales no lo bastante altos para llegarle al rostro, pero sí lo suficiente para que al pasar por ellos no pudiese evitar que le arañaran las manos. En efecto, se encontraron clavadas en su piel algunas púas de zarza que fueron presentadas como prueba, así como el hecho de que, examinado el zarzal,

se encontraran en él algunas hilachas de su traje, y, aquí y allí, pequeñas manchas de sangre. Pero el argumento más audaz del señor Jaggers fue el siguiente: se intentaba establecer, como demostración de su carácter celoso, que aquella mujer era sospechosa de haber dado muerte, en la época del asesinato, a su propia hija, de tres años de edad, que también lo era de su amante, para vengarse de éste. El señor Jaggers argumentó como sigue: «nosotros afirmamos que estos arañazos no han sido hechos por uña alguna, sino por unas zarzas, y hemos mostrado las zarzas. Ustedes dicen que han sido causados por unas uñas, y además establecen la hipótesis de que esta mujer mató a su propia hija. Siendo así, deben ustedes aceptar todas las consecuencias de esta hipótesis. Supongamos que, realmente, hubiera matado a su hija y que ésta, asiéndose a ella, le hubiera arañado las manos. ¿Y qué, entonces? Ustedes no la juzgan por asesinato de su hija. ¿Por qué no lo hacen? En cuanto a este caso, si están empeñados en que existen los arañazos, diremos que, por lo que sabemos, ya se han formado su propia explicación, suponiendo, que no los hayan inventado en honor del alegato». En fin, señor Pip —añadió Wemmick—, el señor Jaggers resultó demasiado fuerte para el jurado y éste se rindió.

—¿Y ella ha estado desde entonces a su servicio?

—Sí; pero hay más —contestó Wemmick—. Ella no solamente entró a su servicio inmediatamente después de su absolución, sino que lo hizo domada como está ahora. Luego ha ido aprendiendo sus deberes poquito a poco, pero desde el principio ya estaba domada.

—¿Y, efectivamente, la criatura era una niña?

—Así lo tengo entendido.

—¿Tiene usted algo más que decirme esta noche?

—Nada. Recibí su carta y la he destruido. Nada más.

Nos dimos cordialmente las buenas noches y me marché a casa con materia para nuevas preocupaciones, pero sin ningún alivio para las antiguas.

CAPÍTULO XLIX

Metiéndome en el bolsillo la nota de la señorita Havisham a fin de que sirviera de credencial por haber vuelto tan pronto a la casa Satis en el caso de que su caprichoso humor le hiciera mostrar alguna sorpresa al verme, tomé la diligencia al día siguiente. Pero me apeé en la Casa del Medio Camino y desayuné allí, y luego hice a pie el resto del viaje; porque quería entrar en la villa sin ser notado, por caminos poco concurridos, y volverme del mismo modo.

Empezaba a disminuir la luz del día cuando pasé a lo largo de los patios tranquilos y silenciosos de la parte trasera de la calle Mayor. Los restos de ruina donde, en otro tiempo, los monjes tuvieron sus refectorios y sus jardines, y cuyos fuertes muros se hallaban ahora al servicio de humildes establos y cobertizos, estaban casi tan callados como los antiguos monjes en sus tumbas. Las campanadas de la catedral llegaban a mis oídos, mientras me apresuraba para no ser visto, con un sonido más triste y remoto que nunca; del mismo modo, la música del viejo órgano tenía no sé qué de canto funeral; y las cornejas que revoloteaban en torno a la torre gris, o meciéndose en los altos y desnudos árboles del jardín del priorato, parecían gritarme que aquel lugar ya no era el mismo y que Estella se había ido para siempre.

Me abrió la verja una mujer de edad a quien conocía como una de las sirvientas que vivían en la casa suplementaria del otro lado del patio posterior. En el oscuro pasillo hallé, como siempre, la bujía encendida, y, tomándola, subí solo la escalera. La señorita Havisham no estaba en su propia estancia, sino en la más amplia, del otro lado del rellano. Mirando desde la puerta, después de llamar en vano, la vi sentada ante el hogar en una silla desvencijada, perdida en la contemplación del mortecino fuego.

Como había hecho a menudo, entré y me quedé en pie junto a la antigua chimenea, para que me viera al levantar los ojos. Tenía un aire de soledad y desamparo que me movió a compasión, a pesar del daño que voluntariamente me había hecho. Mientras estaba compadeciéndola y pensando en cómo yo también, con el tiempo, había llegado a formar parte de las tristes ruinas de aquella casa, sus ojos se fijaron en mí. Los abrió mucho y dijo en voz baja:

—¿Es verdaderamente él?

—Soy yo, Pip. El señor Jaggers me entregó ayer la nota de usted y he venido sin pérdida de tiempo.

—Gracias, muchas gracias.

Acerqué al fuego otra de las desvencijadas sillas y me senté observando en el rostro de la señorita Havisham una expresión nueva, como si me tuviera miedo.

—Deseo —dijo— que hablemos otra vez del asunto que me mencionaste en tu última visita, y demostrarte que no soy toda piedra. Pero tal vez tú ya no podrás creer nunca que haya una pizca de humanidad en mi corazón.

Después de decirle algunas palabras tranquilizadoras, extendió temblorosa su mano derecha, como si fuera a tocarme; pero la retiró en seguida, antes de que yo comprendiera su intento o supiera cómo había de acogerlo.

—Hablando en favor de tu amigo, me dijiste que podrías informarme de cómo tendría la oportunidad de hacer algo útil y bueno. Algo que a ti mismo te habría gustado hacer, ¿no es cierto?

—Así es. Algo que a mí me habría gustado mucho hacer.

—¿Qué es?

Empecé a explicarle la historia secreta de la entrada de Herbert como socio en la casa de Clarriker. No había adelantado mucho en mis explicaciones cuando sospeché, por su mirada, que estaba pensando más en mí que en lo que yo le decía. Y así debía de ser, pues cuando dejé de hablar, transcurrió un buen rato antes de percatarse de ello.

—¿Te has interrumpido, acaso —me preguntó con su aire anterior de tenerme miedo—, porque me odias tanto que hablarme se te hace insoportable?

—No, no —respondí—. ¿Cómo puede pensar esto, señorita Havisham? Me interrumpí porque creí que no prestaba usted atención a mis palabras.

—Tal vez no —contestó, llevándose una mano a la cabeza—. Vuelve a empezar y deja que mire hacia otro lado. Un momento. Ya puedes hablar.

Apoyó la mano en su bastón de aquel modo resuelto que a veces le era habitual, y miró al fuego con señales de hacer un gran esfuerzo por concentrar su

atención. Continué mi relato y le dije que había abrigado la esperanza de completar la operación por mis propios medios, pero que ahora había fracasado. Esta parte del asunto (hube de recordarle) comprendía detalles que no podían entrar en mi explicación, pues formaban parte de un grave secreto que no me pertenecía.

—Muy bien —dijo, moviendo la cabeza en señal de asentimiento, pero sin mirarme—. Y ¿qué cantidad se necesita para completar la operación?

Me daba un poco de reparo decirlo, porque me parecía una suma muy importante.

—Novecientas libras.

—Si te doy el dinero para este objeto, ¿guardarás mi secreto como has guardado el tuyo?

—Con la misma fidelidad.

—¿Y quedarás después más tranquilo?

—Mucho más.

—¿Eres muy desgraciado ahora?

Me hizo esta pregunta sin mirarme tampoco, pero en un tono de simpatía desacostumbrado. No pude contestar en seguida porque me faltó la voz. Ella cruzó el brazo izquierdo sobre el puño del bastón y descansó la cabeza sobre él.

—Estoy muy lejos de ser feliz, señorita Havisham, pero tengo otras causas de intranquilidad además de las que usted conoce. Son los secretos a que me he referido.

Después de unos momentos, levantó la cabeza y volvió a contemplar el fuego.

—Es noble, de tu parte, decirme que tienes otras causas de infelicidad. ¿Es cierto?

—Demasiado cierto.

—¿No puedo servirte de otro modo, Pip, que sirviendo a tu amigo? Dando esto por hecho, ¿no hay nada que pueda hacer por ti?

—Nada. Le agradezco la pregunta. Y mucho más todavía el tono con que me la ha hecho. Pero no hay nada que pueda usted hacer.

Al cabo de poco tiempo se levantó de su asiento, buscando con la mirada, por toda la habitación, algo con que escribir. No encontrándolo, sacó de su bolsillo unas tabletas de marfil montadas en oro y escribió en una de ellas con un lapicero de oro que colgaba de su cuello.

—¿Sigues en buenas relaciones con el señor Jaggers?

—Sí, señora. Anoche cené con él.

—Esto es una autorización para que te pague esta suma, que quedará a tu libre disposición para emplearla en beneficio de tu amigo. Aquí no tengo dinero alguno; pero si prefieres que el señor Jaggers no se entere del asunto, te lo mandaré.

—Muchas gracias, señorita Havisham. No tengo el menor inconveniente en recibir esa suma de manos del señor Jaggers.

Me leyó lo que acababa de escribir, que era expresivo y claro y evidentemente encaminado a evitar toda sospecha de que yo quisiera beneficiarme con aquella cantidad. Cogí las tabletas de su mano, que volvía a temblar y que tembló más aún cuando se quitó la cadena que sujetaba el lapicero, y me la puso en la mano. Hizo todo esto sin mirarme.

—En la primera hoja está mi nombre. Si alguna vez puedes escribir debajo de él «la perdono», aunque sea mucho después de que mi corazón destrozado se haya vuelto polvo, te ruego que lo hagas.

—¡Oh, señorita Havisham! —exclamé—. Puedo hacerlo ahora mismo. Todos hemos incurrido en tristes equivocaciones: mi vida ha sido ciega y desagradecida; y necesito demasiado, a mi vez, el perdón y el consejo para que pueda mostrarme severo con usted.

Volvió por vez primera su rostro hacia el mío, desde que lo había apartado, y, con gran asombro mío y hasta puedo añadir con terror, se arrodilló ante mí levantando las manos juntas, tal como, cuando su pobre corazón era joven, inocente y sano, las debía haber levantado para implorar al Cielo al lado de su madre.

Verla con su cabello blanco y su marchito rostro, arrodillada a mis pies, me hizo estremecer de la cabeza a los pies. Le rogué que se levantase y la rodeé con mis brazos para ayudarla, pero ella se apoderó de mi mano, de la que tenía más cerca, y apoyando en ella la cabeza se echó a llorar. Jamás hasta entonces la había visto verter una lágrima, y con la esperanza de que el desahogo le haría bien, me incliné sobre ella sin decir una palabra. Ya no estaba arrodillada entonces, sino casi tendida en el suelo.

—¡Oh! —exclamó con desesperación—. ¡Qué he hecho! ¡Qué he hecho!

—Si se refiere usted, señorita Havisham, a lo que haya podido hacer en perjuicio mío, permítame que le conteste: Muy poco. Yo habría amado a Estella en cualquier circunstancia… ¿Está ya casada?

—Sí.

Era una pregunta innecesaria, porque una nueva desolación que se advertía en la desolada casa ya me lo había dicho todo.

—¡Qué he hecho! ¡Qué he hecho! —Se retorcía las manos, se mesaba los blancos cabellos y volvía a exclamar, una y otra vez—: ¡Qué he hecho!

No sabía qué decir ni cómo consolarla. Demasiado sabía que había obrado muy mal al adoptar a una criatura impresionable y moldearla para vengar a través de ella su fino resentimiento, su amor burlado y su orgullo herido; pero sabía también que al excluir la luz del día había excluido muchas otras cosas; que al encerrarse en su reclusión se había aislado de mil influencias naturales y saludables; que, en sus solitarias cavilaciones, su pensamiento se había extraviado, como no pueden por menos de extraviarlo quienes tratan de invertir el orden establecido por su Creador. ¿Y cómo podía mirarla sin sentir compasión, si veía su castigo en la ruina en que se había convertido, en su incapacidad de adaptarse al mundo en que había nacido, en la vanidad de su dolor que había llegado a ser una manía dominante, como la vanidad de la penitencia, la vanidad del remordimiento, la vanidad de la indignidad y otras monstruosas vanidades que han sido otras tantas maldiciones en este mundo?

—Hasta que hablaste con ella en tu visita anterior y hasta que vi en ti un espejo que me mostraba lo que una vez había sentido yo, no comprendí lo que había hecho. ¡Qué he hecho, Dios mío! ¡Qué he hecho! —Y volvía a repetirlo, veinte, cincuenta veces: ¡Qué había hecho!

—Señorita Havisham —le dije en cuanto cesaron sus lamentaciones—. Puede usted alejarme de su pensamiento y de su conciencia. Pero Estella es un caso diferente, y si alguna vez puede usted deshacer algo del daño que le causó al privarle de su verdadera naturaleza, será mucho mejor dedicarse a hacerlo que pasarse cien años lamentando el pasado.

—Sí, sí, ya lo sé; pero, querido Pip —había una sincera compasión femenina en el nuevo afecto que me mostraba—, créeme, querido Pip: cuando ella llegó a mi casa, yo sólo me proponía evitarle una desgracia como la mía. Al principio no me proponía nada más.

—Bueno, bueno —dije yo—. Así lo creo.

—A medida que crecía y prometía ser una belleza, poco a poco fui obrando peor; y con mis elogios y mis enseñanzas, y con esta figura mía siempre ante ella como un ejemplo en que apoyar mis lecciones, le quité el corazón y puse en su lugar un pedazo de hielo.

—Mejor habría sido —no pude menos de exclamar— dejarle el corazón,

aunque luego se hubiera lastimado o herido.

Entonces la señorita Havisham me miró como enloquecida y de nuevo prorrumpió en exclamaciones de «¡qué he hecho!».

—Si conocieras toda mi historia —dijo luego— me tendrías más compasión y me comprenderías mejor.

—Señorita Havisham —contesté, todo lo delicadamente que pude—. Creo poder decir que conozco su historia y que la he conocido desde que abandoné estos parajes. Siempre me ha inspirado mucha compasión y creo comprenderla y comprender la influencia que sobre usted ha tenido. ¿Me autoriza lo que ha pasado entre nosotros para hacerle una pregunta acerca de Estella? ¿No de la Estella de ahora, sino de la que era cuando vino aquí?

La señorita Havisham estaba sentada en el suelo con los brazos apoyados en la silla y la cabeza descansando en ellos. Me miró de frente cuando dije esto y respondió:

—Habla.

—¿De quién era hija Estella?

Movió negativamente la cabeza.

—¿No lo sabe usted?

Hizo otro movimiento negativo.

—Pero ¿la trajo el señor Jaggers o la mandó?

—La trajo él mismo.

—¿Quiere usted contarme cómo ocurrió?

Me respondió en voz baja y con mucha cautela:

—Hacía mucho tiempo que vivía encerrada en estas habitaciones (no sé cuánto: tú ya sabes qué hora marcan los relojes aquí) cuando le dije que necesitaba una niña para educarla y amarla, y para evitarle mi triste destino. Le había conocido cuando le hice venir para liquidar mis negocios a fin de que nada estorbara mi retiro, pues había leído su nombre en los periódicos antes de que el mundo y yo nos separáramos. Me dijo que buscaría una niña huérfana; y una noche la trajo aquí dormida y yo la llamé Estella.

—¿Qué edad tenía entonces?

—Dos o tres años. Ella no sabe nada salvo que era huérfana y yo la adopté.

Tan convencido estaba yo de que la criada del señor Jaggers era la madre de Estella, que no necesitaba prueba alguna que me asegurara de ello. Pero pensé que lo que acababa de oír establecía para cualquiera de un modo claro y terminante la relación entre ambos. ¿Qué más podía esperar prolongando aquella

entrevista? Había logrado lo que me propuse en favor de Herbert, la señorita Havisham me había comunicado lo que sabía de Estella y yo había dicho y hecho cuanto me había sido posible para tranquilizarla. Poco importa cuáles fueron las palabras con que nos despedimos; el hecho es que nos separamos.

Caía la tarde cuando bajé la escalera y salí al aire libre. Llamé a la mujer que me había abierto al llegar para decirle que no se molestara todavía, pues iba a dar una vuelta por el recinto antes de marcharme. Tenía el presentimiento de que jamás volvería allí y sentía que la moribunda luz del crepúsculo era la más apropiada a mi última visión del lugar.

Por entre la selva de barriles, sobre los cuales había andado tiempo atrás y sobre los cuales había caído desde entonces la lluvia de muchos años, pudriéndolos en muchos sitios y dejando pantanos y charcos en miniatura sobre los que permanecían en pie, me dirigí hacia el jardín abandonado. Di una vuelta entera; pasé por el rincón donde nos peleamos Herbert y yo; anduve por los senderos que recorrí en compañía de Estella. Y todo estaba tan frío, tan solitario, tan triste…

Tomando, al volver, por la antigua fábrica de cerveza, levanté el herrumbroso picaporte de una puertecilla en el extremo que daba al jardín y atravesé el lugar. Iba a salir por la puerta opuesta, no tan fácil de abrir ahora porque la madera se había hinchado con la humedad, y los goznes desquiciados, y el umbral obstruido con una masa de fungosidades, cuando volví la cabeza para mirar atrás. Esta ligera acción hizo revivir en mí, con prodigiosa fuerza, un recuerdo infantil, e imaginé otra vez que veía a la señorita Havisham colgando de una viga. Tan fuerte fue la impresión que me puse a temblar de pies a cabeza, debajo de la viga, antes de comprender que se trataba de una imaginación; aunque ciertamente no fue más que un instante.

La tristeza del sitio y de la hora, y lo terrible de aquella momentánea alucinación, fueron causa de que sintiera un pavor indescriptible al salir por las puertas abiertas de madera donde una vez me había mesado los cabellos después de que Estella hubo herido mi corazón. Pasando el patio delantero me quedé indeciso entre llamar a la mujer para que me abriera la verja, o ir primero arriba a asegurarme de que la señorita Havisham seguía sin novedad y calmada como la había dejado. Me decidí por lo último y subí.

Miré dentro de la estancia donde la había dejado y la vi sentada en la desvencijada silla, muy cerca del fuego y dándome la espalda. Cuando iba a retirarme sin hacer ruido, vi levantarse de pronto una gran llamarada. En el

mismo instante vi a la señorita Havisham correr hacia mí, dando alaridos y envuelta en un remolino de llamas que se elevaba, por lo menos, hasta el doble de su altura.

Yo llevaba puesto un abrigo de doble esclavina y, sobre el brazo, un recio capote. Diré que me quité el abrigo; que le eché las dos prendas encima; que con el mismo objeto tiré del mantel de la mesa, arrastrando con él el montón de podredumbre que había en el centro y todos los bichos que allí se escondían; que me abracé a ella, derribándola en el suelo; que allí nos quedamos luchando como encarnizados enemigos, y que cuanto más apretaba mis abrigos y el mantel en torno a ella más fuertes eran sus alaridos y mayores sus esfuerzos por libertarse; que todo esto ocurrió, lo supe por el resultado, pero no por nada que en aquellos momentos sintiera, pensara o tuviera conciencia de hacer. No tuve conciencia de nada hasta que vi que ambos yacíamos en el suelo junto a la gran mesa y que en el aire, lleno de humo, flotaban unas pavesas, todavía encendidas, que un momento antes había sido su marchito traje de bodas.

Entonces miré a mi alrededor y vi las arañas y escarabajos que corrían inquietos por el suelo y las criadas que, con gritos sofocados, acudían a la puerta. Yo seguía sujetando a la señorita Havisham con todas mis fuerzas, como si fuera un preso que pudiera huir; y dudo de que aún entonces me diera cuenta de quién era ella, o de por qué habíamos luchado, o de que había estado envuelta en llamas, o de que éstas se habían apagado, hasta que vi los fragmentos de yesca de lo que había sido su traje, que ya no ardían pero que iban cayendo como negra lluvia sobre nosotros.

Ella estaba inconsciente, y yo temía que la movieran o la tocaran. Mandamos en busca de socorro y la sostuve hasta que éste llegó, como si descabelladamente me imaginase (y pienso que lo hice) que, si la soltaba, las llamas surgirían de nuevo y la consumirían. Cuando me levanté a la llegada del cirujano y otras personas, me asombré de ver que me había quemado las dos manos, pues ningún dolor hasta entonces me lo había advertido.

El cirujano examinó a la señorita Havisham y dijo que había recibido graves quemaduras, pero que, por sí solas, no eran cosa de desesperar. El peligro estaba, principalmente, en la conmoción nerviosa que había sufrido. Siguiendo las instrucciones del cirujano, la pusieron sobre la mesa, que resultó muy apropiada para la curación de las heridas. Cuando volví a verla una hora más tarde, estaba, en efecto, tendida donde la había visto antes señalar con su bastón y donde le había oído decir que un día reposaría.

Aunque ardió todo su traje, según me dijeron, todavía conservaba algo de su antiguo aspecto de novia fantasma, pues la habían envuelto hasta el cuello en algodón en rama y, mientras yacía cubierta por una sábana, aún tenía el aire espectral de algo que había sido y ya no era.

Preguntando a las criadas, me enteré de que Estella estaba en París, y obtuve del cirujano la promesa de escribirle por el próximo correo. Yo me encargué de la familia de la señorita Havisham, proponiéndome decírselo tan sólo a Matthew Pocket, dejando que fuera éste quien hiciera lo que mejor le pareciera con respecto a los demás. Así se lo comuniqué al día siguiente, por medio de Herbert, en cuanto volví a la capital.

Hubo un momento aquella noche en que la señorita Havisham habló cuerdamente de lo ocurrido, aunque con una especie de terrible vivacidad. Hacia las doce empezó a desvariar y acabó repitiendo innumerables veces, en voz baja y solemne: «¡Qué he hecho!», y luego: «Cuando llegó no me proponía más que evitarle una desgracia como la mía». Y luego: «Toma un lápiz y debajo de mi nombre escribe: “La perdono”».

Jamás cambió el orden de estas tres frases, aunque a veces se olvidaba de alguna palabra, pero nunca la sustituía por otra, sino que, dejando un blanco, pasaba a la siguiente.

Como ya nada podía hacer allí y como tenía, cerca de mi casa, motivos apremiantes de ansiedad y temor, que ni siquiera los desvaríos de la señorita Havisham podían alejar de mi pensamiento, decidí durante la noche regresar en el primer coche de la mañana, haciendo a pie cosa de una milla para tomarlo fuera de la población. Por consiguiente, hacia las seis de la mañana me incliné sobre la enferma y toqué sus labios con los míos, precisamente cuando ella decía, sin detenerse al sentir el contacto: «Toma el lápiz y escribe debajo de mi nombre: “La perdono”».

CAPÍTULO L

Me habían curado las manos dos o tres veces por la noche y una por la mañana. Mi brazo izquierdo había sufrido extensas quemaduras, desde la mano hasta el codo, y otras menos graves desde el codo hasta el hombro; sentía bastante dolor, pero las llamas habían prendido por aquel lado, y podía estar contento de que no hubiera sucedido nada peor. La mano derecha había recibido daño, pero podía mover los dedos. Desde luego la llevaba vendada, pero no de un modo tan embarazoso como la mano y el brazo izquierdos, que tenía que llevar en cabestrillo. Tuve que ponerme la chaqueta como una capa, echada sobre los hombros y abrochada al cuello. También el cabello se me había quemado, pero no la cabeza ni la cara.

Herbert, una vez hubo ido a Hammersmith y visto a su padre, regresó a mi lado y empleó el día en curarme. Era el mejor de los enfermeros, y a las horas fijadas me quitaba los vendajes, los bañaba en el líquido refrescante que estaba preparado y me los volvía a colocar con una paciente delicadeza que yo le agradecía profundamente.

Al principio, mientras permanecía echado y quieto en el sofá, me pareció dolorosamente difícil y podría decir imposible, librarme de la impresión de las llamas, de su resplandor, de su rapidez y de su zumbido, y del intenso olor a quemado. Si me adormecía durante un minuto, me despertaban los gritos de la señorita Havisham, que venía corriendo hacia mí, con toda aquella corona de fuego en la cabeza. Y este dolor mental era mucho más difícil de dominar que el físico. Herbert, que lo advirtió, hizo cuanto le fue posible para ocupar mi atención con otros asuntos.

Ninguno de los dos hablábamos del bote, pero ambos pensábamos en él. Así lo revelaba el cuidado que ambos poníamos en evitar el tema, y el empeño que manifestábamos —sin que nos lo hubiéramos dicho— en suponer que recobrar el uso de mis manos sería cuestión de horas y no de semanas.

Mi primera pregunta al ver a Herbert fue, desde luego, si todo iba bien allá abajo en la orilla del río. Como él respondiera afirmativamente, con perfecta confianza y buen ánimo, no volvimos a hablar del asunto hasta caer el día. Entonces, mientras me cambiaba los vendajes, más alumbrado por la luz del fuego que por la exterior, se refirió a él espontáneamente.

—Anoche, Händel, pasé un par de horas en compañía de Provis.

—¿Dónde estaba Clara?

—¡Pobrecilla! —contestó Herbert—. Estuvo ocupada con el Gruñón, subiendo y bajando toda la tarde. No bien la perdía de vista, el viejo se ponía a dar golpes en el suelo. Sin embargo, no creo que esto pueda durar mucho. Entre el ron y la pimienta, entre la pimienta y el ron, creo que sus matraques deben ya acercarse al fin.

—Y entonces tú te casarás, ¿no es cierto?

—¿Cómo, si no, podría cuidar de la pobre criatura? Descansa el brazo en el respaldo del sofá, muchacho, y yo me sentaré aquí y te quitaré el vendaje, tan despacito que ni siquiera lo sentirás. Te hablaba de Provis. ¿Sabes, Händel, que mejora mucho?

—Ya te dije que la última vez que le vi me pareció más suave.

—Eso dijiste. Y así es, en efecto. Anoche estaba muy comunicativo y me contó algo más de su vida. Recordarás que se interrumpió cuando empezaba a hablar de una mujer con quien había pasado grandes trabajos. ¿Te he hecho daño?

Yo había dado un respingo, pero no a causa del roce, sino por el efecto que me habían hecho sus palabras.

—Había olvidado esto, Herbert, pero ahora que me lo dices, lo recuerdo.

—Pues bien, me refirió esta parte de su vida que, ciertamente, es bastante sombría. ¿Quieres que te la cuente, o te aburriría ahora?

—Nada de eso. ¡Cuéntamelo todo!

Herbert se inclinó para mirarme con atención, como si mi respuesta hubiera sido más pronta o más vehemente de lo que podía esperar.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó tocándome la frente.

—Por completo —le contesté—. Dime ahora lo que te contó Provis, querido

Herbert.

—Parece… —observó Herbert—. Este vendaje se ha dejado quitar como una seda y ahora viene otro fresco. De momento te escocerá un poco, pobre Händel, ¿no es cierto? Pero muy pronto sentirás un bienestar… Parece —repitió— que aquella mujer era muy joven y celosa, y vengativa; vengativa hasta el extremo.

—¿Hasta qué extremo?

—Hasta el asesinato. ¿Notas la venda demasiado fría en este sitio sensible?

—No noto nada. ¿Cómo asesinó? ¿A quién asesinó?

—Tal vez lo que hizo no merezca nombre tan terrible —dijo Herbert—, pero fue juzgada por ello. La defendió el señor Jaggers y la fama que alcanzó con esta defensa hizo que Provis lo conociera. La víctima fue otra mujer, más robusta que ella, y parece que hubo lucha en un pajar. Cuál de las dos empezó y si la lucha fue leal o no, se ignora en absoluto; lo que no ofrece duda es cómo acabó, porque se encontró a la víctima estrangulada.

—¿Fue condenada la mujer?

—No, fue absuelta. ¡Pobre Händel! Me parece que te he hecho daño.

—Es imposible hacerlo con más delicadeza, Herbert. Y ¿qué más?

—Esa mujer y Provis —dijo Herbert— tenían una hijita, una niña a la que Provis quería entrañablemente. Como iba diciendo, la tarde del mismo día en que fue estrangulada la mujer causante de sus celos, la joven fue a ver a Provis un momento y le juró que mataría a la niña (la cual tenía a su cuidado) y que él no volvería a verla; luego desapareció. Ya tenemos el brazo izquierdo, que es el malo, cómodamente puesto en su cabestrillo y ya nos queda sólo la mano derecha, que es cosa mucho más fácil. Te curo mejor a la luz del fuego porque mis manos están más firmes cuando no veo las llagas con demasiada claridad. ¿No tendrás afectado el pecho, querido? Parece que respiras con precipitación.

—Tal vez sí, Herbert. ¿Cumplió su juramento aquella mujer?

—Esto es lo más triste de la vida de Provis. Lo hizo.

—Es decir, dice que lo hizo.

—Naturalmente, querido Händel —replicó Herbert muy sorprendido e inclinándose de nuevo para mirarme con atención—. Todo lo dice él. No tengo otra fuente de información.

—No. Claro está.

—Provis no dice si había tratado bien o mal a la madre de la criatura; pero ésta había compartido con él cuatro o cinco años de la malhadada vida que nos describió junto a este fuego, y él parece haberla compadecido y perdonado. Por

consiguiente, temiendo que le llamaran a declarar acerca de la niña, y ser así causante de la muerte de la madre, se ocultó (a pesar de lo mucho que lloraba a su hijita), permaneció en la sombra, según dice, lejos de ella y fuera del proceso, y sólo se habló de él como de cierto hombre llamado Abel que había sido el motivo de los celos. Después de ser absuelta, ella desapareció y así él perdió a la hija y a la madre de la hija.

—Quisiera saber…

—Un momento, querido Händel —dijo Herbert—, y habré terminado. Aquel genio maligno, aquel Compeyson, el canalla peor de todos los canallas, sabiendo que Provis se ocultaba y conociendo sus razones, se valió de este conocimiento y de la amenaza que suponía como medio de hacerle trabajar más y más duramente y de retribuirle peor que nunca. Por lo que Provis me dijo ayer, esto fue lo que más encendió su odio.

—Querría saber —repetí—, y de un modo particular, si te indicó la fecha en que ocurrió todo eso.

—¿De un modo particular? Déjame hacer memoria, pues, a ver si recuerdo sus palabras. Su expresión fue: «hace cosa de veinte años, poco tiempo después de haber empezado a trabajar con Compeyson». ¿Qué edad tendrías tú cuando le conociste en el pequeño cementerio de tu aldea?

—Creo que siete años.

—Eso es. Todo aquello había ocurrido tres o cuatro años antes —me dijo— y tú le recordaste a la niña trágicamente perdida, que habría tenido entonces tu misma edad.

—Herbert —le dije, después de un corto silencio y con cierto apresuramiento —, ¿cómo me ves mejor? ¿A la luz de la ventana o a la del fuego?

—A la del fuego —contestó Herbert, acercándose de nuevo a mí.

—Mírame.

—Ya lo hago, querido Händel.

—Tócame.

—Ya te toco.

—¿Te parece que estoy calenturiento o que tengo la cabeza trastornada por el accidente de la pasada noche?

—No, querido Händel —contestó Herbert, después de tomarse algún tiempo para examinarme—. Estás algo excitado, pero perfectamente en tus cabales.

—Sé que estoy en mis cabales. Y el hombre a quien tenemos oculto junto al río es el padre de Estella.

CAPÍTULO LI

No podría decir cuál era mi propósito al empeñarme en averiguar y demostrar quiénes eran los padres de Estella. Pronto se verá que la cuestión no tomó para mí un aspecto distinto hasta que me la presentó una cabeza más juiciosa que la mía.

Pero cuando Herbert y yo tuvimos nuestra importante conversación, fui presa de la febril convicción de que no tenía más remedio que llegar al fondo del asunto… que no tenía que dejarlo en reposo, sino que debía ver al señor Jaggers y sacarle toda la verdad. En realidad no sé si sentía que debía hacerlo por Estella o si, por el contrario, deseaba extender al hombre en cuya salvación estaba tan interesado algunos reflejos del halo romántico que durante tantos años la había rodeado. Tal vez fuese esta última posibilidad la que más cerca estaba de la verdad.

Sea lo que fuere, con dificultad me dejé disuadir de ir a Gerrard Street aquella misma noche. Sólo el argumento de Herbert de que si iba me fatigaría y empeoraría y no sería de ninguna utilidad cuando de mí dependiera la salvación de mi fugitivo pudo contener mi impaciencia. Y con la inteligencia repetida una y otra vez de que, ocurriera lo que ocurriese, a la mañana siguiente iría a visitar al señor Jaggers, acabé por tranquilizarme y me resigné a quedarme en casa para que Herbert me curara las quemaduras. A la mañana siguiente salimos los dos y en la esquina de Giltspur Street, junto a Smithfield, dejé a Herbert en su camino hacia la City para dirigirme hacia Little Britain.

Periódicamente el señor Jaggers y el señor Wemmick examinaban sus cuentas, comprobaban los justificantes y lo ponían todo en orden. En tales ocasiones, Wemmick llevaba sus libros y sus papeles al despacho del señor

Jaggers, y uno de los empleados de arriba iba a ocupar su sitio en la oficina. Viendo a este empleado en el lugar de Wemmick, comprendí lo que ocurría; pero no lamenté encontrar juntos a Wemmick y al señor Jaggers porque de este modo Wemmick vería por sí mismo que yo no decía nada que pudiese comprometerle.

Mi aparición con el brazo vendado y la chaqueta echada sobre los hombros favoreció mi propósito. Había mandado al señor Jaggers una breve relación del accidente en cuanto llegué a Londres, pero ahora tenía que darle todos los detalles, y lo especial de la ocasión hizo que nuestra conversación fuese menos seca y dura, y menos regulada por las leyes del interrogatorio que en ocasiones anteriores. Mientras yo describía el desastre ocurrido, el señor Jaggers permaneció de pie, ante el fuego, según su costumbre. Wemmick se había reclinado en la silla, mirándome con las manos en los bolsillos y la pluma puesta horizontalmente en el buzón. Las dos brutales mascarillas, inseparables, en mi espíritu, de los procedimientos legales, parecían preguntarse congestivamente si no estarían oliendo a quemado en aquellos mismos instantes.

Al terminar mi narración, y agotado el turno de preguntas, saqué la autorización de la señorita Havisham para percibir las novecientas libras destinadas a Herbert. Los ojos del señor Jaggers parecieron hundirse en sus cuencas un poco más cuando le entregué las tabletas, pero en seguida se las pasó a Wemmick, ordenándole que preparara el cheque para la firma. Mientras esta orden se cumplía, yo miraba cómo escribía Wemmick, y el señor Jaggers, balanceándose sobre sus brillantes botas, me miraba a mí.

—Lamento mucho, Pip —dijo, cuando me metí el cheque en el bolsillo después de que él lo hubo firmado—, que no podamos hacer nada por usted.

—La señorita Havisham tuvo la bondad de preguntarme —respondí— si podía hacer algo por mí, y le contesté que no.

—Cada cual sabe lo que le conviene —dijo el señor Jaggers. Y vi que los labios de Wemmick articulaban silenciosamente las palabras: «Bienes portátiles».

—En su lugar, yo no le habría dicho que no —añadió el señor Jaggers—; pero cada cual sabe lo que le conviene.

—Lo que conviene a cualquier hombre —dijo Wemmick mirándome con cierta expresión de reproche— son los bienes portátiles.

Creí entonces que había llegado el momento para tratar el asunto en que tan empeñado estaba, y dije, volviéndome hacia el señor Jaggers:

—Una cosa pedí, no obstante, a la señorita Havisham, señor. Le pedí que me

diera algunos informes relativos a su hija adoptiva, y ella me contó todo lo que sabía.

—¿Eso hizo? —preguntó el señor Jaggers, inclinándose para mirarse las botas, tras lo cual se enderezó—. ¡Ah! No creo que yo, en su lugar, lo hubiera hecho. Pero ella sabe mejor lo que le conviene.

—Sé más de la historia de la hija adoptiva de la señorita Havisham que la propia señorita Havisham. Conozco a su madre.

El señor Jaggers me dirigió una mirada interrogativa y repitió:

—¿Su madre?

—No hace más de tres días que la he visto.

—¿De veras? —preguntó el señor Jaggers.

—Y usted también, señor. Usted la ha visto aún más recientemente.

—¿Sí? —dijo el señor Jaggers.

—Tal vez sé más de la historia de Estella que usted mismo —dije—. También conozco a su padre.

Se produjo cierta inmovilidad en la actitud del señor Jaggers (tenía demasiado dominio de sí mismo para cambiar de actitud, pero no pudo evitar que ésta quedara indefiniblemente cuajada en una especie de atención) que me dio la certeza de que no sabía quién era el padre de Estella. Yo sospechaba que así debía ser por lo que Provis le había dicho a Herbert de que había procurado permanecer en la sombra, lo cual relacioné con el detalle de que no fue cliente del señor Jaggers hasta cuatro años más tarde y en una ocasión en que no tenía motivo alguno para revelar su identidad. Pero antes no podía estar seguro de la ignorancia del señor Jaggers como lo estaba ahora.

—¿De manera que usted conoce al padre de la señorita, Pip? —preguntó el señor Jaggers.

—Sí —contesté—. Se llama Provis… De Nueva Gales del Sur.

Hasta el mismo señor Jaggers dio un respingo al oír estas palabras. Fue el sobresalto más leve que podía exteriorizar un hombre, el más cuidadosamente reprimido y el más rápidamente refrenado; pero lo fue, aunque él tratase de disimularlo con su movimiento habitual para sacar el pañuelo. No sé cómo recibió Wemmick aquella noticia, porque en aquellos instantes no me atreví a mirarle por miedo a que el señor Jaggers adivinara que entre los dos había habido comunicaciones ignoradas por él.

—¿Y en qué se apoya, Pip? —preguntó muy fríamente el señor Jaggers, deteniéndose en el acto de llevarse el pañuelo a la nariz—, ¿en qué se apoya ese

Provis para reivindicar esa paternidad?

—No pretende nada parecido —contesté—, ni lo ha hecho nunca, pues siempre ha creído que su hija había muerto.

Por una vez falló el poderoso pañuelo. Mi respuesta fue tan inesperada que el señor Jaggers devolvió el pañuelo al bolsillo sin terminar la acción habitual, cruzó los brazos y me miró con severa atención, aunque con rostro inmutable.

Yo le conté entonces todo lo que sabía y cómo lo sabía, con la única reserva de que le di a entender que sabía por la señorita Havisham lo que, de hecho, conocía por Wemmick. En eso tuve mucho cuidado. Y no me volví a mirar a Wemmick hasta que terminé mi relato, y después de que por algunos instantes hube afrontado en silencio la mirada del señor Jaggers. Cuando, por fin, volví los ojos hacia el señor Wemmick, vi que se había quitado la pluma del buzón y parecía absorto en su trabajo.

—¡Ah! —dijo, por fin, el señor Jaggers dirigiéndose a los papeles que tenía en la mesa—. ¿En qué estábamos, Wemmick, cuando entró el señor Pip?

Pero yo no podía resignarme a ser despedido de aquel modo, y le dirigí una súplica apasionada, casi indignada, para que fuera más franco y leal conmigo. Le recordé las falsas esperanzas en que había vivido, el tiempo que habían durado y el descubrimiento que había hecho, y aludí al peligro que me tenía conturbado. Me mostré digno de merecer un poco más de confianza por su parte, a cambio de la que yo acababa de demostrarle. Le dije que no le censuraba, ni me inspiraba ningún recelo, ni sospecha alguna; pero necesitaba que me confirmara lo que yo creía ser verdad. Y si me preguntaba por qué deseaba yo eso y por qué creía tener derecho a ello, le diría, por muy poco que le importaran tan pobres ensueños, que había amado a Estella con toda el alma y desde hacía mucho tiempo, y que, a pesar de haberla perdido y de verme condenado a una vida solitaria, todo lo que tuviera que ver con ella era para mí más próximo y más querido que cualquier otra cosa en el mundo. Y observando que el señor Jaggers seguía mudo y silencioso y, en apariencia, tan obstinado como siempre, a pesar de mi súplica, me volví a Wemmick y le dije:

—Wemmick, sé que es usted un hombre de buen corazón. He visto su agradable morada y a su anciano padre, y todos los inocentes y agradables entretenimientos con los que usted se repone de las fatigas del trabajo. Y le ruego que le diga al señor Jaggers una palabra en mi favor y le demuestre que, dadas las circunstancias, debería ser más franco conmigo.

Jamás he visto a dos hombres mirarse de un modo más raro que como lo

hicieron el señor Jaggers y Wemmick después de oír este apóstrofe. En un primer instante llegué a temer que Wemmick fuera despedido en el acto; pero recobré el ánimo al notar que el rostro de Jaggers se distendía en algo que parecía ser una sonrisa, y que Wemmick se hacía más atrevido.

—¿Qué es esto? —preguntó el señor Jaggers—. ¿Usted tiene un anciano padre y se permite inocentes y agradables entretenimientos?

—¿Y qué? —replicó Wemmick—. ¿Qué importa eso si no lo traigo a la oficina?

—Pip —dijo el señor Jaggers, poniéndome la mano sobre el brazo y sonriendo francamente—, este hombre debe de ser el impostor más ladino de Londres.

—Nada de eso —replicó Wemmick envalentonándose—. Yo creo que usted es otro que tal.

Y cambiaron una mirada igual a la anterior, como si cada uno sospechase que el otro le estaba engañando.

—¿Usted, con una agradable morada? —dijo el señor Jaggers.

—Puesto que no perjudica la marcha de los negocios —replicó Wemmick—, no se preocupe por ello. Y permítame que le diga, señor, que no me extrañaría nada que usted estuviera haciendo planes y maquinaciones para gozar de una agradable morada cualquier día de éstos, cuando esté cansado de todo este trabajo.

El señor Jaggers movió dos o tres veces la cabeza, y, sin lugar a dudas, suspiró.

—Pip —dijo luego—. No vamos a hablar de «pobres ensueños». Sabe usted más que yo de estas cosas, pues tiene una experiencia más reciente que la mía. Vamos a hacer una suposición. Entiéndalo usted bien. Yo no afirmo nada.

Esperó a que yo declarara haber entendido bien que él decía expresamente que no afirmaba nada.

—Ahora, Pip —añadió el señor Jaggers—, suponga usted esto: suponga que una mujer, en las circunstancias que usted ha mencionado, tuviera oculta a su hija y se viera obligada a mencionar este detalle a su abogado, cuando éste le recordó que necesitaba saber, para los fines de la defensa, la verdad de lo ocurrido acerca de la niña. Suponga que, al mismo tiempo, tuviera el encargo de buscar una niña para una señora excéntrica y rica que se proponía criarla y adoptarla.

—Le sigo, señor.

—Suponga que el abogado viviera rodeado de una atmósfera de maldad y que lo único que supiera de los niños era que eran engendrados en gran número, y que estaban destinados a una perdición segura. Suponga que viera con frecuencia algunos de estos niños juzgados solemnemente en la sala de lo criminal, donde había que levantarlos en brazos para que se los viera; suponga que continuamente tuviera que enterarse de que se los encarcelaba, se los azotaba, se los llevaba de un lugar a otro, se los abandonaba o se los echaba de todas partes, calificados en todos los sentidos de carne de presidio y sin crecer para otra cosa que ser ahorcados. Suponga que tuviera motivos para considerar a casi todos los niños que tenía ocasión de ver en sus ocupaciones diarias como sustento del cual nacerían los peces que algún día irían a caer en sus redes, y serían acusados, defendidos, condenados, dejados en la orfandad y corrompidos de un modo u otro.

—Comprendo, señor.

—Siga suponiendo, Pip, que hubiera en aquel montón una hermosa niña que se podía salvar, a la cual su padre creía muerta y sobre la que no se atrevía a hacer indagación alguna, y que con respecto a aquella madre el abogado tuviera este poder: «Sé lo que has hecho y cómo lo hiciste. Fuiste aquí y allí. Atacaste de este modo y se te resistieron de este otro; te marchaste a tal y tal sitio e hiciste tal y tal cosa para desviar las sospechas. He adivinado todos tus pasos y te lo digo para que lo sepas. Sepárate de la niña salvo que sea necesario presentarla para demostrar tu inocencia, y en cuyo caso se la hará desaparecer. Entrégame a la niña y yo haré cuanto me sea posible para ponerte en libertad. Si te salvas, también se salvará tu niña; si eres condenada, tu hija, por lo menos, se habrá salvado». Suponga que se hizo así y que la mujer fue absuelta.

—Entiendo perfectamente.

—Pero yo no afirmaba nada.

—Queda entendido que usted no afirma nada.

Y Wemmick repitió:

—No afirma nada.

—Suponga también, Pip, que su pasión y el horror a la muerte hubieran trastornado un poco el juicio de aquella mujer, y que, al verse en libertad, tuviera miedo del mundo y acudiera a su abogado en busca de refugio. Suponga que él la recogiera en su casa, y que para domeñar aquel antiguo natural indómito y violento, cada vez que éste diera señales de reaparecer, le recordase el poder que tenía sobre ella. ¿Comprende usted este caso imaginario?

—Perfectamente.

—Suponga, además, que la niña hubiese llegado a mujer y se hubiera casado por dinero. Que la madre aún exista y que el padre aún exista. Que la madre y el padre vivan sin saberlo a tantas millas, o estados, o yardas (como usted quiera) de distancia el uno del otro. Que el secreto siga siendo un secreto, excepto para usted que lo ha adivinado. Suponga esto último y considérelo con atención.

—Ya lo hago.

—Y le ruego a Wemmick que lo considere con atención.

Y Wemmick dijo:

—Ya lo hago.

—¿En beneficio de quién revelaría usted el secreto? ¿En beneficio del padre? No creo que ganara nada con recobrar a la madre. ¿En beneficio de la madre? Creo que, si cometió el crimen, más segura estaría donde está ahora. ¿En beneficio de la hija? Me parece que le haría un flaco favor a ojos de su marido que se supiera quiénes eran sus padres, y verse envuelta en la infamia a la que escapó durante veinte años, y que ahora sería para toda la vida. Pero añada la suposición de que usted hubiera amado a esta joven, Pip, y la hubiera hecho objeto de esos «pobres ensueños» que un momento u otro se han albergado en la cabeza de muchos más hombres de los que usted se figura. En este caso le diré, Pip, que antes que revelar el secreto valdría más (y es lo que usted haría si lo pensara un poco) que se cortase con la mano derecha usted esta mano izquierda que lleva vendada y luego pasara el hacha a Wemmick para que le cortara la derecha también.

Miré a Wemmick, en cuyo rostro había una grave expresión. Gravemente se tocó los labios con el índice. Yo hice lo mismo. El señor Jaggers hizo lo mismo.

—Ahora, Wemmick —añadió este último recobrando su tono habitual—, ¿en qué partida estaba usted cuando entró el señor Pip?

Me quedé unos momentos mientras ellos reanudaban el trabajo y observé que las extrañas miradas que antes se habían dirigido mutuamente se repetían varias veces, con la diferencia de que ahora cada uno parecía receloso, por no decir consciente, de haber dejado traslucir al otro un lado débil y nada profesional de su carácter.

Supongo que por esta misma razón se mostraban inflexibles el uno para el otro; el señor Jaggers, tratando dictatorialmente a Wemmick, y éste justificándose obstinadamente en cuanto aparecía la menor duda sobre un punto.

Nunca les había visto en tan malas relaciones, pues, por lo común, se llevaban muy bien los dos.

Por fortuna, ambos se vieron aliviados por la entrada de Mike, el cliente del gorro de pieles que tenía la costumbre de limpiarse la nariz con la manga y a quien conocí el primer día de mi aparición en aquel lugar. Aquel individuo, que, ya en su propia persona o en algún miembro de su familia, parecía estar siempre en algún apuro (lo cual, en aquel sitio, significaba Newgate) venía a anunciar que su hija había sido presa por sospechas de que se dedicaba a robar en las tiendas. Y mientras comunicaba este triste suceso a Wemmick, y mientras el señor Jaggers seguía con aire magistral ante el fuego, sin tomar parte en la conversación, los ojos de Mike vertieron una lágrima.

—¿Qué anda usted buscando? —preguntó Wemmick con la mayor indignación—. ¿Por qué viene a lloriquear aquí?

—No lloriqueaba, señor Wemmick.

—Vaya si lloriqueaba —respondió—. ¿Cómo se atreve usted? No debía haber venido si no podía hacerlo sin gotear como una pluma estropeada. ¿Qué se propone con ello?

—No siempre puede el hombre dominar sus sentimientos, señor Wemmick —replicó humildemente Mike.

—¿Sus qué? —preguntó Wemmick, furioso a más no poder—. ¡Dígalo otra vez!

—Oiga usted, buen hombre —dijo el señor Jaggers, dando un paso y señalando la puerta—. ¡Salga inmediatamente de esta oficina! Aquí no queremos sentimientos.

—Le está bien empleado —dijo Wemmick—. ¡Fuera!

Así pues, el desgraciado Mike se retiró humildemente y el señor Jaggers y Wemmick parecieron haber restablecido su buena inteligencia, y reanudaron el trabajo tan campantes como si acabasen de almorzar.

CAPÍTULO LII

Desde Little Britain me fui con el cheque en el bolsillo a casa del hermano de la señorita Skiffins, el tenedor de libros, y éste salió inmediatamente a buscar a Clarriker, y así tuve la gran satisfacción de dejar terminado aquel asunto. Era lo único bueno y lo único completo que había hecho desde el día en que me enteré de que tenía un gran porvenir.

Habiéndome informado Clarriker, con este motivo, de que los asuntos de la casa iban en continuo progreso, de que ahora podría establecer una sucursal en Oriente, de que la extensión de los negocios se hacía necesaria, y de que Herbert, en su nueva condición de socio, iría a encargarse de ella, comprendí que debía haber contado con separarme de mi amigo, aunque mis propios asuntos hubieran estado en mejor situación. Y del mismo modo comprendí que estaba a punto de soltarse mi última áncora y que pronto iría al garete, a merced del viento y de las olas.

Pero me sirvió de recompensa la alegría con que aquella noche llegó Herbert a casa y, me comunicó los cambios ocurridos, sin imaginar, ni remotamente, que no me contaba nada nuevo; trazando alegres perspectivas en que se veía a sí mismo llevando a Clara Barley a la tierra de las Mil y Una Noches, y a mí yéndome a reunir con ellos (creo que con una caravana de camellos), y ya todos juntos, remontando el curso del Nilo y contemplando maravillas. Sin entusiasmarme demasiado respecto a mi papel en aquellos brillantes planes, comprendí que el camino de Herbert se estaba despejando rápidamente, y que sólo faltaba que el viejo Bill Baley siguiera dedicado a su pimienta y a su ron para que su hija quedara felizmente establecida.

Habíamos entrado ya en el mes de marzo. Mi brazo izquierdo, sin presentar ningún síntoma alarmante, iba tan despacio en su curación que aún no me permitía ponerme el frac. La mano derecha estaba ya bastante bien; desfigurada, pero útil.

El lunes por la mañana, estando Herbert y yo desayunándonos, recibí por correo la siguiente carta de Wemmick:

Walworth. Queme esto en cuanto lo haya leído. En los primeros días de esta semana, pongamos el miércoles, puede usted llevar a cabo lo que sabe, si se siente dispuesto a intentarlo. Ahora, queme este papel.

Después de mostrar el escrito a Herbert, y haberlo arrojado al fuego (aunque no antes de habernos aprendido ambos su contenido de memoria), nos pusimos a estudiar lo que convenía hacer; pues ahora, naturalmente, no podíamos olvidar que yo me hallaba inutilizado.

—He pensado en eso muchas veces —dijo Herbert—, y creo conocer un medio mejor que alquilar un barquero del Támesis. Hablaremos con Startop. Es un buen compañero, remero excelente, nos quiere y es un muchacho digno y entusiasta.

Yo había pensado en él más de una vez.

—Pero ¿qué le diremos, Herbert?

—Será necesario decirle muy poco. Démosle a entender que no se trata más que de un capricho, aunque secreto, hasta que llegue el momento; entonces se le dice que hay una razón urgente para embarcar a Provis para el extranjero. ¿Irás con él?

—Sin duda.

—¿Adónde?

En las muchas y angustiosas reflexiones que había dedicado a aquel asunto nunca me había preocupado la cuestión de hacia dónde debíamos embarcar. Si hacia Hamburgo, Rotterdam o Amberes. Poco importaba el lugar con tal de sacarle de Inglaterra. Cualquier barco extranjero que encontráramos y que quisiera tomarnos a bordo serviría para el caso. Siempre me había propuesto llevar a Provis en mi bote hasta muy abajo del río; ciertamente más allá de Gravesend, que era el lugar crítico donde seguramente se harían indagaciones y pesquisas en caso de existir alguna sospecha. Como los barcos extranjeros dejaban Londres a la hora de la pleamar, descenderíamos por el río a la bajamar

y nos quedaríamos sin movernos en algún lugar tranquilo hasta que pudiéramos arrimarnos a uno de ellos. La hora en que el barco debía pasar por ese sitio, fuera donde fuese, no iba a ser difícil de calcular si nos procurábamos los informes necesarios.

Herbert dio su conformidad al plan, y salimos inmediatamente después del desayuno a emprender nuestras investigaciones. Averiguamos que un barco que iba a zarpar para Hamburgo era el que más convenía a nuestro propósito, y a él dedicamos principalmente nuestros pensamientos. Pero tomamos nota de que otros vapores extranjeros saldrían con la misma marea, y nos aseguramos de que sabríamos reconocer la forma y el color de cada uno. Luego nos separamos durante algunas horas; yo fui en busca de los pasaportes necesarios y Herbert a ver a Startop en su vivienda. Ambos hicimos lo que nos proponíamos sin estorbo, y cuando volvimos a encontrarnos a la una, pudimos comunicarnos que ya estaba hecho. Yo, por mi parte, tenía ya los pasaportes; Herbert había visto a Startop, que estaba más que dispuesto a acompañarnos.

Convinimos en que ellos dos manejarían los remos y yo llevaría el timón; nuestro pasajero permanecería sentado y quieto y, como nuestro objeto no era correr, nuestra marcha sería suficiente. Acordamos también que Herbert no iría a casa a cenar antes de ir a Mill Pond Bank aquella noche; que lo mismo haría el día siguiente, y que avisaría a Provis para que el miércoles acudiera al embarcadero que había cerca de su casa, sólo cuando viera que nos acercábamos, y no antes; que todo había de quedar convenido con él la noche de aquel mismo lunes, y que no debía comunicarse con nadie, bajo ningún pretexto, hasta que lo subiéramos a bordo.

Una vez quedó todo bien entendido entre nosotros, yo volví a casa.

Al abrir con mi llave la puerta de nuestro piso, encontré en el buzón una carta dirigida a mí; era una carta muy sucia, aunque no estaba mal escrita. Había sido traída a mano (naturalmente, durante mi ausencia) y su contenido era como sigue:

> Si no teme usted ir esta noche o mañana, a las nueve, a los viejos marjales y dirigirse a la casita de la compuerta, junto al horno de cal, haría bien en hacerlo. Si desea informes relacionados con *su tío Provis*, vaya sin decir nada a nadie y sin pérdida de tiempo. *Debe ir solo*. Traiga esta carta consigo.

Bastantes preocupaciones pesaban ya sobre mi espíritu para que viniera a colmarlas ahora esta extraña misiva. No sabía qué hacer, y lo peor del caso era la necesidad de decidirme prontamente, so pena de perder la diligencia de la tarde, que me llevaría allí a tiempo para acudir aquella misma noche. No podía pensar en ir la noche siguiente, porque ya estaría muy cerca la hora de la marcha. Por otra parte, los informes ofrecidos podían tener alguna importante relación con ella.

Aunque hubiera tenido tiempo de sobra para pensarlo, creo que igualmente habría ido. Pero como no lo tenía, pues el reloj me decía que sólo faltaba media hora para la salida de la diligencia, resolví partir. Ciertamente, no habría ido de no haberse mencionado en la carta al tío Provis; esto, después de la nota de Wemmick y los atareados preparativos de la mañana, hizo inclinar la balanza.

Es tan difícil comprender claramente el contenido de una carta que se ha leído con precipitación que tuve que releer dos veces la misteriosa epístola antes de hacerme cargo de que en ella se me imponía el secreto. Cediendo a esta imposición de un modo maquinal, dejé unas líneas escritas con lápiz a Herbert, diciéndole que en vista de que iba a ausentarme, sin saber por cuánto tiempo, había decidido ir a enterarme del estado de la señorita Havisham. Tenía ya el tiempo justo para ponerme el abrigo, cerrar las puertas y dirigirme al despacho de las diligencias por el camino más recto. De haber ido en un coche de alquiler por las calles principales, habría llegado tarde; pero yendo por las callejuelas que me acortaban el trayecto, llegué a tiempo de saltar dentro de la diligencia cuando ésta estaba ya arrancando. Yo era el único pasajero del interior, dando tumbos y hundido en la paja hasta las rodillas, cuando de pronto volví en mí.

Porque, en realidad, había estado como fuera de mis cabales desde que recibí la carta, tan aturdido me había dejado después del ajetreo de aquella mañana. La agitación y el aturdimiento de la mañana habían sido grandes porque, aunque hacía tanto tiempo que esperaba la indicación de Wemmick, cuando por fin ésta llegó, me cogió por sorpresa. Y ahora empezaba a extrañarme de encontrarme en la diligencia, y a dudar de si había motivo suficiente para hacer aquel viaje, y a pensar si no sería mejor que bajara y me volviera, y a parecerme imprudente haber hecho caso de una comunicación anónima. En una palabra, pasé por todas las fases de contradicción y de indecisión por las cuales, según creo, deben pasar la mayor parte de las personas que obran con apresuramiento. Pero la referencia al nombre de Provis se impuso a todo. Razoné, como ya lo había hecho sin

saberlo (en el caso de que eso fuera razonar), que si le ocurría algún mal por no haber acudido yo a tan extraña cita, no podría perdonármelo nunca.

Se hizo de noche antes de que llegáramos a puesto; el viaje me pareció largo y triste, pues no podía ver nada desde el interior del vehículo, y no podía ir en la parte exterior a causa del mal estado de mis brazos. Evitando el Jabalí Azul, fui a alojarme a una posada de menor categoría y pedí la cena.

Mientras la preparaban me encaminé a la casa Satis, y pregunté por la señorita Havisham; seguía aún muy enferma, aunque bastante mejorada.

Mi posada formó parte, en otro tiempo, de una casa eclesiástica, y cené en una habitación pequeña y de forma octogonal, semejante a un baptisterio. Como no podía cortar la comida, el dueño, hombre de brillante cabeza calva, lo hizo por mí. Eso nos hizo trabar conversación, y él tuvo la amabilidad de entretenerme contando mi propia historia, aunque, desde luego, con el popular detalle de que Pumblechook fue mi primer bienhechor y el fundador de mi fortuna.

—¿Conoce usted a ese joven? —pregunté.

—¿Que si lo conozco? ¡Ya lo creo! ¡Desde que no era más alto que esta silla! —contestó el posadero.

—¿Ha vuelto alguna vez al pueblo?

—Sí, ha venido alguna vez —contestó mi interlocutor—. Viene a visitar a sus amigos ricos, y vuelve la espalda al hombre a quien se lo debe todo.

—¿Qué hombre es ése?

—¿Este de quien le hablo? —preguntó el posadero—. El señor Pumblechook.

—¿Y no se muestra ingrato con nadie más?

—No hay duda de que sería ingrato con otros, si pudiera —replicó el posadero—; pero no puede. ¿Y por qué? Porque Pumblechook fue quien lo hizo todo por él.

—¿Lo dice así Pumblechook?

—¿Que si lo dice? —replicó el posadero—. ¿Acaso no tiene motivos para ello?

—Pero ¿lo dice?

—Le aseguro, caballero, que oírle hablar de esto hace que a un hombre se le convierta la sangre en vinagre.

Yo pensé: «Y, sin embargo, tú, querido Joe, tú nunca has dicho nada. Paciente y buen Joe, tú nunca te has quejado. Ni tú tampoco, dulce y cariñosa

Biddy».

—Seguramente, el accidente le ha quitado también el apetito —dijo el posadero, mirando el brazo vendado que llevaba debajo de la chaqueta—. Pruebe este pedazo tiernecito.

—No, gracias —le contesté, alejándome de la mesa para reflexionar ante el fuego—. No puedo más. Haga el favor de llevárselo todo.

Jamás me había sentido tan culpable de ingratitud hacia Joe como en aquellos momentos, gracias a la descarada impostura de Pumblechook. Cuanto más falso era éste, más sincero me parecía Joe, y cuanto más vil era el uno, más noble resultaba el otro.

Mi corazón se sintió profunda y merecidamente humillado mientras estuve meditando ante el fuego, por espacio de una hora o más. Las campanadas del reloj me despertaron, pero no de mi humillación y remordimiento. Me levanté, me hice sujetar el frac alrededor del cuello y salí. Antes había registrado mis bolsillos buscando la carta, a fin de consultarla de nuevo, pero, como no fui capaz de encontrarla, pensé con inquietud que tal vez se me hubiera caído entre la paja de la diligencia. Recordaba muy bien, sin embargo, que el lugar de la cita era la pequeña casa de la compuerta, junto al horno de cal, en los marjales, y que la hora señalada era las nueve de la noche. Me encaminé, pues, directamente hacia los marjales, pues ya no había tiempo que perder.

CAPÍTULO LIII

Hacía una noche oscura, pero empezó a salir la luna llena cuando dejé los terrenos cercados y salí a los marjales. Más allá de su negro confín había una franja de cielo despejado, apenas lo bastante ancha para contener la gran luna roja. En pocos minutos, ésta salió de aquel campo luminoso para ocultarse entre las montañas de nubes.

Soplaba melancólicamente el viento y los marjales tenían un aspecto lúgubre. Un forastero los habría encontrado insoportables, y aun a mí me parecían tan deprimentes que me detuve vacilante, medio dispuesto a volverme atrás. Pero los conocía muy bien, y habría podido hallar mi camino aunque la noche hubiera sido más negra; y, una vez allí, no tenía excusa alguna para volverme. Así, habiendo llegado allí contra mi inclinación, contra mi inclinación seguía avanzando.

La dirección que tomé no era en la que se encontraba mi antiguo hogar, ni la misma en que perseguimos a los forzados. Avanzaba de espaldas a los distantes pontones y, aunque veía las antiguas luces en los bancos de arena, las veía por encima de mi hombro. Conocía el horno de cal tan bien como la vieja batería, pero estaban a varias millas de distancia el uno de la otra; de manera que si aquella noche hubiera estado encendida una luz en cada uno de estos dos puntos, habría habido una larga línea de negro horizonte entre ambos resplandores.

Al principio tuve que cerrar varios portillos a mi paso, y de vez en cuando tuve que detenerme mientras el ganado que estaba echado en los senderos se levantaba y se alejaba soñoliento entre las hierbas y las cañas. Pero al cabo de poco, me pareció tener toda la llanura para mí solo.

Transcurrió aún media hora hasta que llegué al horno. La cal ardía lentamente y el olor era sofocante, pero los obreros se habían ido después de avivar el fuego y no se veía a ninguno por allí. Muy cerca había una cantera de piedra que se interponía directamente en mi camino. Se había trabajado en ella aquel día, según vi por las herramientas y las carretillas que estaban diseminadas.

Subiendo nuevamente al nivel del marjal, al salir de aquella excavación —porque el áspero sendero cruzaba por allí— vi una luz en la antigua casa de la compuerta. Apresuré el paso y con la mano llamé a la puerta. Esperando la respuesta, miré a mi alrededor, observando que la compuerta estaba abandonada y que la casa, que era de madera, cubierta de tejas, pronto dejaría de ser un buen abrigo para el mal tiempo, si es que todavía lo era en el bueno. Observé también que el mismo barro estaba cubierto por una capa de cal y que el vapor del horno, el humo del horno, se arrastraba especialmente hacia mí. No habiendo obtenido respuesta, volví a llamar, y como tampoco me respondieron, traté de levantar el picaporte.

Éste obedeció a mi esfuerzo y la puerta cedió. Mirando al interior vi una bujía encendida sobre la mesa, un banco y un jergón sobre un camastro. Como en lo alto se advirtiera una especie de desván, volví a preguntar:

—¿No hay nadie?

Como tampoco respondieron, me volví a la puerta, sin saber qué hacer.

Empezaba a llover copiosamente. No viendo nada más que lo que ya había visto, me volví a la casa y me quedé al amparo de la puerta mirando al exterior. Mientras pensaba que alguien debía de haber estado allí unos momentos antes y que regresaría en breve, pues de lo contrario la bujía no estaría encendida, se me ocurrió la idea de ver si el pábilo era muy largo. Me volví con este objeto, y había cogido ya la bujía cuando la apagó un choque violento, y lo primero que comprendí después fue que estaba atrapado por un fuerte nudo corredizo que me habían echado por detrás.

—Ahora te tengo —dijo una voz contenida, acompañando estas palabras con un juramento.

—¿Qué es esto? —grité luchando—. ¿Quién eres? ¡Socorro! ¡Socorro!

No solamente tenía los brazos oprimidos contra los costados, sino que la presión sobre el izquierdo me causaba un dolor horrible. A veces un fuerte brazo y otras un robusto pecho se aplicaban contra mi boca para ahogar mis gritos y,

sintiendo un cálido aliento sobre mí, luché inútilmente en las tinieblas mientras me ataban fuertemente a la pared.

—Y ahora —dijo la voz contenida, después de proferir una blasfemia—, vuelve a llamar y verás lo que tardo en despacharte.

Débil y agobiado por el dolor de mi brazo izquierdo, aturdido aún por la sorpresa, y comprendiendo, sin embargo, la facilidad con que se podría cumplir aquella amenaza, desistí de luchar y traté de aflojar por poco que fuese la cuerda que me oprimía el brazo. Pero estaba demasiado bien atado. Me parecía como si, después de habérmelo quemado antes, ahora me lo cociesen.

La súbita exclusión del débil resplandor nocturno y su sustitución por una negra oscuridad me indicaron que el hombre acababa de cerrar un postigo. Después de tantear unos momentos encontró el pedernal y el acero que buscaba y empezó a golpear para encender la luz. Fijé la mirada en las chispas que caían sobre la mecha, y sobre la cual él soplaba y jadeaba con la pajuela en la mano, pero sólo podía ver sus labios y el extremo azul de la pajuela; y aun esto a intervalos. La mecha estaba húmeda, cosa nada extraña en aquel lugar, y una tras otra las chispas se apagaban.

Aquel hombre no parecía tener prisa alguna, y golpeaba el pedernal una y otra vez. A medida que saltaban las chispas y le iluminaban, pude ver sus manos y algunos rasgos de su rostro, y pude advertir que estaba sentado e inclinado sobre la mesa; pero nada más. De pronto, volví a ver sus labios, que me parecieron azules, al soplar la mecha, y de pronto surgió la llama, y me mostró a Orlick.

No sé ahora a quién había esperado ver, pero, desde luego, no a él. Al verle comprendí que me hallaba verdaderamente en un serio peligro y no le quité los ojos de encima.

Con una gran calma encendió la bujía con la mecha, soltó esta última y la pisó. Luego dejó la bujía en la mesa, apartándola de sí, de modo que pudiese verme bien, y se quedó contemplándome con los brazos cruzados. Entonces me di cuenta de que estaba atado a una fuerte escalera perpendicular, clavada junto a la pared, que servía para subir al desván.

—Ahora —dijo, después de habernos contemplado el uno al otro—, ya eres mío.

—¡Desátame! ¡Suéltame!

—¡Ah! —replicó—. Ya te soltaré. Te soltaré para mandarte a la luna; a las estrellas. Todo llegará.

—¿Por qué me has traído aquí con engaños?

—¿No lo sabes? —me preguntó con siniestra mirada.

—¿Por qué te has arrojado sobre mí en la oscuridad?

—Porque quería hacerlo todo yo solo. Para guardar un secreto es mejor ser uno que dos. ¡Oh, mi enemigo! ¡Mi enemigo!

El gozo que hallaba en el espectáculo que yo ofrecía, mientras él permanecía sentado con los brazos cruzados y apoyados en la mesa, amenazándome con la cabeza y como abrazándose a sí mismo para felicitarse, era de una malignidad tal que me hizo temblar. Le observé en silencio mientras extendía la mano al rincón más próximo y sacaba una escopeta con abrazaderas de bronce.

—¿Conoces esto? —dijo, apuntándome al mismo tiempo—. ¿Te acuerdas del lugar en que lo viste antes? ¡Habla, perro!

—Sí —contesté.

—Por tu culpa perdí aquel empleo. Tú fuiste el causante. ¡Habla!

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Esto hiciste, y ya habría sido suficiente. ¿Cómo te atreviste a interponerte entre mí y la muchacha a quien yo quería?

—¿Cuándo hice tal cosa?

—¿Que cuándo lo hiciste? ¿No fuiste tú quien siempre le hablaba mal del viejo Orlick? ¿No fuiste tú quien me dio tan mala fama a sus ojos?

—Tú mismo te la diste; tú te la ganaste. Ningún daño habría podido hacerte yo si no te lo hubieras hecho tú mismo.

—¡Mientes! No habrías ahorrado esfuerzos y habrías gastado todo el dinero necesario para obligarme a salir de aquí, ¿no es verdad? —dijo, recordándome las palabras que yo mismo le había dicho a Biddy en la última entrevista que tuve con ella—. Y ahora voy a decirte una cosa. Nunca te habría convenido tanto como esta noche haberme obligado a salir de aquí. ¡Ah, sí, aunque para ello hubieras tenido que gastar veinte veces todo el dinero que tienes, hasta el último penique!

Viéndole sacudir la cabeza, enseñando los dientes como un tigre, comprendí que era verdad lo que decía.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—¿Qué voy a hacer? —dijo, dando un enérgico puñetazo en la mesa y levantándose al mismo tiempo como para darle más fuerza—. Voy a arrancarte la vida.

Se inclinó hacia adelante, mirándome, abrió lentamente la mano, se la pasó

por los labios, como si lo que me aguardaba le llenase de saliva la boca, y volvió a sentarse.

—Siempre, desde que eras niño, te pusiste en el camino del viejo Orlick. Pero esta noche dejarás de estorbarme. El viejo Orlick se te quitará de encima. Eres hombre muerto.

Comprendí que había llegado al borde de mi tumba. Por un momento miré desesperadamente a mi alrededor en busca de una posibilidad de escapar; pero no había ninguna.

—Voy a hacer más todavía —añadió él, volviendo a cruzar los brazos sobre la mesa—. No quiero que de ti quede un solo harapo ni un solo hueso. Meteré tu cadáver en el horno. Soy capaz de llevar dos como tú a cuestas y, si la gente quiere imaginar, que imagine, pero nunca sabrá nada nadie.

Mi mente, con inconcebible rapidez, previó las consecuencias de semejante muerte. El padre de Estella creería que le había abandonado; él sería preso y moriría acusándome; el mismo Herbert dudaría de mí, cuando comparara la carta que le había dejado con el hecho de que tan sólo había ido un momento a casa de la señorita Havisham; Joe y Biddy no sabrían jamás lo arrepentido que estuve aquella misma noche; nadie sabría nunca lo que yo habría sufrido, cuán fiel y leal me había propuesto ser en adelante y qué agonías había pasado. La muerte que tenía tan cerca era terrible, pero mucho más terrible que la muerte era el temor de dejar un mal recuerdo de mí. Y tan rápidos fueron mis pensamientos que me vi despreciado por generaciones venideras… por los hijos de Estella y por los hijos de sus hijos, mientras las palabras de aquel miserable estaban aún en sus labios.

—Ahora, perro —dijo—, antes de matarte como a una bestia, que es lo que pienso hacer y por eso te he atado como estás, voy a darme el gusto de contemplarte. ¡Oh, mi enemigo!

Tuve por un momento la idea de volver a gritar pidiendo socorro, aunque pocos sabían mejor que yo cuán solitario era aquel lugar y cuán vanas las esperanzas de obtener ayuda. Pero mientras él seguía sentado gozándose en mis sufrimientos, a mí me sostenía un furioso desprecio que me sellaba los labios. Por encima de todo resolví no dirigirle ruego alguno, y morir resistiéndome cuanto pudiera, que no sería mucho. Suavizados como estaban mis sentimientos por los demás en aquel horrendo trance; pidiendo como pedía humildemente perdón al Cielo; y doliéndome como me dolía el corazón al pensar que no me había despedido de nadie, y que jamás podría hacerlo de los que más quería, ni

justificarme ante ellos, ni pedirles que tuvieran lástima de mis míseros errores, a pesar de todo eso, si hubiera podido matar a aquel hombre, aunque fuera muriendo, lo habría hecho.

Orlick había bebido y tenía los ojos enrojecidos. Llevaba una botella de hojalata colgada al cuello, como en otro tiempo le había visto llevar su comida y su bebida. Se llevó esta botella a los labios, y engulló furiosamente un trago de su contenido, y pude percibir el olor del alcohol que veía llamear en su rostro.

—¡Perro! —dijo, cruzando de nuevo los brazos—. El viejo Orlick va a decirte ahora una cosa. Tú fuiste quien mató a aquella arpía de tu hermana.

De nuevo mi cabeza, con la misma inconcebible rapidez que antes, agotó todo pensamiento relativo al ataque de que fue víctima mi hermana, a su enfermedad y su muerte, antes de que la lengua torpe y vacilante de Orlick hubiese acabado de pronunciar estas palabras.

—¡Tú fuiste el asesino, maldito! —dije.

—Te digo que fue culpa tuya. Te digo que tú fuiste la causa —añadió, cogiendo la escopeta y marcando un golpe con la culata en el espacio que nos separaba—. Me acerqué a ella por detrás como he hecho esta noche contigo, y le di de firme. La dejé muerta, y si hubiera habido un horno de cal tan cerca de ella como ahora lo hay de ti, te aseguro que no habría recobrado el sentido. Pero el asesino no fue el viejo Orlick, sino tú. Tú eras el niño mimado, y el viejo Orlick tenía que aguantar las reprimendas y los golpes. ¡El viejo Orlick insultado y aporreado!, ¿eh? Ahora lo vas a pagar. Tú lo hiciste; tú lo vas a pagar.

Volvió a beber y se enfureció todavía más. Por el ruido que producía el líquido de la botella, me di cuenta de que ya no quedaba mucho. Comprendí claramente que bebía para cobrar ánimo y acabar de una vez. Sabía que cada gota de licor representaba una gota de mi vida. Y sabía que, cuando yo estuviera transformado en una parte del vapor que poco antes había venido arrastrándose hacia mí, como un espectro anunciador, él haría lo mismo que cuando agredió a mi hermana, es decir, correr a la villa para que lo vieran por allí, bebiendo en las tabernas. Mi rápido pensamiento lo siguió, se trazó un cuadro de la calle con él en medio, y percibió el contraste entre sus luces y su vida con el marjal solitario y el blanco vapor serpenteante en el cual me convertiría yo en breve.

No era solamente que yo tuviera que resumir años y años y años mientras él pronunciaba una docena de palabras, sino que lo que él decía me presentaba imágenes y no simples palabras. En mi excitación y exaltación mental, no podía pensar en un lugar o en una persona sin verlos. Me sería imposible exagerar lo

vívidas que fueron estas imágenes, y no obstante, estuve todo el tiempo tan alerta —¡quién no pone atención al tigre agazapado, a punto de saltar!— que percibía el más leve movimiento de mis dedos.

Después de beber esta segunda vez se levantó del banco en que estaba sentado y empujó la mesa a un lado. Luego tomó la vela y, haciendo pantalla con su mano asesina para que toda su luz me diera de lleno, se quedó mirándome y deleitándose con el espectáculo.

—Oye, perro, voy a decirte algo más. Fue Orlick el hombre con quien tropezaste una noche en tu escalera.

Vi la escalera con las luces apagadas, vi las sombras que las recias barandillas proyectaban en las paredes al ser iluminadas por el farol del vigilante. Vi las habitaciones que no había de ver jamás; aquí una puerta medio abierta; allí una puerta cerrada; todos los muebles y utensilios.

—¿Y para qué estaba allí el viejo Orlick? Voy a decirte algo más, perro. Tú y ella casi me habéis echado de esta región en la que ya no puedo ganarme fácilmente la vida, y por eso he tomado nuevos compañeros y nuevos amos. Uno de ellos me escribe cartas que me conviene mandar. ¿Lo entiendes? ¡Escribe mis cartas, perro! Escribe de cincuenta maneras distintas; no como tú, soplón, que no escribes más que de una. He tenido el firme propósito y la firme voluntad de arrancarte la vida desde el día que viniste al entierro de tu hermana. Pero no sabía cómo hacerlo sin peligro, y he estado espiándote para conocer tus idas y venidas. Porque el viejo Orlick se decía: «¡De un modo u otro lo atraparé!». Y mira, cuando te vigilaba, me encontré con tu tío Provis. ¿Qué te parece?

Mill Pond Bank y Chink’s Bain y el paseo de la vieja cordelería, ¡qué claro se me aparecía todo! Provis en sus habitaciones y la señal que ya no servía para nada, la linda Clara, la buena y maternal señora, el viejo Bill Barney tendido de espaldas… todos flotaban río abajo, como arrastrados por la rápida corriente de mi vida que se precipitaba hacia el mar.

—¿Tú con un tío? Cuando te conocí en casa de Gargery, eras un cachorro tan pequeño que podía haberte ahogado con estos dos dedos (como estuve tentado de hacer más de una vez cuando te veía rondar entre los sauces). Entonces no tenías ningún tío. No, ninguno. Pero cuando el viejo Orlick se enteró de que tu tío había llevado seguramente el grillete que él encontró limado y partido por la mitad en estos marjales, hace muchos años, y con el cual derribó a tu hermana como si fuese un buey, que es lo que va a hacer contigo… ¿qué?… cuando se enteró de esto… ¿qué?

Y en su salvaje furor me acercó tanto la bujía que tuve que volver el rostro para evitar la llama.

—¡Ah! —exclamó riéndose y repitiendo la acción—. ¡El gato escaldado del agua fría huye! El viejo Orlick sabía que te habías quemado; el viejo Orlick sabía que ibas a embarcar a tu tío de contrabando; el viejo Orlick es más listo que tú y sabía que vendrías esta noche. Aún voy a decirte algo más, perro, y será lo último. Hay alguien que le puede tanto a tu tío Provis como el viejo Orlick ha podido contigo. Ya le dirán que ha perdido a su sobrino. Se lo dirán cuando ya no sea posible encontrar un solo trozo de ropa ni un hueso tuyo. ¡Que se guarde de él cuando haya perdido al sobrino!; ¡que se guarde de él cuando nadie pueda encontrar ni un jirón de los vestidos de su querido pariente ni un hueso de su cuerpo! Hay quien no consentirá que Magwitch —sí, conozco su nombre— viva en el mismo país que él, y que sabe demasiado de su vida en otras tierras para privarse de denunciarlo y ponerle en peligro. Tal vez sea la misma persona que escribe de cincuenta maneras distintas, mientras que tú, soplón, no sabes hacerlo más que de una. ¡Que tu tío Magwitch se guarde de Compeyson y de la horca!

Volvió a acercarme la bujía al rostro ahumándome la piel y el cabello y dejándome deslumbrado por un instante; luego me volvió su vigorosa espalda para dejar la luz sobre la mesa. Yo había rezado una oración y estaba mentalmente en compañía de Joe, de Biddy y de Herbert cuando se volvió otra vez hacia mí.

Quedaba un espacio de algunos pies entre la mesa y la pared, y en aquel claro él se movía de un lado a otro, con la cabeza agachada. Mientras lo hacía, su fuerza extraordinaria parecía haber aumentado, los puños apretados y los voluminosos brazos colgando, y los ojos clavados en mí con ferocidad. Yo no tenía la más ligera esperanza. A pesar de mi tumulto interior y del prodigioso vigor de las imágenes que se sucedían sin parar en mi cabeza, pude entender con claridad que, si no hubiera estado seguro de que al cabo de unos momentos yo desaparecería del ámbito del conocimiento humano, no me habría dicho lo que acababa de decirme.

De pronto se detuvo, quitó el corcho de la botella y lo tiró. A pesar de lo ligero que era, lo oí caer como si fuese un plomo. Volvió a beber lentamente levantando cada vez más la botella, y dejó de mirarme. Vertió las últimas gotas de licor en la palma de la mano y pasó la lengua por ella. Luego, impulsado por horrible furor, blasfemando de un modo espantoso, arrojó la botella, se agachó y vi aparecer en su mano un mazo de mango largo y pesado.

No me abandonó la decisión que había tomado, porque, sin pronunciar una vana palabra de súplica, pedí socorro con todas mis fuerzas y luché cuanto pude por liberarme. Tan sólo podía mover la cabeza y las piernas; sin embargo, luché con un vigor que hasta entonces no había sospechado tener. Al mismo tiempo oí voces que me respondían, percibí unas figuras y el resplandor de una luz en la puerta; oí voces y tumulto y vi a Orlick surgir de entre un grupo de hombres que luchaban, saltar luego por encima de la mesa y perderse en la oscuridad de la noche.

Tras un período en que no me di cuenta de nada, me vi libre de ataduras y tendido en el suelo, en el mismo lugar, con la cabeza apoyada en la rodilla de alguien. Al volver en mí tenía los ojos fijos en la escalera próxima a la pared —la había estado mirando antes de verla— y por ella conocí, al recobrar el sentido, que estaba en el mismo lugar donde lo había perdido.

Demasiado indiferente, al principio, para fijarme siquiera en lo que me rodeaba y en quién me sostenía, estaba mirando la escalera cuando entre ella y yo se interpuso un rostro. Era el del aprendiz de Trabb.

—¡Me parece que ya está bien! —dijo con voz contenida—. ¡Pero no está poco pálido!

Al oírse estas palabras, el rostro del que me sostenía se inclinó hacia el mío, y entonces vi que era…

—¡Herbert! ¡Dios mío! ¡Y también nuestro amigo Startop! —exclamé cuando éste también se inclinó hacia mí.

—¡Despacito, querido Händel! ¡No te excites! Recuerda el asunto en el que él va a ayudarnos —dijo Herbert— y cálmate.

Al oír esta alusión me incorporé violentamente; pero el dolor que sentí en el brazo me obligó a tumbarme de nuevo.

—¿No ha pasado la ocasión, Herbert? ¿Qué noche es la de hoy? ¿Cuánto tiempo he estado aquí? —Porque tenía una extraña y fuerte aprensión de haber estado allí mucho tiempo, tal vez un día y una noche, dos días, o quizá más.

—No ha pasado el tiempo aún. Todavía estamos en la noche del lunes.

—¡Gracias a Dios!

—Y te queda todo el día de mañana, martes, para descansar —me dijo Herbert—. Pero veo que estás sufriendo, querido Händel. ¿Dónde te han hecho daño? ¿Puedes ponerte en pie?

—Sí, sí —contesté—, y hasta podré andar. Sólo me duele este brazo.

Me lo pusieron al descubierto e hicieron cuanto pudieron por aliviarme.

Estaba muy hinchado e inflamado, y a duras penas podía soportar que me lo tocasen. Rompieron unos pañuelos para hacer vendas nuevas con ellos y con todo el cuidado me lo volvieron a poner en cabestrillo hasta que pudiéramos llegar a la villa y procurarnos una loción refrescante. Poco después habíamos cerrado la puerta de la desierta casilla de la compuerta y atravesábamos la cantera, en nuestro camino de regreso. El muchacho de Trabb, que estaba ya hecho un hombre, nos precedía con una linterna, cuya luz era la que vi aparecer en la puerta cuando aún estaba atado. Pero la luna llevaba ya dos horas en el firmamento desde la última vez que la vi, y aunque la noche continuaba lluviosa, el tiempo había mejorado. El vapor blanco del horno de cal pasó rozándonos cuando llegamos a él y, así como antes había rezado mentalmente una plegaria, entonces dirigí al Cielo mi pensamiento en acción de gracias.

Habiendo rogado a Herbert que me dijera cómo había podido acudir en mi socorro —cosa que al principio se negó a explicarme, pues insistió en que tuviera calma—, supe que, en mis prisas, había dejado caer la carta, abierta, en nuestras habitaciones, donde él la encontró al llegar en compañía de Startop, poco después de mi salida. Su contenido le inquietó y mucho más al advertir la contradicción que había entre él y las líneas que yo le había dirigido apresuradamente. Y como su inquietud, en vez de disminuir, aumentaba, tras un cuarto de hora de reflexión se encaminó al despacho de las diligencias en compañía de Startop, que se ofreció a acompañarle a averiguar a qué hora salía una. En vista de que ya había salido la última y como su intranquilidad se iba convirtiendo en evidente alarma a medida que aparecían nuevos obstáculos, resolvió seguirme en una silla de posta. Así, él y Startop llegaron al Jabalí Azul, donde esperaban encontrarme, o, por lo menos, tener noticias mías; pero no hallando ni lo uno ni lo otro, se dirigieron a casa de la señorita Havisham, donde perdieron mi rastro. En vista de eso, regresaron al hotel (sin duda mientras yo estaba oyendo la versión popular de mi propia historia) para tomar un pequeño refrigerio y buscar a alguien que los guiara por los marjales. Quiso la casualidad que entre los ociosos que había ante la puerta del Jabalí Azul se hallase el aprendiz de Trabb, fiel a su costumbre de estar en todos los sitios donde no tenía nada que hacer, y parece que éste me había visto salir de la casa de la señorita Havisham en dirección hacia la posada en que cené. Por esta razón el aprendiz de Trabb se convirtió en su guía, y con él se encaminaron a la casa de la compuerta, si bien pasando por el camino de la villa, que yo había evitado. Mientras andaban, Herbert pensó que, después de todo, podía darse el caso de

que verdaderamente me hubiera llevado allí algún asunto conducente a la seguridad de Provis, y, diciéndose que si era así cualquier interrupción podía ser perjudicial, dejó a su guía y a Startop en el borde de la carretera y avanzó solo, dando dos o tres veces la vuelta a la casa, tratando de averiguar si ocurría algo desagradable. Al principio no pudo oír más que los sonidos imprecisos de una voz grave y ruda (esto ocurría mientras mi cabeza se hallaba tan ocupada) y hasta empezaba a dudar de que yo estuviera allí cuando, de pronto, grité pidiendo socorro y él respondió a mis gritos y entró, seguido de cerca por los otros dos.

Cuando le conté a Herbert lo sucedido en el interior de la casa, se mostró partidario de que acudiéramos inmediatamente ante un magistrado de la villa, sin tener en cuenta lo avanzado de la hora, y obtuviéramos de él una orden de detención; pero había reflexionado ya que esta determinación, que iba a detenernos allí o comprometernos a volver, podía ser fatal para Provis. No había manera de salvar esta dificultad y tuvimos que abandonar, por el momento, todo propósito de perseguir a Orlick. Creímos prudente explicar muy poco de lo sucedido al muchacho de Trabb, pues estoy convencido de que habría sufrido un desencanto al saber que su intervención me había salvado del horno de cal; no porque los sentimientos del muchacho fuesen malos, sino porque tenía un exceso de vivacidad y estaba en su naturaleza la necesidad de variedad y excitación, a costa de quien fuese. Al separarnos de él le di dos guineas (lo que me pareció que satisfacía sus esperanzas) y le dije que lamentaba mucho haberle tenido alguna vez en mal concepto (lo cual no le causó la menor impresión).

Como el miércoles estaba ya muy cerca, decidimos regresar a Londres aquella noche, los tres en la silla de posta, con mayor motivo porque nos convenía alejarnos antes de que empezara a hablarse de nuestra aventura nocturna. Herbert adquirió una gran botella de medicamento para mi brazo, y gracias a que me lo estuvo curando sin cesar toda la noche, pude resistir el dolor durante el viaje. Amanecía ya cuando llegamos al Temple y yo me metí en seguida en cama, y en cama me quedé durante todo el día.

El temor, mientras estaba en ella, de caer enfermo y de no poderme valer al día siguiente, me obsesionaba de tal modo que lo raro fue que no enfermara de veras. Y es casi seguro que lo habría hecho, en combinación con todas las sacudidas mentales que había sufrido, de no haber sido por la fuerza sobrenatural que obtenía del pensamiento en aquel mañana tan ansiosamente esperado, tan cargado de consecuencias y de resultados tan inciertos, aunque tan cercanos.

Ninguna precaución podía ser más necesaria que la de abstenernos de comunicarnos con Provis aquel día; sin embargo esto también aumentaba mi intranquilidad. Me sobresaltaba al oír unos pasos, creyendo que eran los de un mensajero que venía a participarnos que ya había sido descubierto y apresado. Me persuadía a mí mismo de que lo habían capturado; de que en mi mente había algo más que un temor o que un presentimiento; de que el hecho había ocurrido y yo tenía un misterioso conocimiento de él. A medida que transcurría el día sin que llegara ninguna mala noticia, a medida que caía la tarde y llegaba la noche, mi temor de verme inutilizado por la enfermedad antes de que llegara la mañana me dominó por completo. Sentía fuertes latidos en mi inflamado brazo, y en la ardorosa cabeza, y pensé que empezaba a delirar. Conté hasta mil y más, repetí pasajes en prosa y verso que sabía de memoria, para asegurarme de que estaba en mis cabales. A veces, de pura fatiga me adormecía unos instantes u olvidaba mis preocupaciones; entonces me despertaba con un sobresalto y me decía: «Ahora es de veras, ahora sí que estás delirando».

Me obligaron a permanecer quieto durante todo el día, me curaron constantemente el brazo y me dieron bebidas refrescantes. Cada vez que me dormía, me despertaba la aprensión que ya había tenido en la casa de la compuerta de que había pasado mucho tiempo y con él la oportunidad de salvar a Provis. Hacia medianoche me levanté de la cama y me acerqué a Herbert, con la convicción de haber dormido por espacio de veinticuatro horas y de que el miércoles había pasado ya. Éste fue el último y agotador esfuerzo de mi desasosiego, pues a partir de aquel momento dormí profundamente.

Apuntaba la aurora del miércoles cuando miré por la ventana. Palidecían ya las parpadeantes luces de los puentes y el sol naciente era como un marjal de fuego en el horizonte. El río estaba aún oscuro y misterioso, cruzado por los puentes, que tomaban un color grisáceo, con algún que otro reflejo rojizo del resplandor del cielo. Mientras contemplaba los apiñados tejados, con torres y agujas de iglesias recortadas contra una atmósfera extraordinariamente clara, se levantó el sol y pareció como si alguien hubiera retirado un velo que cubriera el río, porque al instante brillaron millones de chispas sobre sus aguas.

También a mí me pareció que me hubieran quitado un velo, porque me sentí fuerte y sano. Herbert estaba dormido en su cama y nuestro compañero de estudios hacía lo mismo en su sofá. No podía vestirme sin ayuda, pero reanimé el fuego que aún ardía y preparé café para todos. A su debido tiempo ellos se levantaron, también descansados y vigorosos, y abrimos las ventanas para que

entrara el aire fresco de la mañana, y contemplamos la marea que aún venía hacia nosotros.

—Al dar las nueve —dijo alegremente Herbert—, tú, en Mill Pond Bank, aguarda nuestra llegada y procura estar preparado en la orilla del río.

CAPÍTULO LIV

Era uno de aquellos días de marzo en que brilla el sol esplendoroso y sopla frío el viento; y es verano donde da el sol e invierno en la sombra. Todos llevábamos nuestros gruesos chaquetones, y yo además un maletín. De todo cuanto poseía en la tierra, no me llevé más que las pocas cosas indispensables que podían caber en él. Ignoraba por completo dónde iría, qué haría o cuándo regresaría, y no me apuraba por ello, pues lo único que me interesaba era la salvación de Provis. Únicamente, al volverme a mirar la puerta de mi casa, me pregunté en qué distintas circunstancias volvería a entrar en aquellas habitaciones, si llegaba a hacerlo.

Bajamos al desembarcadero del Temple y nos quedamos merodeando como si no tuviéramos aún resuelto si nos embarcaríamos o no. Desde luego, yo había tenido buen cuidado de que la lancha estuviese preparada y todo en orden. Después de dar unas muestras de indecisión, que no pudieron advertir nadie más que tres o cuatro criaturas «anfibias» que solían rondar por nuestro desembarcadero, saltamos al bote y desatracamos. Herbert se sentó en la proa y yo empuñé el timón. Era entonces casi la pleamar: las ocho y media.

Nuestro plan era el siguiente: como la marea empezaba a bajar a las nueve y nos sería favorable hasta las tres, nos proponíamos ir siguiéndola aun después de que hubiera cambiado y navegar contra ella hasta el oscurecer. Entonces habríamos llegado a aquellos largos trechos donde, más abajo de Gravesond, entre Kent y Essex, el río es ancho y solitario, y las riberas tienen pocos habitantes, con algunas tabernas aisladas aquí y allí, entre las cuales podríamos escoger una para descansar. El vapor para Hamburgo y el que iba a Rotterdam saldrían hacia las nueve de la mañana del jueves. Sabríamos en qué momento

esperarlos, según el sitio donde estuviéramos, y haríamos señas al primero que se presentara; de manera que si, por una razón cualquiera, éste no nos recogía a bordo, tendríamos aún otra probabilidad. Conocíamos los caracteres distintos de cada uno de estos barcos.

Era tan grande el alivio de estar ya ocupados en la realización de nuestro propósito que me parecía mentira el estado en que me había encontrado apenas unas pocas horas antes. El aire fresco, la luz del sol, el movimiento del río y el río mismo en su movimiento (el camino que avanzaba con nosotros, y que parecía simpatizar con nosotros, alentarnos, estimularnos) me infundían una nueva confianza. Me mortificaba ser de tan poca utilidad a bordo de la lancha, pero pocos remeros había mejores que mis dos amigos, que remaban con un empuje sostenido que había de durar todo el día.

En aquel tiempo el tráfico de vapores por el Támesis estaba muy por debajo del actual y los botes y lanchas eran mucho más numerosos. Tal vez las gabarras, veleros carboneros y barcos de cabotaje eran los mismos que ahora; pero los vapores, grandes o pequeños, no eran ni la décima o la vigésima parte de los que hay en la actualidad. A pesar de lo temprano de la hora, abundaban aquella mañana los botes de espadilla que iban a una parte o a otra y las gabarras que bajaban con la marea; navegar por el río, entre puentes, en lancha descubierta, era una cosa mucho más fácil y corriente entonces que ahora, y avanzábamos rápidamente entre una multitud de botes y chalanas.

Pronto hubimos pasado el viejo Puente de Londres, y el viejo mercado de Billingsgate, con sus viveros de ostras y sus holandeses, así como la Torre Blanca y la Puerta del Traidor; y pronto estuvimos en las ringleras de las grandes embarcaciones. Aquí y allá los vapores de Leith, de Aberdeen y de Glasgow, cargando y descargando mercancías, nos parecieron inmensamente altos desde nuestra lancha al pasar por su lado; había, por docenas, barcos carboneros con las máquinas sacando a cubierta el carbón de la cala, levantando los cubos por encima de la borda y vaciándolos en las barcazas; aquí estaba amarrado el vapor que saldría al día siguiente para Rotterdam, en el que nos fijamos muy bien; y allí el que saldría al día siguiente con dirección a Hamburgo, bajo cuyo bauprés nos deslizamos. Y, por fin, sentado en la popa, pude ver, con el corazón palpitante, Mill Pond Bank y su embarcadero.

—¿Está allí? —preguntó Herbert.

—Aún no.

—Perfectamente. No debía bajar hasta que nos viera. ¿Puedes distinguir su

señal?

—Desde aquí no muy bien, pero me parece que la veo ya. ¡Ahora la veo! ¡Adelante! ¡Despacio, Herbert! ¡Alto los remos!

Tocamos ligeramente el embarcadero por un instante; Provis saltó a bordo y desatracamos de nuevo. Llevaba una especie de capa propia para la navegación y un maletín de tela negra. Su aspecto era todo lo parecido al de un piloto del río que mi corazón hubiera podido desear.

—¡Querido Pip! —dijo, poniéndome la mano sobre el hombro, mientras tomaba asiento—. ¡Fiel y querido muchacho! Lo has hecho muy bien. Gracias, muchas gracias.

De nuevo entre ringleras de grandes barcos, siempre en zigzag, salvamos cadenas oxidadas, cables de cáñamo deshilachados y boyas fluctuantes, hundimos momentáneamente canastos rotos que flotaban en el agua, como flotaban las astillas y virutas de madera que dispersamos o los desechos de carbón que resquebrajamos, siempre en zigzag, bajo el mascarón de proa del *John de Sunderland* que dirigía una alocución a los vientos (como suelen hacer muchos *Johns*), y del *Betsy de Yarmouth* con su firme rotundidad pectoral y sus ojos saltones que le salían dos pulgadas de la cabeza, siempre en zigzag, ahí van los martillos en los patios de los astilleros, ahí las sierras mordiendo la madera, ahí máquinas batientes trabajando en cosas ignoradas, ahí bombas en barcos que hacen agua, ahí los cabrestantes que giran, ahí los barcos que salen al mar, e ininteligibles criaturas del océano que rugen maldiciones desde la borda a los hombres, no menos rugientes, de las barcazas, siempre en zigzag… hasta llegar por fin a la parte más despejada del río, donde los grumetes pueden recoger sus defensas y dejar de pescar con ellas desde la borda en aguas turbulentas, y donde las velas festoneadas pueden volar al viento.

Desde que nos acercamos al embarcadero y recogimos a Provis yo había estado observando cautamente por si veía alguna señal de que se nos vigilaba o de haber despertado sospechas. No vi ninguna. Hasta entonces, con toda certeza, no nos había seguido ni nos seguía ningún bote. Pero de haberlo hecho alguno yo habría llevado el nuestro a la orilla, obligándole a seguir adelante, o a declarar abiertamente sus propósitos. Pero seguimos nuestro rumbo sin el menor indicio de que nadie quisiera molestarnos.

Provis iba envuelto en su capote y, como ya he dicho, su aspecto no desentonaba del paisaje. Y lo más notable era (aunque tal vez la desdichada vida que llevaba lo hacía explicable) que de todos nosotros era el que parecía menos

inquieto. No mostraba indiferencia, pues me dijo que esperaba vivir bastante para ver a su caballero convertido en uno de los principales de un país extranjero; no estaba dispuesto a mostrarse pasivo o resignado, según me pareció entender; pero no quería pensar en el peligro antes de que fuera necesario; si se presentaba, le haría frente; pero hasta entonces no iba a preocuparse.

—Si supieras, querido Pip —me dijo—, lo que es para mí estar sentado al lado de mi querido muchacho, fumando mi pipa, después de haber pasado días y más días entre cuatro paredes, me tendrías envidia. Pero tú no sabes lo que es esto.

—Creo conocer las delicias de la libertad —le contesté.

—¡Ah! —exclamó, moviendo la cabeza con grave expresión—. Pero no lo sabes tan bien como yo. Para eso sería preciso que hubieras estado como yo encerrado bajo llave… Pero no quiero ser ordinario.

Me pareció una incongruencia que, obedeciendo a una idea fija, hubiera llegado a poner en peligro su libertad y hasta su vida. Pero reflexioné que la libertad sin peligro era algo demasiado extraño a la costumbre de toda su existencia para que fuera para él lo que era para otro hombre. Y no andaba muy equivocado, porque después de fumar en silencio unos momentos, me dijo:

—Mira, querido Pip, cuando yo estaba en el otro lado del mundo, siempre miraba en esta dirección; y me aburría, a pesar de que me estaba haciendo rico. Todos conocían a Magwitch, y Magwitch podía ir y venir, y nadie se preocupaba por él. Aquí las cosas no serían tan fáciles, querido muchacho, por lo menos si supieran dónde estoy.

—Si todo va bien —le dije—, dentro de pocas horas estará usted libre y a salvo.

—Bien —respondió con un profundo suspiro—, así lo espero.

—¿Y lo cree también?

Metió la mano en el agua, por encima de la borda de la lancha, y dijo, sonriendo con aquel aire suave que ya no me era extraño:

—Claro que sí, querido muchacho. Sería una novedad poder estar más tranquilos y libres de cuidados de lo que estamos ahora. Pero (acaso sea este agradable y suave deslizarse por el agua lo que me hizo pensar) hace un momento, fumando mi pipa, estaba pensando que podemos saber tan poco de lo que se esconde tras las próximas horas como de lo que se esconde en el fondo de este río. Y así como no podemos contener el avance de las mareas, tampoco

podemos impedir lo que haya de suceder. El agua ha pasado a través de mis dedos y se ha ido, ¿ves? —añadió, levantando la mano y mostrándomela.

—Si no fuese por su expresión, diría que está usted un poco abatido —observé.

—Nada de eso, querido Pip. Todo viene de este deslizarnos suavemente y de que el golpe de agua en la proa de la lancha me parece casi una canción dominguera. Además, es posible que me esté haciendo algo viejo.

Volvió a ponerse la pipa en la boca, con imperturbable serenidad, y se quedó tan tranquilo y satisfecho como si ya estuviéramos lejos de Inglaterra. No obstante, obedecía sumiso a cualquier advertencia, como si experimentara un terror constante, porque cuando nos acercamos a la orilla para comprar unas botellas de cerveza y él se disponía a desembarcar también, yo le indiqué que estaría más seguro donde estaba.

—¿Lo crees así, querido Pip? —preguntó.

Y sin ninguna resistencia, volvió a sentarse.

Sobre el río el aire era frío, pero el día era magnífico y el sol muy confortante. La marea bajaba con fuerza; yo cuidaba de aprovecharla lo mejor que podía, y esto, junto con el esfuerzo de los remeros, nos daba una buena marcha; perdíamos de vista los bosques y las colinas y nos íbamos hundiendo entre las fangosas orillas, pero aún nos acompañaba el reflujo cuando llegamos a la altura de Gravesend. Como nuestro fugitivo iba envuelto en su capa, yo pasé deliberadamente a poca distancia de la Aduana flotante, y luego volvimos a seguir la corriente al costado de dos barcos de emigrantes, y pasando bajo la proa de un gran transporte, en cuyo castillo había unos soldados que nos miraban. Y pronto empezó a disminuir el reflujo, y viraron los barcos anclados, hasta dar una vuelta completa, y los buques que querían aprovechar la nueva marea para llegar al Polo empezaron a agolparse a nuestro alrededor, en tanto que nosotros nos desviábamos hacia la orilla, rehuyendo ahora cuanto nos era posible el empuje de la marea, aunque evitando también cuidadosamente los bajos y los bancos de lodo.

Nuestros remeros estaban tan poco fatigados, gracias a haber podido, de vez en cuando, abandonar la lancha por un minuto o dos al impulso de la corriente, que no necesitaron más de un cuarto de hora de descanso. Tomamos tierra entre unas piedras resbaladizas, mientras comíamos y bebíamos lo que llevábamos con nosotros, y observábamos los alrededores. Aquel lugar era muy parecido a los marjales de mi tierra, llano y monótono y con un horizonte brumoso. El río daba

numerosas vueltas y revueltas, y las boyas que en él flotaban giraban sin cesar, mientras todo lo demás parecía encallado e inmóvil. Porque entonces los últimos barcos de la flota acababan de doblar la última lengua de tierra que habíamos pasado; y la última gabarra verde, cargada de paja, con una vela de color pardo, los había seguido; y algunos lanchones de deslastrar, cuya forma recordaba la primera y tosca imitación de un bote que pudiera hacer un niño, permanecían varados en el fango; y un faro rechoncho que señalaba un bajo, montado sobre pilares abiertos, parecía un lisiado que se sostuviera en el fango sobre zancos y muletas. Del fango salían estacas y piedras viscosas; del fango salían pilares y señales de marea; en el fango parecían resbalar un viejo embarcadero y un viejo edificio sin techo; y todo lo que nos rodeaba no era más que fango y humedad.

Volvimos a desatracar, avanzando cuanto podíamos. Ahora ya resultaba más duro, pero tanto Herbert como Startop perseveraron en sus esfuerzos y siguieron remando, incansables, hasta la puesta del sol. A aquella hora el río nos había levantado ya un poco y podíamos extender la vista por encima de las orillas. Se veía el sol, rojo y bajo, a nivel de la ribera, envuelto en purpúreos resplandores que rápidamente iban oscureciendo; se veía el marjal llano y solitario; y a lo lejos algún terreno elevado, entre el cual y nosotros no parecía existir más vida que la de alguna gaviota melancólica que volaba en primer término.

Como la noche cerraba deprisa, y como la luna, estando ya en cuarto menguante, tardaría en salir, tuvimos un pequeño consejo; muy breve, porque, evidentemente, no podíamos hacer otra cosa que detenernos a descansar en la primera taberna solitaria que encontráramos. Después, ellos siguieron remando y yo me puse a buscar cualquier cosa que se pareciera a una casa. Avanzamos así, casi sin hablar, por espacio de cuatro o cinco fastidiosas millas. Hacía mucho frío, y un barco carbonero que vino hacia nosotros, con el fuego de su cocina echando humo y llameando, parecía un hogar confortable. A la sazón, la noche era ya tan negra como iba a serlo hasta el amanecer, y la poca luz que nos alumbraba más semejaba proceder del río que del cielo, porque cuando los remos se hundían en el agua parecían golpear las estrellas que en ella se reflejaban.

En aquellos tristes momentos, todos nos hallábamos manifiestamente poseídos por la idea de que nos seguían. La marea, al subir, batía fuertemente la orilla a intervalos irregulares, y, cada vez que llegaba a nuestros oídos uno de esos ruidos, alguno de nosotros se sobresaltaba y miraba en aquella dirección. Aquí y allí, la fuerza de la corriente había abierto en la orilla pequeñas caletas,

que nos llenaban de recelo y a las que lanzábamos inquietas miradas. Algunas veces, en la lancha, se oía la pregunta: «¿Qué es esa onda?». O bien otro observaba en voz baja: «¿No es un bote aquello?». Y luego nos quedábamos en silencio, pensando con impaciencia en cuán insólito ruido hacían los remos en los toletes.

Por fin descubrimos una luz y un tejado, y poco después atracábamos junto a un pequeño muelle hecho de piedras recogidas por las inmediaciones. Dejando a los demás en la lancha, salté a tierra y vi que la luz provenía de una taberna. Era un lugar bastante sucio y seguramente no desconocido de los contrabandistas; pero en la cocina ardía un alegre fuego, tenían huevos y tocino para comer y licores para beber. También había habitaciones con dos camas, «tal como estaban», según dijo el dueño. En la casa no había nadie más que el posadero, su mujer y un personaje andrajoso, el mandadero del muelle, tan sucio y embarrado como si él en persona hubiera sido una señal de la marea.

Con este auxiliar regresé a la lancha y desembarcaron todos. Nos llevamos los remos, el timón, el bichero y todo lo demás, y varamos la embarcación para la noche. Comimos muy bien junto al fuego de la cocina y nos distribuimos los dormitorios. Herbert y Startop ocuparían uno de ellos, y mi protector y yo el otro. Descubrimos que el aire había sido excluido de aquellas estancias con tanto cuidado como si fuera algo fatal para la vida; y que había en ellas más ropa sucia y cajas de cartón debajo de las camas de lo que yo hubiera creído nunca que podía poseer una familia. Mas, a pesar de todo, nos dimos por satisfechos, porque habría sido imposible encontrar un lugar más solitario que aquél.

Mientras nos calentábamos ante el fuego, después de cenar, el mandadero, que estaba sentado en un rincón y que llevaba puestas un par de botas hinchadas —las cuales había exhibido, mientras comíamos el tocino y los huevos, como interesantes reliquias que dos días antes le había quitado al cadáver de un marinero ahogado que la corriente dejó en la orilla—, me preguntó si habíamos visto una lancha de cuatro remos que remontaba el río con la marea. Cuando le dije que no, contestó que tal vez habría vuelto a descender, pero añadió que cuando desatracó de allí se había ido río arriba.

—Habrán cambiado de idea por algún motivo —añadió el mandadero— y habrán vuelto a bajar el río.

—¿Ha dicho usted una lancha de cuatro remos? —pregunté.

—Sí. Y con dos pasajeros.

—¿Desembarcaron aquí?

—Vinieron a llenar de cerveza una jarra de dos galones. Y en verdad que me habría gustado envenenarles la cerveza o ponerles una medicina que los aturdiera.

—¿Por qué?

—Yo me sé el porqué —replicó el mandadero. Hablaba con voz fangosa como si el légamo se le hubiera enredado en la garganta.

—Cree —dijo el dueño, que era un hombre cenizo y meditabundo, de ojos claros, que parecía tener mucha confianza en su mandadero—, cree que eran lo que no eran.

—Yo ya sé por qué hablo —observó el mandadero.

—¿Crees que eran aduaneros? —preguntó el dueño.

—¡Sí! —contestó el mandadero.

—Pues te engañas.

—¿Que me engaño?

Como para expresar el profundo significado de su respuesta y la absoluta confianza que tenía en su propia opinión, el mandadero se quitó una de las botas hinchadas, miró dentro de ella, la sacudió sobre el suelo de la cocina para que saltara una piedrecita que tenía dentro, y volvió a ponérsela. Hizo todo eso con el aire del que está tan convencido de tener razón que no puede hacer otra cosa.

—Si es así, ¿qué te figuras que han hecho de sus botones?[20] —preguntó el dueño con cierta indecisión.

—¿Qué han hecho con sus botones? —replicó—. Pues los habrán tirado por la borda. O se los habrán tragado. O los habrán sembrado para ver si se convierten en ensalada. ¡Que qué han hecho con sus botones!

—No seas desvergonzado, Jack —le dijo el dueño, regañándole de un modo patético y melancólico.

—Un oficial de Aduanas sabe muy bien lo que tiene que hacer con sus botones —dijo Jack, repitiendo la ofensiva palabra con el mayor desprecio— cuando le estorban. Una lancha de cuatro remos con dos pasajeros no se pasa el día dando vueltas por el río, arriba y abajo, subiendo y bajando con la marea y contra la marea, si detrás de todo no está la Aduana.

Diciendo lo cual salió con aire desdeñoso, y el dueño, no teniendo ya nadie en quien confiar, consideró inútil hablar más de aquel tema.

Este diálogo nos intranquilizó a todos, y a mí más que a nadie. El lúgubre viento murmuraba en torno a la casa, la marea azotaba la orilla, y yo tenía la

impresión de que nos hallábamos enjaulados y amenazados. Una lancha de cuatro remos rondando de un modo tan insólito que se hiciera notar así, era algo desagradable que no podía quitarme de la cabeza. Cuando hube inducido a Provis a que se acostara, salí con mis dos compañeros (pues Startop ya estaba enterado de todo) y tuvimos otro consejo. Era cuestión de decidir si nos quedaríamos en aquella casa hasta poco antes de pasar el vapor, que sería, poco más o menos, hacia la una de la tarde, o si saldríamos por la mañana temprano. En conjunto, juzgamos preferible quedarnos donde estábamos hasta una hora antes de pasar el vapor y luego tomar el camino que éste había de seguir, dejándonos llevar por la marea. Después de convenir eso, regresamos a la casa y nos acostamos.

Me eché en la cama sin desnudarme del todo y dormí bien por espacio de algunas horas. Al despertar, se había levantado el viento y la muestra de la taberna («El Buque») rechinaba y golpeaba con ruidos que me sobresaltaban. Me levanté sin hacer ruido, porque mi compañero dormía profundamente y fui a mirar por la ventana. Desde ésta se dominaba el muelle donde habíamos varado nuestra lancha y, en cuanto mis ojos se hubieron acostumbrado a la débil luz de luna velada por las nubes, divisé dos hombres que examinaban nuestra embarcación. Pasaron por debajo de la ventana, sin mirar a otra parte, pero no se dirigieron al desembarcadero, que yo podía ver desierto, sino que tomaron por el marjal, en dirección al banco de Nore[21].

Mi primer impulso fue llamar a Herbert y mostrarle los dos hombres que se alejaban pero, reflexionando antes de llegar a su habitación, que estaba en la parte trasera de la casa inmediata a la mía, me dije que tanto él como Startop habían tenido un día muy duro y que debían de estar muy fatigados, y desistí de mi idea. Volviendo a la ventana pude ver a los dos hombres andando por el marjal. Pero, con la poca luz que había, pronto los perdí de vista, y como tenía mucho frío, me eché en la cama para pensar en todo y me dormí de nuevo.

Nos levantamos temprano. Mientras nos paseábamos los cuatro, aguardando el desayuno, juzgué conveniente referir lo que había visto. También entonces nuestro fugitivo pareció ser, de entre todos, el menos alarmado. Era muy posible, dijo, que aquellos hombres pertenecieran a la Aduana, y que no sospecharan de nosotros. Traté de convencerme de que era así, pues no era imposible que lo fuera. Sin embargo, propuse que él y yo nos encaminásemos hasta un punto que se divisaba a lo lejos y que la lancha fuese a buscarnos allí, o lo más cerca

posible, a eso del mediodía. Habiéndose estimado esto como una buena precaución, poco después de desayunar salimos los dos, sin decir nada en la taberna.

Mientras andábamos, mi compañero iba fumando su pipa y, de vez en cuando, me cogía por el hombro. Se habría podido imaginar que era yo y no él quien estaba en peligro y que él trataba de tranquilizarme. Hablamos muy poco. Cuando ya estábamos cerca del sitio indicado, le rogué que se quedara en un lugar escondido, mientras yo me adelantaba a reconocer el terreno, pues aquélla era la dirección que habían tomado los dos hombres la noche anterior. Él obedeció y avancé solo. No se veía ningún bote en aquella parte del río; ni varado por allí, ni señal alguna de que nadie se hubiera embarcado en aquel lugar. Sin embargo, la marea estaba alta y no podía asegurarse que no hubiera pisadas bajo el agua.

Cuando Provis se asomó fuera de su escondrijo y vio que le hacía señas con mi sombrero para que se acercara, vino hacia mí y allí esperamos, a veces echados en el suelo, envueltos en nuestras capas, a veces dando cortos paseos para reanimarnos, hasta que, por fin, vimos llegar nuestra lancha. Embarcamos sin dificultad y nos dirigimos a tomar el camino que había de seguir el vapor. Ya sólo faltaban diez minutos para la una y empezamos a poner atención para divisar el humo de su chimenea.

Pero era la una y media cuando lo hicimos, y poco después vimos otra humareda que venía detrás. Como ambos buques venían a toda marcha, preparé los dos maletines y aproveché los instantes para despedirme de Herbert y de Startop. Nos estrechamos cordialmente las manos y ni los ojos de Herbert ni los míos estaban del todo secos cuando, de pronto, vi una lancha de cuatro remos que se alejaba de la orilla, un poco más allá de donde nosotros estábamos, y tomaba nuestra misma dirección.

Hasta entonces, gracias a una curva del río, había quedado entre nosotros y el buque una extensión de niebla, pero ahora éste era visible y se acercaba rápidamente. Indiqué a Herbert y a Startop que se mantuvieran en la corriente, para que se dieran cuenta los del buque de que los estábamos aguardando, y recomendé a Provis que estuviera muy quieto, envuelto en su capa. Él me contestó alegremente:

—Confía en mí, querido Pip.

Y se quedó inmóvil como una estatua.

Mientras tanto, la lancha de cuatro remos, hábilmente gobernada, había

cruzado la corriente por delante de nosotros, nos había aguardado y se había puesto a nuestro lado. Dejando el espacio suficiente para el manejo de los remos, se mantenía a nuestra altura, abandonándose a la corriente cuando lo hacíamos nosotros, o dando uno o dos golpes de remo cuando nosotros los dábamos. De los dos pasajeros uno gobernaba el timón y no nos quitaba la vista de encima, como hacían los remeros; el otro, estaba tan envuelto en su capa como el mismo Provis y parecía, en actitud de disimulo, murmurar algunas instrucciones al timonel mientras nos miraba. En ninguna de las dos embarcaciones se pronunció una palabra.

Startop, al cabo de unos minutos, pudo ver cuál era el primer barco que se acercaba, y me dijo «Hamburgo» en voz baja. El buque se nos acercaba rápidamente, y a cada instante oíamos con mayor claridad el ruido de sus ruedas. Yo tenía la impresión de que su sombra nos estaba envolviendo cuando los de la lancha nos llamaron. Yo respondí.

—Tienen aquí un deportado que ha quebrantado su condena —dijo el que gobernaba el timón—. Es ese que va envuelto en la capa. Se llama Abel Magwitch, alias Provis. Invito a ese hombre a que se entregue y a ustedes a que me ayuden a efectuar su detención.

Al mismo tiempo, sin que, en apariencia, diera orden alguna a su tripulación, nos echó la lancha encima. Habían dado un fuerte golpe de remos, habían recogido éstos, nos habían cogido al través y se habían agarrado a nuestra borda antes de que nos diéramos cuenta de lo que hacían. Eso originó gran confusión a bordo del vapor y oí que nos gritaban algo, y la orden de parar las máquinas, que en efecto se pararon; pero noté que el buque se nos venía encima irremisiblemente. En el mismo instante vi que el timonel de la lancha ponía la mano en el hombro de su preso; que las dos embarcaciones empezaban a dar vueltas impulsadas por la fuerza de la corriente y que los marineros del buque corrían frenéticamente hacia la proa. También, en el mismo instante, vi cómo el preso se levantaba bruscamente, se abalanzaba por encima de su aprehensor y arrancaba la capa al pasajero que continuaba sentado, y en el mismo instante vi también que el rostro que quedaba descubierto era el del otro forzado de antaño. Y también en el mismo instante, vi que el rostro retrocedía con una expresión de terror que jamás olvidaré; oí un gran grito a bordo del buque, un fuerte chapuceo en el agua, y sentí que el bote se hundía bajo mis pies.

Por un momento me pareció estar luchando con un millar de presas de molino y otros tantos relámpagos; pasado aquel momento, me subieron a bordo

de la lancha. Herbert estaba ya allí, y Startop también, pero nuestra embarcación había desaparecido, así como los dos forzados.

Entre los gritos que resonaban en el buque, el furioso resoplido de su vapor, su movimiento y el nuestro, al principio no podía distinguir el cielo del agua, o una orilla de otra; pero los tripulantes de la lancha la enderezaron diestramente con unos vigorosos golpes de remo, después de lo cual se detuvieron, mirando todos, callados y ansiosos, hacia la parte de popa. Pronto se vio por aquel lado un objeto negro que, impulsado por la corriente, se dirigía hacia nosotros. Nadie dijo una palabra, pero el timonel levantó la mano y todos, remando suavemente para atrás, maniobraron para cortarle el paso. Cuando el bulto se acercó vi que era Magwitch que nadaba, pero con cierta dificultad. Le subieron a bordo y en el acto le pusieron unas esposas en las manos y en los tobillos.

Detuvieron la lancha y se reanudó la ansiosa observación. Pero entonces llegó el vapor de Rotterdam, que, no habiéndose dado cuenta, al parecer, de lo ocurrido, avanzaba a toda marcha. Cuando conseguimos que oyera nuestra llamada y se parara, la corriente ya los había alejado de nosotros, que subíamos y bajábamos en la agitada estela que habían dejado tras de sí. La espera continuó hasta mucho después de que las aguas se aquietaran y los buques hubieran desaparecido; pero todos veíamos ya que era inútil.

Por fin renunciamos y la lancha se dirigió a la orilla, hacia la taberna en la que estuvimos poco antes, donde nos recibieron con no poca sorpresa. Allí pude procurar algunas pequeñas comodidades a Magwitch (ya no sería nunca más Provis), quien tenía una grave herida en el pecho y un corte profundo en la cabeza.

Me dijo que creía que había ido a parar debajo de la quilla del vapor y que al levantar la cabeza se hirió. La lesión del pecho, que hacía muy dolorosa su respiración, creía habérsela hecho contra el costado de la lancha. Añadió que no quería decir lo que podía o no podía haber hecho a Compeyson, pero que, en el momento de echar mano a su capa para identificarlo, el miserable retrocedió tambaleándose de tal modo que ambos se vinieron al agua; y que su brusca salida (la de Magwitch) de nuestro bote, junto con los esfuerzos de su aprehensor para mantenerlo en él, fueron la causa de que naufragáramos. Me dijo en voz baja que los dos se habían hundido, ferozmente, abrazados uno a otro, y que había habido una lucha dentro del agua; que él había podido liberarse, le había dado un golpe y se había alejado, nadando.

Nunca he tenido motivo alguno para dudar de la verdad de lo que así me

contó. El oficial que guiaba la lancha hizo la misma relación de la caída de ambos al agua.

Cuando pedí permiso al oficial para cambiarle al preso el traje mojado, comprándole las ropas que pudiera hallar en la taberna, me lo concedió sin inconveniente, aunque observando que tenía que hacerse cargo de todo lo que el preso llevara consigo. Así pues, la cartera que antes estaba en mis manos pasó a las del oficial. Además me permitió acompañar al preso a Londres, pero negó este favor a mis dos amigos.

El mandadero de la taberna de El Buque quedó enterado del lugar en que se había ahogado el ex presidiario y se encargó de buscar su cadáver en los puntos donde era más probable que saliese a la orilla. Pareció más interesado en la recuperación del cadáver al enterarse de que éste llevaba medias. Probablemente, para vestirse de pies a cabeza, necesitaba una docena de ahogados y quizá fuera ésta la razón por la cual las diferentes prendas que componían su traje se hallaban en distintos grados de deterioro.

Permanecimos en la taberna hasta que volvió la marea, y entonces llevaron a Magwitch a la lancha y lo acomodaron en ella. Herbert y Startop tenían que dirigirse a Londres por tierra lo antes posible. Nuestra despedida fue muy triste y al sentarme al lado de Magwitch comprendí que aquél sería mi lugar a partir de entonces, mientras él viviera.

Porque ahora se había desvanecido ya toda la repugnancia que me inspiraba, y en el hombre perseguido, herido y encadenado que tenía su mano entre las mías tan sólo veía a un ser que había querido ser mi bienhechor y había sentido por mí un afecto, una gratitud y una generosidad constantes durante una larga serie de años. Sólo veía en él a un hombre mucho mejor de lo que yo había sido para Joe.

Su respiración se fue haciendo más difícil y dolorosa a medida que avanzaba la noche, y muchas veces el desgraciado no podía contener un gemido. Traté de hacerle descansar en el brazo del que podía valerme y en una posición cómoda, pero era terrible pensar que en el fondo no podía lamentar que estuviera malherido, porque indiscutiblemente más le valía morir. Estaba claro que habría bastantes personas capaces y deseosas de identificarlo. No podía esperar que se le tratara con indulgencia. Se le había presentado con los peores colores cuando se le juzgó; había quebrantado su prisión y se le había juzgado de nuevo; había vuelto del destierro que se le impuso de por vida, y había ocasionado la muerte del causante de su detención.

Cuando volvíamos, de cara al sol poniente que el día anterior teníamos a nuestra espalda, y mientras la corriente de nuestras esperanzas parecía retroceder, le dije cuánto me dolía que hubiera vuelto a Inglaterra por mi causa.

—Querido Pip —me contestó—, estoy muy satisfecho de haber corrido este riesgo. He podido ver a mi muchacho, que, en adelante, podrá ser un caballero aun sin mi auxilio.

No. Yo había pensado en ello mientras iba sentado a su lado. No. Dejando aparte mis propias inclinaciones, comprendía ahora la insinuación de Wemmick. Preveía que, una vez sentenciado, sus bienes serían confiscados.

—Mira, querido Pip —dijo—. Como caballero, te conviene ahora que no se sepa que tienes que ver conmigo. No me vengas a ver si no es con Wemmick, como si le acompañaras por casualidad. Siéntate donde pueda verte cuando me hagan prestar juramento, por última vez entre tantas, y no pido más.

—Mientras me lo permitan, no me moveré nunca de su lado. ¡No quiera Dios que yo le sea menos fiel de lo que me lo ha sido usted!

Sentí temblar la mano con que estrechaba la mía, y cuando volvió el rostro a un lado, oí de nuevo aquel extraño sonido en su garganta, suavizado ahora como todo lo demás en él. Fue muy conveniente que tratara este punto, porque eso me hizo recordar algo en lo que, de otro modo, no habría pensado hasta que hubiera sido demasiado tarde: que él no debía saber jamás cómo habían fracasado sus expectativas de hacerme rico.

CAPÍTULO LV

El día siguiente fue conducido ante el Tribunal de Policía, y habría sido procesado inmediatamente de no haber sido por la necesidad de esperar la llegada de un antiguo oficial del barco prisión, de donde una vez había escapado, a fin de atestiguar su identidad. Nadie dudaba de ella, pero Compeyson, que le había denunciado, no era ya más que un cadáver arrastrado por las aguas y se daba el caso que no había en aquel momento ningún oficial de prisión en Londres que pudiera aportar el testimonio necesario. Fui a visitar al señor Jaggers en su casa la noche siguiente de mi llegada, con objeto de lograr sus servicios, y el señor Jaggers, del preso, no quiso admitir nada. No había otro recurso, porque, según me dijo, en cuanto llegara el testigo el caso quedaría resuelto en cinco minutos y no había poder en el mundo capaz de impedir que se resolviera de otra forma.

Comuniqué al señor Jaggers mi propósito de dejar a Magwitch en la ignorancia acerca del paradero de sus riquezas. El señor Jaggers se encolerizó conmigo por haber dejado que se me escurriera de las manos el dinero de la cartera y dijo que podríamos hacer algunas gestiones para ver si se lograba recobrar algo. Pero no me ocultó que, aun cuando había casos en que se evitaba la confiscación, no se podía alegar circunstancia alguna para que el nuestro fuera uno de ellos. Lo comprendí muy bien. Yo no estaba emparentado con el reo, ni relacionado con él por ningún lazo reconocible; él, por su parte, no había otorgado ningún documento a mi favor antes de su prisión, y hacerlo ahora sería inútil. Por consiguiente, no podía alegar ningún derecho, y así resolví, por fin, y en adelante me atuve a esta resolución, que jamás emprendería la inútil tarea de reclamar nada.

Parecía haber motivos para suponer que el denunciante ahogado esperaba lograr en recompensa una parte de los bienes confiscados, y había obtenido un conocimiento bastante exacto de los asuntos de Magwitch. Cuando se encontró su cadáver, a muchas millas de distancia de la escena de su muerte, tan horriblemente desfigurado que sólo se le pudo reconocer por el contenido de sus bolsillos, aún había algunos papeles legibles en su cartera. En uno de éstos estaban anotados el nombre de una casa de banca de Nueva Gales del Sur, donde existía cierta cantidad de dinero, y la denominación de ciertas tierras de considerable valor. Estos dos datos figuraban también en una lista que Magwitch dio al señor Jaggers mientras estaba en la prisión y en la cual figuraban todos los bienes que, según suponía, heredaría yo. Al desgraciado le fue útil por fin su propia ignorancia, pues jamás tuvo la menor duda de que mi herencia estaba segura con la ayuda del señor Jaggers.

Al cabo de tres días, durante los cuales el acusador público esperó la llegada del testigo del buque prisión, llegó el oficial y completó la fácil prueba. Se señaló el juicio para la próxima sesión, que tendría lugar al cabo de un mes.

Fue en aquella sombría época de mi vida cuando una noche llegó Herbert a casa, algo abatido, y me dijo:

—Mi querido Händel, temo que muy pronto tendré que abandonarte.

Como su socio me había ya preparado para eso, quedé menos sorprendido de lo que él se imaginaba.

—Perderíamos una magnífica oportunidad si yo aplazara mi viaje al Cairo, y temo mucho que tendré que ir, Händel, precisamente cuando más me necesitas.

—Herbert, siempre te necesitaré, porque siempre te querré; pero mi necesidad no es mayor ahora que en otra ocasión cualquiera.

—Estarás muy solo.

—No tengo tiempo para pensar en eso —repliqué—. Ya sabes que permanezco a su lado el tiempo que me permiten y que si pudiera no me movería de allí en todo el día. Y cuando me separo de él, mis pensamientos le acompañan.

La espantosa situación en que se hallaba Magwitch era tan aterradora para los dos, que no nos sentíamos con valor para referirnos a ella en términos más declarados.

—Mi querido amigo —dijo Herbert—. Permite que la perspectiva de nuestra próxima separación, que está ya muy cerca, me sirva de justificación para hablarte de ti mismo. ¿Has pensado acerca de tu futuro?

—No; siempre he tenido miedo de pensar en el futuro.

—Pero el tuyo no puede ser olvidado. Sí, querido Händel, no puede ser olvidado. Y me gustaría que ahora tuviéramos una pequeña conversación sobre ello.

—Con mucho gusto —contesté.

—En esta nueva sucursal nuestra, Händel, necesitaremos un…

Vi que su delicadeza quería evitar la palabra apropiada y por eso terminé la frase diciendo:

—Un empleado.

—Eso es, un empleado. Y tengo la esperanza de que no es del todo improbable que, a semejanza de otro empleado a quien conoces, pueda llegar a convertirse en socio. Pues bien, Händel…, en una palabra, muchacho, ¿quieres unirte a mí?

Había algo encantadoramente cordial y cautivador en el modo en que después de decir, «Pues bien, Händel», como si fuese el grave principio de un portentoso exordio, había abandonado de pronto aquel tono; me había tendido su honrada mano, y había hablado como un colegial.

—Clara y yo hemos hablado mucho de eso —prosiguió Herbert—, y la pobrecilla me ha rogado esta misma tarde, con lágrimas en los ojos, que te diga que si quieres vivir con nosotros, cuando estemos allá, hará todo lo posible para que estés contento y para convencer al amigo de su marido de que también es amigo suyo. ¡Lo pasaríamos tan bien, Händel!

Se lo agradecí de corazón, a los dos, pero dije que aún no estaba seguro de poder irme con él, como él bondadosamente me ofrecía. En primer lugar, estaba demasiado preocupado para poder reflexionar claramente sobre el asunto. En segundo lugar… Sí, en segundo lugar, había algo que flotaba de un modo impreciso en mis pensamientos, y que tendrá que aparecer hacia el fin de esta narración.

—Pero si tú crees, Herbert, que sin perjudicar a tus negocios, podías dejar pendiente este asunto durante algún tiempo…

—Durante el tiempo que sea —exclamó Herbert—. Seis meses, un año…

—No tanto —le dije—. Dos o tres meses a lo sumo.

Herbert estaba encantado cuando sellamos este acuerdo con un apretón de manos y dijo que ahora tendría valor para anunciarme que tal vez hubiera de partir a fines de semana.

—¿Y Clara? —le pregunté.

—La pobrecilla —contestó Herbert— cumplirá fielmente sus deberes para con su padre mientras éste viva. Pero no creo que dure mucho. La señora Whimple ha dicho en confianza que está en las últimas.

—Sin querer pecar de inhumano —respondí—, creo que es lo mejor que le puede ocurrir.

—Temo que hay que reconocerlo así —dijo Herbert—. Y entonces volveré a buscar a la pobrecilla Clara, y la pobrecilla Clara y yo nos iremos tranquilamente a la iglesia más próxima. Recuerda, Händel, que esta dulce criatura no desciende de ninguna familia importante, y nunca ha leído el Libro Rojo[22] ni sabe siquiera quién era su abuelo. ¡Qué dicha para el hijo de mi madre!

El sábado de aquella misma semana me despedí de Herbert (que estaba animado de brillantes esperanzas, aunque triste y apenado por verse obligado a dejarme), mientras él tomaba su asiento en la diligencia que había de conducirle al puerto de embarque. Entré en un café inmediato para escribir unas líneas a Clara, diciéndole que Herbert se había marchado y mandándole una y otra vez la expresión de su cariño, y luego me encaminé a mi solitario hogar, si tal nombre merecía, porque ya no era un hogar para mí, ni yo lo tenía ya en parte alguna.

En la escalera encontré a Wemmick, que bajaba después de haber llamado sin resultado a la puerta de mi casa. Desde el desastroso resultado del intento de fuga no le había visto aún y él había venido, con carácter personal y privado, a darme unas palabras de explicación acerca de aquel fracaso.

—El difunto Compeyson —dijo Wemmick— poquito a poco pudo enterarse de buena parte del asunto que se tramaba, y por las conversaciones de algunos de sus amigos que se hallaban en dificultades (siempre hay alguno en ese caso) pude oír lo que oí. Seguí con el oído atento, fingiendo tenerlo distraído, y así me enteré de que se había ausentado, por lo cual creí que sería la mejor ocasión para intentar la fuga. Ahora supongo que esto fue un ardid suyo, porque no hay duda de que era muy listo, y de que estaba acostumbrado a engañar a sus propios instrumentos. Espero, señor Pip, que no me guardará usted rencor. Tenga la seguridad de que sinceramente quise servirle.

—Estoy tan seguro de ello, Wemmick, como pueda estarlo usted, y le agradezco cordialmente su interés y su amistad.

—Gracias, muchas gracias. Ha sido un mal asunto —dijo Wemmick, rascándose la cabeza—, y le aseguro que hace mucho tiempo que no había

tenido un disgusto como éste. Y lo que más me apura es la pérdida de tantos bienes portátiles. ¡Dios mío!

—Pues a mí lo que más me apura, Wemmick, es el pobre propietario de esos bienes.

—Naturalmente —contestó él—. Desde luego, no hay nada que se oponga a que usted esté triste por él, y yo, por mi parte, me gastaría con gusto un billete de cinco libras esterlinas para sacarlo de su situación. Pero lo que quiero decir es esto: estando el difunto Compeyson enterado de su regreso y resuelto decididamente a perderle, no creo que hubiera habido salvación para él. En cambio el dinero podía haberse salvado. Ésta es la diferencia entre el dinero y su propietario. ¿No es verdad?

Invité a Wemmick a que subiera a tomar un vaso de grog antes de irse a Walworth. Aceptó la invitación y, mientras bebía su moderada ración, dijo, sin que nada le sirviera de preámbulo y después de mostrar un cierto desasosiego:

—¿Qué le parecería a usted un propósito mío de tomarme un día de asueto el lunes, señor Pip?

—Supongo que no ha hecho usted una cosa parecida en los últimos doce meses.

—Mejor diría usted los últimos doce años —replicó Wemmick—. Sí, voy a hacer fiesta. Y, más aún, voy a dar un buen paseo. Y, más todavía, voy a rogarle que me acompañe.

Iba a excusarme, porque temía ser un triste compañero en aquellos momentos, cuando Wemmick se me anticipó, diciendo:

—Ya sé cuáles son sus compromisos y me consta que no está usted de muy buen humor, señor Pip. Pero si pudiera usted hacerme este favor, se lo agradecería mucho. No será un paseo muy largo y además lo daremos temprano. Supongamos que le ocupe a usted (incluyendo el desayuno en el paseo) desde las ocho de la mañana hasta el mediodía. ¿No podrían arreglarse las cosas de modo que le permitieran complacerme?

Había hecho tanto por mí en varias ocasiones que lo que me pedía era lo menos que podía hacer yo por él. Le dije que podía arreglarlo, que lo arreglaría; y fue tal el contento que mostró por mi aquiescencia que no pude menos de sentirme complacido. A su requerimiento, prometí estar en el Castillo a las ocho y media de la mañana del lunes, y luego de convenirlo así, nos separamos.

Puntual a la cita, llamé a la puerta del Castillo el lunes por la mañana y fui recibido por Wemmick en persona. Me sorprendió notar que tenía un aire más

envarado y que llevaba un sombrero más terso que de ordinario. Dentro había preparados dos vasos de ron con leche y dos bizcochos. El Anciano debía de haberse levantado al primer canto de la alondra, pues, habiendo echado una mirada a su habitación, observé que su cama estaba vacía.

Después de reconfortarnos con la leche y los bizcochos, dispuestos a salir para dar el paseo, me sorprendió mucho ver que Wemmick cogía una caña de pescar y se la ponía al hombro.

—¡Supongo que no vamos a pescar! —exclamé.

—No —contestó Wemmick—, pero me gusta pasear con una caña.

Esto me pareció extraño. Sin embargo, nada dije y echamos a andar. Nos dirigimos hacia Camberwell Green, y cuando llegamos a sus inmediaciones, Wemmick exclamó de pronto:

—¡Caramba! Aquí hay una iglesia.

En esto no había nada sorprendente; pero otra vez me quedé algo admirado al oírle decir, como si se le ocurriera una brillante idea:

—¡Vamos a entrar!

Entramos, después de que Wemmick dejara su caña de pescar en el soportal y mirara a su alrededor. Entretanto, rebuscó en los bolsillos de su frac y sacó algo envuelto en un papel.

—¡Caramba! Aquí tengo un par de guantes —dijo—. Voy a ponérmelos.

Los guantes eran de cabritilla blanca y, como el buzón de su boca se abrió por completo, yo empecé a concebir fuertes sospechas, que se acentuaron hasta convertirse en certidumbre, al ver al Anciano entrar por una puerta lateral escoltando a una dama.

—¡Caramba! —dijo Wemmick—. Aquí tenemos a la señorita Skiffins. ¡Vamos a casarnos!

Aquella discreta damisela iba ataviada como de costumbre, con la salvedad de que en aquel momento estaba ocupada en sustituir sus guantes verdes por un par de blancos. El Anciano se hallaba igualmente entretenido en preparar un sacrificio similar ante el altar de Himeneo. El venerable caballero, sin embargo, luchaba con tantas dificultades para ponerse los guantes que Wemmick creyó necesario ponerlo contra una columna, y luego, situándose detrás de ésta, tirar de ellos, mientras yo, por mi parte, sostenía al Anciano por la cintura, a fin de que ofreciera una resistencia igual por todos lados. Gracias a este ingenioso procedimiento, los guantes entraron perfectamente.

Aparecieron entonces el pastor y su acólito y nos situamos ordenadamente

ante la barandilla fatal. Fiel a su ficción de que todo aquello se realizaba sin preparativo de ninguna clase, oí que Wemmick, antes de que empezase la ceremonia, se decía a sí mismo, sacando algo de su bolsillo:

—¡Caramba! ¡Aquí tengo una sortija!

Actué como testigo del novio; en tanto que un ujier enclenque, con un gorro que parecía el de un bebé, fingía ser la amiga del alma de la señorita Skiffins. La responsabilidad de entregar a la dama recayó en el Anciano, quien involuntariamente hizo que el pastor se escandalizara. La cosa ocurrió así: cuando el pastor preguntó: «¿Quién entrega a esta mujer para que se case con este hombre?», el venerable caballero, que no tenía la menor idea del punto a que habíamos llegado en la ceremonia, se quedó mirando afablemente a los Diez Mandamientos. En vista de esto el clérigo volvió a preguntar: «¿Quién entrega a esta mujer para que se case con este hombre?». Y como el venerable caballero se hallara en un estado de apreciable inconsciencia, el novio le gritó con su voz acostumbrada:

—Ahora, padre, ya lo sabe. ¿Quién entrega a esta mujer?

A lo cual el Anciano contestó con gran animación, antes de decir que la entregaba él:

—Está bien, John, está bien, hijo mío.

Oyendo lo cual, el clérigo hizo una pausa tan ominosa que, por un momento, llegué a temer que no acabarían de casarse aquel día.

No obstante, todo terminó felizmente, y cuando salíamos de la iglesia, Wemmick destapó la pila bautismal, metió los blancos guantes en ella y la volvió a tapar. La señora Wemmick, pensando más en el futuro, se metió los guantes blancos en el bolsillo y volvió a ponerse los verdes.

—Ahora, señor Pip —dijo Wemmick, triunfante, y volviendo a coger la caña de pescar—, permítame que le pregunte si alguien podría imaginarse que éste es un cortejo nupcial.

Habíase encargado el almuerzo en una pequeña y agradable taberna, distante cosa de una milla, y situada en una pendiente detrás del prado; y en cuyo comedor había un tablero de juego por si queríamos esparcir un poco el ánimo después de la solemnidad. Era agradable observar que la señora Wemmick ya no le quitaba el brazo a su marido cuando se adaptaba a su cintura, sino que permanecía sentada en un sillón de alto respaldo, puesto contra la pared, como un violonchelo en su estuche, y se dejaba abrazar como podía haberlo hecho aquel melodioso instrumento.

El almuerzo fue excelente y, cuando alguien rehusaba algo de lo que había en la mesa, Wemmick decía:

—Servido por contrato, ¿saben ustedes? No tengan reparo alguno.

Brindé por la nueva pareja, por el anciano y por el Castillo, saludé a la novia al marcharme y estuve todo lo simpático que pude.

Wemmick me acompañó hasta la puerta y de nuevo le estreché las manos y le deseé toda suerte de felicidades.

—Muchas gracias —dijo, frotándose las manos—. No tiene usted idea de lo bien que sabe cuidar las gallinas. Ya le mandaré algunos huevos y usted mismo juzgará. Y ahora, señor Pip —añadió, en voz baja, después de llamarme cuando ya me alejaba—, tenga en cuenta, se lo ruego, que esto es un asunto exclusivo de Walworth.

—Lo entiendo —respondí—: no hay que mencionarlo en Little Britain.

Wemmick afirmó con un movimiento de cabeza.

—Después de lo que se le escapó a usted el otro día, es preferible que el señor Jaggers no se entere de nada. A lo mejor pensaría que se me está reblandeciendo el cerebro o algo por el estilo.

CAPÍTULO LVI

Magwitch estuvo muy enfermo en la cárcel, durante todo el intervalo entre su procesamiento y la vista de la causa. Tenía rotas dos costillas que le habían lastimado un pulmón y respiraba con un dolor y una dificultad que aumentaban de día en día. Esto le obligaba a hablar en voz tan baja que apenas se le podía oír; y por esta razón hablaba muy poco. Pero siempre estaba dispuesto a escucharme y llegó a ser mi principal ocupación contarle y leerle las cosas que, a mi entender, debía escuchar.

Como estaba demasiado enfermo para permanecer en la prisión común, al cabo de uno o dos días le habían trasladado a la enfermería. Esto me dio más oportunidades de acompañarle de las que, de otro modo, habría tenido. De no haber sido por su enfermedad, lo habrían encadenado, pues se le consideraba hombre peligroso y capaz de fugarse a pesar de todo.

Aunque lo veía todos los días, era sólo por un corto espacio. Así pues, los intervalos entre nuestras entrevistas eran lo bastante largos para poder notar en su rostro los cambios debidos a su estado físico. No recuerdo haber observado ninguno que indicase mejoría. Desde el momento en que la puerta de la cárcel se cerró tras él, había ido consumiéndose y debilitándose día a día.

La especie de sumisión o resignación de que daba muestras era la propia de un hombre acabado. A veces me daba la impresión, por una palabra o dos que se le escapaban, de que se preguntaba si en circunstancias más favorables habría podido ser un hombre mejor, pero jamás se justificó con la menor insinuación en este sentido, ni trató de desfigurar su pasado.

Ocurrió en dos o tres ocasiones, y en mi presencia, que alguna de las personas que estaban a su cuidado hiciera alguna alusión a su mala reputación.

Entonces una sonrisa cruzaba su rostro y volvía los ojos hacia mí con una mirada confiada como si estuviera seguro de que yo había visto en él algún rasgo redentor, aun en la época en que era todavía un niño. En todo lo demás se mostraba humilde y contrito y nunca le oí quejarse.

Cuando llegó el período de sesiones, el señor Jaggers solicitó el aplazamiento del juicio hasta el período próximo. Pero como era evidente que esta petición se fundaba en la seguridad de que el acusado no viviría tanto tiempo, fue denegada. Se celebró el juicio, y cuando le llevaron al tribunal, le permitieron sentarse en una silla. No se opuso dificultad a que me sentara junto a él, fuera del espacio destinado a los acusados, pero lo bastante cerca para tener cogida la mano que él me ofreció.

El juicio fue corto y claro. Se dijo cuanto podía decirse en su favor, es decir, que había adquirido hábitos de trabajo, y había prosperado por medios legales y honrosos. Pero no era posible negar el hecho de que había vuelto y de que estaba allí en presencia del juez y de los jurados. Era, pues, imposible absolverle.

En aquella época existía la costumbre (como me enseñó la terrible experiencia de aquellas sesiones) de dedicar el último día al pronunciamiento de las sentencias y de producir el efecto final con las sentencias de muerte. A no ser por el cuadro indeleble que el recuerdo pone ante mí, apenas podría creer, mientras escribo estas palabras, haber visto treinta y dos hombres y mujeres colocados ante el juez para escuchar a la vez aquella terrible sentencia. Él estaba entre los treinta y dos, sentado, a fin de que respirara lo suficiente para conservar la vida.

Toda la escena se me representa con los vívidos colores del momento y hasta veo las gotas de la lluvia de abril en las ventanas del tribunal, brillando a la luz del sol de abril. En el espacio reservado a los acusados, estaban los treinta y dos hombres y mujeres; algunos con aire de reto; otros, muertos de terror; otros llorando y sollozando; otros cubriéndose el rostro y algunos mirando sombríamente a su alrededor. Entre las mujeres se oyeron algunos alaridos; pero fueron acallados y siguió un silencio general. Los alguaciles con sus grandes collares y galones, los ujieres y porteros, una gran galería llena de gente —un vasto auditorio teatral— contemplaban cómo los treinta y dos condenados y el juez se encaraban solemnemente. Entonces el juez se dirigió a ellos. Entre los desgraciados que se hallaban en su presencia, y a cada uno de los cuales se dirigía por separado, había uno que casi desde su infancia había infringido las leyes; que, tras repetidos encarcelamientos y castigos, había sido condenado a

deportación por cierto número de años; que, en circunstancias de gran violencia y osadía, se había fugado y había sido condenado de nuevo, esta vez a deportación perpetua. Aquel miserable, por espacio de algún tiempo, alejado del escenario de sus antiguos crímenes, se había arrepentido al parecer de sus errores y llevaba una vida pacífica y honrada. Pero en un momento fatal, cediendo a aquellas tendencias y pasiones que durante tanto tiempo le habían convertido en un azote de la sociedad, abandonó su lugar de salvación y arrepentimiento y volvió al país de donde había sido proscrito. Allí fue denunciado y por algún tiempo había logrado evadir a los oficiales de la Justicia, mas, capturado finalmente, en el momento en que se disponía a huir, se había resistido y, no se sabe si deliberadamente o impulsado por la ceguera de sus malos instintos, había causado la muerte del que le había denunciado, y que conocía su vida entera. Y como la pena prescrita por la ley para el que se hallara en su caso era la de muerte, y él por su parte había agravado su culpa, debía disponerse a morir.

El sol daba de lleno en los grandes ventanales de la sala, atravesando las brillantes gotas que la lluvia había dejado en los cristales y formaba una ancha franja de luz, que abarcaba al juez y a los treinta y dos condenados, uniéndolos así y tal vez recordando a alguno de los que estaban en la audiencia que tanto el juez como los reos serían sometidos, con absoluta igualdad, al juicio de Aquel que conoce todas las cosas y no puede errar.

Levantándose por un momento, y con el rostro alumbrado por aquella franja de luz, el preso dijo:

—Señoría, ya he recibido mi sentencia de muerte del Todopoderoso, pero me inclino ante la vuestra.

Dicho esto volvió a sentarse. Hubo un corto silencio y el juez continuó con lo que tenía que decir a los demás. Luego se los condenó a todos formalmente, y algunos de ellos tuvieron que ser sacados casi en brazos; otros salieron con su falso aire de bravuconería; unos pocos hicieron señas al público, y dos o tres se dieron la mano; en tanto que los demás salían mascando los fragmentos de hierbas que habían cogido del suelo. Él fue el último en salir porque tenían que ayudarle a levantarse de la silla y se veía obligado a andar muy despacio; me tuvo cogida la mano mientras se llevaban a los demás y mientras los que componían el auditorio se ponían en pie (arreglándose los trajes como si estuvieran en la iglesia, o en otro lugar público), al tiempo que señalaban a uno y otro criminal, y muchos de ellos a mí o a él.

Yo deseaba fervorosamente, y rogaba a Dios por ello, que muriera antes de

que llegara el día de la ejecución, pero, ante el temor de que su vida se prolongara, aquella misma noche redacté una súplica al ministro del Interior explicando cómo le conocí y diciendo que había regresado por mi causa. Mis palabras fueron tan fervientes y patéticas como me fue posible y, cuando hube terminado aquella petición y la mandé, redacté otra para todas aquellas personas con autoridad que creía más inclinadas a la misericordia, y hasta dirigí una al monarca. Durante varios días y noches, después de su sentencia, no descansé exceptuando los momentos en que me quedaba dormido en la silla, pues no hacía más que trabajar en estas solicitudes. Y después de haberlas expedido, no me era posible alejarme de los lugares en que se hallaban porque me sentía más animado cuando estaba cerca de ellas. Llevado por este irrazonable desasosiego y excitación mental, rondaba de noche por las calles junto a las oficinas y casas donde había dejado las peticiones. Aún ahora, las calles del oeste de Londres en las noches frías de primavera, con sus mansiones de aspecto severo y sus largas filas de faroles, despiertan en mí un recuerdo melancólico.

Las visitas que podía hacerle habían sido acortadas y la guardia que se ejercía junto a él era mucho más cuidadosa. Viendo o creyendo ver que sospechaban en mí la intención de llevarle algún veneno, solicité que me registraran antes de sentarme junto a su lecho, y dije al oficial que estaba siempre allí que me hallaba dispuesto a hacer cualquier cosa que pudiera probarle la sinceridad y la rectitud de mis intenciones. Nadie nos trataba mal ni a él ni a mí. Había que cumplir con el deber, y lo cumplían, pero sin dureza. El oficial me aseguraba siempre que iba de mal en peor, y otros penados enfermos de la misma sala, así como los presos que los cuidaban como enfermeros (desde luego malhechores, pero, a Dios gracias, no incapaces de mostrarse bondadosos), coincidían en el mismo informe.

A medida que pasaban los días, observé que cada vez con mayor frecuencia permanecía tendido de espaldas y mirando al blanco techo, mientras en su rostro desaparecía la luz, hasta que una palabra mía lo alumbraba por un momento, después del cual volvía a ensombrecerse. Algunas veces casi perdía el uso de la palabra; entonces me contestaba con ligeras presiones en la mano cuyo sentido llegué a comprender muy bien.

Había llegado a diez el número de días cuando noté en él un cambio mucho mayor de cuantos había notado. Sus ojos estaban vueltos hacia la puerta y se iluminaron cuando entré.

—Querido Pip —me dijo así que estuve junto a su cama—. Creí que te

retrasabas.

—Es la hora exacta —le contesté—. He estado esperando a que abrieran la puerta.

—Siempre esperas ante la puerta, ¿no es verdad, querido Pip?

—Sí. Para no perder ni un momento del tiempo que nos conceden.

—Gracias, querido Pip, muchas gracias. Dios te bendiga. No me has abandonado nunca, querido muchacho.

En silencio le oprimí la mano, porque no podía olvidar que en una ocasión me había propuesto abandonarlo.

—Y lo mejor de todo —añadió— es que has estado más junto a mí desde que estoy preso que cuando estaba en libertad. Eso es lo que tiene más valor.

Estaba tendido de espaldas y respiraba con mucha dificultad. A pesar de sus palabras y de sus esfuerzos para demostrarme su cariño, su rostro se iba volviendo cada vez más sombrío y un velo se extendía sobre la plácida mirada que dirigía al techo.

—¿Sufre usted mucho hoy?

—No me quejo de nada, querido Pip.

—Usted no se queja nunca.

Había pronunciado ya sus últimas palabras. Sonrió, y por el contacto de su mano comprendí que deseaba levantar la mía y apoyarla en su pecho. Lo hice así. Volvió a sonreír, y luego puso sus dos manos sobre la mía.

Pasó el tiempo de la visita mientras estábamos así; pero al volverme, vi que el director de la cárcel estaba a mi lado y que me decía:

—No hay necesidad de que se marche usted todavía.

Le di las gracias y le pregunté:

—¿Puedo hablarle, en caso de que me oiga?

El director se apartó un poco e hizo seña al oficial para que le imitara. El cambio se efectuó sin ruido, hizo desaparecer el velo de la plácida mirada dirigida al blanco techo y el enfermo me miró con expresión cariñosa.

—Querido Magwitch. Es preciso que, por fin, le diga una cosa. ¿Entiende usted mis palabras?

Sentí una ligera presión en mis manos.

—En otro tiempo tuvo usted una hija a la que quería mucho y a la que perdió.

Sentí en la mano una presión más fuerte.

—Pues vivió y encontró poderosos amigos. Todavía vive. Es una dama y

muy hermosa. Yo la amo.

Con un último y débil esfuerzo que habría sido infructuoso, de no haberle ayudado yo, llevó mi mano a sus labios. Luego, muy despacio, la dejó caer otra vez sobre su pecho y la cubrió con sus propias manos. La plácida mirada dirigida al blanco techo volvió un momento y se desvaneció; la cabeza del moribundo cayó despacio sobre su pecho.

Acordándome entonces de lo que habíamos leído juntos, pensé en los dos hombres que subieron al Templo para orar, y comprendí que junto a su lecho no podía decir nada mejor que:

—¡Oh, Dios mío! ¡Ten misericordia de él, el pecador!

CAPÍTULO LVII

Ahora que me había quedado solo, di aviso de mi intención de dejar libres las habitaciones que ocupaba en el Temple tan pronto como pudiera rescindirse legalmente mi contrato de arrendamiento, y de realquilarlas mientras tanto. En seguida puse facturas en las ventanas, porque como tenía muchas deudas y apenas algún dinero, empecé a alarmarme seriamente acerca del estado de mis asuntos. Mejor debiera decir que me habría alarmado de tener energía y percepción suficiente para darme cuenta de alguna verdad, aparte del hecho de que me sentía enfermo. La tensión de los últimos días me había permitido aplazar la enfermedad, pero no para vencerla; luego vi que iba apoderándose de mí y casi no supe nada más ni me preocupé de nada más.

Durante uno o dos días estuve echado en el sofá, o en el suelo… en cualquier parte, según el lugar donde acertara a dejarme caer. Me dolían los miembros y la cabeza; no tenía fuerzas ni voluntad. Luego vino una noche que me pareció de extraordinaria duración y que pasé sumido en la ansiedad y en el horror; y cuando, por la mañana, traté de sentarme en la cama y reflexionar acerca de todo aquello, descubrí que no podía.

Si, en realidad, fui a Garden Court, en plena noche, buscando la lancha que creía que estaba allí; si dos o tres veces me desperté, aterrado, en la escalera, sin saber cómo había salido de la cama; si me vi encendiendo la lámpara con la idea de que él subía la escalera y de que todas las demás luces estaban apagadas; si fui indeciblemente torturado por unas voces, unas carcajadas y unos gemidos y medio sospeché que era yo quien los había proferido; si había habido un horno de hierro cerrado en un oscuro rincón de la estancia y una voz había gritado una y otra vez que la señorita Havisham se estaba consumiendo allí dentro: todo eso

quise aclararlo conmigo mismo poniendo algún orden en mis ideas, mientras me hallaba tendido aquella mañana en la cama. Pero entre esas cosas y yo se interponía el vapor de un horno de cal, que las desordenaba por completo, y fue a través de aquel vapor como vi a dos hombres que me miraban.

—¿Qué quieren ustedes? —pregunté sobresaltado—. No los conozco.

—Muy bien, señor —replicó uno de ellos, inclinándose y tocándome el hombro—. Éste es un asunto que, seguramente, podrá usted arreglar en breve; pero entretanto, queda detenido.

—¿A cuánto asciende la deuda?

—A ciento veintitrés libras esterlinas, quince chelines, seis peniques. Creo que es la cuenta del joyero.

—¿Qué puedo hacer?

—Lo mejor es ir a mi casa —dijo aquel hombre—. Tengo una casa bastante confortable.

Hice vanos esfuerzos para levantarme y vestirme. Cuando volví a fijarme en los hombres, vi que se habían apartado de la cama y me estaban mirando. Yo seguía echado.

—Ya ven ustedes cómo estoy —dije—. Si pudiera los acompañaría, pero verdaderamente no puedo. Y si se me llevan, creo que me moriré por el camino. —Tal vez me respondieron, o discutieron el asunto, o trataron de darme ánimos para que me figurara que estaba mejor de lo que yo creía. Pero como en mi memoria aquellos dos hombres sólo están prendidos por este débil hilo, no sé lo que realmente hicieron salvo que desistieron de llevárseme.

Que tuve mucha fiebre y sufrí mucho, que a menudo perdía la razón y el tiempo me parecía interminable, que confundía existencias imposibles con mi propia identidad; que era un ladrillo en la pared de la casa y deseaba salir del lugar en que los albañiles lo habían colocado; que era una barra de acero de una enorme máquina que giraba ruidosamente sobre un abismo, y, sin embargo, yo mismo imploraba que se detuviera la máquina y se separara de ella la parte que yo constituía; que pasé por todas estas fases de la enfermedad, lo sé por mis propios recuerdos y, en cierto modo, lo sabía en el momento de pasar por ellas. De que a veces luchaba con gente real y verdadera en la creencia de que eran asesinos, y de que en seguida comprendía que me querían bien y entonces me abandonaba exhausto en sus brazos y dejaba que me tendieran en la cama, también tuve conciencia en su momento; pero sobre todo notaba una tendencia constante en toda aquella gente (que, cuando yo estaba muy mal, me mostraban

toda suerte de extraordinarias transformaciones del rostro humano y alcanzaban un tamaño extraordinario); pero, sobre todo, digo, noté una decidida tendencia, en todas aquellas personas, de tomar más pronto o más tarde la forma de Joe.

Después de que la enfermedad hubo hecho su crisis, empecé a darme cuenta de que, así como cambiaban todos los demás detalles, este detalle constante no cambiaba. Quienquiera que fuera que se me acercara, continuaba pareciéndose a Joe. Abría los ojos por la noche y veía a Joe sentado junto a mi cama. Abría los ojos de día y, junto a la ventana abierta y con las cortinas echadas, estaba Joe sentado y fumando su pipa. Pedía una bebida refrescante, y la mano querida que me la daba era la mano de Joe. Después de beber me reclinaba en mi almohada y el rostro que me miraba con tanta ternura y esperanza era el rostro de Joe.

Por fin un día tuve valor para preguntar:

—¿Eres realmente Joe?

—El mismo, querido Pip —me contestó aquella voz tan querida de otros tiempos.

—¡Oh, Joe! ¡Me partes el alma! Mírame con enojo, Joe. ¡Pégame! ¡Háblame de mi ingratitud! No seas tan bueno conmigo.

Porque Joe, contento de ver que le había reconocido, había apoyado su cabeza en la almohada, a mi lado, y me rodeaba el cuello con el brazo.

—Cállate, querido Pip —dijo Joe—. Tú y yo siempre hemos sido buenos amigos. Y cuando estés bien para dar un paseo, ya verás cómo nos vamos a divertir.

Dicho esto, se retiró a la ventana y me volvió la espalda, mientras se secaba los ojos. Y como mi extrema debilidad me impedía levantarme e ir a su lado, me quedé en la cama, murmurando lleno de remordimientos:

—¡Dios le bendiga! ¡Dios bendiga a este hombre bueno y cristiano!

Los ojos de Joe estaban enrojecidos cuando le vi otra vez a mi lado; pero entonces yo le tenía cogida la mano y ambos nos sentíamos felices.

—¿Cuánto tiempo hace, querido Joe?

—¿Quieres decir, Pip, cuánto tiempo ha durado tu enfermedad?

—Sí, Joe.

—Hoy es el último día de mayo. Mañana es primero de junio.

—¿Y has estado siempre aquí, querido Joe?

—Casi siempre, Pip. Porque, como le dije a Biddy cuando recibimos por carta noticias de tu enfermedad, carta que nos entregó el cartero, quien, aunque antes era soltero, ahora se ha casado, a pesar de que apenas le pagan los paseos

que se da y los zapatos que gasta, pero él no miraba el dinero, y casarse era el gran deseo de su corazón…

—¡Qué agradable me parece oírte, Joe! ¡Pero te he interrumpido cuando ibas a contarme lo que le dijiste a Biddy!

—Pues fue —dijo Joe— que tú estarías entre gente extraña, y como tú y yo siempre hemos sido buenos amigos, una visita en tales momentos no sería mal recibida, y Biddy me dijo: «Vaya a su lado sin pérdida de tiempo». Éstas —añadió Joe, tomando su aire más solemne— fueron las palabras de Biddy. «Vaya a su lado sin pérdida de tiempo». En fin, no te engañaré mucho —añadió, después de reflexionar gravemente—, si te digo que las palabras de Biddy fueron: «Sin perder un solo minuto».

Entonces se interrumpió para hacerme saber que no se me debía hablar demasiado, que debía tomar un poco de alimento cada tantas y tantas horas, lo mismo si me gustaba como si no, y que debía someterme a sus órdenes. Yo le besé la mano y me quedé quieto, en tanto que él se disponía a escribir una carta a Biddy con cariñosos recuerdos de mi parte.

Evidentemente, Biddy había enseñado a escribir a Joe. Mientras yo estaba en la cama mirándole, me hizo llorar de placer ver el orgullo con que se ponía a escribir su carta. Mi cama, despojada de sus cortinas, había sido trasladada, conmigo en ella, a la habitación que se usaba como sala, por ser la mayor y la más ventilada. Habían quitado la alfombra, y la habitación se conservaba fresca y aireada de día y de noche. En mi propio escritorio, que estaba en un rincón lleno de botellitas, Joe se sentó a acometer su gran tarea, escogiendo primero una pluma de entre las varias que había, como si la sacara de un cajón lleno de herramientas, y remangándose como si se dispusiera a empuñar una palanca de hierro o un martillo de fragua. Tuvo necesidad de apoyarse pesadamente en la mesa sobre su codo izquierdo y echar la pierna derecha hacia atrás, antes de poder empezar, y, cuando lo hizo, cada uno de sus trazos era tan lento que habría tenido tiempo de hacerlos de seis pies de largo, mientras que en los perfiles yo oía rechinar su pluma ruidosamente. Tenía la curiosa idea de que el tintero estaba al otro lado de donde se hallaba en realidad y repetidamente mojaba la pluma en el aire, quedando al parecer muy satisfecho del resultado. De vez en cuando tropezaba con algún pedrusco ortográfico, pero, en conjunto, avanzaba bastante bien, y en cuanto hubo firmado, después de quitar un borrón, trasladándolo a su cabeza por medio de los dedos, se levantó y empezó a dar vueltas cerca de la

mesa, observando el resultado de su esfuerzo desde varios puntos de vista, con infinita satisfacción.

Con objeto de no inquietarle hablando demasiado, aun suponiendo que hubiera sido capaz de ello, dejé para el día siguiente mi interés por saber de la señorita Havisham. Cuando le pregunté si ésta se había restablecido, movió la cabeza.

—¿Ha muerto, Joe?

—Mira, querido Pip —contestó en tono de reprensión y buscando el modo de darme la noticia poco a poco—, no llegaré a afirmar eso, porque hay mucho que decir; pero el caso es que no…

—¿Que no vive, Joe?

—Esto se acerca más a la verdad —contestó Joe—. No vive.

—¿Duró mucho, Joe?

—Después de que tú te pusiste malo, duró casi… lo que tú llamarías una semana —dijo Joe, siempre decidido, en obsequio mío, a llevar la cosa por grados.

—¿Te has enterado, querido Joe, de a quién va a parar su fortuna?

—Pues mira, Pip, parece que la mayor parte es para la señorita Estella. Pero había escrito un *codicililo* de su propia mano, pocos días antes del accidente, dejando cuatro mil libras al señor Matthew Pocket. Y ¿a que no sabes, Pip, por qué dejó estas cuatro mil libras al señor Pocket? Pues «atendiendo a lo que Pip me dijo del dicho Matthew». Según me ha informado Biddy, esto es lo que decía el codicilo, «atendiendo a lo que Pip me dijo del dicho Matthew». ¡Cuatro mil libras, Pip!

La noticia me dio mucha alegría, pues este legado completaba la única cosa buena que yo había hecho en mi vida. Pregunté entonces a Joe si había oído decir que hubiera ningún otro legado para los demás parientes.

—La señorita Sarah —contestó Joe— recibirá veinticinco libras cada año para que se compre píldoras, pues parece que es biliosa. La señorita Georgiana recibirá veinte libras y basta. La señora… ¿cómo se llaman aquellas bestias con joroba, Pip?

—¿Camellos? —dije, preguntándome para qué querría saberlo.

—Eso es —dijo Joe—. La señora Camello…

Comprendí entonces que se refería a la señora Camilla.

—Pues la señora Camello recibirá cinco libras para que se compre velas que la animen por la noche cuando se despierte.

La exactitud de estos detalles era lo bastante evidente para convencerme de que Joe estaba bien enterado.

—Y ahora —añadió Joe—, no estás aún bastante fuerte para que te dé más noticias. Te daré una más. El viejo Orlick entró a robar en una casa.

—¿De quién? —pregunté.

—No es que no sepa, te lo aseguro, dónde dar el golpe —dijo Joe—, pero, de todos modos, la casa de un inglés es un castillo y no se debe asaltar los castillos más que en tiempos de guerra. Y fueran cuales fuesen sus faltas, siempre ha sido un buen tratante de granos y semillas.

—Entonces, ¿fue en casa de Pumblechook donde robaron?

—Eso es, Pip —me contestó Joe—, y le quitaron la gaveta, se le llevaron el dinero, se le bebieron el vino, se hartaron de lo que encontraron y, no contentos con eso, le abofetearon, le tiraron de la nariz, le ataron al pie de la cama y, para que no gritara, le llenaron la boca con calendarios de jardinero. Pero Pumblechook reconoció a Orlick y Orlick está en la cárcel.

Así, poco a poco, llegamos a poder conversar sin engorro. Me costaba mucho recobrar las fuerzas, pero hacía continuos progresos, de modo que cada día estaba mejor que el anterior. Joe permanecía constantemente a mi lado y yo imaginaba ser de nuevo el pequeño Pip.

Porque la ternura y el afecto de Joe eran tan apropiados a mis necesidades que yo no era más que un niño en sus manos. Se sentaba a mi lado y me hablaba con la misma confianza, la misma sencillez y la misma modesta protección de tiempos pasados, hasta el punto de que llegué a experimentar la ilusión de que toda mi vida, desde los días pasados en la vieja cocina, no había sido más que una de tantas pesadillas de la fiebre que había desaparecido ya. Hacía en mi obsequio todo lo necesario, a excepción de los trabajos domésticos, para los cuales contrató a una mujer muy decente, después de despedir a la lavandera el mismo día de su llegada.

—Te aseguro, Pip —decía Joe para justificar la libertad que se tomó—, que la sorprendí agujereando el colchón de la cama de repuesto como si fuese un barril de cerveza, y llenando un cubo de plumas para ir a venderlas. No hay duda de que luego se habría llevado las de tu propia cama, aunque tú estuvieras tendido en ella, y ya se estaba llevando el carbón en la sopera y las fuentes y los licores en tus botas Wellington.

Esperábamos con ansia el día en que yo pudiera salir a dar un paseo, así como habíamos esperado en otro tiempo que yo pudiese ser su aprendiz. Y

cuando llegado este día entró un carruaje abierto en la callejuela, Joe me abrigó muy bien, me levantó en sus brazos y me bajó hasta el coche, en donde me sentó como si fuera la criatura pequeña e indefensa en quien tan generosamente había empleado los tesoros de su bondad.

Y Joe se sentó a mi lado y juntos salimos al campo, donde árboles y plantas mostraban la lozanía del verano y el aire se llenaba de dulces aromas. Precisamente aquel día era domingo y, al observar la belleza que me rodeaba y pensar en cómo había crecido y cambiado todo y en cómo se habían formado las flores silvestres y afirmado las vocecillas de los pájaros, de día y de noche, sin cesar, bajo el sol y bajo las estrellas, mientras yo, pobre de mí, estaba echado, ardiendo y revolviéndome en mi cama, el mero recuerdo de esto último pareció interrumpir mi paz. Pero cuando oí las campanas del domingo y observé un poco más la belleza que me rodeaba, comprendí que en mi corazón no había aún suficiente gratitud (porque estaba aún demasiado débil hasta para eso), y apoyé la cabeza en el hombro de Joe, como en otros tiempos, cuando me había llevado a la feria o a algún otro sitio donde me había cansado y aturdido.

Me recobré al cabo de poco y entonces empezamos a hablar como solíamos hacerlo, sentados en la hierba, junto a la vieja batería. No había el menor cambio en Joe. Era exactamente el mismo ante mis ojos; tan sencillamente fiel, tan sencillamente recto como siempre.

Cuando regresamos me levantó y me condujo con tanta facilidad a través del patio y por la escalera, que recordé aquella víspera de Navidad, tan llena de acontecimientos, en que me llevó a cuestas por los marjales. Aún no habíamos hecho ninguna alusión a mi cambio de fortuna, y por mi parte ignoraba hasta qué punto estaba él enterado de la última parte de mi historia. Dudaba tanto de mí mismo y confiaba tanto en él, que no podía decidir si debía referirme a ella mientras él no lo hiciera.

—¿Estás enterado, Joe —le pregunté aquella misma noche, después de pensarlo mucho y mientras él fumaba su pipa junto a la ventana—, de quién era mi protector?

—Oí decir —contestó Joe— que no era la señorita Havisham.

—¿Oíste decir quién era, Joe?

—Verás. Me han dicho que era la persona que mandó a la otra persona que te dio los dos billetes de una libra en los Alegres Barqueros, Pip.

—Así es.

—¡Asombroso! —exclamó Joe, con la mayor placidez.

—¿Sabes que ya murió, Joe? —le pregunté con creciente desconfianza.

—¿Quién? ¿El que mandó los billetes, Pip?

—Sí.

—Me parece —contestó Joe, después de larga meditación y mirando evasivamente hacia el asiento de la ventana— como si hubiera oído decir algo al respecto.

—¿Oíste hablar algo acerca de sus circunstancias, Joe?

—No, Pip.

—Si quieres que te diga, Joe… —empecé, pero Joe se levantó y se acercó a mi sofá.

—Mira, querido Pip —dijo inclinándose sobre mí—, siempre hemos sido buenos amigos, ¿no es verdad?

Yo sentí vergüenza de contestarle.

—Bueno, pues —dijo, como si yo hubiera contestado—, entonces estamos de acuerdo. ¿Para qué meternos en cosas de muchachos, que entre nosotros serán siempre innecesarias? Bastantes cosas tenemos de que hablar, para hacerlo de lo que no es necesario. ¡Dios mío! ¡Cuando pienso en tu pobre hermana y en cómo se alborotaba! ¿Te acuerdas de Tickler?

—Sí, Joe.

—Pues mira, querido Pip —dijo—. Hice cuanto pude para que tú y Tickler estuvierais separados lo más posible, pero mi poder no siempre corría parejo con mi querer. Porque cuando tu pobre hermana estaba resuelta a pegarte —añadió —, no es sólo que también me habría pegado a mí, si hubiera hecho la menor oposición, sino que, además, la paliza que habrías recibido hubiera sido más fuerte. De esto estoy seguro. No es que le tiren a uno de los bigotes, ni que le den un par de sacudidas (que nada me habrían importado viniendo de tu hermana), lo que podría impedir a uno salvar a una criatura del castigo. Pero cuando el tirón y las sacudidas sólo sirven para que a la criatura le den más golpes, entonces el hombre, naturalmente, se dice: ¿Para qué sirve meterse en ello? Lo que tiene de malo, ya lo veo; pero lo que tiene de bueno no lo veo en parte alguna. Yo le desafío, señor, dice el hombre, a que me diga qué tiene de bueno.

—¿Eso dice el hombre? —observé yo viendo que Joe esperaba que hablara.

—Eso dice el hombre —asintió Joe—. ¿Tiene razón el hombre?

—Querido Joe, el hombre siempre tiene razón.

—Pues bien, querido Pip —añadió Joe—. Entonces aténte a lo que dices. Si

este hombre siempre tiene razón, la tiene cuando dice: suponiendo que de pequeño te hubieras callado alguna cosita, te la callaste sobre todo porque sabías que el poder de Joe para manteneros separados a ti y a Tickler no estaba a la altura de sus deseos. Por consiguiente, no pienses más en cosas así entre los dos y no hables de cosas que no vienen a cuento. Biddy se tomó mucho trabajo antes de que yo viniera (porque tengo la cabeza muy dura) para que viera las cosas de este modo y, viendo las cosas de este modo, te lo dijera así. Y, habiendo hecho lo uno y lo otro —dijo Joe encantado con su lógico razonamiento—, habiéndolo hecho, un amigo fiel te dice esto. A saber: «No pienses más en ello, sino que lo que debes hacer es cenar, beber tu poco de agua con vino y meterte entre las sábanas».

La delicadeza con que Joe evitó tratar aquel asunto y el tacto y la bondad con que Biddy —quien con su instinto femenino tan pronto me había comprendido— le había preparado para eso, me impresionaron extraordinariamente. Pero ignoraba aún si Joe estaba enterado de mi pobreza y de que mis grandes esperanzas se habían desvanecido como nuestras nieblas de los marjales ante los rayos del sol.

Otra cosa de Joe que no pude comprender cuando empezó a manifestarse, pero que pronto llegué a explicarme dolorosamente, fue la siguiente: a medida que me sentía mejor y más fuerte, Joe parecía estar más cohibido conmigo. Durante los días de debilidad y de dependencia entera con respecto a él, mi querido amigo había vuelto a adoptar el antiguo tono con que me trataba, y se dirigía a mí llamándome como antaño, querido Pip y querido muchacho, lo cual era ahora como una música para mis oídos. Yo también, por mi parte, había vuelto a las maneras de mi infancia, y le agradecía mucho que me lo consintiera. Pero, imperceptiblemente, Joe empezó a abandonar estas maneras, y aunque al principio me extrañé de ello, pronto pude comprender que la causa estaba en mí y que mía, también, era toda la culpa.

¡Oh! ¿No había yo dado a Joe motivos para dudar de mi constancia y para pensar que en mi prosperidad me olvidaba de él? ¿No había dado yo motivo a su inocente corazón para comprender de un modo instintivo que a medida que yo me repusiera su influencia sobre mí se debilitaría y que era mejor abandonarla a tiempo y soltarme antes de que yo huyera de ella?

Fue la tercera o cuarta vez que salí a pasear por los jardines del Temple, apoyado en el brazo de Joe, cuando observé claramente este cambio en él.

Habíamos estado sentados tomando el sol, contemplando el río, cuando le dije en el momento de levantarnos:

—Mira, Joe, ya puedo andar por mí mismo y sin apoyo de nadie. Ahora vas a ver cómo vuelvo solo a casa.

—No te esfuerces demasiado, Pip —contestó Joe—; pero me alegrará mucho verle capaz de hacerlo, señor.

Estas últimas palabras me disgustaron mucho, pero ¿cómo podía reconvenirle por ellas? No pasé de la puerta del jardín y, fingiendo estar más débil de lo que realmente me encontraba, le rogué que me permitiera apoyarme en su brazo. Joe consintió, pero continuó pensativo.

Por mi parte, también lo estaba, porque encontrar un modo de contener esta creciente mudanza era una gran preocupación para mis pensamientos, atormentados por el remordimiento. Me avergonzaba decirle cuál era mi situación y cómo había llegado a ella; pero creo que mi repugnancia en contarle todo eso no era completamente indigna. Sabía que él querría ayudarme con sus pequeñas economías, y sabía que esto no debía ocurrir y que no debía permitírselo.

Fue aquélla para los dos una velada meditabunda, pero antes de acostarnos resolví dejar pasar el día siguiente, que era domingo, y con la nueva semana empezar mi nuevo comportamiento. El lunes por la mañana hablaría a Joe de este cambio, dejaría a un lado el último vestigio de mi reserva y le diría lo que llevaba en el pensamiento (aquel «en segundo lugar» que no he explicado aún) y por qué había decidido no irme con Herbert, y de este modo no dudaba de que habría vencido para siempre el cambio que en él notaba. A medida que me mostraba más despejado, Joe me imitaba, como si él hubiera llegado también a alguna resolución.

Pasamos apaciblemente el día del domingo y luego salimos al campo a pasear.

—No sabes lo que me alegro de haber estado enfermo, Joe —le dije.

—Querido Pip, muchacho, ya está usted casi del todo bien, señor.

—Esta temporada la recordaré toda la vida, Joe.

—Lo mismo yo, señor —contestó Joe.

—Hemos pasado juntos una temporada, Joe, que no podré olvidar jamás. En otra época, pasamos un tiempo juntos que yo había olvidado últimamente; pero te aseguro que no olvidaré esta última temporada.

—Pip —dijo Joe, algo turbado en apariencia—. ¡Cómo nos hemos divertido!

Y, querido señor, lo que haya pasado entre nosotros… pasado está.

Por la noche, en cuanto me hube acostado, Joe vino a mi cuarto como había hecho durante toda mi convalecencia. Me preguntó si tenía seguridad de encontrarme bien como por la mañana.

—Sí, Joe. Completamente igual.

—¿Estás cada día más fuerte, querido Pip?

—Sí, Joe, me voy reponiendo deprisa.

Joe dio con su enorme mano algunas palmadas cariñosas sobre la sábana que me cubría el hombro y, con voz que me sonó ronca, dijo:

—Buenas noches.

Cuando me levanté por la mañana, descansado y vigoroso, estaba ya resuelto a decírselo todo sin más demora. Le hablaría antes de desayunar. Me vestiría en seguida e iría a su cuarto para darle una sorpresa; porque aquél era el primer día en que me levantaba temprano. Me dirigí a su habitación, pero observé que no estaba allí y no solamente no estaba él, sino que también había desaparecido su baúl.

Corrí entonces a la mesa en que solíamos desayunar, y en ella encontré una nota escrita cuyo breve contenido era el siguiente:

> Deseando no molestar, me he marchado porque ya estás completamente bien, querido Pip, y te encontrarás mejor cuando estés solo.
>
> JOE
>
> P.S. Siempre los mejores amigos.

Unido a la carta había el recibo por la deuda y las costas por las cuales había sido detenido. Hasta aquel momento me había figurado que mi acreedor había retirado o suspendido la demanda en espera de mi total restablecimiento, pero jamás imaginé que Joe la hubiera pagado. Así era, en efecto, y el recibo estaba extendido a su nombre.

¿Qué me quedaba por hacer sino seguirle a la vieja y querida fragua y hablarle allí francamente y expresarle mi arrepentimiento para luego aliviar mi corazón y mi pensamiento de aquel «en segundo lugar» que había empezado siendo algo vago en mis ideas, hasta que se convirtió en un propósito decidido?

Este propósito era el de ir ante Biddy, mostrarle cuán humilde y arrepentido volvía a su lado; decirle cómo había perdido todas mis esperanzas y recordarle

nuestras antiguas confidencias en la época infeliz de mi vida. Luego le diría: «Biddy, creo que alguna vez me quisiste, cuando mi errante corazón, al paso que se alejaba de ti, se sentía más tranquilo y mejor en tu compañía de lo que haya podido sentirse desde entonces. Si puedes volverme a querer tan sólo la mitad de lo que me quisiste, si puedes aceptarme con todas mis faltas y todas mis desilusiones, si puedes recibirme como a un niño a quien se ha perdonado (y en realidad, Biddy, estoy tan apesadumbrado, y necesito tanto una voz cariñosa y una mano acariciadora), que confío en que ahora soy algo más digno de ti que en otro tiempo; no mucho, desde luego, pero sí algo. Y, además, Biddy, tú has de decir si he de trabajar en la fragua con Joe o si he de buscar otras ocupaciones aquí o hemos de marchar a un país lejano, donde me aguarda una oportunidad que no quise aceptar cuando me la ofrecieron, hasta conocer tu respuesta. Y ahora, querida Biddy, si me dices que podrás ir por el mundo de mi brazo, harás que ese mundo sea mejor conmigo y que yo sea mejor con él, y lucharé de firme para convertirlo en lo que tú mereces».

Tal era mi propósito. Después de tres días más para completar mi restablecimiento, me fui a mi pueblo para ponerlo en ejecución y el resultado que obtuve es lo único que me queda por contar.

CAPÍTULO LVIII

La noticia de que mi gran fortuna se había desvanecido había llegado al lugar de mi nacimiento y a su vecindad, aun antes de que lo hiciera yo. Hallé el Jabalí Azul en posesión de esta información y vi que ésta había ocasionado un gran cambio en la actitud del Jabalí conmigo. Así como el Jabalí Azul había cultivado, con calmosa asiduidad, el buen concepto que pudiera tener yo de él, cuando iba a gozar de una gran posición, se mostró sumamente frío en este particular ahora que esta posición se me escapaba de las manos.

Llegué por la tarde y muy fatigado por el viaje, que tantas veces realizara tan fácilmente. El Jabalí no pudo darme el dormitorio que solía ocupar, porque estaba ya comprometido (tal vez por otro que tenía grandes esperanzas), y tan sólo pudo ofrecerme una mala habitación entre las sillas de posta y el palomar que había en el patio. Pero dormí tan profundamente en aquella habitación como en la mejor que pudiera ofrecer el Jabalí, y la calidad de mis sueños fue poco más o menos la que habría sido en el mejor dormitorio.

Muy temprano, por la mañana, mientras se preparaba el desayuno, me fui a dar una vuelta por la casa Satis. En la puerta había algunos carteles y en las ventanas unos trozos de alfombra anunciando que en la siguiente semana se celebraría una venta pública del mobiliario y los efectos de la casa. Ésta también iba a ser vendida como material de construcción para ser derribada. *Lote número 1* estaba marcado con letras blancas en la fábrica de cerveza; *Lote número 2* en aquella parte del edificio principal que había permanecido cerrado durante tanto tiempo. Otros lotes estaban señalados en distintas partes de la finca y la yedra había sido arrancada para hacer sitio a las inscripciones, y gran cantidad de ella se arrastraba, medio seca, por el polvo. Entrando por un momento por la puerta

abierta y mirando a mi alrededor con la timidez propia de un forastero que no tenía nada que hacer en aquel lugar, vi al pasante del subastador paseándose sobre los barriles y contándolos para información del asentador del catálogo, que tomaba nota pluma en mano y que usaba como escritorio el antiguo sillón de ruedas que tantas veces empujara yo mientras cantaba el *Old Clem*.

Cuando volví para desayunar en el café del Jabalí, encontré al señor Pumblechook que estaba hablando con el dueño. El primero (cuyo aspecto no había mejorado su reciente aventura nocturna) estaba aguardándome y se dirigió a mí en los siguientes términos:

—Lamento mucho, joven, verle a usted en tan mala situación. Pero ¿qué otra cosa podía esperarse? ¿Qué otra cosa podía esperarse?

Como extendía la mano con su aire de magnánima indulgencia y como yo, a consecuencia de mi enfermedad, no me sentía con ánimos para disputar, se la estreché.

—¡William! —dijo el señor Pumblechook al camarero—. Pon un panecillo en la mesa. ¡A esto ha llegado a parar! ¡A esto!

Yo me senté de mala gana ante mi desayuno. El señor Pumblechook permaneció junto a mí y me sirvió el té, antes de que yo pudiera alcanzar la tetera, con el aire de un bienhechor resuelto a ser fiel hasta el final.

—William —añadió el señor Pumblechook con triste acento—. Trae la sal. En tiempos más felices —exclamó dirigiéndose a mí— creo que tomaba usted azúcar. ¿Le gustaba la leche? ¿Sí? Azúcar y leche. William, trae berros.

—Muchas gracias —dije secamente—, no como berros.

—¿No los come? —repitió el señor Pumblechook dando un suspiro y moviendo varias veces la cabeza, como si ya se lo hubiera imaginado y como si abstenerme de comer berros fuese una consecuencia de mi ruina—. Es verdad. Los sencillos frutos de la tierra. No, no traigas berros, William.

Continué con mi desayuno, y el señor Pumblechook siguió a mi lado mirándome con sus ojos de pescado y respirando ruidosamente como era su costumbre.

—Apenas le queda más que la piel y los huesos —dijo en voz alta y con triste acento—. Y, sin embargo, cuando se marchó de aquí (y puedo añadir que con mi bendición) y cuando yo le ofrecí mi humilde repuesto, como la abeja, estaba redondo como un melocotón.

Esto me recordó la gran diferencia que había entre sus serviles modales al ofrecerme su mano cuando mi situación era próspera: «¿Puedo…?», y la

ostentosa clemencia con que acababa de ofrecer los mismos cinco dedos regordetes.

—¡Ah! —continuó entregándome el pan y la mantequilla—. ¿Y se va usted ahora al lado de Joe?

—¡En nombre del cielo! —exclamé estallando a pesar mío—. ¿Qué le importa adónde voy? Haga el favor de dejar quieta la tetera.

Esto era lo peor que podía haber hecho, porque dio a Pumblechook la oportunidad que estaba aguardando.

—Sí, joven —contestó, soltando el asa de la tetera, retirándose uno o dos pasos de la mesa y hablando de manera que le oyeran el dueño y el camarero que estaban en la puerta—. Dejaré la tetera, tiene usted razón, joven. Por una vez siquiera tiene usted razón. Me olvidé de mí mismo cuando tomé tal interés en su desayuno y cuando deseé que su cuerpo, agotado por los efectos debilitantes de la prodigalidad, se estimulara con el sano alimento de sus abuelos. Y no obstante —dijo, volviéndose al dueño y al camarero, y señalándome con el brazo extendido— éste es el mismo a quien entretuve en los días de su feliz infancia. Y aunque me digan que no puede ser, les diré que es él.

Le contestó un débil murmullo de los dos oyentes; el camarero parecía singularmente afectado.

—Es el mismo —añadió Pumblechook— a quien muchas veces llevé en mi carruaje. Es el mismo a quien vi criar a fuerza de mano. Es el mismo cuya hermana era sobrina mía por su casamiento, la que se llamaba Georgiana Marian en recuerdo de su propia madre. ¡Que lo niegue, si se atreve a tanto!

El camarero pareció convencido de que yo no podía negarlo, y eso daba un feo aspecto al caso.

—Joven —añadió Pumblechook, estirando la cabeza hacia mí como tenía por costumbre—. Ahora se va usted al lado de Joe. Me ha preguntado qué me importa saber adónde va. Yo le digo, caballero, que usted se va al lado de Joe.

El camarero tosió, como si me invitara modestamente a contradecirle.

—Ahora —añadió Pumblechook con su aire exasperante de decir en favor de la virtud cosas convincentes e irrebatibles—, ahora voy a decirle lo que le dirá usted a Joe. Aquí está presente el dueño del Jabalí, conocido y respetado en la ciudad, y aquí está William, cuyo apellido es Potkins, si no me engaño.

—No se engaña usted, señor —contestó William.

—Pues en su presencia le diré a usted, joven, lo que, a su vez, le dirá a Joe. Usted dirá: «Joe, hoy he visto a mi primer bienhechor y al fundador de mi

fortuna. No pronunció ningún nombre, Joe, pero así le llaman en la ciudad entera. A él, pues, he visto».

—Yo juro que no le veo aquí —contesté.

—Pues dígaselo así —replicó Pumblechook—. Dígale así y hasta el mismo Joe mostrará su sorpresa.

—En esto se engaña usted —respondí—. Yo le conozco mejor.

—Le dirá usted —continuó Pumblechook—: «Joe, he visto a ese hombre, quien no te guarda malicia ni me guarda malicia a mí. Conoce tu carácter, Joe, y sabe muy bien lo ignorante y testarudo que eres; también conoce mi carácter, Joe, y conoce mi ingratitud. Sí, Joe —dirá usted (aquí Pumblechook me amenazó con la cabeza y con la mano)—, conoce mi falta de toda mi humana gratitud. Lo sabe mejor que nadie, Joe. Tú no lo sabes, Joe, porque no tienes motivos para ello, pero ese hombre sí lo sabe».

A pesar de lo burro que era, llegó a asombrarme que pudiera tener la desfachatez de hablarme de esta manera.

—Le dirá usted: «Joe, me ha dado un encargo que ahora voy a repetirte. Y es que en mi ruina he visto el dedo de la Providencia. Él conoce este dedo cuando lo ve, y lo ha visto claramente cómo señalaba esta inscripción, Joe: En prueba de ingratitud hacia su primer bienhechor y fundador de su fortuna. Pero este hombre ha dicho que no se arrepentía de lo hecho, Joe, de ningún modo. Era justo hacerlo, era bondadoso hacerlo, era caritativo hacerlo, y lo haría otra vez».

—Es una lástima —contesté burlonamente mientras terminaba mi interrumpido desayuno— que este hombre no dijese qué era lo que había hecho y lo que volvería a hacer.

—Oigan ustedes —exclamó Pumblechook dirigiéndose al dueño del Jabalí y a William—. No tengo inconveniente en que digan ustedes por todas partes, en caso de que lo deseen, que lo hice porque era justo hacerlo, porque era bondadoso hacerlo, porque era caritativo y que lo haría otra vez.

Dichas estas palabras, el impostor les estrechó vigorosamente la mano y abandonó la casa, dejándome más asombrado que divertido con las virtudes de aquel indefinido «lo». No tardé mucho en salir a mi vez, y al bajar por la calle Mayor, le vi a la puerta de su tienda, discurseando (sin duda sobre el mismo tema) ante un selecto grupo que me honró con miradas de gran desaprobación cuando pasé por el otro lado de la calle. Pero esto hacía más agradable aún ir al encuentro de Biddy y de Joe, cuya gran indulgencia brillaba si cabe con mayor fuerza que nunca, después de resistir el contraste con aquel hipócrita

desfachatado. Me dirigí hacia ellos despacio, porque mis piernas estaban débiles aún, pero con una sensación, a medida que me aproximaba, de creciente alivio y de dejar cada vez más atrás la arrogancia y la mentira.

El tiempo era delicioso. El cielo estaba azul, las alondras volaban altas sobre el verde trigo y el campo me parecía mucho más hermoso y apacible de lo que me había parecido nunca. Entretuvieron mi camino agradables imaginaciones de la vida que llevaría allí y de lo que mejoraría mi carácter cuando tuviera a mi lado un cariñoso guía de cuya sencilla fe y claro juicio tenía experiencia. Estos cuadros despertaron en mí tiernas emociones, porque mi corazón sentíase tan conmovido por mi regreso y esperaba tal cambio, que me sentí como quien vuelve a casa descalzo y desde muy lejos tras muchos años de vida errante.

Nunca había visto la escuela donde enseñaba Biddy; pero la callejuela que tomé al entrar en el pueblo para no llamar la atención me hizo pasar ante ella. Me desilusionó darme cuenta de que era un día de asueto; no se veía ningún niño y la casa de Biddy estaba cerrada. Me había hecho la ilusión de verla ocupada en su trabajo diario, antes de que ella me viera, pero esta ilusión se había frustrado.

Pero la fragua no estaba lejos y a ella me encaminé por debajo de los verdes tilos esperando oír cantar el martillo de Joe. Mucho después del punto en que tendría que haberlo oído, y mucho después de haberme figurado que lo oía, vi que eran sólo imaginaciones, porque todo estaba en silencio. Allí estaban los tilos y los espinos albares y los castaños, y sus hojas sonaron armoniosamente cuando me detuve a escuchar; pero la brisa del verano no llevaba los martillazos de Joe.

Casi temiendo, sin saber por qué, llegar a ver la fragua, la tuve por fin ante mí y vi que estaba cerrada. No había en ella resplandor de llamas, ni chispas, ni rugido de fuelles. Todo estaba cerrado y silencioso.

Pero la casa no estaba desierta, y la sala parecía estar ocupada, pues había blancas cortinas que se agitaban en la ventana, y ésta estaba abierta y llena de flores cuando Joe y Biddy aparecieron ante mí cogidos del brazo.

En el primer instante Biddy dio un grito como si creyera ver una aparición, pero un momento después estaba en mis brazos. Lloré al verla y ella lloró también al verme; yo por lo bella y lozana que estaba ella, y ella por lo pálido y demacrado que estaba yo.

—¡Qué linda estás, querida Biddy!

—Gracias, querido Pip.

—¡Y tú, querido Joe, qué elegante!

—Gracias, querido Pip.

Me quedé mirándolos, primero al uno y luego al otro, hasta que…

—Es el día de mi boda —exclamó Biddy en un estallido de felicidad—. Acabo de casarme con Joe.

Me llevaron a la cocina y pude reposar mi cabeza en la vieja mesa. Biddy acercó una de mis manos a sus labios y la de Joe se posó consoladora en mi hombro.

—Todavía no está lo bastante fuerte para soportar esta sorpresa, querida mía —dijo Joe.

—Habría debido tenerlo en cuenta, querido Joe —replicó Biddy—, pero ¡soy tan feliz!

Y estaban tan contentos de verme, tan orgullosos, tan conmovidos de que hubiera ido, tan encantados de que, por casualidad, hubiera sido aquel día en que les hacía la dicha completa.

Mi primera idea fue dar gracias a Dios por no haber dado a conocer a Joe esta última y frustrada esperanza mía. ¡Cuántas veces, mientras me acompañaba en mi enfermedad, había acudido a mis labios! ¡Cuán inevitable habría sido que se la contara si él hubiera estado conmigo sólo una hora más!

—Querida Biddy —dije—, tienes el mejor marido del mundo. Y si lo hubieras visto junto a mi cama, le habrías… pero no, no. No es posible que le ames más de lo que le amas ahora.

—No, no es posible —dijo Biddy.

—Y tú, querido Joe, tienes la mejor esposa del mundo, y te hará tan feliz como mereces, mi querido, mi noble, mi buen Joe.

Joe me miró con temblorosos labios y se pasó la manga por los ojos.

—Y ahora, Joe y Biddy, como hoy habéis estado en la iglesia y os sentís en paz y amor con toda la humanidad, recibid mi humilde agradecimiento por cuanto habéis hecho por mí, y que yo he pagado tan mal. Y cuando os haya dicho que me marcharé dentro de una hora, porque en breve he de partir al extranjero, y que no descansaré hasta haber ganado el dinero gracias al cual me evitasteis la cárcel, y habéroslo mandado, no penséis, Joe y Biddy, que, aunque os lo devolviera mil veces, creería haber saldado ni un penique de la deuda que tengo con vosotros, o que lo creería aunque pudiera hacerlo.

Ambos se conmovieron con estas palabras y me suplicaron que no dijese

nada más.

—Pero he de deciros otra cosa. Espero, querido Joe, que tendréis hijos a quienes amar y algún día, en las noches de invierno, se sentará en el rincón de esta chimenea un pequeñuelo que os recordará a otro que se marchó para siempre. No le digas, Joe, que fui ingrato; no le digas, Biddy, que fui poco generoso e injusto; decidle tan sólo que os honré a los dos por lo buenos y lo fieles que fuisteis y que yo dije que siendo hijo vuestro sería muy natural que llegara a ser un hombre mucho mejor que yo.

—No le diré —replicó Joe, cubriéndose todavía los ojos con la manga—, no le diré nada de eso, Pip, y Biddy tampoco se lo dirá. Ninguno de los dos.

—Y ahora, aunque sé que en vuestros bondadosos corazones ya lo habéis hecho, os ruego que me digáis que me habéis perdonado. Dejadme que os oiga decir estas palabras, para que pueda llevármelas conmigo y así podré creer que confiáis en mí y que me tendréis en mejor opinión en tiempos venideros.

—¡Oh, querido Pip! —exclamó Joe—. ¡Dios sabe que te perdono, si es que tengo algo que perdonarte!

—¡Amén! ¡Y Dios sabe que yo pienso lo mismo! —añadió Biddy.

—Ahora dejadme subir para que contemple por última vez mi cuartito y descanse en él sólo durante algunos instantes. Y luego, cuando haya comido y bebido con vosotros, acompañadme, Joe y Biddy, hasta el poste indicador del pueblo, antes de que nos digamos adiós.

Vendí todo lo que tenía, reuní todo lo que me fue posible para llegar a un acuerdo con mis acreedores, que me concedieron todo el tiempo necesario para pagarles, y luego me marché para reunirme con Herbert. Un mes más tarde había abandonado Inglaterra, y dos meses después era empleado de Clarriker y Compañía. Pasados cuatro meses, asumí mi primera responsabilidad exclusiva, porque la viga que atravesaba el techo de la casa de Mill Pond Bank había dejado de temblar a impulsos de los gruñidos y de los golpes de Bill Barley, y Herbert había regresado a Inglaterra para casarse con Clara, dejándome, hasta su regreso, como único jefe de la sucursal de Oriente.

Pasaron varios años antes de que yo llegara a ser socio de la casa; pero fui feliz con Herbert y su esposa. Viví con frugalidad, pagué mis deudas y mantuve constante correspondencia con Biddy y Joe. Hasta que entré a formar parte de la casa Clarriker nunca había revelado cómo Herbert había sido asociado a ella;

pero declaro que hacía tanto tiempo que este secreto pesaba en mi conciencia que no tenía más remedio que divulgarlo. Así lo hice, y Herbert se quedó tan conmovido como asombrado, pero no por culpa de este secreto fuimos peores amigos que antes. No quiero dar la impresión de que nuestra firma fuese muy importante o de que ganáramos dinero a mansalva. Nuestros negocios eran limitados, pero teníamos excelente reputación y ganábamos lo suficiente para vivir. Debíamos tanto a la actividad y al talento de Herbert que muchas veces me preguntaba cómo había podido pensar, ni por un momento, que era un hombre inepto, hasta que un día me iluminó la reflexión de que tal vez la ineptitud no había estado nunca en él, sino en mí.

CAPÍTULO LIX

Por espacio de once años no había visto a Joe ni a Biddy con mis ojos corporales, aunque con frecuencia habían estado presentes en mi imaginación mientras vivía en Oriente. Una noche de diciembre, una o dos horas después de anochecer, apoyé suavemente la mano en el picaporte de la vieja puerta de la cocina. Lo hice con tanta suavidad, que no me oyeron y pude mirar sin ser visto. Allí, fumando su pipa en el lugar acostumbrado ante la luz del fuego, tan fuerte y tan robusto como siempre, aunque con los cabellos grises, estaba Joe; y protegido en un rincón por la pierna de éste, y sentado en mi taburetito, mirando al fuego, estaba… ¿yo mismo, acaso?

—Le dimos el nombre de Pip en recuerdo tuyo —dijo Joe, encantado al ver que me sentaba en otro taburete al lado del niño (aunque me guardé muy bien de mesarle el cabello)— y esperábamos que se iría pareciendo a ti, y creemos que ya se parece.

Así pensaba yo también, y a la mañana siguiente me lo llevé a dar un paseo. Hablamos mucho y nos comprendimos a la perfección. Luego le llevé al cementerio, le hice sentar en determinada tumba y él me mostró desde aquel lugar la losa consagrada a la memoria de «Philip Pirrip, vecino de esta parroquia, y de Georgiana, esposa del arriba dicho».

—Biddy —dije, al hablar con ella después de comer y mientras su hijo dormía en su regazo—. Tienes que darme a Pip, o prestármelo al menos.

—De ningún modo —contestó Biddy cariñosamente—. Tú debes casarte.

—Lo mismo me dicen Herbert y Clara, pero yo no soy de la misma opinión, Biddy. Me he establecido ya en su casa de un modo tan perfecto que no es fácil que esto ocurra. Soy un solterón empedernido.

Biddy miró al niño, se llevó sus manecitas a los labios y luego con la misma mano bondadosa me tocó la mía. En aquella acción y en la ligera presión de la sortija de boda de Biddy, hubo algo que en sí era muy elocuente.

—Querido Pip —dijo Biddy—, ¿estás seguro de que ya no suspiras por ella?

—¡Oh, no! Me parece que no, Biddy.

—Dímelo como a una antigua amiga. ¿La has olvidado ya?

—Mi querida Biddy, no he olvidado en mi vida nada que haya ocupado un lugar importante en ella, y poco que haya ocupado un lugar siquiera. Pero aquel pobre sueño, como solía llamarlo, ha pasado, Biddy, ha pasado ya.

No obstante, sabía que mientras decía estas palabras, me acuciaba el deseo secreto de volver a visitar aquella noche el lugar donde existió la antigua casa, sólo y en recuerdo de ella. Sí: en recuerdo de Estella.

Había oído decir que su vida era muy desgraciada, que se había separado de su marido, que la había tratado con gran crueldad, y que se había hecho famoso como compendio de orgullo, avaricia, brutalidad y bajeza. También me había enterado de la muerte de su marido a causa de un accidente por maltratar a un caballo. Esta liberación había ocurrido dos años antes, y no sabía si se había vuelto a casar.

Como en casa de Joe se cenaba temprano, tenía tiempo más que suficiente, sin necesidad de apresurar el rato de charla con Biddy, para encaminarme al antiguo lugar antes de que oscureciera. Pero como me entretuve mucho por el camino, mirando cosas que recordaba y pensando en los tiempos pasados, declinaba ya el día cuando llegué. Ya no existía la casa, ni la fábrica de cerveza, ni construcción alguna, a excepción de la tapia del antiguo jardín. El terreno había sido rodeado con una mala cerca, y mirando por encima de ella observé que parte de la antigua yedra había arraigado de nuevo y crecía verde y lozana sobre el montón de ruinas. Viendo en la cerca una puerta entreabierta, la empujé y entré.

Una niebla fría y plateada envolvía el atardecer, y la luna aún no estaba lo suficiente alta para disiparla. Pero las estrellas brillaban más allá de la niebla, la luna apuntaba ya y la noche no era oscura. Pude distinguir perfectamente dónde había estado la antigua casa, dónde la fábrica de cerveza, dónde las puertas y dónde los barriles. Estaba contemplando el desolado paseo del jardín cuando descubrí en él a una figura solitaria.

También ella parecía haberme descubierto cuando avancé hacia ella. Hasta entonces se había ido acercando, pero luego se quedó quieta. Me aproximé y me

di cuenta de que era una mujer. Y, al acercarme más, hizo ademán de alejarse, pero, por fin, se detuvo, permitiéndome llegar a su lado. Luego, vaciló, sobrecogida por la sorpresa, pronunció mi nombre, y yo exclamé:

—¡Estella!

—Estoy muy cambiada. Me extraña que me reconozcas.

Verdaderamente había perdido la lozanía de su belleza, pero aún conservaba su indescriptible encanto. Esos atractivos ya los conocía, pero lo que nunca vi en otros tiempos era la luz suavizada y entristecida de aquellos ojos antes tan orgullosos, y lo que nunca sentí en otro tiempo fue el tacto amistoso de aquella mano, antes insensible.

Nos sentamos en un banco cercano y entonces dije:

—Después de tantos años es raro, Estella, que volvamos a encontrarnos en el mismo lugar en que nos vimos por primera vez. ¿Vienes aquí a menudo?

—Desde entonces no había vuelto.

—Ni yo.

La luna empezaba a levantarse, y me recordó aquella plácida mirada al techo blanco, que ya había pasado de esta vida. La luna empezaba a levantarse y recordé la presión en mi mano cuando pronuncié las últimas palabras que él oyó en este mundo.

Estella fue la primera en romper el silencio que reinaba entre nosotros.

—Muchas veces había deseado e intentado volver, pero tantas cosas me lo impidieron… ¡Pobre, pobre lugar éste!

Los primeros rayos de la luna iluminaron la plateada niebla, e hicieron brillar las lágrimas de sus ojos. Ignorando que yo las veía, y ladeándose para ocultarlas, añadió:

—¿Te preguntabas acaso, mientras paseábamos por aquí, cómo ha venido a parar este lugar a este estado?

—Sí, Estella.

—El terreno me pertenece. Es lo único que no he perdido. Todo lo demás me ha sido arrebatado, poco a poco; pero pude conservar esto. Fue objeto de la única resistencia decidida que llegué a hacer en los miserables años pasados.

—¿Va a construirse algo aquí?

—Sí. Y he venido a despedirme antes de que ocurra este cambio. Y tú —añadió con un interés conmovedor para un vagabundo como yo—, ¿vives todavía en el extranjero?

—Sí.

—¿Te va bien?

—Trabajo bastante, pero me gano la vida, por consiguiente… sí, sí, me va bien.

—Muchas veces he pensado en ti —dijo Estella.

—¿De veras?

—Últimamente con mucha frecuencia. Hubo una larga y dura época, durante la cual procuré alejar de mí el recuerdo de lo que había despreciado cuando ignoraba completamente su valor; pero desde el momento en que mi deber dejó de ser incompatible con este recuerdo, te he dado un lugar en mi corazón.

—Pues tú siempre has ocupado un sitio en el mío —contesté.

Y guardamos nuevamente silencio, hasta que ella dijo:

—Poco imaginaba que me despediría de ti al despedirme de este lugar. Me alegro mucho de que sea así.

—¿Te alegras de que nos despidamos de nuevo, Estella? Para mí las despedidas son siempre penosas. Para mí el recuerdo de nuestra última despedida ha sido siempre triste y doloroso.

—Pero tú me dijiste —replicó Estella con mucha vehemencia—: «¡Dios te bendiga y Dios te perdone!». Y si entonces pudiste decirme eso, ya no tendrás inconveniente en repetírmelo ahora, ahora que el sufrimiento ha sido más fuerte que todas las demás enseñanzas y me ha hecho comprender lo que era tu corazón. El sufrimiento me ha roto y me ha doblegado, pero espero que me haya hecho mejor. Sé considerado y bueno conmigo como lo fuiste en otro tiempo, y dime que seguimos siendo amigos.

—Somos amigos —dije levantándome e inclinándome hacia ella cuando se levantaba a su vez.

—Y continuaremos siendo amigos, aunque estemos separados —dijo Estella.

Yo le cogí la mano y salimos de aquel desolado lugar. Y tal como las nieblas de la mañana se levantaron, tantos años antes, cuando abandoné la herrería, se levantaron ahora las nieblas de la noche y, en la dilatada extensión de luz tranquila que me mostraron, no vi sombra alguna de separación.

APÉNDICE

El final original de la novela

Cuando, a mediados de junio de 1861, Dickens corregía las pruebas de las últimas entregas semanales de *Grandes esperanzas*, se las enseñó a su amigo y también novelista Edward Bulwer-Lytton, quien le aconsejó, después de leerlas, que cambiara el final que había escrito por otro más esperanzador. Dickens siguió su consejo y escribió otro final en el que se insinúa la posibilidad de que Pip y Estella no vuelvan a separarse y que es el que figuró en todas las ediciones de la novela publicadas en vida del autor.

De hecho, muy rara vez se ha editado la obra —George Bernard Shaw lo hizo en 1937— con el final tal como originariamente fue concebido.

En la primera versión, el capítulo LVIII era el último e incluía, con perceptibles variaciones, los primeros párrafos de lo que luego fue el LIX. Los «once» años transcurridos desde la marcha de Pip a Oriente eran «ocho», y parte de su diálogo con Biddy tenía un tono ligeramente distinto. A él se añadía seguidamente la breve crónica de la vida «muy desgraciada» de Estella y el episodio del reencuentro.

—Querido Pip —dijo Biddy—, ¿estás seguro de que ya no suspiras por ella?

—Estoy seguro y convencido, Biddy.

—Dímelo como a una antigua amiga. ¿La has olvidado ya?

—Mi querida Biddy, no he olvidado en mi vida nada que haya ocupado un lugar importante en ella. Pero aquel pobre sueño, como solía llamarlo, ha pasado, Biddy, ha pasado ya.

Pasaron dos años más antes de que la viera. Había oído decir que su vida era muy desgraciada, que se había separado de su marido, que la había tratado con gran crueldad, y que se había hecho famoso como compendio de orgullo, avaricia, brutalidad y bajeza. Me había enterado de la muerte de su marido (a causa de un accidente por maltratar a un caballo), y de que se había vuelto a casar con un médico de Shropshire que, en contra de sus intereses, se había interpuesto muy valientemente una vez que, habiendo ido a prestar sus servicios profesionales al señor Drummle, presenció cómo la trataba ultrajantemente. Había oído decir que el médico de Shropshire no era rico, y que vivían de la fortuna personal de ella.

Volvía a estar en Inglaterra —en Londres, paseando por Piccadilly con el pequeño Pip— un día en que un criado vino corriendo tras de mí para pedirme que retrocediera unos pasos para ver a una señora en un carruaje que quería hablar conmigo. Era un pequeño coche tirado por un poni y la señora lo conducía; y la señora y yo nos miramos el uno al otro con apreciable tristeza.

—Estoy muy cambiada, ya lo sé; pero pensé que te gustaría estrecharle la mano a Estella, Pip. ¡Coge en brazos a este niño tan guapo y deja que le dé un beso! (Creo que pensó que era hijo mío).

Luego estuve contento de haberla visto; porque, en su rostro y en su voz, y en su manera de tocar, vi con seguridad que el sufrimiento había sido más fuerte que las enseñanzas de la señorita Havisham, y que le había dado un corazón con el que comprender el que antes era el mío.



CHARLES DICKENS. Nació en Portsmouth en 1812, segundo de los ocho hijos de un funcionario de la Marina.

A los doce años, encarcelado el padre por deudas, tuvo que ponerse a trabajar en una fábrica de betún. Su educación fue irregular: aprendió por su cuenta taquigrafía, trabajó en el bufete de un abogado y finalmente fue corresponsal parlamentario de *The Morning Chronicle*.

Sus artículos, luego recogidos en *Bosquejos de Boz* (1836-1837), tuvieron un gran éxito y, con la aparición en esos mismos años de los *Papeles póstumos del club Pickwick*, Dickens se convirtió en un auténtico fenómeno editorial.

Novelas como *Oliver Twist* (1837), *Nicholas Nickleby* (1838-1839) o *Barnaby Rudge* (1841) alcanzaron una enorme popularidad, así como algunas crónicas de viajes, como *Estampas de Italia* (1846).

Con *Dombey e hijo* (1846-1848) inicia su época de madurez novelística, de la que son buenos ejemplos *David Copperfield* (1849-1850), su primera novela en primera persona —y su favorita— en la que elaboró algunos episodios autobiográficos, *Casa desolada* (1852-1853), *La pequeña Dorrit* (1855-1857), *Historia de dos ciudades* (1859) y *Grandes esperanzas* (1862); para muchos su mejor novela.

Dickens murió en Londres en 1870.

NOTAS

[1] Tickler: literalmente «que hace cosquillas». [*Esta nota es del traductor, como lo son las siguientes*]. <<

[2] En inglés, la palabra que entiende Pip es *sulks* («mal humor»), mientras lo que dice Joe es *hulks* («pontones»). La similitud fonética es la causa de confusión. <<

[3] Era costumbre dar por sentado que las estatuas de caballeros en los cementerios de las iglesias eran de cruzados si tenían las piernas cruzadas. <<

[4] Aquí se juega con la palabra squeaker, que quiere decir «chillón» y, también en sentido figurado, «cerdo». <<

[5] Como cayó la víctima de la parábola del Buen Samaritano (Lucas 10, 30-35). <<

[6] *Old Clem*: Viejo Clem, san Clemente, patrón de los herreros. <<

[7] La canción a la que se alude es *O Lady Fair!*, de Thomas Moore (1779-1852), cuyos primeros versos dicen: «¡Oh, dama rubia! ¿Adónde vas? / El sol se ha puesto, cae la noche. / Forastero, voy a los páramos y las montañas / a rezar el rosario en la fuente de Agnes. / ¿Y quién es ese hombre de los mechones blancos al viento? / ¡Oh, dama rubia! ¿Adónde va? / Un peregrino errante, débil, vacilante / que va a rezar el rosario en el altar de Agnes». <<

[8] *The London Merchant, or, The History of George Barnwell* (1731), de George Lillo (1693-1739). En esta tragedia, un joven aprendiz, empujado por la joven a la que ama, Sarah Millwood, roba a su patrón y asesina a su tío. Al final ambos son ajusticiados. <<

[9] Newgate: famosa prisión de Londres. <<

[10] Otra referencia a *George Barnwell*. <<

[11] Referencias a *Ricardo III* y, probablemente, a *El rey Juan*. <<

[12] Alusión a un poema infantil de Sarah Catherine Martin, en el que la tía Hubbard visita al sastre, al sombrerero, al zapatero, etc., para hacerle un equipo completo a su perro. <<

[13] Smithfield era el principal mercado de ganado de Londres en la época. <<

[14] Alusión a la nana *Who Killed Cock Robin*: «Yo, dijo el Toro, / como sé tirar, / tocaré la campana». <<

[15] Barnard’s Inn o también Barnard’s Jun: uno de los centros donde se alojaban los estudiantes de Derecho en Londres. <<

[16] *Rosciana*: de Roscio († 62 a. C.), famoso actor romano. <<

[17] Quintin Matsys (c. 1466-1530), pintor flamenco que empezó como herrero. *Verb. Sap.*: abreviación de *verbum satis sapienti*, proverbio latino: «una palabra es suficiente para el hombre sabio». <<

[18] Lo que sigue es alusión a un cuento de *Las mil y una noches*, «*Los encantadores, o Misnar, sultán de la India*». <<

[19] *Con los terrores*: con *delirium tremens*. <<

[20] Los oficiales de Aduanas llevaban un uniforme con botones, inspirado en el de los oficiales de la Marina. <<

[21] *Nore*: un banco de arena en la isla de Grain, término de la península en la que se extienden los marjales en donde empieza la novela. Pip invierte en este capítulo el camino que tomó para ir a Londres. <<

[22] Una especie de «quién es quién» de la nobleza: El mismo libro que leía la señora Pocket cuando Pip la conoció. <<

ÍNDICE

Nota al texto

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Capítulo XXXIII

Capítulo XXXIV

Capítulo XXXV

Capítulo XXXVI

Capítulo XXXVII

Capítulo XXXVIII

Capítulo XXXIX

Capítulo XL

Capítulo XLI

Capítulo XLII

Capítulo XLIII

Capítulo XLIV

Capítulo XLV

Capítulo XLVI

Capítulo XLVII

Capítulo XLVIII

Capítulo XLIX

Capítulo L

Capítulo LI

Capítulo LII

Capítulo LIII

Capítulo LIV

Capítulo LV

Capítulo LVI

Capítulo LVII

Capítulo LVIII

Capítulo LIX

Apéndice

Autor

Notas